**LA COSTUMBRE DE VIVIR**

# LA COSTUMBRE DE VIVIR

## 1. VÍSPERAS DUDOSAS

Un día de otoño de 1954, en un viaje en tren de Madrid a Ávila, decidí de improviso bajarme en una estación intermedia, y esa arbitraria determinación me pudo costar la vida. Nunca he sabido por qué se me ocurrió abandonar el tren en aquella desconocida Navalperal de Pinares. Tal vez me sedujo la contundencia fónica o la misma contradicción vegetal del topónimo; tal vez la propia extravagancia de esa elección le otorgaba algún modesto prestigio literario. Aunque tampoco es improbable que todo obedeciera a un repente infundado del que ya habían sido evacuadas todas las justificaciones posibles. Cosas así podían sucederme en aquel tiempo de vísperas dudosas, recién llegado como estaba a Madrid, cuando empezaba a habituarme penosamente a lo que ya iba a ser desde entonces hasta hoy mismo, salvo interrupciones más o menos prolongadas —de meses o de años—, mi más estable residencia.

Vi arrancar el tren que tenía que llevarme a Ávila y que se internaba hasta desdibujarse entre unos cerros graníticos irregularmente sombreados por las nubes. Yo viajaba a cuenta de un oscuro editor de infectas revistas municipales que me había encargado, quiero recordar, un reportaje sobre las iglesias románicas. Por supuesto que no tenía ninguna necesidad de ir a Ávila para escribir sobre su arquitectura religiosa, pero debí de convencer al editor para que me financiara ese apetecible viaje, ya que así mi texto estaría avalado por el nada desdeñable atractivo de la observación directa. Ese editor, de apellido Ramírez, malencarado y chapucero, se dedicaba a contratar con ayuntamientos preferentemente castellanos unas publicaciones consagradas a las fiestas locales, donde tenían cabida toda clase de engendros literarios sobre la relevancia histórica y la geografía física y humana del municipio en cuestión. Yo fui autor casi siempre anónimo y alguna vez a cara descubierta de no pocos de esos textos ínfimos, que el señor Ramírez pagaba tarde y cicateramente y que a mí me ayudaban a ir tirando una veces mal y otras peor. Fue ésa otra de las fases de enmarañada supervivencia que tuve que afrontar en aquellas ingratas medianías de los años cincuenta.

¿Qué hacía yo aquella hosca mañana en Navalperal de Pinares, un pueblo desconocido cuyo nombre leí por primera vez bajo el voladizo de uno de los desconchados laterales del edificio de la estación? Aún distingo la tonalidad mate de aquel apeadero apenas transitado por figuras mortecinas, veo ante mí unas lentas cortinas de bruma taponando la luz, oigo una confusa disonancia de ruidos como atenuados por la opacidad fría de la mañana. Un vaho maloliente envilecía el trecho parduzco de los desmontes aledaños, mientras

un escuadrón de estorninos navegaba bajo los nubarrones veloces. Conservo la sensación inhóspita de una cantina que, como todas las cantinas ferroviarias y todos los vestíbulos de hospital, contagiaba de un desapacible regusto a provisionalidad y tristeza. Seguro que alguien, un hombre enjuto y vestido de negro, me iba a señalar de un momento a otro con un dedo acérrimo para emitir el veredicto de culpable; seguro que una vieja enlutada iba a asomarse a un ventanuco para decirme que no cometiera la insensatez de quedarme en aquel pueblo. Se me han borrado las perspectivas aldeanas, apenas consigo entrever fragmentos de un decorado que a lo mejor pertenece a otros decorados topográficamente afines: una esquina de zócalos cenicientos, un noble balconaje medio desvencijado, un tapial de adobes caprichosamente curvo, una sucesión de portones de madera pintados de un gris plomizo, mal guarnecidos de clavos herrumbrosos. Todo se iba pareciendo cada vez más a una escenografía equivocada de sueño, como superpuesta por error a otro sueño.

Llegué hasta la plaza, un cuadrilátero irregular con vistosos bancos de fundición y acacias raquíticas y, en ese preciso momento, mientras observaba aquellos anodinos alrededores, sentí como una rara vaciedad de la memoria, como si se me hubiese olvidado de repente en qué fracción de mi tiempo personal me encontraba, qué atajos del pasado conducían hasta aquel indescifrable tramo del presente. Creo que ésa fue la primera vez que experimenté una sensación parecida, ese transitorio bloqueo de la razón, ese aturdimiento que me ha sobrevenido en muy diversas ocasiones y lugares y que a lo mejor tenía algo que ver entonces con mi impulsiva determinación de quedarme en aquel pueblo sin motivo ninguno. Era como una obstrucción espontánea y sin embargo estable de la capacidad de recordar, una ausencia abstracta, un desalojo de los sentidos que se parecía mucho al tránsito por la antesala del ensueño, cuando repentinamente la secuencia narrativa, la continuidad argumental del pensamiento se congela, se estanca en un recodo inesperado de la trama, ya con la conciencia empezando a desvanecerse pero sin extinguirse aún del todo. Me imaginaba de pronto, en medio de esa incierta fase de transición, que me había extraviado por un camino que consistía en una confluencia de múltiples y vagos caminos que se anulaban unos a otros en el momento de encontrarse. Algo así de literario. No había ni incoherencias ni anomalías sensitivas, sólo el susto tenaz ante una experiencia que en ningún caso tenía ninguna explicación plausible y que nunca ha durado, me parece, más de un minuto, dos a lo sumo. Me ocurrió entonces, sé que fue exactamente entonces, y volvió a ocurrirme en no pocas ocasiones inesperadas y fortuitas. Nunca hasta ahora lo he contado.

Me figuro que al salir de esa especie de momentánea sinrazón, recuperé con alguna zozobra la noción de la realidad, que tampoco era muy lógicamente recuperable. Volvería sin duda a preguntarme una y otra vez qué era lo que estaba haciendo allí y por qué extrañas irregularidades decisorias se me había ocurrido bajarme del tren impensadamente para visitar un lugar tan prescindible como aquél. Me asaltó de pronto una de esas hambres súbitas que suelen atacar a los defectuosamente alimentados o a quienes piensan que van a sufrir de hambre justo en un momento en que no podrán calmarla. En la plaza había dos bares o dos locales con aspecto de bares. Entré en el que me pareció menos hosco, una habitación de regulares proporciones con unas mesas adosadas a cada lado del mostrador y unos cromos colgados de la pared representando figuras de tipos o de momias de tipos en trajes regionales. Sólo había dos muchachos cetrinos sentados a horcajadas en sendas sillas de palitroques negros y un hombre flaco, bastante andrajoso y de noble cabeza mozárabe, detrás del mostrador. A mi pregunta de si podía comer algo, me respondió que sí, que tenían de todo: huevos duros, cecina, aceitunas negras, tomates y pan de higo. Eso dijo exactamente. No sé qué elegí, pero lo que sí recuerdo es que bebí un vino blanco que sabía a cardenillo.

Ya me disponía a salir cuando irrumpió en el bar un individuo con el inconfundible aspecto de un personaje de drama rural. Llevaba una escopeta de dos cañones agarrada con unas manos bermejas y enormes. Me fijé sobre todo en los nudillos, llamativamente blancos en razón de la mucha apretura de los puños. Yo me quedé paralizado, no sé en qué proporción de miedo o de perplejidad. Tampoco se movió ninguno de los que allí estaban. El personaje de drama rural miró a uno y otro lado, se demoró más de la cuenta en ese examen, y se fue finalmente sin decir palabra, sólo emitiendo como un jadeo perruno. El dueño del bar se deslizó con torpeza por la trampilla del mostrador y salió a la calle a toda prisa, seguido de los otros dos hombres. Yo también lo hice, pero con despacio. Vi a un grupo de personas en una esquina y a otras prudentemente escudadas en los quicios de las puertas. También me di cuenta, del modo más innecesario, de que todas las ventanas estaban cerradas. Anduve unos pasos hacia el grupo estacionado frente al bar y, a medio camino, o sea, cuando yo era cada vez más una figura inadecuada en aquella historia o, mejor, un intruso al que nadie conocía ni tenía por qué intervenir en todo aquello, vi venir hacia mí casi a saltos a un hombre todavía joven y con pinta de perseguido por la alegoría del terror. No era justamente que viniera hacia mí sino que su trayectoria se cruzaba con la mía, una eventualidad con la que ninguno de los que observaban la escena había contado. Tras el fugitivo apareció el personaje de drama rural, la cara terrosa y las cuencas de los ojos

como vacías. La escopeta le impedía correr todo lo que su furia parecía demandarle, pero aun así se desplazaba con una agilidad muy superior a la presumible. Yo evoqué entonces, en un arbitrario parpadeo, el humo del tren flotando en la campiña aledaña a la estación, mientras veía el fogonazo de la escopeta y oía la vibración silbante de los perdigones hendiendo el aire junto a donde yo estaba, y luego aspiré un agrio olor a quemado y noté como un escozor húmedo resbalándome por el hombro. El personaje de drama rural había ido aminorando su carrera. Se acercaba con la progresión del tigre, un desplazamiento pausado, las almohadillas de las garras apenas rozando los adoquines. Se me quedó mirando un instante con los ojos de ese mismo tigre, pasó de largo, corrió de nuevo y, en llegando al chaflán que formaba la plaza con una calle lateral, apuntó rápidamente hacia algún lugar invisible y efectuó un segundo disparo, que retumbó de un modo bastante más atronador que el primero.

Del alboroto que siguió o de las incidencias últimas del suceso, ya no fui testigo. Unos hombres, escoltados por una tropa de niños, me condujeron otra vez al bar de donde acababa de salir, sólo que ahora tenía la manga de la chaqueta agujereada y manchada de sangre. Unos perdigones me habían rozado el brazo casi a la altura del hombro, eso era todo. Lo único verdaderamente deplorable era el estropicio de la manga de la chaqueta. Aparte del susto mayúsculo, sentía sobre todo esa sensación un poco viscosa del medroso que no ha sabido sobreponerse, cuando más falta le hacía, a su propia condición de pusilánime. Una desazón parecida a la del que recapacita a destiempo sobre su incapacidad para responder con una oportuna ofensa al ofensor. La inmadurez, la falta de coraje, alojándose otra vez en los más pueriles o aparentemente incautos registros de la experiencia.

El personaje de drama rural no resultó ser ni un marido burlado ni un padre dispuesto a vengar el honor perdido de su hija ni un lugareño encolerizado por una cuestión de lindes. Era simplemente un loco peligroso, escapado de la vigilancia doméstica y errante por el pueblo en busca de la víctima inocente que le permitiera volver a su casa con la satisfacción del deber cumplido. Podía haber matado a aquel muchacho que cruzó por la plaza despavorido como podía haberme matado a mí o a cualquier otro vecino de Navalperal de Pinares. No lo consiguió, muy a su pesar. A mí me llevaron a la botica y me curaron las magulladuras del plomo, que eran superficiales, y luego apareció un guardia municipal muy en su papel de estulto a quien el uniforme otorga una autoridad despótica. Me tomó declaración con suma torpeza y en modo alguno llegó a entender qué andaba buscando en el pueblo

tan sin motivo un forastero como yo. Supongo que me costaría Dios y ayuda eliminar las sospechas de que mi presencia allí se debía a que era un agitador político o bien otro loco compinchado con el del drama rural.

Ya no proseguí naturalmente el viaje a Ávila. Volví a Madrid en un autobús que salía del pueblo, vía El Escorial, a media tarde. Veía desde la ventanilla la lenta y difuminada movilidad de un paisaje huraño, pedregoso, con caminos apenas reconocibles entre indicios de nieve en las umbrías y encinares ralos, por los que era fácil imaginar el paso de soldadescas diezmadas o tropillas de frailes mendicantes. Ya bajando por las laderas sureñas del Guadarrama, a la vista de Madrid, entre bellas y profundas manchas de pinares y luces tristes de sanatorios, se me agudizó un insidioso sentimiento de fracaso y ridículo. Los desperfectos de la manga de la chaqueta, tan visibles para los demás, se me convertían en pruebas lastimosas de una humillación que era más bien como una mezcla de vergüenza y desencanto, de enojoso desacuerdo con mi propia conducta. Pienso que de ese episodio, tan en apariencia trivial, pueden deducirse ciertos indicios reveladores de una manera de ser, de una *raison d'être* —en términos existencialistas— que, no por provisoria, dejaba de tener entonces bien registrados sus propios enredos imaginativos. Las repulsas de lo rutinario, de lo convencional, se intercalaban con el aburrimiento, la abulia, la decepción. Todavía vigentes para mí las poderosas enseñanzas de Rilke, o las mellas de su pensamiento poético en mi particular vida cotidiana, no era raro que abdicara de todo eso y me dedicase a cultivar un fatalismo cuya más visible consecuencia era un retraimiento severo. En ninguna otra etapa de mi trayectoria vital me he sentido más tendente a encerrarme en mí mismo. Ni siquiera cuando enfermé de depresión años después, como diré en su momento, me afectó tanto esa sensación de fiasco, de derrumbe de todo aquello que me había alentado hasta hacía poco. A lo mejor lo que en el fondo pretendía era eliminar mis particulares acopios de conocimientos para emprender otros distintos aprendizajes. A lo mejor.

Sólo me hizo cambiar de rumbo moral la aparición de mi segundo libro de poesía, *Memorias de poco tiempo,* que di por terminado justo en febrero de 1954 y que se publicó de inmediato en las ediciones del Instituto de Cultura Hispánica, cuyo secretario general, José Luis Messía, era algo pariente de tía Pepa Bonald, no sé si por la rama de los Erice o de los Yanguas. Creo que ése es el libro mío, al menos en su dos primeras partes, más hermético y más propenso a las impregnaciones resecas de la aflicción. Ahí se prolongan prácticamente ilesos todos los ingredientes de mi primer libro, *Las*

*adivinaciones,* salvo en el envaramiento psicológico, que es aquí menos intenso porque se interfiere con las insinuaciones abstractas del «acto de lenguaje». Nadie lo vio, o nunca leí que lo hubiera visto nadie, pero a mí me parece, con la debida discreción, que *Memorias de poco tiempo* debe más al surrealismo que a cualesquiera de las otras opciones poéticas más divulgadas en esos años invariablemente lastrados de pereza indagatoria y vacuidad ornamental. De ese contagio retórico, al menos, me fui librando. Entiendo que hay en el libro, o en la mayoría de sus pasajes, un deje nerudiano en la adjetivación que ahora me agrada poco y, en cuanto a los modales sintácticos, algunas construcciones funcionan como réplicas nada disimuladas de ciertos hábitos discursivos de Cernuda. En todo caso, lo que continúa distanciándome de ese libro es el comúnmente farragoso despliegue de la elocución, una cierta tendencia a la solemnidad expositiva que me cuesta trabajo conciliar con mis gustos de ahora. Pero tampoco dejo de identificarme con ciertas experiencias lingüísticas que aún me parecen válidas y que incluso a veces puedo calificar de muy aprovechables. Lo de la voz propia es algo más que un estribillo pueril de la crítica. Aun sin que la publicación de *Memorias de poco tiempo* me proporcionara las emocionantes ufanías con que me obsequió *Las adivinaciones,* sí la recibí primero como un factor incipiente de la propia estimación y luego con una jactancia cada vez más atenuada. Me ocurrió lo que ya me había ocurrido, esto es, que después de una relectura minuciosa y pretendidamente ponderada del libro, descubrí no pocos artificios formales, algunas falsas pistas de la sensibilidad que sólo conducían a resultados dudosos, no por lo ambiguos, que eso sí se adecuaba a mis pretensiones, sino por lo impostados, por ese andamiaje verbal con frecuencia airoso pero que se apoyaba frecuentemente en manías fonéticas y en volubles tonalidades de esdrújulas y encabalgamientos.

No sé por qué improvisados resortes de la trastienda literaria madrileña, algunos sábados, no todos, solíamos reunirnos en casa de Camilo José Cela un grupo de escritores y amigos cuya homogeneidad ni resultaba en apariencia demasiado consistente ni lo era de ningún modo. Yo había conocido a Cela en Cádiz, durante una visita suya relativamente ecuánime y repartida entre la brusquedad interior y el comedimiento de puertas afuera. Cela vivía entonces en la calle Ríos Rosas, muy cerca de la plaza de San Juan de la Cruz, en un piso de rango intermedio, más propio quizá de un funcionario discretamente situado en el escalafón que de un profesional por libre. El grupo de asiduos sabatinos a esa irregular asamblea era debidamente heterogéneo: Manuel Viola y su mujer, Laurence Ichè, el doctor Mariano Moreno y la suya, Rosa, Carlos Edmundo de Ory, Fernando Quiñones, Pepe García Nieto y no sé quién

más. A veces, como de refilón, también aparecían Jorge Cela, el hermano menor de Camilo, y José Luis Abellán, alevines a la sazón de narrador e historiador. Un día también cayó por allí un gallego medio lunático, sin oficio ni beneficio, de nombre Antonio Taboada, a quien Cela pretendía ayudar a salir de sus atolladeros laborales, ignoro si por inducciones de paisanaje o porque realmente le divertía aquel fugaz interés por las vidas ajenas. Era un sujeto imprevisible que decía estar escribiendo una novela. Para probar que no mentía comenzaba de pronto, un poco como aquel personaje de *La peste* de Camus —Grand creo que se llamaba—, a declamar el arranque del libro, que corregía sin cesar o que no parecía haberse aprendido de memoria muy bien. Decía textualmente: «Ya era de noche cuando se vio venir por la carretera sombreada de eucaliptos..., no, sombreada de castaños, un grupo de personas montadas en una carreta..., no, montadas en un remolque...» A poco más llegaba el texto memorizado por Taboada, pues éste entendía que con eso bastaba para evidenciar lo avanzado que llevaba el trabajo y lo selecto de la prosa.

A este Taboada lo invitó un día Cela a una reunión que había preparado en su casa con el fin de que conociera al entonces director de Radio Nacional de España, un tal José Ramón Alonso, que —en razón de su cargo— debía de ser adicto al Glorioso Movimiento y que estaba bastante bien educado, aparte de que parecía muy ufano de su aspecto de galán joven. Lo que se pretendía era concretar alguna posible colaboración en la radio que resolviera el incierto futuro del novelista en ciernes. Taboada se presentó en casa de Cela media hora antes de la cita y esperó muy serio la llegada de Alonso. Alonso llegó un poco tarde y se sentó en la butaca donde había estado sentado Taboada, que lo hizo en una silla a su lado. Hablarían de esto y de aquello y, cuando Cela se disponía a plantearle al director la cuestión para la que había sido convocado, se incorporó éste para dejar la taza de café que acababa de tomarse en una mesita auxiliar, momento que aprovechó Taboada para levantarse a todo correr y ocupar sin más la butaca de Alonso. No había advertido éste la furtiva maniobra de Taboada, de modo que fue a sentarse encima de él, cosa que no le hizo ninguna gracia y que vino a desarreglar sin remedio el buen fin de la reunión. Cela le afeó luego a Taboada su conducta y Taboada le contestó con una sarta de denuestos contra las jerarquías falangistas de la radio y la descortesía de que hacían gala en las casas donde estaban de visita. Ahí terminó, creo, la estancia madrileña de Taboada. Yo al menos lo perdí de vista, aunque alguien me habló de que había andado algún tiempo por Madrid, enrolado en los trapicheos de café y las engañifas vergonzantes de aquel último remedo de bohemia.

Esas ocasionales reuniones en casa de Cela se prolongaban hasta el amanecer y había mucha algazara y cada cual hacía su número de risa o se comportaba con la debida desfachatez, todo ello bajo la mirada afable y algo suspicaz de Charo, la mujer de Camilo, que parecía ejercer discretamente de anfitriona no demasiado entusiasta. Quiñones interpretaba cantes de Cádiz con mediana pericia y gran acompañamiento gestual; Mariano Moreno daba volteretas con bastante soltura; Laurence imitaba los modales histriónicos de Picasso, que había ilustrado su primer y único libro de poemas; García Nieto se comportaba como un observador benevolente, mientras Ory reconocía sin ninguna vanagloria y sobrada machaconería de párvulo que su obra representaba en aquel momento lo que la de Rubén Darío a fines del XIX, y Viola declamaba en un francés recio y enmarañado algunos de los poemas vínicos de Baudelaire, especialmente *Le vin des chiffonniers,* después de reiterar la manifiesta afinidad del alma de los traperos con la de los poetas: *Butant et se cognant aux murs comme un poète*.

No me explico mucho ahora por qué pueriles razones se movilizaron tan opacas tertulias domésticas, que solían tener como colofón un desayuno de preceptivo rango madrileño: el aguardiente y los churros en alguno de aquellos cafetuchos de Lavapiés especializados en embalsar a noctámbulos de aluvión, sobre todo a putas y puteros. Era como un hábito semanal más bien anodino por lo rutinario, no pactado expresamente por nadie, pero sujeto a una poco fundada observancia general, que se interrumpió de modo previsible y definitivo a partir de un viaje de Cela a Venezuela, de donde volvió al cabo de un par de meses provisto de una amante «catira» —rubia— y de un contrato editorial que parecía ser, a mucha distancia, el más espectacular firmado nunca por un escritor español. Decían que había competido con Curzio Malaparte en la adjudicación de aquel suculento encargo tramado por uno de los secuaces del dictador Pérez Jiménez y que fue la influyente señorita que lo acompañó, próxima a la camarilla del general, quien logró que venciera su candidatura. A cambio de esa auténtica fortuna en millones de la época, Cela tenía que escribir una novela de ambiente venezolano, donde se reflejaran las excelencias físicas y morales del país. De ahí arrancó *La catira,* que al parecer no mereció el beneplácito de los capitostes culturales de aquella tenaz dictadura, no por sus valores literarios, que eran menguados, sino por ciertas excesivas tipificaciones de la vida rural venezolana. Tal vez fue eso lo mejor que pudo ocurrirle a la que es sin duda una de las más contrahechas novelas de Cela.

El edificio de pisos donde éste vivía, frente al que estaban edificando los

llamados desde entonces Nuevos Ministerios, era lo más parecido que había a una sucursal inusitada de alguna academia de bellas artes y buenas letras, pues también residían allí en régimen de alquiler César González Ruano, Manuel Viola, el historiador venezolano Guillermo Morón, la actriz Lola Gaos, hermana de Vicente, Roger Spencer, un filólogo inglés que trabajaba en el Instituto Británico, y no sé qué figurón del periodismo oficial. Por cierto, este Spencer tenía una sirvienta jovencita con quien anduve acostándome una buena temporada. Se llamaba propiamente Raquel y era muy redicha y melosa y, por lo que yo pude deducir, pertenecía a un linaje de judíos segovianos que aún seguían observando en secreto su ley. Supongo que Raquel también me sedujo por eso.

A González Ruano, el Marqués, como le decían entonces sus allegados, lo traté algo, no mucho. Coincidía con él muy de vez en cuando en el Teide, un café que estaba en la esquina de Recoletos con Bárbara de Braganza y que es donde él solía escribir por las mañanas. También estuve en su casa en un par de ocasiones, solo o con Manuel Viola, al que Ruano había retratado —a partir de alguna difusa técnica impresionista— en su novela *Manuel de Montparnasse.* Me acuerdo muy bien de ese piso adornado de polvorientas imágenes de iglesia y sospechosas antigüedades y donde siempre me atendieron con especial deferencia Ruano y su mujer, Meri Navascués, una rubia platino risueña y enjoyada. Tenían una hija, Marina, de estirpe gótica, que casó años después con el pintor Julián Grau Santos y que a mí me pareció lindísima. Andaba mucho por allí, no sé por qué, un joven periodista asturiano, Marino Gómez Santos, que fue luego biógrafo de científicos eminentes —Severo Ochoa, Gregorio Marañón— y que remedaba en cierto modo la apostura física de Ruano. La verdad es que yo no tenía mucho que hacer o que decir en aquella casa, pero me encandilaba en términos de fatuidad libresca o por simple esnobismo codearme con quien era entonces un literato muy popular, amén de un famosísimo escritor de periódicos. Aunque siempre he rehuido a los personajes provistos de aureola a perpetuidad, en este caso no me sentía incómodo, incluso me divertía bastante.

Ruano iba siempre muy atildado y era muy caballeroso, con la pinta del golfo elegante ya pasado de rosca. Parecía fluctuar entre un ficticio *spleen* parisino y esa disipación refinada del Folies Bergère tan golosamente descrita por Maupassant en *Bel ami.* Su figura se aproximaba con bastante precisión al arquetipo del dandi mordaz, aunque a veces también usara de un dandismo de falsilla, incluido el bigotito circunflejo. Por lo visto reunía oro en joyas, en monedas y hasta en lingotes, no sé si como táctica para prevenir un futuro

incierto o porque realmente gozaba con el morbo contemplativo del avaro. A mí, como escritor, nunca me interesó gran cosa Ruano, pero había páginas de sus memorias y algunas crónicas de viaje sumamente atractivas, sobre todo en esos tramos estilísticos donde se fundían con muy buena mano los elementos líricos y prósicos. Quienes ahora lo encaraman, *ad pedem litterae,* a los febles pedestales de las recuperaciones de ocasión, tal vez lo hagan para dar rienda suelta a ciertas contradicciones extraliterarias. Es lo que ocurre, por ejemplo, con Manuel Machado, que tenía —según confesión propia— el alma de nardo, lo que no deja de ser preocupante, y que apenas logró escapar de los rifirrafes de una musa de colmado, o con Agustín de Foxá, cuya literatura de ingenioso profesional, entre la embajada y el cabaret, entre la matraca patriótica y el gracejo de doble fondo, ha sido reconsiderada como una perla indebidamente preterida. «Qué oscura gente y qué encogidos vamos», escribió con memoria amarga Carlos Barral.

Andando el tiempo, Manuel Viola me contó, durante las erráticas confidencias de alguna noche culpable, cosas terribles a propósito de las actividades de González Ruano en el París de la ocupación alemana. Algunas las he olvidado y de otras prefiero no acordarme. Nunca he podido aceptar la vileza en una persona a la que he conocido normalmente y cuyo trato me ha resultado agradable por algún motivo. También es verdad que no pocas fechorías protagonizadas por Ruano, ciertas o fabuladas, divertidas o canallescas, circulaban subrepticiamente por los mentideros del Madrid de entonces, aunque tampoco rechacé nunca la posibilidad de la maledicencia, cuando no de la calumnia. No sé, pero ese aire decadente del Marqués, su aspecto de aristócrata tuberculoso o de cínico en ejercicio, se compadecía mal con la abyección. En justa contrapartida, Viola parecía estar exculpándose de alguna terca irregularidad de su pasado. Medio gitano, medio aragonés, medio francés, era un pintor y un intérprete poético de la pintura de repentinos y muy agudos vislumbres. Cuando yo lo conocí, acababa de llegar con Laurence, su mujer, de París, vía Zaragoza, donde una tía suya, católica de las de rosario en bandolera, no más enterarse de que vivían amancebados, los casó poco menos que llevándolos a rastras a la iglesia. Laurence había conseguido un trabajo en la embajada de Francia y daba la impresión de que decidieron instalarse en Madrid no porque allí se podían mantener sin mayores problemas, sino porque no habían encontrado mejor sitio para esconderse de no se sabía qué perseguidores.

Al parecer, Viola estuvo enrolado en la legión extranjera, de donde huyó por enigmáticas implicaciones delictivas. Cuando refería esa historia dudosa,

saludaba militarmente, a la manera de aquel extraño personaje que Malcolm Lowry hace comparecer en el último terrible capítulo de *Bajo el volcán,* mientras decía con ampulosa sorna: «*Soldat de la légion étrangère. Vous n'avez pas de nation, la France est votre mère*...», añadiendo de su cosecha: «*Merde*!» También intervino como anómalo correo entre París y Verdún durante la Resistencia, y había oficiado presumiblemente de torero en plazas portátiles. Entonces sólo era pintor abstracto —adscrito a un informalismo de peculiar conexión con el tenebrismo— y siempre me pareció que estaba arrepentido de algo difícil de discernir. ¿Disponía de una remota mala conciencia nunca apaciguada o se indignaba secretamente contra sus presuntas indecencias vitales? Pasó sin zonas intermedias de una acracia no muy distante de cierta raigambre anarcosindicalista, a una especie de falsa condescendencia con el franquismo, en parte por astucia operativa y en parte instado por su amistad con Luis Miguel Dominguín, a quien vendió cuadros y de quien recibió prebendas. Una madrugada en que, paseando José Luis Barros y yo con él por la calle Alcalá, le afeábamos su más que indiscreta conducta, no encontró Viola mejor respuesta que darse cabezadas contra la pared del Instituto Nacional de Previsión hasta que el hirsuto pelo canoso que tenía se le empezó a teñir de sangre. A veces era así de frenético. Poco después, se llevó a su casa, por el acreditado procedimiento del rapto consentido, a una guapa gitana unida a otro por el rito calé, con la que convivió peligrosamente durante años, bajo la constante amenaza de muerte del clan al que pertenecía la muchacha. Yo creo que se encamaban los tres juntos: él, Laurence y la gitana, cosa que no deja de conciliarse con una plausible probidad conyugal.

Por no sé qué imperativos profesionales, el escultor Jorge Oteiza, que había estado años en Colombia y Argentina, vivía a la sazón en Madrid y disponía de un estudio —cedido, me parece, por Juan Huarte— en los Nuevos Ministerios que entonces se construían. Estaba en los bajos todavía diáfanos del edificio que formaba un chaflán de la plaza de San Juan de la Cruz, frente al Instituto Italiano, a un paso de donde todavía perdura,

*

para ofensa de transeúntes y escarnio consistorial, una estatua ecuestre del Caudillo. Es curioso, pero desde las ventanas del piso que tenía en Madrid Ángel González, donde se refugiaron no pocos luchadores clandestinos antifranquistas —Jorge Semprún, José Ortega, algún furtivo mensajero italiano—, se observa nítidamente la figura impertérrita de Franco a caballo. Y allí sigue.

*

No es que esté presente en la vida doméstica, pero esa supervivencia ominosa que aún forma parte del paisaje urbano resulta adecuadamente desapacible. El general observa desde una altura improcedente, encaramado al caballo que se encarama al pedestal, con el obeso cuerpo de eunuco disimulado por la adulación del escultor, el ya más o menos normalizado paso de la historia que él estancó en su larga etapa de premuerto. ¿Por qué pusilánimes o vidriosas decisiones municipales no se ha demolido una memoria tan ingrata? Recuerdo que otra similar estatua del Caudillo que había en Valencia, en la plaza del Ayuntamiento, fue reducida a escombros con nocturnidad y con la debida premeditación del entonces alcalde socialista y amigo mío Ricard Pérez Casado. La palabra ruptura siempre ha sonado por estos pagos ibéricos a insurrección armada.

En el estudio de Oteiza nos reuníamos, generalmente a media tarde, un variable grupo de amigos. Los más asiduos eran Manuel Viola, José María Moreno Galván, Manolo Conde, Ángel Crespo y yo mismo. No se trataba de ninguna tertulia deliberadamente constituida sino de una mera casualidad. Un día coincidimos allí y ya prolongamos casi sin previo aviso esas juntas más o menos semanales y con cierta diversidad de contertulios. También aparecieron alguna vez en el estudio, no juntos sino esporádicamente conducidos por Moreno Galván, otros artistas plásticos. Quiero recordar, entre ellos, a Pablo Serrano, a Antonio Saura, quizá a Manolo Millares, quizá al arquitecto José Luis Fernández del Amo. No podría asegurarlo, pero considero muy posible que en esas reuniones —vigiladas, como luego supimos, por la policía— se empezaran a incubar algunas de las bases teóricas del grupo artístico que poco después se denominó El Paso. Un movimiento éste en el que se alineó, como bien se sabe, la vanguardia nuestra del momento —Saura, Millares, Viola, Canogar, Rivera, Chirino, Feito— y que determinó la más notable inflexión hacia el futuro acaecida en los anales del arte español del siglo XX. No sé realmente si se trataba de un grupo en sentido estricto o de unos artistas por suelto mutuamente atraídos por alguna afinidad estética o por ciertas ventajas operativas de conjunto. Es lo que se podría aplicar también a esos otros pintores catalanes, no homogéneos pero sí integrados en empresas artísticas colindantes, algo anteriores a los de El Paso. Me refiero a aquel frente de muy fecunda libertad creadora —Tàpies, Tharrats, Cuixart, Pons— al que Joan Brossa, ducho en malabarismos, bautizó con el nombre de Dau al Set, que copiaba no sé si a sabiendas o por casualidad el título de un opúsculo surrealista de Ribemont Dessaignes —*La septième face du dé*— que encontré

en un tenderete de libros de ocasión en el madrileño Campillo del Mundo Nuevo y que ahora, cuando lo he buscado entre mis libros, no aparece. Claro que detrás de todo eso, o más bien delante, queda el hermético y fascinante *coup de dés* mallarmeano. La imaginación desplazando a la realidad: el simbolismo en permanente tentativa de derogación de los códigos convencionales del arte.

Oteiza era desde luego un personaje muy seductor. Inteligente, impertinente, insobornable, algo caótico, disponía en grado superlativo de una vibrante capacidad para fusionar la pasión y el conocimiento. Incluso más que su obra escultórica, que era copiosa y, en sus mejores fases, de un expresionismo abocado a la abstracción, lo que de veras me atraía era la personalidad de Oteiza como teórico del arte, como analista estético y más que nada tal vez como crítico de la cultura. Manejaba conceptos muy singulares y era un gran subversivo. La inteligencia, si notoria, siempre es subversiva. Como la heterodoxia, a la que tan adicto era. Había publicado hacía poco un libro ya raro que conservo y cuyo solo título —*Interpretación estética de la estatuaria megalítica americana*— avisa de antemano de sus ávidas marcas culturales. Yo aprendía mucho oyéndolo debatir con Viola o con Moreno Galván —otros dos grandes intuitivos— y siempre me parecía que allí se planteaban cuestiones estéticas de más que improbable paralelo en cualesquiera de los ambientes culturales madrileños, mayormente instalados entre la anemia imaginativa y el hambre atrasada. En aquel entonces Oteiza lanzaba coléricas diatribas contra el Vaticano, que había vetado no hacía mucho casi el medio centenar de espléndidas piezas destinadas a la fachada de la basílica de Aránzazu, obra de Sáenz de Oiza. Todavía conservaba en el estudio un buen número de bocetos en escayola de esas esculturas religiosas, aunque luego me enteré de que habían ido dañándose de modo irreparable y que sólo se salvaron algunas posteriormente llevadas al bronce.

Guipuzcoano de Orio, Oteiza no parecía en absoluto veinte años mayor que yo.

*

Su vehemencia, su tesón dialéctico, la defensa ardorosa de sus convicciones le otorgaron hasta hace poco un paulatino rejuvenecimiento. Ahora es un nonagenario a la vez intrépido y abatido, pero en aquellos años empezó a poner en airado entredicho o a someter a un proceso eliminatorio sus propias ideas plásticas, renunciando cada vez con mayor exigencia a los materiales creadores superfluos, hasta convenir que había dado por finalizado

su ciclo de investigación en el lenguaje escultórico —o en su aplicación arquitectónica— y ya no tenía mayor cosa que hacer o decir a ese respecto. En cierto accesorio sentido, estaba definiendo desde entonces una actitud estética contraria por exclusión a la de Chillida,

*

que era un vasco de otra cuerda y, eso sí, un gran herrero, cuya tenacidad lo llevó incluso a preferir el oficio de escultor al de futbolista. Por cierto, que no hace mucho se divulgó una rara pretensión suya: la de horadar, vaciar una montaña canaria para proceder a no sé qué configuraciones espaciales catacúmbicas. Entiendo que Chillida le conceda al vacío una esencial relevancia como generador de volúmenes, pero no sé a qué viene esa peregrina manipulación de las interioridades geológicas de la naturaleza. Me hubiese gustado conocer la opinión que le habría merecido ese programa de prospector minero a Oteiza, que tanto se ocupó de los monumentos megalíticos esparcidos por la faz de la tierra. Pienso, de todos modos, que los escultores vascos son en general excesivamente vascos. Lo digo porque también me acuerdo ahora, por ejemplo, de las gestiones artísticas de Agustín Ibarrola, al que conocí cuando era militante comunista y se escondía del asedio policial en casa del ceramista Arcadio Blasco, en el campo alicantino, cerca de Mutxamel, donde yo también tenía un pequeño terreno para una casa que nunca llegó a hacerse. Ibarrola no sólo ha pasado de la iglesia marxista al llamado Foro de Ermua, sino de una pintura de acusadora formulación social —la del Equipo 57— al amontonamiento de traviesas de ferrocarril o a pintar de colores los troncos de los árboles, incluidos los que no eran suyos. Hay un bosque en algún valle vizcaíno donde Ibarrola ha dibujado siluetas diversas o coloreado sin más los troncos con no sé qué propósito estético. Qué obstinación correctora la de ese pretencioso señuelo creativo, como si la naturaleza, no contenta con imitar al arte, necesitara mejorar su aspecto. Por cierto que, justo cuando redacto estas páginas, me entero de que ese «bosque pintado» ha sufrido una grave mutilación con la tala de una treintena de árboles. Supongo que el aprovechamiento de la madera se ha impuesto finalmente sobre su eventual soporte pictórico. Puedo estar de acuerdo, en cualquier caso, con Fernando Savater cuando afirma que Ibarrola «es capaz de recrear la dignidad humana», siempre —claro— que se refiera al comportamiento civil del artista.

Yo ya no estaba en España o ya se habían extinguido de modo natural las reuniones en el estudio madrileño de Oteiza, cuando empezó éste a dedicarse consecuentemente a la creación literaria y la exploración metafísica. Por

supuesto que perseveré lo mejor que pude en el seguimiento de ese sugestivo trayecto poético y crítico del autor de *Quosque tandem* —una singular interpretación estética del alma vasca—, el mismo que, en una entrevista que leo mientras ordeno estas memorias, ha dicho: «Para cuando te enteras de algo, ya te has muerto.» Me ha apenado sobremanera comprobar que el pesimismo, la tristeza visceral del anciano artista, ha venido a ser un sentimiento metódicamente inculcado por los más estultos personajes de una sociedad que quiso integrar al escultor, al poeta, y que, al no conseguirlo, procuró neutralizarlo con ostensible indignidad. Tolerar a un personaje tan incómodo y tan abastecido de heterodoxias como Oteiza sobrepasaba con mucho las vigilancias culturales de la fortaleza nacionalista. «Odio la obra de arte», declaró un día Oteiza. «Mis cajas metafísicas son las latas de las que me he alimentado.» ¿Qué funcionario iba a consentir semejante alteración del orden?

Bien. En tanto que ocurría todo eso mis estrecheces económicas no llevaban camino de solventarse con un mínimo acomodo. Tampoco es que las privaciones fuesen muy considerables, pero alguna vez estuvieron a punto de desembocar en una situación crítica, aunque siempre terminaba alentándome la extraña convicción de que eso no iba a ocurrir, de que por algún súbito designio del azar eso no podía ocurrir, incluso a pesar de que seguía empeñado en no apelar de ninguna manera a la ayuda paterna, una ayuda fácilmente alcanzable, es cierto, pero que se contradecía con mis deseos de demostrar en casa que mis escaladas al éxito iban por un camino altamente satisfactorio. Creo que mis escasas y muy irregulares fuentes de ingresos se repartían entonces entre los artículos repelentes que escribía para aquellas revistas municipales y las tareas de rastreo en la hemeroteca a sueldo de un profesor de instituto, un tal Agustín Requejo, que preparaba una tesis sobre los afrancesados. Este Requejo era un erudito a la violeta, un historiador en la línea de los pelmas afables del que conservo un recuerdo piadoso, sobre todo porque también era un hombre notoriamente bueno que siempre se disculpaba por lo exiguo de mis honorarios, y que alguna que otra vez se permitió el derroche de invitarme a cenar en una tasca un poco mugrienta por los alrededores de la glorieta de Atocha. Tenía sus rarezas, aunque a lo mejor le atribuyo alguna que no le pertenece: por ejemplo, la costumbre de ir los domingos a las farmacias de guardia con la única finalidad de pesarse, o la de tener ya prevista, con macabra anticipación, la mortaja. No sé qué habrá sido de él y si llegó a acabar su tesis sobre los enciclopedistas o los ilustrados españoles. Se merecía al menos un premio a la constancia.

Coincidiendo más o menos con la terminación de mis pesquisas en la hemeroteca, sufrió un raro percance el editor de esas revistas locales a las que me he referido. Resulta que una tarde, cuando fui a entregar algún nuevo artículo y a intentar cobrar otro anterior, me encontré al señor Ramírez con toda la cara tumefacta y un brazo en cabestrillo. Tenía en la mirada el rescoldo apagado del cobarde, el triste gesto del boxeador sonado, y un acusado olor a cadaverina. Por lo visto le habían dado una buena tunda a pocos metros de su casa, en una bocacalle de la plaza de Olavide, y ni él mismo sabía con certeza a qué enemigo atribuir el descalabro: al impresor a quien no pagaba nunca, al alcalde de algún pueblo al que había inicuamente engañado o al encono con que, según él, empezaban a acosarlo los miserables de la competencia. Y ahí terminó mi anónimo trabajo de articulista de festejos y prendas municipales y ahí empezó otro muy distinto. Muchas veces he pensado que mis andanzas vitales de entonces, tan indefectiblemente sujetas a unas cimas provenientes de otras tantas depresiones, muy bien podrían acogerse a una cierta versión del determinismo, más que como una derivación filosófica del tipo de la «necesidad causal» de Kant, como un simple rechazo a admitir que no es la voluntad la que obliga a tomar una determinación, sino la intensidad del propio requerimiento de los motivos. Algo de eso me ocurría: cuanto más me apremiaba lograr algo, tanto más cerca estaba de ello en razón de la necesidad que tuviese de alcanzarlo. Parece una idea un poco manoseada o quizá un poco tendente al galimatías, pero no encuentro mejor razonamiento a algo que me sucedió con una reiteración bastante llamativa. Las pérdidas siempre suponían consecutivamente la inminencia de los hallazgos.

Callejear por Madrid suponía entonces una enseñanza adicional: la de reconocer a cada paso las muchas adversidades vividas por una ciudad con trazas de inhóspita y como propensa a fomentar ciertas incurables desesperanzas. Aún se veían entonces por todas partes seres oscuros y furtivos, aquella especie de hijos numerosos de la decepción que deambulaban no se sabía en cumplimiento de qué privadas contraofensivas frente a tantas asechanzas ambientales y marcas recurrentes de la guerra. Era algo que se asociaba también a la respiración triste de Madrid, ese vaho indistinto que flotaba por las calles con un agrio regusto a hortalizas y ropas sudadas y que formaba parte en cierto modo del desconsolado olor de la vida, un olor literalmente adherido a los circuitos deplorables de las pensiones, los restaurantes económicos, las copiosas inclemencias de una ciudad mal iluminada, como adormecida entre sus imborrables rastros aldeanos y sus ínfulas de metrópoli. Y al otro lado de esa general grisalla capitalina, quedaba la ruta de los cabarés y los bares de putas, preferentemente localizados en el

tramo de la Gran Vía comprendido entre Alcalá y Callao. Asomarse a aquellos reductos supuestamente selectos de la prostitución era un curioso espectáculo, al menos por lo que tenían de frontera entre un mundo ajeno y el mundo menesteroso de cada día. Chicote era tal vez el eje maestro de esa zona de burdeles encubiertos o quizá ostensiblemente aireados, según como se mire. Se decía que en ese arquetípico bar americano con pretensiones cosmopolitas se vendían de estraperlo, junto a otros secretos placeres, algunos antibióticos entonces inencontrables: toda una llamativa paradoja aplicada al entramado social de aquella todavía inmisericorde posguerra. Allí acudían los señoritos disipados, los capitostes nacionalsindicalistas y los nuevos ricos de colmillo de oro. En el chotis que dedicó a Madrid el músico mexicano Agustín Lara, se refería a «la crema de la intelectualidad» reunida en Chicote, cuando tenía que haber hablado de los estraperlistas y jerarcas que andaban por allí alternando con las más vistosas putas de la localidad. En fin.

Supongo que sería María Luisa Abad —una actriz de comedido relieve que había sido novia infiel del poeta Jaime Ferrán— quien me presentó a José Antonio Llardent, con el que se había casado por aquel entonces. Nacido en Tánger y muy vinculado a Portugal, diestro en el manejo de la ironía y la displicencia y provisto de unos nobles aparejos culturales, Llardent fue, antes de que alcanzaran ese rango Ángel Crespo o Perfecto E. Cuadrado, el más solvente conocedor español de Pessoa, de quien andando el tiempo tradujo con muy buena mano una *Antología de Álvaro de Campos,* el *Primer Fausto* y algún otro texto que se me olvida. Parece ser que era de familia adinerada y no más llegar a Madrid compró la librería Clan, en la calle Espoz y Mina, una librería que gozó de un singular prestigio en la época de su anterior dueño, Tomás Seral, quien alentó de modo muy efectivo, con exposiciones y publicaciones, la difusión de la vanguardia plástica española de aquellos inhóspitos años cincuenta, motivo más que suficiente para que fuera visitada alguna que otra vez por la policía. Llardent no prosiguió más que en parte la tarea de su antecesor en Clan, pero sí quiso poner en marcha una editorial. Cierto día me habló de ese proyecto y me animó a trabajar con él. Se trataba de ir publicando a ritmo discreto unas ediciones de clásicos castellanos, sin descartar en su día a los portugueses, que no fuesen ni excesivamente académicas ni escuetamente divulgativas, es decir, sólo con un imprescindible bagaje erudito. La editorial iba a llamarse Tajo, tal vez por ser río de aguas comunes a España y Portugal, y la pequeña y provisional oficina se instaló en una trastienda de Clan, en donde empecé a trabajar por las tardes, junto con Llardent y María Luisa, que hacía un poco las veces de secretaria y de vistoso ornato de aquellas dos habitaciones interiores muy poco confortables.

No he podido informarme de por qué repentinos o graduales motivos esa estimable empresa editorial no pasó de la etapa organizativa, que se prolongó para mí durante poco más de medio año. De acuerdo con un programa bastante afinado, ya habían aceptado encargarse de diferentes ediciones de clásicos un alentador número de profesores —Zamora Vicente, Emilio Alarcos, José Manuel Blecua, Francisco Ynduráin— y hasta algún que otro filólogo primerizo a quien no había perdido la pista desde la facultad. ¿Enfermó Llardent por entonces, se cansó del previo trasiego burocrático, tuvo que deshacerse de la librería a causa de algún menoscabo económico? No lo sé. Tengo la impresión, no obstante, al hilo de esta brumosa mirada hacia atrás, de que he olvidado un presunto cabo suelto de esa historia. Sé que existe, aunque no alcanzo a concretarlo del todo ni a deducir si concuerda efectivamente con esos reveses. Resulta que, al margen del negocio librero y de la operación editorial, Llardent andaba metido en asuntos de compraventa de pintura. Se había asociado para estos menesteres con una mallorquina, Emilia Casasnovas, hacía tiempo liberada de los resabios isleños de salón, muy divertida y de muy buenos modales, que gozaba del señalado privilegio de encandilar a poetas cohibidamente maduros y que disponía de una amplia red de conexiones en la esfera comercial del arte y en los círculos capitalinos propensos a la nocturnidad. A mí me agradaba mucho esta Emilia Casasnovas, como también me agradó mucho *suo tempore* su hermana Pilar, guapa, vivaz y acogedora, una mallorquina infrecuente dotada de un ameno desenfado y de un estilo muy oportuno para acentuar sus irreverencias insulares. Siempre he disfrutado de una singular tendencia electiva en estos menesteres: la de aficionarme a la vez a chicas por bloques familiares. Una predisposición que, amén de holgada, puede resultar sumamente entretenida. Otra Casasnovas, la mayor, estaba casada con un Cilimingras, Luis creo que se llamaba, dueño de una hermosa casona de factura dieciochesca en Valldemosa donde, andando el tiempo, asistí a algunos vistosos saraos con invitados de muy heteróclita procedencia. Este Cilimingras era al parecer descendiente por vía ilegítima del archiduque Luis Salvador de Austria, que fue dejando hijos naturales y excelentes mansiones por las comarcas mallorquinas que recorrió, ojo avizor, durante buena parte de su vida.

Me parece que por esas fechas, o algo después, se originó un regular embrollo a propósito de unas infracciones aduaneras en las que aparecieron implicados Llardent, la Casasnovas y el dueño o testaferro de una madrileña galería de arte que se llamaba o al que decían Manuelino. Hubo mucho revuelo: juicios, sentencias condenatorias y multas, y sospecho que de ahí se derivó la clausura inevitable de la nonata editorial Tajo. Es bastante posible

que ésa sea una juiciosa versión de los hechos. De todos modos, y como en no escasas ocasiones, me vi nuevamente desasistido y con la agravante de que mis reservas económicas no daban ya para mucho, sino que incluso daban para muy poco. Aunque también es verdad que ya me iba haciendo a la idea de que esos desajustes de índole laboral y esos desniveles de la fortuna formaban parte inherente, como quien dice, de mi cuota de servidumbres vitales en aquella época que ya he llamado de vísperas dudosas.

## 2. GUÍA DE PERPLEJOS

Con mi primer viaje a París se extingue en cierto modo el penúltimo tramo de mi juventud. Más que de una evidencia biológica, se trata de un cálculo literario dudosamente verificable. No ya porque me acercaba entonces a mis treinta años —cifra climatérica—, sino porque iba a vivir una de esas experiencias que aceleran la consabida crisis biográfica donde ciertas convicciones son desplazadas por otras igualmente interinas. Incluso es posible que todo eso se aprecie mejor cuando uno acaba convenciéndose —en términos quizá atrabiliarios— de que la ciencia pura y la ciencia ficción pueden ser ocasionalmente intercambiables. Yo había preparado aquel viaje con una emoción minuciosa y una fe ciega en la relevancia irreductible de mi futuro inmediato, sobre todo porque ese futuro iba a subordinarse de improviso a los esplendores heterogéneos de París y a los suministros de exaltaciones de varia lección que eso llevaba consigo. Además, aquellos últimos meses de 1955 estaban siendo bastante desapacibles para mí, como mediatizados por una especie de excitante resistencia al orden público, de más enfadosas secuelas a medida que se consolidaba aquel *annus mirabilis* del franquismo. De modo que decidí quitarme de en medio, no sin superar previamente algunas obstinadas incertidumbres. Ni siquiera comenté esa escapada con ninguno de aquellos compañeros transitorios con quienes ejercía entonces de aprendiz de conspirador. O de simple adicto a las disidencias culturales y, como estaba mandado, al voluble gremio de los iconoclastas de nuevo cuño.

Estuve dándole muchas vueltas al asunto, hasta que alguien me asesoró para que solicitara una beca o ayuda de estudios en no sé qué negociado del Ministerio de Educación. Aunque la idea no me resultaba en principio demasiado apetecible, más que nada por ciertas veladas formas de rechazo moral —suponiendo que pudiese disponer entonces de semejantes suspicacias —, acabé aceptándola, ignoro si por una simple pereza decisoria o porque evidentemente nunca iba a poder realizar ese viaje sin alguna contribución económica ajena a mi menos que modesto peculio. Así que un día, sin encomendarme a Dios ni al diablo, le escribí a Joaquín Pérez Villanueva, a la sazón director general de Enseñanza Universitaria, y le planteé en prosa galana mis pretensiones. A Pérez Villanueva, hombre benévolo y de natural obsequioso, lo había conocido en el congreso de Poesía de Salamanca, en 1953, y alguna vez habíamos coincidido en aquel remedo de salón literario que organizaba en su casa Juana Mordó, muy en su papel de espía al servicio

de su propio *charme.* Todo eso ocurrió en vísperas de que el equipo directivo del ministerio y la universidad —Ruiz Giménez, Tovar, Laín Entralgo, el propio Pérez Villanueva— fuese destituido tras las agitaciones estudiantiles de 1956.

La excusa que aporté en la petición de mi beca para París era bastante fantasiosa. Es cierto que cada vez me parecía más literariamente atractiva la figura del duque de Montpensier, hijo de Luis Felipe de Francia, suegro de Alfonso XII y aspirante al trono de España. Las intrigas y andanzas de este Montpensier, Antoine de Orleans, uno de los hombres más ricos de Europa, delimitan por así decirlo una maraña argumental llamativamente escalonada de intrigas, conspiraciones, mecenazgos y hechos de muy variada índole social y política. Se trata desde luego de un personaje que ya me empezó a fascinar cuando conocí un poco sus peripecias durante mis estancias juveniles en Sanlúcar y mis paseos por Torre Breva —la hermosa viña donde murió en poco claras circunstancias—, pero de eso a sugerir que necesitaba consultar, pongo por caso, los archivos del viejo club de los jacobinos para culminar un estudio en ciernes, iba mucho trecho. Ni siquiera se me ocurrió, durante los meses que pasé en París, buscar la menor pista biográfica en este sentido. Es curioso, pero al cabo de los años, coincidiendo precisamente con un verano sanluqueño en que conocí a Gerarda de Orleans, descendiente de Montpensier, volvió a tentarme la idea, hasta cierto punto descartada de antemano o demorada *sine die,* de evocarlo en algún tipo de recreación novelesca. No he desistido del proyecto, pero tampoco creo que sean muchas las probabilidades de que lo lleve un día a buen puerto.

Si mal no recuerdo, también trabajaba entonces en el Ministerio de Educación un señor de modales arcaizantes y fama de poderoso en las antesalas de la cultura oficial, de nombre Gaspar Gómez de la Serna, creo que primo de Ramón. Era un funcionario conspicuo y de filiación conservadora, promotor de rutas literarias en autobús, preferentemente por comarcas de Castilla, rematadas para mayor provecho con lecciones de folclore regional. Creo que conocí a este señor por mediación de Ignacio Aldecoa y fue realmente el que auspició el buen fin de mi solicitud de ayuda de estudios, una deferencia que le agradecí de muchos enfáticos modos por cuanto ni él tenía por qué regalarme nada ni yo me consideraba merecedor sin más de esa recompensa. No sé qué se hizo de este Gómez de la Serna, del que conservo un curioso *Libro de Madrid*, ilustrado con finura por Esplandiu, y un preceptivo *Viaje a las Castillas,* propiamente avalado por sendas citas de Ortega y Primo de Rivera.

Preferí llegar a Francia por mar, lo que era mucho más incómodo y bastante menos acorde con mi menguado presupuesto, pero que también se correspondía mejor con mis gustos. La ruta fue inevitablemente fatigosa. Viajé primero a Valencia, de donde seguí por barco a Palma de Mallorca; una vez allí, me embarqué en uno de los buques mixtos de carga y pasaje que cubría la ruta Argel-Palma-Marsella. Era un día aparentemente bonancible y la travesía duró más de lo habitual, pues ya en aguas del golfo de León se produjo una de esas imprevistas marejadas propias de aquel enclave mediterráneo. Empecé a sentir entonces algo parecido a un aviso de la decepción, una incomodidad sensitiva que no hizo sino acentuarse durante todo el viaje. También creo que fue ahí donde terminé de soldar algo que ya había empezado a articularse durante las ingratas navegaciones prescritas en los cursos de la Milicia Naval Universitaria: un comedimiento, un respeto ante las eventualidades del trato con la mar que nunca he olvidado. Por supuesto que lo que hago en este sentido es atenerme a unas elementales pautas de conducta tácitamente consignadas en las viejas artes de marear.

De eso sí me acuerdo, pero quizá me haya defendido olvidando el trayecto de Marsella a París en un tren nocturno. Lo único que puedo evocar con absoluta nitidez es mi llegada a la estación de Saint-Lazare, un amanecer incoloro y desabrido. Y ahí ya volvió a manifestarse aquella penosa variante del desánimo, ese difuso sentimiento hecho de muchos residuos sentimentales: la indefensión, el hastío, los temores más o menos infundados. Tuve que hacer no pocos esfuerzos para preguntarle a un mozo de cuerda si conocía algún hotel cercano y económico. Me indicó uno en la rue d'Amsterdam, aledaña a la estación, no lejos de la place de Clichy. Era efectivamente bastante económico, pero también disponía de una considerable sordidez. Una señora adusta, después de examinarme con ostensible recelo, me mostró la habitación y me instó a que, una vez acomodado, fuese a la portería para registrar mi llegada. Y fue allí y en aquel preciso momento cuando ocurrió lo que más arriba apunté: una de esas experiencias que sobreviven sin cesar a los drenajes consecutivos de la memoria y modifican de hecho la índole de algunas perseverantes provisiones imaginativas. Andaba yo ordenando un poco mi exiguo equipaje, constatando quizá lo inhóspito de aquella habitación, cuando oí que alguien llamaba a la puerta mientras decía: «*Monsieur Cabalego Bonald, au téléphone*...»

Imposible. Ni yo me había inscrito aún en el registro del hotel ni nadie conocía mi presencia en aquel fortuito hospedaje. ¿Cómo iban a saber mi nombre? Me acerqué con creciente zozobra al angosto vestíbulo, donde una

mesa incrustada entre dos pilares cerraba el cubículo de la recepción. Como lo increíble suele invalidar lo verosímil, quise cerciorarme de que era a mí a quien llamaban y, por toda respuesta, me indicaron el teléfono que colgaba de una pared. El auricular basculaba pendiente del hilo y, cuando lo recogí y acerté a preguntar algo, se produjo como un cruce de conversaciones opacas, unas palabras enmarañadas entre las que creí oír de nuevo mi nombre. Reiteré mi pregunta y una voz pedregosa me habló de manera ininteligible hasta que sobrevino el silencio. Tan aturdido estaba que no supe qué decir. Tampoco había nada que decir. De modo que colgué sin más y me fui para mi habitación como un sonámbulo. Por un ventanuco entraba la agrisada claridad de un ojo de patio y había allí un eco incoherente, como una vibración de alambres, y ese olor triste que exhalan los muebles innobles prematuramente envejecidos. No estaba angustiado, sólo quizá consternado, perplejo. La percepción también puede ser un absurdo remedo del entendimiento, un fenómeno imposible a partir de esas porciones quiméricas de que está hecha la realidad. ¿Por qué enigmático desajuste de la lógica sabían mi nombre, quién me había llamado, qué laberinto me condujo hasta aquel intrincado atajo de la razón? He venido haciéndome en vano esas preguntas durante más de cuarenta años.

Mis primeras horas en París fueron pues particularmente azarosas y desconcertantes. Un mal comienzo o, cuando menos, un arranque psicológico de muy dudosas propiedades curativas para mi no muy saludable equilibrio emocional. A partir de esa inconcebible llamada telefónica, lo primero que pensé fue mudarme a otro hotel menos proclive a los contagios severos de la paranoia, pero la inercia pudo más que la desazón y allí me quedé. La verdad es que tampoco se produjo ningún otro desvarío de calibre parecido al de la confusión cabalística de mi identidad. Sólo concurrieron en mis andanzas cotidianas incidentes de modesta anomalía o pequeñas confrontaciones entre ciertas zafiedades ambientales y mi incapacidad de adaptación. Pero tardé en curarme de aquel obstinado desasosiego, sobre todo por la absoluta carencia de explicaciones sobre esa primera experiencia demencial. Veía por todos los rincones del hotel sombras amenazadoras, oía murmullos nocturnos siempre sospechosos, lo cual me mantenía en una actitud expectante no muy distinta a la monomanía, aunque tal vez esa misma obsesión contrarrestó al principio mis desánimos y apocamientos. Aparte de que muchas veces he preferido soslayar, por abulia o por hastío, cualquier pertinente deducción en torno a lo que sobrepasa mi cupo de aceptaciones razonables de la realidad, incluso mi capacidad de comprensión de esa supuesta realidad.

Mis callejeos por París eran persistentes y agotadores, a veces salía a dos marchas de magnitud castrense por día. Desde la rue d'Amsterdam me desplazaba bien de mañana hasta los distritos urbanos más distantes e imprevisibles. Sin ninguna previa determinación, o sin ningún concreto itinerario planificado de antemano, sólo una vez elegí subir por la rue d'Amsterdam en sentido contrario a la estación de Saint-Lazare, hasta el cementerio de Montmartre, una visita que, por muchos apegos literarios que mediaran, duró el poco rato que tardó en sobrevenirme una melancolía agravada por las inscripciones mortuorias. El resto de las correrías se orientaban todas, con alguna inesperada salvedad, hacia los muelles de ambas orillas del Sena, especialmente los colindantes con la Île de la Cité o los centrados no por nada concreto en la *rive gauche.* También me acerqué una vez hasta la Closerie des Lilas, no sé si en busca del diván donde Verlaine se hundía en las tinieblas dulces del ajenjo, o por respirar lo que probablemente no era ya sino una falsa alarma de la emoción, pues sólo encontré allí, si es que realmente ingresé en el sanctasanctórum del *poète maudit,* una infranqueable tristeza parecida a la que me embargó en el cementerio de Montmartre o en aquellos malsanos prototipos del «vientre de París» concentrados en Les Halles. Ni siquiera se me ocurrió asomarme, cosa que aún no entiendo mucho, a los cafés y *brasseries* de más vigente reclamo intelectual, como podían ser La Coupole o, más concretamente, Les Deux Magots o Flore, por donde se estaría activando entonces la marea filosófica que tanto me empezaba a afectar, siquiera fuese de una manera maquinalmente defectuosa.

Andaba yo una tarde por la calle del Sena, cerca del bulevar Saint-Germain, cuando descubrí de pronto un rótulo excitante: el de la Librairie Espagnole. Atraído —conminado— sin duda por el señuelo hipnótico de los libros prohibidos en los escaparates franquistas, entré respetuosamente en aquel supuesto conservatorio de la libertad: un local modesto entre tiendas de lujo. Yo no sabía entonces que allí se reunía un mudable grupo de exiliados españoles, mayormente comunistas, con la benévola aquiescencia del librero y también editor Antonio Soriano, pero recuerdo que oí a unos señores hablando de las últimas avanzadas en la lucha del pueblo contra la dictadura. Por supuesto que ni siquiera me acerqué, no sé si por retraimiento o por desgana. Tampoco me acuerdo si ya funcionaba entonces, o empezó a hacerlo algo después, una editorial de parecido enfoque a la de la Librería Española, bautizada con el buen nombre de Ruedo Ibérico y dirigida por José Martínez, un personaje más bien sombrío y en perpetuo estado de malhumor, a quien tal vez conociera en un posterior viaje a París. Colaboraba con él un saguntino,

Antonio Pérez de nombre, que venía a ser como la antítesis de Martínez. Hombre amable y apocado, de finas percepciones artísticas, trabajó también por esos años en otra librería —la de François Maspero—, de la que dicen que fue despedido por su negativa a interponerse cuando alguien robaba un libro, cosa que solía ocurrir con una frecuencia que Maspero estimó ruinosa.

En no pocas ocasiones, después de perderme a sabiendas por los dédalos interiores del barrio Latino, o de andar hasta el límite del desfallecimiento por la zona de los bulevares de Saint-Michel y Saint-Germain, me alargaba hasta el Jardín de Luxemburgo y más de una vez recurrí a alguna siesta de vagabundo en uno de los bancos que bordean el palacio del Senado. Ignoro por qué no fui invitado por algún gendarme mínimamente suspicaz a que abandonara aquel respetable recinto. También solía descansar a la sombra de algún ameno paraje de las Tullerías. De regreso, sí usaba inevitablemente el metro, una de cuyas estaciones —de la línea que subía hasta la Porte de la Chapelle— quedaba a un paso del hotel. Tardé algo en orientarme a medias por la tupida red de ríos y afluentes del metro parisino, pero cuando conseguí dominar en parte la situación me sentí como el triunfador de una endiablada prueba de agudeza. Imposible no pasarme la noche durmiendo de un tirón, espesamente enredado en las marañas de un sueño por el que apenas circulaban otros personajes que los que habitualmente me perseguían, por supuesto que sin darme alcance, pero acentuando las tenaces derivaciones de algo muy parecido a la indefensión. Y no era raro que también compareciera en ese mismo sueño la siempre brutal policía francesa, que me llevaba escandalosamente preso debido a alguna cuestión relacionada con una *carte de séjour* falsa. En cualquier caso, nunca esquivé del todo la incómoda sensación de que habían descubierto unos manejos delictivos que algo tenían que ver con mi más reciente pasado. Digo yo que por algo sería.

Estaba previsto que el monto de la bolsa de estudios durara tres meses, pero yo tenía calculado estirarla de algún modo para que me alcanzase el doble, o poco menos: un imprescindible trecho vital. Suponía que medio año en París era un buen punto de partida para mejorar mi francés, apañármelas sin mayores puntos de apoyo en el extranjero y ensanchar un poco el campo siempre deficiente de mis referencias culturales. Y a lo mejor también para liberarme, aunque siempre con limitaciones, de mis no del todo adversos resabios de provinciano sometido a un traslado forzoso a Madrid. No sé si lo logré, pero ahora, al cabo de tantos años, tiendo a evocar esos días parisinos con una onerosa alternancia de deslumbramientos y fisuras depresivas, de euforias y rachas agudas de tedio. Sabía que algo de eso iba a ocurrirme desde

que emprendí el solitario viaje en barco, de modo que tampoco fue ninguna sorpresa comprobar que la arritmia de mi estado de ánimo, la escasa coherencia de mis soliloquios, no eran desde luego los más adecuados para andar a la deriva por una ciudad tan complejamente sugestiva y a la vez tan hosca para un novicio como París. También es posible que ese componente de irrealidad que se asocia en la memoria a todo viaje eminente me haga rememorar ahora mis días parisinos como un extraño ensamblaje de informaciones alteradas, recuerdos falsos y defectuosas sobreimpresiones imaginativas. Siempre me ha ocurrido así a propósito de otras experiencias viajeras. Una vez alojadas en un lugar dilecto de la evocación, esas experiencias empiezan a modificar su contenido, se vuelven cada vez más engañosas, más inconstantes, y terminan sometiéndose a una especie de selección natural donde sólo sobrevive aquello que inconscientemente se desea.

Creo que, a partir del segundo mes de expediciones por mi cuenta y riesgo, empecé a identificarme someramente con el prestigio de París o con el rango múltiple de su personalidad, es decir, con su relevancia como máximo referente occidental de la cultura. El apremio inicial por conocer, escudriñar el esplendor arquitectónico de la ciudad me dejó prácticamente anonadado. Había enclaves que parecían únicamente posibles porque eran el resultado de una casualidad artística, de la confluencia impensada de algunos de los grandes logros del arte europeo a partir de la Edad Media. La primera vez que me asomé a algunas de las perspectivas urbanas más consabidas —el Arco del Triunfo desde los Campos Elíseos, Notre Dame desde el Petit Pont, la torre Eiffel desde el Campo de Marte, las plazas de la Bastilla, de las Pirámides, de los Inválidos—, se me alojaron en la memoria unas imágenes tan intensas que aún soy capaz de reproducir esa «máquina insigne» sin ninguna apreciable errata. No la grandiosidad, no la monumentalidad, sino la nobleza, la correlación estética, la euritmia de ese conjunto homogéneo, es lo que de veras me seducía. Pero tan impresionante o más que los edificios, que la suntuosidad arquitectónica general, eran los espacios que habían quedado libres dentro de ese impecable trazado urbanístico. Como el silencio en la música, esos grandes ámbitos vacíos eran la clave que estabilizaba la armonía de buena parte de la ciudad. La amplitud, la vastedad de plazas y avenidas contrastaba de manera rotunda con todo lo que había conocido hasta entonces en este sentido. Cuando llegué a Madrid años antes, en 1952, la ciudad me pareció de una manifiesta demasía, con edificios aislados de meritoria enormidad, pero el diseño general de París no tenía nada que ver con todo eso ni con lo ya previamente imaginado. Sólo acaso la morfología madrileña del

Prado, de Recoletos, de la plaza de la Independencia, merecía un cierto parangón. Aunque el hecho de que aún desconociera otras metrópolis europeas invalidaba de antemano todas esas evocaciones comparativas de neófito.

Lo único que me produjo cierto rechazo dentro del despliegue urbanístico de París en ningún caso supuso una novedad. Me refiero a las muestras que iba viendo de la jardinería tradicional francesa, no muy alejada de la anglosajona. Ese clasicismo geométrico, tan metódicamente repartido en cuarteles impolutos, en setos como recortados con plantilla y parterres trazados a cordel, ese estilizado concepto del orden cuyo canon tal vez se estabilice en los jardines de Versalles, me producía una sinuosa incomodidad estética, el desacuerdo instintivo ante una cortesanía jactanciosa y afectada, como lo es preferentemente el más generalizado espíritu francés. Quizá se trate de una confrontación impulsiva con el otro extremo ornamental y conceptual del jardín: el creado por los árabes, al que tan asociada está mi sensibilidad de paseante o de mero observador. Es cierto que el arte de la jardinería que nos legó la civilización islámica propende al sometimiento al patrón infalible de la naturaleza, siguiendo asimétricamente la pauta de las propias irregularidades del terreno. Y ese aparente desorden compositivo, ese respeto a la funcionalidad innata de la vegetación y al apremio sensitivo del agua, no obediente a ningún rigor decorativo ni a más norma que a la espontáneamente autogenerada, es lo que más me atrae como referente de mi entorno ambiental. Desde que he tenido ocasión de rodearme de mi propio jardín, he hecho todo lo posible por dejarlo crecer sin más control que el dictado por la armonía, la convivencia placentera y la cercanía musical del agua. Seguramente es porque también detesto esa esclavitud que atenaza a la geometría lineal.

Un día, por no sé qué inesperado recodo de la *rive gauche*, me encontré con un amigo español a quien acompañaba otro joven amujerado con pinta de correveidile en comisión de servicio. No supe al principio, cuando lo descubrí antes de que él me viera, si quería o no quería acercarme. Ya llevaba casi tres meses sin hablar más que lo imprescindible, se me habían como adormecido las cuerdas vocales hasta casi la proximidad de la afasia, y no estaba seguro de querer interrumpir esa situación, que también llevaría consigo una cierta incomodidad afectiva, la obligación de conversar sobre asuntos que probablemente no deseaba evocar o se habían quedado muy a trasmano de mi interés. O quizá es que no deseaba que alguien descubriese mi estado de ánimo y se inmiscuyera en las manías del *promeneur solitaire,* casi por

inducciones roussonianas, que he sido durante toda mi vida. Ese español inesperado era un tal Daniel Roselló, un catalán con posibles reconducido a la meseta en calidad de hipotético estudiante de ingeniería industrial. Pertenecía a la secta madrileña de los homosexuales noctívagos y encajaba muy bien en un acabado modelo de golfo simpático. Yo lo había conocido a través de otros asiduos a aquellos ámbitos indiscretos de la madrugada madrileña. Recuerdo que era casi un obseso contador de maldades a propósito de un capitoste del que decía ser primo, el entonces afamado franquista José Antonio Samaranch, alineado en las mismas prietas filas que un Porcioles o un Sentís, antes —claro— de su democrático ascenso a todas las presidencias olímpicas y financieras posibles. Me contó Roselló que llevaba en París tres días con sus noches y que, por razones que no venían al caso, lo único que había bebido era una copa crepuscular de ese caramelo líquido llamado Pernod, así que lo más sensato era celebrar aquel encuentro con un buen vino, bien entendido que él tenía mucho gusto en correr con casi todos los gastos. Y eso fue lo que hicimos, eligiendo al azar algunos bares de por allí cerca. Su amiguito también hacía las veces de secretario mudo, pues apenas abrió la boca en todo el rato y lo único que hacía era sacar un abultado sobre y pagar las consumiciones, no bien Roselló se lo hacía saber con un alambicado gesto de prócer. Ignoro en qué trapicheos andaban metidos, pero preferí no enterarme.

Roselló no sabía una palabra de francés y solía repetir un vocablo, *boulangerie,* cuya simple fonética le producía gran hilaridad, usándolo en los momentos más imprevistos y desaconsejables. Todo era una *boulangerie* o todo estaba absolutamente *boulangerie.* Comimos en un *bistrot* cerca de la Sorbona, recuerdo el nombre de la calle —Malebranche— porque acudí allí desde entonces casi a diario a consumir modestamente una *soupe à l'oignon* o una *salade verte* y, en casos muy especiales, un *choucroute garni,* que en esa taberna me parecieron más apetecibles, aparte de que me agradó mucho el local y el ambiente callejero, todo ese volátil prestigio literario del barrio Latino que se adensaba por allí. No he olvidado que en aquella ocasión probé, a instancias de Roselló, una *cassoulet* que me pareció un manjar digno por lo menos de La Tour d'Argent, y un respetable burdeos, al menos un burdeos convenientemente enemistado con aquellos pésimos vinos comunes franceses que me parecieron incluso peores que los vinos tabernarios nuestros. La calidad de mis cenas era tan inferior como la de esos vinos: se reducían por lo común a un cartucho de *pommes frites* comprado en alguno de esos propicios tenderetes callejeros que menudeaban por cualquier parte. A lo mejor iba rumiando todo eso mientras, ya con la noche encima, recalamos por los alrededores de la place de Pigalle, no lejos de la rue d'Amsterdam. La

cercanía de mi hotel debió de actuar de incentivo telepático, pues, cuando Roselló y su amiguito contemplaban extasiados el frontispicio del Moulin Rouge, se produjo como una repentina dispersión y ahí los perdí de vista. De modo que me encaminé sin más para mi hotel, inesperadamente alentado por la euforia química de las copas y con algunas otras evocaciones amables entrecruzadas en la imaginación.

El clima parisino, que se había mantenido en un equilibrio otoñal bastante aceptable, se empezó a destemplar y una grisalla permanente bajaba desde las nubes hasta los tejados. Hacía frío y, ya en diciembre o algo después, se sucedieron unas lluvias de regular intensidad que me obligaron a recluirme sin remedio en el hotel. Era una pésima perspectiva y casi estuve a punto de desertar, pensando sobre todo en que tampoco valía la pena arrostrar un esfuerzo ya tan poco remunerativo. Pasarme el día medio confinado en aquella hosca habitación, apenas aventurándome por las calles aledañas a la estación de Saint-Lazare, atormentado por el frío y la pesadumbre climática, zaherido por la soledad, fueron efectivamente otras tantas duras pruebas que no sé cómo logré ir sorteando. Más que como un paseante despreocupado, empecé a reconocerme como un triste y errático personaje, un poco a la manera del arquetipo retratado por Léon-Paul Fargue en *Le piéton de Paris,* ese inocente que acaba contaminándose hasta el martirio de las pequeñas y nocivas congojas callejeras.

París empezó a modificar su aspecto de manera acelerada. También alteró su condición de transitable, de urbe incidentalmente acogedora a pesar de sus habitantes y sus desproporciones. Allí no había nadie, sólo la multitud. Ese color uniforme y nobilísimo de las fachadas empezó a oscurecerse con la lluvia. La piedra mojada viraba hacia una tonalidad lóbrega ciertamente desapacible. Incluso los olores habían cambiado: ya no olía a carburantes de buena calidad y a piedras recién pulidas y a comercios caros, sino a sótano y a lana mojada y a humos fétidos retenidos en locales oscuros. Un paraje sucio y distorsionado como *El grito* de Munch, un cuadro que me desagrada. Me di cuenta además de que cada vez había más espacios desiertos, trechos de calles flanqueados de puertas cerradas, sin bares ni tiendas, por donde transcurría un tiempo turbio y amenazador. Nunca como entonces observé tras las ventanas brumosas aquella multitud de empleados afanándose en sus mesas de trabajo, bajo una luz amarilla tachonada de polvo, medio sepultos en unos angustiosos rimeros de papeles. Qué desperdicio de vida, no sé si por su metafórica aproximación al presidio o por la sustracción implícita del aire libre. Decía Nicholas Chamfort, un moralista francés de ideas algo desusadas, que las

cuatro quintas partes de los habitantes de París mueren de tristeza. Un cómputo algo excesivo, pienso yo, sobre todo si se aplica a una de las ciudades del mundo más propensas a la diversión y a exhibir a cualquier costa los muestrarios del lujo, aunque tal vez no sea un cálculo tan disparatado si se remite a ciertas intrincadas coyunturas de un pasado no muy distante.

Mi capacidad de aislamiento comenzó a decrecer de manera apresurada. Me veo sentado en una astrosa butaquita de mi habitación del hotel, imposibilitado de salir a la calle durante buena parte del día. Creo que fue entonces, al asomarme una mañana al vestíbulo del hotel, cuando leí en un ejemplar atrasado de *Le Monde* un obituario breve sobre la muerte de Ortega. No conservo ningún rastro de la impresión que me produjo esa muerte. Tampoco me atañía de manera muy directa. Ortega aún estaba instalado para mí en una tribuna desde la que sólo me llegaban ecos distorsionados, fragmentos de evidencias magistrales: un estilo primoroso, algo rimbombante a veces, una doctrina filosófica no necesariamente asumible, una demasiado acicalada prevención en torno a la sociología política. Dudo de que secundara entonces lo que decía Azaña: que Ortega no tiene ideas, sino ocurrencias. Luego, a mi regreso a Madrid, oí decir que le habían metido en su cuarto de moribundo al padre Félix García, un cura especializado en auxiliar espiritualmente a intelectuales en trance de pasar a mejor vida. Por lo visto, Ortega —como aconteció al año siguiente con Baroja— no deseaba que le administraran ningún viático; tampoco quería ni oír hablar del padre Félix García ni de ningún otro cura. Ignoro si eso ocurrió exactamente así. Sin duda que el autor de *La deshumanización del arte* promulgó sus particulares leyes humanas, preferentemente pomposas, pero nadie sabrá nunca en qué otros asuntos reflexionaba a la hora de morirse.

Decía que la reclusión —el aterrizaje forzoso— en el hotel me permitió ejercitarme casi vengativamente en el descubrimiento de poetas franceses aún desconocidos y encontrados en ediciones baratas —justamente de la colección Aux Quais de Paris— por los tenderetes de la orilla del Sena. Hice así severos esfuerzos para leer y hasta para traducir al intraducible Mallarmé, esa ciencia poética situada en los atajos de la «noción-límite», esa búsqueda martirizante de la Obra a través de un simbolismo manejado como sistema de señales para alcanzar la plenitud, la totalidad expresiva del mundo, de un mundo que a mí, a veces, me resultaba gélido, opaco, confuso. A lo mejor incluso me acordé entonces de la malvada definición de Mallarmé que le propuso Juan Ramón Jiménez por carta a Alfonso Reyes: «Un exactísimo, culto y digno señor de mal gusto, que escribe, fumando, los domingos, en papelitos del Japón, el

diamantino alfabeto enigmático de la poesía pura.» Ahí queda eso.

Leí también, claro, a Valéry, cuyo *Le Cimetière marin* antepuse a *La Jeune Parque* y uno de cuyos más inteligentes lectores, Gustave Cohen —como lo fue el propio Valéry de Mallarmé—, me hizo reflexionar de modo obsesivo sobre una máxima inflexible: «No existe el verdadero sentido de un texto», una fórmula analítica que podría aplicarse de hecho a cualquier vertiente del arte. Y leí a Claudel, en su fase menos confesional, creo que la de las *Odas,* tan vinculadas a veces a ciertos ejercicios indagatorios de Mallarmé y que acabarían produciéndome una antipatía muy poco razonada. Y leí una breve selección de Saint-John Perse, cuya suntuosidad léxica, como de jardín alicatado, me dejó bastante predispuesto para seguir frecuentándolo. Y releí a mis queridísimos Baudelaire, Rimbaud, Lautreamont, pero no a Balzac, ni a Sthendal, ni a Proust. Ya dije alguna vez que mi actitud de lector de prosa francesa fue a todas luces arbitraria y no muy distante de una intransigencia maquinal y como desarrollada a partir de viejas manías sobre la musicalidad lingüística. No podía habituarme a la tonalidad enfática, a los aparejos retóricos entre alambicados y redichos, a la ornamentación general del estilo de una gran mayoría de afamados escritores franceses. Todo eso me producía un rechazo parecido al que me provocaba la propia línea melódica del francés hablado, una fonética que he sido incapaz de copiar con una mínima precisión, lo cual llevaba camino de convertirse en una variante caprichosa de algunas primerizas decepciones. Hay vicios testarudos: reconocerlos no supone extirparlos. La poesía era otra cosa: cada vez me sentía más atraído por esa impregnación emocionante de lo que ya había descubierto o iba acabando de descubrir: desde los casi punitivos venenos de la introspección a las «crónicas de bulevar», desde la llegada *au fond de l'inconnue pour trouver du nouveau* a la salida por la puerta falsa de las infracciones. Claro que todavía no me había aproximado para nada a ese espléndido linaje de la prosa en lengua francesa que viene —por ejemplo— de Montaigne y llega —por ejemplo— a Marguerite Yourcenar, con cuyos paradigmas de estilo me fui familiarizando muy poco a poco hasta llegar a un reconocimiento no por parcial y moroso menos efusivo.

Cuando me aventuré de nuevo a pasear, a veces incluso bajo una llovizna desesperante, apenas si salía del barrio Latino, no sé si por la facilidad de encontrar un refugio o por la querencia hacia aquel enclave urbano de tan librescos alicientes y que parecía un poco aislado de la tonalidad lúgubre del invierno parisino. Empecé a sentirme como el actor que ha sido elegido para intervenir en una función y se da cuenta de pronto de que ha quedado excluido

del reparto, que ya no se cuenta con él para nada, de modo que se limita a observar desde fuera lo que ocurre por dentro del espectáculo. Se me agudizó entonces una casi tozuda incompatibilidad con los modales del francés de la calle y hasta del francés de puertas adentro. Es más que probable que ya empezara a sospechar que no dispongo de ningún vestigio de la sangre francesa de la rama de los Bonald. O que sólo me ha llegado en cuotas muy exiguas. Es como si me halagara en el fondo esa procedencia, pero como si también pusiera en entredicho su viabilidad dentro de mis particulares registros genealógicos.

Luego supe que esa familia mía francesa, la del vizconde de Bonald —que vivía buena parte del año en el *château* de Monna, cerca de Millau—, pasaba los inviernos en su piso de París, justo en la esquina del bulevar Malesherbes y el de Haussmann, a un paso de mi hotel. Tampoco disponía yo de la mentalidad adecuada para telefonear a ese pariente francés y presentarme en su casa de visita. Me intimidaba la simple idea de verme sentado en un salón intentando establecer conexiones familiares o llenando los silencios con esa ocurrencia relatada con gracia por Maurice Chevalier, un personaje que no me hace ninguna gracia. Decía éste que cuando un vizconde se encuentra con otro vizconde, lo único que hacen es contarse historias de vizcondes. No está mal. Tampoco es que yo pretendiera ni mucho menos encaramarme de pronto a una nobleza *inter pares,* pero el caso es que no podía sobreponerme a la prueba intimidatoria de una confrontación doméstica tan imprevista y además tan carente de asideros temáticos. Ya conté en otro sitio que al vizconde de Bonald —al hijo del que me quedé sin visitar en París en aquella ocasión— no llegué a conocerlo sino bastantes años después, con ocasión de una cena en la embajada de Francia en Madrid. Era a la sazón consejero de Estado del gobierno de Mitterrand y mostraba un sorprendente parecido físico conmigo, cosa que no dejó de ser comentada por más de uno de los que allí estábamos. Los caminos de la genética comparada son ciertamente impredecibles.

Una tarde fría pero no lluviosa entré en un cine. Fue la primera y la única vez que lo hice durante aquella etapa parisina. Tampoco me había tentado hacerlo, no ya porque mis aficiones cinematográficas han sido siempre de lo más restringidas, sino porque tenía la impresión —todavía la tengo— de que esas dos horas sentado en una butaca me escamoteaban otro tiempo similar enfrascado en el simple y generalmente llamativo espectáculo callejero, aparte de que siempre he ido un poco a contrapelo de esas devociones agobiantes de los cinéfilos, fauna ubicua donde las haya. Oírlos hablar en público incrementa notablemente mis desganas de espectador, y más después de haber

presenciado la glorificación de esos últimos modelos de la grosería nacional tipo Almodóvar. Creo que la decisión de entrar en aquel cine parisino me llegó por vía libidinosa, pues vi de pasada unos fotogramas de la película —he olvidado el título— donde aparecían un hombre y una mujer medio desnudos y dedicados a una pujante actividad lujuriosa contra la balaustrada de una terraza. Estoy hablando de la década de los cincuenta, con lo que está dicho todo a efectos de la experiencia visual que en este sentido podía tener un adulto educado en el tétrico moralismo franquista. Supongo que aquel cine era de los especializados en erotismo —ya que no en pornografía— y yo entré allí como en la oficina central de todas las depravaciones.

La película en cuestión era abominable y las escenas amatorias tampoco resultaron tan atrayentes, pero yo anduve medio ofuscado ante aquellas muestras públicas de desenfreno. Vigilaba mis alrededores como esperando que irrumpiera en la sala la brigada antivicio o los Cruzados de la Fe en bloque; miraba a hurtadillas a los escasos espectadores temiéndome que manifestaran su repulsa ante las obscenidades que allí se estaban exhibiendo. Tengo la impresión de que fue entonces cuando descubrí algo que muy pocas veces ha dejado de incomodarme: esa circunspección, esa especie de malestar sensitivo que me aturde cuando he presenciado escenas eróticas explícitas, en vivo o en imágenes. Incluso cuando las he leído. No es que desdeñe ciertas actitudes derivadas del *voyeurisme* ni que considere repudiables ni mucho menos determinadas formas de pornografía, pero a veces, fuera del ámbito privado, todo eso se resistía a ser aceptado por lo que deben de ser rémoras educativas de púdico o, lo que es lo mismo, derivaciones de ciertas cohibidas normas de conducta instintivamente adquiridas durante la adolescencia.

Cuando ya se cumplía el quinto mes de mi estancia en París, al tiempo que se me recrudecía una sensación de infortunio que la soledad hacía más insidiosa, volví a acordarme de algo que tenía previsto hacer y había ido demorando sin ningún fundamento: buscar a Pedro Ardoy de Mussinat, cuyo barco —el *Clavileño*— debía de estar atracado en un muelle del Sena. Este Pedro Ardoy había sido compañero mío en la Escuela Náutica de Cádiz y un día tuvo una idea deslumbrante: vendió unos olivares que acababa de heredar en la jiennense sierra de Segura y se mandó construir un barco. Ya he contado en otra ocasión algo de todo eso. El barco —un velero de doce metros con aire de falucho— se echó al agua desde la grada de uno de los últimos carpinteros de ribera de Cádiz, apadrinado por nadie y conmigo de testigo envidioso. Pedro Ardoy y su hermana Carmen anduvieron navegando por el Mediterráneo hasta que remontaron los canales del Ródano y amarraron a uno

de los muelles del Sena. Yo había perdido el contacto con ellos, así que pensé dedicar mis más inmediatos afanes a la intrincada tarea de localizarlos. Lo primero que hice fue preguntar en la embajada española, pero allí nadie sabía nada ni de los hermanos Ardoy ni de ningún otro desquiciado compatriota de ese jaez. Consulté un plano de París y la extensión abrumadora de los *quais,* amén de la multitud de cargueros, casas-flotantes y demás embarcaciones amarradas o abarloadas por todas partes, me hizo desistir, sin más averiguaciones, de unas pesquisas condenadas de antemano al agotamiento o al fracaso. Y bien que lo sentí. Fue como una frustración a la que me resigné de mala manera, sobre todo porque perdí la única oportunidad que tuve de volverme a encontrar, a bordo del *Clavileño,* con dos personas a las que estuve muy unido durante mis andanzas gaditanas.

Es cierto que la gente tiene la cara del medio en que vive, o de las condiciones de su crianza, por usar una terminología etnológica más bien superflua. Lo digo porque un día me miré en el espejo y no me reconocí sino con alguna dificultad. Pensé en principio que debía de estar enfermo y eso bastó para que me asaltara de inmediato ese terror irremisible que siempre me ha producido la posibilidad de sufrir una grave dolencia. Acaso sea un resabio sensitivo del tiempo en que padecí de tuberculosis pulmonar, cuando cada vez estaba más convencido de que ya nada iba a ser como antes. Pero ahora era otra cosa. No creí tener ningún síntoma enfermizo y, sin embargo, el aspecto demacrado, el apagamiento general de mis facciones avisaban de algo. Vi escrita en mi cara la historia de un errabundo perdido por donde menos se podía imaginar. Me había contagiado de las lontananzas brumosas de las calles de París y de la aspereza de los parisinos, de las correrías taciturnas por no sabía dónde, de las horas pasadas en la asfixiante habitación del hotel, oyendo la sórdida caída de la lluvia en la montera del vestíbulo, tratando de sobreponerme a la sensación empedernida de que, al cabo de cinco meses largos de convivir con París, la ciudad me había jugado una mala pasada, había vuelto a enfrentarme con esos miedos crónicos que arruinaban de cuando en cuando mi estabilidad moral. Aquella imagen externa reproducía la imagen de mi estado de ánimo y ésta a su vez la del ambiente en que me movía. Supe que había llegado la hora de volver.

Cuando regresé a París en otras ocasiones ya nada podía ser lógicamente como aquella primera vez. Tampoco es que aquella primera vez hubiese sido ni tan deslumbrante ni tan peregrina, al menos en su primera etapa, como para oscurecer a todas las demás. Había sido simplemente como un paréntesis de ofuscaciones, de apresurados montajes sentimentales, sobre todo en lo que se

refiere a disponer o no de una predisposición temperamental apropiada. Se me viene a la memoria un buen ejemplo de correlación anímica en este sentido: la estancia en París de Pío Baroja durante la guerra civil, cuando pudo escapar de Vera de Bidasoa y acogerse a una especie de pusilánime exilio voluntario, instado un poco por su también pusilánime pensamiento político y hasta por sus más que ambiguas asiduidades ideológicas. Nunca olvidé aquel virulento y medio contrahecho libro de cuyo título —*Comunistas, judíos y demás ralea* — parece que fue responsable el editor Ruiz-Castillo, pero en cuyas tesis concurren furibundas y poco explicables aversiones, las mismas que dictaron al botarate de Ernesto Giménez Caballero su artículo *Un precursor del fascismo.* Acabo de leer, por cierto, en unas memorias de Carmen Baroja, la hermana de don Pío, una anécdota muy significativa a este respecto. Aparte de que sea ése un texto de inexistente relieve literario, la autora tiene su gracia y su entereza. Le ocurre un poco al revés que a su hijo, Julio Caro Baroja, que no tenía gracia, pero que era un hombre sabio y un correcto escritor. Cuenta Carmen Baroja que la Academia Española tuvo que acudir en bloque a Salamanca a una mojiganga de juramento de fidelidad al Caudillo, «en la que D'Ors debió de decir algunas cursilerías». Los académicos tenían que responder «Sí, juro» a la fórmula establecida, sin dar opción a ninguna otra variante ritual, pero cuando le llegó el turno a Baroja, éste contestó: «Lo que sea costumbre.» (Hay otra versión que asegura que lo que don Pío dijo fue: «Lo que manden.») Una ocurrencia perfectamente acorde con su personalidad, siempre dirimida entre la suspicacia, el escepticismo y la prevención.

Decía que la visión parisina que se filtra en las memorias de Baroja —y más en el mediocre, deslavazado y casi póstumo *Aquí París* (1955)— es muy intensa, muy aceda, muy lastrada también por las maneras displicentes de un escritor malhumorado y sesentón, que observa con implacable desgana el desajuste moral y material de su entorno, la única alegoría entonces posible del fracaso y la desesperanza. Aquella ciudad elegante y extraordinariamente bien decorada, síntesis europea de la *ville éclatée,* instigadora de modas y cánones culturales, diestra en la práctica de un *coup de théâtre* alentado por toda suerte de arbitrajes —ciertos o imaginarios—, se enturbia y se vuelve inhóspita bajo la mirada de un hombre pobre y psicológicamente decrépito, observador defectuoso de los desastres de la guerra, cuando todos los horizontes se cerraban ante los pronósticos aterradores de la ocupación alemana. Leí no sé dónde que Baroja se consideraba a sí mismo un «archieuropeo» y la verdad es que ya son ganas, pues si lo que trataba de decir con eso es que disponía de una conciencia supranacional de la cultura, a mí

me parece que sus aprendizajes parisinos no contribuyeron para nada a esa pretensión.

Afirmaba Hemingway en una carta a un amigo —elegida como cita de *París era una fiesta*— que «si tienes la suerte de haber vivido en París cuando joven, luego París te acompañará, vayas donde vayas, todo el resto de tu vida». Pues no lo tengo tan claro. Depende. La experiencia parisina de Hemingway, vertida en ese libro de memorias de manera un tanto acelerada y efectista —que era su modo de escribir y vivir—, fue a todas luces muy intensa, y la convivencia con gentes como Gertrude Stein, Scott Fitzgerald o Ezra Pound, le suministró el suficiente material literario, no importa si real o ficticio, como para no olvidarse nunca de aquel París de los años veinte donde se sintió «muy pobre y muy feliz». No fue ése mi caso: fui pobre, pero no feliz, y además mis andanzas por aquella ciudad espléndida, seductora, esquiva, coincidieron con las de un inocente y solitario alevín de escritor que observaba aquel mundo con una irremediable mezcla de asombro, apocamiento y fascinación. Quizá sea verdad lo que dice Alfredo Bryce: que París es como una vieja puta que le atrapa a uno por dondequiera que ande. Eso sería defendible por lo intempestivo. Y es muy probable, de todos modos, que los cambios operados en la fisonomía y el aire general de París se hayan ido correspondiendo con mis propias mudanzas físicas y sentimentales. Es lo que suele pasar. Y además es fama que las ciudades quedan estacionadas en la memoria según la mentalidad, el *état d'esprit,* con que se comienzan a andar y ver.

No sé de qué modo regresé a Madrid. Supongo que sería en uno de aquellos trenes —o en dos, contando con el transbordo en la frontera— que exigían un tiempo y una conformidad incalculables. Lo que sí alcanzo a precisar, hasta donde es posible, es el sentimiento de inseguridad o más bien de desconcierto que experimenté no bien me fui reintegrando a la vida madrileña. La más obstinada imagen que conservo de aquellos años se parece mucho a un metódico compendio de la mediocridad. Apenas hay desajustes en esa especie de escenografía de urgencia que se me quedó fijada para siempre en la memoria. No he sido capaz, al cabo de tantos años, de sustituir esa impresión por ninguna otra o más benévola o más ponderada. Tal vez me resulte ya muy difícil neutralizar ciertos lastres sensibles que han acabado convirtiéndose en otras tantas versiones maniáticas del pasado. Me refiero, claro, a un enfoque muy general de la vida y la historia de esos años medioseculares, porque más allá de algunas incorregibles ideas fijas, también subsiste otro notable ingrediente de la experiencia: esas asignaturas vitales

que incluían la convicción de que tampoco era imposible pensar por cuenta propia y elegir algunas furtivas alianzas con la libertad.

Ni siquiera todas esas consabidas evocaciones atascadas en los sumideros de la posguerra —el hambre, el miedo, el frío— perseveran en mi recuerdo con una intensidad tan persecutoria como la impresión de mediocridad. A veces, cuando más desprevenido estoy, oigo la grosera algazara del cortejo de los paladines, creo descubrir a un clérigo revestido de ornamentos fascistas, huelo a comisaría nocturna. Sin duda que se trata de unas pesadillas incurables: vienen a ser como las secuelas endémicas propias de quien empezó a ejercer de escritor justo cuando se institucionalizaba la represión franquista y se recrudecían las vigilancias ideológicas. Pero insisto en que tan testarudos recordatorios se sintetizan para mí, antes que en ningún otro bosquejo imaginativo, en el campo semántico de la zafiedad, del burdo gregarismo instalado en no pocos vericuetos de la vida cotidiana. Cualquier tendencia a inmunizarse frente a ese clima insidioso era ya una actitud avecindada en la militancia antifranquista. Siempre he sospechado que la lucha más o menos originariamente burguesa contra la dictadura, también estuvo movilizada por una sistemática repulsa a todas esas ramplonerías ambientales.

Mi prolongada ausencia de Madrid —poco más de cinco meses— me había hecho abandonar lógicamente la última habitación que tenía alquilada, de modo que le pedí hospitalidad por unos días a Francisco Moreno Galván, que tenía su estudio de pintor en la calle Andrés Mellado. Como él no dormía allí, tampoco lo iba a incomodar mucho. Dedicaba las mañanas a asomarme a los sitios que me eran familiares, tratando de recomponer una sucesión de historias anodinas, pero en cierto modo intercaladas de emociones para mí inolvidables. Había de todos modos una especie de opacidad callejera que acentuaba el crecimiento insidioso de algo parecido a la frustración, como si el regreso me hubiese hecho recapacitar en que mi estancia en París se parecía demasiado a un fiasco. La verdad es que siempre, a partir de entonces, me ha embargado un sentimiento parecido cada vez que regresaba de un viaje, ese desasosiego de pensar que volvía de un sitio que no había sabido o no había tenido ni tiempo ni ganas de conocer y que sólo acabó agudizándome la versatilidad de mis propias aficiones.

Francisco Moreno Galván era una persona extremadamente sensible, que tendía a programar su vida de acuerdo con la limpieza de esos vínculos populares andaluces que nunca dejó de preservar de los contagios sucesivos.

Era afable, ocurrente y testarudo y estaba muy bien dotado para la tramitación de un mundo pictórico que no pretendía desasirse del poderoso ascendiente de Picasso. Era, a mi entender, el español que más sabía de cante jondo. Se retiró, prematuramente envejecido y casi olvidado de todo, a su lugar nativo, la sevillana Puebla de Cazalla, donde fue muriéndose desmemoriado y casi inválido y sin saber posiblemente que se moría. Me apena cotejar la última imagen suya que conservo, no muy distinta a la de un anciano taciturno, con su prestancia juvenil, la cabeza de patricio romano, los ojos muy limpios y la noble calvicie impoluta, una apostura que conservó adecuadamente y sin ninguna afectación hasta la vejez. Durante aquellos días que siguieron a mi regreso de París, solíamos comer juntos en alguno de los restaurantes económicos de la zona de San Bernardo, aunque para él —glotón perpetuo— los exiguos platos que servían no pasaban de ser una insuficiente y miserable colación.

Un día, al acabar una de esas parcas comidas, cuando nos disponíamos a pagar, se acercó una señora de bastante buen ver y se anticipó sin más explicaciones a abonar lo que se debía, arrebatándole apresuradamente al camarero el papelito donde acababa de anotar la cuenta. Nos quedamos más bien perplejos, no ya porque la situación era decididamente anómala sino por la actitud de la señora que, no bien liquidó la cuenta, se sentó al lado de Francisco y trató de hacerle recordar un hipotético encuentro anterior en casa de unos amigos comunes igualmente hipotéticos. Dijo llamarse Paulina y ser viuda de un hacendado de Albacete, rico en viñas y dehesas. Francisco asentía por no molestar, como me dijo luego, pero la señora lo sometía a un tan manifiesto acoso, que el acosado no sabía qué cara poner ni adónde meterse. Al fin me levanté yo con ánimo de sacarlo de aquel atolladero, y la señora se dispuso a salir con nosotros. Nos acompañó muy ufana y con creciente desasosiego hasta el portal del estudio de Francisco. Y ya se despedía éste cuando la señora, como en un repente de trastornada, le rogó que se quedara con ella un momento, por favor, que tenía que decirle una cosa de suma importancia y que le iba en ello la vida. Yo me fui pausadamente hacia el ascensor y me quedé allí confiando en que, una vez que la llamada Paulina despachara sus acuciantes diligencias, acabaría yéndose en buena hora. Pero eso no se produjo sino al cabo de un buen rato de incomprensibles tiras y aflojas. Francisco me miraba aterrado y, cuando al fin pudo escapar del asedio de la señora, traía pintado en la cara el estupor del inocente que ha sido injustamente escarnecido.

El asunto se las traía. La tal Paulina le confesó a Francisco que se había

quedado prendada de él desde la primera vez que lo vio y que, dada su condición de viuda con posibles, le ofrecía del modo más veraz compartir su amorosa compañía y sus más que sobrados caudales. Una oferta que incluso podía ser tentadora en según qué circunstancias. Ella había quedado en volver al día siguiente al restaurante, a la misma hora en que nos había encontrado, ya preparada para recibir una contestación que, para bien de todos, esperaba fuese satisfactoria. A Francisco se le amontonaron los planes para solventar aquella situación: o poner tierra por medio, volviéndose una temporada a su lugar de origen, o mudarse de casa y desaparecer en la barahúnda madrileña, o disfrazarse de modo que no pudiese ser reconocido. También pensó en que yo me interpusiera entre él y Paulina, a ver si por el procedimiento de meter cizaña y confundir a la señora, conseguíamos que desertara, aparte de que también me ocupase yo, a título privado, de ponerla en antecedentes sobre la condición homosexual de Francisco. Pero todo fue en vano. Ni mi torpeza se avenía muy bien con esas maniobras sutiles ni la enamorada, cuyas maneras de enloquecida se acentuaban por momentos, parecía dispuesta a abandonar su presa por nada del mundo. Y así iban las cosas cuando ocurrió lo más inesperado.

Una mañana, mientras Francisco pintaba y yo leía, llamaron a la puerta del estudio incluso con furia. Abrió Francisco y allí estaba la Paulina con los ojos inyectados en sangre y una navaja barbera en una mano. Todo hacía prever lo peor. Paulina miró a uno y otro lado del estudio, como midiendo la magnitud de su abandono, y abrió la navaja con despacio. No usó de ninguna violencia ni se alteró lo más mínimo. Apoyó simplemente la algo oxidada hoja en su muñeca y apretó hasta que le brotó la sangre, mientras la habitación se impregnaba de un imaginario vapor funeral. Francisco y yo nos abalanzamos sobre la presunta suicida, uno detrás de otro, tratando de desarmarla y forcejeando de mala manera hasta que rodó por el suelo, ya sin la navaja, pero con una temible mancha de sangre cubriéndole toda la mano. Le liamos un pañuelo a la muñeca, le practicamos un torniquete por encima del codo, le colocamos el brazo en alto y al fin pareció que se contenía la hemorragia. Después de tan docto tratamiento, Francisco reaccionó del modo menos previsible, si se tienen en cuenta sus hábitos educativos: le propinó una bofetada de mucha consideración a Paulina. Mano de santo, si es lícito usar ese contradictorio símil. Paulina se arregló como pudo el vestido, recogió su bolso del suelo, compuso un ademán de dama ultrajada en lo más sensible de su honorabilidad y se fue sin despedirse. Nunca más volvimos a verla.

A poco de ese disparate entre el suicidio frustrado y la irrisión

tragicómica, me mudé a una habitación que había alquilado en la calle Rodríguez Sampedro, muy cerca de la Casa de las Flores, la misma donde vivió Pablo Neruda y donde también me hospedé yo durante mi primera etapa madrileña. No tengo muy claro en qué alternativos bastidores se andaba apoyando por aquellos días mi supervivencia. Supongo que seguiría abasteciéndome mal que bien de colaboraciones esporádicas y encargos pseudoliterarios de varia mediocridad. Lo que sí recuerdo es que alguien que sabía de mis inmediatas estrecheces me presentó a un tal García Entrevías, un alfeñique innoble y tristón que había estado implicado en no sé qué fraudes y que tenía pinta de todo menos de auxiliar de algo en la Facultad de Derecho. Creo que se dedicaba a dar clases particulares a estudiantes zoquetes y necesitaba por lo visto de alguien que tradujera en su nombre del francés unos plomíferos textos jurídicos.

Aunque este García Entrevías no era de fiar, accedí a semejante trabajo de negro, que resultó de veras agobiante y laborioso, porque no tenía mejor cosa que hacer y porque no me venía nada mal lo que pudiera embolsarme. El dicho sujeto se personaba los lunes en mi hospedaje para recoger las hojas ya traducidas y me entregaba a cuenta una cantidad minúscula, y aunque un día, sin previo aviso, dejó de acudir, yo seguí lidiando con aquel mamotreto espantoso hasta que caí en la cuenta de que estaba trabajando de balde, cosa que en absoluto me podía permitir. Así que opté por presentarme en su casa en demanda de explicaciones. Me abrió la puerta una señora algo desastrada y con el gesto de la sorprendida en un acto vergonzoso, quien no bien conoció el motivo de mi visita, se me echó al cuello bañada en lágrimas, me untó la cara con esas lágrimas y maldijo a voz en grito la perra vida que le había dado aquella joya de hombre, un hijo predilecto de la gran puta que, aparte de desentenderse de los débitos conyugales, se había visto involucrado en una nueva estafa y llevaba ya dos semanas en la cárcel. No sé cómo escapé del asedio de aquella plañidera, pero ahí concluyó naturalmente mi ruin trabajo de negro, aunque no la nómina de mujeres de furibundo descontrol emocional con las que me he ido tropezando.

Tampoco sé muy bien en qué interludios vitales anduve ejercitándome por aquellas fechas, pero debió de ser entonces cuando se me empezaron a despertar mis primeras querencias políticas. No fui, pues, nada precoz en este sentido y, además, me inicié de una forma bastante inconexa y desordenada. Quiero recordar que cuando cumplía el servicio militar en la llamada Milicia Naval Universitaria —a bordo del minador *Vulcano,* un buque ya desguazado —, fui adquiriendo una incipiente conciencia política, como un instintivo amago de desobediencia a aquellas consignas patrióticas emanadas de las más prietas filas franquistas, que nos impartían de continuo en las clases o en las ocasiones menos propicias para semejante adoctrinamiento. Pero todo eso era todavía muy vago y muy proclive a la alternancia con otras difusas secuelas más o menos inducidas por un conformismo de rutinaria elaboración pedagógica. Pienso, de todos modos, que de esa especie de incierto antimilitarismo, se derivó más tarde otra forma incierta de rechazo ante las vigilancias y controles de curso legal y hasta de animadversión por las groseras moralinas al uso. Una reacción parecida ya se me empezó a insinuar desde muy joven, cuando me rebelaba, siquiera fuese a escala doméstica, contra las absurdas faramallas educativas propias de aquellas calendas, donde hasta la más rudimentaria insubordinación era tildada de altamente peligrosa y de contraria a los valores sagrados de la patria. Quizá se deduzca de ahí el

hecho de haber defendido años después, en mi propio ámbito familiar, cuando hacerlo era incluso subversivo, la legitimidad de la objeción de conciencia, dándose el caso de que dos de mis hijos incluso optaron por la insumisión. De acuerdo. Tampoco es que haya paseado por casa la pancarta paternal del ácrata a machamartillo, pero nunca me retraje a la hora de perorar contra los gatuperios castrenses y las ignominias armamentistas a cuenta de no sé qué patrañas relacionadas con la paz.

Pienso que la política, como tal vehículo de recepción y transmisión de ideas, y hasta como ejercicio de autoafirmación personal, se me activó paulatinamente, al menos en términos de noviciado fervoroso, a raíz de las luchas estudiantiles que culminaron en febrero de 1956, coincidiendo más o menos con mi regreso de París. Quizá fue entonces cuando me sentí arropado políticamente por primera vez, cuando empecé a valorar la eficacia operativa de un grupo aureolado por unas incipientes convicciones ideológicas y por los atractivos subalternos de la clandestinidad. Yo ya había finalizado prácticamente mi etapa de estudiante, pero no me había desentendido de lo que ocurría a veces en el ámbito universitario, sobre todo en relación con ciertos furtivos actos culturales organizados por antiguos compañeros de la facultad. De uno u otro modo, estuve cerca, o procuré estarlo, de algunos activistas políticos en ciernes, los mismos que andaban metidos en la organización de unos Encuentros entre la Poesía y la Universidad y un Congreso de Escritores Jóvenes que encubría la tentativa de airear un poco los obstruidos conductos de la vida cultural española. No lo tengo demasiado claro, pero creo que había en esa incipiente agitación estudiantil una mezcla más bien heterogénea de orientación comunista, sindicalismo universitario de izquierda y liberalismo católico, algo así de entreverado. No faltaban portavoces del SEU que, en ese inicial desperezo de una juventud adormilada, parecían coincidir con estudiantes de filiación muy distinta. Tal era el caso, por ejemplo, de Marcelo Arroita Jáuregui, al que conocí cuando dirigía —creo — la revista *Alcalá*; de Gabriel Elorriaga, falangista de doble filo, o de Jaime Ferrán, «el pecho del amor muy lastimado» por el abandono de la seductora María Luisa Abad, que casó —como ya dije— con José Antonio Llardent. Quienes más se movían en aquel tinglado eran los entonces comunistas Javier Pradera, Enrique Múgica, Jesús López Pacheco, Ramón Tamames, Fernando Sánchez Dragó y, por otra parte, Julio Diamante, Julián Marcos, Juan Antonio Bardem o Ricardo Muñoz Suay, vinculados a la revista de cine *Objetivo*. Y luego estaban, cada cual a su aire, Dionisio Ridruejo, Miguel Sánchez Mazas, José Luis Abellán o Claudio Rodríguez, al que —por cierto— apalearon un día unos falangistas y a quien conocí justo entonces, casi al mismo tiempo que

leí *Don de la ebriedad,* su primer y casi único libro verdaderamente admirable.

Quiero recordar que todas esas agitaciones estudiantiles, unidas a las huelgas en diferentes fábricas catalanas y vascas y a la confusa muerte de un muchacho durante una conmemoración falangista, alentó al gobierno a disolver el equipo ministerial de Ruiz Giménez y, poco antes o poco después, a decretar el estado de excepción. Fue una época, creo, en que la monocorde tristeza ambiental, las virulencias políticas precedentes, empezaron a canalizarse hacia unos rumbos de más lisonjeras expectativas, estimulados también por la evidencia de un desentumecimiento efectivo de la astenia cultural. De entonces datan las primeras detenciones con las que yo me sentí de algún modo solidario y que incluyeron a esos «jaraneros y alborotadores» a que se refería el general Franco en carta a don Juan de Borbón y que dio título al libro sobre estos sucesos estudiantiles que publicó Roberto Mesa. Si mal no recuerdo, ingresaron en prisión el grueso de los organizadores del frustrado Congreso de Escritores Jóvenes y de la algo más duradera movilización de la llamada Juventud Universitaria.

Tampoco es que estuviera muy al tanto de las inducciones organizativas de esas primeras luchas estudiantiles, pero creo recordar que ya andaba entre bastidores Jorge Semprún —es decir, Federico Sánchez— y que el PC basó en esa coyuntura una nueva estrategia de movilizaciones en universidades y fábricas, a partir sobre todo de lo que se llamó la política de reconciliación nacional. El PC fue muy hábil: en ningún momento habló de revanchas o motines, lo que habría sido incluso contraproducente, sino de fomentar la unidad de la lucha dentro de las corrientes democráticas y el planteamiento de la huelga general política. Por esos días, o poco antes, con motivo de la celebración de un congreso del partido comunista de la URSS, se divulgaron por el mundo adelante los crímenes de Stalin y creo que el simple reconocimiento de esa culpabilidad abrumadora aceleró no pocos cambios operativos en la estrategia del PC en general y del español en particular, más o menos incentivados por ese repentino y todavía impredecible proceso de desestalinización.

Con López Pacheco —Jesusito de mi vida, para algunos íntimos— y con Ventura Pérez Navarro —hermano de otro Jesús que había sido condiscípulo mío en la facultad— empecé a practicar de conspirador de muchas crédulas maneras, movido en todos los casos por una medio improvisada necesidad de justificarme, aunque no todavía condicionado por ninguna concreta inducción

partidista. Me parece que Jaime Ferrán ya andaba enrolado en otros objetivos de más provechosa asepsia o menos expuestos a los encontronazos de su catolicismo con ciertos pedregosos terrenos materialistas. Nos movíamos normalmente en una misma órbita universitaria y solíamos trabajar en la preparación de asambleas o declaraciones más o menos orientadas, según disposiciones transmitidas a través de Pérez Navarro, a ir desviando con taimadas tácticas de zapa a algunos miembros destacados del SEU hacia otras vías sindicales libres. Actuábamos, pues, dentro de las consabidas figuras delictivas de la asociación ilícita y la propaganda ilegal, lo que también tenía su aliciente. Quiero recordar que Pérez Navarro hacía un poco las veces de cicerone por las rutas clandestinas de Madrid de los comisionados políticos —italianos, franceses, suecos— que aparecían de vez en cuando. Aunque quizá ese cometido no rebasara el mero papel de enlace entre esos emisarios y otros dirigentes demócratas.

López Pacheco era un tipo bastante ecuánime, algo taciturno y monocorde, algo desmañado para solventar las solicitudes prácticas de la vida, cosa que suplía con gran eficiencia Marisol, su vistosa mujer. Me parece que ya se había integrado por entonces en las filas comunistas, mientras yo seguía actuando por libre, aunque aceptando ya desde entonces sin ningún requisito previo ciertas encomiendas del partido, pensando sobre todo que también así respondía a mi cada vez más notoria aproximación al pensamiento marxista. Siempre rehusé convertirme en militante formal de nada, una situación a la que me aferré incluso en las ocasiones menos propicias, ateniéndome un poco a esa antipática figura del simpatizante. Nunca, ni entonces ni ahora, he podido tolerar las obediencias debidas, las consignas canónicas, las iglesias sustentadas por dogmatismos partidistas y castraciones individuales. Cualquier alistamiento político me resultaba tan aburrido o tan inasumible como las observancias gregarias de los sumisos, de los disciplinados por convicción, dóciles a esos sermones donde la frivolidad de buen tono o la diversión más sucinta podían llegar a tildarse de hábitos reaccionarios. Pero la verdad es que yo andaba todavía metido en esos expresos berenjenales políticos de un modo bastante tangencial, casi en funciones de meritorio, y desde luego con una intermitencia o un absentismo nada disimulados. Mis más concluyentes resoluciones en este sentido se produjeron algo después, cuando las enseñanzas de la edad fueron inculcándome la ya irreversible y terminante certeza de que no podía quedarme ni quieto ni callado. Lo de tomar partido disponía entonces de una acepción adecuadamente contradictoria.

## 3. ENTREMOS MÁS ADENTRO EN LA ESPESURA

El paso del tiempo parecía obedecer a una rara provisionalidad, como de preámbulos consecutivos, de sucesión de fragmentos alojados en la dudosa experiencia de cada día, no como marcas lógicas del camino sino como episodios aislados ajenos a cualquier razonable continuidad narrativa. Cuando trato de evocar aquellos días tan horacianamente afectados por las primeras sombras de la fugacidad y los anhelos de vivir del modo más intenso posible, sólo consigo sacar a flote el sedimento de una historia tan rauda o tan imprecisa que apenas puedo aislar o inmovilizar unas cuantas secuencias fiables. Por supuesto que tampoco me importa mucho que todo eso se reproduzca al cabo del tiempo de un modo tan arbitrario y enmarañado. Lo que ahora escribo en absoluto pretende parecerse a una autobiografía —que es género desplazado de mis gustos— sino a un texto literario en el que se consignen, por un azaroso método selectivo, una serie de hechos provistos de su real o verosímil conexión con ciertos pasajes novelados de mi historia personal. Por un mecanismo biológico nada impredecible, me veo sumergido en el magma de aquellos años medioseculares como si yo fuese un personaje al que no me seduce rescatar de modo riguroso, de acuerdo con unas referencias fidedignas o de unos hechos comprobables. Ni siquiera me ha importado cotejar o comprobar la exactitud de tiempos y lugares para situarlos debidamente donde en verdad les corresponde. O donde no encajan de ninguna manera. La vida de cada día seguía consistiendo mayormente en unos sucesivos saltos en el vacío, y ya no puedo calcular hasta qué punto esos saltos respondían a una instigación literaria o a una necesidad vital.

Emprendí por aquel entonces algunos trabajos relacionados con la obra de Cela. Preparé una selección de su narrativa que publicó Gredos, en la colección Mis Páginas Mejores. Como esas antologías tenían que responder al exclusivo criterio del propio autor antologado, no apareció mi nombre en la edición, aunque Cela lo insinúa en una nota preliminar. Pienso que esa selección es la mejor de todas las que se podían hacer entonces de una obra en desigual estado de conservación e integrada por algunos títulos excelentes: *La familia de Pascual Duarte, Mrs. Caldwell habla con su hijo, Viaje a la Alcarria.* También confeccioné entonces un censo de personajes y un nomenclátor geográfico de *Del Miño al Bidasoa* y reuní diversos materiales de consulta para este libro y para *Judíos, moros y cristianos.* Si lo recuerdo es porque esas tareas de alumno de filología vinieron a coincidir con otros episodios colindantes, digamos que asociados por una especie de irregular

sistema de ósmosis, a ciertos desórdenes afectivos, o más bien a ciertos trastornos de la voluntad que alteraron en muy considerable medida mis habituales y no sé ahora si inconsecuentes vestigios de probidad.

Ninguna persona ecuánime deja de promover en algún momento, de modo instintivo o a sabiendas, su propio juego de ocultaciones, ese reflejo condicionado que nos protege de nuestras propias incidencias punitivas, no importa si reales o presuntas. Nadie es capaz de abrir una hendedura en su memoria y dejar que se evacuen por ahí, a la vista del prójimo, sus íntegras acumulaciones de experiencias. La vida es en cada caso un intrincado almacén de avances y retrocesos, de espacios ganados a la felicidad y de guerras perdidas. En ese almacén persevera también lo nunca evidenciado, lo maquinalmente recluido en las trastiendas de la memoria, esa fracción hermética de la intimidad donde se silencian las acciones inconfesables, no ya por motivos que pueden rondar ciertas formas delictivas, sino por sus meras conexiones con la ridiculez, la estulticia, el impudor. La movilidad del pensamiento es ilimitada y a veces llega a lugares muy remotos y perturbadores, a lugares donde no se querría haber llegado nunca, irrumpe sin más en un territorio malsano que la propia conciencia acota, esa frontera indeseada donde ya no es posible ningún escamoteo de la realidad. Por ahí aparece todo lo que normalmente se hurta a la razón o se enmascara con excusas inanes o se borra con la complicidad del silencio; por ahí rebullen las miserias, las culpas, los pasos en falso, las infidelidades. Con no escasa frecuencia, como explicaba Freud, uno se defiende de tales historias olvidándolas, pero no en todas las situaciones es posible que se verifique esa instintiva estratagema. El poder reiterativo de la memoria va más allá que ningún otro esfuerzo razonable, y entonces, ese juego de ocultaciones falla, se desarticula, y es a partir de entonces cuando empieza a restaurarse con una onerosa diligencia lo que permanecía escondido o tal vez en estado larvario, interceptado hasta entonces por las impulsiones defensivas de la voluntad.

Todo el mundo actúa, ha actuado indebidamente en un momento preciso, y no en todos los casos el balance retrospectivo de ese episodio suscita en él ninguna clase de arrepentimiento. El resorte de la ocultación funciona con mucha más energía que cualesquiera de las corazas que preservan la intimidad. Es fácil exhibir —objetivar, en jerga de psiquiatra— hechos nimios, infracciones leves, injurias de palabra y obra a escala reducida, deslices de poca monta, pero no lo sustancialmente prohibitivo, lo que la propia circunspección encubre y ni siquiera acepta que sea adivinado por nadie, todo eso que no ha traspasado nunca el umbral del secreto. Se trata

incluso de un preacuerdo tácito con uno mismo, una táctica parecida a la clasificación de los miedos personales, de los miedos crónicos e innominados, según su grado de virulencia o de arbitrariedad. Hay como un espacio bloqueado donde se deposita todo lo que está vedado a los otros, y ese espacio dispone de un sello que sólo debe romperse cuando el decaimiento del ánimo o la pérdida de la salud mental haga aconsejable la indebida exposición de lo oculto. Sólo entonces empieza a debilitarse la siempre tenaz resistencia a difundirlo. No es improbable tampoco que los conflictos, las autodisputas que se alojan por decoro o por temor en la conciencia y de cuyo interior no salen nunca, aumenten el riesgo de un desequilibrio directamente insertado en la «psicopatología de la vida cotidiana». Y eso es lo que ocurrió o pudo aproximadamente ocurrir en el intrincado asunto de mis relaciones con Charo Conde, la mujer de Cela, divulgadas al cabo de los años en las páginas de una revista deplorable y difundidas de la peor manera posible. No es que esté justificándome de nada, eso que quede claro, estoy simplemente constatando la significación biográfica de unos hechos que fueron poco a poco desvaneciéndose entre las tendencias modificadoras del presente y la irreparable consumación de los años.

Un día, de improviso, en el transcurso de alguna de aquellas itinerantes cuchipandas nocturnas protagonizadas por Camilo, a las que me unía a veces, Charo reiteró que estaba cansada y yo me ofrecí a llevarla a su casa. Quizá ya se había producido algún acercamiento complaciente, sobre todo a través de conversaciones y paseos en los que ella se liberaba de disciplinas domésticas o de aislamientos periódicos y yo encontraba un manifiesto contrapeso a mis hábitos de paseante a la deriva o a mis pertinaces inercias de solitario. Pero aquella noche se aceleró un desenlace no exactamente imprevisto o quizá en parte imaginado, generándose así ese proceso de ocultaciones a que me he referido. No fue desde luego un acto indeliberado, surgido sin más en circunstancias fortuitas, sino una decisión que incluía de antemano la prórroga de sus propias y furtivas implicaciones morales. La experiencia tuvo sus lógicos desvíos traumáticos y las mismas circunstancias en que se produjo, o se fue produciendo, acabaron afectándome seriamente y con muy contradictorios daños psicológicos. De eso ni me pude librar ni me pareció viable el simple hecho de intentar reparar a ese respecto una voluntad pretendidamente averiada. Era como si las deslealtades, las modulaciones del síndrome de culpabilidad, ya hubiesen sido redimidas de antemano por el terco e ineluctable potencial amatorio. La estrategia de los tapujos, los disimulos, las duplicidades se engranaron entonces de muy defectuoso modo a las solicitaciones de la vida diaria. Yo mismo era mi cómplice. La correlación

de las causas y los efectos se desarticuló, se hizo añicos de algún modo, y todo empezó a depender de un crudo y proceloso engranaje sentimental donde no era raro que yo, a veces, acabara medio extraviándome por los vedados trayectos de una existencia vicaria. Se me borran los días previos y los subsecuentes y, además, ignoro si el *fatum* me salvó de alguna sucia emboscada del destino o me hizo caer incorregiblemente en ella. Ni siquiera podría fijar con precisión dónde acababa entonces la inocencia y empezaba el cinismo.

El pasado, como ciertas palabras fulgurantes, siempre trata de imponer su inclinación a la polisemia. Así como hay recuerdos que cambian sistemáticamente de sentido con los años, ¿me reconozco de veras en el que ahora creo que fui, en ese personaje secreto del que nunca hablé y que sólo coincide con el que se ha ido adecuando a lo que podrían ser los círculos externos de mi personalidad? ¿No me engaño adrede, no opto por recordarme a mí mismo como alguien sujeto a una perturbadora serie de movimientos disociados unos de otros y sólo comprensibles en razón de su desorden? Es probable que, recién cumplidos los treinta años, me sintiera de un modo bastante gratuito más joven de lo que era y más expuesto a toda clase de inclemencias o indefensiones vitales. A lo mejor todo eso no era sino el resultado de una difusa inseguridad, un intermitente reclamo de la razón para que me defendiera del tiempo venidero renunciando de antemano a todo aquello que no iba a poder alcanzar o que me iba a conducir hacia donde yo no quería. Es una idea bastante pretenciosa, amén de extravagante, pero en ningún caso me parece infundada. A lo mejor no se trata más que de un normal sistema de autodefensa que actúa muy deficientemente cuando se trata de la memoria, interceptando una parte de sus contenidos y liberando otros por los drenajes de la irresponsabilidad. En cualquier caso, si no continúo sometiendo estas evocaciones a la mecánica disuasoria del olvido, si no las mantengo sin más en el archivo de vaguedades de una fábula que el tiempo ha desgastado, es porque ya se rompió hace años el sello de la intimidad a que antes me refería. La disfunción de unos resortes sensoriales tal vez anómalos, pero regulados por la dignidad última del silencio, o por una simple decencia con algo de testamentaria, vino a establecer un epílogo nunca deseado, cuando al cabo del tiempo —como digo— un periodista execrable, después de un indigno acoso a la desprevenida Charo, hizo pública una noticia de tan estricta privacidad en una publicación especializada en invectivas y chismorreos.

Charo Conde era una mujer algo reservada y bastante compleja dentro de su aparente simplicidad. Estaba muy segura de sus convicciones, y no solía

ser ni demasiado sociable ni demasiado doméstica, de difícil afabilidad y poco amiga de los ajetreos de la vida literaria, por la que Camilo navegaba con aire impetuoso y a toda vela. Pertenecía a una familia vasca bien abastecida de católicos de los de cirio y capuchón. Un antepasado suyo, sin embargo, Ricardo Macías Picavea, escritor y pedagogo —el de «España es una tribu con pretensiones»—, defendió las ideas regeneracionistas de Joaquín Costa y luchó en las guerras carlistas al lado de los liberales, lo que no parecía compadecerse con la férrea unción religiosa de su descendencia femenina. Las hermanas de Charo, en número de cuatro o cinco, o eran todas monjas o se comportaban como tales. Me acuerdo que un día la acompañé junto con Camilo hijo —que a la sazón debía de andar por los nueve o diez años— a visitar a una de ellas, que era farmacéutica a la manera conventual y vivía en un piso enorme de la Gran Vía madrileña. Me estuvo observando con mucho retintín, como si estuviera maliciándose que yo era propagador de alguna peligrosa herejía, o suponiendo tal vez que podía esperarse lo peor de mi sospechosa condición de intruso. No andaba muy descaminada, aunque yo me comporté con suma corrección, como no podía ser menos, aceptando de grado un té con pastas y rehusando muy a mi pesar la copa de ponche —mejor eso que nada— que me ofrecieron. Cosas de ese jaez ocurrían con harta frecuencia. Charo y yo —y algunas veces Jorge Cela— solíamos andar por ahí en funciones de paseantes más o menos díscolos. Recuerdo algunas sabrosas excursiones a Segovia, a Toledo, a El Paular. Todo empezó a acomodarse, aparentemente al menos, a una rutinaria distribución de las distintas demandas de cada día. Y aun de las anormalidades de cada día. También se iba precisando, a la manera de un alivio psicológico, la tácita aceptación de unos hechos cuya propia irregularidad les otorgaba paradójicamente ciertos matices exculpatorios.

Así iban las cosas cuando volví a frecuentar un poco, no mucho, los acudideros nocturnos del café Gijón y anexos varios. De acuerdo con mis hábitos precedentes, nunca concurrí a ninguna tertulia poética o literaria en general, sino a la de los pintores. Supongo que me resultaban más divertidos o menos monotemáticos. No sé. También pululaba por allí una población flotante de candidatos periféricos a la fama. Se les conocía por la manera indecisa de desplazarse en la zona de entrada del café, arrimándose sin ninguna seguridad al mostrador y observando solapadamente desde allí la abigarrada panorámica del parnaso capitalino. Casi ninguno se atrevía a traspasar la frontera del escalón que dividía la zona de las mesas del sucedáneo de vestíbulo. Melindrosos o apocados, todos tenían algo de lo que yo pude tener cuatro o cinco años atrás, cuando me asomé por primera vez a

aquel neutro santuario de cierta sociedad literaria de los años cincuenta, recluida tal vez allí, o en sitios similares, para eludir la deforestación cultural vigente en un país todavía mediatizado por las sañudas pertinacias doctrinales de la guerra civil.

Tampoco es que fuese un asiduo al café Gijón. Solía ir de tarde en tarde, alguna que otra noche en que la tendencia a la disipación se me hacía más reiterativa o más subordinada a los recursos de última hora. Es posible que por aquellas calendas ya hubiese llegado a la conclusión de que dejar pasar el tiempo no era perderlo. Pienso que también empecé entonces a recuperar una vaga afición al dibujo, quiero decir a la práctica del dibujo, un poco a ciegas y otro poco instado por la frecuencia con que oía a aquellos pintores de la tertulia del Gijón, en general iletrados y de pocas pero rudas ideas, tratar de postulados artísticos con una notoria superficialidad. No es que yo me considerara ni mucho menos un corrector de estilo gráfico mínimamente aceptable, ni siquiera aspiraba a nada en esa materia, pero tampoco dejaba de creer que alguna aptitud no me faltaba para traspasar ciertas implicaciones poéticas en un desarrollo dibujístico casi nunca figurativo, algo equiparable por vía sesgada a ese ejercicio de ingenio que circula por la historia aforística de la literatura, pongamos que desde Horacio a Baudelaire. O desde Gracián a Bergamín. Supongo que también era una variante más de esas osadías que persisten casi por obligación inconformista y a manera de rémora jactanciosa a partir de la primera juventud.

Entre los más o menos asiduos visitantes del café Gijón, los había naturalmente de muy varia índole. Algunos aparecían de manera muy irregular, pero otros denotaban un persistente abatimiento de estables, parecían situados de por vida en aquel salón de insanos vapores y voceríos como de preludio de alguna conflagración inmediata. Quienes más llamaban la atención eran obviamente los que acudían de manera episódica y precedidos de cierta notoriedad, como podían ser Suárez Carreño, Gabriel Celaya, Buero Vallejo, Mur Oti... No a todos ellos los conocí entonces. A Suárez Carreño empecé a tratarlo algo después, con motivo de algunas juntas de conspiradores a las que él acudía siempre pertrechado de un misterioso sigilo, como aprendido de una cierta dramaturgia política. Pero con el que más me amigué por aquellos días fue con Gabriel Celaya. Acababa de llegar de San Sebastián en compañía de Amparo Gastón, una donostiarra de muy buen ver con la que acabaría casándose, no sin atravesar previamente por unas prolongadas y peliagudas fases de encontronazos y treguas. Gabriel me contó entre copas y risas que había abandonado la empresa familiar donde trabajaba

en su calidad de ingeniero industrial, interrumpiendo al mismo tiempo la colección de poesía —Norte— que dirigía y en la que había publicado algunas traducciones valiosas: Rilke, Blake, Rimbaud. Pensaba instalarse de modo definitivo en Madrid, dedicado al cultivo del mayor número posible de géneros literarios y a una severa actividad política generalmente simultaneada con meritorios gastos de bebidas. A partir de aquellos primeros encuentros, continuamos viéndonos con relativa frecuencia, en su casa o en la mía o en expediciones nocturnas de mucho ajetreo, a las que también se unían a menudo Juan García Hortelano, Ángel González o Pepe Amillo, a veces algún pintor —Juan Manuel Caneja, José Ortega, Ricardo Zamorano—, a veces algún que otro adicto al antifranquismo y a los despilfarros migratorios de paso por Madrid: Jaime Salinas, Pere Portabella, Gil de Biedma, Muñoz Suay, Celso Emilio Ferreiro...

Aquel círculo de amigos, no necesariamente provistos de ideas y gustos afines, se fue ampliando con los años a otros sectores profesionales y políticos. La alternancia de las sesiones etílicas en algún club de jazz y las reuniones clandestinas en alguna iglesia de barrio trazaban sin duda otro de los transitorios mapas de contradicciones de la época. Un rapsoda en paro que andaba por el Gijón, Carlos Oroza se llamaba, propaló un día por el café una historia divertida: dijo que nos había sorprendido a los Celaya, a Ángel González y a mí —o sea, a unos supuestos marxistas enzarzados en la lucha de clases— mientras devorábamos unas cigalas gigantes en un bar de postín, haciendo especial hincapié en que el zumo del crustáceo nos resbalaba por la barbilla, un detalle que aún ponía más en evidencia lo inadmisible de semejante regodeo. Cosas de ese tenor podían circular entonces por los andenes de la subcultura castellano-manchega. Aunque lo más seguro es que no pasara de un simple cotorreo en ciertas parcelas de la estulticia ambiental.

Celaya exhibía ya entonces, acaso a una escala representativa similar a la de Blas de Otero, la figura de santón de la poesía social o abanderado poético en la lucha antifranquista. En cualquier caso, comenzaba a ser bastante popular, dentro de lo popular que podía ser un poeta en funciones de comunista furtivo, sobre todo en ciertos ámbitos de la burguesía ilustrada, del activismo universitario y de la desobediencia militante. Aparte, por supuesto, de lo muy registrado que empezaría a estar su nombre en los archivos de la Dirección General de Seguridad. Paradójicamente, sin embargo, apenas sufrió Celaya —ni entonces ni después— más que alguna esporádica detención, alguna multa gubernativa o algún interrogatorio de trámite. Y eso que las campañas anticomunistas —el macartismo en versión surpirenaica— tendían

entonces a agudizarse, al mismo tiempo que proliferaban los adoctrinamientos a sangre y fuego, las soflamas patrióticas y las reiteradas cruzadas nacionales en pro de las observancias ideológicas y morales. Las intervenciones públicas de Celaya podían incluso provocar un notable enardecimiento entre los oyentes, reunidos por lo común en aulas improvisadas o en centros subversivos camuflados de cineclubs, seminarios y similares. Siempre existía la posibilidad de que los abajo firmantes quedaran reconvertidos de inmediato, ante la presunta irrupción policial, en atentos estudiosos del *nouveau roman*, pongo por caso. La poesía de Celaya —y la de Juan de Leceta, Rafael Múgica y algún otro heterónimo posible— contenía la suficiente dosis acusadora, en términos políticos o civiles, como para que su autor fuese tenido por el más acabado ejemplo de una poesía —la social— puesta al servicio de las campañas contra la dictadura. Aun admitiendo que no se estuviese conforme con muchos rasgos de su copiosísima, abrumadora y desigual obra, tampoco se podía disentir sin más de ese preciso merecimiento extraliterario.

La casa de Gabriel Celaya pasó a ser durante esos años, algo después quizá, lo más parecido que había a una subterránea sala de juntas de la oposición. No es aventurado suponer que fue allí, en esa especie de reducto casero del antifranquismo, donde la literatura de urgencia que vino a llamarse socialrealista delimitara, siempre de acuerdo con la «escuela de Barcelona», sus tácticas de actuación y su más operativa beligerancia. No voy a insistir ahora, sobre todo porque empiezo a soportar mal las reiteraciones del tedio, si la cuestión estaba bien o mal planteada, aunque de lo que ciertamente no carecía era de una palmaria justificación histórica. Celaya fue siempre un comunista muy a su aire, desobediente por sistema y no poco intempestivo, como también lo fue Blas de Otero, nada dispuesto a aprenderse sin más el catecismo del mandarín de turno o a acatar a ciegas la imposición de ciertos análisis marxistas. A mí me parece que la dirección del partido prefería no interferir demasiado en las andanzas por libre de dos de sus poetas más eminentes y fogosos.

Aquellas movidas reuniones en casa de Celaya tenían algo de activo contrapunto de las tertulias pasivas en casa de Aleixandre. Los conciliábulos político-literarios de la calle Nierenberg venían a ser efectivamente como el complemento de los paliques literario-afectivos de la calle Velintonia. Por la primera pasaba el grueso de la información de la lucha clandestina y por la segunda la otra dúctil reseña, como de pláticas de familia, que traían y llevaban los poetas amigos. En el fondo, teníamos bastante bien programado

el tiempo disponible. A veces, sin embargo, en medio de tantas sórdidas represiones, en medio de la mediocridad exasperante del repertorio cultural urbano, se producía la excepción, el anhelo repentino de no dejar pasar más tiempo sin traspasar la frontera de la felicidad, no sé muy bien si por cansancio o por escepticismo. Es probable que de aquella perseverante asfixia de sótano derivara la propensión a un estimable consumo de bebidas alcohólicas: no había método más eficiente para entreabrir algunos respiraderos de ese sótano. Me estoy refiriendo tal vez a hechos acaecidos con posterioridad a aquella concreta fase de mi biografía. Aunque la verdad es que tampoco importa mucho si incurro en algún desajuste cronológico. Lo que sí me parece cierto, como digo, es que fue por entonces cuando se inició un proceso personal de politización que ya no iba a interrumpirse nunca. Un proceso que acaso cumplió un primer atisbo de noviciado durante las mentadas agitaciones estudiantiles de 1956, se prolongó luego en la irregular compañía de Celaya y maduró finalmente a través de Dionisio Ridruejo y, algo después, de García Hortelano y Moreno Galván, como ya contaré en su momento.

El trato con los Celaya muy bien podía atascarse repentinamente en algún imprevisto atolladero. La bondad y la cólera, el buen humor y la melancolía, se alternaban de manera abrupta en las relaciones afectivas de Gabriel y Amparitxu, a veces porque ellos mismos parecían empeñados en desarreglar la maquinaria de la concordia, internándose por un accidentado terreno psicológico en el que ya era muy difícil o muy desaconsejable seguirlos. De pronto, cuando nada parecía justificarlo, surgía como una incontinencia agresiva que descabalaba los vínculos normales de la convivencia. Y entonces ya nada era pronosticable. Recuerdo episodios de mucha diversión y otros particularmente virulentos. Los límites de esa atracción de contrarios tal vez puedan fijarse en un viaje medio literario medio político que hicimos a Sevilla con Ángel González, Alfonso Grosso, García Hortelano y López Salinas —del que hizo memoria en *La quencia* Miguel García-Posada—, donde estuvimos riéndonos *ad nauseam* todo el tiempo, incluso en medio del severo acto literario en el que teníamos que intervenir, con lo que nuestra reputación como portavoces antifranquistas quedaría naturalmente muy menoscabada. Seguro que eso es lo que opinaría Alfonso Guerra, quien dirigía entonces con José Batlló una revista literaria —*La Trinchera*— y que ya andaba ejerciendo por allí de aprendiz de conspirador.

Uno de aquellos días, estando reunidos en casa de Celaya un grupo de amigos, se organizó una trifulca de veras aparatosa y, si no al río, la sangre sí

llegó a otros sitios próximos. Como solía ocurrir, nunca se supo a ciencia cierta cuál había sido el disparadero del desaguisado. Alguien tropezó con alguien, Gabriel empujó a Pepa, yo golpeé a Gabriel, Amparo se encaró conmigo, no sé quién colisionó con Lola López Jounguer, que rodó por el suelo, mientras menudeaban los estruendos de botellas rotas y sillas derribadas. Y ahí fue la gran babilonia, más disparatada cuanto más gratuita. Lola, que había sido medio novia de Ángel González, era una guapa y acogedora muchacha que disponía, entre otras más halagadoras prendas personales, de un clavo insertado en un hombro a causa de un percance reciente. Con los ajetreos de la disputa, el clavo se le había salido de su sitio y asomaba pavorosamente por la clavícula. Gabriel tenía la cara y la camisa ensangrentadas, Amparo lloraba, alguien bebía a pico de botella sentado en un rincón y Pepa observaba la edificante escena con manifiesta incredulidad, suponiendo que de un momento a otro aparecería el alarmado vecindario en bloque precedido por un piquete antidisturbios. Y así hasta que los ánimos se fueron en parte calmando y se hizo aconsejable hacer un primer inventario de desperfectos. Gabriel tenía una herida muy aparente en un labio, y alguien más parecía lesionado en una pierna, pero lo más preocupante de todo, aparte del general clima pendenciero, era el clavo corrector de Lola asomando por el hombro y rodeado de una mancha sanguinolenta que se iba poniendo marrón. Había que llevarla a toda prisa a una casa de socorro y yo, que creía estar algo más despejado que el resto de los contendientes, me ofrecí a acompañarla. No conservo ningún recuerdo preciso de aquel desenlace, sólo una inclinación borrosa a oír al médico de guardia negándose a atendernos, no sólo por el aspecto de Lola sino por el mío propio, pues ambos llevábamos las ropas manchadas de las sangres vertidas poco antes. Supongo que al fin devolvieron el clavo de Lola a su debido alojamiento y que al día siguiente celebraríamos todos en paz y armonía el buen fin del festejo.

Al margen de todos esos rifirrafes, al margen incluso de tantos veleidosos incidentes inscritos en las fases coléricas del malcriado, Celaya era una persona extremadamente sensible. Como también es verdad que, junto al intrépido defensor de un proyecto literario tan utópico que incluía la consabida maniobra de cambiar la sociedad, se encontraba el erudito dedicado a los estudios nobles. El esquematismo mostrenco de cierta literatura de extrema urgencia, alentada nada menos que por las demandas de saneamiento social y cultural del país, no parecía corresponderse con la agudeza analítica de Celaya. Es curiosa esa duplicidad de formulaciones o de desempeños poéticos engarzados sin la menor fisura en la vida del escritor: de un lado quedaba la movilización del pensamiento político y, del otro, los reclamos de

las ideas estéticas. Celaya fue ciertamente un hombre de una finura cultural apenas manifestada fuera de sus ejercicios filológicos o sus fases de aislamiento erudito «con pocos pero doctos libros juntos». Buen conocedor de los clásicos castellanos y de las modernas avanzadas de la estilística, tal vez la ostensible discordancia entre lo que escribió sobre teoría poética y un buen tramo de su propia poesía, no deja de ser por lo menos llamativa. Ahí quedan, para sorpresa de desprevenidos, *Exploración de la poesía* o *Inquisición de la poesía*.

Distingo al fondo de ese mismo paisaje madrileño, aunque en un clima urbano más opaco, a José Hierro cruzando velozmente por delante de mi campo visual, arrebolado el cráneo de tártaro, braceando con marcial aturdimiento, mensajero urgente de nada. Daba la impresión de que antes de llegar ya se había ido. Creo que apenas hablé con él durante alguna transitoria desaceleración suya. Sabía que había estado en la cárcel, siendo casi un adolescente, por pertenecer a una red clandestina de ayuda a los presos, que ya es infortunada coincidencia. Siempre he pensado que hubiese preferido leer su poesía —o las porciones de esa poesía que siguen atrayéndome— sin haber tratado al autor, pues en cierto modo había como un desnivel, probablemente gratuito, entre el personaje y su obra, con lo que la lectura de algún poema se veía con frecuencia importunada por el recuerdo del poeta. Tampoco es nada raro que se produzcan esas arbitrariedades. Extrovertido y algo gárrulo, propenso a las bromitas recurrentes, con ideas claras pero monocordes, ya era cuando yo lo conocí una persona profusamente efervescente, amén de escurridiza, digamos que un falso modesto, y trabajaba en el Ateneo de animador cultural o algo así. Esta institución, otrora eminente, estaba entonces dirigida por algún testaferro de Florentino Pérez Embid, que había sido profesor de historia de América en la facultad de Sevilla y que, amén de supernumerario del Opus Dei, era director general de algo. Hierro, cuyos primeros libros me habían atraído en razón de sus andamiajes «ético-estéticos» y cuyo soniquete rítmico y su juego de imágenes se me fueron emborronando un poco, organizó en el Ateneo una tertulia —los Jueves Poéticos— que tal vez fuera la única presentable en aquellos años de indigencia cultural. Yo intervine, por cierto, en una de ellas, junto a Blas de Otero y Joaquín León, un risueño poeta éste que desapareció sin dejar rastro, succionado tal vez por un desagüe de la urbe, o abducido —según fuentes dudosas— por algún ingenio galáctico, lo que me dejó muy preocupado.

Hierro dio por buena una idea ya previamente sopesada a efectos operativos por los interesados y avalada por Carlos Bousoño: la de invitar a

esa tertulia a tres poetas catalanes de expresión castellana —Gil de Biedma, Barral y Goytisolo—, nada o muy poco conocidos y bautizados por Hierro con un remoquete afortunado: los «poetas industriales», aunque a lo mejor no lo decía por sus nexos con el mundo empresarial, sino por lo pudientes y desenvueltos. Fueron presentados por Bousoño y la cosa salió bastante bien; al menos, tuvo su éxito de público, aunque ese éxito tampoco fuese del tipo apoteósico. Por cierto, eso de aplicar el apelativo de «escuela de Barcelona» —como hizo en su solvente libro Carme Riera— a la fracción catalana del llamado grupo poético del 50, nunca me ha parecido suficientemente justificado ni en función de un determinado trayecto global de nuestra poesía ni mucho menos en términos de catalanismo militante. No es que opine que se trata sin más de un ardid de promoción, aunque fue precisamente Barral quien propició el uso de una etiqueta puramente identificativa usada por Bousoño, es que el vocablo «escuela», aplicado a tres poetas tan sustancialmente disímiles como Goytisolo, Barral y Gil, no parece responder a ningún enfoque analítico medianamente fundado, por muy urbana que fuese la actividad de los interfectos. En fin, los tres leyeron con las aptitudes declamatorias algo mermadas sendas muestras de su todavía exigua obra y se comportaron como debían comportarse unos presuntos antifranquistas de cuño burgués, esto es, con una sinuosa mezcla de petulancia, lucidez y condescendencia. Aquello tuvo como un cierto regusto a visita protocolaria, a ratificación promocional de una selecta embajada de letraheridos barceloneses, con su premiosa escenificación de señoritos dimisionarios, aires de consejeros áulicos de la *gauche divine,* alardes de pertrechos político-culturales y, al fondo, como un emblema para iniciados, la otra cara de la luna poética del medio siglo.

Los Jueves Poéticos del Ateneo quedaron clausurados tras lo que se motejó de osadía inconcebible: la exhibición pública de unos disidentes disfrazados de poetas mundanos. Creo que Hierro trasladó entonces la tertulia a la librería Abril, en la calle Arenal, regentada por una dama todavía joven, Carmina, que se jactaba incluso con agresividad de su militancia en la Sección Femenina de la Falange y a quien producía un palmario desasosiego su pertenencia a lo que aún era tildado de indecente desvío sexual. Más de una vez vi en esa librería Abril, que también disponía de sala de exposiciones y trastienda reservada a amigos sedientos y lesbianas locuaces, a una llamativa señora que ostentaba no sé qué cargo directivo en la dicha organización de mujeres falangistas o de falangistas hasta cierto punto mujeres. Tenía nombre de *vedette* —Lula de Lara— y era una curiosa mezcla de liberada, cínica y culta. Se mostraba muy partidaria de la prodigalidad dialogante y frecuentaba incluso a personas tan ideológicamente alejadas de ella como podían ser, por

ejemplo, un Moreno Galván o una Juana Mordó. Carmina —cuyo apellido pasó a ser Abril— y Lula de Lara andaban siempre como intercambiándose informaciones altamente secretas y creo que, un poco antes o un poco después, habían dirigido el llamado Círculo Medina, con sede en el Museo Romántico, de cuya incierta actividad no conservo ninguna pista.

Quien también se reincorporó entonces a los cenáculos literarios madrileños fue José Ángel Valente. Yo ya lo conocía de años atrás, de los tiempos farragosos del colegio mayor Guadalupe, donde él residía también y donde también se había amigado, como yo, con colegiales hispanoamericanos de posterior relevancia literaria o política: Eduardo Cote, Ernesto Mejía Sánchez, Carlos Martínez Rivas, Julio Ramón Ribeyro, Ernesto Cardenal, Hernando Valencia... Una coyuntura humana y profesional en la que también se insertaban algunos españoles: Emilio Lledó, José Agustín y Juan Goytisolo, José María Valverde, yo mismo. Creo que ya he contado algo de todo eso, de aquel confín de mi experiencia vital particularmente abastecido de claroscuros apasionantes y peripecias del género disoluto. Alguna vez nos uníamos Pepe Valente y yo —él menos que yo— a las expediciones etílicas de Ernesto Mejía, de Cote, de Hernandito Valencia por los viscosos antros nocturnos madrileños. Valente era entonces una persona algo reticente y ligeramente cavilosa, una especie de gallego reconducido a la disciplina estudiantil, pero de repentinas incursiones en los modestos regocijos de colegio mayor, si bien se cuidaba mucho de beber más de la cuenta, que en su caso era una cuenta muy módica, pendiente como estaba de los estorbos para el estudio que podía depararle la resaca. Gastaba un retintín irónico y una actitud juiciosa que no se compaginaban demasiado bien, pero eso no le impedía convertirse de pronto en un compañero de veras divertido, extraordinariamente bien dotado para los juegos de ingenio y la risa pronta. Dejé de verlo durante algún tiempo, él andaba por su lado y yo por el mío, pero coincidiendo con la publicación de su primer libro —*A modo de esperanza—,* reapareció un día por donde yo también lo hice: el Teide, el Gijón, el Lyon, cafés todos ellos —como bien se sabe— de muy versátil parroquia literaria y artística. Luego ya, y aparte de algún roce episódico, seguimos pasándolo bien de muchas maneras y coincidimos y nos reímos en algunos viajes no necesariamente lastrados de excusas literarias: París, Copenhague, Ginebra, La Habana, Venecia...

Valente se había enrolado por entonces en las difusas filas ideológicas de la revista *Índice,* dirigida por el también ideológicamente difuso Juan Fernández Figueroa, cuya mujer —Teresa Ladrón de Guevara— era parienta de las tías Bonald Erice o de los primos De Viedma Bonald, no estoy seguro.

El mentado Fernández Figueroa, falangista de segunda hornada, fue un fogoso combatiente anticomunista en las mesnadas de la División Azul y era un hombre imprevisible, maniobrero y enfebrecido, que jugaba tramposamente a la defensa democrática de la cultura sin abandonar los principios intocables del Movimiento, aunque me parece que también tendía a una ambigua forma de discrepancia purista frente a alguna que otra taimada digresión oficial. Supongo que pertenecía a ese híbrido doctrinario que se llamó, sin ninguna doble intención, falangismo de izquierda. Conmigo casi siempre fue bastante afable y, en justa correspondencia, yo casi siempre lo traté, salvo los encontronazos de rigor, con una mediana simpatía. A veces me exasperaba, pero rara vez me fastidiaba. Acaso influía en todo eso nuestro lejano y colateral parentesco, ya que no me parece pertinente aplicar el término político a ese vínculo familiar. Incluso rompí alguna lanza en su favor, casi sin venir a cuento, con motivo de no sé qué altercado oficioso cuando lo nombraron director del diario *Pueblo*. Al margen de sus actitudes dogmáticas y de ciertas mañas suyas de pendenciero, que podían ser extremadamente enfadosas, era una persona cuya sola presencia suscitaba o el tono burlesco o la discordia sin paliativos. Tampoco es improbable que el apresurado paso del tiempo me haga desfigurar un poco ese retrato.

Tengo la impresión de que Pepe Valente se asoció a Fernández Figueroa no sólo por motivos amistosos sino en razón de una sutil estrategia literaria, es decir, por acceder a esa precaria porción de poder literario que con tan exquisitas pinzas diseccionó luego. Iban siempre juntos a todas partes, en compañía de quien debía de ser secretaria de *Índice* o algo así. Valente, que tanto ha reiterado últimamente su perseverante condición de solitario, más parecía entonces un gustador de la comida rápida de la fama. Ya se había casado por entonces o no tardaría en hacerlo con una chica muy bien dispuesta —Emilia Palomo— que había sido novia de Carlos Edmundo de Ory. Claro que tampoco estoy muy al tanto de sus andanzas en este sentido, ya que un par de años después de su paso por *Índice,* consiguió un puesto de traductor en la OMS y se fue a Ginebra, de donde ya no volvió a España sino en visitas fugaces y provisto de una nueva mentalidad algo alambicada, hasta que finalmente medio se estableció en Almería. Siempre me he preguntado qué contrarios objetivos humanos y literarios fueron convirtiendo poco a poco a Valente en un personaje de muy complejas reacciones. Cuando coincidíamos por ahí, éramos los mismos viejos amigos dispuestos a seguir siéndolo, nos solazábamos sin ninguna reserva y, una vez que se reintegraba a sus cuarteles, procedía a denostar a quienquiera que fuese y a autoproclamarse como el más autónomo paradigma, *magister dixit,* de la poesía contemporánea nuestra. No

es que me parezca mal, es que, amén de pasado de rosca, resulta directamente innecesario.

También congenió bastante Pepe Valente con otros miembros del grupo poético del 50 —sobre todo con Paco Brines, José Agustín Goytisolo o Claudio Rodríguez—, pero al cabo del tiempo, sin previo aviso, declaró su independencia a machamartillo y se retiró a los recónditos y poco expugnables dominios de su particular monte Sinaí. Ya ahí empecé a no entender los motivos de su egocentrismo militante, pero continué siendo un lector suyo —en prosa y verso— nunca mal recompensado y por lo común indisimuladamente adicto. Siempre fui partidario de sus encomiables maneras de enaltecer la sacralidad del trabajo creador, esa noción cardinal de la poesía un poco a medio camino entre el «órgano de lo invisible» de Novalis y la «inteligencia creadora» de Juan Ramón Jiménez: la eternidad como inducción religiosa de la vida, el repliegue de todos los planos de la realidad dentro de una especie de engranaje místico de la percepción, esa tendencia a la totalidad que es a la vez pureza autosuficiente y síntesis de todo lo que puede alcanzarse por medio de la palabra, única forma posible de «verse a sí mismo». Un ideario o un programa estético que puede inclinarme a la aceptación sin mayores reparos, si bien lo de la «poética del silencio» me suena ya un poco a lo de la «pintura invisible» de Rothko, esa entelequia consistente en la eliminación de todos los obstáculos expresivos que impidan llegar a la «esencia de lo esencial». Decía este pintor que en cualesquiera de esos cuadros suyos divididos escuetamente en dos o tres zonas a distintos colores, sin ningún otro estorbo formal, podía contenerse por omisión un templo griego. Pues qué suerte. De ahí a la impotencia creadora hay la misma distancia que a un cuadro vacío o un poema en blanco. Qué patológica peligrosidad la del pensamiento artístico que supera con mucho a su material canalización o sólo consiste en una inoperante concordancia entre el yo del escritor y el sujeto de su obra.

Dentro de esas variantes educativas en el oficio de la literatura, entiendo que hay un tipo de escritor no prodigado pero sí muy notorio. Su semblanza general es muy simple, o a lo mejor es muy simple porque no puedo disociarla de una particular forma de malhumor. Este cliché de escritor a que me refiero parece empeñado en propagar que no desea ser inscrito en ningún escalafón de méritos, pero incurre en toda clase de locomociones para acceder lo más pronto posible a ese escalafón. Se parapeta muy ufano en su taifa y desdeña en términos globales a los colegas que se ejercitan con pericia deficiente en la literatura, tildándolos de integrados o de aprehendidos en la vía estrecha de

una tradición inane. Acaso el exponente más característico de esta tribu sea Juan Goytisolo, que contagió a su vez a otros dos o tres escritores de la misma cuerda y que acaso se crecieron en el peligro. Este Goytisolo, a quien conocí en tiempos de desmemorias estudiantiles, ha sido —es, entre otras cosas— un defensor a ultranza de las transgresiones de un Blanco White o un Cernuda —y de un Fernando de Rojas, un Larra, un Américo Castro—, una nobilísima dedicación que alterna con una especie de vanagloria al revés, como si lamentara no haber sido minusvalorado suficientemente por la crítica o la opinión común de sus compatriotas, con lo que tampoco ha podido airear más por lo menudo la razón de sus reincidentes autoexilios. A mí me parece muy bien, incluso me parece ejemplar su conducta solidaria en relación con el pensamiento de los grandes heterodoxos españoles. También estoy de acuerdo con ciertas nobles actitudes suyas como crítico de la cultura y con sus muy pregonadas fidelidades al mundo islámico, incluida su defensa de la auténtica ley coránica frente a las atroces secuelas del fundamentalismo. Pero me incomoda bastante su manera de erigirse en fustigador incólume de los males de la patria (eso ya lo hizo muy bien hace más de un siglo Lucas Mallada) y, de rechazo, en portavoz último de todos los honorables exponentes de un particular destierro enaltecido por una intachable pertinencia moral. La verdad es que todo eso se me antoja bastante plúmbeo, más que nada por la quejumbrosa cantinela que suelen emitir, desde unos arengatorios muy hábilmente escogidos, esos pocos legatarios de una España erigida por decisión unilateral en «madrastra de sus hijos verdaderos».

Bien. De esta época datan los primeros borradores de mi libro *Las horas muertas,* que obtuvo oportunamente el premio Boscán y el de la Crítica. Sé que en setiembre de 1957 había dado por buenas catorce composiciones de ese libro, algunas de las cuales ya se habían publicado precisamente en *Índice*. Enmarcados en un tiempo de crisis personal y de notables averías en las defensas del ciclotímico, esos poemas marcan un cierto viraje en mis modales poéticos, no tanto por estrictas cuestiones de estilo como por la adaptación de una temática apenas alterada a un nuevo campo de experiencias lingüísticas. Los baches retóricos están más solapados, sobre todo respecto a una solemnidad que ya empezaba a antojárseme intransitable o por lo menos bastante enojosa. Es posible que en su aspecto más estructural esa poesía prolongue algunos gustos epidérmicos de la anterior, pero también avisa de los que vendrían después. Probablemente, y a pesar del nada disimulado acarreo de modas filosóficas, el libro tiene como una entonación que procede en alguna medida de mi propia cosecha, si es que eso significa algo más que una ortopedia imaginativa. Pienso, en cualquier caso, que a través de una

tenaz vigilancia rítmica del fraseo, de una sintaxis bastante airosa y de un léxico aún entreverado de préstamos barrocos —qué despilfarro—, *Las horas muertas* puede tener algo de decantación de mi obra anterior, en el sentido de marcar una cierta línea divisoria entre lo que fueron antecedentes y ya eran consecuencias, no digo que siempre satisfactorias. Los temas más rastreables, pasados muchos de ellos por el entonces frecuente tamiz del existencialismo, tal vez ahonden más por lo menudo en las mismas sensaciones ya esbozadas en mis dos primeros libros. Pero ahora, frente a esos argumentos generales —las confabulaciones amatorias, la fugacidad del tiempo, las nocturnidades más o menos malévolas, los injertos del absurdo, la libertad—, se acentúa el rescate del paisaje interior de la infancia y, acaso por idénticas razones, de esos referentes formativos que derivaban hacia una apremiante tendencia a la crítica de la sociedad. Y también creo que resulta muy obvio el ascendiente irracionalista, sobre todo en los tramos más vitales del libro, allí donde apuntan una serie de informaciones que no sé muy bien si procedían de algún impúdico rincón de la experiencia o de las invenciones propias de todo proceso creador.

A pesar de las dispersiones y distancias, permanecí todo el tiempo muy unido a esos mentados escritores hispanoamericanos que habían sido amigos míos muy queridos desde la época de mis primeros pasos madrileños. Me carteaba frecuentemente con la mayoría de ellos —Jorge Gaitán, Eduardo Cote, Ernesto Mejía, Hernandito Valencia—, si es que no nos veíamos más o menos asiduamente cuando pasaban por Madrid o me los encontraba yo por otros derroteros. Fuimos, como es notorio, la última promoción que cultivó el género epistolar y que compartió un proyecto de vida y pensamiento si no común sí coincidente en no pocos resortes educativos y actitudes civiles. He releído al azar algunas de esas cartas y hasta he llegado a sorprenderme de las precisas rutas culturales por las que a veces transitábamos, un poco a contrapelo de los usos más persistentes en aquellos años de tan angostas salidas de urgencia a la libertad. Jorge Gaitán había fundado poco antes la revista *Mito*, una de las más competentes revistas culturales en lengua española de la época, donde se agruparon los mejores escritores colombianos de los cincuenta: Gómez Valderrama, García Márquez, Álvaro Mutis, Hernando Valencia, Eduardo Cote, Charry Lara. Como suele ocurrir en tales casos, no era un grupo homogéneo, pero todos ellos disponían de una parecida vinculación con la vida histórica y una similar solvencia intelectual.

*Mito* hizo un poco las veces de vehículo de propagación de las literaturas occidentales habitualmente desplazadas del consumo cultural al uso. Como

recordó más de una vez García Márquez, «en *Mito* comenzaron las cosas». En su género y en la esfera latinoamericana, anticipó un poco lo que sería años después, en el ámbito de la edición de libros, Seix Barral. La revista publicó por vez primera en castellano no pocas traducciones de ejemplos eminentes de la literatura y el pensamiento contemporáneos: Heidegger, Sartre, Lukács, Gramsci, Nabokov, Eliot, Lawrence Durrell, Beckett, Dylan Thomas... En sus páginas aparecían también normalmente textos de los más relevantes escritores latinoamericanos: Alfonso Reyes, Carpentier, Octavio Paz, Borges, García Márquez, Lezama Lima, Carlos Fuentes, Cortázar... No creo que circulara entonces por el mapa de las literaturas hispánicas una revista como *Mito*, de tan anticipadas cosechas culturales y de tan notoria influencia incluso después de extinguida. Allí apareció precisamente, en 1958, un primer anticipo de mi libro *Las horas muertas,* y en sus ediciones, ya cuando yo vivía en Colombia, se publicó mi antología *El papel del coro,* donde, con un tonillo contagiado de la falsa seguridad del irresoluto, confieso en una nota preliminar que había querido reunir «lo menos trasnochado de mi obra poética escrita entre 1955 y 1960». Lo dicho.

De mis mudables y no poco dificultosas relaciones con Cela se derivaron, por subdivisión consecutiva, otras relaciones, tampoco muchas, pero que en algunos casos se convirtieron en muy perseverantes referencias afectivas. Así me ocurrió, sobre todo, con José Luis Barros, amigo invariablemente fraternal desde aquellos años, y cuyo inicial encuentro tiendo a asociar al de algunos de los gallegos que venían a Madrid con la regularidad de las cosechas vínicas o que ya andaban por aquí instalados como emigrantes estables: el historiador Santiago Montero Díaz, el escritor Mariano Tudela, el notario José Roán, el filólogo Dionisio Gamallo Fierros... Pero tampoco es improbable que conociera a Barros a través de Baldomero Isorna, procurador de los tribunales y amigo y asesor fiscal de Cela. Este Isorna se decía poeta, y lo era en la línea de los almacenistas de charcuterías líricas, amén de un parlanchín de mucha hojarasca, un individuo que se permitió zaherirme un día por razones políticas y a quien reté a un duelo a primera sangre que él se negó deshonrosamente a aceptar. Bien es cierto que en aquellos insidiosos tramos de la posguerra proliferaba ese tipo de gentes.

José Luis Barros ha sido mi amigo ininterrumpido a lo largo de más de cuarenta años, mi médico de cabecera, mi camarada en navegaciones azarosas. Aficionado al juego de los enigmas, provisto de una aureola de cazador furtivo en versión ilustrada que él mismo gusta de acentuar, Barros es sobre todo un sabio cirujano y un fidelísimo compañero. Su profesión, tan

delicada como absorbente, no le ha impedido prodigarse en otras muy diversas tareas, esporádicas o duraderas: actor de cine (sólo en películas de su amigo Luis Buñuel), experto navegante (sólo a vela), follador de alto copete (sólo con jovencitas), a más de viajero intercontinental, tahúr en casinos imposibles, lector polifacético y protector de gitanos menesterosos: todo un dechado de virtudes y vicios. He compartido con él muchos afanes y vicisitudes y hemos convivido en muchos sitios —París, Roma, La Habana—, pero sobre todo en su hermosa casa de Cabo Udra, en la boca de la ría de Pontevedra, y en la mía de Palma, en Son Abrines, o de Montijo, en la costa atlántica de Cádiz. De modo que esa amistad ha consistido en toda una prueba de resistencia ante los acosos de la rutina o las abulias de lo demasiado previsto.

Las copiosas apetencias culturales y humanas de José Luis Barros lo han conducido a veces, por predecibles excesos de celo, a ciertas redundancias sentimentales. Además de poder exhibir, llegado el caso, un cuadro de actividades secretas altamente seductor, ha ido sometiendo a un selecto método narrativo el monto de sus predilectas andanzas públicas. Si no al desiderátum, su avidez lo aproxima en este sentido al regodeo. Hay un núcleo de devociones que ocupa sin duda el mejor espacio de su receptividad. Sin contar con las fervientes alianzas amistosas de muy varia índole, esas devociones confluyen en algunas figuras claves de la generación del 27 y, en particular, en los exponentes de esa generación conectados con la Residencia de Estudiantes. No es improbable que cuando Barros inicia la enumeración de sus vínculos con un Luis Buñuel, un José Bergamín o un Rafael Alberti, proceda yo de inmediato a frenar esa retahíla de requiebros y halagos con una contraofensiva insidiosa. Debe de ser un resabio del arrogante que a veces me suplanta: siento como la malsana necesidad de negar la evidencia o, por lo menos, de desmontar a esos personajes de los pedestales en que aparecen encaramados casi por disposición testamentaria. Con independencia de lo que cuenta el llamado Pepín Bello, que no es sino una especie de correveidile de oficio, todo ese anecdotario que circula por ahí a propósito de las chanzas y travesuras de los «residentes» ya en los umbrales de la fama, se me antojan bromitas de colegiales más o menos ingeniosos o maliciosos. Tolero muy a duras penas esos cortejos de «putrefactos» y «cadáveres exquisitos» intercambiados con nocturnidades de pícaro por las habitaciones de la Residencia.

Pero donde suelo situar el eje de mis impugnaciones frente a los fervores de Barros es en Buñuel, más que como director de cine como compinche de

Lorca y Dalí y genio vocacional. Supongo que se trata de una réplica sólo en parte gratuita, porque es cierto que mi interés por las casi siempre obsesivas y enfáticas películas de Buñuel es muy relativo. Aunque mi muy exigua cultura cinematográfica me impida aportar ningún ecuánime elemento de juicio, no por ello tengo que omitir que lo único que me atrae sin reservas a este respecto del realizador de *El ángel exterminador* se centra en lo más verídicamente tramitado con las credenciales surrealistas. El resto tiene para mí un acusado carácter de retórica de aluvión o de originalidad por encargo, como de ladrillo visto. No podría decir lo mismo, sin embargo, de Buñuel en tanto que personaje ya maduro, que ése nunca dejó de seducirme, casi tanto como su hermana Conchita, mucho más constitutivamente surrealista que él, a quien conocí en una divertidísima comida parisina toda ornamentada de Pepes; sin contar a Barros y a mí, había tres más: Pepe Bergamín, Pepa Flores y Pepa Ramis. Por cierto, que en una carta que le escribió Buñuel a Paco Rabal poco antes de morir, sostenía lo siguiente: «Quien no fuma ni bebe, en principio, es un cabrón.» No está nada mal, me gusta. Una persona que con más de ochenta años dice eso difícilmente puede defraudarme.

Sólo coincidí un par de veces y muy de pasada con Buñuel. Fue en una de las dos casas que tenía en México Paco Ignacio Taibo, no sé si en la de la capital o en la de Cuernavaca, que era una excelente muestra de arquitectura colonial en la que también se organizaban festejos de mucha diversión. La casa habitual de Taibo, ovetense amigo de la infancia de Ángel González y mexicano honorario, era un lugar que muy bien podía quedar adscrito a la peculiaridad del convite perpetuo. Cuantas veces estuve allí, que no fueron pocas, siempre había una comida destinada a seis o siete escritores y políticos relevantes: Rulfo, Octavio Paz, García Márquez, Carlos Fuentes, Ramón Xirau, José Emilio Pacheco, Tomás Segovia, Juan José Arreola, el grueso de los republicanos en el exilio y de los antifranquistas de paso y, naturalmente, Buñuel. Aquel día estaba con Julio Alejandro, su más fiel guionista, luego reemplazado por Jean Claude Carrière. Bebía y fumaba con mucha parsimonia y me pareció un poco introvertido y gruñón, como desentendido de lo que pasaba a su alrededor y no por la presunta sordera, sino porque debía de pensar que el común de los mortales andaba bastante escaso de reflejos iconoclastas. Se comportaba como el que entiende que nunca debe incurrir en ninguna actitud que pueda contradecirse con las más divulgadas recetas de su genio. Aunque tampoco estoy muy seguro de eso, porque también alcanzo a situarlo en otro posterior escenario un poco abigarrado pero extremadamente cómico, donde él actuaba muy a gusto, bastante impregnado de martinis y más bien despreocupado de cualquier autovigilancia

representativa.

A Bergamín lo conocí, creo, en un ágape que organizó Barros en su casa de la calle Ruiz de Alarcón, frente al Jardín Botánico, al que también asistieron el filósofo Carlos Gurméndez, el actor Adolfo Marsillach y Jaime Valle-Inclán, uno de los quisquillosos hijos varones de don Ramón, aunque no puedo precisar si eso ocurrió exactamente en los días por los que ando ahora reencontrándome. A Marsillach lo estimé mucho andando el tiempo, a partir sobre todo de que él decidiera poner en marcha el pub Oliver, y años después, cuando dirigió con metódica solvencia el Centro Dramático Nacional y me encargó dos consecutivas adaptaciones de obras clásicas: *Abre el ojo*, de Rojas Zorrilla, y *Don Gil de las calzas verdes,* de Tirso. Le debo a Marsillach, amén de la gratificación quizá un poco engolada de sus buenas maneras, el hecho de haberme inclinado a perderle el respeto a los autores de teatro clásico, que suelen infundir una cierta cautela reverencial, cuando no una reserva insalvable. Como nadie ignora, aparte de las zonas de difícil penetración, existen en esas obras pasajes de abrumadora densidad expositiva, parlamentos farragosos con palmaria tendencia al discurso didáctico o moral. Tampoco faltan, claro, referencias a situaciones y hechos que o bien resultan poco inteligibles o han perdido sus presuntos alardes de ingenio. No sé si fui razonable o cometí un desaguisado, pero mis versiones de esas dos comedias estuvieron supeditadas a un deseo equitativo: intentar que fuesen estimadas por espectadores que, a no ser por esa audaz manipulación, no las habrían buenamente sobrellevado. Pero nada de eso mermó mi malestar, no ya porque había actuado de acuerdo con mis gustos, sino sobre todo porque me había inmiscuido en la composición original de un autor clásico. Sigo sin saber qué hubiese sido lo más prudente, pero en cualquier caso tampoco me parece desaconsejable esa sucinta formulación de pérdida del respeto.

A propósito del Oliver —tan frecuentado en los años sesenta y setenta por ciertas tribus de escritores, artistas y similares—, recuerdo alguna incidencia que me atañe. El pub parecía realmente un próspero negocio y, cuando Marsillach decidió liquidarlo, se formó una especie de sociedad en la que participaron como accionistas Pepa Flores —mujer entonces de Antonio Gades—, Alberto Larios, Manuela Vargas, José Luis Barros, Pepa, mi mujer, y no sé quién más. En mala hora se coordinó aquel tinglado, pues poco a poco fue cayendo en las redes financieras de un administrador venal que acabó fingiendo una quiebra y ahí se desmoronó el invento. Fue como una emboscada perpetrada a raíz de la muerte de Alberto Larios, que era quien conducía el negocio con eficiencia impecable. Pero ese descalabro también

me supuso algunas simultáneas contrapartidas: por ejemplo, la amistad con Pepa Flores, una íntegra y bella mujer, un singular arquetipo de andaluza a fuerza de no parecerse al arquetipo de andaluza, la *improbis puellae gaditanae* cantada por los poetas latinos. Me agradó mucho, años después de todo eso, hacer de padre de ella —qué remedio— en *Caso cerrado,* una película noble pero frustrada de Juan Caño.

Bergamín, otro devoto fiel de Pepa Flores, era entonces un sesentón disfrazado de Bergamín, sólo que más esquelético, con la calavera subrepticiamente anticipada y la irrevocable pinta del peregrino en su patria que siempre había sido, aun en los momentos de mayor integración en la política republicana. Cuentan que en un funeral que promovió Gerardo Diego a raíz de los actos conmemorativos del tercer centenario de la muerte de Góngora, al finalizar el oficio, un cura se quedó mirando el retrato del poeta cordobés —obra magistral de Velázquez— que habían puesto por allí, observó después a los asistentes y, al ver a Bergamín tan enjuto y enlutado, se acercó y le dijo: «Siento mucho lo de su padre.» Seguro que la contestación de Bergamín no desmerecería de esa patochada. Perseguido, calumniado, vilipendiado por los sempiternos enemigos de la inteligencia, su figura seguía remitiendo a la misma situación de proscrito que tuvo durante las distintas fases policíacas de la dictadura. Acababa de llegar del último de sus prolongados exilios y aún le quedaba el más execrable: el que promovió Manuel Fraga, obligándolo una vez más a refugiarse en París. Yo creo que en esa España zaragatera y triste, de cerrado y sacristía, sólo unos pocos toleraban a aquel católico tan arrogantemente heterodoxo, de tan desatinados vínculos con el marxismo y la acracia, fustigador implacable de los mandamientos prescritos en comisariatos clericales o castrenses.

Es cierto que Bergamín coincidía en todo con el que yo me había encontrado en sus libros antes de conocer al autor. Físicamente, tenía algo de retrato inacabado y era un feo de frente y de perfil, favorecido por una especial tendencia a hacerse encantador a través de la vitalidad de su inteligencia. Se parecía mucho a un hidalgo arruinado, a un monje enflaquecido por la ascesis, y fue un intelectual de intachable conducta civil. En todo caso, siempre me pareció uno de los más singulares críticos de la cultura española que yo alcancé a tratar. Contradictorio, seductor, ingenioso, refinado, insobornable, usaba el aforismo a manera de catarsis y solía debatir de lo que fuese valiéndose de un conceptismo muy similar al que genera el movimiento continuo de su obra. Amigo de paradojas y retruécanos, gustaba de rodearse de mujeres hermosas sólo quizá para demostrar que, aunque se

tenía por un escritor póstumo, aún podía valerse de una vivificante capacidad para el galanteo y los juegos amatorios de salón. Anduve con Bergamín por muy distintas geografías viendo pasar el negro toro de España, hablando del arte de birlibirloque o de la importancia del demonio, de la música callada del toreo o de las fronteras infernales de la poesía.

Con quien también inicié por entonces una persistente amistad fue con Antonio Gades, antes desde luego de que se uniera a Pepa Flores y a quien conocí a través de Paco Rebés, un pintor catalán de muy diversificadas aventuras artísticas del que ya contaré algo en su momento. Gades fue siempre una persona de una indesmayable curiosidad intelectual y de una rara intuición para descubrir yacimientos de interés estético en los sitios donde más genuinamente los había. Buscó desde muy joven un lugar decente y compensatorio para vivir y consiguió saltar sin fases intermedias de ser un autodidacto a la deriva a ejercer un serio e inteligente trabajo artístico. Llegó al baile flamenco como podía haber llegado a la pintura o a la música y como llegó al marxismo. Gades fue en cierto modo el intérprete de un material expresivo recibido en herencia a través de viejas justicias emocionales, pero al mismo tiempo el protagonista, el inventor de una especie de coreografía donde se representaba la historia de su propia vida. Su labor ha consistido primordialmente en trasplantar ciertos estatutos artísticos populares al lenguaje culto de la danza. Sin duda que en su poderosa capacidad estilística está latente el legado comunicativo andaluz, pero también la herencia expresionista del ballet europeo. Yo creo que por esas rutas creadoras nadie alcanzó como él un tan acabado paradigma dentro de los anales españoles del baile: esa conjunción entre la sensibilidad del flamenco y las modernas técnicas del ballet.

Aunque mi interés por el flamenco se fue aminorando a medida que éste se internaba por unos vericuetos expresivos más o menos situados en los extrarradios de mi gusto, mediatizado en parte por unas modas híbridas para mí poco reconocibles, a pesar de eso —digo— trabajé con Antonio Gades en una versión de *Fuenteovejuna* que, una vez montada, resultó un excelente ejemplo de universalización de un modelo de clasicismo popular. Pero antes de todo eso, Gades atravesó, como está mandado, por algún que otro incidental bache psicótico. Es cierto que, al margen de sus óptimas disposiciones de amigo y de sus reiteradas pruebas de generosidad afectiva, era muy difícil hacer pronósticos sobre las consecuencias de su versatilidad en cuestiones amorosas. Podía ser incluso muy atrabiliario. Yo le conocí un copioso número de amigas y amantes, pero apenas las frecuenté, salvo en el

caso de Pepa Flores, como ya he comentado.

Gades ingresó entonces en una fase depresiva —de «diablos azules»— a causa de no sé qué contratiempo amatorio o exacerbada ansiedad artística. La cosa no parecía ser nada grave, pero podía llegar a serlo si no se arbitraba algún remedio. A José Luis Barros, al doctor Barros, no se le ocurrió entonces mejor cosa que prescribirle unos días de ocio en Salamanca, añadiendo el inesperado colofón terapéutico de que sería muy conveniente que yo lo acompañase, cuando en realidad mi historial clínico me desacreditaba sin ninguna duda no ya para ejercer de modelo, sino para que esa compañía favoreciera a nadie en términos comparativos. No me pude negar, en cualquier caso, o no quise hacerlo por alguna razón más o menos peregrina, y allí nos fuimos una mañana radiante Gades y yo, él conduciendo su viejo coche y yo meditando en las tornadizas demandas de la vida. La verdad es que nunca se supo por qué razón atribuía Barros a la bella Salamanca tan manifiestas virtudes curativas, pues una vez allí tampoco me pareció que aquello hubiese sido una idea inmejorable. Enseguida pensé que habría resultado mucho más coherente elegir, por ejemplo, algún balneario o refugio similar en la inmediata sierra de Guadarrama. Pero el tiempo era muy bonancible y se veía llegar por el Tormes una «primavera delgada entre los remos de los barqueros», y eso, insertado en aquellas anomalías viajeras, podía llegar a ser sumamente agradable.

Nos instalamos en un discreto hotel aledaño a la Plaza Mayor y nos dispusimos a distribuir de la peor manera posible el paso del tiempo. Supongo que se me intensificaría la extrañeza ante aquella estrafalaria identificación de una ciudad de agitada vida estudiantil con una casa de reposo para pacientes con la conducta averiada. Gades se comportaba con bastante normalidad y durmió bien los dos primeros días, después de largos callejeos dudosamente saludables. Hasta que decidimos de común acuerdo poner en práctica una pertinente expedición por los intramuros de la noche salmantina, incluso es posible que yo fomentara esa idea, entre otras cosas porque tampoco estaba allí en funciones de protector de nada. Y ahí comenzó un epílogo bastante poco edificante. Nos internamos al anochecer por el barrio de putas y, a poco andar, dimos con unos gitanos —dos jóvenes y un tercero ya entrado en años — que al punto reconocieron a Gades y se obstinaron en invitarnos a lo que quisiéramos beber, informándonos de pasada dónde podíamos adquirir un hachís de superior calidad. La invitación fue mutua y reincidente y se prolongó en lo que supuse un prostíbulo y resultó ser la casa particular de una mujer de mucho empaque, Violeta de nombre, que hacía las veces de celestina

ocasional. Tengo muy presente que uno de los gitanos nos confió que esa presunta celestina, que ejercía también de partera en según qué ocasiones, tenía por norma prescribir a sus pacientes la ingestión de la placenta, aplicándose ella misma tan inaudita profilaxis: una especie de variante medicinal del canibalismo que me dejó literalmente horrorizado y a punto estuvo de hacerme desertar de lo que tampoco andaba muy lejos de parecer una encerrona. Todo tenía un cierto aire viscoso, como hecho de disimulos imprevistos, de golfería trufada de recatos. La tal Violeta, que rellenaba las copas con velocidad incandescente, hizo venir, a instancias del gitano de mayor rango, a dos señoritas de la localidad que oficiaban de putas a ratos perdidos y que tampoco eran nada del otro mundo, tenían pinta de empleadas huérfanas o de infelices castigadas por las inclemencias recalcitrantes de la vida. La reunión se atascaba en una enfadosa morosidad hasta que uno de los gitanos aportó el anunciado suministro de hachís y ya todo comenzó a deslizarse hacia un jolgorio que la llamada Violeta intentaba en vano apaciguar. Gades se reía de modo descomedido y eso me pareció el preámbulo de algún trastorno. Pero no ocurrió nada especialmente anómalo hasta que llamaron a la puerta.

La dueña de la casa se fue a abrir y se produjo el silencio que precede a la llegada del peligro. Un muchacho atezado y deforme, con brazos de titán y piernas de enano, irrumpió en la sala y paseó una mirada feroz por la concurrencia. La dueña apareció detrás de él con gesto aterrado, pero no dijo nada, o lo que dijo estaba todo expresado en los ojos. Tampoco habló ni se movió nadie de los que allí estaban, salvo una de las putas discontinuas, que se levantó mansamente y se dirigió hacia el jayán con gesto sumiso. Cuando estuvo a una distancia apropiada, abrió el jayán la enorme mano que tenía y se la encajó en la cara a la muchacha, no queriendo probablemente hacer uso de toda su fuerza, sino actuando de modo que el regular empuje de la mano bastara para proyectar a la interfecta contra la pared del fondo de la habitación. Todo fue muy rápido y muy teatral, lo peor vino a renglón seguido. Gades y yo nos levantamos, ayudamos a incorporarse a la descompuesta muchacha y nos encaramos con aquel coloso cuya baja estatura lo hacía parecer más ancho, en demanda de explicaciones. Pero no recibimos ninguna, al menos de palabra, pues al querer yo intervenir ante un nuevo conato de violencia por parte del jayán, me tumbó éste de un mandoble y luego se dispuso a arrastrar a la muchacha fuera de la habitación. Y en ésas uno de los gitanos —el más joven quizá— sacó una navaja, la abrió con ese pausado escalofrío acústico que emite el engranaje de todas las navajas, y se la mostró al jayán. El jayán no se inmutó, creo que ni siquiera se entretuvo en

mirar la herramienta, ocupado como estaba en forcejear con la muchacha. Los otros dos gitanos parecían buscar el momento propicio para desaparecer, según se habían ido deslizando con paso boyal hacia la salida. Y fue entonces cuando compareció la dueña provista de lo que debía de ser la pata de una mesa, se acercó por detrás al jayán, tomó impulso y le arreó un estacazo de mucho cuidado a la altura de la cerviz. El jayán se puso primero de rodillas, hizo como una reverencia, entrecerró un ojo y se derrumbó de bruces, arrastrando con él a la muchacha. Hubo un silencio, que aprovecharon los dos gitanos para escabullirse mientras el de la navaja miraba a su alrededor incluso con desinterés y no sé si también en disposiciones de poner tierra por medio.

A partir de ahí la escena se funde en negro. Apenas distingo a Gades recostado en un sofá, junto a la muchacha que había permanecido inmóvil y despavorida viendo cómo el jayán maltrataba a la otra. Me recuerdo dedicado a la incongruente tarea de echarle al jayán un vaso de agua en la cara, bien que la madama se empeñase en impedírmelo en evitación de que el despertado le desbaratara el piso entero. También me veo incomodando de modo afrentoso a Gades y a la muchacha con no sé qué circunloquios sobre el hedonismo y con citas simuladas de Horacio y Ausonio. Tengo la vaga impresión de que el jayán, una vez recuperado del golpe, salió impensadamente de la casa ayudado por la gimoteante muchacha de sus desvelos y con el extrañamente inerme aspecto de haber sufrido una grave derrota. ¿Dormimos allí aquella noche, o unas horas de lo que ya era el día siguiente, o bien se acostó la dueña de la casa con la muchacha, en tanto que Gades y yo apurábamos una última copa mientras se oían cantar los pájaros salmantinos entre el ocre macilento de los muros?

Volvimos a Madrid muy desmejorados.

## 4. MIENTRAS TANTO TODAVÍA

El primer piso en propiedad que tuve en Madrid se debió a dos inducciones quizá temerarias pero desde luego irresistibles: la necesidad de independencia, de estricta libertad de movimientos, y cierta contradictoria propensión al sedentarismo burgués. Las tentativas no fueron en este sentido ni fáciles ni alentadoras y, si llegaron a buen fin, fue gracias a una persona que me otorgó siempre un afecto a todas luces inmerecido. Me refiero a Mariano Moreno, médico de profesión y republicano de convicción, que había pasado de ejercer en ámbitos rurales —Cebreros, en Ávila; Barajas de Melo, en Cuenca— a instalarse heroicamente en Madrid. Las cosas le fueron bien, porque era competente y limpio de corazón, y había casado con una bondadosa dama conquense, descendiente de Fermín Caballero, un político reformista de la cuerda de Mendizábal. Este doctor Moreno —a quien conocí a través de Cela— me habló un día de un nuevo barrio que estaba levantándose por el norte de Madrid, más allá de la plaza de las Ventas, auspiciado por un constructor —Banús— adicto al régimen y al libre mercado de ocasión, que ya empezaba a ser muy conocido en su especialidad, o sea, en la de los personajes cuya fe de vida equidistaba del nacionalsindicalismo, la quincalla social y el catolicismo de relumbrón.

Ese barrio de que hablo, bautizado con el pío nombre de La Concepción y cuyas calles se rotularon todas con advocaciones de vírgenes, tuvo una primera fase de viviendas algo más dignas, sin salir de la mediocridad, que las que se construyeron después: ese horripilante modelo urbanístico que empezó a brotar en torno al eje de la avenida Donostiarra y en el suburbio de El Pilar, unos siniestros entramados de colmenas de ocho o diez alturas, absolutamente reñidos con la habitabilidad humana y, a no dudarlo, con un mínimo decoro arquitectónico. Por cierto, que este señor Banús, que debió de tener unos principios laborales y educativos muy parecidos —pongo por caso— a los del señor Gil y Gil, esto es, sometidos a un trapicheo económico de maestros de obras enriquecidos en las dudosas contratas de materiales, o de palurdos aptos para la astucia financiera, edificó poco después, precisamente en el término de Marbella, un caserío costero al que dio su nombre: Puerto Banús. Llegó a ser una urbanización muy conocida y de veras curiosa porque ahí se confabulaban todos los requisitos estéticos del entorno: la tradición arquitectónica popular pasada por los ringorrangos del turismo de clase preferente.

Visto en su conjunto, desde cierta perspectiva urbanística, Puerto Banús podía ser incluso bastante aceptable: toda esa destreza compositiva de la

irregularidad de las casas agrupadas a diferente altura, insertas en un trazado general de pueblo relimpio y reblanqueado. Pero, claro, ahí resaltaba también el tono entre pomposo y ridículo de las modas superpuestas, el carácter sinuosamente cosmopolita de esa escenografía portuaria, donde atracaban los grandes yates de los jeques árabes y de los ejecutivos con patente de corso y donde cada palmo de terreno estaba avalado por la misma celebridad rimbombante del propietario. Algo así como si los remedos populistas se hubiesen injertado en un tronco social de alto *standing*. Por allí se habían juntado príncipes de doble fondo, aventureros en paro, petimetres disponibles y procuradores en Cortes por el tercio familiar. Además, años después, ese híbrido de villa marinera de lujo empezó a sufrir los efectos de la vulgarización ambiental y de un urbanismo mastodóntico diseñado por esa ruin variante de la ignorancia que se oculta bajo la prepotencia, con lo que aquel discreto litoral pasó a ser un adocenado y medio caricaturesco escaparate de saraos de la *jet set* de turno, desfiles de modas, cuchipandas de especuladores y sudorosos reclamos dominicales.

Bien. Decía que Mariano Moreno no sólo me animó a comprar un piso, sino que me adelantó parte de la cantidad inicial que necesitaba, poniéndose como ejemplo de lo que había que hacer si uno suponía que aspiraba a algo inalcanzable. Se refería a cuando, sin disponer ni de relaciones profesionales ni de amistades propicias, temiendo además que su historial republicano pudiera aportarle no pocas dificultades operativas, eligió el difícil albur de instalarse en Madrid como médico. Pero mi caso era muy diferente, aparte de que no lograba eliminar ciertas vacilaciones a propósito de los enredos formales que llevaba consigo la adquisición de un piso. Sin duda que la idea me resultaba de lo más apetecible, sobre todo porque me liberaba de todas esas habitaciones alquiladas y apenas usadas para algo más que para dormitorios desabridos, consiguiendo así de paso la independencia en todos los espacios de la vida cotidiana, incluidos los licenciosos. También me retraía, creo yo, aunque sólo en horas bajas, la indeterminación habitual de mi bolsa.

Todo eso se simultaneó además con otras contingencias laborales. Cuando Camilo José Cela decidió fundar en Palma de Mallorca —donde residía desde 1955— la revista *Papeles de Son Armadans,* me ofreció colaborar con él en esa empresa. No sé si lo dudé al principio o no lo dudé en ningún momento o se me cruzaron las suspicacias y las tentaciones. Me agradaba por una parte la posibilidad de trabajar en la elaboración casi doméstica de una revista literaria que prometía no ser ni efímera ni municipal y, por otra, no me parecía

particularmente incitante esa dedicación poco menos que exclusiva que me obligaba en principio a trasladarme a Mallorca, o a pasarme la mayor parte del tiempo en la isla. Tampoco las condiciones económicas eran muy halagüeñas que digamos, ni el trato regular con Cela me apetecía en ningún sentido, pero finalmente acepté con todas sus agravantes el cargo y la mudanza. Era en marzo de 1956 y mi trabajo como subdirector de *Papeles* se prolongó durante un par de años, aunque la residencia estable en Mallorca no pasó de ocho o nueve meses. Tener que soportar el pago periódico de dos viviendas —la alquilada en Palma y la comprada en Madrid— iba a resultarme más bien excesivo, pero acabé decidiéndome precisamente por lo que el asunto tenía de gravoso: esa aleccionadora mecánica que obliga a aumentar los ingresos cuando se incrementan los gastos. Aparte de que semejante opción me deparaba una amena libertad de movimientos y, por ello, la posibilidad de aislarme cada vez que me incomodara aparecer por *Papeles,* en especial cuando Cela atravesaba por una de sus fases agudas de megalomanía.

La compra del piso madrileño se verificó después de un exhaustivo turno de visitas a los que aún estaban disponibles en la zona más discreta del barrio. Encontré al fin uno modestamente confortable, al menos era luminoso y tranquilo. Tenía al lado un desmonte que luego sería parque y, enfrente, una réplica de capilla católica con un altavoz vociferante que, en su día, desmonté oportunamente con la debida nocturnidad y con la ayuda de algún otro desaprensivo. Amueblé el piso mal que bien y me instalé allí en compañía de dos amigos de adolescencia: los hermanos José Luis y Miguel Acquaroni, escritor aquél, pintor éste, y ambos dotados físicamente de las mismas viejas averías pulmonares que yo logré superar y de las que ellos se defendían aún a trancas y barrancas. Eran dos personas afables y menesterosas, como resignadas a sus propias decepciones, bastante propensas al mutismo y la melancolía, pero que una vez liberados de esas intermitentes flaquezas, ingresaban en una fase de actividad erótica de lo más edificante. Por supuesto que la convivencia con los hermanos Acquaroni también tenía su lado práctico: en teoría, iban a ayudarme a sobrellevar las cargas financieras del piso. Un encomiable acuerdo que tampoco tardó mucho en revocarse.

Mi viaje inicial a Mallorca coincidió pues con el estreno de la primera vivienda propia y con la salida del primer número de *Papeles de Son Armadans,* en marzo de 1956. Llegué a Palma una mañana fulgurante y desde que el avión aterrizó en el viejo aeropuerto de Son Bonet, después de sobrevolar unas playas verdiblancas y una campiña punteada de molinos y algarrobos, supe, adiviné, que llegaba a una isla hermosa y hospitalaria y a un

lugar muy bien dispuesto para acomodarse a mis gustos. Y así fue, en efecto. Aún prevalecía entonces en Palma, a pesar de las constantes invasiones turísticas y de las faramallas sociales, un cierto regusto aldeano, como de intercomunicación sigilosa entre el campo y la ciudad. Y eso le otorgaba a la conformación del cuerpo urbano como un encanto prestigioso, como si la propia personalidad palmesana adquiriera unas atribuciones más acogedoras, más domésticas, perceptible incluso para los desatentos. Si uno conseguía aislarse de las groseras marcas educativas de aquel nuevo turismo de *saltataulells,* se podía valorar en toda su extensa gama de atractivos la venerable y sólida belleza escénica de la ciudad. Yo no me cansaba de caminar por las vecindades de la Almudaina o por las callejas que confluían en el Borne, huyendo un poco de las rutas más aconsejadas por algún que otro vademécum del perfecto viajero. Me gustaba casi todo lo que veía y más si lo que veía estaba vinculado a algún linaje popular o dependiente aún de las viejas memorias señoriales mallorquinas. Lo demás se exhibía en las vitrinas de un tipismo de bolero balear para uso de visitantes atrapados en los *tours operators*.

En su primera sede, y con una provisionalidad bastante duradera, la redacción de *Papeles* estaba situada en el piso bajo de la casa donde vivía Cela, por los altos del Terreno, un barrio de cierto tono burgués, en el extrarradio de Palma, formado quizá por agregación de segundas residencias veraniegas a partir de principios de siglo. Era un lugar apacible y muy gratamente escalonado a lo largo de una ladera entre la mar de la bahía y los pinares de Bellver, con un núcleo nocturno en la plaza de Gomila muy bien abastecido de bares, terrazas y rincones pecaminosos.

El trabajo en la redacción de *Papeles* era más bien rutinario y de intensidad muy relativa, aunque a veces se produjeran ciertos previsibles agobios. Cuando yo andaba por allí, mi papel de subdirector se limitaba a coordinar las colaboraciones y a proyectar con la debida antelación los números inmediatos. Allí trabajaban por las tardes Josep Maria Llompart y su mujer, Encarna Viñas, además de Baltasar Porcel, que hacía las veces de chico para todo, y de un tal Miquel Nicolau, administrador paciente. Josep Maria Llompart y Encarna Viñas pertenecían sin duda al más claro linaje cultural de Mallorca y acabaron siendo muy queridos amigos míos y hasta padrinos —como Cristo nos enseña— de uno de mis hijos. Él era hombre muy respetado, poeta de clara veta reflexiva y catalanista de izquierda. Dirigía entonces la editorial Moll, fundada por el filólogo Francesc de B. Moll, autor de una excelente *Gramática histórica catalana* y continuador, con Antonio Sanchís

Guarner, del benemérito *Diccionari català-valenciàbalear* que iniciara Antoni M. Alcover. La mujer de Llompart, Encarna, era —es— una persona admirable y una educadora formada en la más solvente tradición pedagógica de la Institución Libre de Enseñanza. Su padre, un republicano incorruptible, fue depurado en la inmediata posguerra —como también lo fue mi suegro—, expulsado de la Escuela Normal y perseguido hasta el hambre. Gustaba de pasear con un ataúd al hombro —sobrevivía entonces como empleado de una funeraria— a ver si algún avispado entendía la metafórica insinuación. Encarna Viñas era hermana de Celia, poetisa y también profesora, que dejó a su paso por Almería una memoria justamente imborrable; otra hermana suya, Gabriela, estaba casada con un hijo del poeta Carles Riba y es madre de Pau Riba, seguramente el más insurrecto de los cantautores catalanes de aquellas últimas hornadas. O sea, lo que se llama una familia de mucha versatilidad cultural.

*Papeles* se componía a mano en la imprenta de Mossèn Alcover, una especie de reliquia balear de las artes gráficas propiedad de un singular personaje, Luis Ripoll, periodista especializado en costumbrismo mallorquín y defensor a machamartillo de la tradición artesana de su negocio. Cuando yo estaba en Palma, me agradaba mucho pasarme por allí, no ya a vigilar la tirada o a proceder a una última revisión de los textos conforme iban saliendo los primeros pliegos de la prensa, sino a conversar con Ripoll o con el regente y a husmear un poco por los altillos de la imprenta, donde se guardaban algunas antiguas revistas locales y no pocos libros curiosos. También solía deambular por los derruidos adarves de las murallas que aún se extendían por aquel recinto litoral, a lo largo de la calle Calatrava, que es donde estaba la imprenta, o por las inmediaciones de la Puerta del Mar. Al principio, todo aquello se avenía muy bien con cierta voluntad de iniciación, de aprendizaje de las interioridades de Palma, internándome sobre todo por las ignoradas rutas de aquel ámbito popular donde aún persistían las tiendas de ultramarinos y los pequeños *cellers* que no tardarían en ir desapareciendo, consecutivamente desplazados por las peores exigencias del nuevo urbanismo, pero donde aún era posible familiarizarse con los hábitos locales de comidas y bebidas y, de paso, con el fraseo y la fonética del mallorquín.

Aquel primer verano en que yo trabajé en *Papeles,* Cela arrendó también una casa en Port de Pollença, justo a la entrada, según se viene de Alcudia, en el llamado paseo de la Gola. Aunque lo pensé mucho y aunque sabía que era lo más desaconsejable, acabé aceptando la invitación de pasar allí unos días, que luego fueron semanas. La casa era de una amplitud más bien discreta y

Camilo dio pruebas desde un principio de no encontrarse allí nada cómodo. Alegó que el sitio de que disponía para trabajar era sumamente reducido, pero lo que en realidad le desagradaba era el muy deficiente empaque de la vivienda, situada en un enclave urbano de escasa relevancia y de una cierta mediocridad dentro de lo que se denomina, con terminología de barbacoa, *status* veraniego. El vecindario estaba mayormente compuesto de industriales del ramo de la zapatería y empleados indistintos de banca, circunstancia ésta que en ningún caso podía satisfacer a Cela, por lo que no tardó en abandonar aquella vivienda y alquilar la que seguramente era la mejor villa de recreo de la localidad, una casona de tres pisos rodeada de un amplio jardín, con veranda asomada a la hermosa bahía de Pollença y embarcadero privado. Cela pudo trabajar allí muy a gusto, pero sobre todo pudo divulgar en su círculo de amigos, conocidos y devotos de la isla y zonas adyacentes la contundencia de su potencial socioeconómico. Entre los rasgos del carácter de Cela no figuraban desde luego ni la ecuanimidad ni la moderación.

Caminaba mucho por aquellos alrededores, cuidando de no acercarme demasiado al paisaje incongruente de una base aérea que había envilecido parte de aquel litoral. Solía dirigirme de *bona matinada,* incumpliendo mis normativas antimadrugadoras, hacia Can Cuarassa —que sería andando el tiempo lujoso albergue de algún que otro *capo* de la *Cosa Nostra*— y por los agrestes senderos que conducían a Formentor. Sentía vivamente ese esponjoso deleite del agotamiento físico producido por el ejercicio, una sensación que sólo entonces he experimentado. Luego, por las noches, cuando acudía a los bares del puerto, casi siempre con Charo, notaba como un excedente de energía, como una estimulación acomodaticia de la conciencia, al tiempo que constataba no sin extrañeza que la vida estaba bastante bien nutrida de satisfacciones. Incluso tendía sin ningún comedimiento a solapar las intersecciones punitivas de la experiencia con los inocuos parapetos del desmemoriado. Quiero pensar que eran tiempos en que se me había acentuado la inclinación a desconfiar de mí, aunque no sin valerme de alguna que otra trampa introspectiva.

En Port de Pollença me visitaron, no a la vez sino sucesivamente, dos amigos muy desiguales entre sí que coincidieron, no sé por qué escarceos del azar, en el antojo veraniego de que pasáramos unos días juntos. Eran dos parejas: Eduardo Cote y su adorada Maira O'Wissiedo y Daniel Roselló y su idolatrado Agustín, también llamado el Infame. Maira y Eduardo habían anunciado con tiempo su llegada y me agradó mucho volver a hablar y trasnochar con ellos. No ocurrió lo mismo con Roselló, a quien veía muy de

vez en cuando y que acudió a buscarme de improviso a casa de Cela, con gran despliegue de descapotable, serpentinas y atuendo de loca. La verdad es que también se infringía un poco con todo eso el riesgo estival del hastío. Maira se dedicó ostensiblemente a soliviantar a la timorata población pollensina, usando vestidos desmesurados y actuando por todas partes con una estrafalaria teatralidad. Estuvo realmente muy divertida y Eduardo y yo la secundamos con nuestras correspondientes demasías alcohólicas.

Daniel Roselló se hospedó con su amigo en el más aparente hotel de la localidad, el mismo en que veraneaba de incógnito la afamada novelista Carmen de Icaza. No duraron allí sin embargo más de una noche, pues organizaron tal escándalo que fueron puestos en la calle sin más explicaciones a la mañana siguiente, situación que aprovechó Roselló para intentar por todos los medios ser expulsado también de Pollença, debido más que nada a los excesos de cariño que prodigaba en público a Agustín el Infame. Si cuento todo eso es porque semejantes anomalías no merecieron en absoluto el beneplácito de Cela, cuyo puritano aburguesamiento, en contra de todas las presunciones, podía llegar a extremos sumamente insufribles. Aquellas andanzas propias de *gent de mal viure* —al decir de algunos biempensantes locales— eran consideradas por Camilo como auténticas provocaciones urdidas por mis amigos y alentadas por mí para alterar su sosiego y arruinar su disciplina de trabajo. No opinaba lo mismo Charo, aunque tampoco es que fuese muy partidaria de aquellas disipaciones. Así era la cosa.

Fue entonces, a renglón seguido de esas visitas, cuando incurrí en una temeridad que pudo ser grave y se quedó en un susto aparatoso. El caso fue que el embarcadero de la casa, un pequeño espigón que se internaba en el mar no más de quince o veinte metros, disponía de sendos norays laterales de fundición, con lo que muy bien podrían haber atracado allí embarcaciones de eslora respetable, suponiendo que el calado fuese el adecuado. En contra de lo que ocurría en casi toda la costa balear, el agua no tenía en aquella zona esa transparencia esmeraldina que dejaba ver los blancos fondos arenosos o la policromía solar de la vegetación subacuática. Una tarde, entre dos luces, no sé si empujado por la humedad tórrida que lo impregnaba todo o porque no tenía mejor cosa que hacer, me fui en bañador hasta el extremo del embarcadero, me subí a uno de los norays y me tiré de cabeza al agua. Sentí primero el alivio súbito del frescor y luego como un mordisco indoloro en la parte interior del muslo, como la incisión rauda de un cuchillo. Me sobrevino a continuación una especie de apatía y vi que borbotaba en el agua una mancha bermeja. Chapoteé como pude hasta la orilla, un pequeño vado

cerrado por un repecho de piedras sin argamasa, y logré saltar a tierra. Llegué al chalé ya a punto de perder el aliento y fui conducido de inmediato a la casa de socorro. Tenía una herida de mediana profundidad en el muslo, con unos bordes palpitantes de color marrón, que no había afectado de milagro a la arteria femoral y que precisó de diez o doce puntos de sutura. Luego supe que hacía tiempo se había desprendido una baranda lateral del embarcadero y que desde entonces permanecían allí bajo el agua los herrumbrosos barrotes. A los pocos días me volví a Palma con el propósito de que me inspeccionara la herida Gonzalo Aguiló, un médico a quien había tratado con cierta asiduidad por mediación de otro amigo del que luego hablaré: Guillermo Sureda. Aguiló era cirujano y además, de acuerdo con su apellido, pertenecía a ese grupo social mallorquín —los chuetas— sometido a una atávica y despiadada forma de menosprecio por su exclusiva y biográficamente enrevesada descendencia de judíos conversos.

El erizado asunto de los chuetas aún disponía por aquel entonces en Mallorca —hoy ya es distinto, aunque pervivan ciertas solapadas segregaciones— de un buen cúmulo de tabúes y derivaciones racistas. A partir de su tenebroso origen medieval, toda una serie de escamoteos históricos y rémoras educativas fueron reteniendo el problema dentro de los estancamientos seculares de la sociedad balear. De hecho, los mallorquines que poseían alguno de los quince apellidos de tradicional progenie hebrea eran considerados como integrantes de una casta marginada, proscrita, a la manera de los agotes navarros, los vaqueiros asturianos o los maragatos leoneses. Lo cual resultaba aún más inadmisible si se tiene en cuenta que esos quince apellidos son en realidad los que arbitrariamente se perpetuaron en los sambenitos donde figuraban los nombres de los penitenciados, mientras otros patronímicos mallorquines claramente judíos —Salom, Daviu, Cohen— en ningún caso estaban vinculados a las listas negras de los chuetas. No se trataba pues de una xenofobia de índole étnica o religiosa —o no se trataba sólo de eso—, sino de algo bastante más complejo. Por encima de los meros antagonismos raciales o religiosos, parece innegable que ese virulento antisemitismo mallorquín también se programó en los libros de contabilidad de los encumbrados mercaderes isleños. Es fácil encontrar pistas a este respecto en las crónicas relacionadas con el usual método de exterminio de judíos y judaizantes. «Una vez apresados y seleccionados los reos, los despojaban de sus haciendas —algunas muy cuantiosas— y los quemaban vivos o bien les hacían la caridad de echarlos al fuego, ya cadáveres, si abjuraban previamente de sus creencias.» Y algo especialmente significativo: «Se impedía a toda costa que escaparan de la isla con su oro a cuestas, cosa

que hubiese impedido la muy rentable confiscación de bienes hebreos que enriqueció a no pocos caballeros cristianos.» Es cierto que los judíos mallorquines vivieron desde entonces aterrorizados y recluidos en el gueto de Palma, hasta mucho después de su masiva y ostentosa conversión al catolicismo. Incluso cuando amainaron las abyectas cacerías promovidas por el Santo Oficio, la animadversión por una colectividad sospechosa de herejía, las secuelas del desprecio clasista, ya habían quedado incrustadas en el seno de una sociedad tradicionalmente estática.

Decía que el muy competente doctor Aguiló era chueta, y supongo que, por una simple reacción emotiva, esa sola referencia me lo aproximó más a mi particular ámbito afectuoso. Aparte de todo eso, me ocurrió con él una cosa curiosa. En uno de sus tratamientos terapéuticos, o cuando ya iba a quitarle la sutura a mi herida, me preguntó, después probablemente de alguna ojeada profesional, que si no había pensado nunca en corregir la fimosis que ostensiblemente padecía, o sea, que el hecho de no descapullar como está mandado podía reportarme, a poco que me distrajera, un serio revés. Por supuesto que lo había previsto en más de una ocasión, o cada vez que me exponía a un grave accidente por estrangulamiento del glande. Pero en esas cuestiones la inercia o la abulia pueden más que el buen sentido. Me imaginé de pronto que en su calidad de chueta, o de presunto judío, Aguiló me estaba proponiendo circuncidarme en virtud de una especie de proselitismo ancestral, pero enseguida deduje de modo mucho más juicioso que, en efecto, mi fimosis necesitaba de una intervención razonablemente apresurada y que aquélla era una buena oportunidad para decidirme. A lo mejor incluso resolví buscar un cirujano que me seccionase el prepucio en virtud de una crédula inducción psíquica, como el «ingenuo» de Voltaire después de comprobar en el Nuevo Testamento, con la debida sorpresa, que todos los cristianos aceptaban de grado ese sacrificio. Así que una mañana me encaminé con morbosas premuras a la clínica de Aguiló y me sometí a la operación pertinente, que no fue todo lo rutinaria o lo simple que pensaba o que se me había asegurado. Despojo reverencial del circunciso, ¿se había instaurado también la higiene del alma en mi propia incertidumbre vital? Tampoco es que hubiese previsto ningún rito hebreo, más musulmán en lo que a mis afinidades se refiere, pero esa escabrosa cirugía tiene ya un componente inevitable y nada litúrgico de dolor o de prevención o de grima. Y lo cierto es que arrastré esas tres secuelas postoperatorias durante por lo menos tres o cuatro semanas, casi tanto como las que me reclamó la herida del muslo, aparte de las incomodidades adicionales propias del caso. Por lo pronto, se me infectaron los puntos y se me acentuó un dolor desesperante que se extendía en forma de

punzadas acumulativas por las piernas con motivo de la más comedida erección. No fue una temporada especialmente halagüeña por lo que respecta a mi estado físico.

Un día de aquel verano me encontré, en el camino que corría entre la angosta playa de Pollença y una irregular hilera de chalés, a una joven dama que había conocido hacía poco en Palma, de nombre Antonia Ramis Cabot, aficionada a las tradiciones literarias mallorquinas y a los ringorrangos de la vida burguesa. Mientras hablaba con ella vi que salía del agua y se acercaba hasta donde estábamos una muchacha que enseguida me atrajo de muchos modos, algo que tampoco era muy frecuente que me ocurriera tan de inmediato por aquel entonces. Antonia Ramis me presentó a la muchacha, que resultó ser su hermana menor y llamarse Pepa y que ha sido hasta hoy mismo mi más ineludible compañera. El nombre de Pepa, que a mí me gustó precisamente por lo reñido con cualquier ridículo aféresis o apócope, contrastaba también con el aspecto de aquella muchacha, más de nórdica del Báltico que de mediterránea balear. Era muy rubia, de ojos muy azules, con la piel suavemente curtida por el sol. Pensé al principio que era demasiado bella para comportarse con naturalidad, o que me iba a dedicar esa atención perentoria de las siempre aduladas. Pero la placentera contemplación de aquella criatura acuática —luego supe que había sido campeona de natación de Baleares—, como surgida de un mar boticcelliano, se acentuó cuando empezó a hablarme con esa tonalidad melodiosa y un poco agreste propia de algunas mallorquinas, sobre todo cuando están habituadas a expresarse en su lengua y tienen que elegir, por obligación o por simple cortesía, el castellano.

Pepa Ramis estaba pasando unos días en Port de Pollença con su hermana y creo que a pesar de que intenté volver a encontrarme con ella no lo conseguí. Alguien me dijo que tenía una especie de acompañante discontinuo, con el que se veía o dejaba de verse según lo establecieran los enfados y arreglos sucesivos. En aquella ocasión atravesaba sin que se le notara en absoluto, o eso me pareció, por la fase de la desavenencia pasajera. No entendí muy bien esa relación, pero me hizo sentirme molesto sin motivo ninguno, como si estuviese atribuyéndome de la manera más gratuita un cierto vínculo cordial, cosa mucho más arbitraria si se piensa que la acababa de conocer y sólo había hablado con ella poco más de media hora. Una sensación extraña y apenas coherente que me acompañó un buen tiempo. Y algo menos explicable: pensaba que, cuando yo volviera a Palma, a lo mejor llegaba durante el ciclo de la conciliación con su acompañante, lo que también me reportaría una mayor dificultad para reencontrarme con ella. ¿O no sería que aquella guapa mallorquina, tan asociada a un mundo ponderado y amable, sin estridencias ni anomalías, me servía a la vez de alivio y de contrapeso frente a otras intrincadas irregularidades afectivas?

Yo había alquilado una especie de apartamento en una colina del llamado camino viejo de Génova, entre el palacio de Marivent, que entonces no era residencia real, y la zona de Son Abrines, donde acababa de estrenar Miró un estudio magnífico, obra del arquitecto Josep Lluís Sert. Ese apartamento ocupaba la planta baja de un chalé y consistía en un par de habitaciones, a las que habían añadido el primitivo garaje acondicionado como vestíbulo, cocina y cuarto de baño. El sitio no era muy vistoso que digamos, pero tenía su gracia, y se alcanzaba a ver el mar al fondo de un declive jalonado de almendros y algarrobos. Lo malo era la vecindad de la dueña del chalé, que vivía sin dejar vivir en el piso de arriba. Era una señora de mediana edad, viuda o separada de un oficial de Marina, que no sé por qué decidió alquilarme aquel apartamento cuando lo que a todas luces se proponía era incomodarme de muchos modos con protestas de enfermiza asiduidad. Yo opté por no hacerle ningún caso y esa táctica, contra todo pronóstico, la calmó bastante. En ese refugio pasaron temporadas más o menos largas amigos de diversa condición: José Luis Barros, la Chunga, Paco Rebés, Eduardo Cote, Maira O'Wissiedo, Manuel Viola, y alguna que otra amiga muy de paso. Ya iré contando, si se tercia, algunos pormenores de esas visitas.

Fue entonces cuando aparecieron por Palma los Kerrigan, Elaine y Tony, que venían directamente desde Nueva York a pasar un par de semanas en la

isla y se quedaron para siempre. Ella era una pianista judía de tentadora belleza y él un crítico de arte especializado en vidas insurrectas, amén de poeta hermético y profesor en algunas universidades norteamericanas. Disfrutaba a la sazón de una de esas becas yanquis de justificación incierta que permiten vivir holgadamente un par de años. Había sido traductor de Ortega, de Neruda, de Octavio Paz, de Borges, y tenía el arduo encargo de trasladar al inglés las obras completas de Unamuno. Una auténtica prueba de fuego para cualquiera que no dispusiese de aptitudes heroicas. Elaine podía pasar por una rusa blanca recriada en la costa oeste, algo así, y Tony era oriundo de Irlanda y se parecía como una gota de alcohol a otra a Hemingway, lo que le valió más de un hilarante equívoco. A poco de llegar, conectaron con *Papeles* y, a partir de entonces, Elaine se convirtió en una mujer consecutivamente adorada por escritores insulares, catalanes y castellanos de rebote, y él en una figura cada vez más integrada en la vida cotidiana mallorquina. Yo intimé muy pronto con ellos y solíamos andar por ahí enredados en nocturnidades diversas, todas alocadas y preferentemente escandalosas. Bebiese lo que bebiese, Tony disfrutaba de un raro privilegio: no podía eliminar el alcohol por el acreditado procedimiento de dormir la borrachera. Era sin duda una cualidad infrecuente, si bien económica, ya que durante dos o tres días, y después de dormir sus buenas ocho horas, se levantaba tan ebrio como se había acostado, lo que a la larga también podía resultar monótono. Aparte de eso, y entre una y otra francachela, era muy trabajador y colaboraba frecuentemente en publicaciones universitarias de Inglaterra y Estados Unidos. Yo traduje algunos poemas suyos para *Revista de Occidente* y él publicó un par de selecciones de mi obra poética en sendas revistas norteamericanas. Casi sin pensarlo demasiado, compró una casa nada convencional en la parte alta de El Terreno, a medio camino de la colina donde se encarama el castillo de Bellver y desde la que se alcanzaba a divisar toda la armoniosa bahía de Palma. Se decía que en aquella misma casa había vivido algún tiempo Gertrude Stein, buscando tal vez algún plácido anonimato en los momentos de mayor trastorno moral de la «generación perdida». No sé hasta qué punto es cierto.

Una noche organicé un festejo más bien improvisado y que no tuvo lo que se dice un final feliz. Estaba pasando unos días conmigo José Luis Barros —quien, por cierto, solía tomar el sol desnudo en el jardín con la furtiva aquiescencia de la vecina— y se nos ocurrió invitar a unos amigos a unas copas. Y por allí aparecieron Elaine y Tony Kerrigan, Pepa Ramis, Manuel Viola, Guillem Sureda, Blai Bonet y alguien más, aparte de dos señoritas de la localidad pertenecientes al grupo de las conocidas de conocidos. Bebimos con

largueza y la noche fue avanzando no sin que la algazara provocara la creciente iracundia de la vecina y la visita engorrosa pero ineficiente de la policía municipal. Nunca supe de cierto qué había pasado, aparte de que andaba reclamándole a Pepa más atención de la que me dedicaba, y eso debía de tenerme bastante abstraído. Pero, como pude comprobar posteriormente en más de una ocasión, las relaciones de Elaine y Tony adolecían de un extraño e inesperado desajuste psíquico. De pronto, Tony irrumpía en un discurso colérico, salpicado de marañas fonéticas, cuya única destinataria era Elaine, a quien afectaba mucho, hasta las lágrimas, aquel arrebato. No se trataba en apariencia de ninguna escena de celos ni de ningún delirio alcohólico, aunque tampoco se podía excluir esta última eventualidad, una vez descartados los celos. El caso fue que Tony, aquella noche, salió como una exhalación al jardín y volvió provisto de una estaca con la que amenazó atolondradamente a alguno de los que allí estábamos, creo recordar que a Viola. Después de no pocos forcejeos, se consiguió apaciguar al furioso. Pero ni siquiera así pude averiguar los motivos de esa actitud, y más porque Tony solía dar rienda suelta a sus enojos en un inglés-americano ciertamente farragoso. Como tampoco lo supe en una situación parecida años después, en casa de Cristina Alberdi. Lo cuento.

Elaine y Tony habían venido a Madrid a comienzos del verano a pasar unos días y, por una de esas confluencias casuales propiciadas en algún local nocturno, alargamos las copas en casa de Cristina Alberdi, que vivía en la misma calle en que estaba Oliver —la del conde de Xiquena—, que es donde probablemente habíamos recalado. La casa y la fortuita asamblea —no sé si alentada por Jaime Salinas, muy amigo también de los Kerrigan— eran bastante gratas y había un piano en el que Elaine comenzó a tocar. De la manera más súbita e imprevisible Tony se enzarzó en uno de sus repentes furibundos y, después de interrumpir bruscamente la armonía de la reunión, se fue dando un portazo. Aunque yo salí tras él, no sin consultar antes a Elaine con un gesto apremiante, no pude encontrarlo. ¿Qué podíamos hacer? Tony y Elaine estaban pasando en casa —Pepa y los niños se habían ido a Palma Nova— aquellos días veraniegos y, realmente, era muy preocupante imaginarse a Tony solo por un Madrid que desconocía y en unas condiciones poco tranquilizadoras. Pero tuvimos que volver a casa Elaine y yo, sin otra posibilidad que la de esperar pasivamente el desenlace de aquella función. Transcurrió lo que quedaba de la noche, avanzó la mañana y hasta ya entrada la tarde, cuando me disponía a recurrir a la ayuda policíaca, cosa que detestaba, no apareció Tony. Llamaron a la puerta, abrí no sin temor y allí estaba entre dos guardias, vacilante, desarrapado y con la frente vendada. Uno

de los guardias me explicó que lo habían encontrado recostado en un portal, medio inconsciente y con una magulladura en la cabeza. Lo llevaron a una casa de socorro, ensayaron un interrogatorio que se quedó en incoherente y sólo lograron sacar en claro que era norteamericano y que estaba viviendo en casa. Ni la policía ni Elaine ni yo llegamos a enterarnos de lo que había pasado. Tony durmió doce horas seguidas y se despertó de muy buen humor. Era en esos momentos cuando parecía aminorar su ebriedad bebiendo leche en cantidades repulsivas.

Pero todo eso ocurrió tiempo después de aquella estancia mía en Mallorca, que es por donde andaba queriendo reencontrarme. Todavía convaleciente de mis heridas —la de la circuncisión y la incisiva del muslo— y en vista de que no era apto para ninguna clase de actividad sexual o discretamente erótica, solía acercarme algunas tardes al ya desaparecido café Riscal, en el Borne, a un paso del bello palacio árabe de la Almudaina y a otro de las murallas que refrenaban el desigual empuje de la mar de Ulises. La verdad es que en ese viejo café no había riesgo de excitaciones dolorosas, ni siquiera fugaces. Se reunía allí una tertulia más o menos encauzada en torno a Llorenç Villalonga, en la que me introdujo Josep Maria Llompart. Los contertulios más habituales pertenecían sin excepción al censo de escritores mallorquines, todos ellos bastante más jóvenes, incluso mucho más jóvenes que Villalonga. Lo cierto es que no siempre se planteaban cuestiones literarias y las que no eran literarias confluían todas en asuntos puntiagudos de la vida local. Como advirtiera un día que, por deferencia o por la fuerza de la costumbre ante un *foraster,* solían usar el castellano cuando yo llegaba, rogué que no lo hicieran, pues ya empezaba a entender el mallorquín, aunque nunca fui capaz de hablarlo, tal vez retraído por sus para mí insalvables claves fonéticas, aparte de que siempre he sido muy duro de oído para reproducir la línea musical de cualquier idioma. Que yo recuerde, y aparte de los Llompart y a veces de Teresa —la mujer de Villalonga—, acudían a esa tertulia, en bloque o por separado, Jaume Vidal, Llorenç Moyá, Jaume Pomar, Guillem Sureda, Joan Bonet y, un poco en funciones de coordinador, el joven Baltasar Porcel, quien —aparte de trabajar en *Papeles*— escribía en un periódico local con el selecto seudónimo de Odín, dios supremo de la mitología germánica y presunto modelo sacral de sus altas miras profesionales. Estaba cumpliendo entonces el servicio militar en la Marina y solía acudir de uniforme a la redacción de *Papeles* o a la tertulia del Riscal, naturalmente tocado del «lepanto» —el gorro reglamentario de la marinería—, al que Villalonga se refirió una vez como al «trafalgar», no por incurrir en ningún gracejo, sino a lo mejor por una instintiva confusión bélica entre una victoria y una derrota. También aparecía

de vez en cuando por el Riscal un poeta ibicenco, Marià Villangómez, al que aprecié mucho y que solía pasar frecuentes temporadas en Palma.

Guillem Sureda era un curioso personaje mallorquín-andaluz, rico por su casa, entre huraño y jocoso, según qué viento soplase. Tenía gustos un poco enigmáticos y ejercía *gratis et amore* la crítica taurina y a veces literaria en el *Diario de Mallorca,* un periódico de corte más o menos liberal en el que era a la sazón columnista el que sería mi suegro, Rafael Ramis Togores. Sureda fue el primer escritor o el primer literato con el que intimé durante mi inicial etapa mallorquina. Era bebedor sabatino y padecía resacas terroríficas. Nunca entendí demasiado por qué se consideraba un fidelísimo discípulo de Ortega, al que solía referirse con respeto vehemente cuando el avance de la noche marcaba también un considerable ascenso del nivel etílico. Comentaba con muy buena memoria citas enteras referentes a la filosofía vital o al raciovitalismo, pero tenía la llamativa costumbre de alternar esas citas con otros escolios líricos de su cosecha que ni venían a cuento ni parecían obedecer a ninguna pretensión aclaratoria. Soportaba muy mal que yo me permitiera a veces tildar de redicha la por otra parte brillante prosa de su maestro. En cuanto a Bonet, era un periodista de tono neutro y un humorista de brocha gorda que trabajaba en el otro diario matutino de Palma, *Baleares,* uno de los periódicos de la llamada prensa del Movimiento, al que era adicto este señor, que nunca me hizo gracia, pero que gozaba de la muy meritoria condición de ser padre de María del Mar Bonet, a no dudarlo la cantante oriunda de la cuenca mediterránea que —junto con la egipcia Om Kalsum, la bajoandaluza Pastora Pavón y la siria Amira al-Suffar— más intensas y emocionantes experiencias auditivas me han proporcionado.

Villalonga era una persona aparentemente frágil, de voz queda y andares pausados, muy pulcro y comedido. Cuando yo lo conocí iba ya para los sesenta años o poco menos y tenía aspecto de recién salido de una grave dolencia o de caballero que lo mismo podía pertenecer a una logia masónica que a la Adoración Nocturna. También daba la impresión de ser un volteriano —como algunos de sus personajes novelescos— que luego practicaba a escondidas el rosario en familia. Durante la guerra civil militó en la Falange —constituida, como era norma generalizada, por esa burguesía comercial o esa aristocracia rural que en Mallorca engloban en el apelativo «butifarras»— y dicen que le gustaba lucirse de camisa azul y puñal al cinto, a lo mejor confundía ese atuendo con el de un *sportman.* Contaban, probablemente sin fundamento, que su inicial profesión fue la de psiquiatra y que la abandonó a raíz de un episodio entre tragicómico y aterrador. Resulta que un día lo

llamaron urgentemente para que se personara en la casa donde una joven, en un repentino ataque de locura, pretendía tirarse de cabeza por un balcón. Villalonga acudió de inmediato y, después de meditar sobre la terapia más adecuada y de observar atentamente a la joven, mandó a los que la tenían sujeta que la soltasen y él mismo la situó con suma delicadeza frente al balcón abierto. Pensó seguramente que una tentación tan sin impedimentos quebrantaría la voluntad de la perturbada, pero no pudo haber elegido peor remedio. La joven tomó carrerilla y se arrojó al vacío. Por supuesto que ahí acabó, según esas mismas fuentes dudosas, la actividad de Villalonga como especialista de enfermedades mentales.

Su obra literaria apenas había rebasado en aquellos años el ámbito local, y eso que ya había publicado con el seudónimo de Dhey *Mort de dama,* y años después, *La novela de Palmira.* Su mejor novela fue sin duda *Bearn* y acababa de aparecer por entonces. El encanto argumental y el refinamiento expositivo estaban muy bien dosificados en ese texto, sobre todo en lo que se refiere a la caracterización psicológica de una sociedad, la mallorquina, a caballo entre el *glamour* decimonónico y las innovaciones modernistas, entre el inmovilismo y la decadencia. Oí comentar más de una vez que ese enfoque crítico coincidía efectivamente, si bien en tono menor, con la magistral disección histórica verificada por Lampedusa en *El gatopardo*. Llorenç era entonces bastante menos conocido que su hermano Miguel, con quien escribió una biografía —que nunca vi— de Chateaubriand, y que ya había publicado *Miss Giacomini,* cuyo mundo narrativo coincide con el de Llorenç, concretamente en la evaluación irónica, cuando no sarcástica, de esa sociedad isleña finisecular. El autor de *Bearn* escribía artículos agrisados y dominicales para un periódico palmesano y yo le propuse un día, y él aceptó con inmediata generosidad, publicar una novela suya por entregas en *Papeles,* en un cuadernillo adicional bien diferenciado del resto de la revista. A Cela, que apreciaba a su modo a Villalonga, incluso con esporádicas deferencias, también le pareció una buena idea. Yo pensé que la novela que mejor podía servir a tales fines era *Mort de dama,* prácticamente olvidada desde hacía mucho —la primera edición era de 1931— y que en su momento provocó un mediano escándalo en la isla, debido a lo que constituye el eje de toda la obra de Villalonga y aquí se hace más patente: el acerado aunque nada insidioso tratamiento crítico-satírico de la realidad social mallorquina, punto de partida en cierto modo del que luego se llamaría el «mito de Bearn». Jaume Vidal Alcover tradujo a estos efectos la novela —más bien novela corta— con el título de *Muerte de una dama* y apareció en *Papeles* a lo largo de 1957, la misma que reeditó Alianza en 1980. Luego, al cabo de los años, también

acordé con Villalonga la publicación de otra obra suya, esta vez *La novela de Palmira,* primorosamente traducida por Jaume Pomar y con prólogo de Salvador Espriu, que apareció en Júcar, una editorial efímera que yo dirigí, también efímeramente, casi veinte años después.

A Pepa Ramis volví a verla por entonces en diferentes oportunidades y de acuerdo con mis particulares pesquisas sobre sus posibles paraderos. Tampoco es que resultara muy fácil dar con ella sin parecer un perseguidor, pero coincidimos en casa de algunos amigos comunes —los Llompart, sobre todo — y luego en las farras nocturnas, de espontánea gestación familiar, que yo husmeaba con curiosidad selectiva. Las más sonadas a este tenor acaecieron algo después y se sucedían cada pocas noches, cuando ya empecé a menudear mis salidas con Pepa. Un hermano suyo, Miguel, hoy almirante, era entonces un joven teniente de navío que estudiaba ingeniería naval en Italia y que pasaba frecuentes temporadas en Palma con su guapa y divertida mujer, Tori Melantuche. Entre todos, concertábamos unas andanzas nocturnas de mucha distracción. Solíamos reunirnos hasta cinco o seis amigos y, quieras que no, nos encajábamos en el pequeño coche de Miguel para los desplazamientos por la ciudad y zonas circunvecinas. Miguel bebía y conducía con una idéntica velocidad, lo que no parecía aconsejable con un coche tan cargado de deudos y acompañantes de deudos. Pero nunca ocurrió nada grave.

Uno de mis más estimulantes encuentros con Pepa Ramis ocurrió por esas fechas o poco después, en un festejo que le organizó Cela a Joan Miró. El objetivo o la dudosa excusa de esa reunión consistía en que el pintor viese bailar a la Chunga, quien pasaba unos días en mi apartamento del camino viejo de Génova junto con Paco Rebés. Era verano y hacía un calor terrorífico. En Mallorca, y en contra de lo que opinan los mallorquines, el clima estival suele ser tan inclemente como el invernizo. Al festejo de que hablo acudieron también, que yo recuerde, el ceramista Llorens Artigas, el griego Saridakis, señor de Marivent, los Kerrigan y un copioso número de magistrados, galenos y poetas locales. Se celebró en el jardín del chalé de Josep Caubet, bastante más espacioso que el de Cela. Este Josep Caubet era un médico palmesano casado con una mujer lindísima, Marisa Rovira. Había varios médicos palmesanos casados con palmesanas lindísimas, como era el caso, sobre todo, de Joan Vidal, cuya mujer, Mariana Enseñat, fue objeto de mi pasión durante una no corta temporada. Tenían una hija de ocho o nueve años que era el más acabado estereotipo de belleza infantil que yo vi nunca. Lewis Carroll habría opinado lo mismo.

Yo hice un poco de introductor del baile de la Chunga ante el medio centenar de personas que se reunieron en aquel jardín. Miró observaba la actuación de la joven gitana con un gesto impreciso, como receloso, de tímido incurable, desviando de cuando en cuando la vista en busca del presunto adversario o del sujeto que había comparecido justamente en la reunión para buscar la manera de zaherirlo. Era demasiado mínimo para su enorme fama. Yo nunca he sido un devoto acérrimo de su pintura, esos juegos cromáticos demasiado simples y esas constelaciones de signos demasiado decorativos, un poco livianos a fuerza de querer ser inocentes. Pero me atrajo mucho, sin embargo, la personalidad de aquel hombre introvertido, de expresión dificultosa, vestido de contable o de funcionario de correos, con los atributos de la *aurea mediocritas* repartidos parsimoniosamente por toda su figura. Parecía pedir disculpas por una modestia provinciana que en ningún caso se correspondía con la universalidad de su obra. Siempre pensé que había algo en su persona, sólo quizá insinuado, que dignificaba de algún modo su pintura. Ni siquiera se podía saber si le complacía todo aquello o, por el contrario, nada podía disgustarle más, porque no hizo o yo no oí ningún comentario, por muy superficial que fuese. Él estaba físicamente allí, y debía de considerar que eso bastaba. Tampoco digo que no.

Poco después de esa fiesta, fuimos Tony Kerrigan y yo a ver a Miró a su estudio de Son Abrines, situado un poco más arriba de donde yo vivía. Era una fría tarde de otoño de 1957 y llevábamos la encomienda de recoger los dibujos que había hecho especialmente para ilustrar el número a él dedicado que preparaba *Papeles.* Miró apenas habló, por no decir que se parapetó en un mutismo infranqueable. Se quedaba mirando las lontananzas de Cala Major como abstraído y, cuando parecía volver a la realidad, era para intervenir en la mustia conversación con algún que otro monosílabo. Sólo se le iluminó la cara y reaccionó incluso con locuacidad cuando irrumpió en el estudio un niño como de tres o cuatro años que se dirigió a todo correr hacia los brazos abiertos de Miró. «Es mi nieto», dijo el pintor con arrobada placidez, «se llama David». A este David —David Fernández Miró— lo traté de pasada veinte años después, a través de Fernando Corujedo —que era quien conducía a la sazón *Papeles*— y de Mariano Antolín, cuando ya era un joven risueño y emprendedor, muerto en la peor época de atracción catártica de la heroína. Miró jugueteaba con el nieto como si se hubiese repentinamente olvidado de que tenía visita o como si pretendiera dar a entender entre titubeos que era la hora de practicar sus ternezas de abuelo y no deseaba que lo importunasen. Yo creo que el pintor siempre fue muy casero y muy partidario de la cohesión tradicional de la familia. En una carta que le escribió a Picasso en 1920 —y

que editó con otras Victoria Combalía— empezaba diciendo: «De regreso a Barna tuve el gusto de saludar a su señora mamá que estuvo muy contenta de saber nuevas de usted, tuve ocasión también de ver a su ahijado, es una criatura preciosa.» Seguro que a Picasso esa prosa agreste y esas trivialidades hogareñas tenían que resultarle tremendamente sosas.

Por esas mismas fechas o algo después llegó a Palma Josep Pla. Supongo que Josep Vergés, su amigo y editor —como también lo era entonces de Cela —, le habría recomendado que visitara a este último para cubrir con la debida aplicación la ruta literaria de Mallorca. Pla traía por delante, a manera de fama tácita, el reconocimiento oficial de abanderado mayor de las letras catalanas en general. Pero no lo aparentaba en absoluto. Parecía empeñado en demostrar que sus buenos oficios de escritor no tenían por qué solapar sus malos modales de payés. Su aspecto sugería el del avaro que de pronto alardea de derrochador o el del cosmopolita que no ha salido del casino de su pueblo. Daba la impresión de ser una persona habituada a protagonizar hechos desabridos y manejar dichos chocarreros, como si anduviera todo el tiempo eligiendo una lista cerrada de *boutades* que podían responder a un modelo catalán anti-D'Ors. Qué extraña colisión entre lo pueblerino y lo cosmopolita, entre su supuesto amor al orden y el desorden supuesto de sus actitudes, incluida la duplicada condición de franquista y misógino.

Cela le había preparado a Pla un agasajo consistente en una degustación de platos de la *cuina* mallorquina, que es ciertamente variada y sabrosa: *tumbet, greixera, escalduns,* amén de las correspondientes *olives trencades,* pruebas de embutidos de Felanitx y el mejor tinto insular: el de Binisalem, que entonces no pasaba de mediocre. Pla acudió a la cena al mismo tiempo que yo, y me pareció que trataba de acentuar los indicios de haber bebido algo más de lo que le permitía su resistencia. Hablaba un castellano farfullado mientras componía una sonrisita de aire ladino y mantenía entre los labios un cigarro manchado de saliva amarilla. Cuando iba a introducirse un pico de la servilleta por el cuello de la camisa, le dio con el codo al plato de *greixera* y lo vertió sobre el mantel. Charo, la mujer de Camilo, solventó el percance lo mejor que pudo, mientras Pla se empeñaba en coger con las manos los restos de la comida y en llevárselos a la boca con ostensible grosería, medio explicando que la *greixera* era un invento de lugareños voraces. A lo mejor es que se trataba de un epicúreo disfrazado de gañán. Ni a mí ni supongo que a ninguno de los comensales podía asombrar esa conducta deliberadamente soez, pero tampoco es que fuese demasiado atractiva como espectáculo. Imposible imaginar que aquel payés había perpetrado delicadas cartas de

amor, agudos sondeos sociales y exquisitas descripciones de paisajes y figuras. En cuanto a otras cualidades de Pla, no vendría mal releer un artículo suyo —de 1925— que leí años después. Dice el autor, entonces corresponsal en París, refiriéndose a «un grupo de muchachos llamados surrealistas»: «... en medio de esta gente, las personas a las que nos agrada comer y beber con tranquilidad no tenemos nada que opinar.» Sobran los escolios. Aunque también podría esgrimirse a su favor alguna confidencia estética —«Fumo mientras espero el adjetivo»— o ciertas formas de gracejo de aldeano fingido, como cuando vio por primera vez el esplendor de la noche neoyorquina, toda deslumbrante de luminarias, y lo primero que se le ocurrió decir con acusado acento ampurdanés fue: «¿Y esto quién lo paga?»

Yo entonces apenas había leído a Pla, sólo las crónicas de viaje publicadas en la revista *Destino,* un ensayo sociológico, *Els pagesos,* donde se autorretrata casi sin quererlo con extrema lucidez, y poco más. Aun reconociendo sus airosos, neoclásicos aparejos estilísticos y la singular penetración psicológica de sus observaciones, siempre me molestó ese aire de administrador único de la realidad que menudeaba en su prosa, como si estuviera descubriendo el mundo a cada paso y con una seguridad analítica que anulaba todas las que habían existido con anterioridad. Fue sin duda un mal novelista —no en vano opinaba que quien «lee novelas a los cuarenta años es un imbécil»— y un excelente memorialista: «Soy notoriamente un modesto escritor de memorias.» Ahí están para comprobarlo ese fallido y único intento de *El carrer estret,* que es un coñazo, y los tramos consecutivos de esos espléndidos «papeles privados» de *El quadern gris.* La verdad es que estoy entresacando esos recuerdos, tal vez de modo muy apresurado, de un yacimiento vital que a la fuerza resulta ya vacilante y que, con toda probabilidad, determina que mis juicios de hoy mismo no coincidan con aquéllos, pero tampoco podría negar que algo de todo eso se me ha quedado irremediablemente adherido a mi actual experiencia de lector de Pla. No me han llegado a convencer las opiniones a todas luces entusiastas sobre su obra vertidas por personas a las que respeto, y hasta es posible que siga cometiendo la flagrante injusticia de enfocar críticamente a un escritor a través de su conducta lamentable.

Debido seguramente a alguna confrontación de índole emocional empecé a escribir entonces, no sin cautelas y con bastantes prevenciones imaginativas, una serie de poemas sobre el cante jondo. El primer borrador, la primera escritura de esas composiciones —iban a ser en principio seis y se quedaron en cuatro— tuvo un arranque demasiado febril, si es que puede hablarse de

fiebre en este caso, cosa que dudo, y al final resultó excesivamente tenso. Como ese proyecto obedecía a una evidente unidad temática y como quería evitar de modo categórico cualquier deslizamiento hacia zonas dominadas por los arquetipos o los clichés al uso, me atasqué muchas veces en la vertiente narrativa del poema con detrimento de la ornamentación retórica. Y eso me obligó a una reescritura a la inversa, esto es, a ir dejando que la propia materia argumental reclamara el excipiente estilístico y hasta el balanceo de las metáforas. «No sin ser deformada puede la realidad exhibir sus enigmas», dije en un poema. Aunque a lo mejor opté por aplicarme una fascinante máxima de Nietzsche: «Todo lo profundo precisa de una máscara.» Pues eso: a la confección de esa máscara dediqué buena parte de aquellos meses, sobre todo porque necesitaba descomponer la apariencia lógica de unas estrofas finales que acabé dando por buenas y que todavía creo que no lo son.

Supongo que en principio lo que de veras pretendía era actuar un poco a contrapelo de la poesía de García Lorca enmarcada en el mundo de los gitanos y del cante jondo, toda esa estilización argumental que también contagió a rachas la propia vida del poeta. Era ésa una vertiente temática que me había seducido en parte durante mi noviciado poético y de la que cada vez me sentía más desentendido. En realidad, el conjunto de la poesía neopopularista, tan consabidamente representada por Lorca y Alberti, se me acabó disecando en un soniquete que ya sólo me atañía en cuanto ejercicio de actualización de los cancioneros tradicionales. Tal vez por eso bauticé estos poemas míos con el escueto título de *Anteo*, hijo de Poseidón y de Gea, ese gigante que necesitaba del contacto con la tierra, con la madre, para sobrevivir. El librito lo cuidé yo mismo con mucho esmero, vigilando su composición a mano, en la imprenta de Mossén Alcover. Se hizo una edición no venal de doscientos ejemplares y los fui repartiendo entre amigos y suscriptores de *Papeles.* Releer hoy esos cuatro extensos poemas no es una experiencia que me conduzca a ninguna especial gratificación del gusto. A veces incluso pienso que me equivoqué de continente. Pero también pueden encontrarse por ahí, creo yo, versos y unidades expresivas de cuño gongorino que aún siguen pareciéndome válidas.

Guillem Sureda me llevó una de esas noches a un bar de putas situado en la Porta de Sant Antoni, una de las antiguas y ya desaparecidas entradas a la *ciutat* por el recinto murado, poco a poco convertido en un irregular y un tanto disperso barrio chino. El dueño del bar, Guillem d'Efak, era un negro mallorquín hijo de mallorquín y guineana que ejercía diversos oficios, pero que se dedicaba primordialmente a los de barman, poeta y cantante pop. Parecía muy ufano de que su ascendencia negra hubiese prevalecido sobre la

blanca y aprovechaba la menor oportunidad para gastarse a sí mismo toda clase de bromas virulentas relativas al color de la piel. En este sentido, tal vez fuera un poco monocorde, pero como también disfrutaba dilapidando su buen humor, todo quedaba en su sitio debido, que tampoco era siempre el más aconsejable. Disponía de varias novias y, dada su ostensible tendencia a la prodigalidad, gustaba de compartirlas con sus amigos, si es que alguno de ellos se mostraba interesado en el préstamo. Decía haber inventado un cóctel, cuya fórmula nunca reveló, que «liberaba las reservas libidinosas de las nenas».

El otro Guillem, Sureda, solía hacer uso del bar en cuestión como de un esporádico muro de las lamentaciones. Era un bebedor algo compulsivo y, a juzgar por los efectos que le producía un consumo discreto de copas, debía de padecer también de cierta intolerancia etílica. Uno de los síntomas de que había alcanzado el máximo nivel de resistencia en este sentido era bastante singular: cantaba a voz en grito, pero sin ningún oído, alguna afamada canción de Miguel de Molina o Concha Piquer, preferentemente *La bien pagá.* Con Sureda me unía, ya lo he dicho, un afecto muy veraz, y en no escasas ocasiones me elegía como destinatario de sus confidencias amatorias, que eran pocas, o que se reducían a una, pero tan peregrina que lo estaba conduciendo a un permanente sinvivir. La cosa era muy simple en apariencia: por una serie de vínculos previos que no vienen al caso, Sureda quedó prendado de una de las chicas que frecuentaban el bar de Guillem d'Efak y que un día desapareció sin dejar rastro. Sureda la buscó de manera incansable, se valió de toda clase de estrategias detectivescas, y hasta que la encontró no empezó a apaciguarse un poco. Se llamaba Rosa y era una muchacha de acogedora sencillez y discretas prendas personales. Sureda se juntó con ella sin importarle para nada ni los precedentes comercios de la chica por aquellos andurriales ni el dictamen que semejante decisión pudiera merecer en su casa, donde las prácticas devotas eran tan abundantes como los prejuicios. Pero la situación se iba enredando: Sureda no se atrevía a airear sus relaciones con Rosa, a quien alguien podía reconocer, en el peor de los casos, en tanto que inquilina del barrio chino. Nada de eso alteró, sin embargo, el firme propósito de Sureda de casarse con aquella muchacha que esperaba fidelísimamente, resignada y encariñada, sus decisiones. Al fin optaron por irse de Mallorca, no sé si huyendo de las hipocresías y desaires de la sociedad local o porque realmente les apetecía levantar el vuelo. Pero hasta que eso ocurrió, la vida de Sureda no fue ni cómoda ni apacible, incluso llegó a medio atascarse en un muy obstinado laberinto de zozobras y disimulos. Y a mí también me afectaba —me irritaba— de algún modo todo eso, más por los desacuerdos inherentes

a ese apocamiento que por ninguna otra cuestión ligada a mis apegos amistosos.

Decía que el bar de Guillem d'Efak llegó a tener para mí, aunque sólo fuese de modo intermitente, un notable atractivo como escala nocturna, no sólo debido al clima levemente canallesco con que se adornaba de vez en cuando, sino en función de la fauna urbana que allí solía recalar y algunos de cuyos ejemplares me resultaban de lo más sugerentes. Todos pertenecían a la rara y secreta población mallorquina de los marginados, los extraviados, los que jamás habían traspuesto las fronteras que separaban su vida de la de los centros turísticos, esos antihéroes que, si se cotejaban —pongo por caso extremo— con los héroes de Llorenç Villalonga, podía trazarse el croquis más fidedigno de los contrapuestos linderos vitales de la isla. Aquel censo de perdedores, si es posible usar este término en su sentido más lato, también disponía de su propia escala de méritos y llegué a confeccionar un catálogo de mucha variedad. Aún conservo esos apuntes, si bien apenas consigo descifrarlos o apenas deseo hacerlo. Algunos personajes disponían de vidas altamente aleccionadoras, incluso había un par de delincuentes muy bien situados en la clase de los rufianes y varios embarcados de paso con genuinas pintas de desertores. Claro que todo eso estaba un poco conducido por mi propia imaginación literaria o bien supeditado al prestigio libresco de los siempre vistosos anales portuarios de Palma.

Uno de los integrantes de aquella tropa que más me atrajo era un personaje de mediana edad y muy digna prestancia, ya bastante castigado por la intemperie, que dijo llamarse Tomeu Fuster y haber sido anticuario de oficio. Luego supe que no me engañaba y que había tenido una tienda especializada en grabados y cartografía por las inmediaciones del Borne, creo que en la calle Sant Felio. Había editado en tiempos un facsímil del *Liber feudorum maior* del archivo de la Corona de Aragón, y un álbum con las xilografías de la colección Guasp, que eran excelentes y que sirvieron para ilustrar durante meses las páginas de *Papeles de Son Armadans.* Se había ocupado también con mucha pericia de la búsqueda de fuentes de la magnífica tradición cartográfica insular, centrada en la familia judía Cresques, sobre todo en el llamado Abraham, «maestro de mapamundis y brújulas» y autor del bellísimo *Atlas catalán* de 1375. Conservo un plano de la *ciutat* que me vendió directamente Tomeu Fuster, un grabado de 1799 con las casas en perspectiva caballera y la justificación de haber sido cotejado con otro de 1644. No sé hasta dónde llegaban sus pesquisas y erudiciones, pero a mí —que estaba muy interesado de tiempo atrás por los portulanos y cartas náuticas

— me agradó sobremanera la conversación con aquel hombre cortés y de prematura decrepitud, que había ido dilapidando su hacienda en incoherentes correrías por los prostíbulos de la zona, dejándose conscientemente despojar de todo lo que tenía, incluida la tienda de mapas y grabados. Cuando yo lo conocí, su alcoholismo avisaba ya de un final trágico y no lejano. Pero, como les ocurre a muchos dipsómanos —o no tan dipsómanos—, tampoco él quiso hacer absolutamente nada para evitarlo.

Ya apunté que Sureda era amante de la filosofía, los toros y las buenas letras. Tenía lógicamente sus predilecciones. La de Ortega era indesmayable —ya lo dije—, pero algo después se le despertó una preferencia taurófila igualmente avasalladora por Antonio Ordóñez, a quien acompañó toda una temporada —la de 1958— por las plazas donde actuaba y del que escribió un opúsculo de enamorado muy inteligente. Yo creo que llegó incluso a competir con Hemingway en aquel seguimiento y aquellas devociones a veces demasiado redundantes. Por cierto, siempre mantuvimos unas sistemáticas desavenencias en nuestros juicios sobre la vida y la obra —tan juntas— de Hemingway, un hombre muy bien dotado para cultivar el primitivismo de ciertas cuestiones vitales, siempre de gira por otros continentes para promocionar su afición al peligro: los safaris, los sanfermines, la pesca de altura, las corridas de toros. Hasta cierto punto, Hemingway fue el Prosper Mérimée de mediados del siglo XX, sólo que en versión gringa, con todos sus defectuosos lugares comunes y sus ringorrangos sentimentales. El pintoresquismo machaconamente vacuo del autor de *Por quién doblan las campanas,* esa mezcla de aventurero nato, de animador del fin de las ideologías y de yanqui de excursión por países exóticos, se alió a un estilo generalmente esquemático y propenso a la trivialidad que sólo adquiere una pujanza excelente en *El viejo y el mar.* Por supuesto que Sureda se ponía literalmente furioso cada vez que yo le hablaba de eso, sobre todo cuando me permitía argumentarle que por ahí se filtra como un manual para uso de papanatas adictos a la figura del héroe americano.

Pero a lo que quería referirme ahora es a algo bien distinto. Y particularmente denotativo en estos tramos mallorquines de mi biografía sentimental. Cuando me enteré de que Guillem Sureda era amigo de la familia de Pepa, de los Ramis, y que solía visitarlos a menudo, me pareció una inmejorable oportunidad para incorporarme sin ningún miramiento a alguna de esas visitas. Así que me las agencié como pude y una tarde me presenté con Sureda en casa de Pepa, con lo que mis mañas de rondador se atuvieron a una aparente justificación, aunque tampoco dejasen de ser algo sospechosas.

No escatimaban ciertamente las bebidas en aquel solar de la vieja órbita burguesa palmesana, un hábito muy favorecido incluso por la actitud del padre de familia, que fumaba y bebía lo suyo, con una muy buena disposición de librepensador disfrazada de severidad. De modo que las visitas se prolongaban luego en alguna improvisada cena hogareña o por aquellas vecindades del puerto y luego, ya solos Sureda y yo, por los impredecibles rumbos de los cazadores furtivos de la noche. Tengo la impresión, en cualquier caso, de que aquella etapa mallorquina, tan meritoriamente fraccionada entre los quehaceres literarios y las complejidades amatorias, contenía una tan copiosa dosis de exaltaciones que aún hoy, al cabo de cuarenta años, soy capaz de reencontrar intactas las señas más sensibles de aquellas experiencias, ese estado de ánimo que me retrotraía a otra época, a otro trayecto de mi historia personal donde, a pesar de algún signo adverso, creo que fui feliz o que preveía que podía llegar a serlo.

## 5. INCOMPETENCIA DEL PASADO

Todas las evocaciones de la vida madrileña anterior a mi traslado a Colombia convergen en una especie de ciclorama donde las imágenes quedan interceptadas a trechos por la propia irregularidad giratoria de la luz. Aparezco y desaparezco, me veo estabilizado y a la vez ilocalizable en una maraña de peripecias de las que soy y no soy protagonista. Es sumamente complicada, en términos precisos, la reconstrucción de un tramo vital recorrido hace ya muchos años y afectado en puridad por no pocas averías cronológicas, es decir, sujeto a abundantes desviaciones provisionales donde el tiempo se atasca o se acelera según las más antojadizas leyes de la memoria. Y donde la alternancia de olvidos aleatorios y deliberados va adquiriendo una densidad hasta cierto punto intraspasable. Nadie que no sea un irreflexivo deja de titubear una y otra vez a propósito de la remodelación verídica de los propios hechos vividos. ¿Dónde acaba lo posible y empieza lo fidedigno? ¿Dónde lo imaginario y dónde lo verosímil? ¿Cuándo se olvida a sabiendas y cuándo se borran inadvertidamente los recuerdos? Hay un episodio en el *Quijote* muy expresivo a este respecto y que me agrada mucho evocar. Ya en el último tramo de la Segunda Parte, cuando la aventura barcelonesa de la cabeza encantada, don Quijote le pregunta a ésta con un patetismo conmovedor: «Dime tú, el que respondes, ¿fue verdad o fue sueño lo que yo cuento que me pasó en la cueva de Montesinos?» Esa duda, esa sospecha, surgida precisamente cuando la locura de don Quijote va imbricándose en la cordura paulatina de Alonso Quijano, siempre me ha parecido de lo más aleccionadora.

Ya dije que, a raíz de las primeras agitaciones universitarias y las primeras huelgas fabriles, viví con un entusiasmo que contenía su propio efecto multiplicador una primera fase de iniciación en los avatares de la lucha antifranquista. Me uní sin pensarlo mucho a lo que tenía más a mi alcance, y no me decidí ni entonces ni nunca por una militancia formal o por ninguna clase de voto de obediencia. Fue un parvulario feble y a todas luces defectuoso, pero que a mí me proporcionó no pocas complacencias psicológicas y justificaciones personales. Sabía muy bien que de allí iba surgiendo una estable forma de resistencia frente a las copiosas mezquindades de la dictadura, incluida la zafiedad cultural, una respuesta coherente a tantas incoherencias civiles, algo así como mi parte alícuota en aquel nuevo talante vital de quienes habían sido los primeros adolescentes de la posguerra y trataban de formular entonces sus propias respuestas morales. Un grupo en

suma no homogéneo de intelectuales y artistas que, como diría Vázquez Montalbán, «descubrieron la mentira estética y política del franquismo» y se enrolaron a impulsos desiguales de la pasión y el conocimiento en la tarea fascinante de los grandes utópicos: cambiar la historia, cambiar la vida.

Cuando en 1956 el general Franco se ve obligado a reconocer la independencia de Marruecos, algo se resquebraja en la monolítica estructura del sistema. No es que yo lo hubiese expresamente discernido, mi capacidad analítica no daba para tanto, es que tengo ahora la impresión de que eso era lo que se alcanzaba a husmear entonces de muy perceptible manera. Tal vez el patriotismo cuartelero se vio afectado por esa fisura en el cuerpo sagrado de España y sintió un primer aviso de peligro ante otras presuntas concesiones venideras, pese a que los desafectos seguían mayormente neutralizados en las cárceles. El ejército concentró entonces aún más todos los poderes que era capaz de asumir y ocupó con nuevos bríos el monolítico puesto de centinela occidental. Y eso podía llegar a palparse en no pocos recodos de la vida: un militar y un defensor heroico de la patria eran el mismo hombre, ese abanderado de la santa tradición que en ningún momento dudaba, o permitía que se dudase, de que había que seguir salvaguardando a España de sus enemigos históricos. La política exterior busca entonces otras aperturas propagandísticas y, a la vez que se instala en la Exposición de Bruselas la vitrina de nuestro desarrollismo de fiestas patronales, se inicia la actividad norteamericana en la base de Rota. El Caudillo, que acababa de declarar con rara perspicacia que la sucesión del Glorioso Movimiento no era otra que el propio Glorioso Movimiento, solía protagonizar por entonces grandes proezas en la pesca de altura y la caza mayor, ricamente instalado en un yate obtenido como botín de guerra o en una jaima obsequiada por algún emirato árabe. Como para compensar, desaparece la cartilla de racionamiento, aunque no exactamente las colas del hambre. Se reajustan de nuevo los mecanismos policíacos del régimen y se reinstala un inflexible catolicismo de estirpe nacional, apuntalado con toda clase de moralinas, campañas de educación espiritual y congresos eucarísticos. La firma de un nuevo concordato con la Santa Sede y la posterior incorporación al gobierno de los tecnócratas del Opus Dei no son datos irrelevantes en este sentido, como tampoco lo fueron las alabanzas de Pío XII a la Cruzada que había atajado el avance de las fuerzas del mal, o los desvelos religiosos del ministro de Información, Gabriel Arias Salgado, quien continuaba ejerciendo de intermediario en el mirífico negocio de la salvación del alma de los españoles.

Por ahí iba la procesión de aquella España de los vencedores en que yo

empecé a sentirme, a través de unas premuras ideológicas casi instintivas, un vencido. Pero todas esas concluyentes inflexiones mentales exigen repasos cautelosos. Aunque yo ya había conocido a Dionisio Ridruejo en Segovia, durante el Congreso de Poesía de 1952, volví a relacionarme con él a través de Luis Felipe Vivanco, o quizá de José Suárez Carreño, no mucho después de esos primeros movimientos estudiantiles y de mis iniciales tentativas de integración política en la lucha antifranquista. La personalidad de Dionisio me pareció desde un principio extremadamente compleja, pero de unas meridianas directrices morales. Su trayectoria política remitía a una muy sintomática y algo intrincada evolución doctrinal. Portavoz del cuadro fundacional de la Falange, jefe de Prensa y Propaganda del gobierno franquista, adalid del anticomunismo en las huestes de la División Azul, poseía todas las ejecutorias precisas para perdurar como uno de los grandes gerifaltes del fascismo en versión española. Sus proclamas de exaltación nacionalsindicalista y su misma nombradía entre los leales al 18 de julio lo habrían conducido con toda probabilidad a un puesto en la política de la dictadura similar al de un José Antonio Girón o un Raimundo Fernández Cuesta, capitostes ininterrumpidamente uniformados de secuaces de la vieja guardia. Pero Dionisio, como es notorio, se fue distanciando esforzadamente del credo franquista. Fue una decisión dignificada por el riesgo y desde luego por una impecable entereza. Padeció desde entonces destierros y cárceles, enfermó de males difíciles y remodeló sus métodos de intervención en la historia. No se me oculta que ese tipo de reajustes ideológicos a marchas forzadas, nunca son o pueden ser admitidos sin provocar suspicacias. Pasar de ser un pez gordo en el gobierno de los vencedores a oficiar de compañero en las filas de los vencidos, acarrea sus complicaciones. Hay algo que se tarda en asimilar o se asimila de mala manera. Me consta que Dionisio no se libró de esa cuarentena de prevenciones y susceptibilidades, pero logró finalmente comparecer en la lucha clandestina como quien realmente era: una de las personas de más noble condición y más honradamente empeñadas en las libertades civiles que yo he conocido. ¿Cómo entender, desde la correlación afectiva de aquellos años, que ese hombre intachable hubiese sido un fascista en sentido estricto?

Dionisio estaba provisto de un encanto muy singular. Recuerdo su pericia oratoria, la curva dialéctica del discurso, muy parecida a su propio comportamiento con los demás: pasaba de dar la impresión de un tímido, un introvertido, a esgrimir toda clase de enfervorizados y brillantes despliegues dialécticos. Es verdad que, en el terreno literario, y soslayando los beocios imperialismos de su etapa de combatiente falangista, no pasó de ser un poeta

de discreta retórica neoclásica, un pensador político bastante difuso y un fino tratadista de asuntos culturales en general. Pero lo que tal vez más valore de su obra sea la vertiente autobiográfica o, al menos, la materia introspectiva que abunda en libros como *Escrito en España* o *Casi unas memorias.* Recuerdo ahora, sin ir más lejos, el inteligente y emocionado prólogo que escribió para *Si te dicen que caí,* la novela de Juan Marsé. Pero, en general, su obra no me atrajo más que a trechos discontinuos y no descarto la suposición de que mi respeto y mi cariño por su persona tal vez no me dieran opción para apreciar en términos más complacientes esos productos de su imaginación literaria, ni escasos ni desdeñables. A lo mejor es que aún tenía yo muy incorporado el lastre nada liviano de su «poesía en armas». No sé. A mí desde luego no me enseñó nada Ridruejo en este sentido, pero sí me dejó el ejemplo sucinto de su decencia, de su decoro de perdedor, de su sensibilidad de tuberculoso nunca doblegado por las consecutivas inclemencias de la vida.

Empecé a tratar a Dionisio, como digo, a través de Vivanco o Suárez Carreño, y luego, de un modo más perseverante, en reuniones de carácter político frecuentadas sobre todo por Fernando Baeza, José María y Francisco Moreno Galván, Vidal Beneyto, Luis Felipe Vivanco, Pablo Martí Zaro —una especie de lugarteniente que acabó en desleal— y, más esporádicamente, por Juan Benet, Fernando Morán, Roberto Mesa, Pablo Ortega... Seguramente me uní a ese grupo de conspiradores en ciernes porque tampoco conocía entonces otro medio para encauzar mis afanes políticos o, mejor, mis vehemencias morales o mis soñadores objetivos como hombre de acción. Mis primeros inciertos quehaceres antifranquistas, junto a López Pacheco o Pérez Navarro, no pasaron de ser un parvulario muy poco congruente. Por supuesto que había ahí, en toda esa incipiente actividad clandestina, un más que probable aditivo literario, como de luchador en las barricadas o de integrante de los cuadros secretos de la resistencia, incluso cuando el peligro se reducía al simple hecho de transportar octavillas con avisos de movilizaciones y convocatorias mayormente dirigidas a la sociedad universitaria. Por cierto, que esas octavillas solían imprimirse en una vetusta multicopista que se instaló en el estudio de Francisco Moreno Galván, un ático de la calle Andrés Mellado, no lejos de la Moncloa, donde yo viví algunas semanas a mi regreso de París. Francisco pasaba las grandes angustias porque la máquina en cuestión producía un ruido mucho más estrepitoso del deseable, lo que, unido a su prolongada machaconería, resultaba altamente indiscreto. Una noche, mientras tirábamos unas hojas que exigían una urgente distribución, subió a protestar sin demasiados malos modos el vecino del piso de abajo, que resultó ser un oficial del ejército, a partir de lo cual Francisco sufrió una especie de

ataque de cautela que hizo recomendable, en evitación de posibles crisis nerviosas, el cambio de alojamiento de la multicopista. Se trasladó en principio a un local con aspecto de garaje en desuso donde solamente duró lo que tardó en llegar un frío de páramo que helaba hasta la tinta. Luego ya no sé qué pasó con todo ese rudimentario soporte de la propaganda ilegal.

Solíamos reunirnos cada semana —preferentemente los domingos— en algún café discreto o en el estudio de Francisco Moreno Galván, pero sobre todo en mi piso de Virgen de la Consolación, que era —al menos en teoría— un lugar solitario y supuestamente limpio de sospechas. Las reuniones tenían cierto aire de seminario familiar dirigido por Dionisio y secundado por Fernando Baeza, los hermanos Moreno Galván, Vivanco, Pérez Navarro, Martí Zaro, yo mismo y algún que otro asistente eventual que olvido. Dionisio llevaba naturalmente la voz cantante y, más que el planteamiento de unas tácticas encaminadas a desmantelar al gobierno de un día para otro, de lo que más se hablaba era de teoría política o de la situación del país, con especial tendencia a buscar engranajes para una acción conjunta de las fuerzas de la oposición. Ningún parecido con las tácticas de la guerrilla urbana. En cierto modo, aquella inusual variante de posibilismo podía ser como la prehistoria de lo que bastantes años después se canalizaría convenientemente en las llamadas Junta Democrática y Plataforma de Convergencia Democrática. Dionisio tenía en este sentido las ideas muy claras y eran frecuentes sus encuentros con militantes comunistas, democristianos, socialistas. Asistí a algunas de esas entrevistas y la verdad es que cada vez comprendía menos que un hombre tan ecuánime, tan inteligente y —en una línea conceptual ya en desuso— tan liberal, hubiese sido un jerarca en la más retrógrada historia política nuestra.

Un día ocurrió algo divertido. Yo había comprado unos libros y estaba pagándolos a plazos a través de un cobrador que solía aparecer por casa el último domingo de cada mes, generalmente a mediodía. Aquel domingo llamaron a la puerta a la hora en que estábamos reunidos y hubo como una conmoción tácita, una inquietud todavía disimulada con las muecas de la expectación. Yo también me quedé bastante alarmado. Fui a abrir la puerta y me encontré con el cobrador del plazo de los libros, que no era otro que un miembro de la policía armada, un «gris», que se valía de esa modesta ayuda para engrosar un poco su menguado salario. Recogí el recibo y fui a mi habitación en busca de dinero. El guardia se quedó en el pequeño vestíbulo que comunicaba con la sala donde estábamos. Se conoce que, como de allí no salía el menor ruido, se asomó distraídamente a esa habitación. El efecto que provocó la furtiva aparición del guardia fue instantáneo. Nadie se movió o

todos siguieron paralizados, excepto Fernando Baeza, que se levantó con resignación muda, las manos por delante, y se entregó. El guardia, viendo a aquel individuo acercarse en actitud tan impropia, como obediente a la resignación del convicto, pensó que se trataba de una broma y optó inesperadamente por aportar a la escena un cierto tono de sainete. Así que abrió los ojos más de lo razonable, levantó inadecuadamente un brazo y esbozó una sonrisa que lo mismo podía indicar sorpresa que desconfianza. Pero yo ya volvía con el dinero. Se lo entregué al guardia y, hasta que éste se despidió con claras muestras de incertidumbre o quizá más bien de recelo, no me percaté de lo que había pasado. Cosas así, y no sólo por sus ribetes tragicómicos, podían ocurrir entonces y con tan reiteradas alarmas ciertas o presuntas que aún puedo evocarlas con la misma mezcla de temor, regocijo y prevención.

Esas reuniones clandestinas en casa tampoco resultaron demasiado perseverantes. Se fueron espaciando en parte por mis frecuentes estancias en Palma y en parte por su propia y natural tendencia a la disgregación, no sólo en sentido político sino respecto a algunos de los irregulares componentes del grupo, que acabaron engrosando las filas comunistas y, en mucha menor medida, las socialistas. Dionisio fundó por entonces, o quizá algo después, el Partido Social de Acción Democrática, un partido que sólo llegó a alcanzar un pasajero arraigo en la vida política española y que llevó a su fundador una vez más a la cárcel, en la que coincidí con él —como ya iré contando— algunos años más tarde. Dionisio murió en 1975, muy poco antes de que a Franco lo desconectaran definitivamente de sus torturas clínicas de agonizante. Lástima que no alcanzara a participar en esos festejos fúnebres, algunos de ellos verdaderamente merecedores de figurar en la historia secreta de los obituarios.

Al hilo de semejantes conciliábulos, pienso que fue por entonces cuando empecé a frecuentar más por lo menudo a no pocos activistas políticos, procedentes de diversos campos de la oposición democrática. Unos tenían aire de clandestinos perpetuos, otros eran más que nada catalanes, otros en fin procedían de fuera de España, en especial de Italia y Francia. Aquella tan manoseada quimera de luchar por una sociedad sin clases y sin reuniones no llevaba camino de solventarse con una mínima efectividad. En cualquier caso, ahí se decidieron muchas estrategias y movilizaciones, se promovieron muy varias ayudas a compañeros presos, se redactaron abundantes pliegos de firmas, se perpetraron disfraces tan meritorios que enseguida se notaba que el disfrazado iba de perseguido. También cruzaba de repente por aquellos azarosos intramuros de la historia algún que otro fugitivo de la policía o algún

comisionado extranjero: Dario Puccini, Claude Couffon, Robert Marrast, Jean Lechner, Rosa Rossi, Kjell Johansson... Tal vez se filtrara en casi todas esas asambleas de subversivos una cierta porción de frivolidad, aunque tampoco era exactamente eso. En cualquier caso, muy pocas veces se excluían algunos epílogos festivos de varia lección. Los más abundantes rondaban a no dudarlo la simple disipación etílica, pero también los hubo más o menos orientados a la amena literatura o al género erótico, cosa que en modo alguno merecía la aprobación de los mandarines de turno, quienes suscitaron más de una vez algunas intransigentes controversias. ¿A quién se le podía ocurrir, dirían ellos, instalar un tubo de la risa en medio de un campo de batalla? Frente a los dogmatismos canónicos yo ya tendía a alinearme en el antidogmatismo bienhumorado de un Henri Lefebvre.

También estuve durante aquellas clandestinidades bastante cerca del Frente de Liberación Popular —el FELIPE—, o quizá sólo me acerqué a algunos de sus militantes y por poco tiempo. El FELIPE surgió con toda probabilidad a expensas de las agitaciones estudiantiles de 1956 y no fue —ya se ha reiterado— un partido político *ad usum* sino exactamente eso: un frente, un conjunto de tendencias agrupadas a partir de un similar bagaje ideológico o de un mismo fervor revolucionario donde se fusionaban cristianismo y marxismo. Dionisio Ridruejo tildó alguna vez al FELIPE de grupo de comunistas cristianos enfrentados al PSOE, pero tampoco me parece que sea ésa una atribución del todo precisa. Sus fundadores —Julio Cerón, Jesús Ibáñez, José Aumente, Ignacio Fernández de Castro, junto con los catalanes Alfonso Carlos Comín, González Casanova o Joan Gomis— promovieron una vanguardia política que me atrajo de muchas maneras, más que nada por lo que suponía de tentativa revolucionaria fundamentada en el análisis marxista de la realidad social. El FELIPE contó con numerosos, efusivos y disímiles afiliados: Nicolás Sartorius, Vázquez Montalbán, Juan Tomás de Salas, Jesús Aguirre, Joaquín Leguina, Eduardo Obregón o Jaime Pastor, cuya misma heterogeneidad fue también marcando la diversificación ideológica del grupo y, a la postre, su dispersión o la integración de cada uno en su natural espacio de izquierda.

En esos días de inciertas vecindades con el «eclecticismo crítico» del FELIPE, traté algo al sociólogo Jesús Ibáñez y a Juan Tomás de Salas, que había pedido asilo en la embajada de Colombia cuando detuvieron a un buen número de militantes. Pero al que más frecuenté fue a Alfonso Carlos Comín, con quien compartí también otras predilecciones por determinados rastreos en los entresijos de la cultura popular. Partidario del personalismo o de la fusión

de socialismo y cristianismo promovida por Emmanuel Mounier —el fundador de *Esprit—,* Comín defendía entonces un modelo político del que me sentía bastante próximo, si bien me distanciaban de él ciertos programáticos aspectos confesionales. A lo mejor ya me empezaba a seducir esa ambigua antítesis de la «religiosidad sin Dios» de que hablaba Norberto Bobbio. No lo sé. Cuando Comín publicó su *Noticia de Andalucía* (Cuadernos para el Diálogo*,* 1970) me mostró en cierto modo algunas claves culturales que yo, en tanto que andaluz, aún no tenía suficientemente explicitadas. Andando el tiempo, seguíamos viéndonos cuando venía a Madrid, comúnmente en un bar de los alrededores de la glorieta de Quevedo, cerca de la redacción de *Triunfo*, por donde también aparecían a veces Moreno Galván, Haro Tecglen o Eduardo García Rico. Pero la muerte también se llevó antes de tiempo y con alevosía a aquel hombre entero y verdadero.

La muerte. Un día plomizo de aquel otoño —exactamente el 30 de octubre — murió Pío Baroja. No recuerdo si yo estaba en Madrid ese día o adelanté algún viaje desde Palma. Ya esbocé en otra ocasión el relato de ese episodio duplicadamente triste, donde se sintetizó en cierto modo la indigencia y la ramplonería de la vida cultural española de entonces. Decía en algún sitio Umbral que Baroja tuvo por lo menos un entierro barojiano. Así fue, en efecto. Todo tenía un aire entre desapacible y omiso, como la prosa del difunto. Yo acudí aquella mañana a casa de don Pío, en la calle Ruiz de Alarcón, con Cela y José Luis Barros. Había muy poca gente, un centenar de personas. Pepe Esteban, el antidoncel de Sigüenza, me asegura que también él estaba allí con Alfredo Juderías, un médico literato más, pero yo no los recuerdo. A quien sí vi fue a Hemingway, que, aunque nunca fue santo de mi devoción, como ya dije, me conmovió aquella vez, ante todo por su actitud entre humilde y emocionada —no iba de monumento ambulante—, húmedos los ojos tras sus gafas de músico romántico, rehusando el honor de ayudar a bajar el féretro de don Pío. Recuerdo ahora una frase de Hemingway que me citó alguna vez García Márquez y que no sé por qué asocio ahora a la congoja diversificada de ese entierro. Dijo el autor de *El viejo y el mar*: «Cada vez se muere más gente que antes no se moría.» Me parece incluso respetuoso. Pero ahora que lo pienso, también es una ocurrencia que me suena a otras paternidades.

Por alguna de aquellas juntas de conspiradores y a cuenta de las correlaciones imprevistas de los amigos de amigos, aparecieron un día por casa Ángel González, Pepe Amillo y un tal Castañón, conducidos por algún otro noctámbulo. Pepe Amillo trabajaba teóricamente en *ABC,* en calidad de

periodista infiltrado, y era pelirrojo, afable y bebedor. En días tempestuosos, solía conducir su pequeño automóvil indistintamente por la calzada y por la acera, con lo que sus comparecencias en las comisarías no eran por razones políticas. Siempre andaba explicando a quienquiera que fuese que una de las causas más notorias de la muerte súbita se debía al hábito de ingerir yogures. Castañón, más por paisano de Ángel que por otra cosa, solía acompañarlo con muy buen talante en alguna que otra parranda. Era persona comedida y risueña. Un hermano suyo, Luciano, había sido jugador de fútbol y, una vez que rebasó la edad reglamentaria para seguir practicando tan nocivo deporte, ofició de crítico literario en un periódico de Oviedo. No fue un mal cambio, si bien la agudeza crítica de este Castañón no fue tanta como para invalidar sus resabios deportivos.

Ángel González había publicado no hacía mucho su primer libro, *Áspero mundo,* y desde aquellos encuentros iniciales acordamos tácitamente que, salvo en casos de extrema necesidad, no teníamos por qué referirnos a cuestiones literarias en el curso normal de las conversaciones. Y hemos seguido respetando ese pacto, a no ser que nos fallara la memoria o que se cruzara por delante alguno de esos funcionarios de la literatura tan propensos a suscitar respuestas malévolas. Ángel aún no se había dedicado a la enseñanza de la literatura, suponiendo que eso se pueda enseñar, pero ya tenía cierta predisposición a mirar indistintamente al pasado académico y al futuro inmediato, esto es, a convertirse en un óptimo observador bifocal de una conducta literaria concebida como un trabajo de expurgos y predicciones. Sus puntos de vista tenían mucho de registros temporales donde se engranaba lo que pasó hace poco con lo que iba a pasar mañana mismo. Quizá se tratase de una maniobra crítica donde hasta la fachada irónica reactiva la ostensible lucidez del fondo. Una lucidez que siempre llegaba a su máxima temperatura en ese impreciso momento de la conversación que coincide con el canto de los gallos. Y ya ahí todo resultaba de una perspicacia entre satírica y científica, que incluía a partes iguales el antídoto del ingenio y una especie de improvisada técnica de la imaginación. A mí me parece que eso se le notaba más a Ángel cuando no tenía una guitarra a mano (aunque la buscase incluso con insolencia) y se veía obligado a suplir la tesis melódica de un bolero por una teoría absolutamente rigurosa —pongo por caso— sobre el uso del adjetivo patológico en la espiral modernista.

Quiero recordar que Ángel González era a la sazón —o lo fue poco después— jefe de publicaciones del Ministerio de Obras Públicas, un nombramiento que tuvo algo que ver con cierta variante de nepotismo.

Resulta que el general Jorge Vigón, entonces ministro del ramo, estaba sentimentalmente unido a María Rosa Campos, alias la Marquesa, amiga amorosa a su vez de Ángel. De esa conexión trifásica surgieron también otros efectivos acomodos laborales. Por cierto que Manuel de Lope reconstruyó por aproximación en una novela excelente —*Bella en las tinieblas*— la historia singular de la Marquesa. No es que el parecido del retrato sea muy evidente, pero tampoco resulta irreconocible. María Rosa Campos era una mujer notablemente seductora: sus buenos modales y su natural elegancia la hacían parecer más guapa de lo que sin duda era. Solía vivir —peligrosamente, claro — en el hotel Wellington, en la madrileña calle Velázquez, donde disfrutaba de una *suite* y donde organizó algunos saraos de mucho regocijo. Disponía de abundantes dineros y parecía necesitada de dilapidarlos de cualquier manera y lo más aprisa posible. Fue uno de los últimos arquetipos de protagonista de novela galante, dotada de un *glamour* y un refinamiento quizá algo pomposos, consumidora incansable de venenos y paciente periódica en clínicas de desintoxicación. Yo no la traté demasiado, digamos que sólo durante los ciclos intensivos de jolgorios o en circuitos alternativos de alta madrugada, siempre en compañía de algunos disipados recalcitrantes.

En el escenario donde se movía, o donde actuaba, María Rosa Campos comparece en primer término la que fue con toda probabilidad su mejor amiga, Carmina Labra, prima de Ángel González, la «gorda Carmina» del poema de Jaime Gil. Carmina fue una persona de impecable decencia y muy acusada magnanimidad, a quien yo quise mucho y de manera constante desde aquellos días. Siempre conservó las señas de su hermosa apostura de asturiana favorecida por algún mestizaje ultramarino. No poseía ninguna clase de trastiendas psicológicas y ostentaba en todo momento una franqueza casi agresiva y unas firmísimas fidelidades. Biznieta del cubanoasturiano Rafael María de Labra, uno de los políticos que más luchó por la autonomía de las Antillas y la abolición de la esclavitud, tal vez heredara de ese hombre benemérito un fervor revolucionario que nunca la abandonó. Militó en el comunismo como podía haber militado en una campaña caritativa para la redención de cautivos. Su papel en las más enconadas etapas de la represión franquista fue de veras ejemplar. Carmina era rica por su casa y vivía en un espacioso piso de la calle Velázquez, muy cerca del hotel de la Marquesa, un piso en el que aún parecía estar retenido, junto a una fragancia de maderas nobles, el hálito de muchas intensidades vitales y muchos litigios de burguesa empeñada en no serlo. Allí se sucedieron un sinfín de jaranas amistosas y asambleas subversivas. También contaba Carmina con otro piso en la calle Doctor Fleming, especialmente destinado a refugio de activistas en peligro,

conspiradores de paso y menesterosos de varia condición.

Concurre ahora en esos abigarrados parajes de la memoria —digamos que por alusiones— Antonio Gala, un muchachito medio lánguido, algo difícil de trato, pero muy afectuoso y divertido. No ocultaba en ningún momento su homosexualidad, aun en aquellos tiempos de atroces inquisiciones. Es posible que yo lo conociera en Sevilla, donde él estudiaba derecho y se había amigado con mi primo Rafael Bonald, del que ya hablé por largo en el primer trayecto de estas memorias. Creo que se instaló en Madrid para preparar unas oposiciones a abogado del Estado, pero se dedicó bien pronto a vivir a salto de mata, que tampoco debía de ser para él una mala elección. Sus codicias literarias eran todavía bastante discretas y se limitaban al ejercicio de la poesía. Estaba escribiendo entonces su primer libro, *Enemigo íntimo,* que es también el más aceptable de los suyos, publicado en 1960. Trabajaba en una galería de arte de poco fuste situada en la calle Recoletos y solía hospedarse en casas de amigas solventes —Carmina Labra, Coral Ortiz de la Fuente, Elisa Arana— o de amigos insolventes, como Fernando Quiñones o yo mismo. A veces nos encontrábamos por los sinuosos pasadizos de la vida artística capitalina y procurábamos escapar de las grisuras ambientales, generalmente en compañía de viejos amigos andaluces —Eduardo Llosent, Luis Rosales, José Antonio Muñoz Rojas, Ginés Liébana—, amén de otros diversos y más o menos provisionales compinches. En sus fases de *bonhomie,* Gala era una persona de veras ingeniosa y ocurrente, muy diestro en la ejecución de una extraordinaria gimnasia imaginativa, aunque también podía ser bastante incómodo en sus momentos de mayor desavenencia consigo mismo. Una noche, andando el tiempo, durante una cena doméstica a la que también concurría Francisco Nieva, no se me ocurrió mejor manera de mostrarle a Gala mi periódica falta de condescendencia que expulsándolo de casa. Pepa no estuvo nada conforme con esa ordinariez, pero tengo la impresión de que a Nieva incluso le satisfizo. Me imagino, sin embargo, que las cosas muy bien pudieron ocurrir así por la sencilla razón de que aquél fue un día aciago. Esa misma mañana había muerto Ignacio Aldecoa y, a primera hora de la tarde, Antonio Gala y yo nos personamos en su casa —en el paseo de la Florida— y estuvimos acompañando un buen rato a su viuda, Josefina Rodríguez, cuya estoica compostura también me conmovió de otra manera. Sea como fuere, salimos del velatorio con el ánimo muy menoscabado o muy predispuesto para las irritabilidades más gratuitas.

En mi piso de Virgen de la Consolación se alojaron muy diversos huéspedes estables o de paso. Fue realmente lo que se llamaba una casa llana,

sólo que sin putas o con putas en funciones de poetisas líricas, aspirantes a actrices o filólogas descarriadas. Aparte de José Luis y Miguel Acquaroni, que tampoco duraron mucho en el piso, y aparte de otros inquilinos ya oportunamente olvidados, hubo algunos personajes que llegaron una noche de visita y se quedaron durante meses o de modo indefinido. Tal fue el caso de Pepe Quereda, disoluto poeta albaceteño, autor de un único soneto con estrambote dedicado al tren, el mismo que recitaba indefectiblemente al llegar a un mediano grado de intoxicación etílica, lo que no era infrecuente. Trabajaba en el Ministerio de la Vivienda, con el que mantenía unas relaciones laborales extremadamente enrevesadas. Siempre andaba incumpliendo horarios o ausentándose sin más y, cuando iba a visitarlo algún inspector, se metía en la cama —o lo alertaban si aún estaba encamado— y fingía una tos desgarradora de lo más llamativa, similar a la del perro rabioso, con lo que espantaba de inmediato al intruso. A fines de mes, cuando iba a cobrar su sueldo, no volvía por casa sino después de haber consumido el último céntimo, de modo que andaba todo el tiempo viviendo de préstamos dudosos o del puro aire. Gastaba unos visajes de superioridad física absolutamente infundados para su corta estatura. Un día se emborrachó con el conductor de un tranvía a quien conoció en un bar de alterne barato y ambos atravesaron medio Madrid a bordo de aquel indebido vehículo, atronando la madrugada por rutas altamente temerarias y no deteniéndose hasta que se desenganchó el trole o los interceptó la policía, que en esto no coinciden las versiones.

El poeta Rafael Soto Vergés también vivió en mi piso una buena temporada. Venía de Cádiz dispuesto a estudiar filología moderna, pero lo fue relegando hasta que acabó de empleado en una multinacional del sector electrónico, lo que tampoco fue un destino halagüeño. Creo que nunca se recuperó de ese deplorable cambio de perspectivas profesionales, pues era un muchacho voluntarioso y con muchas ganas de aprender, pero también necesitaba salir a flote por sus propios medios, que en absoluto eran muy consistentes. Fue uno más de los que llegó a casa, de la mano de Fernando Quiñones o de Eduardo Tijeras, en funciones de visitante descarriado y se quedó unos cuantos meses. Allí terminó su libro de poesía *La agorera* —que obtuvo el premio Adonais— y allí se fue desprendiendo de sus reacias querencias provincianas, que no eran ni pocas ni leves. Se ocupó afanosamente en estudiar por cuenta propia historia del arte y en agotar todas las oportunidades amatorias que se le presentaban o que él buscaba. Era un chico bastante inocente y bastante inexperto. Albergaba una fe desmedida y anacrónica en los nexos que unían al poeta y al nigromante y la credulidad de

sus afanes estéticos podía conducirlo a situaciones un tanto ridículas. También se dedicaba a la meditación aproximadamente trascendental y a la magia blanca, para la que estaba muy bien dotado. Supongo que tenía algo de artista nato, y era un hombre bastante desvalido, de manifiesta fragilidad, acosado por infortunios de dudosa índole, y un poeta de aparejos algo abigarrados, pero de una meritoria dinámica en los usos lingüísticos, si se exceptúan las locuciones interjectivas y los signos de admiración. Yo lo perdí de vista cuando me fui a Colombia y apenas he vuelto a encontrármelo en ocasiones muy esporádicas. He sabido, no obstante, que andaba medio enrolado en un grupito de mediocres vates sureños, y eso me disgustó, porque sigo conservando de él una opinión de lo más positiva.

Al lado de casa, en la avenida que cruzaba al fondo de la calle, había una cafetería frecuentada, sin ninguna clase de cita previa, por conocidos de la vecindad y visitantes de vecinos. Servían algunos aceptables platos de comida casera y el macilento tono ambiental no impedía que se aminorara a veces el lento tedio de las horas. Allí se instalaba Alfonso Sastre casi a diario, en una mesa del fondo convertida en escritorio, y por allí recalaban con mayor o menor frecuencia Eduardo Tijeras, Fernando Quiñones, Pedrito Ansola, los hermanos Acquaroni, aparte de algunas chicas efímeras, algún pajarraco doblado de poeta municipal y otros irregulares contertulios: Daniel Sueiro, Pepe García Nieto, Manolo Conde, Daniel Zarza, Gabino Alejandro Carriedo o Luis de Castresana, que era uno de esos escritores que aburren incluso a los que ya están previamente aburridos. A veces, como si acabara de encontrárselo perdido por el camino, Quiñones se presentaba con Rafael Sánchez Ferlosio, quien empezaba a no tolerar en absoluto los éxitos altisonantes de *El Jarama,* sin duda un meritorio ejercicio léxico y sintáctico, pero un texto asociado a una insulsa consecuencia formal del behaviorismo.

Concurría también a esa cafetería un señor de aire circunspecto, como de unos sesenta años, que se situaba en una esquina del mostrador y cuya actitud no parecía coincidir en nada con la de los parroquianos habituales. Alguien, quizá Alfonso Sastre, me contó la historia de ese señor, que no era otro que Arturo Duperier, el físico nacido en el medieval pueblo abulense de Pedro Bernardo y considerado como una de las máximas autoridades mundiales en radiaciones cósmicas. Había sido profesor en la Universidad de Londres y había montado en Kensington un laboratorio para sus experimentos. Regresó a España en 1955, se instaló en un piso del barrio de la Concepción, dos o tres casas más abajo de la cafetería, y esperaba en vano desde entonces que la aduana española despachase los aparatos que le habían enviado desde

Inglaterra para continuar sus investigaciones. Ignoro si al fin lo consiguió. Yo ya no tardé mucho en irme a Colombia y Duperier murió por entonces. Como dictaminó Gil de Biedma, qué intratable pueblo de cabreros.

Cerca del barrio de la Concepción, entre la plaza de las Ventas y la actual autopista de Barajas, había unos desmontes entre los que perduraba una zona de chabolas mayormente ocupadas por gitanos, quienes solían acudir a un bar de esas inmediaciones. Era un figón de mala muerte donde no provocaban ni recelos ni menosprecios y que estaba especializado en la elaboración de un plato de la cocina popular capitalina: las gallinejas, repelente frito de tripas muy apreciado por los gatos, por los de verdad y por los madrileños bautizados con ese gentilicio. Yo fui alguna que otra vez por allí con Alfonso Sastre, que se interesaba por las coincidencias jergales de calés y quinquis, o con Quereda, que no se interesaba por nada especial, o bien solo. En ese bar conocí un día a tío Manuel Jiménez, patriarca de los gitanos del distrito, es decir, «hombre de respeto», ducho en supercherías, trabajos innominados y dudosas tradiciones orales. Una noche entablamos conversación y ya nos amigamos de modo intermitente. No consigo acordarme de los motivos ciertos o de las excusas literarias que llevaron al tío Manuel a aceptar ir un día a casa, donde se personó junto con una sobrina suya, Luisa, y dos muchachos del clan. Luisa disponía de ese poderoso prestigio físico de las hembras de su raza, acentuado sin duda por la pujanza de la adolescencia. Bebimos por largo y uno de los muchachos quiso obsequiarme con un número bailable, cosa que efectivamente ejecutó con ninguna capacidad y al parecer con toscos deseos de engañarme. Y ahí terminó el festejo, pues yo incurrí en uno de esos ataques agudos de impertinencia que me afectaban sin remedio y en momentos impredecibles, sobre todo cuando algo me molestaba en pleno proceso de metabolización etílica. La cosa no pasó a mayores, pues el tío Manuel se encargó de calmar los ánimos y de retirarse a tiempo, llevándose con él al nefasto bailaor.

Ocurrió algo, empero, sumamente inusual si se piensa en las nociones de la vida y hábitos sociales propios de los gitanos. Y fue que la tal Luisa se presentó inopinadamente en casa a los pocos días de aquella primera frustrada reunión. Venía sola y traía un gesto ambiguo, entre resuelto y acobardado. De los ojos le salía un destello marrón y su cochambrosa hermosura parecía más adecentada que de ordinario. Se resistió un poco a traspasar la puerta, pero al fin lo hizo. Pensé al principio que se trataba de una tácita oferta erótica o cuando menos de un insinuante deseo de restaurar una comunicación interrumpida tras el incidente en mi casa con el bailaor. El hecho de que se

hubiese atrevido a venir a verme sola ya era, en cualquier caso, extremadamente anómalo amén de incitante. Le ofrecí de beber, pero no quiso; le ofrecí sentarse y tampoco. Me dijo finalmente que si podía darle algún dinero para comprarse unos zapatos. No creo que a mí me sobrase entonces dinero para comprarle a nadie ninguna clase de zapatos, pero no pude llegar a ninguna conclusión en este sentido, porque llamaron a la puerta y allí estaba el bailaor menospreciado con la cara del vengador de su honra. Me miró un instante y luego se miró a un bolsillo del pantalón donde tenía embutida su mano derecha. Era un aviso, claro. Luisa se apresuró a salir no bien el bailaor menospreciado le hizo un categórico gesto con la cabeza. Y no hubo más, con gran alivio por mi parte.

No hubo más, por el momento. Pues una tarde de impulsos entrecruzados se me ocurrió acercarme a las barracas de los gitanos, con la peregrina intención de encontrarme con Luisa. No pensaba desde luego preguntar por ella, sino recorrer un poco aquellos desmontes a ver si aparecía casualmente por algún sitio. Pero quien apareció de repente, en lugar de Luisa, fue un perro de feroz catadura y colmillos brillantes, con el chicote de un collar inmundo colgándole del cuello. Tenía los belfos como enfangados y una mirada de asesino a sueldo. Nunca me han gustado mucho los perros, pero aquél no podía gustarle a nadie. Yo me quedé naturalmente paralizado, en medio del secarral, sin disponer siquiera de una pared o un árbol en que apoyarme, no sólo como sostén de mi desfallecimiento sino para intentar alguna escapada. Parecía evidente que el perro tenía que pertenecer a una de esas razas de manifiesta peligrosidad, una especie de mastín especializado en degüellos o uno de esos *ca de bou* a los que ya había tenido ocasión de tratar en Mallorca. Emitía un gruñido farragoso y le pendían de la boca unas espesas hilachas de baba. Seguro que si me movía iba a abalanzarse de inmediato sobre mí. Estaba realmente despavorido y, para colmo, no se veía a nadie por aquellos alrededores, quiero decir en la justa dirección de mi mirada, pues ni a mirar a los lados me atrevía. No sé cuánto tiempo permanecí allí, frente a aquel maldito perro impávido que se limitaba a gruñir con salvaje tesón y a no quitarme la vista de encima. Al cabo de lo que me pareció media vida, oí unas pisadas acercándose por detrás. Tan esperanzador era aquel ruido que a punto estuve de cometer el garrafal error de volverme. Un hombre de mediana edad que no debía de ser gitano se situó delante de mí y le habló enérgicamente a aquel furibundo perro de presa, con lo que éste se apaciguó sin ninguna convicción. Se acercó entonces a él con una cuerda y se la ensartó al collar. En lo único que pensé es en que había salido ileso de aquel trance y apenas oí las enrevesadas explicaciones y pretextos del dueño de aquella fiera que me

miraba con la iracunda frustración del que ha perdido la oportunidad de destrozar al enemigo. Ni que decir tiene que ya no tenía ánimos para intentar de nuevo la arriesgada aventura de buscar a Luisa, así que me volví a casa dispuesto a recuperarme de la tortura o a celebrar adecuadamente el reseñable episodio de haber escapado de una embestida mortal.

Uno de esos días aterrizaron en Madrid y se hospedaron en casa Feliza Bursztyn y Monique Clément. Feliza era una escultora judía, entonces compañera del poeta Jorge Gaitán Durán, una muchacha larguirucha y adorable que volvía a Bogotá, donde habitualmente vivía, después de haber pasado unos meses en París en casa de Monique Clément. Feliza era muy amiga de Gabriel García Márquez, quien escribió en *El País* un memorable artículo sobre ella cuando años después fue acusada de connivencia con la guerrilla colombiana, supongo que con el Ejército de Liberación Nacional, y se fue entristeciendo hasta morir poco menos que de pesadumbre. A Monique Clément no la conocía de antes. Era trigueña, parlanchina y pechugona. Se dedicaba a escribir sobre temas de divulgación artística en un par de revistas especializadas francesas y decía ser biznieta del pintor impresionista Edgar Degas. Hacían una pareja, ella y Feliza, de veras curiosa: parecían haber sido juntadas precisamente por su palmaria descompensación física. Una noche en que había cenado con Jaime Gil y nos encontramos no sé dónde a Carlos Bousoño, les propuse tomar una última copa en casa. En razón tal vez de las locuacidades etílicas, se me ocurrió la bobada de confesarles que tenía escondidas a dos chicas en apariencia inocentes pero implicadas en cuestiones de espionaje a cuenta de no sé qué movimientos independentistas. Supongo que cuando les encarecí que me guardaran escrupulosamente el secreto, me di cuenta de que, aun contando con la necedad o la inconveniencia del invento, muy bien podía encajar esa condición de conspiradoras en la mentalidad de mis invitadas.

Cuando llegamos a casa, la flaca Feliza y la oronda Monique ya estaban acostadas, pero no dormidas. Entramos en la habitación, hice las presentaciones como si se tratase de una situación protocolaria de lo más habitual, y fui a buscar algo de beber. Carlos Bousoño y Jaime Gil habían mantenido no hacía mucho cierta polémica, en la línea de la ya suscitada por Barral frente a Aleixandre, a propósito de la concepción teórica de la poesía en la esfera de la comunicación o del conocimiento. Fue en todo caso un litigio de ecos suaves, pero tuve la corazonada de que aún podían avivarse los rescoldos de esas controversias, porque hubo como un conato vagamente alusivo, aunque enseguida anulado por las airosas esgrimas mentales y artes

de ingenio de ambos interlocutores. Jaime y Feliza se enzarzaron en una vertiginosa plática en inglés, lengua que en el caso de Feliza sonaría al acento de San Francisco y en el de Jaime al de Oxford. Creo, no sé, que Bousoño examinaba incluso con intensidad desmedida a aquellas dos muchachas recostadas en sus respectivas camas —que habían juntado a la usanza matrimonial— pensando seguramente que, amén del oficio de espías, las unían otros vínculos muy distintos, pero igualmente excitantes. Los equívocos no fueron, en suma, los alicientes menos notorios de aquella noche. Se me han borrado la mayoría de las pistas sobre lo que ocurrió o dejó de ocurrir, pero me ha quedado la indefinible sensación de que en ese improvisado encuentro se deslizó como una cuña discordante que no consigo localizar ni elucidar. A lo mejor no se trata más que de una variante suspicaz del olvido.

En Madrid siempre menudeaban los aprendizajes que, como los libros, podían ser raros y curiosos. Uno de aquellos días me llamó Dámaso Alonso para invitarme a un festejo que había preparado en honor de Jorge Guillén. El festejo iba a celebrarse en casa de Dámaso, un chalé por la zona aún verde de Chamartín, en la cuesta del Zarzal, justo enfrente del que ocupaba Menéndez Pidal. Guillén regresaba ya a Estados Unidos después de haber pasado unos días en España —en Valladolid, en Sevilla, en Palma, que es donde yo lo conocí—, un poco a la defensiva ante los asedios sospechosos de la cultura oficial y un poco también a regañadientes frente a tantos recordatorios tristes de la libertad. La reunión fue sonada. Había mucha gente y los dueños de la casa —Dámaso y su mujer, Eulalia Galvarriato— no parecían especialmente capacitados para atender con una mínima efectividad, pese a la ayuda de dos sirvientas, a aquel quizá excesivo número de invitados. Dámaso me llevó en algún momento, no sin furtivas mañas de conspirador, al sótano del chalé, donde tenía instalada una bodega bastante bien abastecida, para que lo asesorase en la selección de unas botellas de Rioja, cosa por demás innecesaria. Mientras andábamos por allí nos bebimos un par de copas de un coñac extraído de la espita mal encajada de un barrilito, momento que aprovechó Dámaso para incurrir en unos traspiés de lo más inadecuados, si bien cuando volvimos a subir su estabilidad se había restablecido de modo notable. O quizá fuese un esforzado disimulo el que favorecía semejante corrección.

La fiesta se fue haciendo bastante ruidosa, cosa que no dejaba de sorprenderme, sobre todo porque aquel espacio doméstico que yo ya conocía de otras veces, reducto venerable de uno de los grandes maestros de la filología hispánica, no se correspondía en absoluto con ninguna clase de

algazara, bien entendido que el anfitrión solía reservarse sus devaneos para oportunidades nada hogareñas. Es probable también que aquel ajetreo de voces sólo proviniera de algún grupo aislado, mayormente compuesto por poetas en estado de conmoción gremial, pues los había de muy diversa calaña. Aquello llevaba camino de convertirse en un embrollo de mucho cuidado, cuando justamente se produjo una bronca de veras inaudita. Había un grupo situado junto a un sofá en forma de ele que empezó a dar muy ostensibles muestras de excitación. Yo andaba por allí y me acerqué a ver qué pasaba. Por lo visto, se había iniciado una enrevesada discusión sobre el grado de resistencia o colaboracionismo de los intelectuales intramuros de la fortaleza franquista. La voz más potente era sin duda la de Ángela Figuera Aymerich, cuyo bronco diapasón sobrepasaba con mucho al del resto de los acalorados contendientes, entre los que se encontraba Dámaso, inestable y furioso.

En un momento de la trifulca, Ángela Figuera se encaró con Dámaso y le reprochó sin ningún miramiento su manifiesta actitud de sumiso a las directrices educativas de la dictadura, absteniéndose por sistema de desoír con los trucos del pusilánime las demandas de la oposición para que uniera su prestigio al de otros prestigiosos opositores. Dámaso no tardó ni un segundo en encajarle un derechazo en plena mandíbula a la interfecta, de resultas del cual cayó ésta fulminada sobre el providencial sofá que tenía a sus espaldas, si bien Dámaso se arrojó encima de ella con la intención de seguir aplicándole una nueva tanda de castigos. La rápida intervención de algunos de los testigos evitó sin duda males mayores. Ángela Figuera fue conducida lejos de la vista del iracundo profesor y no sé si lejos de la vista de cualquier otro profesor no necesariamente colérico. Un espectáculo ciertamente insólito. Quiero recordar que Dámaso vivió una experiencia muy parecida, aunque supongo que con muy distinto desenlace, a raíz del agasajo que también le ofreció a Bergamín cuando éste volvió de su primer exilio. Se reunieron entonces en su casa algunas figuras y figurones de la sociedad cultural, mayormente vinculados a organizaciones oficiales: Antonio Tovar, Pedro Laín, Gerardo Diego, Rosales, Panero, y así. Cuentan que alguno de ellos, tal vez por contemporizar o por simple prurito de lisonja, intentó que la conversación derivara hacia las arenas movedizas de las admoniciones al régimen, alentando a Bergamín para que se pronunciara en ese sentido. Bergamín contestó como solía, aunque la sentencia con que se lució aquella vez fue de una crudeza lapidaria: «Yo no hablo mal del señor delante de sus criados.» Tengo mis dudas, pero si eso ocurrió así, una verdad tan abrupta debió de proporcionar al grueso de los asistentes algo muy parecido a una mezcla de cólera y estupor. Lo que ignoro es cómo acabó esa historieta y hasta si es verdadera o apócrifa.

Por lo que respecta a aquel otro episodio del que fui testigo, veo a Dámaso reintegrándose como si nada a sus funciones de anfitrión, ya con los arrestos de pendenciero muy apaciguados. Llevaba en la mirada una expresión entre sarcástica y triunfante. Lo cierto es que yo presencié toda aquella gresca como un observador desentendido, mirando indistintamente a ninguna parte y a las musarañas. Ni me sorprendió lo que acababa de ocurrir, aunque no fuera lo que se dice edificante, ni le di más importancia que la poca que me exigía a esas alturas de la noche mi elevado nivel de alcoholemia. Anduve medio perdido entre las estanterías de aquella biblioteca magnífica, me abrí paso entre algunos grupos de invitados apenas reconocibles, busqué la puerta y salí sin despedirme de nadie. Ni siquiera me despedí de Jorge Guillén, con quien sólo hablé unos momentos y a quien no traté y aprecié de manera muy especial hasta un par de años después, cuando coincidimos en Bogotá y estuvimos viéndonos casi a diario durante todo un trimestre académico.

## 6. CIRCUNLOCUCIONES

Entre las varias juventudes que uno puede llegar a aislar de la espesa trama del pasado, tal vez la más perceptible sea también la menos fidedigna, aquella con la que se ha establecido alguna clase de relación involuntaria para perpetrar falsos autorretratos. Claro que semejantes opciones no pasan de ser resabios tautológicos, reincidencias gratuitas de la voluntad, como si entre esos distintos tramos del pretérito que convergen en la memoria, se tendiera a elegir el que contiene un más complejo y en cierto modo equívoco desorden vital. Y la verdad es que no logro identificarme en medio de toda esa maraña retrospectiva sino de un modo muy ambiguo, muy poco veraz, incluso condicionado por alguna de las experiencias sobre las fluctuaciones de mi conducta que me resultan ahora más extrañas, menos reconocibles. Lo digo porque tengo la casi absoluta certeza de que por ahí se empezaba a filtrar el anticipo, el amago de una *mise en scéne* que me hacía vivir ciertos episodios como si ya supiera que iban a serme muy útiles para poder literaturizarlos al cabo del tiempo, esa especie de virus retórico al que tardaría años en encontrarle antídotos. Decía Gabriel Ferrater en *Teoría dels cossos:* «*érem / el record que tenim ara*». Justo así preveía yo el engranaje del pasado y el presente: esa doble perspectiva de saber que entre el que uno fue y el que ha llegado a ser, rigen unas leyes del recuerdo que pueden acabar aplicándose de forma muy arbitraria o muy susceptible de enmiendas repentinas. El personaje de ese poema de Ferrater ¿no evoca también un determinado lugar del pretérito donde ya estaba actuando de forma que pudiera ser un recuerdo poéticamente utilizable en algún propicio futuro?

Pienso de todas maneras que resulta poco plausible que quien recuerda, es decir, quien trata de identificar los propios y ya medio abandonados domicilios de la memoria, pretenda esconderse detrás del personaje que lo está representando. Eso equivaldría a hacer aún más sospechosa la efectividad de semejante tarea de expurgo o de sondeo selectivo por las inmediaciones de la realidad, en cuanto testificación presunta de unos hechos vividos. Pero el rescate de esos hechos vividos tendería a ser en este caso imaginario o fidedigno a partes desiguales y de acuerdo con las pretensiones del autor, no ya como artífice de su más o menos fiable pasado sino como mero creador de un específico modelo de escritura. La tan manoseada estrategia de la invención del pasado se parecería mucho entonces a una simple labor de preparación de un material literario. Todo contador de su vida sería también un fabricante de historias indistintamente ficticias o verdaderas, según las

necesidades de la mecánica argumental o las conveniencias del propio entramado narrativo.

Si reitero todo eso es porque ahora, cuando trato de situar en el espacio y limitar en el tiempo una fase de mi biografía transitoriamente enmarcada en un concreto y nada imprevisto estado depresivo, tengo la casi absoluta seguridad de que las memorias y las desmemorias, las certidumbres y las dudas, entran en colisión de un modo incorregible. No sé si me equivoco a sabiendas o bien me dejo inconscientemente seducir por algunas conjeturas de mero alcance literario. Lo único que resulta incontestable es que el primer serio conato de la depresión me sobrevino inopinadamente después de una larga noche de *bouteilles profondes.* Me levanté ya tarde, con una tenebrosa resaca devastando lo más vulnerable de mi voluntad, y no me importó saber para nada ni la hora que era ni si tenía algún trabajo pendiente ni si era propia o ajena la cama en que me había despertado. Me quedé un buen rato todavía medio entumecido en posición fetal, contemplando a duras penas los trazos de la luz que rayaban la persiana y se proyectaban trémulamente sobre la pared. La pared no era blanca de pronto, sino de una voluble gama de rojos y verdes que se iban abriendo como grietas irregulares, distorsionadas por la propia aceleración de los pulsos. Luego vino un vacío y luego una náusea inversa y luego otra vez el sueño. Cuando volví a abrir los ojos aún era de día, pero la luz se había atenuado y viraba hacia un cerco grisáceo cuya tonalidad debía de provenir de la tonalidad de mi imaginación. No había comido, pero tampoco tenía hambre. Me levanté y busqué por toda la casa alguna huella de la noche anterior, la pista que me conduciría a reconocerme por algún recodo de la memoria. No encontré más que unas basuras incoherentes y unos vasos medio llenos de un líquido que olía a ginebra barata, ese repelente perfume a enebro macerado en algún alcohol ínfimo que había ocupado mi recuerdo olfativo toda la noche. Me recosté en una butaca mientras bebía con asco un resto de aquella pócima y supe de repente que estaba sitiado, que no iba a poder salir de aquel piso ni pedir socorro, que nadie además sabía que estaba allí a punto de aceptar toda clase de claudicaciones. No me sentía capacitado para juzgar ni para aplicarme una sentencia, siquiera fuese provisional, sobre lo que me estaba ocurriendo.

Nada me impide asegurar que pasé la noche en vela y que, a la mañana siguiente, saqué fuerzas de flaqueza y decidí llamar por teléfono a Mariano de la Cruz. Mariano de la Cruz era un psiquiatra barcelonés, hombre culto y divertido, vitalista y generoso, de ideas epicúreas y republicanas, que ya había tenido como paciente tiempo atrás a Blas de Otero. Quiero recordar que el

mejor amigo de Mariano de la Cruz era Néstor Luján, con quien compartía aficiones gastronómicas y taurinas y que fue quien me lo presentó no sé dónde. Ya había acudido en alguna ocasión a su consulta y había mantenido cierta relación epistolar con él a propósito de otros pasajeros desajustes de la ansiedad. Tenía la casa forrada de libros y lo que más le gustaba era hablar de sus clásicos, que eran mayormente catalanes y franceses, o comentar sus últimas expediciones culinarias, en compañía de Néstor y de otro psiquiatra barcelonés apellidado Obiols. Creo que entonces publicaba sus críticas taurinas, siempre inteligentes y jugosas, en la revista *Destino.* Me enteré años después de que estaba escribiendo sus memorias, una buena fórmula para seguirle la pista a su cuadro de experiencias no exactamente profesionales.

Tampoco estoy muy seguro de que fuera justamente entonces y no días después cuando llamé o escribí a Mariano de la Cruz. A Carlos Castilla del Pino —que era de su misma edad— aún no lo conocía, de modo que me quedé sin poder acudir a él, una perogrullada que no supone a este respecto ningún dislate. Los psiquiatras son, en todo caso, unos médicos muy especiales, al menos los que yo he tratado por algo más que por motivos amistosos. De mi relación con ellos he sacado varias conclusiones, todas temerarias: que suelen desconfiar de la competencia de sus colegas y que la ayuda que prestan a sus pacientes consiste comúnmente en diagnosticar por eliminaciones sucesivas. No niego que se trata de un juicio inmotivado y que en ningún caso pretendo generalizar, pero tampoco he podido curarme de esa prevención. Mi primo Rafael Bonald, afectado durante algún tiempo de una alteración aguda de la personalidad, tuvo en este sentido una experiencia bastante más traumática y mucho más seria que la mía. Un día aceptó comparecer en la consulta del psiquiatra militar Vallejo Nájera, el mismo que —como se sabría después—, movido quizá por su acreditado celo patriótico, había presentado al Caudillo un concienzudo proyecto para la erradicación quirúrgica del virus del comunismo. Tal cual. Pues bien, después de repetidas visitas al consultorio de semejante individuo, después de un diagnóstico dudoso y de una ineficiente medicación antidepresiva, mi primo decidió ingresar *motu proprio* en la clínica de López Ibor. Allí estuvo internado más de un mes, sometido a un régimen intensivo de electrochoque que le provocó una serie de crisis paroxísticas altamente peligrosas. Tan alarmante llegó a ser su estado que el marido de tía Isabela Bonald —Luis Girón— fue comisionado por la familia para viajar a Madrid y sacar a Rafael de la clínica, donde había protagonizado llamativos arrebatos, consistente el último de ellos en oponerse a una nueva aplicación de electrochoque por el procedimiento de mantener a raya a los enfermeros con una silla convertida en arma arrojadiza.

Rafael consiguió finalmente escapar de la psiquiatría oficial española con su bolsa muy mermada y bastante desmejorado de salud.

Por lo que a mí respecta, sé que en aquella malhadada ocasión me sentía incapaz de salir de un estado como de obstrucción psíquica que desde luego me acobardaba y me impedía de hecho asumir con una mínima sensatez los requerimientos de mi voluntad. Ocurrió todo tan de improviso que ni siquiera tuve tiempo de entender de qué estaba escapándome o adónde estaba queriendo llegar. A mis miedos antiguos se sumó una nueva clase de remordimientos y un terror nuevo: el de sufrir o poder sufrir una grave enfermedad y, lo que era mucho peor, la evidencia intermitente de una sinuosa desgana de vivir. Otras veces me habían llegado sombras, avisos hipocondríacos, preludios de un abatimiento, un trastorno de la conducta muy parecido a la depresión, pero ahora era otra cosa. Casi siempre había salido de esos baches por mi propia cuenta, esforzándome sin ayuda de nadie, renunciando a pedir esa ayuda y logrando al fin desembarazarme de tantas ominosas averías de la voluntad. Al margen de las medicaciones y recomendaciones psiquiátricas, el severo tesón por escapar de semejantes atascos me reportaba inopinadamente una terapia inmejorable. No sería muy arriesgado afirmar que tenía que hundirme literalmente para poder salir a flote. Pero ahora era muy distinto; ahora sabía a ciencia cierta que si no conseguía que alguien me echara una mano, tampoco iba yo a poder liberarme solo de una postración que no acababa de entender por qué se había producido y cómo podría sobrellevarla. Creo que aunque quise atribuir todas esas anomalías sensitivas a la violencia de la resaca y a la prolongación de ese mal viaje en días sucesivos, no llegué a convencerme para nada. Sin duda que no era eso, o no era sólo eso, ya que pasaban los días y todo seguía igual. Incluso hubo momentos en que intenté persuadirme de que todo aquel desarreglo estaba motivado no por ninguna afección psíquica propiamente dicha, sino por una especie de debilidad biológica que me perseguía con reiteración imprevisible desde años atrás, a partir de aquella no tan remota lesión pulmonar que me mantuvo en reposo casi continuo durante algo más de un año. A lo mejor era cierta esa ahora divulgada tesis de que los trastornos psíquicos dependen de una disociación de dos zonas cerebrales cuyas células han dejado de funcionar de forma sincrónica. Un simple desvío circunstancial de ese mecanismo y ya se altera el circuito general de la mente. Quién sabe.

Mis hábitos de bebedor reincidente, pero nunca ininterrumpido, se vieron también modificados por entonces. Noté que el alcohol afectaba muy nocivamente a mi funcionamiento nervioso, hasta el punto de que en no pocas

ocasiones, después de haber bebido algo más de lo prudente, ingresaba en una aflicción, en un desánimo que incidía a veces en la vecindad de algunos peligros de índole —digamos— parasitaria. Me veía a mí mismo profundizando ansiosamente en el tiempo en busca de alguno de esos raudos alivios medio ocultos por los confines de la inconsciencia. Era como un tósigo etílico parecido al opio de Baudelaire: *L'opium agrandit ce qui n'a pas bornes, / allonge l'illimité, / approfondit le temps...* Una cortina se había interpuesto entre la realidad y el irrazonable empecinamiento con que yo me enfrentaba a esa realidad. No sé calcular ahora la duración de semejante estado depresivo, pero un día, de buenas a primeras, se extinguió con la misma arbitrariedad con que se había presentado. Lo más probable es que Mariano de la Cruz me sometiera a alguna efectiva cura psicotrópica —neurolépticos, ansiolíticos—, aunque quiero recordar que el Valium —que empezaba a circular entonces casi como lo hace ahora el Prozac— llegó a producirme un efecto sedante negativo, de difícil tolerancia, como de astenias discontinuas. Tampoco descarto que el tratamiento se limitara a algún placebo destinado a calcular hasta qué punto mi depresión era un estado patológico serio o un simple trastorno de índole psicosomática, una obstinada variante de la autoculpabilidad. En cualquier caso, tampoco puedo asegurar que no pusiese yo, como he dicho, algo decisorio de mi parte, en el sentido de razonar objetivamente sobre lo que tenía o no tenía que hacer para no abdicar del todo ante la avanzada espesa del desaliento, ese apocado y a la vez vehemente automatismo defensivo que nunca ha sido ajeno a mi manera de ser y a mis más rutinarias reacciones vitales.

Me consta que en los días que precedieron a ese desperfecto de mis conexiones con la realidad se produjo como un testarudo intento de traspasar, física y literariamente, algunas de esas fronteras diseñadas por ciertos poetas malditos de mi predilección. Me incomoda bastante evocar esas andanzas en cierto modo noveleras y saturadas por ende de afectación, pero tampoco deseo esquivar la referencia, siquiera sea apresurada, a unos hechos que me lesionaron muy enconadamente, bien que su duración fuese discreta. El primer descontrolado impulso se centró en una atracción acuciante por los bares. No por todos los bares, claro, sino sólo por los instalados en locales pequeños y frecuentados por clientes equívocos, hombres y mujeres de rango suburbial, castigados por la vida y predispuestos aun sin saberlo a toda clase de fracasos. El límite por arriba de esos bares, es decir, el más espacioso y aceptable para mi gusto, ya rozando la intolerancia, podía ser El Avión, en la calle Hermosilla, cerca de Conde de Peñalver, donde solía coincidir con algún que otro experto en los drenajes de la noche: Ángel González, Pepe Amillo,

Felipe Santullano, un Casares hijo de don Julio, el del *Diccionario ideológico*, Manolo Gallego Morell, y así. Con unos bebía más que con otros, pero nunca demasiado en aquel semitugurio con pianista. En cuanto al nivel mínimo de calidad de semejantes bares, o sucedáneos de bares, no sabría fijarlo muy bien. Había unos cuantos figones en Ventas, por la zona del barojiano Arroyo del Abroñigal o en el camino de Vicálvaro, en los que me sentía inmerso en otra especie de «lucha por la vida», convenientemente desplazado de los más comunes vericuetos sociales de ese Madrid que representaba en cierto modo el anti-Madrid de los poetas-profesores del 27. Era una forma como otra cualquiera de asomarse a alguna que otra hondonada ilegalmente distribuida por los antros de la realidad cotidiana. Tampoco niego que en esa propensión a frecuentar ambientes malsanos, arrabales inmundos de la noche, se alojaban como los resabios de lecturas contaminadas del veneno moral de los grandes perdedores, es decir, todo lo contrario a esa «atracción del héroe» de que hablaba Bergson, ahora trasplantada a un malditismo de caída libre que aún me perseguía como el más pueril de los imanes literarios. Incluso es posible que me acordara de lo que decía cierto explorador francés apellidado Victor: que la aventura es la única manera de robarle tiempo a la muerte.

Quiero pensar que todo eso también puede relacionarse, por muy rebuscado que parezca, con la fragilidad, la vulnerabilidad de la sucesión estatutaria de la vida. Alguna vez escribí que «el movimiento de una puerta puede cambiar el sentido de la historia». No es ninguna hipérbole poética, sino el resultado de una serie de quiebras del orden natural que ocurren a cada paso. Algo así como una variante imposible del determinismo aplicado al poder de alguna ineluctable sentencia del pasado. Vas por una calle, te detienes ante un semáforo, y esa parada enmienda el trazado de un destino falaz; padeces de insomnio y te levantas justo en el momento en que una viga se desploma sobre la cama; te diriges a un aeropuerto, el coche sufre una avería, y ese percance te hace perder un avión que se desintegra contra una montaña; vas navegando cerca de la costa, avante claro, y de pronto recuerdas que tienes una cita y viras en redondo un segundo antes de que aparezca por la proa la cresta de un bajío. Y así sucesivamente. Son cambios bruscos, rotaciones súbitas de lo que ya había sido preestablecido en la ordenación general de la vida. Siempre me ha aturdido una idea inocente: por ejemplo, que el hecho de subir una escalera y cruzarse con otra persona que la baja es una peripecia fijada en los códigos consecutivos del principio de causalidad desde la aparición del hombre sobre la faz de la tierra. El azar viene a ser como una fórmula algebraica que determina la reglamentación rigurosa de todo lo imprevisto o todo lo que tiende a parecer contingente. Y eso daría pie para establecer una casi infinita cadena de actos aparentemente aislados, pero que en el fondo van a irse concatenando *ab aeterno* hasta constituir el engranaje de ese fatalismo en que se asienta nuestra propia condición humana.

Es cierto que cada vez espaciaba más mis visitas a Jerez, a pesar de que mis padres insistían continuamente en que no dejase de ir a verlos cuando tuviese algunos días libres. Pero yo, aunque tenía en verdad bastantes días libres, me resistía sin saber muy bien por qué, tal vez evocase en una serie de hostiles vislumbres los tedios consecutivos de la vida jerezana, sus tejemanejes de corte aldeano, las testarudas majaderías de una sociedad alicorta que creía volar a muy privilegiada altura. A lo mejor es que todo eso, según lo pienso ahora, venía a ser como el efecto retardado de cierto rechazo proveniente de mi propio orgullo, de una tendencia instintiva a seguir desdeñando todo lo que un día pudo zaherirme, debido a ciertas arraigadas desavenencias con mis más arquetípicos paisanos. Continuaba sin poder tolerar que esa sociedad, es decir, la que aún prevalecía en sus esferas más refinadas y a la vez más iletradas, me considerara o un desleal o un sujeto incapaz de reconocer las indiscutibles y maravillosas prendas locales. Y eso

me exasperaba de manera probablemente excesiva y desde luego malsana, hasta el punto de pensar que la única actitud posible consistía en la ingenua venganza de no volver por Jerez. En eso seguía sintiéndome muy cerca, aunque no de un modo tan monocorde y adolorido, del Cernuda enfrentado a la retrógrada sociedad sevillana, según confiesa una y otra vez con plañidero énfasis en *Ocnos.* Por supuesto que deseaba y mucho pasar unos días con mis padres, pero tampoco podía sustraerme al hecho de ir demorando ese viaje con los frenos de la arrogancia. En realidad, tardé bastante más de un año en volver a Jerez. Tampoco es improbable que apresurara entonces esa visita por un motivo sólo en apariencia banal. El caso fue que una señora de indiscretos hábitos proteccionistas, mujer de José Luis Tejada, un poeta portuense de prolífica cuerda neoclásica, llamó un día a mi madre para notificarle que me había visto en Madrid en un estado más que preocupante, sobre todo por los manifiestos estragos que el alcohol estaba ocasionando en mi salud. Tal como suena. Huelga decir que la noticia dejó a mi madre muy seriamente preocupada y supongo que no encontré mejor forma de tranquilizarla que personándome en Jerez, al menos para convencerla de que no era para tanto.

Es curioso comprobar de qué subrepticia y enojosa manera puede afectar el paso del tiempo a la equitativa distribución de las emociones. La bajada a Andalucía desde Madrid, en aquellos todavía incómodos y desapacibles trenes nocturnos, seguía teniendo entonces el valor de un viaje por más de una razón sugestivo, pero sólo justificado en casos de extrema necesidad o, en cierto modo, de legítima defensa. Y eso ya favorecía la suposición de que la distancia recorrida no sólo vaticinaba una serie de supuestas aventuras, sino que iba marcando una frontera cada vez más notoria y exasperante entre lo que se iba quedando atrás y lo que se me venía encima. Es cierto que volvía a Jerez como si restableciera un remoto y esencial tramo del mapa de mi memoria, entre otras cosas porque el plazo de un año era entonces mucho tiempo. Todo había cambiado porque yo también era distinto, esa comparación imposible entre lo conocido antaño y lo reconocido mucho después, un lugar común que captura de pronto a los lugares menos comunes. Aquel chalé del ensanche urbano de Jerez que, en el momento en que nos mudamos allí, mi madre consideró poco menos que un destierro, era ya también para mí un poco como una casa ajena, no, no como una casa ajena, sino como un transitorio ámbito familiar al que yo acudía en calidad de hijo aparentemente descarriado o desviado por alguna extrañeza sensitiva. De todos los que habíamos vivido en la casa natal de la calle Caballeros —mis abuelos maternos, mis padres, mis hermanos Rafael y María Julia, las tías Victoria e Isabela—, ya sólo seguían en el chalé mis padres y tía Victoria.

¿Por qué esa sensación injusta, a todas luces arbitraria, de ser un intruso, de estar apenas de visita en una casa donde viví un buen trecho de mi primera juventud?

Había una pesadumbre sutil en aquellos días jerezanos vividos en la casi excluyente compañía de mi madre y de tía Victoria. Mi padre tenía entonces menos años de los que yo tengo ahora y seguía yendo regularmente a su despacho del banco. Yo solía quedarme en casa, leyendo o conversando con mi madre casi todo el tiempo o paseando con ella por los lugares en que habíamos sido preferentemente felices. Cuando salía a callejear solo, un poco a la deriva, tenía la impresión de estar internándome a duras penas en un mundo que me costaba trabajo reconocer y que desde luego tampoco me hacía sentirme reconocido. A veces la gestión selectiva de la memoria no logra aislar los datos halagüeños de los inclementes. Incluso ahora, cuando trato de acordarme de aquellas andanzas, sé que tiendo a silenciar, a olvidar, las que me resultan onerosas o indignas por algún motivo. Me callo sin mayores reservas lo que no deseo contar o lo que supongo que no debo contar. En la memoria abundan las zonas donde se abisman sin ninguna posible contraorden los olvidos. Pero ¿de qué me olvido, de qué prefiero olvidarme o por qué finjo ahora que me olvido de algo?

Volví a recuperar de pronto la costumbre del viandante que había sido años atrás. El propio paisaje urbano me iba devolviendo casi sin yo desearlo imágenes desdibujadas o ya abolidas, escenas inconexas, figuras borrosas: aquel bibliófilo benévolo, homosexual y republicano, a través del que conocí con emoción inolvidable a Juan Ramón Jiménez y a los poetas del 27; aquellos tíos y primos acostados en calidad de enfermos ficticios o de ceñudos inquilinos a perpetuidad de la cama; aquella muchacha llamada Carmen a la que quise tan de veras y a la que dejé de ver en un indisculpable acto de cobardía cuando me fui a estudiar a Sevilla; aquel decadente don Julián y aquel culto don Gregorio, mis profesores particulares de francés y latín; aquellos oscuros personajes encontrados en la clandestinidad seductora de las tabernas de San Miguel y Santiago o de los prostíbulos de los alrededores de la Colegial, por aquella vía maestra que ostentaba el arcaico topónimo de Rompechapines... Todos esos reflujos de experiencias dispersas coincidían de repente en la memoria no como la emisión ordenada de un pasado reciente, sino como el residuo confuso de una serie de episodios que ya sólo tenían una validez interina y vacilante. Su contenido era ya distinto porque también el paso del tiempo los había vuelto defectuosos o insustanciales. Ni ese mundo era el mismo ni yo era el de entonces.

Fui a ver naturalmente al primo Rafael Bonald, que atravesaba por una de sus etapas acérrimas de acostado. Ni su aspecto ni sus hábitos habían sufrido ninguna alteración, pero algunas de sus más persistentes manías estaban muy atenuadas, sobre todo a partir de su abrupta escapada de la clínica de López Ibor. Seguía leyendo todo lo que podía encontrarse en el precario mercado librero provinciano y seguía siendo el mismo petulante y lentísimo interlocutor de siempre: antes de hablar se quedaba preoyendo lo que iba a decir, no fuese a cometer alguna clase de anacoluto o de simpleza. Desconocía adrede lo que ocurría a su alrededor y ni siquiera su brillante título de abogado de hacía años lo había animado aún a montar ningún bufete o a cultivar de algún modo ese oficio. Tampoco creo que, con su fama de displicente o de atrabiliario, hubiese podido prosperar con un mínimo desahogo en el ejercicio de la abogacía. Supe entonces que aquella espléndida bodega que tanto significó en nuestra iconografía juvenil y nuestras primeras descubiertas eróticas, ya no pertenecía a la familia. Cientos de botas de óptimas soleras habían sido seguramente malvendidas a cuenta de las negligencias y dejaciones de tío Rafael, que había muerto meses antes sin abandonar la cama y desentendido durante años de todo lo que no fuera un consumo desorbitado de café, tabaco y vino oloroso. La farmacia y el laboratorio que fundara el primer Rafael Bonald —padre de mi madre— continuaban en manos de encargados y mancebos que, poco a poco, fueron descomponiendo la estabilidad del negocio y haciendo peligrar también su permanencia. No logro precisarlo muy bien, pero pienso que el primo Rafael, consciente quizá de los trastornos habidos y por haber en la economía doméstica, decidió abandonar la fatigosa molicie de la cama y tomar cartas en el asunto, en evitación —supongo— de males mayores. A lo mejor es verdad que en esa tarea se le fueron los años, dilapidó el talento y aceptó finalmente la acomodaticia integración en la adocenada sociedad local. No sé exactamente si fue una renuncia en toda regla o se trató simplemente de una exigencia familiar provisoria, pues Rafael, a pesar de sus aparentes deserciones en este sentido, seguía aplicando una acrobacia desdeñosa, casi siempre inmoderada, a sus juicios críticos sobre la cultura literaria imperante. Y lo cierto es que no abandonó nunca ni una curiosidad apenas exhibida ni un solvente conocimiento de causa.

Mis mejores amigos de adolescencia y primera juventud —Juan Valencia, Pepín Hernández-Franch, Vicente Fernández de Bobadilla, Jacinto Paniagua — ya no vivían en Jerez. Otros —Tomás Abad García-Pelayo, primo mío también, Anselmo Gil, Lorenzo Aguirre— o se habían casado muy jóvenes o andaban ya acomodados y recluidos en sus respectivos ámbitos profesionales.

Incluso los amigos mayores, es decir, aquellos únicos jerezanos que de algún modo alentaron mis aprendizajes como escritor —Julián Pemartín, Sebastián Argudo, Tomás García-Figueras, Fernando Peña, Ramón García-Pelayo—, ya habían dejado de tener para mí el emergente reclamo de una gratitud que la buena voluntad confundía con el cariño. Y eso también me provocaba un cierto desánimo, una subrepticia desgana emotiva, como una sensación de infidelidad ante el más que perceptible acabamiento de unas experiencias en las que se habían invalidado los asideros de antaño. Ocurría además que la mayoría de mis amigos jerezanos, por no decir todos, seguían adscritos si no al gremio de los ultramontanos, sí a una cierta identificación doctrinaria con los postulados franquistas, los mismos que aquella burguesía provinciana se sentía corporativamente destinada a salvaguardar. Y si bien nada de eso me suscitaba ninguna animadversión más o menos ostensible, salvo en casos de acusada virulencia, no podía eludir sin embargo una prevención ciertamente incómoda. Era como una tendencia instintiva a distanciarme de unas personas a las que me ligaba algún lazo afectivo, pero a las que en absoluto me apetecía frecuentar.

Las pocas veces que anduve recuperando mis viejos hábitos de andariego meditabundo me embargaba una melancolía próxima al estoicismo, una especie de crédula asimilación de la soledad, adecuadamente roussoniana, que me predisponía para un cultivo exasperante del espíritu de la contradicción. En casa, sobre todo, durante unas sobremesas que no habían modificado desde mi infancia el valor de un ritual de imprevisible duración, yo no perdía la oportunidad de refutar cualquier juicio de mis padres relacionado con temas culturales o literarios. Si mi madre, por ejemplo, que era una persona muy dulce y ocurrente, educada en la más estricta reglamentación católica, elogiaba a algún escritor provinciano o celebraba alguna señal de vida de la cultura local, yo enseguida me erigía, a sabiendas de mi inoportunidad o mi indelicadeza, en denostador furibundo de ese personaje o esa efeméride. Y bien que lo sentía luego, pues mi madre se apenaba visiblemente ante mis exabruptos, que me convertían sin más a sus ojos en un impertinente de muy malos modales. En cuanto a mi padre, al que siempre vi de niño y aun de adolescente como un desafecto al régimen y un agnóstico —ese secreto de familia que yo supuse que había que guardar celosamente—, ahora representaba en la vida familiar el papel de un escéptico acomodado a su suerte, algo no muy ajeno a la actitud del que prefiere renunciar de antemano a algo que sólo puede conseguirse con lisonjas. Yo creo que, a partir de los reveses económicos que le sobrevinieron tras la guerra civil, con la bancarrota del negocio bodeguero y los desmantelamientos políticos incrustados en su

noble mentalidad republicana, mi padre se retiró a las trastiendas de sus propios territorios vitales.

Sólo permanecí en Jerez aquella vez poco más de una semana, diez días a lo sumo, pero tuve tiempo de protagonizar un episodio bastante ingrato, de una penosa constatación retrospectiva. Resulta que una hermana de Lorenzo Aguirre, Teresita, a quien conocía desde niño y que siempre me había parecido una beldad distante y a escala reducida, se me acercó una tarde mientras yo iba callejeando, se situó velozmente ante mí y empezó a parlotear sobre no sé qué ingratitudes, olvidos y desdenes de los emigrados a la capital. Yo no sabía muy bien qué cara poner. Apenas había visto a Teresita Aguirre desde hacía años y, además, ese tipo de vínculos amistosos femeninos siempre me habían producido cierto retraimiento, como un estorbo instintivo para mantener con naturalidad una conversación apetecible o mínimamente desprovista de inhibiciones. En aquella ocasión también ocurrió algo por el estilo. Me aturdía bastante aquella muchacha medio pelirroja, de modales desenvueltos y palmaria potencia carnal. No era, en términos relativos, tan pequeña como yo la recordaba, y parecía haber atravesado la pubertad con una airosa aceleración. Aunque suelo ser bastante incompetente para captar el sentido de ciertas actitudes provocativas, no tardé en entender los por otra parte meridianos jugueteos de Teresita. Tomamos, creo, alguna copa, la acompañé a su casa sin demasiada convicción y acordamos volver a vernos al día siguiente, ya de noche, en la rosaleda de un paseo —el de Capuchinos— de acreditadas y propicias soledades, a cubierto sobre todo de las vigilancias malsanas de los castos. Mientras llegaba la hora de la cita, no dejaba de pensar en la inusual vía libre que se había derivado de aquel casual encuentro, remitiéndolo sobre todo a los pacatos hábitos locales de puertas afuera.

Lorenzo y Teresita Aguirre pertenecían a una conocida y pudiente familia jerezana. El padre, don Ramón se llamaba, era un espécimen bastante común en la fauna local. Bravucón, jaranero y franquista, se dedicaba a los negocios en general —bodegueros, agropecuarios— y se veía enseguida que disfrutaba mucho haciendo ostentación de sus poderes y rodeándose indistintamente de marqueses y putas. Siempre me he acordado con perseverante nitidez de una excursión a Gibraltar a la que me invitó Lorenzo. Su padre tenía algo que resolver allí y consintió que lo acompañáramos no sin advertirnos que al que diera la lata lo metía sin más en el maletero. Hicimos el viaje en un coche que resultaba aún más suntuoso en aquel ciclo de privaciones de la inmediata posguerra, y fue entonces, ya de vuelta a Jerez, cuando se me manifestaron los primeros síntomas de una tuberculosis que me mantuvo en reposo permanente

durante algo más de un año: el nocturno lírico de la tos convulsiva y las salpicaduras de sangre en el pañuelo. Ya me demoré relatando todo eso en el primer tramo de estas memorias. Al cabo del tiempo, bastante después de la fecha que ahora trato de reconstruir, me enteré —sucesivamente— de que el padre de Lorenzo se había arruinado de la manera más calamitosa y que había muerto maldiciendo al mundo, agobiado de pleitos perdidos y deudas que ya nunca pagaría. Lorenzo tuvo que ponerse a trabajar donde buenamente pudo y él, que iba al colegio en un coche con chófer y que fue el primero en usar unos pantalones bombachos traídos directamente de la City, acabó haciendo portes en una furgoneta. Tengo entendido que no sobrevivió a un estúpido accidente de carretera, cuando se dirigía a Medina Sidonia. En cuanto a Teresita, la hermana, se la tragó sin dejar rastro la barahúnda prostibularia de Sevilla.

Decía que había quedado citado con esta Teresita en la rosaleda de Capuchinos y allí estaba yo naturalmente a la hora en punto, maliciándome que ella acabaría por no acudir. Ese corredor vacío en el que se congela un tiempo que acaba siempre resbalando por las mismas sospechas iniciales. Pero Teresita llegó al fin, cuando ya el tiempo no tenía ninguna posibilidad de desandar el atajo por donde se estaba escapando a la vez que mi credulidad. Enseguida noté que ella exageraba adrede la procacidad de su conducta, sus carantoñas y modales insinuantes, tan contrarios a las marcas educativas habituales en las jovencitas de su condición. No entendía mucho aquel comportamiento con el que parecía querer sorprenderme, como si tratara de dejar bien claro desde un principio que a ella no la intimidaba ningún jovenzuelo curtido en las turbulencias capitalinas, lo que —por otra parte— resultaba sumamente infundado. No había el menor amago restrictivo en todo aquel escarceo de apreturas y rechazos, de caricias y empellones, subrayados a veces con un descaro que no le correspondía en absoluto. Creí entender de pronto que no era a mí a quien dedicaba esas martingalas eróticas sino a un destinatario ausente que muy bien podría haber percibido como yo la comicidad, la decoración caricaturesca o distorsionada de aquel encuentro, aquel diálogo, aquel escenario. Ya había iniciado el padre su declive económico y ella se vengaba así de una sociedad beocia que los había desplazado con tanta insidia de su seno, negándoles todo aquello que había constituido en cierto modo la más inconmovible razón de sus privilegios.

Nos desviamos desde Capuchinos hasta una venta de aquellos alrededores, un lugar poco menos que proscrito no ya para chicas instruidas en los convencionalismos de la decencia local, sino para cualquier persona ajena a ese mundo espeso y encanallado de las juergas. Teresita incluso parecía

solazarse con aquella especie de provocación inocente que también la hacía infringir de antemano su propio código sexual, como si estuviese particularmente interesada en dar cumplida cuenta pública de sus devaneos. Inició ella una nueva táctica narrativa y, usando de una balbuceante retórica de melodrama, me contó las desdichas familiares, las añagazas del padre para tratar de escabullirse de los acosos de los rufianes doblados de santurrones, la desesperación de la madre, a la que sólo conocí muy de pasada y que vivía recluida en una ya irremediable habitación de desposeída. Su desvergüenza me avergonzaba, pero ella insistía en relatarme sus infortunios y en darme a entender que no sólo no le importaba que la vieran en aquel antro conmigo, sino que así desafiaba a quien pudiera reconocerla, aunque en ningún caso llevársela a la cama. Teresita habló mucho más que yo, pero yo bebí bastante más que ella. Ya era muy tarde cuando salimos de la venta. Como no sabíamos dónde ir, ni eran horas de buscar ningún acomodo apropiado, nos amparamos en las sombras entrecortadas de un bosquecillo aledaño y allí de pie, contra el tronco de un eucalipto, casi antes de que yo tantease el terreno, procedió Teresita a una operación frenética de preámbulos y dudosas penetraciones, de arrebatos entre fingidos y veraces, donde también se desquitaba ella instintivamente de sus muchas indigencias morales.

No regresé a Madrid sin pasarme antes por Sanlúcar. Era una visita inevitable, no sólo por estar una tarde con tía Isabela, sino por resarcirme de tantos menoscabos de la evocación con la presencia física y los alimentos sensitivos de Doñana. Tía Isabela estaba un poco más abatida, no sé si porque ya barruntaba el avance mortífero del cáncer, o porque realmente el paso del tiempo la iba volviendo menos exultante y animosa, más ensimismada, aunque seguía conservando casi indemne toda su prestancia y sus contagiosos deseos de vivir. Apenas salía, pero aquella vez nos fuimos a un bar de la Calzada, dando un rodeo por los todavía cultivables navazos de Cerro Falón. Era una ruta de muy conmovedoras correspondencias con mis descubrimientos infantiles del mundo. Al fondo se veían las dunas y los pinares del borde fluvial de Doñana y un poniente largo dejaba sobre el albero del paseo el olor materno y antiguo de la mar. Hablé mucho con tía Isabela de las peripecias familiares que habíamos vivido juntos en Jerez, de cosas remotas y queridas, todas ellas afectadas por los estorbos de su incipiente enfermedad y por lo que ya iba teniendo algo de advertencia atribulada. No sé por dónde andaría entonces tío Luis Girón o el primo Humberto, pues no los asocio a esa visita fugaz y emocionante. Vagué un poco sin muchas ganas por aquellos alrededores, sólo el tiempo justo para medio percatarme de que ya empezaban a apuntar por algún agazapado rincón urbano las marcas invasoras

de la especulación y los desafueros arquitectónicos. Y aún tuve ocasión de asomarme a la boca del río, por la parte de Las Piletas, allí donde persistía el descalabro angustioso de los naufragios —hay documentados más de quinientos— acaecidos en esa alevosa barra sanluqueña a todo lo largo de los siglos XVII y XVIII. Una impresión que no por adornada de algún pueril artificio lírico dejaba de producirme siempre una auténtica conmoción sentimental. A veces incluso he sido capaz de ver la escenografía cierta de la devastación, no como un trampantojo repentino, motivado por alguna propicia nocturnidad, sino como una inusitada suerte de percepción extrasensible.

De vuelta a Madrid, y casi sin transición, me embarqué en un imprevisto viaje a Frankfurt. Seguro que prefería no quedarme quieto para que tampoco me hostigaran demasiado mis particulares discordias afectivas. Es posible también que anduviera buscando excusas que justificaran mis cada vez más frecuentes ausencias de *Papeles de Son Armadans.* En cualquier caso, debía de haber reunido algún dinero, no sé de qué modo, y acepté una invitación de Eduardo Cote —el poeta colombiano al que tan unido estuve hasta su muerte en 1964—, que era a la sazón cónsul de su país en esa ciudad alemana. Me detuve un par de días en París, de cuya memoria sólo me queda el residuo o la mezcolanza de otras memorias precedentes, todas ellas esquivas y brumosas. Elegí un tren diurno que llevaba directamente a Frankfurt, atravesando una campiña de tan ordenada composición, tan geométricamente dispuesta en zonas coloreadas de pigmentos elementales, que más parecía un diagrama pictórico minimalista. Me ha quedado la sensación de que al atravesar la frontera ferroviaria francoalemana, creo que a la altura de Estrasburgo, mientras la policía procedía a un minucioso control, supe que me internaba por un lugar solitario, inhóspito a pesar suyo. Sólo oía hablar alemán y la barrera del idioma me aisló hasta la desesperación, como si de pronto me estuviesen amilanando toda una serie de adustas bifurcaciones del desaliento. Miraba por la ventanilla intentando leer en vano los nombres de las estaciones por las que pasábamos sin detenernos, imaginándome que una de ellas era la mía o que me había equivocado de tren y ya debía de andar por algún ignorado confín de Europa. No fue un buen viaje, y pasé todo el tiempo en una especie de zozobra acentuada por la incomunicación, hasta que finalmente leí el nombre de Frankfurt en el frontispicio de una estación de inmensa estructura de hierro y vi a Eduardo Cote buscándome con sus ojillos de diablo benévolo.

He consultado un plano de Frankfurt y he podido localizar la calle Böhmer, que es donde vivía Cote, a un paso de la floresta versallesca del

Grüneburg Park. Apenas me han quedado imágenes de mis paseos por la ciudad en compañía de Eduardo o aventurándome a hacerlo solo durante las horas en que él trabajaba en el consulado. Veo entre una neblina melancólica las orillas del Main, los tinglados plomizos de los malecones, el curso cansino de las barcazas bajo los puentes, surcando unas aguas decoradas de tornasoles grasientos. ¿Era invierno tal vez o un invierno sólo reconocible en aquella órbita germánica? Me reaparece por algún reducto de la memoria un color ferruginoso, como de suciedad fabril, que lo barnizaba todo y que ni siquiera la animación estentórea de los restaurantes populares y las tabernas cerveceras conseguían mitigar. Es curioso, porque cuando al cabo de los años he vuelto a Frankfurt con ocasión de la Feria del Libro, ni pude reencontrar los sitios por donde anduve ni volví a experimentar ninguna de las sensaciones de pesadumbre que me acosaron la primera vez, imbuido quizá por la simultánea lectura de *Las penas del joven Werther*, donde fija Goethe la situación límite del héroe romántico maniatado por el más trágico de los destinos.

Cote hablaba un alemán decididamente chapucero, a juzgar por el gesto de incomprensión de sus interlocutores, pero en todo caso era un alemán suficiente, digamos utilitario, y se movía sin ninguna vacilación por los vericuetos de la ciudad, aunque yo nunca logré imaginármelo integrado en aquel clima tan mortecino y geométrico, sometido a las obligaciones del trabajo consular. Me guió por las zonas urbanas más nobles, más solemnes y petrificadas: por la casa natal de Goethe, esa emoción consecutiva de las habitaciones donde prevalecía un orden demoledor; por las zonas fluviales elegantemente ajardinadas; por la sede de la antigua Dieta de la Confederación Germánica, que a mí me pareció el prototipo de la arquitectura carcelaria reconvertida en mausoleo, un anticipo o un residuo, según se mire, de aquella descomunal fiebre constructora que prendió en el Tercer Reich como otra fanática forma de canalizar los delirios totalitarios. Cote me habló con cierta efusión, eso sí lo recuerdo, de su aproximación a los fundadores de la llamada Escuela de Frankfurt, los mismos que se habían enfrentado a las secuelas neopositivistas y alentaban una renovación crítica del marxismo, aquellos pensadores —Marcuse, Adorno, Habermas— que tan irregularmente habrían de influir en el posterior pensamiento político de algunos jóvenes escritores españoles.

Un día me llevó Cote a Wiesbaden, al casino. No sé por qué confundí, o quise confundir, ese lugar con el espacio escénico donde actuaba el jugador —el personaje de ficción— de Dostoievski, incluso el mismo Dostoievski en funciones de ludópata. Era la primera vez que yo pisaba un salón de juego de

tan lujosos ornatos y, si me dejaron entrar, fue porque Cote esgrimió sus credenciales diplomáticas. Una suerte de enfadoso deslumbramiento casi me impedía apreciar tantas alegorías placenteras de la vida: esos caballeros revestidos de una pomposa teatralidad burguesa, esas damas irreales y soñolientas, ese aire general de literatura galante que contrastaba con aquel otro tono que creí advertir al principio, cuando medio situé allí el decorado que rodea al enfermizo jugador que Dostoievski instaló en Baden-Baden. Fue como una visión perturbada por la ligereza y el apocamiento, mientras intentaba actuar con la osadía del timorato y perdía en la ruleta la muy modesta cantidad que aposté. Tampoco ganó Cote. Pero cuando salimos del casino ya apenas le quedaba fondo a la noche y nos sentíamos razonablemente afortunados. Una conclusión extraña.

A pesar de ese y otros más domésticos viajes y a pesar de mis periódicas tendencias a permanecer fuera de la circulación, seguía ocupándome con gusto variable de los asuntos de *Papeles,* y eso me suministró un anecdotario de no desdeñable vistosidad. Un día tuve que acudir a casa de Julián Marías para decidir qué texto, entre varios posibles, iba a publicar en la revista. Me personé en su casa a la hora convenida y me hicieron pasar a un recibidor amueblado de acuerdo con la más estricta tibieza decorativa. Andaba mirando a ningún sitio, cuando irrumpieron en la habitación dos niños de entre seis y ocho años provistos de sendas espadas de madera y de una adusta excitación de perseguidores del escapado de un merecido escarmiento. Yo me hice el desentendido, suponiendo que los pequeños asaltantes, una vez comprobado que en aquella habitación no estaba el que ellos buscaban, se volverían sin más por donde habían venido. Pero no fue eso lo que hicieron, sino que, tras observarme y observarse entre ellos con un detenimiento impropio de su tierna edad, se aprestaron unánimemente al ataque, esgrimiendo las espadas con manifiesta bizarría. No supe en principio qué debía hacer: si escapar en evitación de males mayores o repeler la agresión. Y opté por aguantar pasivamente, a ver qué ocurría. Uno de los niños me hincó su espada en el costado sin ningún miramiento y con ánimo abiertamente belicoso. La sorpresa no me impidió reaccionar de forma impensada, pues empujé quizá de modo excesivo al atacante, el cual trastabilló sin llegar a caerse, se quedó un momento indeciso y luego se dirigió a todo correr a la puerta llamando a la madre y proclamando a voz en grito que el señor que estaba en la sala, o sea, yo, le había pegado. Apareció finalmente Julián Marías, seguido de su mujer, Dolores Franco —autora de *La preocupación de España en su literatura*—, y todo se arregló sin ningún pacto explícito de no agresión. Ni que decir tiene que uno de los dos aguerridos espadachines no era otro, como es fácil colegir,

que Javier Marías. Al cabo de tantos años, no puedo evitar una conjetura fácil: que desde entonces el joven Marías estaba predestinado a ser un fogoso contendiente en lides literarias, a veces incluso con una copiosa carga de vehemencias. Su abigarramiento estilístico, de tiras y aflojas sintácticos, pero de muy eficientes aparejos discursivos, su dominio de una técnica basada en la venerable teoría de la circunlocución, ya eran motivos más que suficientes para buscar enemigos presuntos desde la infancia. Incluso donde no los había. Digo yo.

De esa época data también una anécdota ni sobresaliente ni quizá reseñable, pero que no dejó de tener algún divertido aderezo. Resulta que Tyrone Power acababa de morir en Madrid, tras sufrir un ataque cardíaco durante el rodaje de no sé qué película, una de esas superproducciones que, acaso por algún defectuoso lastre educativo, nunca me han suministrado el menor interés. Tuve entonces una ocurrencia luminosa. Me acordé de pronto de un piloto de la marina mercante que había conocido en El Puerto de Santa María, un tal Tomás Varela, empleado a la sazón en las oficinas de un consignatario. Este caballero contaba con la peculiaridad de ser exactamente como un hermano gemelo de Tyrone Power, incluso se habían producido algunas curiosas confusiones a este respecto. Y pensé con celeridad fortuita que esa persona podía sustituir perfectamente al actor muerto, con lo que se solventaría de lo más bien la continuidad de la película. Ignoro por qué me compliqué la vida con un asunto tan fútil, amén de tan resbaladizo y latoso. Pero hablé con Pepe Quereda y Pedrito Ansola —compañeros y vecinos a los que ya me referí— y, los tres juntos, convinimos en asociarnos para llevar a la práctica semejante aventura. Una vez localizado, tras múltiples pesquisas, el paradero del *alter ego* de Tyrone Power, me costó Dios y ayuda convencerlo de que se viniera a Madrid, donde lo esperaba con toda probabilidad la fama y la fortuna. Sólo conseguí vencer su resistencia, o atenuar sus recelos, después de una larga y aduladora enumeración de sus muchas prendas personales, con especial insistencia en la notoriedad de su prestancia masculina. Todos los gastos del viaje correrían naturalmente de nuestra cuenta. De modo que un día fuimos a esperar a Tomás Varela a Atocha y allí apareció el joven piloto con más pinta de Tyrone Power que nunca, incluso con un ademán de trotamundos venido a menos de lo más propio. Lo instalamos en un hotel de la calle Mayor y, a media mañana del día siguiente, ya estábamos allí para transportarlo a mi piso, donde lo aguardaba una maquilladora amiga de Pedrito Ansola, especializada en cosméticos y composturas faciales. También acudieron a su tiempo debido un periodista y un fotógrafo de *Pueblo*, a quienes habíamos encomendado un reportaje sobre la milagrosa aparición de un clónico del

fallecido actor norteamericano.

Hasta ahí no hubo mayores imprevistos, si bien el tal Tomás Varela no las tenía todas consigo y no hacía más que reclamar la pronta solución de aquel negocio, ya que debía reintegrarse a su trabajo y dejarse de tantas marrullerías. Lo decía con un aplomo básicamente incontestable. Así que aceleramos los trámites y a la mañana siguiente nos personamos en el hotel donde se había instalado el equipo directivo de la película inmovilizada. Por supuesto que no nos atendieron así como así y, sólo al cabo de insinuantes recordatorios de la trascendencia de la cita y de una larga y desazonante espera, apareció un señor desgalichado y altanero que sólo hablaba inglés y una oronda secretaria que, aparte de inglés, también hablaba un español enmarañado. Ambos se quedaron mirando a aquel Tyrone Power redivivo con una mezcla de alarma y perplejidad, más acusada en el caso de la secretaria. La entrevista empero se desarrolló a una velocidad insolente. Visto y no visto. Quedaron en avisarnos de inmediato y salimos del hotel bastante mohínos, entre otras cosas porque no era ésa la acogida que esperábamos. Habíamos supuesto y con razón que al presentar a aquel personaje a quienquiera que tuviese mando en la película, la reacción sería rigurosamente espectacular, más que nada porque habríamos resuelto el grave problema causado por la muerte del protagonista. Así que no nos quedaba otra opción que armarnos de paciencia. Lo malo eran los gastos derivados del hospedaje y manutención del candidato a actor sustituto, que mostraba, entre otros defectos de convivencia, una excesiva inclinación a comer por lo menos dos veces al día, lo cual afectaba de modo notable a nuestras reservas económicas. Además, Tomás Varela había decidido —a sus expensas, eso sí— traerse a Madrid a su mujer, una rubicunda primorosamente torneada, de mucha labia y con esas ganas de pelea que ostentan a veces las reprimidas, quien dijo estar allí para reclamar en su momento lo que al alma de cántaro de su marido ni siquiera se le habría ocurrido plantear.

La situación empezaba a chirriar un poco, sobre todo por la presencia atosigante de la mujer de Tomás Varela, y eso que Pedrito Ansola, Pepe Quereda y yo mismo, cada uno por su lado, intentamos en vano apaciguar a la susodicha por el procedimiento de trabajarle el flanco más sensible, ya fuese ensalzando los méritos físicos que concurrían en su persona o bien anticipándole las muchas oportunidades de lucimiento que iba a tener si el marido acababa convertido en actor internacional. En vista, sin embargo, de que no recibíamos ninguna noticia de la productora, Pedrito Ansola se valió de su amistad con no sé qué ejecutivo de la industria del cine para enterarse de

lo que pasaba. Y lo que pasaba era que a los yanquis que financiaban la película ni siquiera se les había pasado por la cabeza sustituir a Tyrone Power por ningún supuesto doble, incluso en el caso extremo de que nadie fuese capaz de establecer la menor diferencia entre las facciones del muerto y las del vivo. Sobra decir que la información fue muy mal recibida por todos los implicados, empezando por los socios de nuestra fugaz empresa y terminando por el piloto portuense y su belicosa mujer, quien se pertrechó de unos vociferantes argumentos de dama ofendida en lo más hondo de su dignidad para exigir una reparación por todo aquel desaguisado. No hubo manera de hacerla entrar en razón. El marido, por su parte, permanecía como recluido en un silencio que más parecía el que precede a la irrupción del asesino. Y lo peor fue cuando Quereda, en un alarde de habilidad dialéctica, le propuso al ensimismado que hiciera un esfuerzo y se quedara en Madrid, ya que estaba convencido de que si insistía un poco acabarían contratándolo como sustituto del actor fallecido. A la mujer le faltó poco para atacar a Quereda no con insultos sino con uñas y dientes. Su crispación de energúmena resultaba francamente intempestiva, y el color de su cara había virado del rubicundo al púrpura, aunque finalmente prefirió agarrar al marido de un brazo y arrastrarlo lejos de aquellos indecorosos culpables de su humillación. Y ahí terminó el espectáculo. Cada cual regresó a su lugar de origen con distintas dosis de decepción. Yo no es que me sintiera frustrado o irritado por la mala jugada de mi credulidad, sino que era como si hubiese caído lamentablemente en la trampa de aquella penosa sucesión de necedades.

Algunas veces, en las espesas noches madrileñas, cuando nada parecía poder reemplazar buenamente al tedio, solía recalar en un sótano del arranque de la calle San Marcos convertido en acogedor simulacro de pub. Allí me llevó un día Antonio Quirós o Constantino Grandío —uno de ellos, pues los dos pintores eran igualmente asiduos— y me agradó el tono entre silente y licencioso del tugurio, por el que andaban sueltas y donde conocí a muchachas de nombres ya extinguidos, fugitivas de paso, ninfas desocupadas, señoritas ansiosas, jóvenes madres frustradas en busca de hijos manejables. Era una fauna heterogénea que podía llegar a ser divertida y hasta venenosa, algo así como un reclamo episódico que a lo mejor lograba suscitar grandes pasiones fugaces o leves caprichos duraderos, y hasta alguna que otra solapada tendencia a la promiscuidad. Lo malo era el censo masculino de noctívagos que solían asomar por allí. Eso podía llegar a ser incómodo y a veces hasta muy desagradable. Un día se presentó un sujeto de no mala catadura, jugueteando con lo que parecían ser las llaves de su coche y como pidiendo ser reconocido de inmediato. Pregunté que quién era y me dijeron

que no era nadie, una especie de compositor por encargo que llevaba escrita en la cara su caducidad o que ya estaba decididamente caduco. Yo no andaba muy bien de reflejos aquella noche, o aquella temporada, pero enseguida me di cuenta de lo fácil que le resultaba a ese personaje provocar mi irritación. Era sin duda un botarate que ni siquiera habría sabido sospechar que lo era y que vivía de representar sus propias duplicidades de fracasado. El necio se asesora de otros necios contiguos, pude haber pensado entonces, anticipándome en un alarde de anacronismo a un poema mío de veinte años después. En cualquier caso, me molestó mucho todo eso, colisionó por así decirlo con la escasa aptitud para el equilibrio de que gozaba entonces.

En un momento de la alta noche, el compositor por encargo se acercó a saludar a una jovencita que estaba con nosotros, en un grupo casual formado por amigos de ocasión, yo entre ellos. La cadenita con las supuestas llaves del coche seguía girando alrededor del dedo índice del compositor por encargo, que miraba a la concurrencia con esa altanera seguridad del que vive del aire. Yo no tardé ni un segundo en darme cuenta de que esa actitud contenía un ingrediente provocativo más bien inadmisible. Nunca he podido evitar que cualquier presunta ofensa directa o colateralmente recibida, se me convierta de pronto en una iracundia irrefrenable: la segregación repentina de adrenalina taponándome los conductos de la razón, algo que a lo mejor también tenía sus afinidades con la mala conciencia, esa especie de error de cálculo aplicable todavía a las fisuras morales de mi conducta, a los corolarios aún vigentes de la culpabilidad. Así que no lo pensé dos veces: me fui para el causante de esa hipotética ofensa, le arranqué de las manos las muy exhibidas llaves y pretendí de la manera más desconsiderada introducírselas en la boca. El compositor por encargo ensayó primero un gesto de pavor y luego me rechazó con una energía superior a la que parecía generar su complexión enteca. Las llaves, sin embargo, le habían dañado el labio de besar y quiso devolverme la agresión, pero yo le adiviné la maniobra y lo recibí de tal modo que él mismo tropezó impetuosamente con mi puño, encajándoselo en el plexo solar y quedándose a renglón seguido como extenuado. Todo fue muy rápido y ya los contertulios se encargaron de frenar mis arrestos y apaciguar al compositor por encargo. Incluso la incoherencia del episodio podía tener un componente literario irregularmente atractivo.

La vida cotidiana podía remitir entonces a esa clase de concordancias, digamos que a escala pedestre, con lo que el físico Heisenberg llamaba principio de indeterminación o el matemático Lofti Zadech la lógica difusa. Por supuesto que se trata de una gratuita apelación a la semántica comparada,

si es que existe tal cosa, pero siempre me han seducido esos asertos vaporosos, tan aparentemente opuestos a cualquier rigor especulativo, esa especie de intromisión de la poesía en el terreno de la ciencia. Lo digo porque sospecho que quise escribir entonces algo sobre esas incertidumbres sin que nunca llegara a hacerlo. Y ya es un poco tarde para volver a intentarlo.

## 7. EXAMEN DE INGENIOS

Me contaba Bergamín que, al regreso de un viaje de Valle-Inclán a Barcelona, quiso saber qué opinión le había merecido la ciudad al autor de *Luces de bohemia,* a lo que respondió éste con una contundencia impecable: «¿Barcelona? Una ciudad llamada a desaparecer.» Si traigo a colación ese juicio muy en la línea de los espejos deformantes y que tiene su gracia, es porque mi más efectiva impresión de Barcelona se orientó justamente en sentido contrario, es decir, a partir de su consistencia urbana, de su aparente solidez de metrópoli. Allí estaba aferrada a los tiempos sucesivos de su historia una ciudad de flagrante perduración. Casi todo me pareció de una calidad urbanística muy aceptable, no ya en lo que se refiere a la modélica supervivencia de sus enclaves góticos o a la general escenografía ciudadana, sino incluso a la geometría funcional del Eixample*,* ese inteligente plan expansivo —el plan Cerdà— motivado por las exigencias del crecimiento demográfico, una vez anexados los municipios circunvecinos. Las calles, las plazas, la amena continuidad de las Ramblas, las encrucijadas poligonales, tenían ciertamente una tonalidad muy poco ibérica y una prestancia netamente asociada a las ilustraciones del progreso. Leí en su día que el Real Instituto de Arquitectos Británicos había destacado en ese sentido el «modelo barcelonés», si bien Oriol Bohigas, «padre espiritual de la nueva Barcelona», cuestionaba ese modelo al afirmar que, a partir de los sesenta, los planes generales de urbanismo habían justificado la disolución de la ciudad. No lo sé. Nada de eso podía ser rastreado todavía.

Supongo que esas o parecidas conjeturas me hicieron sentirme como recién llegado a una ciudad colateralmente emparentada con algunas francesas del sur o italianas del norte, en la que yo era en cierto modo un extranjero, cosa que desde luego no me incomodaba, pero que sí me transmitía una cierta extrañeza. Lo que me resultó inaceptable fue la escisión brusca, desconsiderada, entre la mar y la tierra, esa especie de torpe camuflaje, de prurito de ocultación de las lontananzas mediterráneas con toda clase de tinglados portuarios, desapacibles murallones fabriles y deprimentes callejas suburbiales. Qué estupidez la de bloquearle ese acceso al mar a una ciudad formalmente náutica, sólo salvable a través de lo que empezó siendo barrio marinero de la Barceloneta y fue reajustándose luego como zona de atracción gastronómica. Ahora ya semejante defecto de aglomeración urbana ha sido enmendado con las instalaciones de los Juegos Olímpicos, pero el resultado visual en ningún caso ha sido inmejorable. Toda esa funcionalidad

arquitectónica en honor de los falsos, de los hueros dioses del deporte pertenece a otra cultura urbanística, a una cultura exógena a mis gustos, con la que yo tengo muy poco que ver. El singular aliento metropolitano barcelonés, acaso en la misma línea de la estética industrial de Marsella o Milán, ha sido desplazado en esa zona deportiva por un gélido, aséptico muestrario de cristal y acero inoxidable.

No se me oculta que aquella Barcelona de los años cincuenta y sesenta, tan culturalmente encumbrada con relación a Madrid, provista de una burguesía epigonal de muy buenas maneras —esa que «veraneaba infinitamente en Villa Estefanía»— y de un censo intelectual sin duda relevante, fue luego derivando hacia una ciudad adocenada, algo filistea, tendente a la opacidad, cada vez más parecida a sus propios tópicos sociales. O a su misma insípida decoración de Cámara de Comercio administrada por secuaces del centralismo franquista. Podría argumentarse sin excesiva temeridad que durante la dictadura, o durante su etapa más obediente a los técnicos del desarrollo económico, la cultura barcelonesa logró sobrevivir con poderosa autonomía y con su partida de nacimiento muy bien cumplimentada, a contrapelo de las ineficientes brújulas capitalinas y de los cancerberos imperiales. En cierto modo, todo eso provenía de aquella otra Barcelona prebélica que retratara Josep Maria de Sagarra con suma inteligencia en sus *Memòries* y que se prolongó de algún modo, contra viento y marea, hasta quedar bruscamente atajado con las avanzadas nacionalistas, en su más patriótica versión catalana de vuelo rasante. Esa especie de agrisada sociedad de seguros mutuos formada por la Convergència de Pujol y la Unió de Durán, juntas y lo suficientemente achatadas por los polos como para succionar a tibios y temerosos de Dios, acabaron de hecho con una burguesía ilustrada, enaltecida por un aleccionador galanteo con las humanidades y el izquierdismo de salón.

¿Por qué se extinguieron tan de improviso esas edificantes avenencias entre la cultura —y la lengua— catalana y la española? Es curioso, pero mis subsecuentes experiencias de visitante de la ciudad condal —por usar esa cursilería onomástica— se fueron inclinando de manera acelerada hacia ciertas derivaciones imaginativas de la decepción, sobre todo por ese clima ligeramente inhóspito, como imputado a la *gent del carrer*, que parecía llegar desde las periferias industriales, allí donde siempre había algo que remitía a la tristeza vitalicia que describe con parquedad Mercè Rodoreda y se enriquece a la larga con la sagacidad informativa de los «aventis» de Marsé. Pienso que la decadencia —llamémosla así— cultural y social de Barcelona ha crecido al

mismo irregular compás que sus ínfulas folclóricas nacionalistas, como si realmente no hubiese podido sobrellevar la desaparición de sus hijos más indisciplinados y eminentes.

No sé a qué fui a Barcelona por primera vez, probablemente a resolver alguna encomienda relacionada con *Papeles de Son Armadans.* Durante aquella primera visita —no más de tres o cuatro días— viví en casa de Paco Rebés, a quien había conocido en Madrid años antes y con quien he mantenido una amistad inconmovible desde entonces. Este Rebés era —es— un personaje de veras singular. Había sido rico y había estado casado y entonces ya no era ni rico ni estaba casado, aunque tampoco se podía asegurar nada de eso. Tenía un piso por los altos de Vía Augusta, en la recoleta calle Milanesado, donde se alojaban consecutivamente o por junto una nutrida variedad de personas y por donde circulaban toda clase de visitas, incluidas las más impredecibles. Yo conocí allí, en etapas sucesivas y en situación de estables o transeúntes, a Blas de Otero, con muy socorrida carta de residente; a la Chunga, que ya empezaba a levantar el vuelo; a Federico Hernández de Goncer, autor de una novela de corte idílico sobre Mallorca y creador de una teoría metafísica colindante con la piedra filosofal; a su hermana Julita, entonces compañera de Blas; a Alfredo Mañas, meritorio de casi todo; a Alberto Puig Palau, el tío Alberto de la canción de Serrat, un burgués de posibles dedicado al mecenazgo de artistas de distinto ramo y a la mundología fina; a otro Alberto, Oliveras, a la sazón paseante en corte y candidato a reportero exótico, y a no sé quién más. También vivió allí una larga temporada, prácticamente recluido en su cubículo, un supuesto ruso apellidado Leonov o algo así, a quien Oliveras había instalado en la casa y que parecía distinguirme con un afecto inmerecido. Este Leonov profesaba en régimen de dedicación exclusiva el honorable oficio de inventor y, aunque no se sabía que hubiese inventado nada de mediano interés o que ya no estuviese innecesariamente inventado, aseguraba que muy pronto iba a dar la campanada. A mí enseguida me pareció sospechoso de algo y hasta pensé que muy bien podía ser un espía infiltrado en la emigración rusa o cosa por el estilo. A la larga lo único que quedó claro es que era un pobre diablo oriundo del país vascofrancés y adscrito vocacionalmente al fracaso y las engañifas.

Paco Rebés era pintor y, más que nada, un extraordinario dibujante, pero también lo era de un modo desganado, furtivo, como si minusvalorase premeditadamente su propia obra, o pensara que no valía la pena el esfuerzo de tomarla en serio. Por lo común se excusaba de su exigua dedicación a la pintura, por no decir de su postergación, alegando que no tenía tiempo para

nada, cuando lo único que tenía de sobra era tiempo. Lo que más practicaba entonces era la búsqueda, formación y sucesiva promoción de jóvenes valores en la órbita flamenca catalana, que siempre fue una cantera profusa pero incierta, para lo que también contaba con la muy provechosa ayuda de Alberto Puig. En esos menesteres Paco Rebés disponía de un olfato privilegiado. Por aquel tiempo había descubierto a una adolescente gitana, Micaela Flores, sobrina de Carmen Amaya, que se haría famosa en muy poco tiempo con el mentado nombre de la Chunga gracias a las eficacísimas gestiones de Paco. Empezó por organizarle presentaciones suntuosas, en primer lugar en el Maxim's, especialmente auspiciada por Jean Cocteau y a la que acudió *le tout Paris,* y a partir de ahí, ya en una escala ascendente de pericia propagandística, la hizo bailar en festejos privados ante Picasso, Miró, Alberti, León Felipe, Bergamín, Strawinski, Hemingway... Al cabo del tiempo, y tras recorrer medio mundo con la Chunga, Paco Rebés coordinó unos ciclos anuales de flamenco en diversas universidades alemanas y danesas, en los que yo intervine un par de veces y donde empezaron a ser reconocidos a escala europea no pocos artistas flamencos de renombre: Antonio Gades, Paco de Lucía, Fernando Terremoto, Camarón, Paco Cepero... Los desplazamientos por las distintas ciudades alemanas se hacían en un autobús que más parecía un amplio y promiscuo camerino, donde solían improvisarse las más peregrinas componendas. Eran ciertamente unos viajes de mucho entretenimiento y con más que fundadas reminiscencias de carro de la farsa.

Paco Rebés ha sido siempre una persona de un desorden tan sistemático que da la impresión de responder a una organización rara y a la vez juiciosa de la vida. Podía llegar a casa de alguien, pedirle unos calcetines para cambiarlos por los que llevaba puestos; podía ser un lince financiero con disponibilidades económicas sorprendentes y, al poco tiempo, ingresar en la bancarrota después de un casi deliberado despilfarro. En banquetes del más exquisito protocolo, le gustaba ir mojando trocitos de pan en la copa de vino del comensal de al lado, y en las barracas de los gitanos de Somorrostro usaba cubiertos para pelar una naranja. Cosas así eran muy de su agrado. Andando el tiempo, Paco Rebés, cuyo aspecto físico no ha sufrido mudanza alguna con el paso de las décadas, montó lo que se podría llamar una galería de arte de circuito cerrado entre Barcelona, París y Ginebra y practica el viaje perpetuo. Una vez se durmió al despegar un avión que lo llevaba a no sé dónde, el cual tuvo que regresar enseguida por algún fallo mecánico, y él despertó entonces, pensó que había llegado a su destino y se enredó en un laberinto de reclamaciones al no encontrar su maleta. Ahora reside a veces en Barcelona, a veces en una

masía que ha acondicionado primorosamente en el Ampurdán y a veces en algún aeropuerto. Vive rodeado de un indeterminado número de hermanas Schjaer, todas argentinas, todas rubias y de fina planta, pertenecientes a una familia emparentada con la del Che Guevara y dos de cuyos miembros fueron asesinados en los tiempos horrendos de Videla. Una de estas hermanas Schjaer, Carmen, hizo las veces de eficaz secretaria de Paco. Esa galería de arte estaba instalada en un piso del paseo barcelonés de Sant Joan, pero sólo conocían la dirección los que se habían previamente comprometido a no comprar nada.

Decía que, entre los huéspedes que compartían en aquel tiempo el piso de Paco Rebés, estaba Blas de Otero. No atravesaba el poeta por una buena racha psíquica cuando yo lo conocí, pero me agradó mucho su retraimiento, su severidad, su desamparo, esa furtiva manera de ser introvertido y de disponer de una cierta noción sacral de la palabra poética. Alberto Puig se había erigido en su protector y creo que le pasaba un sueldo por un inexistente trabajo en la editorial Barna, que aquél había creado un poco a título diletante. Blas se pasaba largo tiempo recostado en su camastro mirando para la pared, en una actitud directamente emparentada con la del trance místico, sólo que en versión agnóstica. Salía de esos baches, como es habitual en los ciclotímicos, con una inocultable tendencia a las más jocundas ganas de vivir. Congenió enseguida con la Chunga y yo creo que sentía por ella un cariño en el que siempre estaba muy visible un componente conmovedor de orfandad compartida. Alberto Puig publicó poco después a sus expensas, en el verano de 1958, dos libros aumentados de Blas —*Ángel fieramente humano* y *Redoble de conciencia*— en un solo volumen: *Ancia.* Era una nueva forma de ayudar a un poeta que cada vez se fue haciendo más desvalido y más necesitado de que le solventaran las más usuales reclamaciones de la vida. No creo que él fuera capaz de poner coto por propia iniciativa a tan reiteradas averías psicológicas.

Blas se fue poco después a la Unión Soviética y tardé bastante en volver a verlo, cosa que ocurrió casi siempre fuera de España, en París, en Collioure y, sobre todo, en La Habana, donde nos encontrábamos con frecuencia en el bar del hotel donde yo me hospedaba, como ya contaré más adelante. Nunca dejé de respetar su independiente adhesión crítica al partido comunista y siempre estimé muy de veras su obra poética, con especial referencia a algunos de sus más poderosos aparejos expresivos, no ya por sus presuntas innovaciones sino por lo que tenían de reajustes singulares de la tradición, allí donde la enseñanza culta del clasicismo se fusionaba con elocuciones del más

operativo rango popular y con muy sugerentes juegos sintácticos y fonéticos. Qué noble poeta infortunado, perseguido por sus propios fantasmas familiares y sólo tal vez de acuerdo consigo mismo cuando cesaron sus difíciles peregrinajes y se unió a la paciente Sabina de la Cruz. Por cierto que Max Aub afirma en uno de sus *Diarios*, a propósito de lo que él tilda de habitual maledicencia de los escritores españoles, que había que ver las cosas que yo decía de Blas de Otero. Lamento que la muerte de Max —a quien aprecié mucho y de quien conservo un jugoso epistolario de la época en que yo vivía en Bogotá— me impida desmentirlo personalmente, pues, muy al contrario de lo que él asegura, jamás he minusvalorado a Otero, alguno de cuyos libros tal vez me proporcionara cierto agobiante formalismo a expensas del «rostro puro y terrible de la patria», pero cuya obra general y cuya persona me han merecido siempre un invariable respeto y hasta ciertas predilecciones imperturbables. Una desconsiderada ligereza, la de Max Aub.

Durante aquel primer viaje mío a Barcelona me vi con Carlos Barral en lo que él llamaba la «casa oscura» —la *casa fosca—,* esto es, la oficina de la editorial Seix Barral en la sede de la empresa tipográfica del mismo nombre. Conocí allí también a Joan Petit, a Víctor Seix y a Jaime Salinas, que trabajaban a la sazón o sucesivamente en la editorial. A Petit lo traté poco, pero estimé mucho algunas traducciones suyas de poetas latinos, en especial la excelente de Catulo. Me imagino que Víctor Seix ejercía un poco de contrapeso financiero del negocio, o eso daba la impresión. Era persona algo mustia, pero de veraces afectos, y estuvimos encontrándonos con alguna regularidad, sobre todo durante mi estancia en Colombia, adonde él viajaba con cierta frecuencia, hasta que murió en Frankfurt atropellado por un tranvía en una estúpida maniobra de la fatalidad. Creo que aún no trabajaban en la editorial, pero tampoco tardarían mucho en hacerlo, ni Rosa Regás, que era muy activa y seductora, ni Félix de Azúa, que anduvo por allí en calidad de doncel aprovechable y cuyo primer libro poético, muy en la línea del Barral de *Metropolitano*, me causó bastante buena impresión. No entendí muy bien por qué desistió años después del cultivo de la poesía, haciendo pública esa decisión a la manera del torero que anuncia su retirada de la actividad profesional. Es como si de repente se hubiese solidarizado con el burgués de Molière, cuando no pudo por menos de asombrarse al caer en la cuenta de que hablaba en prosa. En cualquier caso, Azúa acabó convirtiéndose en un estimable narrador, hábilmente conceptista, y en un singular crítico de la cultura.

Jaime Salinas fue desde entonces, aunque tampoco nos frecuentáramos

demasiado, un amigo muy querido. Vi en él desde el primer momento a una persona delicada y de gratísima capacidad comunicativa, algo impulsivo también, con notorios altibajos de un humor nunca descomedido. Había heredado del padre una especie de republicanismo a la vieja usanza y hacía gala de ello, con maneras siempre corteses y conformidad ninguna, a veces incluso a riesgo de suscitar algunos reproches empresariales. Era un poco cínico a la manera bostoniana y un poco hedonista al modo magrebí, dos referencias autobiográficas muy evidentes. También podía ser algo caprichoso sin demasiada justificación y hasta parecerse en ocasiones a un yanqui amadrileñado. Cada 14 de abril celebraba en su casa el advenimiento de la República, como si se tratase de una actualidad gozosa, con audición del himno de Riego y vivas a la libertad perdida y a la soberanía popular. Todo muy rutinariamente fervoroso. Cuando se vino a vivir a Madrid —a la calle Don Pedro, por la Puerta de Moros, un topónimo que nada tenía que ver con el nombre de pila del padre— nunca falté a aquellas emocionantes y divertidas reuniones político-etílicas, dos vertientes asamblearias generalmente asimilables en aquellos años.

Carlos Barral ya era por entonces el más solvente editor español y uno de los más conspicuos profesionales europeos del ramo. Su tarea no consistía por supuesto en traspasarle ninguna clase de euforia a la cuenta de beneficios de la empresa familiar. Tampoco es que descartara apriorísticamente esa posibilidad, pero su cometido o lo único que realmente lo alentaba era facilitar a la sociedad lectora, es decir, a unos cuantos miles de españoles, un catálogo indispensable y rigurosamente selecto de las literaturas contemporáneas universales. Fundó para ello, como bien se sabe, la colección Biblioteca Breve y, algo después, la Formentor, donde fue publicando la más exigente nómina literaria de aquellos años medioseculares. Tropezó, por supuesto, con no pocos escollos censorios, con abundantes represalias gubernativas y con las correspondientes llamadas empresariales al orden. Pero él no cejó y ahí ha quedado incólume el paradigma de su gestión editorial, un paradigma que no dejó de oscurecer entonces sus notables trabajos como escritor.

Entre otro planes inmediatos, Barral tenía previsto ir publicando, aunque nunca fraguó el proyecto, unas antologías cíclicas de la poesía española. A mí me ofreció preparar la correspondiente al barroco, y yo acepté el encargo de muy buen grado, pues se trataba de un sector de nuestra historia literaria de toda mi predilección y porque el contrato de edición incluía un estimulante anticipo. Además, ya me sentía muy a gusto por entonces en los dominios poéticos gongorinos, esa especie de «experiencia de los límites» que no sólo

podía adjudicarse al autor de las *Soledades* o del *Polifemo*, sino a otros poetas enemistados —sólo aparentemente— con el culteranismo, empezando por Quevedo y terminando —es un decir— por algunos vates que las grandes figuras barrocas habían desplazado del canon: López de Zárate, el conde de Rebolledo, Antonio Enríquez Gómez, Martín de la Plaza, Baltasar Elisio de Medinilla... Me desconcierta hasta cierto punto que mis preferencias en este sentido se orienten justo en dirección contraria a las de Antonio Machado, tan enemistado con el barroco no ya porque «perturba el equilibrio» de lo clásico, sino por varias especies de cultos nocivos: lo difícil artificial, la expresión indirecta, perifrástica, la carencia de temporalidad, lo aristocrático, etcétera. Hay una opinión de Juan de Mairena que no deja de irritarme: «Lo verdaderamente plebeyo de Góngora es el gongorismo. Enfrente de Lope, tan íntegramente español como hombre de la corte, Góngora será siempre un pobre cura provinciano.» Me cuesta trabajo aceptar que un pensador de tan lúcidas calas intelectuales como Machado emitiera un juicio tan improcedente.

De Carlos Barral había leído una breve entrega poética suya —*«*Las aguas reiteradas»— publicada en *Laye,* una revista barcelonesa editada por la Delegación Provincial de Educación —supongo que su director sería un funcionario—, pero que tendía por vía subrepticia a una clandestina movilización estudiantil de izquierda, o sea, que aparentemente dependía del SEU y en el fondo conectaba con algunas inestables bifurcaciones de la FUE. Era en cualquier caso una tribuna intelectual cronológicamente avanzada, de relativa agitación ideológica, capitaneada entonces en Cataluña por la sabia y un tanto enigmática personalidad del filósofo Manuel Sacristán, tutor doctrinario de letraheridos. Por cierto, Sacristán firmaba entonces como Manuel S. Luzón, tal vez porque entendía que su primer apellido discrepaba de la veloz travesía que emprendió desde la iglesia falangista a la congregación marxista. Los más habituales colaboradores de *Laye* fueron, junto a Sacristán, Juan y Gabriel Ferrater, Costafreda, Barral, Castellet, Badosa, Gil de Biedma... Barral publicó precisamente en *Laye* —en junio de 1953, por más señas— un texto que habría de suscitar una prolongada y oportuna polémica —«Poesía no es comunicación»—, en contra de las posiciones poéticas de Bousoño y de Aleixandre. Jaime Gil, por su parte, anticipó en la revista unos poemas de *Según sentencia del tiempo,* de cuyas ediciones posteriores —incluidas las «poesías completas»— desechó el autor con muy buen criterio seis mediocres sonetos y unas redondillas al modo de Jorge Guillén o, mejor, al modo del Jorge Guillén filtrado en el Luis Cernuda de *Perfil del aire.* También aparecieron en *Laye* la que yo creo que fue

primera y única muestra poética de Alberto Oliart, unos sonetos —qué fijación métrica— y unos cuartetos alejandrinos que sonaban mucho y de modo bastante imprevisible a la cantinela neoclásica de Miguel Hernández.

Sabía que Barral acababa de terminar un libro, *Metropolitano,* un anticipo del cual publiqué en *Papeles* y cuya edición programé en una colección de poesía que la revista iba a formalizar de inmediato. Pero el proyecto se demoró más de lo razonable y fue oportunamente transferido a las más diligentes prensas santanderinas de Cantalapiedra, donde terminó publicándose en 1957. A mí me sigue pareciendo *Metropolitano* una de las más ambiciosas —y también herméticas y quizá desconcertantes— aventuras poéticas llevadas a cabo en nuestras fronteras generacionales. En un artículo que publiqué a poco de aparecer el libro hablaba yo de la materia cultural que, un poco a contrapelo de la tradición nuestra más regularizada, comparecía en *Metropolitano*. Algún desajuste persevera, sin embargo —a remolque de la sociología literaria—, en la aceptación crítica de ese libro. Su difusión, muy precaria en un principio y apenas remediada a lo largo de sus reediciones, ha adolecido de un vicio poco menos que endémico entre nosotros: el de la prevención, cuando no el desdén, ante la desobediencia a unas normas literarias canonizadas por la escolástica de turno. Barral fue en este sentido un consumado infractor. Los preceptos de su educación intelectual, su peculiar manera de entender el trabajo literario como una vía ontológica de conocimiento, trascienden del área natural de la poesía y le confieren una personalidad infrecuente, estabilizada de modo oblicuo en *Metropolitano* y trasvasada ya con otros pertrechos estilísticos a ese magnífico análisis de experiencias humanas y literarias que son sus memorias, sobre todo los dos primeros volúmenes: *Años de penitencia* y *Los años sin excusa*.

Durante aquella visita a Barcelona también me encontré con Gil de Biedma y Gabriel Ferrater, lo que no sé es dónde ni en qué ocasión. Al resto de los poetas y novelistas catalanes de expresión castellana más o menos de mi edad —Alfonso Costafreda, Juan Marsé, Enrique Badosa, Joaquín Marco, Lorenzo Gomis, Jaime Ferrán, José Agustín, Juan y Luis Goytisolo— o ya los conocía de años antes, de la época universitaria madrileña, o me fui relacionando con ellos poco después. De esa dinastía de «príncipes» catalanes de la literatura de que hablaba Manolo Vázquez Montalbán, o de esos «maestros intimidatorios» a que se refería Salvador Clotas, yo creo que Ferrater, Barral y Gil de Biedma formaban con toda probabilidad el más eminente triunvirato. Insolentes, seductores, doctos, egocentristas, petulantes, fundaron a mi entender un núcleo de especial relevancia en la regeneración

cultural de la España de entonces. No deja de ser curiosa esa calidad de coetáneos de tres de los cuatro o cinco escritores que han sido para mí las figuras mayores de la historia literaria española surgida en mi ámbito generacional y aun en los colindantes. No me refiero tanto a su actividad poética, eminente por lo común, sino a la significación global de una obra que ejemplifica *par excellence* el cultivo de las ciencias humanas del último medio siglo y no sólo en la órbita española, pues queda de hecho enmarcada, sin ningún perceptible desnivel, en la mejor tradición literaria europea. Decía Vázquez Montalbán que, cuando él veía venir por la calle a Barral o Gil de Biedma, cruzaba a la acera de enfrente para no correr el riesgo de tropezar con la literatura. Pues eso.

Una de aquellas tardes me citó Barral en su casa, en la calle San Elías. Se había casado no hacía mucho con Yvonne Hortet, una guapa y afable *noia* oriunda también de los conductos tradicionales de la burguesía industrial catalana. El motivo de la cita era singular. Vicente Aleixandre, a la sazón en Barcelona —había leído sus poemas en no sé qué círculo cultural con sede en el Ritz—, iba a acudir a casa de Carlos. También estarían allí unos pocos amigos: Jaime Gil, Gabriel Ferrater, Castellet, Juan Eduardo Cirlot, el Goytisolo poeta, quizá Antonio de Senillosa, quizá Joan Raventós... Fue una de las pocas ocasiones en que vi a Aleixandre fuera de sus lares, quiero decir de sus recámaras madrileñas de convaleciente perpetuo. Las otras veces que coincidí con él extramuros del chalé de Velintonia fueron muy específicas: en una medio insospechada reunión en casa de amigos comunes, en cierta función de cuño angélico en el sanctasanctórum de Eugenio d'Ors en la calle Sacramento o, andando el tiempo, cuando acudió a verme a la clínica donde yo convalecía de una operación quirúrgica. No era nada frecuente, en cualquier caso, encontrarse con él por los circuitos de nuestra precaria sociedad cultural.

Apenas conservo memoria de aquella velada en casa de Carlos Barral. Sólo entreveo el noble rostro efusivo de Vicente, siempre risueño y azulado, y el invariable encanto de su modo de preguntar a los demás y de relatar con una música expresiva muy pegadiza algún sucedido de su propia cosecha. Parecía un poco abrumado, como si las atenciones que le prodigaban los barceloneses fuesen para él una difícil prueba de resistencia no sólo física. Al parecer la reunión tenía como fin principal la lectura por parte de Barral de algunos fragmentos de *Metropolitano*. A mí me extrañó sobremanera esa especie de monopolización temática por parte del anfitrión, quizá porque siempre he considerado un agravio a la confianza de cualquier amigo

emplazarlo a convertirse en oyente forzoso. Claro que los excesos de autoestima de Barral superaban con creces su prudencia. Tampoco es que se tratase en este caso de una encerrona, pues la programación del acto funcionó —creo— bastante bien, pero es que había ahí un matiz educativo que no acababa de parecerme aceptable. Acaso todo eso no sea más que una derivación alambicada de mi congénito retraimiento. O una forma pueril de evitar los menoscabos de la reputación. Creo, además, que el hecho de que rehúya leer mis poesías en privado es porque tampoco soporto que alguien me lea las suyas, ni siquiera en público. Entre los escritores de mi edad, en el grupo de mis compañeros de oficio, no abundan, sino todo lo contrario, los partidarios de esas demasías confidenciales. Una vez vino a casa un poeta que aprecio bastante, y de pronto, entre copa y copa, sacó una carpeta y se dispuso a darme a conocer de viva voz su último libro. Era el primogénito de Leopoldo Panero y venía con su mujer, la bella Marina Domecq. Me las vi y me las deseé para que este Panero, en vez de leerme directamente sus poesías, me dejara en casa los manuscritos para poder degustarlos sin ayuda de nadie. Una decisión que no mereció el beneplácito del poeta, aunque a lo mejor, con el tiempo, hasta pudo llegar a encomiar esa en apariencia esquiva actitud mía.

Pienso que no fue en aquel viaje, sino en otro posterior, cuando me llevó Alfonso Costafreda a visitar a Carles Riba. Costafreda había traducido al castellano las *Elegías de Bierville*, muy estimadas por Gabriel Ferrater y que a mí también me habían seducido por su elegante clasicismo y su difícil transparencia. Yo había tratado a Riba muy por encima en el ya citado congreso de poesía de Segovia, pero en esta ocasión, sólo cuatro o cinco años después, me pareció un señor muy distinto, más avejentado, más severo, más recluido en su papel de maestro apartado del siglo y dedicado a los estudios nobles. Coincido a este respecto con lo que contaba Alberto Oliart en *Contra el olvido* a propósito de una visita similar en compañía de Barral y también de Costafreda. El viejo poeta me dirigía una desganada y concéntrica mirada a través de sus gafas de gruesos cristales, como desinteresado previamente de lo que yo pudiera decirle, si es que se me ocurría hacerlo. De lo único que habló Riba y poco fue de algún poeta latino que estaba traduciendo, no recuerdo cuál, y de la permanencia ejemplarizadora del simbolismo en la mejor poesía europea. Tan extenso temario ocupó a lo sumo diez minutos de su conversación. Luego se refugió en un laconismo monosilábico y sólo recuperó cierto ánimo para referirse a lo mucho que lo ayudaba su diligente mujer, la también poetisa Clementina Arderiu, quien apareció un momento en la austera sala donde estábamos a saludar a Costafreda y, de paso, a mí. Me quedó en la memoria de modo ya incorregible la imagen de un poeta triste, grave,

respetablemente fatigado, de exquisitas querencias culturales, como recluido en su pequeño reino intemporal. Pero tampoco he podido dejar de imaginármelo, ni entonces ni ahora, arrastrado por aquellas últimas y terribles riadas del exilio, cuando en enero de 1939 cruzó la frontera junto a Antonio Machado, su anciana madre y otros amigos fieles —Tomás Navarro Tomás, Corpus Barga—, compartiendo así tan de cerca uno de los grandes infortunios de nuestra vida histórica.

A Barcelona volví no mucho después a una lectura de mi libro *Las horas muertas* que organizó el Instituto de Estudios Hispánicos, manipulado bajo cuerda por los «poetas industriales» y el *mestre* Castellet. A *Las horas muertas* le habían otorgado meses antes el premio Boscán, patrocinado por ese Instituto, y la lectura fue como un anticipo de la publicación del libro. Antonio Vilanova y Néstor Luján me sirvieron un poco de valedores en aquel acto para mí significativo. Y creo que fue entonces, después de la lectura, durante un largo periplo nocturno que desembocó al amanecer en el bajo Paralelo, cuando se estabilizó algo más mi amistad con Gil de Biedma, siempre un poco guadiánica y como distribuida en historias provisionales. Nunca, empero, fue para mí un amigo en el más resistente sentido del vínculo. Me ocurría con él un poco como con Barral: a veces me abrumaba o, mejor, me transmitía alguna indirecta prevención el efectismo ininterrumpido de sus interlocuciones, la sin duda excesiva teatralidad de quienes se sabían brillantes, sagaces, inteligentes, y gastaban un engreimiento favorecido por muy contrarias clases de aprecios y animosidades. Y eso me hacía sentirme un poco incómodo, más en el caso de Jaime que en el de Carlos, aunque también éste podía llegar a resultarme particularmente fastidioso por razones más conexas. Por ejemplo, cuando se le ocurría plantear de modo no muy ponderado y desde luego con suma fatuidad el ascendiente de su poesía en el despliegue retórico de otras poesías ulteriores. Era como si de esa prelación dependiera su prestigio intelectual, su pretendido título de monitor hispánico de la *intelligentsia.* Luego me enteré por un infiltrado en Seix Barral que Carlos aseguraba haber encontrado copias de su sistema de elocuciones en ciertos tramos de mi obra poética. Y eso ya me pareció incluso enfermizo. Yo nunca dejé de aceptar que los intercambios de modales expresivos entre nosotros —incluyendo a Valente, a Brines, a Claudio Rodríguez— respondían a una natural elección de fuentes comunes o de tradiciones parecidas, aparte de los preceptivos contagios ambientales y las mutuas transferencias del gusto. Pero hay muchas formas de entender lo que Lionel Trilling llamó el «yo antagónico». Tampoco había por qué extremar tanto la jactancia, aun reconociendo que de vez en cuando, en ocasiones propicias, todos solíamos

practicarla. Una vez se me ocurrió argumentar no sé dónde las demasiado notorias coincidencias que había descubierto entre un poema de Barral y la traducción de otro de Gottfried Benn. El comentario llegó a oídos del interesado y eso bastó para que éste me endosara en la primera ocasión que tuvo un sañudo sermón sobre lo equivocado que yo estaba, puesto que existían muy perceptibles divergencias entre las pautas estilísticas del autor de *Poemas estáticos* y las suyas propias. Lo dicho.

Si mal no recuerdo, escoltaba a Jaime Gil la noche de mi lectura en Barcelona Luis Marquesán, compañero suyo entonces, y anduvimos todo el rato bebiendo en tugurios que Jaime parecía elegir precisamente por su vecindad con la sordidez. A mí, claro, no podía sorprenderme en absoluto esa preferencia por el malevolismo, incluso me atraía en virtud de algún subrepticio desliz literario o unas todavía recientes pesquisas mías por los escenarios marginales madrileños, de modo que la expedición resultó bastante animada y, sobre todo, muy ilustrativa a efectos amistosos. No distingo a Luis Marquesán en ningún confín de mi memoria, pero entreveo a Jaime dirigiéndose con un desatinado tono de confidencia a una vieja puta que balanceaba la cabeza a uno y otro lado, con un movimiento pendular de sobresalto, como si acabara de despertarse y aún estuviese asomada al abismo de un sueño. Tal vez las dosis de alcohol sobrepasaran a última hora los niveles normales, y eso distorsionó un poco las perspectivas de aquel irregular itinerario.

Salvo algún incidente de poca monta, todo fue bien y entre Jaime y yo siguió manteniéndose un razonable nudo afectuoso que sólo se aflojaría tiempo después, con ocasión de un artículo que publiqué en Bogotá sobre su poesía. No era la primera vez que me ocurría algo así, ya lo he contado. Yo me refería en el citado texto a ese coloquialismo demasiado simplificado, a esa obviedad manifiesta de ciertos poemas suyos que obstruía, por lo explícita, la posibilidad de ir más allá de lo que expresaban, la anulación de ese hábito mío de lector, seguramente vicioso, de desdeñar la poesía que no ocupa más espacio que el poema, quiero decir que no trasciende al propio mecanismo de la sintaxis y el léxico. Siempre acaba defraudándome esa poesía inscrita sin mayores riesgos en su esfera semántica, nunca ramificada conforme lo van sugiriendo sus significantes insólitos, limitándose así a un seco y cerrado conducto descriptivo. Aún mantengo ese dictamen y creo que el autor de *Las personas del verbo* ha influido en los que vinieron detrás —y con qué largueza— precisamente a través de los moldes poéticos suyos que yo aprecio menos. Jaime era en este sentido inflexible: se sentía gravemente

ofendido, aunque lo solapara con el ingenio, ante semejante tipo de objeciones. Algo así sucedió con Alfonso Costafreda, quien, después de leer unos poemas de Jaime, usó de su habitual sarcasmo para afirmar que uno de ellos le había gustado, pero que él «se sentía capaz de mejorarlo en un cincuenta por ciento». Por lo visto, Jaime sufrió uno de sus hiperestésicos ataques de vanidad y no toleró esa chanza. Incluso años después consiguió que la obra de quien había sido su amigo no estuviese representada en la antología de Castellet *Veinte años de poesía española*, en cuya selección coparticipó junto a Goytisolo y Barral. También es verdad que al cabo del tiempo, cuando ya Costafreda no podía agradecérselo, Jaime escribió un noble artículo reconociendo y lamentando su vengativa conducta.

Andaba yo uno de aquellos días por el barcelonés Museo de Arte de Cataluña cuando ocurrió algo de veras turbador. De pronto, mientras observaba un panel del magnífico retablo de san Vicente, de Jaume Huguet, me vi retratado en una esquina del cuadro, por la zona de la izquierda. Allí estaba yo, entre unos personajes que leían un gran libro litúrgico, observando al observador por encima de la cabeza de uno de los lectores. Fue como un reconocimiento vertiginoso, como si me hubiese asomado a un espejo cuyo azogue marchito traspasase a mi propia cara la lividez del noctívago a quien le sorprende el alba en una calle vacía. Ese retablo de Huguet data de mediados del XV y cierto resistente influjo flamenco incorpora a los gestos una especie de esquematismo expresivo, nada preciosista, que acentuaba sin duda mi semejanza con el personaje. En principio, todo eso no podía tener otro valor que el anecdótico, pero yo estaba persuadido de que aquel descubrimiento era algo más que una coincidencia fortuita o una alucinación especular: era la comprobación de una trama de episodios correlativamente sucedidos que llegaban desde el tiempo en que fue pintado el cuadro hasta el momento en que yo lo contemplaba.

Una impulsión decididamente maniática me hizo adecuar entonces a mi aire el principio de causalidad, no ya en función de unas relaciones de causa y efecto más o menos provenientes de la tradición aristotélica, sino relativas a una arbitraria reciprocidad entre el objeto y su percepción, entre lo real y lo ilusorio, que yo reduje sin más al hecho de que el pintor retrató a alguien que se parecía a mí por la sencilla razón de que así había sido yo cinco siglos atrás. Busqué y conseguí una fotografía de la pintura, mandé ampliar el fragmento donde aparecía mi imagen y no sólo apreció mejor lo que ya sabía sino que incluso lo corroboré con mayor certeza, pues en el rostro del lector de Huguet se reproducía una rosácea, esto es, un estigma cutáneo superficial,

ligeramente encarnado, que conservo en la sien derecha desde que nací, con lo que acabé de confundirme todavía más. Incluso llegué a pensar que ya no iba a volver nunca a ese museo de Barcelona, más que nada por no correr el riesgo de enfrentarme con algo todavía más perturbador: que mi doble en el retablo de Huguet hubiese envejecido al mismo tiempo que yo, o —algo más desconcertante todavía— que ese personaje se hubiese trasladado a otro cuadro con el incauto propósito de que yo no pudiese dar con él, ahorrándome así cualquier deplorable constatación. No sé cuánto tiempo arrastré aquella especie de obstinación transmigratoria, pero debió de ser bastante puesto que todavía hoy, al cabo de los años, puedo evocar con absoluta nitidez esas anomalías sensibles y, sobre todo, los disimulos de que me valía para que no se me notaran mucho semejantes marañas persecutorias.

Un fin de semana, quizá durante otra inmediata visita mía a Barcelona, fui con Carlos Barral a Calafell, el territorio de su particular mitología náutica y de su correlativa historia civil. También es posible que me llevara de invitado espontáneo Juan García Hortelano, que vivía a la sazón en Barcelona, dedicado a redactar guiones cinematográficos en calidad de dialoguista. Calafell —la *platja*— era un caserío de la costa tarraconense que aún conservaba un cierto atractivo, tampoco muy ostensible, a partir sobre todo de lo que debió de ser un núcleo primitivo de pescadores, vagamente prestigiado por algunas imaginarias analogías con la navegación a vela. Pero todo eso se empezaba ya a convertir en una adocenada sucesión de edificios de apartamentos perfectamente confundibles con cualquier otro mostrenco desafuero perpetrado en la costa mediterránea. No obstante, la casa de Barral, reconstruida a partir del que fuera almacén de artes de pesca y aparejos de botes, conservaba una cierta prestancia marinera, con un balconaje de tipo colonial pintado de azul marroquí y adosado al piso de arriba. Tampoco disponía el primitivo Calafell de mayores méritos arquitectónicos —cuatro o cinco calles de casas bajas paralelas a la línea del mar y un número regular de transversales—, pero era todavía bastante apacible y de aires benéficos y estaba holgadamente asomado al voluble mar latino.

Se me cruza ahora por la memoria lo que sin duda ocurrió tiempo después, ya a fines de los setenta, cuando nos pasamos una noche y parte de la mañana siguiente en una encrespada reunión en el bar —la Espineta— que había montado Carlos, o más bien Yvonne, en Calafell. El local tenía su encanto, quizá un poco inevitablemente artificioso, con decoraciones marineras legítimas, portón de clavos, muebles sin pretensiones barnizados de salitre, maquetas de veleros y demás efectos navales. Había un espacio anexo

gratamente reconvertido en terraza para toda clase de cónclaves, sombreado por un toldo como de lanchón deportivo. Seguro que el alcohol pasaría a niveles superiores con la alta madrugada, *nunc est bibendum*, quizá en compañía de Juan Marsé o de Ricardo Muñoz Suay, vecinos intermitentes de Calafell, aunque muy bien podía tratarse de una expedición posterior con escala en la vecina Comarruga. Por cierto que Muñoz Suay, sucesivamente enrolado en el mundo del cine, del activismo cultural comunista, de la edición, de las artes plásticas y de no sé qué más, fue objeto de algunos vistosos apodos. El más pérfido, dada la condición de valenciano de Muñoz Suay, se lo endosó Barral: *el ninot que parla*, y el más chistoso proviene de la coincidencia onomástica entre la mujer del interfecto y una ocasional amiga suya. Las dos se llamaban Nieves y creo que fue Marsé quien se inventó a este respecto lo de «el abominable hombre de las Nieves».

García Hortelano gustaba de referir con la debida malicia que Barral invitó a Mario Vargas Llosa a pasar unos días en Calafell. Vargas Llosa venía de Londres y alguien —creo que Jorge Edwards— lo recogió en El Prat y lo llevó directamente a casa de su anfitrión. Mario portaba una maleta tipo transatlántico, excesiva desde luego para un fin de semana, y una máquina de escribir provista de lujosa funda. Una vez en Calafell, y tras los saludos y parabienes de rigor, Yvonne condujo a Mario a la habitación que le habían destinado en el piso de arriba y lo dejó allí para que deshiciera la maleta, no sin encomendarle que bajara lo antes posible, pues tenían previsto ir a cenar por allí cerca. Quienes aguardaban abajo, después de un paréntesis de silencio algo más dilatado que los otros, fueron testigos auditivos de un loable fervor profesional: oyeron el tecleo de la máquina de escribir de Mario. Qué afición, coño, diría probablemente Marsé. El novelista habría recopilado con toda probabilidad durante el viaje ciertos datos aprovechables y le urgía transcribirlos, no fuera a jugarle la memoria alguna trastada. El hecho se divulgó enseguida con toda clase de añadidos malévolos y puso de manifiesto algunos juicios míos coincidentes con los de algún colega: esa otra forma de entender el oficio de escribir como una ocupación discontinua, practicada a rachas, con intermitencias desiguales y sin ningún sometimiento a horarios y planes prefijados. O sea, todo lo contrario al ceñudo *nulla dies sine linea* de que hablaba Plinio. Ignoro si semejante indisciplina, o tan manifiesta desafección profesional, puede llegar a ser provechosa o, por el contrario, resultar de lo más desfavorable.

La verdad es que tampoco importa mucho constatar ahora la exactitud de todas esas evocaciones. Ni siquiera se me ha ocurrido consultar, ni en este ni

en casi ningún otro caso parecido, con quienes podrían saberlo. La certidumbre es a estos efectos un requisito judicial, pero no es en absoluto una exigencia narrativa. Las erratas de la memoria desfiguran inevitablemente el pasado. No producen recuerdos, sino sedimentos de recuerdos, que es lo que a mí más me interesa. También Barral se equivoca a menudo cuando atiende en sus memorias a esos entremezclados ramales de la experiencia. Confunde a veces y acaso a sabiendas los datos, los enreda y hasta los distorsiona, incurre en errores onomásticos y cronológicos. Es como si la urgencia por inventariar los años vividos le hubiese vetado de antemano el cotejo de las informaciones manejadas. No es que se lo reproche, puesto que yo hago lo mismo y nada de eso me parece censurable, es que en última instancia lo que de veras importa es el hecho literario consumado, es decir, la primacía poética de todas las memorias —ficticias o verdaderas— posibles. Y eso lo aprendió Barral —y lo aprendí yo— en tanto que cronistas emergentes de cierta experiencia colectiva enfocada desde el ángulo del creyente en la poesía. Su interpretación de ese tramo vital contiene en cualquier caso una singularidad analítica apenas coincidente con los cánones de la tradición literaria nuestra. Por ahí se filtra el diagnóstico de una historia intelectual y social que, a mi juicio, muy pocos han sabido discernir con tan agudos escrutinios culturales.

Los títulos de la obra memorialística de Barral muestran una correlación semántica —«penitencia», «excusa», «castigo»— que parece remitir a ciertos ingredientes expiatorios de la personalidad, no sólo a título privado sino en términos más generales. La salud, las crisis de conciencia, los onerosos avisos en torno a «la difícil tarea de envejecer», menudean en todos esos materiales autobiográficos hasta el punto de constituir una de sus más perseverantes irradiaciones reflexivas. No pretendo demostrar nada en este sentido, pero tengo la quizá arriesgada sospecha de que a poco que se ahonde en los yacimientos de ciertas memorias nuestras, algo se aproxima cada vez más perceptiblemente al testarudo acicate de la autodestrucción. Casi nunca es posible eludir del todo el fantasma tangencial de una decadencia física, un contagio depresivo, que condiciona por momentos el normal curso de los hechos que se tratan de evocar. La imagen alegórica de la barca de Caronte, por ejemplo, que es utilizada en más de una ocasión por Barral, incorpora al caudal narrativo algo así como una recurrente metáfora del tránsito hacia el acabamiento. Parece ser que entre los manuscritos que Barral dejó inéditos hay un proyecto de novela titulada precisamente *El paso de la laguna Estigia* —nombre del magistral cuadro de Patinir— que viene a acentuar una obstinada fijación testamentaria lindante con esa autodestrucción que afecta a no pocos exponentes de nuestro entorno generacional.

Los vínculos de Barral con el mar o, mejor, con las artes de marear estaban muy condicionados sin duda a una primera tramitación paterna, pero sobrevenidos por una paulatina asimilación de ingredientes literarios de marcado clasicismo, cuando no de entreveradas marcas románticas, toda esa argucia sentimental de las lecturas alusivas, desde el apotegma de Plutarco «Navegar es necesario, vivir no lo es» al verso de Baudelaire «Hombre libre, tú siempre amarás el mar». Tampoco me considero yo al margen de esas deliberadas impregnaciones librescas. Pero Barral se estaba finalmente habituando a convivir con su propio personaje, un personaje que había confeccionado hacía ya tiempo y había acabado por asumir de manera casi ininterrumpida. En el fondo, el último Barral que yo conocí y que fue probablemente del que más me distancié, ya gastaba a tiempo completo un deje aristocrático sumamente enfadoso, como impostado, de muy acusada tendencia al esnobismo, en la línea de ese cortesano insolente que circula por ciertas novelas galantes o de ese *genus irritabile vatum* a que se refería Horacio y que no sin esfuerzo yo lograba digerir. Lo que de verdad hubiese querido ser Barral era un vizconde con unas *possessions* ganadas por sus antepasados en hechos de armas, pongamos que cuando la expansión medieval catalana hacia el Alto Aragón en tiempos del poderoso Ramón Berenguer IV. Algo así de rimbombante. Ignoro si todo esto le suponía a Barral alguna autovigilancia accesoria o era simplemente un automatismo ligado a sus propias técnicas imaginativas, dependientes más que nada de una parcelación del gusto —y del conocimiento— que podía ir de su especializada convivencia con la gente de la mar a sus buenos oficios como editor en juntas internacionales o a sus atuendos grandilocuentes en descubiertas frívolas. En cualquier caso, no resultaba fácil distinguir cuándo actuaba como quien realmente era y cuándo como su personaje, entre otras cosas porque la diferencia entre ambos llegó a hacerse muy sutil, apenas solapada incluso cuando la «advertencia de la teatralidad» de ese personaje podía conducirlo a situaciones extremadamente incómodas.

Viene todo esto a cuento porque una mañana limpia, con el «azul Patinir» del mar sólo manchado por una espuma leve, salimos a navegar con Barral en el *Capitán Argüello*, una barca dignificada por los años que creo sustituyó luego por otra bautizada con ese mismo nombre. El alevoso Mediterráneo, siempre sometido a la inconstancia de los vientos y cuya apariencia de calma encubre cóleras impredecibles, también se encrespó aquel día y la tramontana trajo un tiempo bronco del norte que tendía a la marejada. Navegábamos de bolina, con una bruma rasante, y a mí me pareció que ni era aconsejable ceñir tanto ni el aparejo respondía a gusto a la embestida del viento. Las bordadas

eran cada vez más inoperantes y, al entrar en una de ellas sin demasiada visibilidad, un catamarán, esa embarcación de tan maciza silueta, pero tan apropiada para lidiar con aguas impetuosas, casi rozó con el flanco del patín el costado del *Capitán Argüello*. Pensé entonces que ese modo temerario de navegar, hecho de pueriles osadías supeditadas al lucimiento, también obedecía a una manera de ser. Era el peligro de los pseudonautas enrolados en las aventuras clásicas lo que parecía movilizar tan indebidas y arriesgadas ostentaciones por parte de Barral. Nunca entendí esa actitud sino vinculándola también de algún modo a ciertos componentes autodestructivos de la experiencia vivida y a alguna versión defectuosa de la vanidad.

Fue también por esas fechas cuando ocurrió lo que no dudo en calificar de muy poco creíble, otra de esas historias absolutamente merecedoras de ser exhumadas en la línea de flotación de mis particulares desavenencias con la realidad. A veces incluso he pensado que se trata de uno de esos suministros de recuerdos falsos que pueden llegar a obstruir la propia capacidad de percepción, algo parecido al juego de aceptaciones de las «memorias inventadas». Pero no, según fuentes dignas de crédito, lo que ahora cuento sucedió realmente. Todo empezó de una manera muy simple. Mi paisano y amigo Vicente Fernández de Bobadilla, con quien viajé en su coche repetidas veces a Barcelona —cada uno a su avío—, me presentó un día a una conocida de conocidos, Natalia de nombre y cuyo apellido me callo. Esta Natalia, que ya no era ninguna niña, pertenecía a una familia catalana de reciente adscripción al mundo empresarial, dedicada a saneados y seguramente turbios negocios inmobiliarios. Había cursado no sé qué estudios económicos en París y siempre estaba dispuesta a asomarse a cualquier tentador despeñadero vital. No era quizá una mujer guapa, o no era guapa más que a trechos, pero era muy elegante y lo suficientemente alocada como para poder llegar a ser bastante atractiva. Ocurría además que Natalia adoraba a Gil de Biedma, con quien se había amigado en no recuerdo qué pináculos de la nocturnidad y al que llamé una de aquellas mañanas para que nos reuniésemos en un bar de copas de la entonces llamada plaza de Calvo Sotelo. Y allí acudimos una tarde Vicente, una secretaria suya bellísima, Jaime, Natalia y yo. No fui precavido en este caso, porque debí imaginar que Vicente y Jaime difícilmente iban a entenderse o no iban a soportarse sin alguna incomodidad. Y así fue. A poco de iniciada la conversación, cada uno se dedicó ostensiblemente a zaherir al otro. Eran dos personas igualmente ingeniosas, de muy buenos modales, pero necesitadas de ser arrogantes y sarcásticas en según qué escenarios o ante ciertos auditorios. No toleraban muy bien que alguien compitiera con ellos y pudiese llegar a hurtarle el protagonismo en presencia de testigos de alguna

notoriedad. La tirantez se fue haciendo más patente a medida que aumentaba el consumo de whisky, una bebida que todavía me resultaba inusual y no sé si hasta pretenciosa. En vista de que la reunión había dejado de ser divertida y amenazaba con algún borrascoso desenlace, se disolvió sin más. Y ahí terminó todo, pero también empezó para mí lo peor.

Tras la ausencia de Jaime, propuso Natalia que fuésemos a Sitges a comer algo y a terminar la velada en una casa que tenía su familia frente al mar, una de esas primorosas mansiones modernistas que se mandó construir la burguesía industrial barcelonesa a principios de siglo. Vicente, que ya disponía de uno de los magníficos coches que siempre tuvo, aceptó la invitación, pero advirtiendo que él y su secretaria tendrían que volver pronto a Barcelona, pues tenían que acudir a una especie de café y copa de trabajo. Eso dijo. En principio, también Natalia y yo nos someteríamos a las conveniencias de quien nos transportaba. Vicente siempre tuvo una extraordinaria habilidad para conducir su coche y nunca estableció ninguna relación directa entre la seguridad y la velocidad, que más bien le parecían zarandajas de neófitos. Una vez salimos de Jerez muy de mañana porque él necesitaba llegar a Madrid lo antes posible. Venían también con nosotros, probablemente para aprovechar la rapidez y la comodidad del viaje, Fernando Quiñones y un estrafalario personaje a quien decían el comodoro Keines, galés de nación y con pinta de prófugo. Partimos de Jerez, como digo, a las ocho de la mañana, y dormimos, ya tarde, en Carmona, a pocos kilómetros de Sevilla. Las frecuentísimas paradas y libaciones en las ventas y ventorros de la carretera y de cualquier imprevisto camino vecinal hicieron no ya recomendable sino justamente preceptiva esa brusca interrupción del viaje. Llegaríamos a Madrid, supongo, un par de días después, qué más me daba a mí.

Decía que acordamos ir a Sitges a seguir bebiendo sin prisas y deleitosamente por algunos de los no escasos bares del paseo marítimo. Creo entrever por el fondo de alguna calleja aledaña una doble hilera de devotos que intervenían en uno de esos desfiles procesionales de obligado cumplimiento nacional. Se oían cánticos y yo me acordaba de un episodio hilarante, con ribetes de comedia bufa, que protagonizó allí mismo el histrión profesional Ramón Eugenio de Goicoechea, marido que fue de Ana María Matute y personaje que transmitía por donde quiera que fuese la seguridad de que un grave peligro rondaba a su interlocutor. Según contaba él mismo, iba una tarde de Corpus por Sitges cuando se percató de lo muy abatido que estaba. En realidad —siempre según sus confidencias— se sentía sumamente desesperado por la acumulación de sinsabores que le proporcionaba la vida,

así que en un repente irreflexivo decidió suicidarse arrojándose al paso de una procesión. La ocurrencia a lo mejor podía tener su chiste, pero sólo si se traspasaba a un protagonista menos irrisorio.

Por algún motivo cuya conexión con las nocturnas andanzas de Sitges no acabo de concretar, Natalia y yo no volvimos a Barcelona con Vicente y su bella secretaria, que era —por cierto— la vera efigie de Susan Hayward, sólo que más potente de pechos. Así que Natalia me llevó a la vacía casa familiar ya bien entrada la madrugada. Yo debía de estar bastante cansado o bastante ebrio, pues tengo la sospecha de que mis actividades amatorias adolecieron de graves deficiencias o resultaron directamente infructuosas. Me dormí sin duda o ya me internaba por un duermevela farragoso, poblado de laberínticas desviaciones sensoriales, cuando fui sacudido por un bullicio y un vozarrón que no procedían de ningún sueño. Una luz impetuosa se abatió sobre la cama desde donde Natalia y yo, medio incorporados ya, presenciamos despavoridos una escena imposible: dos enmascarados, provistos de pasamontañas y uno de ellos de pistola, nos instaban a levantarnos y vestirnos a toda prisa y sin rechistar. Natalia, con esa concisión autoritaria de los siempre obedecidos, les propuso sucesivamente a los enmascarados arramblar con todo lo que encontrasen de valor en la casa o bien comportarse como personas civilizadas, sin necesidad de incurrir en ninguna violencia. Uno de los enmascarados exigió con reiterado nerviosismo que cumpliéramos lo que se nos había mandado, a lo que Natalia respondió mientras se levantaba desnuda que si querían violarla, podían hacerlo siempre que no la intimidasen con injurias o groserías. Finalmente ella y yo nos vestimos a toda prisa, mudos y aturdidos, y nos quedamos esperando nuevas órdenes. A mí se me distorsionaban los contenidos de la realidad al tiempo que me latían dolorosamente las sienes y empezaba a acosarme una turbación angustiosa, como si se me hubiese atascado la respiración en el más vulnerable distrito de la garganta. Miraba a Natalia, pero ella no parecía interesada en saber nada de lo que yo pudiera comunicarle. Eran exactamente las cinco menos diez de la mañana, de eso me acuerdo muy bien, como si la hora hubiese coadyuvado de la forma más gratuita a acrecentar una congoja que empezaba a ser insufrible. El enmascarado de la pistola hizo con ésta un movimiento brusco, como señalando la distancia que quedaba entre nosotros y la puerta, y por allí salimos, después de que quienes no parecían ser sino dos secuestradores nos cubrieran la cabeza con un capuchón negro. Supongo que tras un esfuerzo desmesurado de la voluntad, me permití preguntar con voz de ciego que qué querían de nosotros y que adónde nos llevaban, pero no recibí ninguna respuesta, a no ser una más perentoria indicación táctil de que siguiéramos

adelante y un roce medio furtivo de Natalia que por primera vez parecía entorpecida por el miedo.

Nos hicieron subir a un coche y emprendimos un camino que el temor y el asombro hacían más incongruente. A Natalia y a mí nos colocaron en el asiento de atrás y, contra toda presunción, ella no decía nada, parecía aferrada a su asiento con una fijeza y una docilidad realmente inusitadas, mientras nos apretábamos las manos húmedas acaso para saber que compartíamos el mismo suplicio. Al fin me atreví a preguntar de nuevo, con una voz que la falta de visión hacía más trémula, que adónde nos llevaban y a santo de qué nos conducían de aquella guisa. Tampoco me contestaron. Me pasó fugazmente por la cabeza que todo aquello muy bien podía ser una equivocación o incluso una broma y hasta una represalia a cuenta de alguna banda de patriotas fanáticos, pero también esas hipótesis tropezaron con mi cada vez más notoria incapacidad reflexiva. No sé qué rumbo seguíamos ni cuánto tardamos en detenernos. Por la resonancia y el olor de las cosas supuse que estábamos en el campo. El que conducía se bajó del coche y nos dejó allí con el otro compinche. Seguro que eso no estaba ocurriendo. Yo permanecía debidamente aterrorizado y evocaba situaciones terribles vividas en la guerra por gentes amigas o asimiladas a través de lecturas. Se oyeron pisadas, ruidos opacos, conversaciones tupidas, riñas entrecortadas, hasta que después de un tiempo tenebroso volvimos a ponernos en marcha. O el coche iba esta vez mucho más rápido que antes o corríamos por unos caminos de tierra que acentuaban la sensación de velocidad. Dimos muchas vueltas y revueltas y finalmente nos paramos. El que iba al lado del conductor dijo que se había producido un error y que ya podíamos irnos, a lo que añadió el otro que permaneciéramos con el capuchón puesto hasta que se dejara de oír el motor del coche. Así, sin más, como quien no quiere la cosa.

De modo que nos bajamos y lo primero que hicimos Natalia y yo fue buscarnos a tientas y quedarnos abrazados sin decir nada. Se adivinaba la luz tornadiza del amanecer y ni Natalia ni yo nos quitamos el capuchón que nos cegaba sino algo después de extinguirse el zumbido del motor del coche. Estábamos al borde de unos viñedos, en una hijuela de terrizo, y se veían asomar por detrás de una loma las cumbreras de una masía, hacia donde nos dirigimos sin ningún previo acuerdo. Aunque ya estaba avanzada la primavera, hacía mucho frío. Los terrores que nos habían tenido maniatados interceptaban el normal curso de la realidad. ¿Cómo ajustar en la memoria el sentido real de una experiencia que repugnaba a la razón, que la conciencia se negaba a aceptar y que todavía hoy, cuando la rememoro, se me antoja una

fantasía de lo más calenturienta y descabellada? He olvidado el sentido, la normalización de nuestras reacciones inmediatas y las anomalías expresivas de aquellos primeros arrimos por parte de quienes habían sido liberados con la misma arbitrariedad con que fueran retenidos. Yo me sentía adecuadamente perplejo, tembloroso, como desmemoriado, como si hubiese conseguido salir de una laberíntica desmesura, y caminaba de la mano de Natalia hacia algún lugar que nos devolviera a la vida cotidiana, donde pudiésemos al menos confiarnos mutuamente las sospechas de que todo lo que acababa de ocurrir no había sido verdad.

Y ahí acabó la película.

## 8. JUSTICIA DEL TIEMPO

La irregularidad de mis estancias en Palma no interceptaron para nada el vehemente propósito de auscultar en la personalidad de la isla, para lo que me fue muy útil la capacidad indagatoria de Pepa Ramis. Y la verdad es que anduve escudriñando por algunos de sus más consabidos rincones: los que iba ocupando la industria turística en la casi totalidad de las franjas costeras, y los cada vez más exiguos parajes que permanecían aferrados a la integridad ecológica de la isla y a la nobleza de su arquitectura tradicional. La desaforada y mostrenca proliferación de urbanizaciones se iba multiplicando al mismo ritmo caótico que la especulación, la codicia y la pasividad general. Quedaban, quedan aún, espacios magníficos —el *torrent* de Pareis, el bosque del común de Bunyola, las inmediaciones del Puig Major, Lluc-Alcari, Formentor, Deià—, pero ¿hasta cuándo podrán seguir librándose de la voracidad especulativa? Últimamente incluso las antiguas *possessions*, con sus hermosas casonas enclavadas en fincas de origen señorial, están siendo habilitadas como hostales y mesones, las más de las veces a cuenta de la astucia empresarial extranjera. Pero la naturaleza casi siempre puede más que sus depredadores, o eso quiero creer sin ninguna reserva. Recuerdo, por ejemplo, que hace años perseveraba en situación de indomable la población caprina de las montañas de Artà y Capdepera, unas cinco mil cabras salvajes que incluso los conservacionistas parecían decididos a eliminar, más que nada porque están acabando con la flora de la zona, especialmente con el palmito, la única variedad de palmera autóctona del Mediterráneo que se expandió por la isla. Supongo que algo tuvo que ver esa abundancia con la sustitución del topónimo medieval Ciutat de Mallorca por el más moderno de Palma.

Descubrí por aquellos días no sin asombro una rara edición de *Die Balearem*, la obra monumental del archiduque Luis Salvador de Austria, quien se prendó de Mallorca, compró tierras, preñó a zagalas, se construyó excelentes mansiones y conoció la isla palmo a palmo, describiendo con un puntillismo maniático todo lo que veía. Qué singular paradigma interpretativo, cuya resonancia a lo mejor todavía abochorna a algunos mallorquines, más que nada por lo que tiene de contraste entre el fervor magnánimo de un extranjero y la rapacería de la sociedad comercial indígena. No sé si al hilo de esas constataciones, y tal vez a modo de contraofensiva personal, escribí sobre algunos episodios dispersos de la vida cultural mallorquina: los *cossiers* de Montuiri, la *festa d'es sol que balla* de Sant Joan, la persistencia discriminatoria contra los chuetas, los hierros y vidrieras de Gaudí en la Seo,

los *siurells*. Realicé además —con la asesoría del escritor Gabriel Janer— una edición discográfica de *Cançons casolanes i del camp de Mallorca*, aprovechando el concurso que se celebraba todos los veranos en Llubí y donde se reunían no pocos intérpretes de esas viejas tonadas propias de los campesinos insulares. Sin duda que esta última iniciativa me proporcionó una complacencia que aún no ha mermado, más que por lo poco frecuentada de semejante auscultación en los veneros de la música popular, por lo que supuso de casi improvisada contribución mía a su salvaguardia.

Una de las cuestiones de raigambre mallorquina que más me tentó fue sin duda el rastreo de la cueva donde cuenta la tradición —o cierta tradición de vaga estirpe medieval— que vivió algún tiempo Ramon Llull. La vida de este personaje fascinante me sedujo de modo especialísimo a partir de la lectura del *Llibre de meravelles* y de *Blanquerna* (en *Obres essencials*, Ed. Selecta, 1957), verdaderas selvas filosóficas recorridas de sabidurías, utopías, esoterismos poéticos y enigmáticas incursiones en la ciencia. Subí varias veces hasta Randa, cerca de Llucmajor, en cuya ermita dicen que se alojó el místico tras su tardía y novelesca conversión al cristianismo. Pero eso debió de ocurrir en la segunda mitad del siglo, es decir, mucho antes de la construcción de esa ermita más bien simbólica, de modo que donde tuvo que refugiarse fue en alguna cueva de las inmediaciones, dedicándose a la meditación y a la ascesis. No encontré la cueva, pero sí el rastro, las marcas volátiles de ese ejercicio de perfeccionamiento espiritual que condujo a Llull a cimas de iluminación verdaderamente portentosas. ¿Qué haría, cómo soportaría esa durísima experiencia de eremita alguien que descendía de la nobleza catalana que llegó a la isla con Jaume I el Conqueridor y que tan regaladamente había vivido hasta entonces?

Entre el verano de 1957 y el de 1958, la casa de Cela en el distrito palmesano de Son Armadans se convirtió en un neutral albergue de ciertas gentes un poco desvalidas o un poco indefensas o un poco errantes, según. Un episodio por demás desusado, pues Cela, especialista en la obra de Cela, muy pocas veces llegó a interesarse de veras por los otros. Toda su literatura y su vida giraban *pro domo sua*, y si accedía a vidas y literaturas ajenas era por derivación o conveniencia de las suyas propias. De modo que aquélla fue otra de las contradicciones manifiestas de su carácter, mostrando ciertamente entonces esa infrecuente compensación caballerosa, de modales corteses, que alternaba del modo más brusco con el ejercicio de la impertinencia y la escatología y con un prurito quizá inmaduro y desde luego extemporáneo de escandalizar al prójimo con toda clase de groserías. Yo creo que las buenas maneras le llegaban a Cela a través de su madre, doña Camila Trulock, una dama encantadora y ocurrente, que aún lucía cuando yo la conocí esa prestancia física que puede más que el envejecimiento en el caso de las personas que han sido naturalmente elegantes. De todos modos, la hospitalidad generosa de Camilo, su angosta fase de liberalidad propició que vivieran en su casa un no menguado número de inquilinos en situación —digamos— menesterosa o a punto de ser incluidos en la nómina de los descarriados. Aparte de los invitados sucesivos con cargo a las operaciones

culturales de *Papeles*, se instalaron en casa de Cela en calidad de huéspedes más o menos inermes Blas de Otero, Manuel Viola y, en los vacilantes tiempos a que ahora me refiero, Ana María Matute, Ramón Eugenio de Goicoechea y yo mismo.

La casa de Cela disponía de dos pisos y el de abajo se convirtió así en una especie de posada para escritores y artistas más bien desnortados. La convivencia resultó sumamente curiosa. Yo ya conocía a esos inquilinos ocasionales, pero fue entonces cuando se intensificó de modo muy especial mi afecto por Ana María Matute, que estaba atravesando por momentos muy difíciles, sometida a una extraña prueba de resistencia ante la adversidad y el despropósito. Su marido, Ramón Eugenio de Goicoechea, era sin duda un personaje atrabiliario, desconcertante, con una muy lunática inclinación a literaturizar la vida, a bordear la delincuencia y a vivir en peligro. Creo que ya me he referido a él y a su descabellada vida, siempre oscilando entre las majaderías librescas y un malditismo de andar por casa. Daba la impresión de que sus actitudes obedecían al deseo de ir acumulando datos extravagantes para hacer más vistosa su biografía. Físicamente, era lo más parecido que había al cochero de Drácula y gustaba de alardear de genio sólo reconocido en porciones para él muy insatisfactorias. Alguna vez, mientras Ana María tecleaba en la máquina de escribir (creo que entonces trabajaba en *Los hijos muertos*), procurando esforzadamente aislarse de las perturbaciones periféricas, la interrumpía de pronto Ramón Eugenio para dictarle algunos párrafos del gran libro que a la sazón estaba gestando. Ana María no hacía otra cosa que obedecerlo y a mí me parecía que aquella extrema docilidad, aquella desmedida sumisión a las caprichosas ínfulas literarias del marido resultaban, sobre disparatadas, intolerables.

Goicoechea hacía frecuentes viajes a Madrid con fines profesionales inciertos y con más que dudosa financiación. Durante sus estancias en la capital se alojaba en mi casa y sus cuchipandas y trapatiestas soliviantaron más de una vez al vecindario. En realidad, podía ser tan insensato o tan grotesco que resultaba hasta divertido, pero por lo común era largamente molesto y embarazoso. Llevaba siempre bajo el brazo una cartera repleta de papeluchos, entre los que destacaba un sobre con unas fotos suyas donde aparecía desnudo y en actitudes gimnásticas imitadas de poses de atletas griegos. El aspecto del retratado en esas inmotivadas posturas era extremadamente ridículo, pero él aseguraba que solía mostrarlas en el momento oportuno y que rara vez se resistían las mujeres a tanta seducción corporal. En una ocasión lo vi hacer algo que no parece posible: sacó una

jeringuilla del bolsillo, absorbió con ella un resto de la copa de coñac que estaba bebiendo, se arremangó el pantalón y se la inyectó en la pantorrilla. Su cara no tardó ni un segundo en ponerse bermeja y se levantó a declamar a voz en grito un extenso y laberíntico poema de J. V. Foix. Cuando le conté al doctor Barros lo de ese temerario chute de coñac, opinó que nada más parecido a un suicidio por *shock* alcohólico directamente aplicado a la sangre. Aquellos años propendían con frecuencia a esos recorridos por callejones sin salida.

Ana María enfermó seriamente con todo aquel sinvivir. Cierto que el marido la sometía a una permanente prueba de resignación y las ausencias de éste, en lugar de tranquilizarla, acentuaban su zozobra y su tristeza. Yo creo que sufría de una especie de quiebra moral y de un sinuoso menoscabo de su capacidad de autoestima. Se le había incrementado ese componente infantil de su carácter que no sólo conservaba sino que gustaba de extremar, y eso hacía más visible sus indefensiones y penalidades. En más de una ocasión incurrió en una palmaria prueba de alteración psíquica: redactó y se envió a sí misma un anónimo en que se describían las irregularidades de Goicoechea y su condición de adúltero y de truhán. Cuando Ana María recibía alguno de esos fingidos anónimos, rasgaba pausadamente el sobre, leía la misiva con lágrimas en los ojos y se retiraba a toda prisa a su habitación para ocultar su infortunio. Qué mujer más aniñadamente frágil y de más inocente creencia en las terapias antidepresivas a contrapelo y en los cuentos de hadas.

Pepa Ramis, que soportó una temporada a Cela en funciones de archivera o algo así, también pudo testificar muchas de esas anomalías servidas a domicilio, aunque a lo mejor no andaba por allí en la fase de mayor descolocación vital. Pepa solía pasar el mes de julio con su padre en el único hotel del minúsculo puerto de Sant Telm, en la costa de Andraitx, la más occidental de Mallorca, frente a la isla de la Dragonera y el islote del Pantaleu, el mismo que en un juego delirante yo anuncié en la prensa que iba a adquirir con ánimo de fundar, a la manera de Charles Fourier, una especie de falansterio en versión náutica-poética. Nada menos que eso. Sant Telm ni siquiera llegaba a la entidad de puerto pesquero, se reducía a una calle paralela a la costa y flanqueada de casas modestas de uno o dos pisos, tres a lo sumo. De día resplandecía por todas partes una luz vivísima y, con la caída de la noche, todo pasaba a convertirse en una especie de melancólico caserío deshabitado y medio perdido por los repechos litorales. A veces se oía la salmodia de los *virots*, unas extrañas aves que pasan el día en alta mar y regresan de noche a sus nidos y cuyo canto melodioso asocia la tradición al de

las sirenas que atormentaron a Ulises. Ni siquiera había entonces un solo bar en toda la redonda, de modo que tampoco existía ninguna reconfortante alternativa al parco horario del hotel. Salvo los baños matinales, el sopor de las siestas, las holganzas vespertinas y las correspondientes derivaciones amatorias por las esquinas de la noche, no había otra cosa que hacer. Por supuesto que tampoco hacía falta hacer nada más: ahí estaba incluida, como quien dice, la propiedad privada del paraíso.

Yo me había mercado un motorino de segunda o tercera mano que recorría en algo más de una hora los 30 kilómetros escasos que separaban Palma de Sant Telm y allí me personaba cada vez que podía escaparme de *Papeles*, en fatigosas visitas de ida y vuelta en un mismo día, o bien aprovechando los fines de semana. Siempre hacía escala en un bar de S'Arracó, pueblo de exportadores de frutas aledaño a Sant Telm, donde se habla un curioso híbrido de francés y mallorquín. Me agradaba la ginebra clandestina, la *coca amb verdura* y las *olives trencades* que podían consumirse por allí. El hotel de Sant Telm era más bien una fonda dotada de ocho o diez habitaciones y de una terraza volada sobre el mar. La *dona*, aún de muy buen ver, cocinaba unas bullabesas y unos *tumbets* de lo más aconsejables para convertir la anorexia en glotonería. Siempre recuerdo con placer esas comidas de las tres de la tarde, con los fulgores marítimos apenas tamizados bajo el toldo azulenco de la terraza y un húmedo y atosigante calor sólo atenuado algunas noches con el alivio eventual de la tramontana. Casi nunca me hospedaba en ese hotel, siempre abarrotado de *gents estranyes, que es banyen a l'hivern, viuen d'esquena a la religió i fabriquen cocktails endiablats* —por copiar más o menos el sarcasmo de algún personaje de Villalonga—, sino en un anexo con apariencia de albergue de pescadores. Alguna vez también dormí en una pequeña casa que tenía Odín, perdón, Baltasar Porcel, por las inmediaciones de Sant Telm, en un bravío campo de algarrobos aún salvado de la piqueta de los especuladores.

Un día quise probar mis fuerzas, que nunca fueron sino pocas, y acompañé a Pepa en la poco razonable hazaña de llegar a nado al Pantaleu. Se trataba de cruzar el corredor marítimo de no más de trescientos o cuatrocientos metros que hay entre el islote y la costa de Sant Telm, un ejercicio que para Pepa —que había sido, como ya dije, campeona de natación de Baleares— venía a ser como atravesar a la otra acera, pero que en mi caso suponía un asunto muy serio. Tan serio que incluso pudo constituir el último de mis modestos lances natatorios. Nos echamos al agua de común acuerdo y todo iba bien hasta que noté el primer síntoma de fatiga, justo en el momento en que divisé el islote

medio emborronado por detrás de una lejanía pavorosa. Intenté sobreponerme, evitar la irrisión de mostrarme ante Pepa como un pardal de poco fuste, pero el cansancio arreciaba, me entorpecía los movimientos y empezaba a obstruirme la respiración. Imposible cubrir la distancia que aún me separaba del Pantaleu, algo así como un piélago sin límites. Pepa me precedía nadando rítmica y sosegadamente, y creo que hubo un momento en que dudé si debía o no debía rendirme, pues lo más seguro era que la mar me hubiese elegido en ese momento como una de sus víctimas habituales. El corazón me resonaba igual que el acelerado péndulo de un metrónomo. Entreví las tumbas subacuáticas y no me gustaron, de manera que hice un esfuerzo favorecido por el pánico y llamé a Pepa con un hilo de voz. Ella se dio cuenta enseguida de que me ahogaba y corrió en mi ayuda. No creo que yo hiciera lo que debía para que esa ayuda no acabara provocando un descalabro mutuo, pero es muy posible que perdiera la noción de la realidad y que fuese arrastrado de esa guisa hasta un pequeño rellano del islote.

Me veo tendido de bruces sobre los guijarros, oyendo los arañazos tenues de esos guijarros removidos por el oleaje, entregado a un intensivo régimen de arcadas y con un lamentable aspecto de náufrago. Lo más angustioso de todo eso, sin embargo, es que tenía la rara sensación de que no me hubiese importado ahogarme. Ignoro hasta qué punto es ése un recuerdo engañoso o una fijación mental nada inverosímil. El caso fue que Pepa me cuidó y reanimó hasta que logré divisar de nuevo, al otro lado del incierto mar balear, la muy lejana orilla de Sant Telm, digamos que el finisterral del mundo. Atribuí mi fracaso a los motivos más inadecuados y pueriles, me excusé de muchos peregrinos modos, en tanto que Pepa decidía que de ninguna manera podía pensarse en la descabellada tentativa de que me volviera nadando a Sant Telm. Yo secundé tan ponderada idea y nos dedicamos a hacer señas de supervivientes a ver si alguien nos descubría y solventaba la situación, lo que no parecía que fuese a producirse nunca. Pasó mucho tiempo, me parece, antes de que Pepa optara finalmente por dejarme en el islote y volver ella sola a Sant Telm, nadando del modo más profesional, para que pudiesen venir a recogerme en un bote.

Pero en tanto que eso ocurría, cuántos obstinados reflujos de abatimiento y bochorno evolucionaron por dentro de mi cabeza. El islote no era accesible por aquel rincón, así que me senté sobre unas piedras mojadas, sintiendo aún el vértigo del ahogo, y me dediqué a meditar en los penosos sucesos vividos. No se me ha olvidado ni uno solo de los componentes de mi estado de ánimo. El menguado repertorio de mi historia de nadador, aún más empobrecido si se

relacionaba con los trofeos de campeona de Pepa, culminaba en aquel estúpido percance, de tan grotescas derivaciones sensitivas, desvalijado de cualquier atisbo de dignidad o de entereza. De ninguna manera me resignaba a un demérito tan ridículo o a esa prueba casi enfermiza de flaqueza, que iba traduciéndose en un obstinado sentimiento de menoscabo de mi personalidad, de descontento conmigo mismo. En un íntimo *coup d'efect*, incluso pretendí vincular el ahogo a la defectuosa capacidad de mis pulmones tras las averías de tísico sufridas años atrás. Y me imagino en cualquier caso, que algo tiene que ver con ese incidente mi inmutable tendencia a navegar sin perder de vista la costa, o a tratar en todo momento al mar con un respeto y un miramiento absolutamente irrevocables.

Mi vivienda palmesana —mi apartamento— estaba, como ya dije, en la ladera de Son Abrines, un poco más abajo del estudio y la casa de Miró, entre la mar de Cala Major y las zonas de pinares que subían hasta el caserío de Génova y el castillo de Bellver. Desde allí se veían las cumbreras lustrosas de Marivent, que aún no era residencia veraniega de la familia real, sino una mansión privada más bien grandilocuente, de palaciega solemnidad, algo así como una de esas casonas ostentosas que mandaron construir los indianos enriquecidos en la mercadería ultramarina y atacados de fiebre declamatoria. Esta casona pertenecía en propiedad a una señora francesa muy acaudalada, cuyo chófer, Juan Saridakis, griego de nación, casó con ella y la heredó a su muerte. Saridakis, más que un chófer, parecía el patriarca de un clan de caballeros macedonios o un actor de carácter especializado en papeles de pastor de la Arcadia. Corpulento, de florida barba blanca y de nobles facciones copiadas de la estatuaria del siglo de Pericles, se había aficionado, una vez que la riqueza desplazó a la mecánica, al grabado artístico. Incluso creo que organizaron alguna exposición suya de marinas clónicas en el casino de la localidad. Un día invitó a los Cela y, de paso, a los Llompart y a mí a ir a visitarlo para departir sobre cuestiones elevadas y, de paso, conocer la mansión y los jardines circundantes. La hora de la cita era un tanto impropia: a las cinco de la tarde de un tórrido día de agosto.

No tengo muy bien dibujado en la memoria el plano de Marivent, pero recuerdo una escalera suntuosa dividida a media altura en dos ramales, muchas maderas labradas, muchos jarrones gigantescos, muchos mármoles de rosadas aguas y muchos fondos de espejos de barrocas molduras. Nos sentamos alrededor de una gran mesa de fina labra, en unas sillas de mimbre que el paso del tiempo había barnizado con dignidad. La conversación era lánguida y escurridiza, hasta que apareció inesperadamente mosén Llorenç

Riber, una de las más nombradas figuras del humanismo balear, miembro de la ya abolida sección catalana de la Academia de la Lengua y discreto traductor de las *Geórgicas.* Cela, que se comportaba con sinuosa urbanidad, estuvo departiendo con Riber un buen rato, pero todo tenía un aire ligeramente tedioso, a pesar de la destreza de que hacía gala Camilo para divagar sobre los temas más insustanciales. Riber era un cura de sotana impoluta y como incorporada artificialmente a su personalidad de latinista de buena cepa, muy aficionado a dar pruebas fehacientes de su cultura y sus circunspectos hábitos cortesanos. Cuando ya la reunión parecía adquirir nuevamente un grado de aburrimiento irreparable, Saridakis jaló de un cordón que pendía detrás de él y al punto aparecieron dos doncellas primorosamente uniformadas, con guantes y cofia, que fueron colocando sobre la mesa unas grandes bandejas de pasteles y unas vistosas jarras de agua con hielo picado. La verdad es que aquella merienda de goloso en plena canícula no parecía ciertamente muy aconsejable. Saridakis alabó la calidad de los dulces, provenientes —puntualizó— de C'an Fresquet, un reputado establecimiento que mantenía como pocos la gran tradición de la confitería árabe. Todos probamos, luego de intercambiar alguna furtiva mueca de resignación, de aquellos pasteles y todos bebimos nuestro vaso de agua helada.

Después del sofocante convite, Saridakis nos llevó a la parte posterior de la casona, una amplia y bien trazada solana que descendía en varias terrazas ajardinadas y rocosas hasta la orilla del mar, al filo de la bella bahía de Palma. Ya ahí Cela empezó a perorar en un tono bastante intempestivo contra los comerciantes mallorquines que estaban vendiendo a otros comerciantes *forasters* las mejores tierras insulares. Mosén Llorenç Riber asentía sin convicción, como si estuviese pensando en la copa de anisete que no se había tomado o en el calor que sobraba por todas partes. Josep Maria Llompart también se lamentaba en términos encendidos de la extinción de los campos de almendros y algarrobos, de las pinedas del perímetro costero de la isla ya casi enteramente devastadas por horrendas edificaciones, en la línea de ese general feísmo arquitectónico de la época peor de la especulación. Saridakis permanecía en silencio, se limitaba a balancear la hermosa cabeza que tenía con un ambiguo gesto que lo mismo podía ser de aquiescencia que de desinterés. Y ahí fue cuando Encarna —la mujer de Llompart— y Charo —la mujer de Cela— alegaron de común acuerdo y con palabras gentiles que ya se alargaba mucho la visita y tal vez el señor Saridakis quería volver a su estudio de grabador. Creo que el señor Saridakis no las tenía todas consigo, quiero decir que no debía de saber muy bien si esa despedida respondía a un sincero deseo o a una sorna encubierta. Pero al fin nos despedimos todos, menos

mosén Riber, y abandonamos Marivent —al menos, yo— con una mezcla de agobio, aburrimiento y descontrol de la saliva.

Pienso que *Papeles de Son Armadans*, en su primera época, es decir, entre 1956 y los primeros años sesenta, jugó un papel sin duda relevante dentro de los avatares y sinsabores de la cultura literaria española. Cela fue en este sentido muy hábil y tuvo un perspicaz olfato para canalizar a través de la revista, o para no impedir que eso se produjese, todo cuanto estaba ocurriendo en las artes y las letras occidentales y merecía ser tenido en cuenta, con muy específica atención a la literatura nuestra del exilio. Supo sortear las constantes trabas censorias emanadas de la sucursal del Ministerio de Información en Palma, cuyo responsable, un tal Ignacio Arxaga, padecía de inocultables ataques de acojonamiento cada vez que Camilo se personaba en su despacho reclamando la revisión de algún texto prohibido y amenazando con elevar su protesta ante Fraga Iribarne, con quien lo unía una vieja amistad por vía autoritaria y jacobea. Quiero recordar que siempre conseguía la autorización, pues el atemorizado funcionario debía de preferir la expulsión del cuerpo o dar con sus huesos en la cárcel, antes que la temeridad de enfrentarse a Cela, con lo que *Papeles* se convirtió en una velada tribuna de desafectos al régimen, cosa que yo me encargaba directamente de mantener y aun de avivar sin que se notara demasiado. La nómina de colaboradores de la revista supuso efectivamente un ejemplo de coexistencia y, por usar un símil muy manido o muy enfático, de integración de las dos o tres Españas.

Cela organizó en *Papeles*, o más bien en su casa de Son Armadans, unas conferencias que resultaron sumamente vistosas y creo que acabaron infligiendo al señor Arxaga, el censor, un ya incurable estado de angustia. A algunas de esas charlas no asistí yo, a veces porque no estaba en Palma y a veces porque sí estaba en Palma, pero impresentable. Que yo recuerde o que yo fuera testigo, Cela invitó y hospedó con estos fines —a cuenta de los precarios fondos de la revista— a Américo Castro, Tristan Tzara, Jorge Guillén, José Luis Aranguren, Antonio Vilanova, Blas de Otero, Eduardo Cote... Mi relación con don Américo, con Guillén, con Vilanova, tuvo ahí su arranque y fue muy duradera. A los demás —salvo a Tzara— ya los conocía de antes. Don Américo me pareció un hombre de trato algo difícil, un poco severo, pero como a pesar suyo, absolutamente convencido de la imposibilidad de que alguien pudiera contradecir sus teorías históricas o sus puntos de vista como filólogo. A mí me intimidaba un poco, me transmitía un respeto del que yo no sabía suprimir ciertos estorbos comunicativos. No entonces sino algo después compartí fogosamente, frente a Sánchez Albornoz,

las ideas de don Américo sobre la realidad histórica de España, es decir, sobre la trascendencia de la conjunción cultural de cristianos, árabes y judíos en la forja de la «hispanidad», o de la identidad española según sus más perceptibles pautas de conducta. Siempre he pensado, empero, que toda esa cuestión de las herencias vitales y culturales es un poco resbaladiza y suele basarse en argumentos más bien literarios. Defender que nuestras reacciones pueden ser una consecuencia de las reacciones de nuestros antepasados históricos, me resulta de una credulidad por lo menos extremada, no ajena a un cierto idealismo de fondo. Pero ésa es otra cuestión y ahora, además, casi tiene un vacuo regusto petulante.

Andando el tiempo, ya en Madrid, fui a ver a Américo Castro un par de veces en compañía de Pedro Carrero Eras, que trabajaba entonces conmigo en el seminario de lexicografía de la Academia. Don Américo vivía por El Viso, creo que en casa de su hija Carmen, casada con Xavier Zubiri, quien alcanzó por aquellos años un notable predicamento intelectual y social y con cuya doctrina —o con su penetración en el «núcleo duro» de la metafísica— sólo pude identificarme, pobre de mí, en porciones muy exiguas, o sólo localizadas en esa noción de la «realidad» como objeto filosófico por excelencia. Dice Zubiri en *Sobre el sentimiento y la volición* —donde acaso se reúnen sus más diáfanas lecciones filosóficas— que en ningún caso pretende «llegar a claridades absolutas». No seré yo quien lo contradiga. Por cierto, Pedro Carrero preparó una selección de textos de don Américo, *Españoles al margen*, con la que quise inaugurar una colección de ensayos —La Vela Latina— en Ediciones Júcar. Esta selección estaba principalmente orientada al análisis de ese ejemplar esfuerzo de saneamiento de la cultura española emprendido por la Institución Libre de Enseñanza, con especial atención a las figuras de Francisco Giner de los Ríos, Alberto Jiménez Fraud y Manuel Bartolomé Cossío. El libro se publicó muy poco después de la muerte de don Américo, en 1972.

De Tristan Tzara no conservo, cosa rara, más que un recuerdo muy impreciso, muy inadecuado tal vez. Sólo alcanzo a evocarlo hundido en una butaca, cabizbajo y lacónico, en una actitud que muy bien podía confundirse con el recogimiento del orante o con la melancolía del viajero que ha tenido obligatoriamente que hacer escala en un sitio inapropiado. También es verdad que apenas hablé con él, pues yo llegué a Palma cuando él ya se iba, pero no consigo relacionar a aquel sesentón bondadoso a pesar de lo retraído con uno de los jóvenes insurrectos que inventaron el dadaísmo —*dada ne signifie rien* — cuarenta años atrás, en el cabaret Voltaire de Zurich. En cualquier caso,

Tzara ya había prácticamente olvidado por entonces sus piruetas como sedicioso del surrealismo y cultivaba una poesía de mucho más convencional engranaje expresivo. El tiempo se había encargado de apolillar, a veces en una dirección equivocada, aquel dadaísmo de la época de París, cuando *l'esprit anti-bourgeois et anti-académique s'est exprimé partout avec une égale virulence.* Creo que al final Tzara volvió a escribir en rumano, una elección que tal vez tuviera algo que ver con la actitud del converso que un día se reincorpora, ya con las ideas limadas por las puntas, a su propia tradición. Pienso que tampoco es una alternativa confortable.

Otro de los invitados de Cela a esa variante de salón literario que se montó en *Papeles*, o a cuenta de algún otro empeño particular, fue Baroja. Se cruzaron con este motivo unas cartas muy curiosas, de las que me acuerdo a medias. Ante la insistencia de anfitrión de Camilo, don Pío acabó confesando que de ninguna manera podía aceptar la invitación, ya que, aparte de sus naturales achaques de viejo, tenía que aplicarse de cintura para abajo una inmunda pomada que lo ensuciaba todo, con lo que se convertía en un huésped sumamente engorroso, amén de impresentable. Según mis cálculos, eso debió de ocurrir casi al mismo tiempo que se ponía en marcha *Papeles*, un poco antes quizá, es decir, cuando ya Baroja era un octogenario con muy pocas ganas —supongo— de moverse de su casa. En cualquier caso, ni por asomo pude imaginarme nunca al anciano novelista viviendo en casa de Cela, integrado por unos días en aquel heteróclito ambiente insular que nada tenía que ver con sus hábitos y gustos. No sé qué extrañas incidencias habrían podido articularse en el caso de que Baroja, en un repente imposible, hubiese optado por aquel viaje.

Durante una de mis cada vez más frecuentes ausencias de Palma, recibí una propuesta tentadora. Me llegó a través de Mario Laserna, rector de la Universidad Nacional de Colombia, y se me invitaba a formar parte del departamento de humanidades en calidad de profesor de «tiempo completo», que es denominación altamente existencial. Ya sabía que dos fraternos amigos colombianos —Jorge Gaitán y Eduardo Cote—, amigos a su vez del rector, me habían servido de espontáneos mediadores para que se concretara ese viaje y ese trabajo. Con la segunda carta del doctor Laserna me llegó el contrato correspondiente, que yo leí en principio muy por encima, dispuesto como estaba a aceptar de todos modos tan oportuna oferta. La verdad es que me retraía un poco la tarea docente, en la que nunca me había ejercitado y para la que no me sentía ni muy capaz ni muy respaldado por ninguna clase de afición. Había, además, en esa propuesta un atractivo adicional tan obvio que

su sola consideración ya me habría inclinado sin más a decidirme. Me refiero a la muy principal cláusula económica. Hice mis cálculos y supe que mi salario me daba de sobra para vivir holgadamente en Bogotá y aun para despilfarrar un poco. Lo cual suponía varios provechos a todas luces estimulantes y en cierto modo complementarios: casarme sin mayores cortapisas, una vez solventadas mis habituales insolvencias, zanjar así de una vez por todas unos embrollos morales y sentimentales que llevaban camino de hacerse endémicos y, finalmente, concederme una tregua o más bien optar por un saludable alejamiento del ominoso clima social y político español. Eso era al menos lo que yo arbitré por mi cuenta y riesgo, sin consultar previamente con Pepa Ramis ni proceder a ningún discreto cotejo de impedimentos y conveniencias y, sobre todo, sin plantear de antemano lo que no era sino un arbitrio unilateral de lo más intempestivo. Pero tan luminosa se me antojó mi determinación que fingí no sé qué trabajos atrasados en *Papeles* y me fui a Palma mucho antes de lo previsto, sólo con la intención de proponerle a Pepa que nos casáramos lo antes posible. Por supuesto que contaba con que ni ella ni su rondador de turno obstaculizaran mis planes, pues en ese infortunado caso aún desconocía por qué alarmantes declives se iba a orientar mi futuro más inmediato.

Como era previsible, a Pepa la aturdió de modo inocultable mi apremio, mi irreflexión, pues hasta entonces ni se había hablado de nada de eso ni se había sugerido ningún otro preámbulo marital. De modo que aquello tenía un aire de improvisación que debió de favorecer la desconfianza, sobre todo porque mi apresuramiento contenía a no dudarlo una muy ostensible dosis de insensatez. También yo me di cuenta entonces de lo anómalo de mi actitud, incentivada quizá por lo que tan gratuitamente temía: que mi oferta de boda llegara cuando ya Pepa estuviese más o menos decidida a afrontar otro más confortable porvenir. Pienso ahora que tal vez la apariencia de seguridad en que se amparaba mi osadía, o mi misma estrategia de hechos consumados, fueron mucho más eficientes que cualquier otra táctica *ad usum.* La verdad es que me permití dar por definitivo lo que nunca había pasado de ser una relación interina, y así quedaron las cosas por el momento. Se produjo además una abierta oposición familiar a ese casamiento, consecuentemente fundamentada en mi más que sospechoso pasado y en mi más que incierto porvenir. Ya por entonces mis relaciones con Charo Conde habían naturalmente trascendido de su primera órbita de suposiciones y eran tenidas como el aviso irrebatible de toda clase de depravaciones futuras por mi parte. La familia de Pepa temía de mí lo peor; toda la familia al completo, menos el padre, que era un caballero ecuánime y generoso y un severo partidario de no

inmiscuirse para nada en las decisiones de sus hijos. También el hermano mayor de Pepa, Miguel, a pesar de todos los pronósticos adversos —era católico de fe tridentina y, correlativamente, marino de guerra—, se pronunció con denuedo impensado a mi favor. El resto de la parentela —los otros hermanos, Pepe, Rafael, Antonia y Carmen, amén de sus respectivos cónyuges y deudos colaterales— me obsequiaron con una variable graduación de recelos, cuando no de rechazos ostensibles. Me consta que en más de un conciliábulo decidieron por mayoría aplastante que mis pretensiones constituían una seria amenaza para el prestigio familiar, para el bienestar de Pepa y no sé si hasta para la salvación de su alma. Seguramente tenían razón, pero yo tampoco les hice mucho caso.

El padre de Pepa, Rafael Ramis Togores, era un liberal a la vieja usanza —digamos que en términos republicanos— y un periodista de respetable pluma. Había sido depurado, yo creo que más por sospechoso de masón que por sus actividades pedagógicas, recién terminada la guerra civil. Su mujer, Rosa Cabot, murió muy joven, después de haber parido seis hijos, todos guapos, así que el viudo Ramis tuvo que ingeniárselas de muchos modos para sacar adelante a la prole. Vendió por lo pronto sus únicas propiedades: la casa donde vivían, un inmueble de cuatro plantas de finales del XIX situado junto al Borne, en uno de los antiguos enclaves de la *ciutat*, y un chalé en la costa, cerca de Palma. Fue corresponsal de *El Sol*, perteneció al comité de la Comunidad cultural catalano-balear y asistió en representación de Mallorca a los congresos de minorías nacionales celebrados en la Sociedad de Naciones. No sé muy bien los motivos que lo llevaron a colaborar con Juan Estelrich en diversas iniciativas culturales dentro y fuera de la isla y, de un modo más aleatorio, con Gabriel Alomar, uno de los firmantes, junto a Borges y Sureda i Blanes, del manifiesto ultraísta que publicó la revista *Baleares* en 1921.

Durante la guerra civil, la familia de Juan Estelrich —su mujer, Ana March, y sus tres hijos: Juan, el director de cine, Ana María y Tina— se fue a vivir a Mallorca, a la casa de verano que tenía mi suegro cerca de Palma, en un lugar que dicen El Molinar, con lo que los lazos amistosos entre los Ramis y los Estelrich se convirtieron más bien en vínculos familiares. A Ana María, que era un vistoso prototipo de burguesa catalana amiga de artistas, algo sabihonda y desde luego bastante atractiva y desinhibida, la traté con alguna frecuencia a lo largo de los años, y con Juan coincidí de modo irregular por los acudideros de la nocturnidad etílica madrileña. Una película suya, *El anacoreta*, protagonizada por Fernando Fernán Gómez, me agradó algo más de lo que había supuesto, sobre todo por la buena colocación de sus aparejos

literarios. La otra Estelrich, Tina, estaba casada con un químico, Xavier Rotllán, que era a la vez campeón de España de salto de trampolín, un personaje muy divertido y dotado de una frivolidad de muy buena clase, que acabó viviendo en un barco con el que invernaba en Palma y donde Pepa y yo tomábamos con cierta asiduidad nuestras litúrgicas copas del atardecer.

Juan Estelrich fue, creo yo, amén de un vitalista incorregible, lo que se dice un *bon vivant*, un curioso modelo de humanista cuya diversidad de gestiones y cuyas opacas connivencias con el poder lo dispersaron y malograron. Hay un libro suyo inencontrable, *Entre la vida i els libres*, donde se reúnen diversos estudios sobre Leopardi, Conrad, Kierkegaard o Jules Romains que denotan una sagaz si bien inestable solvencia crítica. En términos ideológicos, Estelrich fue sin duda un personaje de lo más contradictorio, de un pragmatismo o una previsión utilitaria que no dejaba de tener su parte cínica. Pasó de un nacionalismo de índole conservadora, en la línea del Cambó asociado a la Lliga, a oficiar —también como Cambó— en una especie de tupido directorio de relaciones públicas del franquismo, de modo que su biografía no deja de internarse por alguna zona de difícil tránsito. Cuando murió, en 1958, era delegado español en la UNESCO. Conservo un libro suyo, *La falsa paz* (Montaner y Simón, 1949), donde, al lado de ciertas plausibles reflexiones de orientación paneuropea —compartidas con las de su amigo Paul Valéry—, apuntan no pocas digresiones en torno a una espiritualidad de subrepticios nexos con el sectarismo católico imperante en aquellos años. También he desenterrado ahora otro libro raro de Estelrich, *La persecuzione religiosa in Spagna* (Mondadori, 1937), prologada en plúmbeo verso de orador sagrado por Paul Claudel, *Al martiri spagnoli*, una oda —por cierto— que tradujo al español Jorge Guillén y se publicó en una editorial falangista sevillana. Estelrich centra su texto en un inventario casi morboso de la metódica destrucción de los bienes eclesiásticos por parte de las hordas marxistas y de las terribles secuelas de la infiltración del comunismo en la patria malherida, todo ello acompañado de un cumplido material gráfico referente a esas atrocidades perpetradas contra la Iglesia. El libro, en conjunto, resulta tendencioso por lo extremado y monolítico. Y el hecho de que Mondadori, que llegó a ser uno de los grandes editores de las nuevas democracias occidentales, publicase un libro de semejante cariz sólo se explica remitiéndolo al apogeo de la Italia fascista. Una conjetura muy similar podría aplicarse a la traducción que hizo Guillén del rimbombante poema de Claudel.

A Juan Estelrich sólo lo vi unas pocas veces, siempre en Barcelona, una

de ellas con motivo de una traducción de Ausonio que me interesaba consultar y que había publicado la fundación Bernat Metge en su espléndida colección de clásicos grecolatinos, alentada por aquel político pusilánime y notorio mecenas que fue Cambó, y de la que Estelrich había sido director durante algún tiempo. Aunque nacido en Felanitx, un pueblo del oriente insular, no parecía que este llamativo híbrido de librepensador y funcionario franquista tuviese ningún interés en volver por su tierra. Algo de eso me contaba otro *felanitxer*, Miquel Barceló, no el pintor de acumulativos desaliños matéricos, sino un homónimo que luego sería catedrático de historia medieval de la Universidad Autónoma de Barcelona y que entonces no era sino poeta en fase de meritorio, el «sobrino Miquel» del poema de Gil de Biedma. A este Miquel Barceló lo veía de vez en cuando por Palma y solíamos vagar por enclaves pecaminosos o por los extrarradios turísticos de la ciudad. Casi siempre andábamos inventándonos maldades sobre la comúnmente tenida por muy reputada literatura mallorquina, en la que no faltaban productos tan mediocres como aplaudidos, en la línea de la poesía lírica de un Guillem Colom o la prosa narrativa de un Joan Bonet. Una insolencia que solíamos ampliar al campo de la pintura, metiendo en un mismo saco de provocaciones a un muy apreciado autor de marinas infames llamado Cittadini o al último académico de renombre. También nos hacíamos invitar alguna que otra vez en casa de los Ramis, donde la hospitalidad se ejercía con largueza y las ginebras eran adecuadamente profundas. La verdad es que a mí siempre me recibieron bastante bien en esa casa, con la única posible salvedad de la hermana menor de Pepa, Carmen, quien gastaba una verborrea de recambio automático y que me consideraba sin ningún tapujo un disoluto de mucho cuidado. Tampoco la desmentí nunca.

En tanto que ocurría todo eso, se produjo como un receso ya irrevocable en mis relaciones con Charo Conde, cuyo término estaba forzosamente implícito en sus propias disensiones originales. Ella había sufrido no sé qué dolencias endocrinas y tuvo que ser intervenida quirúrgicamente con cierta urgencia. Yo estaba entonces en Madrid y Camilo me escribió una carta donde entre circunloquios y apostillas de diversa vaguedad me pedía que fuera a Palma un fin de semana. No era ése su estilo, aparte de que tampoco parecían suyos los revoques epistolares de la prosa. En cierto modo, creí entender que, una vez evaluadas las ambigüedades y tensiones habidas últimamente entre nosotros, lo más sensato era solventar de una vez por todas lo que ya parecía improrrogable. Bastaba esa deducción como incentivo. Y preferí suponer que también se estaba planteando una intermisión más personal, ya que mi trato con Cela había ido adoleciendo progresivamente de algunas serias averías.

Aunque quizá no fuese el momento más adecuado, previ que lo mejor para todos era que procediéramos mal que bien a despedirnos entonces, antes incluso de que se confirmara mi viaje a Colombia. Y así lo hice: me fui a Palma casi en secreto y en un viaje mixto de autobús y barco que acentuó considerablemente las flaquezas de mi ánimo.

No fue aquélla una experiencia reconfortante. Todo tuvo una melancólica tonalidad de interrupción súbita de unos lazos que habían sido muchas cosas, pero ninguna de ellas artera o baladí. ¿Me estaba despidiendo realmente de una fracción de vida que siempre se había sustentado de su propia interinidad? Ahí terminaba de cierto un ciclo de mi historia privada y empezaba otro radicalmente distinto, a todas luces antagónico y de muy contrarios excipientes humanos. Las partes de que se compone la verdad no tienen por qué ser verdaderas. Tal vez pensara, con otros desvíos argumentales o con otras quiebras de la culpabilidad, en lo mismo que ya había cavilado tantas veces: en que las decisiones morales provienen de una base biológica, es decir, que una ignorada porción del cerebro estaba procesando entonces mi aceptación de un desenlace triste, exento de malevolencias y macerado en toda clase de contradicciones, pero también de una ya incorregible tesitura sentimental donde se juntaban un fin de trayecto y un punto de partida, un pasado deliberadamente obstruido y un presente cuyos drenajes empezaban a conducir razonablemente al futuro.

No regresé enseguida a Madrid, aunque tampoco puedo precisar en qué anduve ocupándome mientras me amoldaba a esos últimos recambios vitales. Supongo que me encontraría y sinceraría casi de inmediato con Pepa, porque me consta que uno de aquellos días me fui con ella y con los Kerrigan, y creo que con Miquel Barceló como cicerone deficiente, a una verbena de mucho ajetreo que se celebraba en Felanitx a fines del verano. Pensé que me vendría bien aquel jolgorio trivial. Se bebió lo suyo o bebimos lo nuestro Tony Kerrigan y yo, porque incurrimos en una operación que en su momento fue calificada por la policía municipal como de alteración del orden público, aunque esa alteración sólo concerniera a un restringido sector del público. Resulta que mientras andábamos por allí Tony y yo descubrimos dos escaleras apoyadas en una pared levantada con tablones ensamblados. La tentación era de lo más propicia, de modo que ni cortos ni perezosos trepamos por esas escaleras como si realmente se tratara de un número incluido en el programa verbenero. Kerrigan lucía entonces una abundante barba canosa y yo una especie de perilla todavía rubiasca. Al llegar al coronamiento de la pared, lo que se divisaba era un espacioso reducto abarrotado de gente. Por lo que a mí

respecta, no entendí al principio adónde me había asomado, hasta que se empezaron a oír gritos y denuestos por parte de quienes no eran sino espectadores de una pieza teatral que allí se estaba representando y que sufrió una interrupción ciertamente inadecuada. Kerrigan y yo estábamos justamente situados en la cimera del escenario, en el extremo superior de un decorado no muy alto que representaba una floresta convenientemente adornada de fuentes cristalinas y aves canoras. Yo creo que los espectadores debieron de suponer en un principio que nuestra aparición obedecía al desarrollo argumental de la propia obra, o que éramos los figurantes de una especie de *deus ex machina* a punto de descender al escenario. Pero no, porque los improperios arreciaban, indistintamente emitidos en mallorquín y castellano y con especial mención a los malditos *barbuts*, así que decidimos finalmente, en evitación de mayores disturbios y una vez malograda tan desaprensivamente la función, bajar por donde habíamos subido.

Pepa y Elaine estaban esperándonos abajo, sólo que ahora también había dos policías municipales, mientras Miquel Barceló o se había quitado de en medio o nunca había estado allí. Los municipales nos condujeron sin demasiados malos modos al cuartelillo, nos tomaron la filiación y, una vez que comprobaron a simple vista que habíamos bebido más de lo prudente, nos informaron que iban a tramitar la correspondiente denuncia y que ya nos avisarían del resultado, que fue una multa para mí excesiva y que no creo que pagara nunca. Y ahí terminó el festejo. Quiero recordar que todas las verbenas a las que he asistido, aparte de favorecer de modo irrestricto mi inclinación al *taedium vitae*, siempre acabaron de mala manera. Lo que pasa es que sólo he asistido a dos o tres.

Así iban las cosas, cuando todo empezó a funcionar como el inadvertido corolario de unas vísperas conyugales. No hizo falta ninguna comprobación especial para que lo que inicialmente fue una idea aleatoria acabara teniendo el carácter de un pacto en firme: esa táctica de hechos consumados a que ya me referí. Al final nadie parecía inclinado a seguir manteniendo su desacuerdo a que yo me casara con Pepa. Quizá darían por sentado que de todos modos íbamos a hacerlo, así que tal vez prefirieran aceptar de antemano lo irremediable, supongo que para invalidar también así otras más prolijas discordias. No me explico muy bien o no me veo inserto, ni de grado ni por fuerza, en todo aquel trasiego familiar que precedió a la boda. Seguro que no sólo me incomodaban los preámbulos propios del caso, sino la interferencia de chismes y cabildeos que esa situación generaba maquinalmente. Incluso hubo un cabrón supernumerario que pretendió aportar al bando de los

opositores otra prueba irrefutable en contra de mi persona: la dependencia de la bebida. También esta vez opté por no decir ni que sí ni que no, aunque no es improbable que dejara filtrar la noticia de que me desayunaba con media botella de vodka. O quizá me apropié de una frase que Manuel Rivas atribuía a Joyce: «Soy un abstemio muy estricto. Nunca tomo nada entre bebidas.» Siempre he conseguido escapar con bastante eficacia del campo gravitatorio de los mentecatos. Además, ya debían de saber que, entre mis vicios, no figuraban ni la dipsomanía ni el sabotaje.

Justo por entonces, un poco antes tal vez, se conmemoró en Collioure el vigésimo aniversario de la muerte de Antonio Machado. Fue un acontecimiento que alcanzó a efectos políticos una considerable resonancia. Promovido desde París por el partido comunista y en especial por Claude Couffon y Juan Goytisolo, se consiguió establecer un comité honorífico en el que figuraron, según mis notas de entonces, Picasso, Sartre, Aragon, Malraux, Simone de Beauvoir, Queneau, Mauriac, y *tutti cuanti*. En Collioure se reunió prácticamente el grueso de los intelectuales de dentro y de fuera de España —más bien de Barcelona y París— implicados en la lucha antifranquista, con inclusión de personas de tan varia ideología como podían ser el republicano Pablo de Azcárate, el monárquico Antonio de Senillosa o el comunista Jorge Semprún, alias Federico Sánchez. La expedición se organizó en los primeros coches de que dispusimos los escritores que andábamos entonces por los treinta años. Ya conté por algún sitio lo inoportuna que fue mi propuesta de que José Antonio Novais, corresponsal a la sazón de *Le Monde*, se trasladara a Collioure con Carlos Barral, pues lo único que hizo todo el tiempo fue aportar una serie de notas discordantes a la buena marcha de la función. El pobre Novais, que era persona honesta y desvalida, cambiaba bruscamente de personalidad cuando lo acosaban los grotescos fantasmas del alcoholismo.

Yo me embarqué con Juan Goytisolo en el coche de su hermano José Agustín. Fue un viaje lento y ameno, más fatigoso quizá por lo politizado, y todo lo que ocurrió en aquel apacible enclave francés comparece en mi memoria desglosado entre la emoción y la dispersión, entre los intercambios efusivos y las disquisiciones políticas. Aparte del ritual en el cementerio —incluidas las prédicas fúnebres a cargo de Manuel Tuñón de Lara, Pablo de Azcárate y José Herrera Petere— y de la ceremonia en el hotel Bougnol-Quintana —donde se alojaron y murieron don Antonio y su madre—, empleamos el resto del tiempo en conmovedores recordatorios sobre la ejemplaridad civil del poeta y en reuniones de espontánea agencia operativa, más bien centradas en la otra vez inminente liquidación del régimen

franquista —cuestión de meses— y en el reciente triunfo de la revolución cubana. Allí se preparó sin duda la salida a la palestra de lo que vino a llamarse, no sin alguna mordacidad de alta madrugada, la «operación realista». También se bebió por largo y se improvisó algún que otro paseo por las vecindades del castillo templario, donde —por cierto— estuvieron recluidos de manera ignominiosa algunos republicanos españoles, dentro de aquella detestable aunque no imprevista acogida que deparó Francia en 1939 a nuestros refugiados políticos. Aparte de todo eso, nos hicimos una foto que, en términos nada hiperbólicos, casi ha dado la vuelta al mundo.

No sé cómo volví aquella primera vez de Collioure, pero de lo que sí me acuerdo muy bien es de que, al día siguiente de mi llegada, recibí en mi piso de Madrid la visita de dos presuntos miembros de la Brigada político-social. Lo único que me aclararon fue que eran de la policía y que tenían que hacerme unas preguntas. Ni siquiera se me ocurrió decirles con naturalidad cinematográfica que se identificasen y que si traían una orden judicial. Así que los hice pasar con fingida condescendencia a la sala y mientras uno de ellos se repantigaba en un sofá dándole tiempo al tiempo, el otro se permitía sin más recorrer el piso, en busca —supongo— de pruebas para encartarme de inmediato por propaganda ilegal. No encontró nada al parecer, cosa que me devolvió en cierto modo un atisbo de ánimo y que al policía le debió de resultar sumamente decepcionante. Cuando volvió a aparecer en la sala se dedicó a registrar sin ningún miramiento por la biblioteca, a hojear de cuando en cuando algún libro y a hacer unos visajes que no auguraban nada bueno. Mientras ocurría todo eso, el otro policía, que parecía también el más inocuo, me había estado haciendo preguntas vagamente alusivas a mis ocupaciones. Lo que pretendían saber no era quiénes y por qué nos habíamos reunido en Collioure, que de eso estaban al cabo de la calle, sino qué exiliados comunistas habían acudido allí y de qué habían hablado. Aunque tampoco me aclaró nadie que todo lo que dijera podía ser utilizado en mi contra, me limité a reiterar que nos habíamos dedicado a rememorar de la manera más estricta la poesía de Machado y que yo no tenía ni idea de la asistencia de comunistas a aquellos actos de Collioure. Incluso se me ocurrió añadir que, aunque hubiese estado presente algún comunista, yo tampoco me habría percatado de ello por la sencilla razón de que no hubiese sabido identificarlo. Eso fue más o menos lo que declaré y lo que pasó durante aquel interrogatorio. Creo que ya se había aprobado por entonces, o estaba a punto de aprobarse, la nueva ley de Orden Público, de manera que mis indicios de culpabilidad aún eran de más factible aplicación. En cualquier caso, lo cierto es que no conservo de aquel episodio otras sensaciones distintas al sobresalto, a la zozobra o, mejor dicho,

a la convicción de que en este sentido mis zozobras y sobresaltos no habían hecho más que empezar.

Decía que Collioure fue, salvo algún error de cálculo, el escenario donde se fraguó o se concretó la estrategia de lo que pasaría a los manuales de literatura con el ya incorregible apelativo de grupo poético del 50. Eludo a sabiendas el término generación, sobre todo por razones de recelo cronológico o difidencia conceptual, aparte de que en ningún caso se trataba *in extenso* de una generación, sino de un grupo dentro de una generación, que es cosa muy distinta. Tampoco me parece del todo adecuado que ese grupo se limite a los poetas y excluya a los novelistas coetáneos, ya que ambos se alinearon por junto en aquella casi unánime aceptación de los postulados sartrianos del *engagement*, incentivados entonces por la lucha clandestina contra la dictadura. Quizá fuera eso —la actividad antifranquista— lo único que sirvió de perentorio factor de cohesión entre los componentes natos de ese grupo, ya que las afinidades literarias nunca pasaron de ser episódicas y, aun admitiendo ciertas impregnaciones ambientales comunes, en ningún momento fueron significativas. Es cierto también que todo ese asunto siempre se vio favorecido por una manifiesta complicidad entre los conjurados, no sólo a efectos políticos, sino promocionales y relativamente amistosos. Parece evidente, además, que algún tónico sí que se administró entonces al anémico clima literario español, aunque para muchos adictos a la docilidad no fuese sino una alteración del buen orden literario, especialmente atribuible a «señoritos jaraneros» atrapados en las redes más acomodaticias del marxismo. La verdad es que, por lo que se refiere a la sociología cultural, tampoco andaban muy descaminados.

En términos estrictos, el grupo del 50 estuvo integrado por Ángel González, Costafreda, Barral, Ángel Crespo, José Agustín Goytisolo, Valente, Gil de Biedma, López Pacheco y yo mismo, sin contar con el correspondiente sector de novelistas: García Hortelano, Martín Santos, Juan y Luis Goytisolo, Marsé, Grosso, Zúñiga, Ferres, López Salinas... Téngase en cuenta además que esa relación excluía por imperativos ideológicos a otros conspicuos representantes de la poesía escrita por gentes de la misma edad y de algunos de los cuales me he podido sentir más cerca que de otros cultivadores de la narratividad y el coloquialismo, al menos en sus variantes más aplanadas por el uso. También es verdad que esa lista de poetas del 50 experimentó con el tiempo algún que otro desajuste, debido más que nada a alguna actitud migratoria o algún egotismo perfeccionado por una especie de operación de cirugía estética. Incluso se anexionaron al grupo, por meras razones tácticas

de calidad, dos poetas —Francisco Brines y Claudio Rodríguez— que no habían participado en las iniciales maniobras político-literarias de los —llamémoslos así— fundadores, pero que enriquecían a no dudarlo la reputación poética global. Recuerdo también en este sentido que cuando García Hortelano preparaba su antología sobre el grupo del 50, me extrañó, y así se lo dije, que excluyera a Crespo y diera cabida a Valverde, lo que suponía a todas luces una arbitrariedad o un dictamen injustificado. Pero Juan no me hizo caso, de modo que el repertorio de indecisiones y equívocos proliferó bastante a partir de entonces. Quienes opinan que en la nómina del 50 no figuran algunos poetas valiosos cronológicamente adscritos a esa generación, es que ignoran de qué específicos requerimientos corporativos dependía.

La antología que sirvió de lanzamiento a esa versión social o política de la poesía, con todas las emergencias propias del caso, fue desde luego —según es notorio— un texto previsible, pero inconsecuente. Me refiero, claro, a *Veinte años de poesía española* (1960), de Josep Maria Castellet, cuyas tesis no podían ser más coyunturales: el ocaso del simbolismo y la hegemonía del realismo. Un planteamiento ciertamente defectuoso, referido antes a los escarceos historicistas de la literatura que a una apreciación de ponderado alcance analítico. Uno de los coautores anónimos de esa antología —Jaime Gil— logró incluso que se excluyera de la misma a Juan Ramón Jiménez, alegando que se trataba de un esteta de casino desentendido de la realidad histórica. Con eso está dicho todo. A mí se me suele asociar a ese grupo casi por inercia onomástica. Si esa inclusión remite a razones afectivas y políticas, no tengo nada que objetar. Pero, como opinaba Baroja del 98 o Cernuda del 27, me resisto a creer que existiera de hecho una promoción del 50 ensamblada con suficiente homogeneidad literaria; a lo más que llego es a admitir que, al hilo de ciertas inducciones culturales, se organizó una banda de amigos en mayor o menor grado que se respetaban mutuamente, leían los mismos libros, participaban en la lucha antifranquista por las mismas causas, compartían parecidas desobediencias y trasnochaban con idéntica afición. Seguro que en ese sentido casi nunca dejé de sentirme integrado en el grupo del 50.

Como bien se sabe, el realismo social apenas permaneció en activo cinco o seis años y murió de muerte natural. Fue languideciendo como languidece cada cierto tiempo cualquier tendencia literaria, que se extingue para dejar paso a otra, lógicamente promovida por la propia dinámica de la historia. Claro que también influyó el cansancio, la decepción, la frustración política,

el excesivo triunfalismo, la evidencia de una crisis colectiva que vino a ser como la suma de una serie de crisis personales. En realidad, esa hermosa idea de querer cambiar la sociedad —la vida, la historia— por medio de una poesía de combate fue bastante peregrina, entre otras razones porque resultaba sumamente cándido hablar de la eficacia social de una poesía cuyos libros rara vez sobrepasaban una tirada de mil ejemplares. Aparte de que casi todos los integrantes del grupo del 50 propugnaban a toda costa que la poesía, antes que un vehículo de comunicación, era un hecho lingüístico transmisor de conocimiento. O sea, que las cosas tampoco funcionaron siempre de manera tan simple o inequívoca. Pero, sin necesidad de recurrir a ninguna palinodia, no encuentro reparos para defender la justificación histórica de la literatura social, aunque tampoco puede negarse su torpe adscripción a toda una serie de zafios apresuramientos operativos. En cualquier caso ningún poeta, ningún novelista de relieve vinculado a esa tendencia dejó de pensar que se trataba de un paréntesis más o menos voluntariamente aceptado y más o menos impuesto por las propias demandas de la historia. Cuando se empezaron a remansar las aguas, cada cual las vadeó a su manera. Recuerdo que en una ocasión, mientras andaba con Barral por algún declive de la noche, me decía éste que, una vez admitido que el dictador tenía todas las trazas de perpetuo, habría que ir pensando en dar por concluida la campaña socialrealista, con lo que también podríamos finalmente volver al cultivo de una literatura que habíamos mantenido como hibernada en espera de poder regresar a nuestros privados cuarteles estéticos. Yo creo que fue Ángel Crespo —codirector por entonces, con Gabino Alejandro Carriedo y conmigo, de la revista *Poesía de España*— quien primero largó amarras en este sentido.

Mi aceptación del socialrealismo se movilizó más por una sensibilidad política —moral, iba a decir— que por ninguna convicción estrictamente literaria. No tuve en principio otras reservas que las derivadas de un cierto malestar relacionado con la adecuación de mis presupuestos estéticos a las nuevas incitaciones expresivas. Pero fui yo quien eligió incluso fervorosamente ese cambio en los engranajes temáticos de mi trabajo creador. A mí nadie me indicó ni creo que ocurriera en ningún otro caso —salvo injerencias dogmáticas de algún fantoche— en qué campo de operaciones tenía que situar mi obra. También es cierto que mi ausencia de España en la época de mayor auge del socialrealismo me impidió asistir a esa especie de relaciones ilícitas entre el compromiso político y la actividad literaria. No conocí —o no recuerdo— a ninguno de los mandarines de turno o de los comisarios culturales, si es que los hubo, encargados de vigilar la buena marcha de esa literatura de urgencia. Así como nunca milité formalmente en

el partido comunista, tampoco obedecí a más consigna literaria que a la que me suministró mi propia y libre voluntad testificadora. Lo que sí me ocurrió en algún momento fue que la excesiva comparecencia testimonial, la misma reiteración de temas de índole —digamos— acusadora, me sometió a una especie de oclusión dialéctica de la que no fui consciente sino al cabo de los años. Y eso además restringió durante algún tiempo las ramificaciones indagatorias de mi trabajo, me sometió hasta cierto punto a un trato un poco aburrido, a veces demasiado artificioso y monocorde, con mi propia obra.

Para evitar quizá el riesgo de caer en las trampas de la poesía social más ramplona —sólo cultivada, me parece, por vates de ocasión— convine en que los asuntos centrales de ese escueto tramo de mi producción poética se centraran en la recuperación de la niñez a manera de propuesta moral a distancia. Así al menos seguía trabajando de algún modo en aquello para lo que siempre me he sentido literariamente mejor capacitado: para la creación de un mundo cuyas equivalencias con la realidad acotada en la memoria tiendan a generar una cierta ambigüedad de fondo. No era ése, sin embargo, un camino ortodoxo en términos políticos, y hasta llegó a comentarse en alguna asamblea de conjurados que mis vecindades con el simbolismo y hasta con el irracionalismo no auguraban nada bueno. Incluso muy bien pudo ocurrir que en alguna fortaleza ideológica se argumentase que todo lo que no respondiera a los dictados del realismo social o crítico —del realismo socialista a la española— era sospechoso de connivencia con el enemigo. O dicho con otras palabras, que lo único que obedecía responsablemente a la función social del escritor, a su compromiso con la historia, era lo que Murray Davis llamó literatura mimética, de técnica conductista —behaviorista—, cuya imitación servil de la realidad muy bien podía hacer las veces de *factory* de denuncias sociales, por citar el método de fabricación de calcomanías de Andy Warhol, partidario de la comida enlatada, padrino del pop fotográfico y compinche de Walt Disney. Probablemente estoy exagerando, pero tampoco descarto la sospecha de que, durante mi larga estancia en Colombia, es decir, cuando no podía ser testigo de las maniobras promocionales de las «factorías» literarias correspondientes, algún mastuerzo en comisión de servicio bien pudo fomentar ese *tótum revolútum* en nuestra inestable república de las letras. Pero ya hablaré de todo eso más adelante, cuando le llegue el turno a la evocación de mi primera novela, *Dos días de setiembre*, escrita íntegramente en Bogotá y en alguna de cuyas capas estructurales, acaso en la más profunda, puede advertirse algo de esas difíciles controversias íntimas entre el realismo novelístico y la fabulación poética.

La visita de la policía a la que antes me referí, no por lo ingrata sino por lo que parecía vaticinar, y las incertidumbres deducidas de esas y otras desavenencias morales me reactivaron el decidido propósito, entre anhelante y providencial, de poner tierra por medio una vez cumplido el apresurado trámite de la boda. Los recuerdos convergen nuevamente en mi particular historia de Mallorca, ahora evocada entre el atribulado invierno que pasaron allí George Sand y Chopin y la «isla de la calma» que pintó con efusivas palabras Santiago Rusiñol. Quizá recurra ahora a tan improvisada exhumación comparativa porque también esas dos contrarias visiones insulares constituyen como el compendio imaginativo de la última temporada, ya a fines de los cincuenta, que yo viví en Palma. Ésa es al menos la imagen que más ha perseverado a lo largo de los años, pero sobre todo la que mejor se asocia a aquel invierno en que Pepa y yo nos casamos por la Iglesia —como estaba mandado— en una capilla marinera de Portals Nous, en la costa mallorquina de Calvià. Por aquel tiempo no suponían ninguna excepción, sino todo lo contrario, esas requisitorias provistas de sus correspondientes formalidades religiosas y demás faramallas sociales.

Portals Nous era entonces un ameno promontorio medio desierto y hoy es una comarca enfadosamente invadida por alemanes, no otra vez por tribus germánicas de visigodos o suevos, sino por huestes innúmeras de pensionistas mayormente alemanes que disponen de comercios alemanes, prensa alemana, colegios alemanes, hospitales alemanes y no sé si autogobierno alemán. Esas irrupciones de turistas en régimen de estables son ya frecuentes en Mallorca, en tanto que comunidad metódicamente lucrada a partir de la obediencia a las leyes de la oferta y la demanda. Quizá sea verdad que existió un tiempo —yo no lo conocí— en que la alta burguesía o la aristocracia rural mallorquinas se opusieron a esa irrupción extranjera que traía, a la vez que cierta prosperidad, una no desdeñable sarta de trastornos sociales. Era cuando se decía con ufana prosopopeya que el mundo estaba dividido en cuatro partes, a saber: «*Mallorca, fora Mallorca, París de França i terra de moros*.» Como lección de geografía humana no está nada mal. Pero las ventajosas riadas de turistas abolieron la resistencia a conservar los legados familiares, incluidas las tierras, las *possessions.* También pudo ocurrir, no obstante, como sigue siendo norma de derecho consuetudinario en Ibiza y en algún recodo de Menorca, que los payeses convivan con los forasteros como si todavía no se hubiesen dado cuenta de que estaban danzando por allí a su antojo y distorsionando sin ninguna prudencia la vida local. Aunque a lo mejor esa vida local tampoco fuese especialmente merecedora de protecciones.

Decía que nos casamos en Portals Nous. En la ceremonia de la boda intervino un tío de Pepa que ostentaba la anómala cualidad de ser a la vez cura y persona. Este tratable señor, Miquel Ramis, capellán de unas monjas de clausura en Sineu, era seguidor de los pensadores católicos liberales de entreguerras y escribía artículos de temática moral en el *Diario de Mallorca.* La boda fue muy vistosa, y hubo banquete nupcial con el Mediterráneo decorando los ventanales y supongo que una prolongada sobremesa a la que los muchos aturdimientos me obligaron a renunciar. Allí estaban naturalmente mis padres, mis hermanos Rafael y María Julia y una nutrida representación de tíos y primos Bonald. Los de apellido Caballero no eran tantos, pues también era bastante más sucinta la ramificación paterna de la familia. Amigos míos de fuera de Mallorca sólo asistieron Vicente Fernández de Bobadilla y Fernando Quiñones, quien entonó a los postres, ante la perplejidad generalizada de los comensales, una *alboreá*, el cante ritual de las bodas gitanas. Lo recuerdo todo como una mascarada discreta, en un día soleado y plácido, exactamente el 25 de enero de 1960. Así, a vista de pájaro, yo creo que ni Pepa ni yo estábamos nada convencidos de que aquello —el casamiento— fuese una buena idea. Seguramente pensábamos de consuno que nos habíamos metido en un buen berenjenal, dejándonos arrastrar un poco por la propia dinámica de los acontecimientos, que habían sido acumulativos y encrespados. El paso del tiempo o, mejor, la justicia del tiempo se encargaría luego de demostrar que así, *jure et facto*, tampoco nos había ido tan mal. Pero, en cualquier caso —y en sentido estricto—, quién lo hubiera pronosticado en medio de aquel bloqueo huraño de incertidumbres y suspicacias.

Pepa y yo pasamos tres o cuatro días en Barcelona, aunque no acierto a encajar debidamente el empleo del tiempo. Sólo entreveo no sin cierta confusión diacrónica un encuentro fortuito con Ana María Matute y Luis Martín Santos, quien sólo había publicado entonces un texto de su especialidad sobre *Dilthey, Jaspers y la comprensión del enfermo mental*, que yo no conozco y que a lo mejor hubiese preferido a *Tiempo de silencio.* Recuerdo también medio en sombras una comida con Lolita y Antonio Vilanova y una visita a Ana María Estelrich, que vivía a la sazón en Martorell casada con Joan Ros, un industrial de muchos posibles y altamente comprensivo, que compaginaba de lo más bien las obligaciones en su fábrica y los requerimientos de los amigos de su mujer. De Barcelona nos fuimos Pepa y yo directamente a Madrid, con el tiempo justo para ultimar unas compras, arreglar algún papel pendiente, hacer el difícil equipaje para una ausencia de España de al menos dos años y embarcar seguidamente para Bogotá. Aunque no fue intencionado, salimos de Madrid casi a renglón

seguido de que llegara Eisenhower.

## 9. FALTA LA VIDA, ASISTE LO VIVIDO

La impresión desazonante, medrosa, en cierto modo enfermiza, de dirigirme hacia un lugar del mundo del que a lo mejor ya no iba a poder o a querer volver. Era más bien una incómoda mezcla de apocamiento y extrañeza, una martirizante sensación de inestabilidad que también disponía de un sinuoso malestar físico ante la evidencia de sobrevolar el proceloso océano de todas mis privadas mitologías infantiles. Era como si la constancia indubitable de ir atravesando por primera vez el hemisferio occidental empezara a tener un sentido figurado sinuosamente desconcertante, algo así como si me sintiese obligado a ir cotejando la realidad con mis defectuosas ideas sobre esa realidad, lo que también tenía algo de confrontación cartográfica decididamente intranquilizadora. Recuerdo muy bien el desarrollo del vuelo en aquel avión de Iberia previo al invento del reactor y, por tanto, con una autonomía y unas condiciones de velocidad y comodidad todavía muy limitadas. Las escalas previstas entre Madrid y Bogotá eran tres: Azores, Miami y San Juan de Puerto Rico. Me veo sumido en un espacio neutro, atenazado por un tiempo averiado que circulaba laboriosamente por zonas entonces inhóspitas, por hoscos trayectos fronterizos, esos aeropuertos ignotos que mi aturdimiento hacían más insondables, esa constancia de la fugacidad acentuando mis alarmas e incertidumbres: la encrucijada en fin de una realidad que era tan extensa como el imaginario de la vida.

Como ocurre a veces con las impresiones demasiado poderosas, los viajes que significan algo más que un fugaz cambio de residencia acaban por formar un pugnaz conglomerado de experiencias fragmentariamente irreales. Es muy posible que la distancia excesiva, el brusco desnivel de tierras, gentes, climas, idiomas, contaminen al viajero de la sedicente desconfianza de no haber vivido lo que indefectiblemente ha vivido. Siempre hay como un componente ilusorio, apenas verosímil, en el cotejo de informaciones acumuladas durante esos viajes que llevan a miles de kilómetros del sitio donde comúnmente se vive. Es bastante frecuente que todo eso se convierta de pronto en un obstinado desorden sensible, casi en una creciente y maniática incredulidad. Lo que piensas no ha ocurrido. Hace algún tiempo estuve, por ejemplo, en Japón, una travesía desorbitada desde Amsterdam a Tokio a través del círculo polar ártico, sobrevolando interminablemente un territorio incoloro, que parecía iluminado por dentro de su propia opacidad helada, asomándome a cada paso a un abismo deshabitado y como sin fondo, horas que circulaban en sentido contrario a las agujas del reloj, de modo que le iba ganando un falso

tiempo al tiempo real, arribando al fin como en un sueño vertiginoso a la otra parte del mapamundi. Y ahora, cuando quiero acordarme de todo aquello, soy incapaz no ya de ensartar con una mínima aproximación los hechos vividos, sino de tener la convicción de que llegué efectivamente a aquel destino. Un viaje improbable, con trazas de quimérico, del que alguien me hablará un día para invalidar la sospecha de que nunca estuve en Japón. O en alguna otra lejana y fantástica esquina del planeta: en las islas Galápagos, en el desierto sirio, donde perviven las ruinas de Palmira, en la selva amazónica... Ni la filosofía ni siquiera la ciencia conducen a certezas absolutas. Toda verdad lleva implícita la suposición de lo dudoso, está hecha de muchas otras verdades presuntas, así que tampoco voy a permitirme dar por seguro que alguna vez viví —vivimos— en Bogotá. De todos modos, también he creído siempre que los sueños, cuando se cuentan, ocurren.

Sin llegar a esos extremos de indeterminación, los casi tres años que pasé en Colombia, entre principios de 1960 y finales de 1962, quedan ya lo suficientemente lejos como para que no logre establecer ninguna escala minuciosa de valoraciones. Ni en ese ni en ningún otro sentido. Apenas hay fracciones que puedan aislarse del mecanismo asociativo de la realidad, sólo un conjunto uniforme y como desprovisto de marcas identificativas, aunque rebosante de seducciones en todo momento. Sólo consigo restablecer algunas porciones inestables, desvinculadas de la historia a la que tal vez pertenezcan y que ya no acierto a ajustar. No es una experiencia agobiante, sin embargo, tampoco es un rastreo que me produzca ninguna clase de zozobra, pues esos segmentos de evocaciones de hace cosa de medio siglo siguen teniendo para mí el valor de una serie de emociones intensas, otra vez disfrutables, de descubrimientos esclarecedores del mundo que, juntos, constituyen un hecho indeclinable de felicidad y plenitud.

Es ése un tramo de mi historia privada inevitablemente jalonado de peripecias que se han descolocado en el recuerdo, de pistas que llevan a comprobaciones equivocadas, de indicios anamórficos que sólo conducen a la alteración presunta del contenido de la memoria, a secuencias distorsionadas a través de unos juegos de espejos que sólo devuelven informaciones muy poco avaladas por el arbitraje de la realidad. Tengo la inequívoca convicción, en cualquier caso, de que ese viaje a Colombia reglamentó mi futuro, lo hizo transitable y hasta cierto punto estabilizó, fijó las pautas de una halagüeña sucesión de despedidas juveniles y anticipos de la madurez. Cuando más defraudado creí encontrarme, temiéndome incluso la reincidencia malsana de alguna variante de la depresión, se asimiló a mi propio organismo moral el

anticuerpo de la confianza en mí mismo. Una puerta se cerraba y otra se abría. Detrás de aquélla quedaba una deficitaria correlación de vivencias generalmente concebidas como bosquejos de otras que nunca acabaron de concretarse. Pero esa puerta daba paso, ponía a mi alcance el horizonte premonitorio de lo que tenía todas las trazas de ser un nuevo programa vital, el anuncio de una distinta tramitación de mi experiencia, todavía dudosa pero a todas luces expectante. Ningún otro hipotético cambio de perspectivas podía resarcirme entonces mejor de los atascos del pasado. O de la apasionante conjetura de que la vida estaba ya empezando a recompensarme antes de que el futuro acabase de llegar.

No más bajar del avión experimenté un primer síntoma, apenas un aviso inicial, de intolerancia respiratoria. Los 2.630 metros de altitud en que se encarama Bogotá me hicieron pensar que aún seguía sobrevolando la estremecedora cordillera oriental de los Andes. Todo seguía siendo como una sala de espera inmensurable, de imágenes proyectadas sobre el vertiginoso telón de fondo de la apatía y la sorpresa. Salí del aeropuerto con la misma inquietud que puede albergar el que se dispone a vivir una experiencia retenida en la más laberíntica expectación, el acceso a la *terra incognita* que se me había destinado, y no precisamente tras la expulsión de ningún paraíso. Nos habían buscado un hospedaje provisional donde Pepa y yo íbamos a vivir los primeros días bogotanos, que fueron más bien semanas. Era un hotel céntrico, algo destartalado y de menos que aceptable comodidad, una especie de caserón manchego con abundantes zócalos de madera y paredes pintadas del ahuesado color de la albariza. Ni siquiera pudimos acomodarnos con una mínima calma.

Lidia Hurtado, una muchacha muy vivaz y con cierto gracejo, una especie de arquetipo de santafereña que había vivido algún tiempo en Barcelona con el pintor Guinovart y que andaba en incansables funciones de activista cultural por cuenta propia, había preparado en su casa una cena para que nos recibieran por junto algunos relevantes escritores: Jorge Gaitán, Hernando Valencia, Eduardo Cote, Fernando Arbeláez. A unos los conocía de Madrid y a otros los empecé a tratar entonces. Tal vez andaban también por allí Pedro Gómez Valderrama y Ramón de Zubiría. De todos modos, no estaba nada mal ese comité de recepción un poco forzado que tal vez representara, salvo alguna ausencia, el mejor elenco de las letras colombianas del medio siglo. Hernandito Valencia y Fernando Arbeláez profesaban entonces en la Universidad Nacional y me suministraron de pasada algunas tenues informaciones más decepcionantes que otra cosa sobre la vida académica.

Ahora que lo pienso, creo que a Gómez Valderrama —uno de los fundadores de la narrativa colombiana contemporánea— no empecé a frecuentarlo sino algo después, a poco de que cesara como embajador en la Unión Soviética. Zubiría, a quien sólo conocía someramente por su primoroso estudio sobre *La poesía de Antonio Machado* (Gredos, 1955), era a la sazón rector de la Universidad de los Andes y llegó a ser otro de mis grandes amigos colombianos, que fueron muy diversos y todos de larga duración.

El mal de altura se me había concentrado en un mutismo crónico y pensé que los asistentes a aquel inesperado recibimiento darían por seguro que mi actitud obedecía a que era apocado de nación, aparte de lacónico en ejercicio. La verdad es que estaba extenuado. El largo viaje, el cambio horario, las regulares dosis de ron, fueron desmejorándome a ojos vista. La recepción que me preparó Lidia Hurtado con tan manifiesta generosidad fue exactamente el peor de los recibimientos que entonces habría deseado. Hablé poco, bebí algo, dormité mucho y, si no llega a ser por la locuacidad amable de Pepa, habrían tenido que trasladarme al hotel en angarillas. Esta Lidia era además una hiperactiva de mucho cuidado. Cuentan que un día se quedó un rato inmóvil y silenciosa en una butaca y que, ante la sorpresa general, le sobrevino un grave trastorno de la conducta, de modo que tampoco parecía ser la persona más indicada para suministrarme ningún buen antídoto contra mi agotamiento. Ante su patológica actividad, yo rememoraba modestamente el magnífico endecasílabo de Quevedo: «soy un fue y un será y un es cansado».

Bogotá es una ciudad mucho más larga que ancha, como si hubiese necesitado apoyarse en una de las inmensas repisas geológicas de la cordillera andina para no precipitarse por la sabana abajo. Ese irregular y desmedido crecimiento urbano determinaba también una tajante distribución de lindes sociales. Al norte quedaba la vieja burguesía santafereña; en el centro, la nada copiosa clase media, más o menos adaptable al sector de servicios, y al sur, el proletariado, incluidas las más inciertas variantes del lumpemproletariado, en ya desusada terminología marxista. Las relaciones o interdependencias entre el norte y el sur eran prácticamente nulas: se ignoraban o sólo se reconocían a título de vaga animadversión o de alarmismos ligados a la inseguridad, la violencia y los enconados intereses clasistas. Desde las casas del norte de la ciudad, generalmente villas espaciosas o viviendas de dos plantas rodeadas de jardines y tapiales, se veía el sur como un pestilente y degradado suburbio, una amenazadora y paupérrima zona urbana impartidora de toda clase de peligros, incluido el de la vida.

Desde que Jorge Eliécer Gaitán, líder de un efectivo movimiento liberal, murió asesinado en 1948, el vendaval de la violencia —el «bogotazo»— circunvalaba Colombia de manera terrible. Y la verdad es que aún se ha recrudecido de modo catastrófico, trasplantándose con nueva saña hasta hoy mismo, según constato mientras redacto estas memorias. La única diferencia es que ahora se han incorporado a la lucha nuevos ejércitos —el del narcotráfico, el paramilitar y el de los consabidos depredadores norteamericanos— y se utiliza el sutil eufemismo de «confrontaciones internas» para aludir políticamente a tan reiteradas masacres. Se calcula que desde que se desató la violencia han sido asesinadas en Colombia unas cuatrocientas mil personas, entre ellas más de cien periodistas. Se dice pronto. No tengo por qué deducir que se trata de una deformación retrospectiva, pero pienso que, desde el mismo día de mi llegada a Bogotá, veía en la prensa no sin cierta perplejidad las fotos de las víctimas de esas intrincadas barbaridades, muchas de ellas movilizadas en principio por razones netamente políticas y ramificadas luego en muchos otros móviles, no siendo los menos relevantes los alentados por las venganzas o las cacerías de inocentes. Recuerdo que el método homicida más habitual era el llamado «corte de corbata», una refinada variante de degüello consistente en abrir de un tajo la garganta y sacar por ahí la lengua. Se trataba en suma de un reguero de atrocidades muy hispánicas, me atrevo a decir, pues incluso los asesinos y secuestradores apresados en ningún caso tenían rasgos indígenas, presuntamente asociados al común mestizaje racial entre blancos, indios y negros, sino que respondían en todo al patrón físico español. Hasta podía filtrarse en ciertos casos un componente de burla macabra, como cuando desapareció un industrial de Cali y los raptores dejaron en su despacho la siguiente nota: «Falleció sin dejar señas.» Hace algún tiempo, un tal Luis Alfredo Garavito, con pinta de leñador vasco aclimatado en los cafetales andinos, se declaró culpable de haber torturado y asesinado a unos ciento cuarenta niños a lo largo de cinco años. Tan horripilante sujeto declaró que no pertenecía a ningún escuadrón paramilitar de exterminio de niños errabundos —de «gamines»—, sino que era sencillamente un justiciero por cuenta propia.

Dos irreconciliables frentes políticos, que no ideológicos —liberales y conservadores—, seguían protagonizando muchas cruentas escaramuzas. Los liberales —una especie de tradición familiar— habían desatado, sobre todo en diversas comarcas del interior, una auténtica lucha sin cuartel contra los conservadores —otra especie de prelación hereditaria—, a quienes atribuían no pocos descalabros sociales y personales. Se trataba en términos imprecisos de unas bandas de heterogéneo aluvión donde a veces se integraban muy

distintos reflujos de vengadores, salteadores de caminos e incipientes luchadores revolucionarios. La artera confusión entre bandoleros y guerrilleros fue, en todo caso, muy solapadamente urdida por el gobierno. Recuerdo a este respecto que un compañero de la facultad, Gonzalo Jaramillo, profesor de filología latina, me contó una historia espeluznante acaecida no mucho antes de mi llegada a Colombia. El caso fue que en la universidad donde profesábamos —la Nacional— existía un Conservatorio de Música que había organizado una excursión de fin de carrera a los departamentos de Tolima y Quindío, por lo que allí llaman tierra caliente, entre Ibagué y Armenia. Cuando el autobús donde viajaban los músicos se internó por una región boscosa, les salió al paso una partida de gente armada. Detuvieron el autobús, hicieron bajar a sus ocupantes y quisieron saber a qué tropa pertenecían y adónde iban. Los asaltantes tenían pinta de jóvenes labriegos, curtidos en la intemperie brutal de aquella etapa de la vida colombiana dirimida, como vengo diciendo, entre la lucha de enrevesado origen político y una confusa variante de criminalidad. Cuando los viajeros del autobús aclararon a los asaltantes que pertenecían al Conservatorio de Bogotá y se dirigían a Ibagué, se produjo un malentendido atroz. La pertenencia al Conservatorio fue confundida con la militancia en el partido conservador y eso bastó para que los músicos fueran implacablemente ejecutados, uno detrás de otro. La matanza suponía algo más que un horrendo campo de referencias del frenesí político del país: era un corolario más dentro de una sistemática historia de barbarie y vesania, algo que en cierto modo también podía corroborar la tesis de que la costumbre del mal acaba generando la trivialización del mal.

La primera clase que impartí en la universidad no fue ni esperanzadora ni halagüeña. Fue más bien un desastre. Me afectaban por igual la altura, mi vacilante aptitud didáctica y cierto instintivo recelo ante un auditorio impredecible. Ocurría además que durante el primer trimestre de mi actividad docente no iba a encargarme de enseñar literatura española contemporánea, sino que me habían adscrito a un curso del llamado plan de humanidades, copiado sin duda de otro similar vigente en Estados Unidos, un programa que quizá sea provechoso en según qué casos, pero que en Colombia vino a resultar de una eficiencia prácticamente imperceptible. Tenía que dedicarme durante nueve horas semanales a perorar sobre temas de literatura general ante un auditorio bastante nutrido —entre sesenta y ochenta alumnos por aula— de aspirantes a científicos. No era tarea fácil; era una tarea adecuadamente impredecible. Hablarles a estudiantes de veterinaria, de ingeniería o de ciencias económicas de la novela picaresca o de la poesía renacentista sólo me

deparó, aparte del no exiguo esfuerzo, una regular dosis de incertidumbres. Con alguna aislada salvedad, los alumnos no parecían mayormente cautivados, pongo por caso, con el *Quijote*, la *Celestina* o el *Lazarillo*. No es que me pareciera raro, pero tampoco dejaba de causarme una persistente contrariedad, como un cruce de sensaciones situadas entre la frustración y el tiempo perdido. El único contrapeso tal vez fuera que los alumnos procuraban comportarse, no sin que se les notara el esfuerzo, con una pasividad aproximadamente respetuosa. Pero nunca las tenía todas conmigo, sobre todo después de que unos estudiantes de ingeniería industrial me propusieran un día la solución perfecta para incrementar el atractivo de las clases: dedicarlas a una competición futbolística entre los distintos cursos de la facultad, obsequiando al vencedor con una comida típica española, es decir, con una paella. Ni el fútbol ni la paella se correspondían para nada con mis gustos, pero la sugerencia no era ninguna broma y a lo mejor hasta tenían razón.

Todo eso cambió taxativamente cuando llegó el segundo trimestre y me adjudicaron a dedo y en régimen de dedicación exclusiva la cátedra de literatura española en la Facultad de Filosofía y Letras. Aunque nunca he creído en la enseñanza de la literatura, sobre todo como tal normativa didáctica provista de su correspondiente temario, tampoco me parecían inalcanzables ciertos propósitos encaminados a pactar con los alumnos alguna estrategia común. Aún no sabía si estaba eligiendo la improvisada variante de un oficio imposible o me adentraba por algún desvío alentador. Quiero creer que no todo fue inútil. Pensé al menos que si el deber de un profesor es enseñar, mi única misión en este caso era enseñar a leer. Pero ¿cómo, por medio de qué tácticas docentes conseguir ese objetivo? A lo mejor el éxito se emparenta aquí también con la utopía, aunque lo sensato es suponer que no pocos educadores inteligentes habrán logrado subsanar tantos viejos lastres pedagógicos. De lo que sí estaba seguro es de que ni el rigor erudito ni ninguna programática imposición podían conducir a soluciones airosas. Tal vez todo consistiera en una inicial sensibilización del alumno, en una tarea cautelosa cuya efectividad dependería de la cautela con que se lograra implicar a los otros en la afición a leer. A partir de ahí, algo —una curiosidad, un respeto— empezaría a fraguarse y es posible que ya no lo abandonara nunca. Incluso con el tiempo lo incitaría no sólo a leer, sino a releer, suponiendo que los idealismos también dispongan de una versión práctica. Decía Juan Carlos Onetti que le gustaría sufrir de amnesia para olvidar los libros que amaba y volver a leerlos con la misma placentera sorpresa que la primera vez. Difícilmente podría encontrarse un más acabado elogio de la lectura.

Procuré al menos convencer a mi medio centenar de alumnos que la compañía de un libro suponía el acercamiento a un mundo cuya sola capacidad de inventiva podía resarcir de muchas privaciones. Frente a la sinrazón y el oscurantismo de la historia, aún era posible recurrir a una clara y razonable alianza con la literatura. Se trataba, en cierto modo, de una especie de elección intuitiva de la libertad. Con un libro en las manos, uno tenía en su poder un precioso fragmento de vida, disponía a su antojo de esa vida, pertenecía de veras al mundo, aprendía a ser libre. Y al revés, el que no buscaba la ayuda generosa de un libro, ése limitaba sañudamente su espacio de regocijo y aventura, se empobrecía sin remedio, se negaba a sí mismo una hermosa e independiente opción a ser más enteramente humano. Y con semejantes credulidades, o con esa especie de lógica inductiva aplicada a la docencia, me interné por la casi nunca remunerativa tarea de enseñar a unos muchachos cuyo nivel de conocimientos no era muy superior al de la instrucción básica. No obstante, un día sí alcancé a provocar cierto entusiasmo entre mis oyentes. Fue cuando recordé algo muy consabido: que los abyectos enemigos históricos de los derechos del hombre siempre habían recurrido a una suprema barbarie: la hoguera. O quemaban herejes o quemaban libros. Sin olvidar que en las imágenes futuristas de un mundo despersonalizado, regido por computadoras, la quema de libros representa algo más que un mandamiento atroz: es una nueva metáfora de la esclavitud. Semejante recordatorio, esgrimido tal vez con una especie de cándida astucia escolar, sí pareció dejar huella en algún sector del alumnado, lo que ya era un triunfo. Nunca supe, de todos modos, hasta dónde llegó mi eficiencia en este sentido, tal vez preferí quedarme con la duda.

En aquellos días previos a mi ardua aclimatación universitaria, el embajador de España nos organizó una cena en su residencia. A mí no me apetecía ni poco ni mucho esa invitación, y no me decidí sino después de dudarlo bastante. A Pepa tampoco le hacía mucha gracia el agasajo, sobre todo después de que se había visto incorporada, casi sin previo aviso, a una especie de ropero que organizaban con unción conventual la embajadora y una compatriota afectada por el síndrome caritativo de la ociosa. El embajador no era otro que Alfredo Sánchez Bella, valenciano de los de *ninot* incorporado y juntas católicas sabatinas, director que fue del Instituto de Cultura Hispánica y uno de los más acérrimos promotores del opusfranquismo en aquellos difíciles tramos de la posguerra. Acababa de llegar de Santo Domingo, donde había prestado sus servicios diplomáticos y donde había estrechado lazos con la dinastía de los Trujillo. Se decía por algún mentidero de Bogotá que este Sánchez Bella compaginaba las labores propias de su cargo con el negocio de

importación de vinos riojanos y embutidos extremeños. Aparte de esas conjeturas, supongo que malévolas, Sánchez Bella era persona siempre sospechosa de algo: sus ademanes recordaban a los de un canónigo y sus trapicheos a los de un espía. A lo mejor en eso imitaba a su guía espiritual, monseñor Escrivá de Balaguer, marqués por más señas, que respondía a una rara mezcolanza de depositario financiero y cura de aldea. El secretario de la embajada, por su parte, Manuel García-Miranda —que fue luego presidente del casino de Madrid—, era —es— un hombre muy atildado y cortés, buen seguidor de las modas artísticas y mundanas. Por cierto, que mi llegada a Bogotá coincidió con la salida del hasta hacía poco agregado cultural, Julián Ayesta, al que apenas traté y del que fui lector agradecido, en particular de *Helena o El mar del verano*, creo que la única novela que publicó y cuya articulación estilística, un poco en la línea del *Pedrito de Andía* de Sánchez Mazas, me deparó en su día alguna especial seducción.

La cena en la embajada no fue lo que se dice un grato acontecimiento. Supuso en todo caso mi primera y última aparición por allí. Acudieron algunos escritores amigos o no tan amigos y se bebió por largo. Entre esos escritores los había muy queridos por mí, como Eduardo Cote —entonces senador de la República—, Jorge Gaitán, Pedro Gómez Valderrama —nombrado poco después ministro de Educación— o Tito Zubiría, y otros que no tanto, como Eduardo Carranza, poeta a ratos estimable y raro espécimen de falangista colombiano, quien mostraba siempre que bebía una acusada tendencia a la elasticidad ósea y a la expulsión de la dentadura en los momentos menos aconsejables. Todo transcurría en un clima de opacidad protocolaria hasta que Carranza, ya en la sobremesa, aportó a la conversación algún inciso sobre la política española, con expresas alabanzas a la pacificación llevada a cabo por Franco. Tengo muy presente la escena. Yo permanecía un poco a la expectativa y, a decir verdad, algo cohibido ante aquellos enojosos ditirambos que parecían directamente emanados del despacho de Fraga Iribarne, mentor de Carranza y franquista español de pro. Pero aprovechando tal vez alguna distracción de los comensales, me asaltó de súbito esa belicosa vehemencia que entorpece a veces el normal equilibrio de mis juicios, y le dediqué a Carranza, sin levantar para nada la voz, algún que otro selecto improperio contra las inmundicias doctrinarias del franquismo. Es posible que la reacción fuese impropia del momento y del lugar. A lo mejor incluso me observaba en la penumbra desde algún arengatorio la encarnizada imagen del Caudillo. Pero a mí lo único que me importaba entonces era nada. Carranza, que aún no había ingresado en su fase de desmadejamiento, inició una nueva perorata sobre lo equivocados que estábamos algunos sujetos como

yo respecto a la figura de Franco, dechado de virtudes castrenses y católicas. Ya ahí se me volvió a disparar con mayor brío ese resorte colérico que tengo alojado en algún rincón de mis modales de tímido y recalqué —siempre a media voz, eso sí, y avalado por Jorge Gaitán— mis rotundas desavenencias con Carranza. La disputa no pasó, sin embargo, a mayores y, aunque nunca lo supe a ciencia cierta, me aseguraron que, tras aquella fugaz controversia, llegó a la Oficina de Información Diplomática de Madrid un detallado pliego de cargos a propósito de mi peligrosa conducta de desafecto, más evidente también a partir de un artículo que publiqué en *El Espectador* sobre las últimas campañas represivas del franquismo.

Durante aquella incómoda sobremesa, un camarero le hizo a Pepa —que estaba embarazada— una pregunta insólita; al menos una pregunta que, pese a ser de lo más habitual, ella aún no había oído. Le dijo el camarero en el más nítido castellano de Colombia: «¿Le provoca un tinto?» —o sea, «¿Le apetece un café?»—, a lo que Pepa no supo qué contestar, creyendo acaso que el camarero, en un alarde de oficiosidad, quería enterarse si le había sentado mal el vino, así que optó por pedir un whisky, que fue también el último que tomó durante mucho tiempo. Quiero decir que le dio como un vahído súbito de preñada y tuvo que ir a recostarse en un sofá de otro salón contiguo, donde permaneció un buen rato no sé si recuperándose o desentendiéndose adrede de la cháchara, mientras yo trataba de hacer todo lo posible por finalizar aquella reunión cada vez menos soportable. Creo que en algún momento le pedí ayuda a Jorge Gaitán y al fin conseguimos aprovecharnos de algún movimiento de comensales para levantarnos, recoger a Pepa y despedirnos. Nunca más volví por allí.

Pepa tenía, si no la convicción, sí fundadas sospechas de que ese primer hijo que ya no tardaría en nacer sería o negro o de acusados rasgos mulatos, pues pensaba que la abuela Obdulia Ramentol, madre de mi padre, nacida como él en el cubano Puerto Príncipe —antiguo topónimo del actual Camagüey— y criolla hija de criollos, tenía un claro porcentaje de sangre africana. Yo no podría decir que no, nunca lo pensé, pero se me antojaba bastante improbable que un hijo de Pepa, rubia de intenso aire escandinavo, y mío, que tampoco era moreno, pudiese protagonizar de buenas a primeras ningún específico tornatrás. No obstante, en las fotos que yo conservo de abuela Obdulia, aparece ésta con unos rasgos muy finos, de blanca enemistada con las exposiciones solares, el porte arrogante y, eso sí, los labios más bien abultados. Era una bella criolla de pelo castaño, piel lechosa y ojos color violeta, pero la turgencia de los labios a lo mejor procedía de algún entronque

racial mulato. Quién sabe. Pienso, en cualquier caso, que aunque ni Pepa ni yo nos planteásemos mayormente ningún desacuerdo sobre el color de la piel del niño, ella sí podía sentirse acosada de pronto por figuraciones de ese tipo, aunque en ningún caso fueran más allá de las trivialidades anecdóticas. El hecho cierto es que sí la afectaba de algún modo la lejanía de España, y es muy posible que esa expresa y vagamente asimilada sensación de aislamiento también la sometiera a una obstinada visita de fantasmas. Parir un primer hijo en una clínica bogotana —por muy acreditada que fuese—, entreviendo quizá las remotas alcobas familiares y la asistencia imposible de médicos y comadronas de su confianza, muy bien podía ser una experiencia con algo de traumática no ya desde un punto de vista clínico, sino básicamente sentimental.

Por lo que a mí respecta, no tardé mucho en acomodarme a la vida cotidiana de Bogotá. Siempre me he considerado muy bien dispuesto para cualquier adaptación a ambientes ajenos y hasta contrarios a los míos habituales. No es ningún mérito, es una especie de flexibilidad temperamental normalmente adquirida, que acaso tenga algo que ver con los camuflajes instintivos de la personalidad. A la socorrida manera de don Juan —el de Zorrilla—, he bajado o subido, sin el menor trastorno y con espontánea naturalidad, la consabida distancia existente entre la cabaña y el palacio, por decirlo con novelera inocencia. Creo que no transcurrieron ni quince días desde mi llegada, cuando ya me había acostumbrado bastante bien a los hábitos más convencionales de Bogotá. Tal vez lo que menos conseguí tolerar fue aquel clima uniforme y agrisado, que se prolongaba sin cambios desde la estación de las lluvias a la seca, y la incidencia de la altitud sobre mi ritmo habitual de vida. No era nada fácil esa adaptación. A poco de nuestra arribada, subimos Pepa y yo al Monserrate, un monte que cierra el flanco occidental de la ciudad, y a punto estuvimos de quedarnos allí en funciones de pasmados incurables, pues si a la altura de Bogotá se le añade el suplemento de la del Monserrate, el producto debe sobrepasar los 3.000 metros. Así que tuvimos que hacer denodados esfuerzos para salir del estado semicataléptico en que andábamos sumidos, yendo soñolientamente de un asiento a un escalón y del apoyo de un muro al de un quicio. Ni siquiera tuvimos ánimo suficiente para probar los preceptivos tamales con chocolate que todo santafereño que se precie debe comer en Monserrate.

Supongo que me habitué tanto a los usos y costumbres bogotanos que casi llegué a valerme de la misma retahíla de salutaciones afectuosas que por allí se estilan: ¿quihúbole?, ¿cómo le va?, gusto de verle, qué bueno que podamos

platicar, y así sucesivamente. Preguntas y afirmaciones éstas de carácter rutinario que se ensartan de modo acumulativo en cualquier momento y ocasión, y que aun siendo fórmulas casi automáticas, latiguillos conversacionales, también denotan el natural gusto del bogotano —del viejo santafereño— por los modales corteses y por unas exteriorizaciones afectivas que no pocas veces pueden incidir en la adulación. Eso del lenguaje, referido especialmente a la que ha sido llamada la «Atenas de América», siendo a la vez el país más violento de América, es asunto que siempre me deparó algunas insistentes reflexiones, aunque muy poco elaboradas en conjunto. ¿Es que la cultura, la urbanidad, los primores educativos, no se contradicen sino que incluso se articulan preferentemente con las ferocidades de la historia de cada día? Está claro que se filtra por ahí una atracción de contrarios muy difícil de asimilar y cuyo primer veredicto queda reducido ahora a la hipótesis, deliberadamente ambigua, de que la selecta burguesía ilustrada colombiana concita todos los refinamientos, y los innumerables desheredados todos los crímenes. Un sofisma tan engañoso como otro cualquiera.

Uno de los más llamativos aspectos del habla colombiana —o de la diversificación del español en Colombia— es el de su impecable prestigio genealógico. El despliegue del caudal léxico, la vitalidad expresiva, la calidad sintáctica, el uso de voces que a nosotros, los peninsulares, pueden parecernos arcaísmos y no son sino activas persistencias del fondo genital del idioma, constituyen a no dudarlo un acabado ejemplo de preservación y a la vez de readaptación de las herencias lingüísticas comunes, una operación natural donde los respetos no excluyen las desobediencias. Lo mismo podría aplicarse al temple de no pocos prosistas colombianos, dotados con elocuente frecuencia de unas calidades léxicas y sintácticas especialmente brillantes. Desde la literatura de la época colonial hasta la de hoy mismo, la nómina de escritores estilísticamente notables sería bastante copiosa. A veces, cuando revisaba algún compendio de la literatura colombiana, o accedía a obras de autores para mí desconocidos o muy poco transitados, me encontraba con ejemplos generalmente satisfactorios, poetas y narradores de muy airosos modales expresivos, donde hasta las «licencias» de arraigo local suponían una atractiva consecuencia de la dinámica lingüística, traspasable también a la oratoria. Incluso las variantes marginales del idioma, los comunes aportes dialectales, esos peligros de corrupción denunciados por algunos puristas con arrebatos fundamentalistas, no representaban sino otras tantas manifestaciones del desarrollo de unas hablas dotadas de una fértil capacidad autogenésica.

La verdad es que todo eso puede quedar sintetizado en las prerrogativas —

en los mestizajes— de la lengua como instrumento múltiple de expresión literaria. Comparto en este sentido la tesis del policentrismo defendida por Carlos Fuentes: nadie puede monopolizar el centro rector de esa red de afluencias lingüísticas, pues todos los que hablamos español somos copropietarios de ese bien común. Por supuesto que existen, que no podían por menos de existir, rasgos distintivos, peculiaridades congénitas, pero la pluralidad de normas, la coexistencia de bifurcaciones, tiene aquí el valor inequívoco de una gran casa cuya unidad viene definida por la diversidad de sus habitaciones. Todas las literaturas que se escriben en una misma lengua constituyen, por tanto, un consorcio, una inseparable conjunción de herencias no necesariamente afines. Ni los naturales condicionamientos geopolíticos ni los influjos de los caracteres nacionales perturban para nada ese operativo estatuto. Las literaturas escritas en lengua española, vengan de donde vengan, pertenecen obviamente a una especie de condominio cultural, aun conservando sus respectivos vínculos con unas fórmulas expresivas prestigiadas por cada tradición propia. Las diferencias que puedan rastrearse —pongo por caso— en el español de Colombia, Cuba o Perú vienen a ser del mismo orden teórico que las que puedan advertirse entre los distintos usos dialectales del español en Andalucía, Cantabria o Asturias. Cada uno se moviliza, natural y afortunadamente, a partir de sus respectivas particularidades geográficas e históricas.

Pienso que los rastreos comparativos entre el español peninsular y el español usado en Colombia, sobre todo por lo que atañe a la vitalidad, tienden a mostrar un cierto desequilibrio favorable a este último. Al margen de su mayor o menor empobrecimiento en determinados sectores urbanos, el español que hablan hoy más de trescientos cincuenta millones de personas denota en la mayoría de los países latinoamericanos, a poco que se aguce el oído, una manifiesta lozanía. Si mal no recuerdo, el repertorio léxico que emplea en la Península un ciudadano de instrucción media ronda por lo común las quinientas palabras. Cómputo éste que resulta de veras escandaloso si se tiene en cuenta que en el *Diccionario del español actual*, de Manuel Seco, se recogen unas setenta y cinco mil voces. De modo que, de acuerdo con esa deprimente estadística, nosotros nos valemos por aquí de un porcentaje de palabras verdaderamente deplorable. En Colombia saben mucho de eso. Ahí están todavía muy vivas las aportaciones magistrales de Rufino José Cuervo, Miguel Antonio Caro o Marco Fidel Suárez, amén de las aún activas excelencias investigadoras del Instituto Caro y Cuervo, dirigido entonces por José Manuel Rivas Sacconi, autor de un excelente estudio sobre *El latín en Colombia* y con el que me encontraba alguna que otra vez.

Entre mis colegas de la facultad había de todo y, en particular, algunos españoles de más o menos pertinente integración en la vida colombiana. Me refiero a José Prat, Antonio de Zubiaurre, Tomás Ducay y Domingo Suárez. Don José Prat vivía exiliado en Bogotá desde finales de la guerra civil. A mí me emocionó encontrarme con aquel dignísimo profesor de historia, que hablaba de España como de un territorio ocupado por gente villana y a punto de ser reconquistado por sus legítimos herederos. Decía cosas así. Hombre de bien, plácido y prosopopéyico, viejo militante socialista, era también un ameno conversador. Solíamos pasear por los alrededores de la facultad mientras él evocaba con expresión castiza y maneras abaciales, un poco a la manera de Tierno Galván, sus andanzas políticas y sus memorias españolas. Como no era raro en casos similares, don José también gustaba de ilustrar al interlocutor, aunque se tratase de un interlocutor recién llegado de Madrid, de la situación de ciertos cafés en ciertas calles o de la terminación de no sé qué obras del ensanche urbano. Luego, al cabo de los años, volví a encontrarme con Prat en Madrid, a poco del triunfo electoral del partido socialista. Había adelgazado mucho y se le veía notablemente satisfecho, no ya por sus funciones de dirigente del PSOE histórico, sino por su historial último de senador y de presidente del Ateneo, títulos ambos que debieron de significar una inmejorable recompensa para ese viejo exiliado.

Con Antonio de Zubiaurre conviví casi a diario. Aparte de que éramos vecinos —nuestras casas lindaban con el campus universitario—, coincidíamos muy a menudo en la facultad —él enseñaba lingüística— o salíamos juntos por ahí. Zubiaurre era un poco el arquetipo del joven combatiente falangista arrastrado luego a la obediencia doctrinal del franquismo, aunque no olvidara en ningún momento uno de los más aparentemente contradictorios rasgos de su carácter: la tolerancia, la defensa de ciertas libertades individuales. Casado con una alemana —Gudrum Wagner —, había vivido años en Heidelberg y creo que fue consejero cultural de la embajada española en Bonn. Conocía muy bien el alemán y lo traducía con mucho esmero. Nuestras ideas políticas diferían sustancialmente, claro, pero teníamos gustos andariegos coincidentes, curiosidades muy parecidas, y nuestras relaciones de amistad fueron impecables. Siempre observamos el acuerdo tácito de obviar los temas ideológicos o, en todo caso, de abordarlos dentro de un regular respeto mutuo. Nos divertíamos mucho callejeando, descubriendo los viejos reductos coloniales de La Candelaria, con la bella placita del Chorro de Quevedo, donde dicen que Jiménez de Quesada fundó Santa Fe de Bogotá, capital del virreinato. Me conmovían no sé por qué esas evocaciones librescas, mientras nos solazábamos en figones sospechosos o

divagábamos en reuniones de impredecible duración con amigos comunes: Jorge Gaitán, Pedro Gómez Valderrama, Ramón de Zubiría, Hernando Valencia, Feliza Bursztyn, Eduardo Cote, Jaime Laserna, Helena Iriarte, Piedad Jaramillo, Andrés Holguín, Jorge Eliécer Ruiz...

Tomás Ducay era el más santafereño de los profesores españoles. Ya estaba en Bogotá cuando yo llegué y supongo que aún sigue allí. Casó con una dirigente del partido comunista colombiano y hasta su habla se había contagiado de las modulaciones fonéticas y los formulismos coloquiales propios del país. Era una de esas personas que convierten la rectitud en un vicio y que parecen estar siempre curándose en salud de algún tropiezo presunto, y era también un hombre culto, algo esquivo, de un intrincado sentido del humor. Había residido en el colegio mayor Guadalupe, en la ya tan mencionada época en que coincidieron allí un inusitado número de estudiantes españoles y latinoamericanos que serían luego relevantes poetas y escritores. Ducay protegía bastante a Domingo Suárez, un asturiano que trabajaba en el departamento de filología clásica, hombre enfático y monocorde, cuyo mayor mérito profesional se debía al hecho de no haber trasnochado nunca. No sé qué se hizo de él, aunque creo recordar que, cuando regresó a España después de más de diez años en Bogotá y Medellín, no resistió los duros aires mesetarios y emigró a México con una hija que tenía atascada en algún lugar de Castilla. Había otro español, el pintor Juan Antonio Roda, con muy buena mano para el dibujo, cuya animadversión crónica contra no sé qué memorias nativas lo convirtió en un bogotano honorario a perpetuidad.

A Luis de Zulueta, que fue ministro de Estado con Azaña y que también pasó en Bogotá algún tiempo de su exilio, lo traté muy de pasada. Me parece que se fue a Nueva York muy poco después de que yo llegase o quizá ya estaba en Nueva York y volvió un día a Bogotá de visita. La verdad es que me hubiese gustado tratarlo más por largo, sobre todo porque esos republicanos del exilio iban proporcionándome un fértil punto de apoyo para cotejar mis apresuradas nociones sobre el éxodo de 1939 con la realidad individual y social en que proseguían debatiéndose sus protagonistas veinte años después. También aparecía de vez en cuando por aquellos andurriales de la España peregrina —o de la Cataluña peregrina— un tal Clemente Airó, expatriado de la primera hornada y novelista de toscos revoques sociales, un poco en la áspera vertiente de la literatura realista de preguerra o de la pobre textura narrativa de un Arturo Barea (algo mejorada por su mujer Ilsa). «¿Para quién, por qué escribimos nosotros?», se preguntaba Francisco Ayala en un artículo que causó sus naturales desgarros en los circuitos literarios de la España peregrina. Ayala puso un despiadado dedo en la llaga, sobre todo si se aplica a casos como el de este Clemente Airó, un personaje espeso que acabó profesándome una gratuita animadversión, basada al parecer en que yo era un emigrante elitista y un poeta estéticamente alineado en la decadencia, es decir, poco menos que un enemigo de clase. Muy agudo, ese juicio. La comunidad catalana —encabezada por el doctor Antoni Trías— era en todo caso de lo más presentable. Años atrás había convocado un concurso para premiar la mejor antología de poesía en catalán, que ganó Marià Manent y que permaneció inédita hasta que la rescató la editorial valenciana Pre-Textos.

Del hotel seudomanchego en que nos alojamos Pepa y yo al llegar, y donde permanecimos algo más de la cuenta, nos mudamos a un apartamento bastante convencional y anodino, a dos manzanas —cuadras— de la Séptima, una de las arterias longitudinales de la ciudad. El apartamento no suponía ningún hallazgo, pero estaba sobrado de amplitud y disponía además de una cómoda equidistancia entre el centro urbano y la universidad. Lo peor era el ruido que desde el anochecer hasta bien entrada la madrugada subía desde la calle con insufrible contumacia. Soy incapaz de soportar, incluso pueden llegar a exasperarme, los sonidos que sobrepasan mi muy bajo nivel de tolerancia acústica, y menos si esos sonidos se producen con una obstinación sistemática. Así que esta vez, urgidos por una necesidad que era más bien una exigencia psíquica, nos dispusimos Pepa y yo a buscar en serio no otra residencia interina sino un piso en el que pudiéramos instalarnos con cierta estable comodidad. Aunque parezca raro, no es fácil conseguir en Bogotá un

arrendamiento de ese tipo. Las formalidades son de veras exasperantes, pero tuvimos suerte, ignoro si por nuestra calidad de extranjeros de aparente buena conducta o porque nos avalaba el propio rector. Justo en la carrera 37, número 28-61, a cien metros del límite oriental del recinto universitario, acababan de construir un inmueble de dos plantas donde aún tenían disponible un piso. Alguien nos condujo hasta allí, y sólo tuvimos que inspeccionar someramente la vivienda para que decidiéramos alquilarla de inmediato. Estaba situada en una especie de medianera entre el norte burgués y el sur proletario de la ciudad y ése fue ya nuestro domicilio hasta que regresamos a España.

La casa respondía a una excelente traza arquitectónica, con elementos de esmerada creatividad y detalles bastante curiosos: la solería de cerámica, el pasillo curvo, la terraza interior ajardinada, el sistema de ventanales. De los cuatro pisos en que se dividía la casa, tres estaban ya ocupados por sendos colegas: un profesor japonés de física y su mujer, también japonesa, un antropólogo americano y la suya, que era negra jamaicana, y el director de la sucursal universitaria del Banco Nacional, quien convivía con una supuesta sobrina. Lo único que servía de nexo a esa exigua comunidad de vecinos es que no tenían absolutamente nada que ver unos con otros. Al americano se le ocurrió organizar unas cenas semanales y rotativas entre los cuatro inquilinos de la casa. Yo me resistí como pude a semejante regocijo, pero Pepa acabó convenciéndome de que un mínimo sentido de la buena vecindad nos impedía negarnos a esparcimiento tan discreto. Así que nos enrolamos en el ritual y así conocimos más por lo menudo al vecindario, que no tenía nada de particular, salvo que la japonesa era una linda y naturalmente ceremoniosa mujercita, el gringo un veterano de escasas, pero pétreas, ideas culturales y su mujer una sonriente y real hembra. No recuerdo nada de la otra pareja, debían de pertenecer al ramo de los burócratas en funciones de majaderos.

Mientras llegaba mi primer verano colombiano —el de 1960— se me estropeó definitivamente el termómetro que había traído de España. Quiero decir que aún no me había habituado del todo a esa inaceptable desconexión entre la temperatura y el paso de las estaciones. Por supuesto que a la altura en que se encarama Bogotá la idea del verano no se refiere a ningún metódico incremento del calor, sino al hecho de haber rebasado el ciclo anual de las lluvias. Pero esa ausencia de cambios climáticos me tenía bastante perplejo, como si realmente no estuviese capacitado para entender semejante subversión del almanaque. Una temperatura media de 14 o 15 grados podía ser asumible en diciembre, pero en agosto resultaba sumamente extraña. Basta, sin embargo, ir descendiendo desde la altura de cóndor de la sabana de

Bogotá para que el clima se vaya adecuando a la noción estival mediterránea, sólo que con mayores peligros de asfixia. Así que como ese descenso vertiginoso al trópico —a «tierra caliente»— me tentaba de manera apremiante, eso fue lo que hicimos un buen día. Se trataba de nuestro primer viaje más allá de las estrictas fronteras bogotanas y contamos con el previo respaldo y la gustosa compañía de Feliza Bursztyn y Jorge Gaitán, quien justamente trataba de resucitar en aquellos días la revista *Mit*o, por él fundada en 1955 y que había permanecido en reposo hasta entonces.

Se eligió la ruta occidental de la cordillera andina, según se mira al mapa, que es muy intrincado por estas latitudes. Una vez traspuesto el sobresalto geológico del Tequendama, la carretera serpentea entre los desniveles de pesadilla de la cordillera. Conforme uno se descuelga de esos desfiladeros andinos, la naturaleza empieza a pulimentar los verdes vegetales con una suntuosidad portentosa. Un vaho selvático va sustituyendo al frígido aliento del altiplano. No más llegar a un caserío agazapado entre frailejones gigantescos —cuyo dulce topónimo, Mesitas del Colegio, no coincidía con los abruptos mobiliarios del paisaje—, una humedad tórrida avisa de que ya se ha ingresado en los sofocantes distritos del trópico. Surge así un verano en versión superlativa a poco menos de una hora del impasible otoño bogotano. La advertencia de que a medida que se baja de Bogotá hay que ir quitándose ropa no es ninguna metáfora. Ninguno de los que hacíamos el viaje nos quedamos desnudos, pero faltó poco. Apenas nos detuvimos en los pueblos intermedios —Soacha, Fusagasugá, Girardot—, a no ser para probar un aguardiente que ardía en la garganta casi tanto como el fuego del aire. Desde Armenia, vía Palmira, la carretera llega hasta Cali y, más largo, hasta Buenaventura, ya en el Pacífico. Pero el fin de trayecto era entonces Ibagué, donde el hacinamiento del calor se notaba hasta en el humo que salía de las quebradas. A un lado de Ibagué, al fondo occidental de la campiña, queda el techo de la cordillera central de los Andes: la mole del Tolima, con más de 5.000 metros. Ibagué, en relación con Bogotá, debe de estar a mitad de camino sobre el nivel del mar, o sea, a unos 1.300 metros. Pero desde esa meseta ya se notan con agobiante energía las fogatas que parecen saturar el aire y abrasar la vegetación. La imagen de que ese calor sale directamente de la línea ecuatorial se aproxima bastante a lo que ocurre.

Pernoctamos en una especie de posada provista de unos nobles techos de artesones y de sus correspondientes pringues coloniales, cuyo dueño resultó ser un valenciano medio lerdo empeñado en obsequiar a sus huéspedes con la audición de un disco con grabaciones de bandas de música. Tengo muy

presente que, una vez liberados de la tabarra, me fue ilustrando Jorge Gaitán, durante una larga sobremesa y un estimable consumo de ron, sobre ciertas claves de la última historia colombiana que yo ignoraba y no acabé de aprender del todo hasta algún tiempo después, suponiendo que eso llegara a ocurrir. Jorge Gaitán, poeta de eminente elegancia expresiva y hombre de acrisolada formación marxista, tenía las ideas muy claras y, si no se lo impedía alguna fortuita inclinación a la impertinencia, podía ser extremadamente amable y divertido. Todo dependía, como suele ocurrir en el trópico, del nivel etílico. Pero Jorge fue sin duda uno de mis más conspicuos guías por los arduos, complejos, accidentados vericuetos de un país que ya empezaba a reemplazar en mis reservas afectivas por el mío propio. Siempre me ha pasado algo similar a este respecto. Cuando he vivido en algún lugar en el que he sido o he creído ser feliz, donde he gozado de ciertas constantes opciones al bienestar, tampoco he tardado mucho en centrar allí todas mis predilecciones dentro de esa resbaladiza y maleable noción de patria. *Ubi tiene ibi patria*, recordaba Cicerón a partir de un verso de Pacuvio. Efectivamente: allí donde se está a gusto, allí está la patria. Incluso puedo perfeccionar esa máxima, en el sentido de que la patria es lo que se ve desde la ventana de la casa donde uno vive en paz. Algo así comenzaba a ocurrirme con Colombia.

Creo que a partir de ese verano de 1960 en «tierra caliente» empecé a reflexionar de otro modo en lo que ocurría a mi alrededor, que era mucho y de muy varia enseñanza. Algunas posteriores informaciones y pistas, como ahora diré, acabaron de determinar en muy buena medida que mis desordenadas ideas sobre el clima político de Colombia —lastradas de equívocos oficialistas — entraran en una razonable vía de controversias. Tampoco es que esos aprendizajes me permitieran emitir —ni entonces ni ahora— ningún juicio suficientemente riguroso al respecto. Pero, en cualquier caso, aquel intenso y aleccionador viaje a Ibagué ha seguido actuando en mi memoria como un eje maestro sobre el que gira ese tramo de la historia colombiana que viví tan de cerca. Yo trataba entonces con cierta asiduidad a Camilo Torres, profesor de sociología, amén de cura. Perteneciente a una vieja familia de próceres colombianos, era a la sazón capellán de la universidad y director de un seminario sobre la reforma agraria. Por cierto, un antepasado suyo de su mismo nombre, autor de un famoso manifiesto autonomista —*Memorial de agravios*—, fue ejecutado por los españoles cuando era presidente de Nueva Granada. Solía ver a este Camilo Torres entre clase y clase y algunas noches venía a casa, situada a un paso del campus, o iba yo con él y algún otro amigo —o amiga— a casa de alguien o a cenar a un excelente restaurante criollo que

había por una calle aledaña a la plaza de Bolívar. Era un hombre afable, seductor, de elegantes prendas personales. Su integración en la lucha revolucionaria activa no era aún sino un vago designio, más o menos activado por las rigurosas inducciones de su pensamiento moral y sus vínculos ideológicos con el marxismo. «Soy revolucionario porque soy católico», dijo una vez y fue escuchado incluso en España por algún atento conductor del Frente de Liberación Popular —el FELIPE—, al que ya me referí en otro momento. Esa lucha se centraba entonces en la ya aludida y atroz violencia incrustada desde hacía años en la historia de Colombia y algunas de cuyas sonadas atrocidades menudeaban ciertamente por aquellos días.

La determinación extrema de Camilo Torres, quien un día decidió unirse a la guerrilla, me dejó bastante desconcertado, más que nada porque en un principio no acerté a conciliar el rango ideológico de un cura universitario con el desvarío inconcebible de las bandas armadas campesinas, tal como se enfocaba todo eso desde los despachos gubernamentales. Es cierto que cuando Camilo Torres se incorpora al llamado Ejército de Liberación Nacional —y, hasta cierto punto, lo orienta intelectualmente—, ya se había cohesionado una lucha revolucionaria popular que, al margen de los disturbios anárquicos de la violencia, pretendía la toma del poder y la regeneración del turbulento cuerpo social del país. Camilo Torres murió años después, justamente el 15 de febrero de 1966, en un combate entre el ejército popular y las fuerzas antiguerrilleras. La noticia me llegó de modo imprevisto y me afectó hondamente. Camilo Torres era algo más joven que yo y murió con treinta y siete años. Nunca lo he olvidado. A raíz de su muerte escribí un poema —incluido en mi libro *Descrédito del héroe*—, donde procuré trasplantar una síntesis emocionante de mi memoria de aquel hombre honrado.

Otro conocido mío de la universidad, Juan Enrique Eizaguerín, geógrafo de profesión y consejero poco fiable, me escogía con más que fastidiosa asiduidad como oyente de una serie de historias de su cosecha, todas prolijas y extravagantes, pero recuerdo una que tenía su gracia. La cuento. El geógrafo Eizaguerín decía ser nieto de un poeta de tardía fibra romántica, Julio Flórez, coronado como bardo nacional en la época de entreguerras y de inspiración preferentemente filial. Yo sólo leí un par de poemas suyos en alguna antología, pero con eso me bastó para prever sus poesías completas. Resulta que ese Julio Flórez le hizo llegar a Juan Ramón Jiménez, a través de algún común amigo español, un libro que reunía toda clase de composiciones dedicadas a la madre, incluidas la suya propia y la madre patria. Pasado un tiempo prudencial, ese amigo quiso saber qué le había parecido el libro a Juan

Ramón, a lo que contestó éste con su impertérrita causticidad: «Muy mal poeta, pero muy buen hijo.»

El geógrafo Eizaguerín me preguntó un día si me apetecía —si me provocaba, en el habla colombiana— ir a conocer al anticristo. La propuesta era tan tentadora que no tardé ni un segundo en decirle que sí, que nada podía provocarme más ni ser más de mi gusto, aun temiéndome lo peor. De modo que me citó para el día siguiente a media tarde en una esquina desacostumbrada y, desde allí, nos dirigimos hacia el sur de la ciudad en su coche —en su carro—, un viejo modelo que parecía salvado a última hora del desguace y que resoplaba atronadoramente por todas sus rendijas naturales o traumáticas. Durante el camino, abrió de pronto la guantera y sacó un revólver de tamaño más bien indiscreto. Soltó las manos del volante para hacer girar el tambor y comprobar que estaba cargado. Lo estaba, a juzgar por la cara que puso. Creo que le dije si era absolutamente necesario ir provisto de semejante herramienta para encontrarse con el anticristo, a lo que me contestó que nada más aconsejable, no por el anticristo en sí, que era criatura incapacitada para el menor conato de violencia, sino por el ambiente suburbial en que íbamos a movernos, ese arquetípico sur bogotano cuya sola mención concitaba siempre toda clase de prevenciones. Y fue entonces cuando empezó de veras a alarmarme la estrafalaria oferta del geógrafo Eizaguerín.

Atravesamos las últimas reconocibles zonas urbanas y nos sumergimos en un dédalo de callejas sin asfaltar, con casas de dos pisos a lo sumo, aisladas a veces entre sí por unos potreros taponados de matorral y unos galpones medio ruinosos. En uno de ellos aparecía un gran cartel donde podía leerse una verdad absoluta: «Se compran chatarras férricas y no férricas.» Al cabo de un buen rato, el coche se detuvo a la puerta de una cantina que más parecía un chamizo abandonado. El geógrafo Eizaguerín se metió el revólver por la cintura del pantalón y me invitó a bajar. La cantina, por dentro, era lo que parecía por fuera: un antro miserable. Dos hombres que bebían junto al mostrador, tras el que no había nadie, y tres mujeres sentadas alrededor de una mesa, ocupaban casi enteramente el angosto recinto, hasta el punto de que podía parecer descarado abrirse paso entre ellos. Dos de las mujeres tenían aspecto de mendigas indias sin edad y la tercera parecía una mestiza envejecida en las refriegas de la servidumbre. Los hombres estaban de espaldas a la puerta y ni siquiera se volvieron cuando entramos. El geógrafo Eizaguerín me guió hacia un hueco que se abría a un lado del mostrador y por allí nos metimos.

Una penumbra mate, como una neblina incolora aplastada contra una superficie oscura, apenas dejaba ver un pasillo a cuyos lados se abrían unos habitáculos o celdas tapadas por unas cortinillas andrajosas de arpillera, un escenario siniestro que remitía a las horrendas literas hacinadas en los barracones de los campos de exterminio nazis. Salió entonces una sombra minúscula de una de las celdas, el bulto quizá de una niña, a la que seguía otra sombra mayor de hombre. Se oían por alguna parte jadeos y crujidos. A lo que más olía era a las «zahúrdas de Plutón», seguramente por la similitud hedionda entre aquel pasillo y la galería quevedesca que conducía al infierno. A medida que me fui habituando a la penumbra, alcancé a distinguir justamente ese infierno. Una mano, una garra nudosa apartó una de las cortinillas y me agarró por un brazo intentando arrastrarme al cubil de donde había salido. Yo me libré como pude al tiempo que me invadía una mezcla insoportable de náusea, estupor y claustrofobia. El geógrafo Eizaguerín, no más llegar al final del pasillo, tamborileó levemente con los dedos en una especie de postigo y, después de una espera que se me antojó insostenible, asomó una vieja o, mejor, una cabeza hirsuta de gorgona, y nos hizo pasar a un cuartucho donde se respiraba el vapor repulsivo de muchas basuras. Colgaba del techo una bombilla que apenas coloreaba de un levísimo tono amarillo las paredes mugrientas y el suelo de terrizo cubierto de paja. Había un fardo arrumbado en el rincón más oscuro. La vieja movió la cabeza con el gesto de quien pregunta o pide algo y el geógrafo Eizaguerín le entregó unos billetes que llevaba estrujados en la mano.

Tengo la impresión, mientras evoco toda aquella pavorosa travesía de la laguna estigia, que hay como un componente de irrealidad en mi memoria y que no todo lo que digo debe responder a una reconstrucción fiel de los hechos. Porque cuando la vieja se dirigió al bulto que había en un rincón y levantó unos costales que lo cubrían, vi o vislumbré o imaginé una monstruosa apariencia de vida: una forma apenas humana cuya existencia repugnaba a la lógica y se alojaba en lo más vulnerable de mi difidencia. ¿Qué era aquello? ¿Lo vi en realidad? Emitía un plañido de animal enfermo y se arrastraba lentamente junto a la pared, unas extremidades vagamente discernibles y una cabeza casi del mismo tamaño que el tronco, con un solo ojo y una hendedura a manera de boca en la parte inferior, de la que rezumaba una baba espesa de batracio. Me sentía de veras despavorido y casi no advertí que el geógrafo Eizaguerín me daba con el codo y me susurraba al oído no sé qué sobre la más fidedigna versión conocida del anticristo. Yo lo único que acerté a responder, me imagino que a manera de ruego quejumbroso, fue que saliéramos de allí lo antes posible. Y así lo hicimos, mal que le pesara a mi

acompañante. Desandamos aquel trayecto de pesadilla entre los cubículos nauseabundos, atravesamos el bar de la entrada y salimos al consuelo refrescante de la tarde.

Como advirtiera el geógrafo Eizaguerín que yo permanecía mudo, sin poder reaccionar todavía, me preguntó que si me pasaba algo, que si no me había parecido fascinante la contemplación del anticristo. No sé qué contesté, porque vi que el geógrafo Eizaguerín, en lugar de dirigirse al coche que habíamos dejado allí mismo, se desviaba hacia la esquina de una calleja, por la que se asomó con la mano sobre la culata del revólver que llevaba metido por la cintura del pantalón. Ignoro qué enemigo esperaba ver aparecer por allí, pero tenía que ser altamente peligroso, pues noté que el geógrafo Eizaguerín balanceaba el cuerpo una y otra vez, exponiendo y hurtando la cabeza. No hubo, sin embargo, ninguna balacera. Cuando al fin subimos al coche, se me ocurrió sugerir, como si fuese un pensamiento escapado a mi pesar de su reclusión, que si aquella visita tenía algo que ver con un trabajo de campo o era simplemente la consecuencia de una maldita propagación de las enfermedades del alma. El geógrafo Eizaguerín se me quedó mirando, sin importarle para nada la indebida dirección que iba tomando el vehículo, y cuando pareció reaccionar ya fue tarde. El coche se subió a una acera por la que afortunadamente no circulaba nadie y una de las ruedas vino a encajarse en un alcorque desprovisto de árbol, pero de profundidad suficiente como para impedir cualquier maniobra. El geógrafo Eizaguerín se bajó del coche y empezó a inspeccionar el daño y a blasfemar con saña de demente. Me dio la impresión de que todas aquellas manifestaciones de cólera se dirigían a mí, tal vez porque el colérico me atribuía la culpa del percance, al que no eran ajenas mis notorias dudas respecto a la personalidad real del anticristo. Y ahí se inició una disputa carente de toda lógica, encadenada a un intercambio de argumentos cuya misma gratuidad los hacía más enconados, recrudecidos quizá por mis habituales subidas de la tensión pendenciera. Pero la cosa no pasó a mayores. Unos transeúntes ayudaron a sacar el coche del atolladero y, como temiera que la discusión muy bien podía reintegrarse al punto en que se había interrumpido, decidí abandonar el lugar de los hechos y reemprender por mi cuenta el regreso al centro urbano, adonde llegué en taxi sin mayores tropiezos. Como decía un sevillano —apodado por más señas el Gusticiero— a propósito de un amigo común, el geógrafo Eizaguerín tenía una mente tan estrecha que no le cabía la menor duda.

## 10. LOS ARGUMENTOS DE LA MIRADA

Debido seguramente a un retardado movimiento pendular de la evocación, me empezó a rondar por aquel entonces lo que se parecía mucho a un apremiante requerimiento literario. Es cierto que el arraigo en la memoria de unos hechos vinculados a un tramo prominente de la experiencia pueden terminar convirtiéndose en una obstinada propensión comunicativa, de emergente necesidad de exteriorizar ciertas intimidades biográficas. Viene a ser como un proceso acumulativo del recuerdo cuya fijación adquiere de pronto una intensidad ciertamente gravosa, hasta el punto de hacerse recomendable, casi por imperativos de salud mental, recurrir a alguna fórmula curativa; por ejemplo, a la objetivación terapéutica del psiquiatra. Y eso fue lo que hice: empezar a contar esos recuerdos, vehementemente acotados en un radio específico de la historia social de Jerez. Pienso que la distancia, el alejamiento geográfico del centro emisor de esos recuerdos, acentuó, intensificó su relevancia en mi particular archivo de sensaciones. Y luego estaba la posibilidad de enfrentarme en sus justos términos dialécticos a una parcela de mi sociedad nativa que conocía a fondo y había acabado por detestar.

La sola posibilidad de que mis incentivos políticos también se pudieran canalizar literariamente en esa dirección supuso una buena excusa para que, casi en un repente apasionado, me planteara la redacción de una novela que se llamó desde antes de nacer *Dos días de setiembre* (así, con esa grafía, no sé si por desobedecer al latín *septembre*). Cumplía además de ese modo con otro objetivo vivificado por las propias exigencias de la lucha antifranquista: el de pasar cierta información privada —no divulgada— a un determinado público lector, ilusoriamente definido por una burguesía ilustrada, una vanguardia obrera o un frente estudiantil insumiso. Yo apenas había cultivado la prosa narrativa, no sé si por livianas razones de desatención o por el premeditado deslinde poético de mis prácticas literarias. Cierto que años atrás, en la etapa de mi noviciado poético, había escrito algún que otro relato de regusto lírico que el tiempo tuvo la deferencia de extraviar. O tal vez me haya defendido de su presunta ineptitud olvidándolos. De todos modos, el hecho de que esa avidez literaria se centrara expresamente en la prosa narrativa, con una deliberada preterición y acaso desinterés por la poesía, me hizo pensar en principio que quizá se debiera a la repentina conjetura de que sólo a través de una novela podría canalizar ciertas obstinadas memorias, aunque no tardé mucho en convencerme de que tampoco era exactamente eso.

Supongo que mi supuesta desenvoltura en asuntos de retórica me ayudó a ejercitarme en algunos operativos trámites novelísticos, pero el caso es que sentía, sin querer aceptarlo más que a medias, como un serio desacuerdo entre el canon poético que, para bien o para mal, yo había adoptado como mío y las solicitaciones testimoniales de la vida histórica nuestra. Por un lado quedaba mi particular gusto por ciertas pautas creadoras muy precisas —la interiorización irracionalista, el barroquismo como método de aproximación a la realidad, las equivalencias mitológicas de la historia— y, por el otro, mi privada aceptación de un compromiso impetuosamente desglosado de la vida social del país. Y eso me hacía recelar de mis pretensiones, las lastraba a priori de ciertos artificios tendentes a una simplicidad expresiva que en el fondo me sonaba a trivialización general de mis ideas estéticas. ¿Había que renunciar entonces a ciertas convicciones artísticas para poder acceder a un provechoso modelo acusador, basado en la llaneza verbal y la explicitación de los contenidos? Un poco en contra del consabido diálogo que mantiene Juan de Mairena con uno de sus discípulos, siempre me pareció que entre esos «eventos consuetudinarios que acontecen en la rúa» y «lo que pasa en la calle», queda un término medio cuya eficacia como tal lenguaje poético dependerá consecuentemente del talento del escritor. Y ese presunto talento había acabado constreñido en mi caso, estaba seguro, por una serie de requerimientos morales no por aceptados de grado menos propensos a generar una especie de automatismo temático y, en consecuencia, una onerosa insatisfacción ante las transferencias poéticas de ese automatismo.

Ni que decir tiene que yo sólo puedo referirme a esa primera novela mía —y en puridad a toda mi obra— de una manera muy tangencial, muy insegura. Es decir, que no tengo ahora otra opción que la de recurrir a mi propia biografía extraliteraria, cosa que no resulta ni cómoda ni recomendable. Los edictos del llamado realismo social o crítico estaban entonces en su más triunfalista ciclo de expansión, si bien mi lejanía de los centros gestores de esa tendencia me impidió participar directamente en los escarceos y maniobras propios del caso. No es que vaya a consumar ahora ninguna retractación de principios, pero tampoco tengo por qué eludir ciertas exculpaciones retrospectivas. Sobre todo porque yo no creo haberme contagiado entonces a sabiendas más que de una reiterada inclinación a no pactar ni humana ni literariamente con el enemigo. Y el enemigo, en este caso, era el que asociaba la tiranía léxica, la rigidez de la tradición, a la salvaguardia de la patria. Y ni la patria era entonces ese lugar de placentera elección de que hablaban los latinos —ya lo apunté antes—, ni la oficialidad lingüística dejaba de tener un marcado acento castrense.

Todavía me resulta fácil rastrear las cuñas autobiográficas utilizadas en aquel primer trabajo de novelista. Lo que yo pretendía entonces era contar más o menos objetivamente mis experiencias como testigo de una sociedad —la jerezana— anclada en una muy peculiar versión de los inmovilismos tribales. Ya he apuntado que en absoluto quería desentenderme de esa clase de respuesta literaria a un referente político. Aún sigo aceptando sin ninguna reserva que hay momentos en que las exigencias de la historia pueden más que la voluntad de ejercer por libre, al margen de toda previa inducción extraliteraria, el oficio de escritor. Una tesis que, aparte de manoseada, suena ya hoy más bien a prehistórica. Pero no creo —insisto— que mi primera novela responda del todo a los mandamientos socialrealistas, bien que esos mandamientos fuesen política o humanamente respetables. Siempre me pareció de lo más dudosa toda esa monserga de la agencia moral de la literatura en razón de no sé qué hipotético saneamiento cívico. Pongamos que *Dos días de setiembre* está a medio camino entre un testimonio autobiográfico y una voluntad estilística, lo que tampoco es ningún mérito. Hoy la habría escrito con toda probabilidad de otra manera (siempre se escribiría de otra manera lo que ya está escrito), pero todavía estoy bastante de acuerdo con los modales del autor en tanto que artífice del espacio físico de la novela. Y del empleo de la experiencia como agente inductor del trabajo literario.

A través de mi relación epistolar con algunos compañeros del grupo del 50 —Barral, Crespo, Gil de Biedma, López Pacheco, Goytisolo— me llegaban de continuo a Bogotá noticias sobre la «operación realista» y las sucesivas estrategias utilizadas en las campañas editoriales y en la agitación de los frentes literarios capitalinos. Resultaba poco factible, sin embargo, seguir desde tan lejos las contiendas generales y aun intestinas de toda aquella coyuntura histórica española a grandes rasgos y de la literatura en detalle. Había muchos matices que se me desvanecían obviamente en la distancia o sólo podía asimilarlos a partir de algún análisis previamente desfigurado. De lo que sí estaba bastante al tanto era de las incidencias políticas del país, de las renovadas o reiteradas ofensivas de la policía franquista contra todo lo que supusiera un respirable atisbo de movilización democrática. En este sentido, y más que un «cónsul de la nueva poesía en ultramar» —según la enfática atribución de Carlos Barral—, lo que pasé a ser o poco menos fue un atento receptor de informaciones sobre la actividad antifranquista, las mismas que transmitía luego a los núcleos culturales y periodísticos de Bogotá. Mi relación con quienes trabajaban entonces en Prensa Latina —García Márquez, Rodolfo Walsh— me proporcionó también no pocos solventes elementos de juicio para hacerme mi propia composición de lugar a propósito de esa

intrincada, a veces alentadora, a veces decepcionante, actividad clandestina de los luchadores contra la dictadura. Por cierto, que esa especie de recusación por cuenta propia de las insidias del franquismo me sería desempolvada años después, ya en Madrid, durante algún interrogatorio en la Dirección General de Seguridad, a cargo precisamente del muy reputado comisario Yagüe.

Aunque tenía previsto trabajar a diario en la novela o dedicarle el mayor tiempo posible, no siempre se cumplían esos buenos propósitos, cosa que me producía normalmente un inocultable malestar, no ya porque los ajustes del desarrollo narrativo recomendaran una vigilancia perseverante, sino porque las propias interrupciones solían plantearme algunas complicadas recapitulaciones técnicas, más debidas a la continuidad rítmica de la acción que a cualquier otra demanda propiamente formal. Aparte de eso, y salvo los pertinentes deslices por los extramuros del quehacer universitario, mi vida en Bogotá se ajustaba a un empleo del tiempo bastante razonable o, a lo sumo, con las irregularidades propias del caso, que tampoco eran demasiado inmoderadas. No olvidé, por ejemplo, mi vieja afición a ciertas formas expresivas de la cultura popular, o de la cultura popular no contaminada por las artes escénicas, las academias privadas y las interferencias turísticas, lo que me indujo a buscar el modo de relacionarme con algunos especialistas en la materia. Y ahí me sirvió de inestimable intermediario Tito Zubiría, rector de la Universidad de los Andes, folclorista a su manera, y experto él mismo, como buen costeño, en los sutiles y ceremoniosos aires caribes: cumbia, bambuco, danzón, porro, currucao... Quiero recordar que Zubiría incluso tocaba con esmero la badola o el tiple.

A quien más frecuenté en este sentido fue al negro Barrientos, que más que negro era del color del chocolate verdoso, un personaje imprevisible dotado de un dinamismo tipo movimiento perpetuo, inventor de frases de disparatada expresividad —«gran cantidad de pocón», «mejor tarde que siempre», «la mamadera de la vaina del carajo»— y que me introdujo en ciertos ambientes marginales de la música caribe. Conocí así a algunos estimables intérpretes y a no pocos bergantes adiestrados en la manipulación de artistas fuera de su ámbito natural. Había entre estos últimos otro negro, pero éste prieto y bembón, el negro Municio, a quien tildé desde que le eché el ojo encima de enemigo en potencia. Era hermano de un químico cuya ocupación más rentable consistía en la elaboración a ojo, decían que con materiales de desecho, de toda clase de fármacos, los mismos que vendía por su cuenta y que lo llevaron a la cárcel por haber provocado una grave intoxicación entre los consumidores de una de esas pócimas. El negro

Municio también era individuo con fama de trepador sin escrúpulos y sospechoso de variadas especies de fraudes. En todo caso, él me miraba con recelo y, para compensar, yo lo miraba a él con desdén. No sé si entonces oficiaba como rufián o alardeaba de fantasías canallescas de ese cariz, como si pretendiera subrayar su notoriedad de tipo duro, pero daba igual, siempre producía el mismo efecto: el de ser un híbrido de pendejo y huevón, por usar dos epítetos colombianos harto elocuentes.

Una noche en que andaba yo medio de parranda con Hernandito Valencia, Helena Iriarte y Jorge Gaitán, recalamos en un café del centro, por el tramo alto de la avenida Jiménez de Quesada, y allí estaba el negro Municio. Iba con un grupo de gentes indefinidas, entre las que distinguí a una bailarina, casi una adolescente, que ya conocía de antes, una de esas mulatas de ojos verdes que vienen a ser como la penúltima consecuencia de uno de los más enriquecedores ejemplos físicos del mestizaje caribe. Se llamaba o le decían Rosita Temprana y su aspecto remitía al de un modelo racial muy específico: el de esas lindísimas chicas negras blanqueadas, ungidas de un barniz clarito y dotadas de una exultante y prematura floración. Por uno de esos desvíos imaginativos a los que soy propenso, Rosita Temprana me hacía pensar en aquellos bellos ejemplares que —según cuenta José Antonio Saco en su *Historia de la esclavitud* y recogió Lino Novás Calvo en su novela *El negrero* — «fabricaba» un inglés en un lugar de las Antillas dos siglos atrás. Este inglés había montado una atroz factoría, un auténtico criadero humano donde, tras un cuidadoso proceso de cruzamientos de negras, mulatas y cuarteronas con rubios y trigueños, o al revés, había obtenido hembras de extraordinaria belleza. Las tenía recluidas en ergástulas custodiadas día y noche por eunucos adiestrados, y estaban muy bien atendidas, hasta que a la edad de trece o catorce años las vendía como esclavas de calidad superior a los capitanes de barcos negreros y a los grandes factores y mercaderes de aquel bullicioso trópico.

Decía que Rosita Temprana estaba aquella noche, y no por suerte, con el negro Municio. Cuando me acerqué a saludarla, acaso con excesiva efusión, éste me obsequió, como estaba mandado, con una mirada en la que podían leerse muchas cosas, pero ninguna de ellas bonancible. Yo me limité a dedicarle un gesto displicente, incluso es posible que despectivo. El natural avieso del negro Municio parecía acentuado por una especie de resentimiento contra alguien que, como yo, se permitía actuar con la seguridad de merecer el beneplácito de Rosita Temprana. La melosidad palpitante de la mulata, esa mixtura de cacao y azúcar, «miraguano y caoba en dulces proporciones»,

inculcaba una imantación táctil que me alentó a cogerla de una mano y tirar dulcemente de ella para que se viniera conmigo a la mesa donde Helena, Jorge y Hernandito me esperaban no sin alguna extrañeza. Ella se resistió un poco, un sí es no es gustosa de acompañarme, y entonces el negro Municio se levantó, interpuso su grosero cuerpo entre el de Rosita Temprana y el mío y se me quedó mirando sin decir nada. Aquel obstáculo mudo me exasperó de modo repentino y violento. No veía a la mulata, sólo veía ese estorbo indeseado taponándome su placentera proximidad. Pero cuando asomó ésta sus bellos ojos por encima del hombro del negro Municio, yo aparté con fuerza al osado para que esa contemplación no me fuera interceptada por ningún maldito impedimento. El negro Municio trastabilló de medio lado, tropezó con una silla y rodó por el suelo. Yo me quedé observándolo, supongo que con la certeza de que cuando se levantara no se iba a quedar de brazos cruzados. Y no se quedó. Parecía que lo dudaba un segundo, pero enseguida se acercó con despacio, como si no tuviera ninguna prisa en hacer lo que iba a hacer, y en llegando frente a mí amagó un quiebro veloz y me encajó un derechazo que difícilmente pude esquivar y que me rozó o algo más la oreja. Sentí —aún puedo sentirlo— como el chasquido de un látigo en el mismo tímpano, una quemazón que me trepanaba a manera de un taladro dentado esa parte de la cabeza.

Creo que lo primero que pensé es que cómo coño podía hacer tanto daño lo que me había parecido un simple roce del puño. Incluso calculé que la oreja me había sido arrancada de cuajo y que lo que me ardía dolorosamente era el sitio en que esa oreja había estado poco antes. Permanecí un momento como aturdido, viendo estallar candelas bermejas por todas partes, pero sin olvidar que lo único que tenía que hacer era devolverle el castigo al negro Municio. Y así lo hice. Me fui para él movido por un tirón de la sangre y le propiné un buen golpe en el hombro, conservando la suficiente lucidez como para atenazarme a aquel cuerpo cuyo asimiento me liberaría de la amenaza cierta del fuera de combate. Pero ya corrían a separarnos algunos de los testigos, Jorge el primero, dado su natural desafiante, y ahí se acabó la función. Cosa rara, el negro Municio adoptó desde entonces cuando me veía no diré que una actitud respetuosa, pero sí una circunspección que a mí incluso me halagaba. No hubo ocasión de repetir la escena con Rosita Temprana, pero tengo por seguro que el negro Municio no se habría permitido ya la menor injerencia.

Otro de aquellos días me llevó Jorge Gaitán a *El Espectador* para que conociera a Guillermo Cano, hijo del propietario y a la sazón director del periódico, que competía con *El Tiempo* —de la familia de Eduardo Santos,

que fue presidente de la República— en ser el mejor diario colombiano. Guillermo Cano era un periodista cultivado y sagaz y una ecuánime persona. Años después se distinguió por sus intrépidos impulsos a un periodismo de investigación en torno a las marañas del narcotráfico, descubriendo ramificaciones impensables en la sociedad colombiana. Todo lo cual lo condujo directamente a morir acribillado a balazos a pocos pasos del periódico, una víctima más de lo que iba a convertirse en otro expreso conflicto armado nacional. Por aquella época, la red o los poderosos clanes de narcotraficantes aún no se habían entronizado en el país y el negocio de la droga se reducía a las demandas de un discreto consumo, algo más ostensible en la costa que en el interior. El pintor Fernando Botero, el anti-Giacometti, que es de Medellín y estaba casado entonces con Gloria Zea —una guapa y activa mujer muy de mi gusto—, nunca me habló de su ciudad sino para referirse a las preeminencias del comercio del café y el oro y a la muy arraigada afición taurina, incluida la suya. Andando el tiempo ni siquiera podía asomarse por Medellín, ni casi por toda Colombia, a no ser con grave peligro de ser secuestrado o extorsionado por las tropas anexas a los capos del narcotráfico, que por ahí siguen en guerra contra varias clases de ejércitos: el regular, el intruso norteamericano y el paramilitar financiado por cierta oligarquía terrateniente.

El antedespacho de Guillermo Cano tenía algo de sala de redacción a la vieja usanza. Un día a la semana —¿los jueves?— se reunía allí una tertulia no prefijada sino más bien mudable y casual. Yo solía acudir a veces y aquél era un inmejorable consultorio para recoger y elaborar informaciones de primera mano y siempre reveladoras sobre la vida social y cultural de Colombia. Jorge Gaitán tenía entonces una columna diaria en el periódico y solía ir a la redacción para escribirla. A través de él o del propio Guillermo Cano me encontré allí con algunos escritores colombianos que aún no conocía o apenas había tratado: León de Greiff, Aurelio Arturo, Jorge Zalamea, Gabriel García Márquez, Marta Traba, Jorge Rojas... Era un grupo bastante desigual y generalmente ameno, aunque no siempre bien avenido, y cuya estabilidad podía alterarse hasta niveles vidriosos cuando el consumo etílico sobrepasaba la muy relativa capacidad de resistencia que siempre advertí en los bebedores de esas latitudes, sobre todo si eran colombianos o venezolanos. A quien también quise conocer y no pude fue a Álvaro Mutis, residente entonces en México y de quien acababa de leer un texto excelente: *Reseña de los hospitales de Ultramar* (Mito, 1959). Hasta algunos años después, ya en Madrid, no nos encontramos.

A León de Greiff empecé a tratarlo con alguna frecuencia, aunque no así a esos otros escritores colombianos con los que sólo coincidí —exceptuando a los de Mito y asociados colaterales— muy de vez en cuando. León de Greiff parecía un físico en estado de interiorización analítica o un inventor aburrido de no tener nada aceptable que inventar. Cuando yo lo conocí debía de andar por los sesenta y cinco años, pero tenía toda la pinta de un anciano extravagante a punto de ser arrollado por una súbita estampida de embelecos. Las torrenteras verbales de su poesía me recordaban las de un Darío pasado por la mitología escandinava, la retórica gongorina y la música de Wagner. Sus silencios, «que ambulaban ebrios por entre las brumas», eran los mejores silencios que yo he podido escuchar nunca. Tenía un hermano, Otto, profesor de matemáticas en la misma universidad en que yo trabajaba, que se había hecho famoso por haber aplicado a las tácticas del ajedrez no sé qué investigaciones personales sobre la geometría proyectiva y las incalculables dimensiones matemáticas del mundo. Más que parecerse a un físico, como le ocurría a León, Otto tenía un acusado aspecto de domador de leones. También resultaba un poco menos nórdico que su hermano, se emparejaba mejor con un alpino. Algunas veces, mientras paseábamos por el campus o tomábamos un ron en algún bar de por allí cerca, intentaba explicarme de la manera más apasionada que detrás de cada gran descubrimiento científico había, aparte de la necesidad de ir desaprendiendo, una especulación matemática, y yo lo oía con atención laboriosa y siempre con un respeto que era invariablemente un homenaje a su bondad y su especializada cultura. Según me dijo, se había carteado con el matemático español José Gallego Díaz, a quien Juan Benet dedica una magnífica semblanza en su libro *Otoño en Madrid hacia 1950* y al que yo había conocido muy de paso. Me hubiese encantado leer esa correspondencia entre dos personas tan sabias y tan decentes.

Un día, en clase, sentí unas extrañas contracciones dolorosas en las piernas, como un calambre que me bajaba del abdomen y permanecía más o menos alojado a la altura de las rodillas. No me duró mucho, pero como notaba un malestar incierto, di por terminada la clase antes de hora y me fui a casa. A media tarde se repitieron los calambres y decidí acostarme casi a la vez que sentía una brusca subida de la temperatura y una astenia más que sospechosa. Pasé una mala noche y, a la mañana siguiente, llamó Pepa a los servicios médicos de urgencia de la universidad y se presentó un joven de acusada pinta santafereña que me miró con mucha atención a los ojos, como si tratara de descubrir a qué fingido enfermo había ido a visitar. Luego me auscultó, me palpó y llegó a la conclusión de que no había llegado a ninguna. Se conoce que cumplía con su deber porque no le habían encargado nada

mejor. Vino por la tarde otro médico y se repitió la inspección y el diagnóstico. Mi estado empeoraba a ojos vista y la fiebre había rebasado los 39 grados, sin que en ningún momento bajara de ahí. Unos pinchazos intermitentes me recorrían también el estómago y entré en un sopor malsano por el que bullían recuerdos antiguos y martirizantes: una tarde triste de domingo, el alcohol farragoso, un tren perdido por un equivocado circuito de la noche, la conmiseración de la almohada, una mano inmemorial de madre.

A la mañana siguiente ingresé en una clínica, no como paciente indefinido sino para someterme a una serie de pruebas. Estuve allí dos días sin darme cuenta del todo de lo que me estaba ocurriendo, sólo acompañado del desasosiego de Pepa. Creo que de modo inconsciente me empecé a examinar la saliva, imaginando que de un momento a otro la sangre delataría sin remedio un rebrote de mi vieja lesión pulmonar. Y eso me volvía a sumergir en el caudal cenagoso de mis espantos ante la posibilidad de enfermar gravemente. Pero no ocurrió nada que fuera en puridad desastroso. Al fin, emitieron el veredicto clínico: padecía una variante de fiebres infecciosas, centrada en la actividad parasitaria de una conocida especie de ameba. Era en todo caso una dolencia endémica tropical, transmitida por las frutas o las hortalizas y que solía cebarse en los que llegaban de Europa con escasa capacidad de resistencia a los agentes patógenos, es decir, propensos a cualquier merma de la inmunidad orgánica natural. Nada grave en principio, pero de muy imprevisible respuesta al tratamiento. A veces esas fiebres se hacían tercianas y había que tener mucha paciencia para conseguir extirparlas del todo. Si no se producía tal cosa, la temperatura subía más o menos cada tres días, lo que tampoco era ninguna buena noticia.

Volví a casa muy abatido. Me acosté enseguida y permanecí en cama cinco inacabables semanas, durante las que recibí con regularidad la visita de un médico bastante afable e instruido. No sentía ningún dolor manifiesto, ningún malestar especialmente agobiante, sólo unas punzadas intermitentes y movedizas entre el pecho y el abdomen. Pero lo peor era el cuadro febril, que me mantenía amodorrado casi todo el tiempo. Mi habitación era agradable, con un ventanal abierto a una amplia terraza con plantas trepadoras a las que acudían los pájaros bogotanos del amanecer. Me costaba trabajo fijar la vista en cualquier parte, aunque fuera en la pared, así que solía quedarme con los ojos entrecerrados, mientras Pepa me leía el periódico —*El Espectador*, a veces *Le Monde*— y poco más. La simple tentativa de recuperar mentalmente el desarrollo de *Dos días de setiembre* me conducía sin más al empecinado convencimiento de que jamás podría volver a sumergirme en esas marañas

argumentales y que, en el peor de los casos, la impotencia acabaría por hacerme desistir de semejante proyecto.

Fue una extraña y como brumosa anomalía sensorial incrustada en lo más grato de mi vida en Colombia. La fiebre se fue atenuando muy poco a poco, con una lentitud desesperante, pero la debilidad persistía de tal modo que me obligó a alargar más de la cuenta mi temporada de convaleciente. Al final, casi estaba convencido de que nunca iba a recuperar mis por otra parte exiguos arrestos vitales. Los morbosos espectros de todas mis dolencias precedentes comparecían en mi memoria de manera inoportuna y perseverante. Aparte de que la continua necesidad de reposo me hacía quedarme medio adormilado horas y horas en una butaca o deseando en todo momento acostarme, haciéndome temer incluso que esa apetencia de cama no era sino una manifestación tardía de mis vínculos hereditarios con no pocos miembros de la familia Bonald, quiero decir con los que habían elegido acostarse sin motivo aparente y sin ningún predecible indicio de que se fueran a levantar algún día. A veces me visitaba algún amigo, algún alumno, algún fantasma; a veces todo lo que alcanzaba a ver era un hueco por el que yo andaba perdiéndome adrede y cuyo extremo conducía a otro hueco más amplio donde ya no había más que un vacío hasta cierto punto gustoso y reconfortante.

No sé cómo salí finalmente de ese bache infortunado, el único traspiés verdaderamente preocupante de mi estancia en Colombia, extensible también al hecho angustioso de haber tenido que abandonar durante más de mes y medio no ya la redacción de la novela, sino la simple reflexión en sus avances y retrocesos naturales, aparte —claro— de la interrupción de mis clases. Creo recordar que poco a poco fui alargando los paseos por las calles adyacentes a la casa y por las zonas del campus más próximas. Una vez, cuando iba por un extenso y solitario pradillo que se extendía por detrás del comedor universitario, vi acercarse a todo correr a cuatro o cinco perros con apariencia de belicosos. No era raro que se juntaran esas jaurías y en más de una ocasión había oído comentar que sin ser exactamente peligrosas, más valía no tropezarse con ellas. El caso es que ni yo tenía entonces fuerzas para escapar ni mucho menos para intentar alguna maniobra no ya intimidatoria, sino vagamente defensiva. Uno de los perros se abalanzó sobre mí a la vez que yo salté a un lado y pensé que ese salto era el de mi perdición. Pero no, el perro me tumbó sobre la yerba y me puso una pata encima y llegó otro y lo mismo. Uno de ellos me husmeó y lamió sin ganas por el cuello y el otro me introdujo el hocico por debajo de la chaqueta, hurgando allí enérgicamente con no sé

qué intenciones. Me levanté como pude, fingí naturalidad y aprecio por la raza canina y, después de alguna vacilación, la jauría continuó su expedición por el potrero. Y ahí acabó la vaina, como dicen por allá. Pero no sé si en razón del susto o porque realmente mi endeblez se componía de muy frágiles recambios de aliento, apenas pude llegar a casa —no más de doscientos metros— sino después de un esfuerzo agotador. Y eso me volvió a sumir en un abatimiento con trazas de incorregible.

Durante ese dudoso paréntesis que medió entre la convalecencia y la normalidad, llegaron nuestras primeras navidades bogotanas, o quizá sea mejor decir santafereñas, por usar un gentilicio más afín con la festividad. A Pepa se le ocurrió entonces, supongo que para levantarme el ánimo por vía rural o simplemente por cambiar un poco de aires, ir a pasar unos días a Fusagasugá, un pueblo ganadero del departamento de Cundinamarca, al suroeste de Bogotá, según se baja hacia tierra caliente por las estribaciones de la cordillera andina. No sé por qué eligió Pepa ese enclave medio serrano, debió de ser por la incitación sonora del topónimo, cuya filiación chibcha o muisca era la propia de aquella comarca. A mí me gustó la idea y conseguimos incorporar a la excursión a los Zubiaurre, a Gudrum y Antonio, de modo que buscamos un hotel más o menos confortable y allí nos fuimos los cuatro, descendiendo en poco menos de dos horas desde el frescor nuboso de la sabana a las calientes fluorescencias de la ya próxima cuenca del Magdalena. Y ahí empecé a sentirme verdaderamente restablecido, como si me hubiesen inyectado de improviso el único tónico que podía devolverme un primer consolador atisbo de vitalidad: el aliento excitante del trópico.

El hotel era más bien una limpia y amplia fonda provinciana, con su patio porticado, su galería volada provista de ménsulas y su solería de ladrillo pulido. Ocupaba todo un flanco de una glorieta lindante con la plaza principal del pueblo, donde se celebraba cada tres o cuatro días un mercado con productos del campo y manufacturas indígenas. Sin llegar a los esplendores artesanales de otros mercados populares que conocí tiempo después —el ecuatoriano de Otavalo, el mexicano de Chochimilco, el peruano de Cuzco—, ese de Fusagasugá tenía un encanto quizá más modesto, pero también menos engañoso, menos supeditado a las atrofias comerciales del turismo. Yo me recuperé bastante viendo pasar la vida por los alrededores de ese mercado, un tiempo simple y menestral hecho de mínimos placeres populares, de porciones inesperadas de sosiego y complacencia. La compañía de los Zubiaurre fue también muy provechosa en este sentido. Como Pepa estaba ostensiblemente preñada, prefería a veces quedarse con Gudrum en el hotel, acaso meditando

en la imposible eventualidad de pasar la nochebuena sumergida en un clima de horno, mientras Antonio y yo nos dedicábamos, como hacíamos frecuentemente en Bogotá, a callejear sin rumbo y a asomarnos a todo lo asomable.

Había algo en Fusagasugá que me resultaba familiar, como si lo reconociera después de un prolongado alejamiento, no sé si por la coloración blanquiazul del caserío o por cierta disposición urbana muy parecida a la de cualquier pueblo conquense o albaceteño. No había casas de más de tres pisos y las calles formaban un recinto cuadriculado abierto a una campiña abrupta y sin fondo, envuelta en un polvo de carbón que apenas dejaba ver al ganado vacuno paciendo en las laderas. Olía a curtiente y a fritanga y un vapor tórrido parecía obstruir todos los poros del aire. Lo que enseguida llamaba la atención era la primacía de la población india —chibcha— sobre cualquier otro componente racial, aparte de que en aquellos días navideños se celebraba una especie de verbena con chiringuitos y atracciones y muchos campesinos indígenas acudían a su reclamo. En esa verbena, instalada junto a un solar con empalizadas para el ganado y sombreada de mangos y calambucos, había un tenderete con un rótulo atractivo: «Galería de monstruos». Ni que decir tiene que Zubiaurre y yo, sin ningún previo acuerdo, nos dispusimos a caer en semejante tentación.

La barraca consistía en un pasillo medio a oscuras y un espacio semicircular en cuyo frente se abrían tres o cuatro orificios a manera de ventanucos, todo ello delimitado por cortinajes de estameña. Lo que se veía por esos ventanucos era de veras escalofriante: unas criaturas deformes, agazapadas, apenas ciertas, cuya identificación con seres humanos no resultaba del todo factible. Algunos indios, inexpresivos y silentes, paseaban por allí como habituados a la exhibición de aquel horror. En uno de los cubículos creí ver de pronto una imagen espantosa: la del anticristo al que me llevó a conocer un aciago día el geógrafo Eizaguerín. No sé por qué supuse que era ese mismo anticristo, pues su presencia se reducía a un bulto ovillado en una esquina, con la aberración frontal del ojo de cíclope asomando por encima de una masa carnal. Pero había algo en ese ojo que al momento me trasladó a aquel otro escenario pavoroso del sur de Bogotá, la travesía entre los pestilentes nichos prostibularios, la garra infantil en mi hombro, el espectáculo atroz de ese engendro que creí reconocer y que probablemente habría sido vendido a aquella barraca de feria. Pessoa —o alguno de sus menos reiterativos heterónimos, no recuerdo cuál— se hacía una pregunta sutil, a propósito de la eventualidad de que dos líneas paralelas puedan llegar

a encontrarse cuando las perdemos de vista. Una idea, por cierto, avalada por su correspondiente reducción al absurdo. A lo mejor pensé entonces en algo así: siempre lo hacía cuando las coincidencias empezaban a tener una explicación oculta que yo no alcanzaba a concretar. ¿Se habría duplicado el anticristo o se habría encontrado uno de ellos con su propio doble en algún imposible lugar del infinito? En cualquier caso, ya habíamos visto Zubiaurre y yo bastante más de lo que hasta el agobio del calor hacía incompatible con la verdad, así que todavía espeluznados buscamos a toda prisa el alivio somero de la calle y —supongo— el fuego adicional de algún vigoroso aguardiente de caña.

Todas aquellas despiadadas imágenes me acompañaron durante varios días, mientras intentaba explicarme en vano ese otro silencio —esa errata— del Creador diseminado entre las pavorosas injusticias de la naturaleza. Por lo demás todo fue bien en Fusagasugá. Nos dedicábamos sin mayores excepciones a divagar, holgar, gustar de la cocina indígena y hacer alguna que otra escapada por las zonas fluviales aledañas o por una especie de jardín tropical situado extramuros del pueblo. Una tarde, de pronto, como si se me hubiese activado un resorte de la voluntad, recuperé el deseo de escribir, sentí el apremio súbito de ese estado de ánimo que iba a permitirme la ya casi preterida actividad literaria. Fue un requerimiento pugnaz, la emergente codicia de volver a trabajar en el manuscrito de *Dos días de setiembre* —había viajado con una copia—, así que empecé a releer retazos del texto y, finalmente, escribí las dos o tres páginas que —curiosamente— menos necesité corregir luego, en la última versión de la novela, y eso que siempre he pensado que cuando una primera redacción se da por buena, es que algo va mal. Aparte de lo que ese quehacer tuvo de estimulante, también supuso en cierto modo la evidencia irrebatible de que ya había recobrado definitivamente la salud.

A poco de volver de Fusagasugá supe que Rafael Alberti y María Teresa León iban a viajar a Bogotá, invitados a dar unas conferencias y lecturas poéticas por no sé qué instituciones próximas al PC colombiano. Yo había mantenido con Alberti alguna esporádica relación epistolar, pero nunca nos habíamos visto, y la verdad es que me apetecía y mucho encontrarme con él precisamente fuera de España, como si esa circunstancia de trasterrado —por usar un término elocuente acuñado por José Gaos— añadiera alguna oportuna coherencia a nuestros respectivos comportamientos políticos. Alberti seguía siendo un activo militante comunista —ya iba camino del premio Lenin— y yo una especie de comunista por libre, sin carné y con fundadas sospechas de

que nunca iba a querer tenerlo. Sin duda que me sentía por más de un motivo paisano de Alberti, no ya porque los dos habíamos nacido en la misma órbita de influjos —y de excesos— de la bahía de Cádiz, sino por ciertas coincidencias educativas vinculadas al clima familiar y aun a nuestras similares coyunturas de viajeros americanos. Durante mis primeros registros poéticos de adolescente yo había frecuentado los parajes, las «arboledas perdidas» por donde anduvo Alberti con la misma edad que yo tenía entonces y tal vez me había cruzado con gentes que lo conocieron y que posiblemente ya no querían reconocerlo. Y todo eso fue modelando como el mito del desterrado que nunca se ausentó verdaderamente de su tierra.

Como suele ocurrir, mi experiencia de lector de Alberti tuvo sus naturales fluctuaciones. En ese ya remoto noviciado poético, leí con fervor minucioso los poemas suyos recogidos por Gerardo Diego en la *Antología* de 1932. Recuerdo que lo que más me atrajo entonces, como era previsible, fue lo que menos me interesó luego: el airoso remozamiento de la lírica tradicional tramitado en *Marinero en tierra* o en *El alba del alhelí.* Me pasó un poco como con García Lorca. Pero esas preferencias se fueron modificando al mismo compás que mis propios gustos literarios, a partir más que nada del descubrimiento un poco tardío de *Sobre los ángeles.* Me consta que los ocho poemas de ese libro incluidos en la citada *Antología* de Diego apenas me suministraron en un primer momento mayores sugestiones. Es probable incluso que me desconcertasen o que, al menos, no acertara a ir más allá de sus superficiales aparejos retóricos. No tardé mucho, sin embargo, en identificarme con la materia esencial de *Sobre los ángeles*, cuya primera edición de 1929 encontré por azar en un baratillo gaditano y cuya lectura detallada supuso un inmediato viraje en mis anteriores predilecciones. En tanto que inventario tormentoso de una crisis, de un dramático litigio moral, la trama de ese libro remitía, antes que a un escueto modelo surrealista, a una especie de irracionalismo de fondo. Aún lo veo así. Aunque el embrión temático de *Sobre los ángeles* mantenga una abrupta correspondencia con la razón, su trasvase poético incide efectivamente en lo que se entiende por estrategia irracionalista, centrada en ese ambiguo y extraviado personaje que deambula por el libro y viene a ser como el emisario de una angustiosa controversia con la realidad. Todo eso me atrajo de modo muy duradero, pero quiero creer que, entre todos los Alberti posibles, y junto a esas específicas infracciones de la lógica, quizá continúe prefiriendo al poeta neogongorino de *Cal y canto* o al neorromántico de *Retornos de lo vivo lejano.* Quizá.

Tan pronto como supe que los Alberti estaban en Bogotá, me apresuré a ir

a saludarlos al hotel donde se hospedaban. María Teresa seguía siendo una mujer muy hermosa, de una apostura femenina tan patente que debió de conservarla incluso cuando andaba de miliciana por las retaguardias culturales de la defensa de Madrid. Luego, al cabo del tiempo, vi reproducida y aun aumentada en su hija Aitana la belleza renacentista de la madre y el aire grecorromano del padre. Un día estuvo Aitana en mi casa de Madrid con su marido de entonces, el fotógrafo y navegante argentino Roberto Otero, y quedé realmente prendado de aquella criatura que, amén de lindísima, disponía del atractivo suplementario de su natural acogedor y su inclinación a los juegos galantes. Rafael aún no había cumplido sesenta años y, según corroboré en aquel primer y desde luego emocionante encuentro, conservaba en bastante buen estado su facundia juvenil, sus modales de gaditano indolente y sus intermitencias combativas.

Salvo alguna escapada de notable diversión —una en casa de Pedro Gómez Valderrama y otra en la mía—, María Teresa y Rafael se replegaron casi sin dispensas al programa que le había dispuesto el partido comunista local. Aun así, logramos medio improvisarle una comida en el campo Eduardo Cote y yo —por allí andaban también Jorge Zalamea, León de Greiff, Jorge Rojas y Fernando Charry Lara—, donde se comentó de pasada que Luis Miguel Dominguín toreaba una de aquellas tardes en la llamada plaza de la Macarena de Medellín. Los Alberti estaban invitados por el propio Dominguín y pensaban viajar aquel fin de semana a la capital del departamento de Antioquia, no sin fantasear una y otra vez sobre el muy expreso entusiasmo que les producía reencontrarse, después de casi un cuarto de siglo, con el mundo de los toros, tan avecindado por vía retórica en las ramificaciones argumentales de la poesía albertiana. Ignoro por qué repentinos entusiasmos taurinos, de los que ni Cote ni yo disponíamos más que de modo defectuoso, decidimos asistir también a esa corrida medellinense.

Fue un viaje un poco apresurado y sin demasiado sentido, aparte de que la muchedumbre o la dispersión nos impidió llegar a tiempo al lugar de la cita. He olvidado convenientemente el desarrollo de la lidia y el nombre de los diestros que acompañaban a Dominguín, pero sí recuerdo el momento en que éste le brindó un toro a Alberti. En justa correspondencia, el poeta escribió sobre la marcha unos floridos versos en elogio del torero. Por cierto, creí que esa composición —de la que conservo una copia— había permanecido inédita, pero la acabo de descubrir, junto a otros muchos ejemplos de poesía de circunstancias, en el tomo III de las interrumpidas *Obras completas* de

Alberti preparadas por Luis García Montero. Como luego iría ratificando, esa magnanimidad respecto a su propia destreza creadora era uno de los hábitos del poeta que siempre juzgué desmesurado. Generosísimo y desentendido de los estorbos domésticos de la economía, provisto de una más que llamativa esplendidez que sólo la vigilancia tenaz de María Teresa frenaba en parte, Alberti disfrutaba obsequiando a los demás con lo que tenía más a mano: libros, fotos, dibujos, manuscritos, y todo ello con un desprendimiento y una efusión que parecían obedecer a una auténtica y en cierto modo purificadora conducta de pródigo. Estuve con él en algunas precisas ocasiones —en la librería Buchholz de Bogotá, en una galería de arte del Trastevere romano, en la librería madrileña de Fernando Fe— y se comportaba realmente con una incalculable predisposición al derroche. Por supuesto que yo ni tenía ni tengo nada que objetar a esa conducta, cada cual es muy dueño de administrar sus bienes como mejor le venga en gana. Lo que pasaba es que Alberti también dilapidaba a troche y moche sus óptimas maestrías líricas, esas inusitadas habilidades que lo llevaban a improvisar retratos en verso de quienquiera que fuese. A veces, incluso pude pensar, casi por una reacción malhumorada, que Alberti siempre tuvo algo de coplero de juegos florales, de poeta local pasado por el internacionalismo marxista.

Ahora, mientras redacto estas páginas, no puedo por menos de encarar aquella vivaz imagen bogotana del poeta con la de sus últimos estancamientos humanos. Qué inmerecidas experiencias epilogales las suyas, convertido en un nonagenario desmemoriado y decrépito, paseado sin piedad como la alegoría de su propio fantasma por los salones oficiales de la sinrazón. Parece ser que un día llevaron a José María Aznar, presidente del gobierno, a visitar a Alberti, que ya declinaba entre sus naturales ausencias seniles. Debía de tratarse de algún cumpleaños, aunque lo más probable es que los motivos de ese encuentro dependieran sin más de la búsqueda de dividendos políticos. No obstante, temiendo que el autor de *Capital de la gloria* se negara a recibir a tan señalado visitante por algún posible rechazo ideológico, le comunicaron que quien quería saludarlo era un poeta de Valladolid. De modo que Alberti, en su reclusión física y mental de El Puerto de Santa María, se convirtió en el anfitrión inadvertido del líder de la derecha española, lo que resulta más bien estrafalario. Ignoro qué pasó, ni siquiera sé si la anécdota es verídica, pero sentí un profundo malestar ante esa presunta mascarada. Cómo se atrevieron a distorsionarle al poeta su pasado de una manera tan indigna.

Bien. Decía que mi viaje a Medellín no fue especialmente ameno, pero el regreso tuvo algunos gratos corolarios. No recuerdo que me encontrara más

que muy de paso con Luis Miguel Dominguín, pero sí frecuenté a partir de entonces a los otros dos hermanos, a Pepe y sobre todo a Domingo. Pepe vivía en Bogotá desde hacía algún tiempo y se ocupaba de negocios de importación y exportación. Era un hombre apacible, instalado ya en los extrarradios del planeta taurino, de gustos más bien epicúreos, con algo de derrotado previo. Estaba casado entonces con la bella María Rosa Salgado, una actriz que alcanzó cierto renombre por aquellas fechas, pero que renunció a ese renombre cuando se trasladó a Bogotá. Continué viendo a este Dominguín alguna que otra vez en Madrid y recuerdo que una noche de altas cotas etílicas apareció por Oliver y se lo presenté a Ángel González y a su mujer de entonces, Shirley Mangini. De pronto, Ángel prorrumpió en una larga diatriba contra los que se permitían hacerse pasar por quienes no eran, tal vez aprovechando las heterogéneas densidades de aquel tiempo de impostores y los desórdenes anexos a la madrugada. Pepe Dominguín aportó su carné de identidad y otras credenciales con ánimo de corroborar que no era ningún usurpador sino, modestamente, Pepe González Dominguín, aclaración que yo también ratifiqué con mi correspondiente testimonio identificativo. Pero nada de eso sirvió de mucho. El enojo de Ángel se acrecentó en lugar de apaciguarse, reiterando que ya sabía él muy bien hasta qué punto eran falsas aquellas pruebas y que no tenía ninguna necesidad de seguir aguantando semejante farsa. Ocurrió además que el ambiente se enrareció por partida doble con la llegada de un dibujante y contador profesional de chistes, por mal nombre Iscariote, que solía andar por los acudideros franquistas de la moda colocando quieras que no su mercancía. Por más que hicimos para ahuyentarlo, el tal sujeto se empeñó en ofrecernos un repertorio de ingeniosidades que más bien parecían destinadas a soliviantar a timoratas. Detesto a esos nada escasos dicharacheros vocacionales, mixtos de impúdicos y moralistas, de la casta de los fámulos del poder, de modo que hice uso de mis peores reservas de insolencia para espantar al intruso. No descarto la suposición de que, secundado por Ángel, incluso pude valerme de alguna discreta brusquedad. Se me han borrado en cualquier caso los detalles de tan incoherentes altercados, pero seguro que acabamos celebrando aquel encuentro con Pepe Dominguín de algún modo adecuadamente similar a esa incoherencia. Qué menos.

Mi relación con el otro hermano Dominguín, Domingo, fue muy distinta. Creo que sólo nos vimos un par de veces en Bogotá, aparte de encontrarme con él en Guayaquil, no mucho antes de que eligiera el refugio espantoso del suicidio. Yo estuve en Quito y Guayaquil en dos ocasiones, una de ellas camino de las islas Galápagos, y tal vez nos vimos la misma tarde en que

embarqué. Pero fue a mi regreso a Madrid cuando lo traté más de cerca y por muy variada serie de razones. Me parece que a través de UNINCI, la productora cinematográfica que dirigía Juan Antonio Bardem, Domingo había intervenido de algún modo, junto a Pere Portabella y el mexicano Gustavo Alatriste, en la producción de *Viridiana*, la película de Buñuel —que a mí me convenció a medias—, y organizó un pase clandestino en el estudio del escultor Pablo Serrano, por la que entonces se conocía como prolongación de la Castellana. A partir de aquella reunión, nos vimos con alguna frecuencia en conciliábulos de varia lección política o amistosa, junto a otros conspicuos exponentes de la oposición a la dictadura: Javier Pradera, Moreno Galván, Muñoz Suay, Paco Rabal... Domingo era un personaje sumamente curioso. Extrovertido, ocurrente, vivaz, entre cínico y crédulo, parecía enfrentado a su propia jurisdicción familiar por razones bastante contradictorias. Compartía su peculiar comunismo militante con ocupaciones de empresario taurino radicalmente atípico y no demasiado escrupuloso, con lo que tampoco era descartable que él mismo fuese su más tozudo adversario. De todos modos, su figura muy bien podía desglosarse de ese nada raro segmento de una burguesía más o menos acomodada, algunos de cuyos vástagos resolvieron un día, no se sabe si por mala conciencia o a instancias de una solidaridad de apremios emocionales, incorporarse a las filas de la lucha antifranquista. Pero todo eso pertenece ya a otros subsecuentes ramales de la memoria.

## 11. MIMETISMO DE LA EXPERIENCIA

En Colombia la geografía ha determinado, por así decirlo, el contenido de la historia. Siempre ocurre un poco así, pero aquí se nota mucho. Es como si la naturaleza avalara con la multiplicación incalculable de su opulencia el despliegue general de la vida del país. Las cordilleras inmensurables, los ríos desmesurados, las vegetaciones omnipotentes, han venido condicionando la experiencia múltiple de toda una sociedad, o al menos de algunos de los más notorios rasgos de su carácter. Parece evidente que conociendo la habitación se conoce mejor al habitante, de modo que uno de mis más persistentes empeños desde que llegué a Colombia fue el de adentrarme en su geografía física, dando por supuesto que ése sería el más aconsejable o el más propicio método de auscultación en su geografía humana. Pero me llevó su tiempo poder programar mis primeras descubiertas en este sentido. Tenía previsto bajar primero hasta Leticia, ya en la frontera brasileña del Amazonas, y asomarme luego al Pacífico por Buenaventura. Pero, antes de que eso ocurriera, tuve noticias de que una compañía de transporte fluvial, en trance de desaparición, iba a emprender por entonces la que iba a ser una de sus últimas travesías por el Magdalena, desde Puerto Berrío, por tierras de Antioquia, hasta Barranquilla, en la orilla atlántica. De modo que aproveché un puente indebidamente alargado para programar con Pepa ese viaje, que duró sus buenos tres días con sus noches de navegación y cuyas lecciones fui publicando por entregas en *El Espectador*, de Bogotá, exactamente en octubre de 1960. Y no me ha parecido desacertado volver a evocar aquí con algunas variantes esas lecciones, más que nada porque constituyen un ingrediente inseparable de mi particular experiencia de Colombia. También incluí buena parte de esa crónica en una selección de prosas varias que titulé *Copias del natural* (1999), aunque ahora he procurado aligerar un poco el texto, suprimiendo algunas bifurcaciones temáticas y renunciando a ciertas premiosas descripciones.

No nos embarcamos en Puerto Berrío sino en Barrancabermeja, algo más al norte, seguramente por conveniencias del desplazamiento desde Bogotá. Barrancabermeja, como su nombre indica, se vuelca sobre el Magdalena desde un promontorio de tierra pedregosa y tapizada de líquenes, con grietas rezumantes de humores rojizos como heridas. El Magdalena, que se engulle a otros quinientos ríos desde que nace hasta que muere, no andaba muy allá de agua con las últimas sequías. La navegación se hacía difícil por los parajes de poco calado y, algo más al sur de Barrancabermeja, por donde el Carare se

rinde al viejo Yuma de los indios, el vapor de la compañía tuvo que quedarse esperando a que el Magdalena se llenara un poco. Tres metros escasos de fondo son buenos para ahogarse, pero no para singlar por el río abajo. El remiso horario de la tierra empezaba ya a aliarse con mis propios cálculos. Aguardar la subida de las aguas en Barrancabermeja no era en absoluto una mala fórmula para darle tiempo al tiempo.

En el puerto fluvial, con sus verdinosos pantalanes y sus menguados andenes, se iniciaban los primeros trajines mañaneros. Entraban y salían barcazas y canoas, tableteando contra los morichales vecinos, como si cumplieran con una obligación indeseada. Hacía un calor endiablado y algo parecido a una gasa caliente se metía a rachas por la boca, taponando la respiración y pegando al paladar las pastosas podredumbres del aire. Bajo el resguardo de una empalizada, unos hombres se desayunaban con sancocho de pescado, medio tumbados en unos bancos de concreto pintados de verde. Olía a cuero curtiéndose y a miasmas vegetales. Hacia la parte del mercadillo unas mujeres transportaban en la cabeza grandes bultos de hojas de cambur. Andaban como con miedo de tropezar, lentas y sigilosas, el airoso pecho retemblando a compás de la marcha. Entre los envites polvorientos del sol, todo parecía aplastado contra la escombrera luminosa del barranco, como si el mismo paisaje, impelido a devaluar sus propios excesos, pretendiese también escatimar su belleza.

En la otra orilla de Barrancabermeja estaba la selva o, cuando menos, el lujoso muestrario de las abrumadoras vegetaciones del trópico. Yo miraba con un apocado sentimiento de irrealidad esa natural orgía de la flora, la hoguera forestal centelleando en un horizonte como a punto de calcinarse. Decidí sentarme en un repecho de la orilla, al filo de un parapeto de tablones medio podridos. No me resultaba fácil calcular la medida del tiempo, como si el acuciante llamamiento de la naturaleza me estuviese entorpeciendo la asimilación de una experiencia tan aparentemente simple. En la otra banda dormía lo que muy bien podía parecerse a la dimensión aventurera de la infancia, esos vientos enigmáticos que nunca soplaron en los arrabales de mi primera memoria. ¿Cómo no dejarse arrastrar por aquella seducción, a la vez tentadora y temible, entrar en su dominio ilusorio, tocar una sola hoja de su secreto? Empecé a sentir un subrepticio resabio de palurdo, mientras veía acercarse hasta donde yo estaba a un mozo bruno y cantarín, con un rejo de enlazar al hombro. Casi no me atreví a preguntarle lo que quería.

—Oiga, por favor, ¿sabe usted cómo podría ir a la selva?

El hombre apoyó el rejo en el suelo para mirarme más detenidamente, como si tardara en procesar la pregunta.

—¿A la selva?

—O sea, a la otra orilla.

—¿A la otra orilla?

—Sí.

—Quién sabe.

El hombre prosiguió su camino después de esa aclaración tan colombiana. A pocos pasos, desamarró una canoa varada entre los bejucos del terraplén. Antes de empujarla con el canalete, se volvió hacia mí, amparándose del sol con una mano del color del lodo.

—Doctor...

—Dígame.

—¿Usted como que va a Casabe, al campamento?

Ya me había acostumbrado a que no me entendieran del todo, así que para no complicar más las cosas, contesté que sí, que iba al campamento.

—Pues el transbordador sale cada hora, o sea, si sale.

—Muchas gracias.

—A la orden.

El transbordador era el de la compañía petrolera y, efectivamente, cada hora mal contada cubría los buenos quinientos metros que calza el Magdalena por estas demarcaciones. Me costó mi trabajo explicarle al patrón de la barcaza que no iba al campamento, que lo único que quería era dar un paseo por allí. También me miró con alguna desconfianza. Por lo visto, no era costumbre, pero al final accedió y pude atravesar el río. El transbordador izó la rampa metálica que tenía abatida sobre un pantalán del muelle igual que un puente levadizo. Desde la cubierta, cruzada de bancos de hierro y materialmente alfombrada de arenisca, el Magdalena parecía un lago,

envuelto en hilachas de bruma y vientos aceitosos. Por encima del caserío de Barrancabermeja humeaban las chimeneas de la refinería, con la inagotable llama de gas de sus setenta mil barriles diarios procedentes de los crudos de Casabe. Era mucho petróleo para que el aire estuviese limpio y para que no se adhiriera a la garganta un rancio regusto fabril.

Desde el embarcadero de la otra orilla un irregular sendero penetraba laboriosamente en la espesura. Los tinglados de la explotación se erguían al fondo del laberinto vegetal, pero aun así se respiraba un caliente hedor a combustible mezclado con la lubricidad de la flora. Dicen que por aquí mismo, en la planicie de Raspalenguas, brotó hace cosa de cuatro siglos el primer chorro de petróleo que retenía la tierra. Pero los concesionarios de las hoyas del Magdalena y el Catatumbo no se decidieron a sacarle jugo a esos depósitos naturales hasta hace poco más de cincuenta años. Logré encaramarme, no sin provocarle al conductor toda clase de recelos, a una camioneta que se detuvo un momento al filo de una charca. Al llegar a un recodo selvático, di las gracias y me bajé casi a trompicones. Me pareció que el conductor tenía ganas de alejarse lo más aprisa posible. Debió de creer que se las había estado jugando con un loco heredero de los que se tragó la jungla en *La vorágine.* Atrás quedaban las inmensas tuberías del petróleo, el oleoducto que conecta la concesión de Casabe con las de Puerto Berrío y Puerto Wilches y, más allá, con la de Mamonal, ya en la bahía de Cartagena, después de arrastrarse imitando al güío por unos 600 kilómetros.

Me veía de pronto confinado entre cuatro sofocantes paredes forestales. Tenía la vaga impresión de que el hecho de vivir mi primera experiencia cierta en el trópico nublaba todo lo demás, pero me fui desembarazando poco a poco de esos espejismos selváticos que me desfiguraban cualquier ecuánime percepción de la realidad. Rodeado de mil secretos indicios de voces, de arrastres, de crujidos, era como si hubiese ingresado en el trazado laberíntico de un bosque imposible. Por vez primera sentía una comunicación febril, una especie de contacto sexual con la naturaleza. No había ningún síntoma visible de vida y allí estaban precisamente las demasías primarias de la vida. Un calor pegajoso interceptaba el paso del tiempo por toda aquella redonda. Quizá empezara a tener conciencia de que todo ese mundo desconocido y acechante era como una quimera donde animales y vegetales conspiraban igualmente en descabalar las señas de la realidad: un chasquido en la sombra, una rama tronchada, un aleteo oculto. Casi llegué a olvidarme de la significación de los ruidos: creía oírlo todo sin llegar a oír más que una especie de saturación ululante de todos los sonidos del mundo. Empezaba a sentir como un vago

temor a no saber soltarme de esas fascinantes amarras.

Al repasar ahora estas sensaciones, me doy cuenta de que aquello no era todavía la selva en estado puro, es decir, la selva provista de todos los antiguos mitos de la virginidad. Por allí se sabía adónde ir. Tarde o temprano, al arribar a la cuenca del Cimitarra, aparecerían las torres de hierro de los campos de petróleo, las grandes máquinas devoradoras de tierra. Podía imaginarme el contraste ambiental del campamento, los chalés con aire acondicionado, la costumbre del bienestar usurpándole a la selva sus dominios sagrados, el sudor de los trabajadores almacenado en frasquitos para vender a los extranjeros. No obstante, y aun contando con esas cortapisas industriales, el invisible pájaro de la alucinación seguía revolando sobre la tierra majestuosa. Por una presumible asociación de ideas, pensé en las crónicas literarias de las selvas del Vaupés y del Amazonas, al tiempo que mi sensibilidad mediterránea se contraponía al concepto genuino de la jungla, ese mundo indestructible donde se destruye sin tregua el mundo. La selva se aniquila a sí misma porque a sí misma se procrea, y de esa cíclica tendencia a la nada surge la plena contribución al todo. Un gran lagarto de pintas verdiamarillas surcó como el rayo por las rugosidades de un tronco. Las voces de los pájaros, innumerables y atronadoras, se diluían en la crudeza de una luz con algo de estallido de una bengala. Había que salir de ese cerco vertiginoso. La respiración del río me devolvió otra vez el entrecortado ritmo de mi propia respiración.

Pasamos la noche en Barrancabermeja. A última hora, avisaron que el vapor de la compañía fluvial no iba a poder llegar a puerto hasta el día siguiente. El Magdalena sabe poner sus caudales al servicio de quien no tiene prisa o prefiere no tenerla. Barrancabermeja, de noche, parecía un villorrio castellano que acaba de estar en fiestas y duerme de un tirón su gustoso cansancio. Pasear a orillas del río, por los andenes de arenisca, bajo la caliente penumbra de los bulliciosos árboles, era un grato episodio que servía muy bien de contrapunto a la espera. Anduve sin rumbo por las callejas aledañas al muelle, sin apenas cruzarme con nadie. Todo estaba sigiloso y como amodorrado. Decidí entrar en una cantina a tomar una copa de aguardiente. La cantina se reducía a una habitación mal alumbrada, con un fogón de mampuesto donde se asaban arepas y un minúsculo mostrador de tablas cuarteadas. Dos hombres bebían cerveza, mudos y estáticos. No acababa de entender cómo permanecían arrebujados en sus ruanas mientras yo me sentía directamente ensopado. Una muchacha de pelo cobrizo y carnes relucientes trajinaba en el fogón. Tenía el ademán triste y una especie de prematuro

menoscabo en su enteco cuerpo de adolescente. Tuve la sospecha de que ni ella ni nadie de los que allí había me miraban con buenos ojos. El aguardiente quemaba en la garganta como un zarpazo. Afuera, sonó el estallido del tejo, que apagó por un instante el tenaz zumbido de los jejenes. Iba a pedir otra copa, pero opté por irme. Ya en la calle, oí decir:

—Otro gringo, qué vaina.

La noche estaba quieta y oscura, con un incierto fondo de sobresaltos. Se escuchaba un motor en el río, un sordo golpear de maderas, el grito de amor de la garza. Unos estibadores negros preparaban la carga, amontonándola en los enjutos andenes del muelle. Olía a esperma y a musgo. El hotel quedaba un poco más arriba, encaramado en un promontorio que se asomaba temerariamente al río desde una rotonda con balaustres de piedra, bancos de azulejos y arriates de flores mustias. Por dentro, era desapacible y destartalado como un cuartel, con el vestíbulo y el comedor pintados de rabiosos colores y decorados a partir de una especie de delirio imperial. Tenía la obstinada impresión de que me había metido en un lugar equivocado. Después de cenar, mientras tomábamos algo en el exiguo mostrador del bar del hotel, se nos arrimó sin previo aviso un sujeto corpulento y malencarado que resultó ser un vasco que traficaba en oro por el Yarumal, en la cuenca del río Cauca. El vasco era sin paliativos un imbécil. Aficionado al trago y al mujerío, sus tejemanejes no estaban nada claros. Según explicó de buenas a primeras, empezó por su cuenta y riesgo registrando los ríos de posible lecho aurífero y lavando él mismo el mineral en un molino arrendado. No tardó mucho en conseguir que las cosas empezaran a irle bien, malpagando a sus peones y biencomprando ganado sin marcar. Llevaba puestos unos infundados zamarros y hablaba como confidencialmente, salpicando el aire con la aspersión grosera de sus palabras y pretendiendo instruirnos en sus pericias y trapicheos.

—Han hecho ustedes pero que muy bien viniendo a embarcar a Barranca. Más arriba, por Puerto Berrío, es peligroso.

Yo sabía que algún imprevisto riesgo había, pero preferí hacerme el ignorante.

—¿Peligroso?

—No me diga que no lo sabe. A veces asaltan el barco y, si no encuentran mucho que robar entre los pasajeros, se llevan a las mujeres.

—La primera noticia —dijo Pepa.

—Después de gozarlas unos días, las sueltan.

—¿A quién?

—A las mujeres, a ver si me entiende. Cuando no se las cepillan a gusto, las liquidan.

Decidí dejar al vasco con la palabra en la boca, cosa que hice utilizando tal vez una rudeza que tampoco desentonaba de la suya. Mientras atravesaba los porches del patio, acaso pensara que aquel mentecato era todo un símbolo indecoroso de un cierto cupo de inmigrantes que vendieron de antemano su alma al mejor postor.

A poco de aquel encuentro enfadoso, saltó la tormenta. El trueno retumbó con una tremenda furia hasta el amanecer. La habitación parecía una caverna que multiplicara los ecos hasta el delirio. Pero el hotel no se vino abajo. Desde la ventana se veía el incendio del río, como si los relámpagos emergieran del fondo de las negras aguas, aplastándose contra las masas forestales. Me levanté cansado y como si hubiese salido de una pesadilla, con una sensación parecida a la del que se ha perdido en la selva. Desayuné zumo de curaba, huevos perico y guanas, que vienen a ser como una equivocación zoológica de la botánica, un híbrido de lagarto y habichuela. Por supuesto que no me olvidé de digerir todo eso con un buen trago de aguardiente.

Hacia mediodía zarpó al fin el vapor que cubría la línea con Barranquilla y que se presentó en Barrancabermeja con unas treinta y tantas horas de retraso. No fue mal recibido, sin embargo, sobre todo por la meritoria hazaña de haber superado con bien la prueba del calado. El llamado «expreso fluvial», propulsado por paletas, con cierta apariencia de viejo vapor del Mississippi, era una especie de casita rural de tres pisos. De entrada, no descubrí a ningún tahúr, sino a unos cuantos pasajeros directamente equiparables a un grupo de funcionarios en viaje de asueto. Nos reservaron un camarote en lo que podría ser el ático, con sus vistas a la selva o al llano, según, y con dos camas diminutas que parecían de pensión. El baño estaba tapado con una cortinilla de rameada cretona y, encima de la mesita de noche, había una modesta lámpara atornillada a la encimera y un ventilador de aspas herrumbrosas. En el vapor, que era mixto de carga y pasaje, iban hasta ocho viajeros; diez contando con Pepa y conmigo. Anoté en su momento la nómina del pasaje: un militar retirado que se enorgullecía de haber intervenido en el golpe de Estado

del general Rojas Pinilla; un matrimonio de edad descabalada, propietarios de una serrería; otro matrimonio joven con pinta de perseguidos por la justicia; un muchacho medio defectuoso con una madre en buen estado, y un portugués de nombre Maximino Branco, presunto traficante de esmeraldas.

Barrancabermeja iba quedándose atrás. Se veía emerger el caserío entre la rosada tierra, difusos ya los llanos de La Tora, por donde consumó Jiménez de Quesada la aventura demencial de El Dorado. Los humos del petróleo seguían manchando el tupido diseño de la vegetación. El vapor se deslizaba con una pertinente lentitud por las fangosas aguas, entre cuyos opacos remolinos resbala hacia el mar el limo y el humus de media Colombia. Parece ser que la sistemática canalización de esta inmensa cuenca fluvial otorgaría una nueva potencia a lo que ha sido, en cierto modo, una efectiva palanca del progreso del país. Leí no hace mucho que un viejo capitán del Magdalena —don Carmelo Díaz, por más señas— se pasó la vida soñando con un lógico plan de transformación y aprovechamiento del río, estudiando sus magníficas posibilidades como eje del desarrollo fabril y agropecuario de Colombia. Pero las ideas del fervoroso capitán cayeron en saco roto. Basta navegar un poco por el Magdalena para medio entender que en sus fecundas orillas está derrochándose toda una incalculable prosperidad.

Casi sin ser notada, se veía venir la noche aguas arriba, transmitiendo al turbulento tapiz de la selva una aromática y morosa delicia. No sé por qué gratuitas imaginaciones, pensé que el barco navegaba cuesta abajo y que, a la vuelta de cualquier recodo, el agua tendría que saltar forzosamente, buscando el nivel del mar. Desde que el Magdalena nace, allá por la alta laguna andina de su nombre, hasta que llega a Barrancabermeja, la cota de elevación viene a descender más de tres mil quinientos metros. Pero todavía queda bastante bajada hasta arribar al mar caribe en Bocas de Ceniza. La verdad es que aún no había podido acostumbrarme a los ríos verticales. Sentado en la proa, bajo un toldo de mugrienta lona, miraba hacia el rumbo del barco, que llevaba por delante, empujándolos, dos inmensos lanchones con la carga: sacos de tabaco y de café, costales de maíz, bultos de caña y de yuca, bidones y jaulas. Unos negros afianzaban los fardos entre las planchas y las bitas, los torsos de azabache desnudos y como fosforescentes, lentos y tristes. Las ruedas del barco chapoteaban en lo oscuro como el caimán, mientras volvía a escucharse el sobrecogedor barajuste de la selva y empezaban a titilar a estribor las luces de Puerto Wilches.

Puerto Wilches, además de la advenediza uve doble del topónimo, dejaba

entrever una especie de furtivo aire morisco, como de indolente caserío norteafricano. Quizá sin demasiada justificación, me recordaba la franja mediterránea de Marruecos, con su cal y su fango, sus pajonales y sus híbridos aromas a especias y queroseno. La población, de lejos, aparecía arropada en el grisáceo crespón de la luna, que flotaba en la quietud fluvial descomponiendo las perspectivas y adensando las sombras. El barco se las vio y se las deseó para arrimarse a la orilla. Al parecer, no había mucho calado sobre los aluviones del fondo y el atracadero parecía necesitar más altura sobre los rastros de las crecientes. Mientras encapillaban las maromas a las bitas, en Puerto Wilches no se veía un alma entre los almacenes que quedaban a ras de la cubierta. Se respiraba un olor acedo a pasto húmedo y fibra quemada. Cuando el barco logró afianzarse en la tablazón del muelle, saltaron a bordo unos braceros y empezaron a trajinar en los batalones de la carga. Andaban descalzos entre los bultos ya estibados, con una sudorosa tira de algodón anudada a la cabeza, las manos enfundadas en unos descomunales guantes de cuero. Alguien cantaba un vallenato a media voz, haciendo oscilar las piernas brunas con un perezoso y apagado compás. Puerto Wilches enlaza por ferrocarril con Bucaramanga, pero no resultaba fácil imaginarse desde allí el tren atronando las hondas comarcas forestales, acercando hasta la gigantesca espalda del Magdalena el café de Rionegro, el fique de Chicamocha, el tabaco de Piedecuesta. Detrás de la mansedumbre del paisaje se adivinaban los montes santandereanos, empinándose desde sus respetables cuatro mil metros sobre las despobladas hoyas fluviales.

Cuidando de no resbalar por la húmeda rampa, decidí saltar a tierra. Y creo que fue entonces, mientras caminaba entre grandes pilas de costales, cuando empecé a medio asimilar los complejos componentes sensitivos del trópico. Pensé que todas las geografías que hasta entonces había conocido no pasaron de ser unas réplicas pueriles de los mapas escolares. Pero el Magdalena, en toda su realidad visible aunque en modo alguno abarcable, era otra cosa. Me obsequiaba, por lo pronto, con la lección de una nueva sensibilidad ante la naturaleza. Era como si tuviese la repentina impresión de estar descubriendo un recóndito estadio primordial del mundo. Algo así de literario. Sospecho, no obstante, que aún no estaba muy claro nada de eso, si es que alguna vez podía llegar a estarlo. No sabría concretar en qué consistía ese rudimentario atisbo de plenitud ante un espacio físico que jamás había visto antes, pero que me parecía tan reconocible. Tampoco descarto la suposición de que fue allí mismo, en la soledad sonora de Puerto Wilches, donde me apropié inopinadamente de una noción probable del trópico.

Las aguas del Magdalena lamían con lenta voracidad las cenagosas orillas, desguazándolas y arrastrando con los desprendimientos una buena porción de la geografía y la historia de Colombia. En los tórridos andenes del muelle sólo se escuchaba el arrastre de los fardos, alguna voz trabada y como absorbida por el embudo vegetal, un metálico estruendo de aparejos. Por detrás mugía la embalsada negrura de la noche, un compendio extraño de lujuria y peligro, de miedo y hermosura. No eran ni las nueve y parecía que Puerto Wilches llevaba ya varias horas dormido. Las casas estaban cerradas a cal y canto y se percibía como la emanación del sueño evacuándose por las ventanas apagadas. Siguiendo la irregular orilla del río, se salía a una placita adornada de frondosos parterres y una farola de fundición por esquina. En el medio, entre unos bancos de piedra con los nombres de sus donantes pintados en el espaldar, se erguía un busto de bronce mohoso. El busto representaba a un caballero de noble porte y florida barba, con chamarra y cuello de pajarita. Por más que busqué, no apareció ninguna inscripción que identificara al caballero. Al fondo de la placita se asomaba el letargo venenoso del bosque: un canto circular de ranas, un movimiento de azogue de reptiles, un aleteo sórdido de gallinazos. Brillaba entre los árboles una intermitente llamita con algo de mirada de búho. La llamita parecía estar adherida a la sombra, haciendo más opacos sus contornos, sin que pudiera precisarse la distancia. Una vez más, se me obstruían en la memoria las referencias comunes de la realidad. Quizá evocase el influjo legendario del «yopo», ese misterioso polvillo vegetal que hace delirar a quien lo respira. En el trópico siempre es plausible darle un buen margen de crédito a la fantasía. Viajar viendo sólo lo que a simple vista se ve, es ir a contrapelo de las más remunerativas eventualidades.

Al otro lado de la plaza había una puerta de la que salía un tenue resplandor. Apoyado en el muro de calamocha, junto a las jambas decrépitas, un hombre joven, con un cesto de mapires bajo el brazo, hacía esfuerzos por mantener el equilibrio. Un poco más allá, medio desdibujadas por la penumbra, dos indias miraban silenciosamente al muchacho del cesto. Me acerqué como disimulando. Esas tres únicas figuras de la noche representaban un drama ignorado, eran los personajes simbólicos del escenario vital del Magdalena, cada uno formando parte del otro y, no obstante, desconectados entre sí, sin más dependencia que la que intercambiaba la soledad. Contemplé de pasada a las mujeres. La más alta ya no era joven, se le combaba la preñez bajo la abultada suciedad de la saya; la otra era casi una niña, de tez muy morena, con una enorme trenza colgándole hasta la cadera. Los tres personajes permanecían quietos, en una inmovilidad desazonante. De pronto,

un mugido de la sirena del barco rompió aquella humilde alegoría de la noche. A pesar de que me apresuré todo lo que pude, tuve que saltar temerariamente al batalón de la carga para no quedarme en tierra. Ya habían izado la rampa y un estibador, «apúrese no más», me dio la mano para poder subir a bordo.

El vapor desatracó trabajosamente del muelle, valiéndose de la ciaboga para salvar los bajíos. Una luna creciente, de halo bermejo, rebrillaba sobre la superficie mercurial del agua. A lo lejos, se dibujaba como una lechosa aglomeración de penumbras que iba deshaciendo el barco a medida que la atravesaba. Un poco más abajo de Puerto Wilches, por la orilla de babor, llegaba en busca del Magdalena el caño Cimitarra, con los flotantes tornasoles del petróleo de la concesión de Cantagallo. Cantagallo era como una isla en medio del laberinto de ramales del río. Por el horizonte que ahora enfilaba el barco, irrumpió de pronto un gigantesco, fantasmal incendio que parecía devorar toda la magnitud del paisaje. Tardé algún tiempo en relacionar aquel inaudito espectáculo con los tinglados de la refinería. La impresionante fogata de los gases coronando las torres proporcionaba un fabuloso decorado a la noche. En la cubierta alta, un marinero guindaba los toldos de proa, que tremolaban con el acre vientecillo del norte. Sonó de pronto, casi al filo de la borda, un chapoteo extraño, como de lentas arremetidas contra el casco. Desde la plataforma de popa, el fulgor de la caldera iluminaba las embestidas del agua contra la amura. Me asomé y vi un bulto incierto removiéndose entre las olas que desplazaba la quilla. Era una forma alargada y oscura que parecía guarecerse en el costado del barco, apareciendo y desapareciendo.

—¡Un caimán! —exclamé.

El marinero ni siquiera me miró. Siguió trincando las cabuyas del toldo a las perchas de la barandilla. Un fogonero con pinta de personaje de cuento de fogoneros asomó su cara mugrienta por la boca del sollado y se acercó a la borda con una distraída indolencia. Parecía que había estado esperando la ocasión para sacarme de dudas.

—Siempre será un larguero —dijo—. En el Magdalena, por aquí abajo, ya no queda del caimán ni el puro cuero.

—Pues me habían dicho que alguno se veía.

—Eso sí no... Iguanas, las que a usted le provoquen, pero del caimán ni el rumbo. Dizque los acabaron los comerciantes.

Me acordé de los caimanes que había visto en las tiendas para turistas de Bogotá, los mal curtidos cueros de los ejemplares de buen porte y los disecados cuerpecillos de las crías. Algunos, los más pequeños, aparecían vestidos de máscara, sentados en la cola, con sombrerito y jícara al hombro; las cabezas las empleaban para broches de carrieles, para adornos de abrecartas y colgantes. El minucioso mal gusto de ese manejo comercial del caimán sólo es equiparable a la alevosía de su paulatina extinción en el Magdalena. Me fui al camarote y enchufé el ventilador, haciendo retemblar el mamparo medianero. Arreciaba el calor con nuevos acopios de humedad y zumbaban contra la persiana los jejenes y zancudos, mientras me adormecía oyendo el flujo compacto de las aguas, la indolencia bochornosa de la noche. Parecía que el barco no avanzaba, que había perdido el rumbo a partir de las últimas tinieblas embalsadas a todo lo largo del río. También yo me perdí en un sueño incoherente. Ya quería amanecer cuando llamaron a la puerta. La navegación se había hecho algo más rápida, entre el crujir del maderamen y el golpear de las ruedas de paletas. Nos despertamos más bien sobresaltados.

—¿Quién es?

—El jugo, doctor.

—¿Cómo dice?

—El jugo.

Abrí la puerta y apareció una mulata de servicial sonrisa y presurosas carnes. Dejó en la mesita dos vasos de zumo de guayaba. Pensé que nada podía ser más intempestivo que un zumo de guayaba a las siete y media, sobre todo porque nadie lo había pedido. Pero tampoco había que ir contra lo que probablemente formaba parte de las normas de a bordo, así que nos desayunamos con el jugo y aproveché la madrugadora medicina para despabilarme un poco. Salí a la cubierta con los primeros despuntes de la mañana. Por detrás del pulido nácar del aire se oía la llamada de amor del piapoco, el arrastre de la iguana, la nauseabunda cacería del zamuro o del zopilote o del aura tiñosa, aquí llamado gallinazo. A la altura de Simití, el Magdalena se escindía en tres ramales. El barco viró a estribor y enfiló el de la derecha, que es el que conduce hasta Gamarra y La Gloria, navegando apenas a diez metros de la orilla, casi sintiendo el roce de la obra viva contra las paredes del cauce. Todo parecía indicar que íbamos a meternos de un momento a otro por mitad de la arboleda, resbalando por encima de la fosforescente costra del agua. Pero no pasó nada especial y proseguimos hacia

Gamarra, ya en la linde comarcal de Bolívar. Un poco más abajo, el río recuperó los dos brazos que perdió por Simití, ensanchándose como un mar. El declive del cauce, por donde se desplomaban raíces y se abrían bocas de cieno, aparecía reforzado con un entramado de guaduas para que la corriente no acabara de morder el fangal y se desbordara el río por todo aquel territorio. Unas muchachas se bañaban medio desnudas en la orilla cenagosa, echándose agua en la cabeza con unas totumas, sin miedo a las mordeduras del bocachico y la muelada, que son comidos por aquí tanto como ellos comen.

El barco atracó en La Gloria el tiempo justo para que subiera a bordo un señor de acusado aire germánico seguido de dos ganapanes portando bultos y maletas. Yo tenía entendido que los pocos camarotes del vapor estaban ocupados por los contados pasajeros que ya habíamos embarcado en Puerto Berrío o Barrancabermeja. ¿A qué se debía entonces aquella repentina escala en un perdido puertecito fluvial para recoger a tan insólito personaje? La verdad es que no dejó de parecerme incomprensible su aparición, sobre todo porque no volví a verlo en todo el viaje, ni en cubierta ni en ninguna otra zona del barco. Ignoro si permaneció oculto desde entonces en algún escondite de mi memoria, o realmente no salió del tabuco que le habría asignado el capitán durante toda la travesía. En cualquier caso, no consideré excesivo suponer que ese episodio tan aparentemente anodino tenía algo que ver con algún tráfico secreto, más relacionado desde luego con mis fantasías previas que con las irrealidades propias de toda navegación por los ríos fabulosos del trópico.

Una vez a bordo el enigmático pasajero, el vapor se abrió laboriosamente de La Gloria y enfiló el rumbo de Talameque, coincidiendo con la caída apresurada de la noche y el cambio del viento, que roló de improviso y empezó a soplar por el costado de estribor. Desde el angosto repecho de madera, unos pescadores se entretenían tirando al agua a unos niños negros, que protestaban sin demasiada convicción. Nadaban alborozadamente por las inmediaciones de la orilla, impúdicos y vociferantes, manoteando en el agua pringosa. Apenas hubo transición en el balanceo de la luz: el crepúsculo duró lo que tardó un pájaro en cruzarse con el barco. La decoración del paisaje cambió de improviso, justo donde la ciénaga de Zapatoza, que no sólo se parece por el topónimo a la cubana de Zapata, junta su caudal al del río. Iban menudeando extensas zonas de vegetación calcinada y el Magdalena aumentaba sus fletes de matorrales hediondos, de troncos flotantes, de podridos cueros y bejucos. Parecían los restos de un derrumbe de la montaña y se tenía la impresión de que, río arriba, por los despeñaderos andinos, debía de haberse producido algún caótico descalabro de la geografía. Aún no había

asomado la luna y el barco se deslizaba como a tientas por la boca de lobo de la noche. Sobrecogía mirar por la proa hacia las negras lontananzas del río, sin ninguna referencia con las orillas y el timón como dejado a su arbitrio, sólo gobernado por no se sabía qué misteriosos rumberos de la ciénaga. De cuando en cuando, se vislumbraba la tenue llamita de queroseno de un bohío, dotando al paisaje de una momentánea melancolía. Me acerqué al capitán, un gigantón ya metido en años, cuya pinta remitía al gremio venerable de los lobos de mar. Tenía efectivamente un acusado parecido con el arquetipo imaginario de un personaje de Conrad o Jack London.

—¿Y cómo se navega sin luz? ¿No podemos irnos de pronto contra la orilla?

El capitán nos miró con una desganada condescendencia.

—Podemos, pero este pajarraco se sabe el río de memoria.

Todavía duró un par de horas la tiniebla. Una luna inmensa y como incendiada por dentro surgió de repente en un meandro del río y alumbró la abrumadora soledad del paisaje, ya a la altura de El Banco. Por la banda de estribor cruzó una barcaza de tres cubiertas rebosante de ganado. Mugían las reses desde sus flotantes corrales, contagiando de bucólico estupor los confines del río. En El Banco confluyen casi todas las pesquerías del Cauca y la mayor parte del comercio ganadero de la región. Cuando el vapor atracó, parecía que el puerto se estaba empezando a dormir. Unos indios subieron a bordo, vendiendo frutas y calabazos, canastas y cocos. Compré una cajita de arequipe, sabrosa golosina con gusto a la pasta árabe del alajú, que es una receta de harén a base de miel cocida, almendras y matalahúva. «Sírvase su mercé», ofreció el indio con ese delicado arcaísmo que aún perdura en la mayoría de las bien habladas tierras de Colombia.

Salté al muelle y subí una pina cuesta que llevaba hasta la iglesia. El Banco parecía un pueblecito bajoandaluz, con sus enrejadas ventanas y sus floridos arriates callejeros. A la puerta de un almacén, donde se amontonaban unas espuertas de yuca, un hombre molía maíz sobre una piedra. Unas niñas jugaban en el rellano de la placita de chamizos, persiguiéndose con regular entusiasmo. De regreso al muelle, entré en una cantina a cuya puerta tomaban cerveza dos campesinos. En la pared lucía un primoroso rótulo con el nombre del negocio: se llamaba nada menos que Las Aguas del Leteo, que ya es culta ocurrencia. En cualquier caso, el bautismo me devolvió a mi río nativo, el Guadalete —el «río del olvido» de los árabes—, cuya alegoría coincide con el

clima humano de estas trochas, que parecían vivir un poco a espaldas del progreso, desentendidas de lo que ocurre más allá de sus lindes territoriales. Ya iba por mi segundo aguardiente, oyendo lo que allí se decía o se dejaba de decir, cuando atronó el aire calmo la inoportuna sirena del barco. Esta vez llegamos antes de que hubieran izado el portalón.

El vapor deja a estribor el brazo de Mompós y se aventura por el de La Loba. A veces, el voluble almacén de los aluviones deforma el seno fluvial y hace casi imposible la navegación. Pero los viejos capitanes del río parecen intuir esas trampas subacuáticas y las sortean sin mayores titubeos. Otras veces, alguna inesperada crecida, motivada por los diluvios selváticos y las grandes mareas, provoca el temible desbordamiento del Magdalena, que cambia sus benéficos regalos a la agricultura por las marcas irremediables de la destrucción. La campiña, desde la borda, parecía un espacio sin fondo, una comarca impenetrable por donde pululaba una y otra vez la fascinación de los miedos gratuitos. El vapor se arrimó a la orilla para pasar la noche al abrigo de las defensas naturales de Pinillos. Del entramado del varadero colgaban unos enormes filamentos de limo. Cuando las paletas interrumpieron su chapoteo, se desplomó desde no se sabía dónde una perpleja cortina de soledad que duró hasta el amanecer, cuando ya el barco se dispuso a proseguir su rumbo. Por la ventanilla del camarote se veía la brumosa concavidad de la ciénaga. Una garza encelada llamaba al garzón desde un islote de maleza. El islote bogaba como un muñón vegetal en el olvidado mapa del río, un desgarrón de la jungla corriendo hacia su marítima perdición. De pronto, el barco dio un respingo y se quedó varado en mitad del río. Las paletas de las ruedas arremetían en vano contra el agua marrón, como entorpecidas por la espesura del cieno.

—Un bajío, carajo.

—¿No hay fondo?

—Pues casi cuatro metros. Se habrá formado una tranca de aluvión. Al río como que se le hincha la tierra por dentro.

Me imaginé el fondo del Magdalena como una piel estallante de pompas sólidas, con monstruosas y repentinas protuberancias. El vapor intentó virar en vano hacia la orilla de babor. Se oía el encontronazo de la quilla contra la arenisca del lecho, sin que el barco consiguiera zafarse. Gemía la tablazón de la cubierta y el hierro de los batalones y resonaban las paletas como si estuviesen batiendo una pasta. El capitán probó suerte otra vez haciendo rotar el barco a sotavento y, no sin alguna temeraria escora, pudo seguir finalmente el rumbo que le marcaba el calado. A lo lejos empezaban a menudear otra vez las marañas de juncos que iban despedazándose con la corriente. El vapor enfiló como pudo los pasadizos que quedaban entre los yerbazales y las orillas desplomadas, internándose como por un hondón abierto entre los presuntos tabiques del cauce. Con un poco menos de fondo, la cubierta media del barco no rebasaría el nivel de la tierra. A babor se iban vertiendo en el Magdalena los caños y torrentes que vienen de las tierras de Sucre y Majagual y, a estribor, al fondo, se perfila la sierra de los Motilones, ya en la linde de Venezuela, por donde la civilización no pudo hacer demasiados prosélitos entre las primitivas tribus de indios.

Al cruzar el desagüe del río San Jorge, el Magdalena se aquietó como un cristal aplastado contra el fango. Una agobiante calina anunciaba la tormenta. No había nubes en el cielo ni paisajes en la tierra: era la continuidad de lo igual con lo igual. Apenas se notaba el arrastre contrario de la corriente, todo estaba atascado en los sumideros del tiempo. Algunos despojos de árboles permanecían estacionados en medio del río, como sorprendidos por el letargo del aire. Una bruma rastrera se adensaba por las orillas y el metálico espejo del Magdalena apareció salpicado de manchas grasientas y hojarascas. Sobre un tronco flotante bogaba con tétrica lentitud un zamuro, picoteando una imposible carroña. Ya bien entrada la mañana arribó el vapor a Magangué, que hace las veces de balcón fluvial de las sabanas de Bolívar. De Magangué sale cada año con rumbo a Barranquilla un espectacular surtido de arroz y panela, de tabaco y cacao, de algodón y yuca, de reses y cueros de reses. Los bosques aledaños también producen en buenas dosis el bálsamo del Tolú, el marfil vegetal de la semilla de la tagua, la raíz medicinal de la ipecacuana, las nobles maderas del caobo y el palo brasil. Anduve buscando al capitán, que dormitaba tras unos costales de la toldilla, repantigado en un chinchorro de lona, abanicándose con la gorra.

—Perdone, ¿cuánto tiempo nos demoramos aquí?

El capitán apenas entreabrió los ojos.

—Pues quién sabe, doctor. Como una hora.

Me pareció suficiente y saltamos al muelle antes incluso de que hubiesen trincado las maromas. Magangué se empinaba sobre un extenso terraplén del río, con sus primeras casas alineadas casi a ras del cauce. Una calle empedrada trepaba hacia la izquierda, entre almacenes y edificios de ladrillos. Olía a fritanga y a moho. Al final de una costanilla, por donde se levantaban los tenderetes del mercado, quedaba el centro del pueblo. Las calles eran pinas y angostas y abundaban las tiendas de comerciantes de ropas y cachivaches diversos. El comercio de Magangué está en manos de palestinos y libaneses, que aquí llaman indistintamente turcos. Los tipos que se veían por allí tenían todos facha de lo que eran, ya aclimatados quizá con los cruces de sangre de los calentanos. Me preguntaba que por qué raras averías de la brújula llegarían a estos parajes esas gentes del fondo del Mediterráneo, cambiando las aguas del Jordán por las del Magdalena y convirtiéndose con el tiempo en genuinos mercaderes colombianos. En los anuncios de las tiendas aparecían unos desconcertantes nombres árabes. Como yo no estaba al tanto de lo que ocurría, pensé al principio que padecía de algún trastorno imaginativo o que andaba metido en un sueño que tenía el norte equivocado.

A la entrada del mercado se levantaba el barracón de un almacén de pieles. Por detrás asomaba un entramado de cañas donde se secaban unos cueros, seguramente prohibidos, de tigrillo, de caimán, de güío. Trasminaba por toda la redonda el hedor acedo de los curtientes. Los gallinazos volaban a poca altura, con sus alas medio desplumadas, la rojiza cabeza como convertida en otro despojo. Se posaban a las puertas de las casas, picoteando y registrando el terreno. Una muchacha trigueña y contoneante los espantó al pasar, sin mirarlos siquiera. Parecían gallinas con mañas de destripadoras. Las casas estaban pintadas de verde, de amarillo, de añil. En una esquina despuntaba un edificio de tres plantas con arcos de herradura y columnillas en el porche, coronado de un minarete de cemento, con un presumible aire de alcaldía de renegados. Un poco más arriba, las callejas se asomaban a un paraje de humedales, de campiñas inundadas: el cinturón de arroz que usa Magangué en su mesa de cada día. Aquí, el que no come arroz es porque no es de aquí.

Empezó a llover de repente, un aguacero estrepitoso que nos obligó a guarecernos por allí cerca. Era un aguaducho de nombre enigmático, La Cabuya del Aire, donde me bebí un vaso de una versión local del guarapo que todavía me está abrasando por dentro. Una negra dormitaba en una perezosa,

sin hacer caso del trajín ni de los zancudos. A su lado había un poyete con bateas y un fogón de piedra. Por detrás del mostrador una puertecilla comunicaba con un corral donde un caballejo con enjalma observaba desganadamente a la clientela. Hacía un calor del infierno y olía a carne quemada. En una mesa del fondo unos hombres comían arroz con plátanos y unos huevecillos que no acerté a reconocer; parecían cacahuetes, pero no lo eran. Le pregunté al dueño, un hombrón medio indio de buenas palabras y con ganas de colocar su mercancía.

—Huevos de iguana. ¿Le provocan?

—¿De iguana?

—Ahorita mismo los sacaron, chequeando el río no más. Lucen sabrosos.

Los huevos de iguana se sacan de dentro de la iguana, sin esperar a que los ponga. Le abren la barriga y luego se la cosen como si tal cosa, para que siga ovando. En estos trances comestibles, yo todavía no había pasado de la sopa de tortuga o de las hormigas gordales fritas, que vienen a ser como una versión zoológica del maní. Pero el dueño de la cantina estaba empeñado en obsequiarme con esos impredecibles huevos. La verdad es que no me apetecían, pero había que probarlos. Noté un vago regusto a higadillos de ánade, pero a lo que más sabían era a una mezcla de conejo y camarón. Estuve a punto de explicarle al dueño que, por mis tierras, a falta de ese tipo de saurios, también se almuerzan el lagarto a la brasa o la serpiente en pepitoria. Cuando salimos convenientemente reconfortados de La Cabuya del Aire me asomé a una espaciosa cacharrería. Del fondo salió una voz poderosa y cantarina:

—Prosígase p'adentro, doctor.

Me proseguí. En las estanterías de la tienda se exhibía un profuso muestrario de carrieles de cuero y bolsas de fibra, de vasijas de barro y canastos de caña, de herramientas y aperos. Me compré una peinilla de primorosa labra —un alfanje turco de segar—, con su vaina pirografiada, y una piel de güío que, en vida, debió de ser la vera efigie del pánico. De regreso al muelle, en mitad de la cuesta de terrizo, un viejo desarrapado y de entrecana pelambre recitaba sentado en la acera una especie de misteriosa letanía, subiendo y bajando la cabeza, como si escribiera sobre el polvo. Parecía un santón árabe y su figura de agorero no desentonaba del ambiente de Magangué. Nadie le hacía caso: tal vez lo habitual de su actitud le había

quitado interés al asunto. Me acerqué y el anciano interrumpió sus preces. Sacó de una bolsa un fajo de estampas y comenzó a barajarlas como si fueran naipes. No entendí muy bien qué decía, pero le compré una hojita con la imagen de san Judas Tadeo, buen mediador para «rezar» las mordeduras venenosas y que había que «cargar del lado del corazón para que no se embejuque el cariño». El envés de la estampa tenía impreso un romance que ya había escuchado en Bogotá como propio del Chocó, el «alabao del juicio final», una curiosa suerte de melopea con manifiesta resonancia a pliego de cordel castellano.

También me acuerdo ahora de algo, no sé si curioso, acerca de Magangué. Yo había leído hacía algún tiempo, en la revista Mito*, El coronel no tiene quien le escriba*, la novela de García Márquez cronológicamente posterior a *La hojarasca*. Volví a leerla justo días antes de aquella travesía fluvial, cuando se publicó por primera vez en libro en Medellín. Y ocurrió que mientras callejeaba por Magangué tuve la concluyente certeza de que aquél era exactamente el pueblo donde el viejo coronel malvivía entre la dignidad, el hambre y la inútil paciencia. Las imágenes portuarias, el «laberinto de almacenes y barracas con mercancías de colores», la presencia sensible del río, la lluvia incansable, los interiores silentes de las casas, remitían sin duda al lugar en que aquel anciano combatiente revolucionario esperaba la carta que nunca llegó. No sé si hablé de eso con García Márquez, pero el hecho de haber creído descubrir el pueblo innominado donde se desarrolla la acción de la novela, me pareció por lo menos llamativo. Incluso tuve la impresión de haberme cruzado con el fantasma del coronel durante alguno de sus desconsolados paseos hasta el muelle para vigilar la llegada de la lancha del correo.

Cuando desatracó el vapor de Magangué, ya había escampado y volvía a arreciar el calor y los húmedos bochornos litorales. El Magdalena, más ancho que nunca, corría mansamente entre los potreros. Se veían pastar las reses en las dehesas ribereñas y, por detrás de las fumarolas de la concesión petrolera de El Difícil, se dibujaba la Sierra Nevada de Santa Marta, con sus picos de Cristóbal Colón y de Simón Bolívar dominando media Colombia desde sus casi seis mil metros. Poco a poco, el río va convirtiéndose en otra intrincada red de islotes, canales y simulaciones lacustres. Entre Córdoba y Plato, se hacía difícil averiguar si esos contornos isleños eran otras tantas bocas de ríos. Parecía que el barco tampoco iba a acertar entonces con el rumbo de Barranquilla, perdido en aquel dédalo fluvial. A una y otra orilla se escalonaban los bohíos de los indios, con sus pequeños platanales y sus

chozas de brezo. Cuando se arribó a Calamar ya era noche cerrada.

De Calamar arranca el canal del Dique, que acaba vertiendo sus aguas en la bahía de Cartagena, frente a los farallones de la isla de Tierra Bomba. El vapor se detuvo en Calamar el tiempo justo para aliviarse de algunos fardos de grano. La noche estaba oscura y los braceros descargaban los bultos casi a tientas. Relucía la boca del canal como una pulida tabla de caoba, titilando entre las balizas de orientación y los tanques del acueducto. En el declive del cauce un hombre parecía esperar sin ninguna convicción, con la caña entre las piernas desnudas, a que picaran la mojarra y el bagre. Se mecían los bongos en la orilla, topándose como caimanes adormilados. La navegación se fue haciendo cada vez más lenta: el barco se demoraba adrede para no llegar a Barranquilla hasta que hubiese amanecido, que era lo más sensato. Apenas se distinguían los contornos, pero se oía cruzar a menos distancia de la aconsejable el «expreso fluvial» que remontaba las aguas hasta Puerto Berrío. Los dos barcos se saludaron con atronadores toques de sirena, despertando a las reses del valle, a los turpiales y las garzas del bejucal, a los reptiles y los roedores de la ciénaga. Desde el camarote se presentía el lento paso del mapa, la desintegración de la realidad por los socavones del sueño. Cuando me desperté, ya iniciaba el barco la faena de atraque en Barranquilla, en un espigón de babor. Barranquilla no quiso quedarse en muelle terminal del Magdalena y canalizó las Bocas de Ceniza para ser también puerto marítimo. Ahí estaba ya la poderosa emoción oceánica, aunque todavía no se percibiera más que por el aliento. El amanecer tenía una extraña calidad de acuario y la mirada soportaba mal la ferretería desapacible de las grúas y los puntales, el desorden ceniciento de los tinglados portuarios. Al fin me disponía a ingresar en la órbita costera de Colombia, al este y al oeste de Barranquilla, entre la frontera panameña y Santa Marta, ese otro territorio caribe donde también se engranaban fastuosamente la historia y la geografía.

Barranquilla, capital del departamento del Atlántico, es una ciudad que, no sé por qué estorbos de la evocación, se me aparece al cabo del tiempo como envuelta en una opacidad que, sin embargo, no deja de conservar alguna suerte de luminoso encanto retrospectivo. Apenas recuerdo su planificación urbana, pero sí unas calles espaciosas, de modernos edificios, pertenecientes con toda probabilidad al sector próximo al río por el que se expandía la ciudad. Calles limpias, primorosamente arboladas, con un fondo de humos fluviales, trazadas a cordel, todas confluyendo en mi imaginación en la plaza de la catedral. He perdido la cuenta de aquellas horas en Barranquilla, tal vez me asomara a los astilleros casi por una cuestión de incentivos sentimentales,

tal vez me tentó primero la idea de encontrarme con el novelista Álvaro Cepeda Samudio o el pintor Alejandro Obregón, amigos entre sí y a quienes había conocido en Bogotá por separado a través de Jorge Gaitán o Gabriel García Márquez. Cepeda Samudio, cuya pinta sugería la de un pícaro magrebí, acababa de publicar una novela, *La casa grande*, que a mí me había causado una excelente impresión y sobre la que escribí en alguna revista bogotana. Era un aguafuerte implacable sobre la violencia en Colombia, elaborado con una prosa sabia y eficiente, entre el feísmo naturalista y las sustituciones poéticas de la realidad, cuyos abundantes diálogos tenían algo de Onetti pasado por García Lorca. *La casa grande* se integra a no dudarlo en esa gran estirpe narrativa colombiana que arranca de Jorge Isaacs y José Eustasio Rivera, se aquilata con Eduardo Zalamea Borda y se consolida finalmente con Gómez Valderrama, Jorge Zalamea, García Márquez, Álvaro Mutis, Álvaro Caicedo, Rojas Herazo. Y con los más jóvenes que no alcancé a conocer pero sí a leer: Marta Restrepo, Darío Jaramillo, Fernando Vallejo...

A Alejandro Obregón creo que no volví a verlo hasta tiempo después, ya en Bogotá, pero sí me encontré entonces con Álvaro Cepeda en un bar del puerto, donde bebimos ron y fumamos yerbas salutíferas, mientras él me argumentaba sobre la conveniencia de vivir frente al mar Caribe para conseguir el único estilo literario aceptable, es decir, aquel en que la belleza y la funcionalidad se alían sin que se note. A propósito de yerbas, me contó Cepeda que hacía poco había estado por allí el poeta Fernando Arbeláez, compañero mío en la facultad, quien acudió con él a un sarao organizado a partir de falsos venenos y deliberados estigmas de la moda. Arbeláez, que era persona algo circunspecta y de hábitos morigerados, se las prometía felices en aquel ambiente de segura aproximación al relajo tropical. Alguien le ofreció un canuto mal liado avisándole que estaba hecho con una mezcla mirífica de mariguana y estambres de amapola, cuando en realidad se trataba de un simple cigarrillo de tabaco rubio colombiano con un fingido aspecto de porro. Arbeláez procedió a dar una primera discreta calada, de la que no pareció suficientemente satisfecho, por lo que prosiguió fumando con el ademán del ansioso inquilino del paraíso. Y ahí se manifestaron unos efectos psicológicos que el propio Cepeda no había considerado inverosímiles y que más parecían el resultado de una operación de «burundanga», que es como llaman por allí al suministro engañoso de narcóticos con fines delictivos. Resulta que, a poco de aspirar aquel inocuo humo, Arbeláez ingresó en tal estado de exaltación y posterior dormición que tuvieron que transportarlo a toda prisa a una clínica, donde lo sometieron a un tratamiento acelerado de vomitivos y calmantes. O sea, que las repentinas ofuscaciones de la inocencia imaginativa son desde

luego impredecibles.

Al día siguiente nos fuimos Pepa y yo a Cartagena, por la carretera de Sabanalarga, en un autobús que me recordó a aquellos otros que aún se aventuraban desde Jerez por las rutas difíciles de las sierras de Grazalema y Ronda. También este que hacía la línea regular entre Barranquilla y Cartagena llevaba una baca de uso indistinto para transportar equipajes y viajeros temerarios. De Cartagena sí me acuerdo con mediana precisión. Un airoso aliento colonial unificaba en parte el horizonte urbano, cuyas fachadas y balconajes remitían al canon arquitectónico del Nuevo Reino de Granada, cuando la ciudad fue el centro gravitatorio de la economía y la cultura de Colombia. «¡Cuánta vida ha dejado por aquí / la España desgarrada!», diría Jorge Guillén en un poema que dedicó al cartagenero Ramón de Zubiría. Las murallas y adarves de Boca Chica, con sus fosos a prueba de piratas y el color oxidado de sus piedras, me hicieron evocar el aire, el esquema cromático, el perfil de la arquitectura militar de Cádiz, como luego me ocurriría con el Malecón habanero, el viejo San Juan de Puerto Rico o las fortificaciones portuarias de Veracruz. Aún puedo sentir sobre la piel la lengua caliente del aire, de la humedad que parecía a punto de hervir sobre la cenicienta pátina de las losas de las aceras. Desde la zona marítima se veía asomar, al fondo de un caserío pintado de ocre sobre blanco, la mole insidiosa del castillo que fuera de la Inquisición, donde dicen que hubo tantos presos capturados a destajo por los familiares del Santo Oficio que solían amontonarlos como costales en los antiguos bodegones del puerto.

Alguien me había aconsejado que no dejara de cumplir el rito caribe de la langosta, acompañada a ser posible de una salsa de aguacate, cerveza, cilantro y ají. A la salsa renuncié, prefiero el marisco solitario, íngrimo —por usar un habitual lusitanismo colombiano—, cocido sin más aditamentos que su natural sal marina, aun sabiendo que esa salsa resultaba inmejorable en otros platos criollos: por ejemplo, en la ternera a la llanera, una ternera de cuerpo entero atravesada por un artilugio giratorio sobre un fuego de leña de tamarindo, a la que se va asperjando esa suculenta salsa mientras se asa con lentitud tropical. El restaurante recomendado estaba junto a un solemne convento de aire barroco, y tuvimos que esperar un buen rato a que se desocupara una mesa bebiendo vino de California y alojados en una especie de nave que más parecía el refectorio del convento aledaño. Tenía razón mi informante: la langosta era excelente, con el sabor que tienen las langostas que han compartido las mismas habitaciones rocosas que los náufragos.

## 12. VUELTA A EMPEZAR

No es probable que yo plantara por aquellos días ningún árbol, aunque por lo menos —eso sí— me encargué metódicamente de cuidar los arriates que yo mismo había sembrado en la terraza de la casa. Siempre me agradó la jardinería, seguro que es una manifestación hereditaria del gusto, un recreo supletorio que ahora practico con la debida complacencia durante mis cada vez más prolongadas estancias en la casa de Montijo, entre Sanlúcar y Chipiona. Mi madre le hablaba mucho a las plantas y las plantas se portaban muy bien con ella, eso decía. Solía pasarse el mayor tiempo posible cuidando las matas de flores o trasplantando esquejes y retoños en la franja ajardinada que contorneaba en ángulo el chalé de Jerez. Pero de todo eso ya hablé en otro libro y si traigo a colación lo de sembrar un árbol es por una consabida asociación de ideas, es decir, porque el nacimiento de mi primer hijo —Rafael — coincidió de forma casi simultánea con la terminación de mi primera novela —*Dos días de setiembre*— y con alguna que otra complementaria iniciación en ciertas disolutas frondosidades ultramarinas. Eso que llaman la arriesgada, difícil tarea de vivir no es con frecuencia más que una excusa de pusilánimes. Y no creo que yo lo fuera entonces.

Rafael nació en una clínica llamada Palermo, hacia la zona norte de Bogotá, y todo sucedió de manera preceptivamente excitante. Pepa apenas permaneció un par de días en cama y se reintegró sin mayores recesos a su vida habitual, incluida la misa de parida, sólo que ahora la crianza del niño le reclamaba una nueva dedicación gustosa pero también excesivamente obstinada, como es norma en las primíparas. A mí la paternidad me obsequió con una espesa mezcla de vanagloria y estupor, como si esa experiencia me reconfortara y amilanara a la vez, algo parecido a lo que podía sentir el explorador que, después de serias dificultades, llega a un lugar que no había previsto, pero que lo remunera en cierto modo de todas las incertidumbres precedentes. De lo que no me acuerdo es de si el primogénito se bautizó entonces en Bogotá o esperamos al regreso a Madrid o a Palma. Lo único seguro en cualquier caso es que, antes o después, procedimos a cristianarlo, ya que Pepa era —sigue siendo, aunque un poco a su aire— católica practicante. Quiero decir que todos nuestros hijos se bautizaron, aunque no así los hijos de los hijos, que ya se desentendieron de semejantes hábitos y pertenecen de hecho a lo que cierta grosería eclesiástica engloba en el apelativo de moros. A propósito de ese rito sacramental que liga al catecúmeno con la religión católica, me contaba Pepe Esteban que un actual dirigente de Izquierda

Republicana —el partido que fundara Azaña, hoy adscrito a la coalición de Izquierda Unida— decidió un día romper con ese nexo no ya sagrado sino en cierto modo jurídico que lo vinculaba a la Iglesia. Se personó para ello en el obispado de Madrid y le habló de esta guisa al primer cura con el que se encontró:

—Por favor, ¿me puede decir adónde tengo que dirigirme? Venía a apostatar.

El cura puso la mueca de quien ve de improviso la espantosa conflagración del averno.

—¿Qué me está usted diciendo?

—Que qué hay que hacer para apostatar. Es que prefiero no seguir perteneciendo a la iglesia militante, o sea, que deseo salirme.

—De donde va a salir inmediatamente es de esta casa.

Así que el aspirante a apóstata salió del obispado con la moral muy menoscabada y cavilando probablemente en las serias dificultades con que contaban los ateos para poder llegar a serlo, *per fas et nefas*, con todas sus consecuencias formales y conceptuales. Nunca se conocerá a ciencia cierta la extrañeza sustancial por la que navegan a contracorriente los incautos.

Decía que también di por terminada en esas fechas mi novela *Dos días de setiembre*, de la que elaboré cuatro versiones distintas —mecanografiadas con esmero paciente por Pepa— y con la que conviví de manera muy inestable, alternando fortuitamente, como está mandado, las fases de fruición y decepción, de inseguridad y jactancia. No habían sido infrecuentes las controversias particulares sobre los más nimios matices teóricos o prácticos del texto, hasta que un día me encontré, casi sin apenas advertirlo, con que la novela había generado naturalmente su propio desenlace y, para bien o para mal, contaba con una versión que me dispuse a considerar definitiva. Cuando poco después se me ocurrió reexpedirla a Barcelona en calidad de aspirante al premio Biblioteca Breve, me quedé como quien, tras un esforzado entrenamiento, logra triunfar en una difícil prueba de destreza, pero comprende al fin que en absoluto valía la pena ni la recompensa ni el esfuerzo para conseguirla. Lo que se llama la vaciedad depresiva del posparto. Algo debió de funcionar también de acuerdo con un impredecible estado disociativo, no en el sentido psiquiátrico de que ciertos pensamientos pueden

producirse con independencia del flujo normal de la voluntad, sino más bien como si esa laboriosa experiencia creadora le hubiese ocurrido a una persona con la que yo tenía muy poco que ver. Y que además me traía más bien sin cuidado.

En estos precisos tramos vitales mi memoria actúa, cosa más bien infrecuente, con el oportuno amparo de la certidumbre, pues recuerdo muy bien que todo eso coincidió con la llegada a Bogotá de Irene Mochi y Jorge Guillén, quien iba a dictar un curso como profesor invitado en la Universidad de los Andes, expresamente sobre la poesía castellana de los siglos XVI y XVII, o más concretamente sobre el eje evolutivo Garcilaso-Herrera-Góngora. El hecho de que Jorge e Irene permanecieran en Bogotá durante todo un trimestre propició frecuentes encuentros y alentó una amistad que ya no hizo sino afianzarse. Yo había conocido al poeta muy de pasada, primero en Palma y luego en Madrid, en un sonado festejo en casa de Dámaso Alonso del que ya di cuenta. Luego me había carteado esporádicamente con él y un día me anunció su visita enviándome su recién publicado ... *Que van a dar en la mar*, segundo volumen de la trilogía *Clamor. Tiempo de historia.* De modo que su llegada a Bogotá fue un episodio muy grato para mí. Nos reuníamos a menudo en comidas medio improvisadas por cualquier enclave urbano o en casa de Tito Zubiría, de Jorge Gaitán, de Pedro Gómez Valderrama, de Mario Laserna, amén de en la mía propia. Enseguida acrecenté mi apego por ese hombre cortés, ilustrado, juicioso, jovial a sus sesenta y ocho años de entonces, que estaba en la vida como un vigilante a su pesar del orden de ciertos distritos del espacio poético —«orden perfecto de Natura / madre de todos»—, y bastó ese reencuentro directamente afectivo para que empezara a leer su obra con distintos matices retóricos y desde luego de una forma más ecuánime y eficiente. Los estorbos de mi defectuosa o acaso desatenta capacidad de identificación con el mundo de *Cántico* se modificaron a partir del excelente estudio de Gil de Biedma sobre ese libro crucial, que supuso un acusado giro en la sedimentación de mis anteriores experiencias de lector. La poesía se decantaba en ese nuevo asedio, concediéndome como una interiorización reflexiva que hacía más vivaz la sabia pauta humana del poeta y el rigor intelectual del poema. «Lo oscuro se dirige hacia lo claro», diría Guillén y glosaría Jaime Gil, algo así como las «iluminaciones en la sombra» del pobre Alejandro Sawa, sólo que sin malditismos y en impoluta versión ético-estética. Esas tajantes, fértiles, adustas definiciones del mundo, esos retratos escuetos y meridianos de la vida, me agudizaron una imaginería verbal que acaso no usara nunca en mi poesía, pero que me sirvió de elemento corrector de no pocos entumecimientos léxicos y sintácticos.

Irene Mochi y Jorge Guillén se casaron en Bogotá uno de aquellos días de octubre de 1961. La ceremonia se celebró en un juzgado secundario y luego nos reunimos unos pocos amigos en una comida campestre de vieja tradición santafereña: la ternera a la llanera, flor de la gastronomía del altiplano. No sé si ese festín, que tuvo lugar en una hermosa hacienda de las proximidades de Bogotá, fue patrocinado corporativamente por la Universidad de los Andes o particularmente por Zubiría, entonces rector. El caso es que nos divertimos mucho, comimos de modo suculento, y procuramos hacer todo lo posible para que los recién casados no olvidaran aquel placentero epílogo. Y no lo olvidaron, según pude ratificar más de una vez. Irene era una italiana, creo que florentina, muy gentil de trato, de serena apostura clásica, y disponía de muy buenos modales. A mí me parece que, mientras vivió Jorge, nunca dejó de ser para él una ineludible y benévola compañera.

Acaso fue Jorge Gaitán, entre todos los escritores colombianos, quien más cerca estuvo de Guillén. Asistió a todas sus lecciones en la universidad, escribió en la prensa alguna salutación generosa y lo acompañó y favoreció en todo momento. Compartieron realmente un aprecio recíproco y Guillén siempre lo recordó con invariable dilección, dedicándole incluso un conmovido poema cuando Gaitán murió por un «azar absurdo» en un espantoso accidente aéreo. Días antes de que Guillén llegara a Bogotá, Mito le publicó un primoroso cuaderno —*Poesías*— en el que se agrupaban tres composiciones suyas con un dibujo de Enrique Grau. Eso ocurrió justamente cuando Mito también editó mi antología *El papel del coro*, donde reuní con algunas variantes textuales y cambios de ordenación mi libro *Las horas muertas* junto a un cumplido anticipo de *Pliegos de cordel.* Esta edición, de no más de mil ejemplares numerados, es hoy prácticamente inencontrable, lo que tampoco me produce ninguna contrariedad.

Mientras ocurría todo eso, y cuando ya terminaba el segundo curso —en diciembre, según el almanaque universitario colombiano—, a Pepa se le exteriorizó un latente deseo de dar por finalizada nuestra estancia en Bogotá. La verdad es que a mí también me producía cierta intermitente atracción la idea del regreso, ocasionalmente favorecida por alguna que otra razón nada desdeñable, aunque sin descartar nunca la firme decisión de volver a Colombia sin demasiada tardanza. Aparte de la obstinada incomodidad que me producía la preparación y desarrollo práctico de mis clases, y más después de haberme definitivamente convencido de mi absoluta falta de afición docente, también se me acrecentaba a ojos vista la accesoria exigencia moral de volver a España, precisamente en aquellos días de enconado incremento de

la represión franquista. Es bastante probable incluso que me empecinara en la inocencia de pensar que cómo podía yo no estar presente en aquellos infructuosos días de lucha. En el caso de Pepa, también es comprensible que algo tuviese que ver con esa discreta añoranza española —¿mallorquina?— el hecho de que la crianza de Rafael rondara ciertas demasías respecto a sus disposiciones protectoras maternas. A lo mejor cavilaba que en aquel país donde se robaban todo, incluidas las «canecas» —los contenedores de basura —, los marcos de las ventanas y los timbres de las puertas, y donde los secuestros eran cada vez más frecuentes —llegaron a producirse hasta tres mil al año—, también se podían llevar al niño cualquier día en que ella se distrajera un poco. No obstante, y a pesar de esas tentaciones viajeras, aún permanecimos un curso más en Bogotá, no sólo porque mi contrato con la universidad así lo estipulara sino por unas razones que nada tenían que ver con los requerimientos profesionales y que dependían a buen seguro de una suerte de inercia afectiva. El amable tiempo de Colombia empezaba a tener para mí un componente de fugacidad que yo pretendía a toda costa ir refrenando de la mejor manera posible.

En contra del título del relato de García Márquez *En este pueblo no hay ladrones*, ocurrió algo en Bogotá de veras insólito en relación con la cuantía, oportunidades y tácticas de los robos. Resulta que, en los festejos populares programados con motivo del ascenso al cardenalato de monseñor Concha Córdoba, se organizó un vistoso besamanos en el atrio de la catedral. Yo andaba aquel día por allí con Manuel Zapata, negro, médico y novelista, y observé no sin sorpresa a una muchedumbre haciendo cola ante el nuevo purpurado, que aparecía muy erguido en un sillón de lujo por lo menos papal, levantado a manera de trono en el atrio catedralicio. Todo fue muy vistoso y no ocurrió nada anómalo hasta que acabó la ceremonia y monseñor Concha Córdoba comprobó con el debido estupor que había sido despojado del anillo pastoral, una amatista con sus buenos quilates que, aparte de simbolizar la pertenencia de monseñor al Sacro Colegio, era realmente muy valiosa. Menos mal que esa piedra, según los antiguos lapidarios, preserva de la ira.

En cuanto a mi particular experiencia colombiana en asuntos de robos y atracos, la verdad es que no me ocurrió gran cosa. No podría decir lo mismo, por cierto, a propósito de la versión española de mis privadas historias de ladrones, ya que fui amenazado y despojado de mis pertenencias un par de veces, aparte de que casi todos los inviernos, cuando mi casa de Montijo permanece vacía, viene produciéndose una testaruda actividad de rateros de poca monta: fuerzan los barrotes de alguna ventana y arramblan con los

utensilios domésticos que consideran de más fácil aceptación por parte de los peristas. Además, en aquel entorno costero entre Sanlúcar y Chipiona, esos ladronzuelos no eran sino pobres desocupados procedentes de la cantera local. Una vez, comentando el último de estos robos con la persona que cuida habitualmente del jardín, me aclaró éste con el tono del que trata de identificar al autor de una proeza: «Lo más seguro es que haya sido Simoncito.» Desde entonces, dejo un cartel bien visible en la cancela: «Dentro de esta casa sólo hay libros y estampas.» Aunque parezca poco creíble, ha empezado a surtir efecto.

Lo de Colombia, a pesar de tan adversas presunciones en asuntos delictivos, fue mucho más discreto. Sólo contaré que yendo un día entre dos luces por una calle transversal a la Séptima, en pleno centro urbano, se cruzó conmigo un policía que me preguntó, no sin algún repentino desasosiego, si había visto pasar por allí corriendo a un sujeto que acababa de robarle a un transeúnte. Yo le contesté que no había visto a nadie con pinta de fugitivo, y el policía me pidió entonces que le enseñase la cartera, cosa que me extrañó, pero a lo que tampoco me pude negar. En todo caso, como yo nunca he usado nada parecido a una cartera, lo que le mostré al guardia fue una especie de cuadernillo en el que estaban insertos algunos documentos y billetes. El guardia, después de observarme con una mezcla de desconfianza y decepción, sopesó la cuantía de mis caudales y me instó a que me fuera de allí a toda prisa. Yo me resistí naturalmente a hacerlo si no me devolvía antes mis papeles, a lo que el policía respondió en un tono indebidamente agresivo, una mano enorme encima de la funda de una pistola todavía mayor, que desapareciera si no quería que se me quedaran los pelos parados. Eso dijo. Así que fui desapareciendo mientras observaba de soslayo al guardia, quien se alejaba a su vez en sentido contrario y con una especie de furtiva velocidad muy poco reglamentaria. Por supuesto que lo primero que hice a renglón seguido fue personarme en un puesto de policía para denunciar el insólito atraco, sobre todo porque el hecho de andar indocumentado por aquella ciudad no era desde luego nada recomendable. Me atendió con amabilidad un guardia esmirriado y cetrino, que anotó mis señas personales y me comunicó con excesiva firmeza que los documentos no tardarían en aparecer. Yo me permití aclararle que el presunto ladrón era también presunto guardia o que al menos de eso iba vestido. El gesto del que me interrogaba se volvió repentinamente huraño y enseguida capté la dialéctica gremial de lo último que me dijo: «La plata la perdió, doctor.»

A Pepa la ayudaba entonces en la casa Cristobalina, una indita

impensadamente extrovertida, un raro ejemplo de indígena —probablemente quechua— a quien le gustaba mucho sentarse a platicar y que no parecía muy convencida de que aquella casa necesitara de ninguna clase de arreglos ni limpiezas. Se la había recomendado a Pepa alguien de la familia de los Laserna, probablemente Berta, la mujer de Jaime, de la que yo era muy devoto. Me conmovía oír hablar o canturrear a Cristobalina, con ese acento suyo tan eufónico, suavemente balanceado, como dirimido entre músicas bucólicas, haciendo uso a cada paso de términos y giros delicadamente arcaicos. Un día, cuando ni Pepa ni yo estábamos en casa, salió ella dejando a Rafael dormido en su cuna. Por lo visto fue sólo un momento, pero cuando Pepa regresó un poco antes de que lo hiciera Cristobalina y descubrió que Rafael se había quedado solo, se alarmó bastante, no por nada sino por todo. Enseguida se imaginó la historia pavorosa de lo que podía haber ocurrido. Y eso la indujo a intensificar afanosamente las vigilancias y a regular muy bien sus entradas y salidas. Lo que no recuerdo es si, en un repente doméstico de estirpe colonial, Cristobalina fue devuelta a su lugar de origen.

Los Laserna —Mario, el rector, y Jaime, de profesión sus haciendas— gustaban de organizar agasajos amistosos en algunas de sus casas urbanas o rústicas, donde siempre regían el buen tono y la aparente mesura, salvo en cuestiones etílicas. Mario era un poco atrabiliario y sibilino. Había adquirido en sus años en Heidelberg, donde creo que fue discípulo de Habermas, unas mañas educativas germánicas que no se desdecían de su aspecto, pero sí y mucho de sus arraigos nativos. Su hermano Jaime no coincidía casi en nada con él, a no ser en que también era algo rubiasco —mono, en habla colombiana— y en que también procuraba por todos los medios que no se le notase en absoluto su pertenencia a la oligarquía terrateniente. Quería ser afable, y lo era en el fondo, aunque no en todos los casos conseguía dar esa impresión. Cuando hablaba con alguien, siempre andaba vigilando solapadamente a uno y otro lado, como si estuviera temiéndose la llegada del presunto secuestrador. Que yo sepa, no llegó nunca.

Quizá el español que más intimó con los Laserna fue Antonio de Zubiaurre, quien había coincidido con Mario en Alemania y que fue el profesor español de mayor ascendiente en los círculos académicos colombianos. Ya me referí a este hombre bondadoso y culto, poeta que fue de vieja cepa falangista y que formó, con Rosales, Foxá y Panero, aquella embajada poética oficial que tan hostil recibimiento mereció en Hispanoamérica a fines de los cuarenta. Zubiaurre hablaba de todo eso como si relatara el malicioso anecdotario de alguien que no era el tolerante y

divertido personaje que llegó a ser. Algunas veces lo acompañaba a la magnífica librería Buchholz, en la avenida Jiménez de Quesada, sede de la redacción de Eco, revista que codirigía con el viejo y malhumorado Karl Buchholz, el filósofo Danilo Cruz Vélez, el poeta Fernando Charry Lara y no sé quién más. En Eco, pomposamente subtitulada «Revista de la cultura de Occidente», aparecían por lo común muestras de literatura alemana traducidas por Zubiaurre, a más de las habituales colaboraciones de escritores en lengua española. También yo publiqué ahí un par de textos debidamente olvidados.

En esa librería coincidí una tarde con un alemán, Stiller o algo así —como el nombre que da título a la novela de Max Frisch—, que siempre me pareció sospechoso de algo y a quien ya había visto unas pocas veces por un bar de la Séptima que yo frecuentaba. Era un personaje pegajoso y desgarbado, de risa espumosa y manos de matarife, un ignorante encubierto con las patrañas del animador cultural. Tenía el rostro como atezado por una coloración fangosa y exhibía una naturalidad que enseguida se veía que era ficticia. Gastaba también una mirada inerte, seca, como de ojo de cristal, en la que prevalecía el destello de algún pasado punitivo. O eso pensé, a partir de algunas deducciones seguramente arbitrarias, hasta el punto de dar por buena la suposición de que el tal Stiller era un nazi camuflado de falso educador. Ese día en que coincidí con él en Buchholz me habló, supongo que en un repente indiscreto, de algunos renombrados jerarcas españoles a los que había tenido la grata oportunidad de conocer en Berlín. Atando cabos sobre la marcha, llegué a la conclusión de que estaba hablando de algún acto de pleitesía al Führer perpetrado por alguna delegación española en la época del máximo apogeo pronazi de Serrano Suñer. Mi reacción no se hizo esperar: recibí el aviso apremiante de algún sensible segmento de mi sistema nervioso y me dispuse a responder *ab imo pectore* a Stiller. Me temí lo peor, pero la intervención de algún contertulio evitó que el asunto pasara a mayores, cosa que me mantuvo durante días muy decepcionado conmigo mismo.

También me encontré en una de aquellas esporádicas visitas a la librería Buchholz con Álvaro Castaño, persona muy cortés y algo redicha, director de una poderosa emisora bogotana y marido de Gloria Valencia, que era algo así como la más linda periodista del hemisferio occidental. No sé por qué indirectas asociaciones temáticas de la conversación, ocurrió que este Castaño me propuso colaborar en las emisiones culturales de su empresa con un programa realmente inaudito: la adaptación de obras de teatro griego. Yo le dije que el asunto era de veras peliagudo y que, naturalmente, me lo tenía que pensar. Y me lo pensé con despacio. En principio, la oferta me parecía no ya

dificultosa sino de lo más arriesgada, aunque tal vez por eso acabé aceptando la dificultad y el riesgo. Hernandito Valencia colaboraba también como crítico literario en esa emisora y fue quien mejor me adiestró en las veleidades radiofónicas con las que iba a enfrentarme. Si lo cuento es porque fue una experiencia literaria verdaderamente singular, aunque también muy susceptible de inferir toda clase de dudas y disensiones. Adapté, no sin graves quebraderos de cabeza y peores remordimientos, cuatro o cinco de las más eminentes tragedias de Sófocles y Esquilo, pero me rendí ante el primer Eurípides, no sé muy bien por qué. Tal vez llegué al agotamiento retórico o a la saturación de mi falta de respeto textual, tal vez adquirí el inconsciente vicio de excederme en la reconstrucción de los grandes mitos de la antigüedad clásica por medio de un lenguaje modernizado, lo que no dejaba de conducirme a un irreparable desajuste operativo de las ideas. Eurípides además era más crítico a través de sus personajes que los otros dos grandes trágicos, más escéptico también en unos enfoques doctrinales que provenían sin duda de su relación con los sofistas. Y eso me sonaba ya a otros acordes entre el teatro y la vida y un día comprobé que me estaba aburriendo de modo incurable. Mi osadía terminó con un adecuado, pero ya improcedente, propósito de enmienda.

Hernando Valencia, cuya viudedad no concordaba con su juventud, ni su bonhomía con el hecho de ser el más riguroso crítico literario colombiano, andaba a la sazón medio emparejado con Piedad Gómez, hija del pintor Gómez Jaramillo, una muchacha de dulce rostro y cuerpo profuso, muy sobrada de gracejos y encantos. El padre era un pintor que sin secundar los rumbos informalistas de la excelente pintura colombiana de aquellos años —Obregón, Botero, Ramírez Villamizar, Grau, Manzur, Villegas, Rivera—, conservaba un prestigio hecho de intensos años de trabajo, de generosidad, de parrandeos. Yo creo que cuando Hernandito iba a buscar a Piedad, lo más frecuente es que se quedase estancado en la antesala del estudio del padre, donde las pláticas amenas y el estimable consumo de ron gozaban justa fama de interminables. También yo concurrí alguna vez a aquellas tertulias no necesitadas de ninguna cita previa, casi siempre con el propio Hernando o con Jorge Gaitán o Eduardo Cote, si es que andaban por Bogotá. Cote era entonces gobernador del departamento del Norte de Santander y residía casi todo el tiempo en Cúcuta, capital de ese departamento, amén de su tierra natal. Casado con Alicia Baraibar, una vasca de mucho fuste y no poca afición a los perifollos sociales, ya habían tenido un primer hijo, Ramón, que llegó a ser un chico muy inteligente y muy obsesionado por rastrear la vida y emular la obra del padre. No hace mucho vino a verme a Madrid y me gustó esa

conmovedora fidelidad suya al espíritu nocturno del autor de *Preparación para la muerte*.

Jorge Gaitán viajaba entonces con regular frecuencia a Madrid y París, y había sustituido a la alta, flaca, insumisa y seductora Feliza Bursztyn por Sixta Paz, una caleña muy sosegada, muy gentil, muy distinta en atractivos y costumbres a Feliza. Sixta coordinaba las actividades culturales de la municipalidad de Cali, y un día nos invitó a Jorge y a mí a dar una lectura conjunta de poesía, así que allí nos fuimos los dos dispuestos a suscitar la misma bienvenida con que obsequiaron por allí cerca a Francisco Villaespesa. Cuentan que cuando el frondoso poeta modernista, de gira por Colombia, llegó a la vecina Popayán, lo esperaba una multitud a cuyo frente aparecía una pancarta con la siguiente leyenda: «Diez mil poetas de Popayán te saludan.» Si no tanto, sí conseguimos Jorge y yo que los actos no se suspendieran por falta de auditorio o, en el mejor de los casos, por abandono de los asistentes a poco de iniciada la función. El caso fue que dedicamos un buen tramo del día a ciertos furtivos reconocimientos urbanos y a degustar alguna que otra variante local del poderoso aguardiente del valle del Cauca, con lo que a la hora de la lectura no andábamos muy sobrados de destreza en la vocalización. Pero salimos del trance sin demasiados tropiezos, si bien con los reproches adustos de Sixta Paz. Aún distingo los tonos blanquiverdes, fulgurantes, de aquella ciudad tan connaturalmente ejercitada en las sensualidades por libre, donde incluso la aparición súbita de una auténtica torre mudéjar me pareció una añagaza decorativa de la exaltación y donde las tiendas de frutas y verduras exhibían la más lujuriosa concentración del cromatismo torrencial del trópico que yo vi nunca, toda esa exuberancia onomástica —guayaba, curuba, lulo, malanga, cambur, maracuyá, guanábana, chirimoya, mafafa, mango, papaya, yuca, mamey, ñame, aguacate, pitaya, guana— que hoy circula normalmente por algunos mercados españoles, pero que entonces suponía un verdadero muestrario de exotismos.

Yo me sentía más cerca que nunca, y eso era muy cerca, de la poesía de Jorge Gaitán, quien había terminado entonces o estaba a punto de terminar su mejor libro, *Si mañana despierto*, y continuaba trabajando en sus *Diarios*, valiosísimas crónicas de la política y la literatura de nuestro medio siglo. No sé qué habrá sido del archivo documental de Jorge, quien se relacionó personalmente o a través de Mito con los más relevantes escritores de la época, pero seguro que allí podrán encontrarse las marcas singulares de su personalidad. Jorge fue sin duda un notable continuador de las propuestas estéticas y las innovaciones críticas de los grandes fundadores de la moderna

cultura literaria latinoamericana: Vallejo, Borges, Huidobro, Paz, Carpentier, Neruda, Lezama, Onetti, Rulfo... Disponía de unas maneras efusivas no del todo estables, de una insolencia algo atrabiliaria y de un elegante y con frecuencia malévolo sentido del humor. También gustaba de dilapidar su talento en empresas aparentemente banales, entre las que no incluyo la versatilidad amatoria. Sus vehementes ideas políticas, afines al marxismo, le valieron una reputación de intensas, aunque contrarias, reacciones en ciertos círculos intelectuales y en las trastiendas de la sociedad santafereña. Andando el tiempo, cuando ya Jorge había muerto y yo dirigía en Madrid la editorial Júcar, publiqué allí *El libertino y la revolución*, un audaz y riguroso texto suyo sobre Sade que apareció primeramente en Mito y suscitó no pocas alarmas entre los biempensantes de turno. Un escritor de la competencia católica bogotana propagó entonces una pregunta baladí, pero dotada de cierta insidia corporativa: ¿quién es el libertino, el autor de *Justine* o el exégeta de su obra?

Al tiempo que volvía aquella vez de Cali a Bogotá, llegaron también las lluvias, esa estación un poco indecisa que suele repartirse en dos ciclos anuales: durante los meses de abril y mayo y los de octubre y noviembre. Es lo que llaman por allí invierno y sólo lo es en sentido figurado: se reduce a la moderada reiteración de un clima plomizo, monocorde, melancólico, que envuelve como una cobija empapada y fastidiosa a la que sólo entonces puede tildarse de «ciudad difusa». La temperatura, que se mantiene todo el año en un monótono nivel medio, parece descender con la humedad y hasta se llega a sentir un frío al principio llevadero que acaba en desapacible, similar al de ciertos resistentes otoños mediterráneos. Pero ya me referí a la contraofensiva maravillosa de la geografía frente a las inclemencias del tiempo, ese insólito viaje al calor que consiste en salir de Bogotá cuesta abajo hacia «tierra caliente». Dicen que en Colombia pueden fijarse hasta seis pisos térmicos, según se esté a mayor o menor altura sobre el nivel del mar. Desde la Sierra Nevada de Santa Marta al litoral del Caribe o el Pacífico hay una pendiente de casi seis mil metros. O sea, que entre esas cimas y esas hoyancas, se puede uno quedar congelado o chamuscado, según.

Ya iba llegando a su término el año universitario cuando Pepa y yo, de común acuerdo, decidimos finalmente volver a España. Para Pepa, como ya he dicho, ese regreso era la consecuencia de un deseo discretamente manifestado y a mí no me parecía mal que fuese así, pero creo que en el fondo también suponía yo que ese viaje muy bien podía consistir en un paréntesis más o menos prolongado, al cabo del cual podríamos otra vez reintegrarnos a la gustosa vida bogotana. Era muy cierto que allí, con mi trabajo en la

universidad y la holgada instalación en un gratísimo territorio afectivo, teníamos más que solventadas las exigencias y requerimientos de cada día. Pero tampoco era eso, o tampoco era sólo eso. Otros claroscuros de la realidad se intercalaban en la planificación del futuro inmediato. Yo también me sentía complacido, y mucho, ante la perspectiva de volver a Madrid, a Jerez, a Palma, aun considerando que se tratase de una estancia provisoria. Pero ¿cómo se iban a resolver las solicitudes vitales en medio de una situación política y profesional en la que yo me sentía obviamente hostilizado y donde no disponía ni de asideros ni de respuestas prácticas? En cualquier caso, la noticia de que *Dos días de setiembre* había obtenido el premio Biblioteca Breve me sirvió también en su día de acicate, junto a los pertinentes reclamos políticos, para activar mi primera seria opción al regreso. Así que, una vez revocadas las últimas dudas, iniciamos los correspondientes preparativos.

Me veo inmerso en una intrincada maraña de gestiones que a punto estuvieron no ya de acabar con mi resistencia, sino de hacerme desistir de un viaje entorpecido por tantos previos embrollos. Había que levantar la casa, malvender los muebles, enviar por delante el grueso del equipaje, tramitar la extinción de mi contrato con la universidad, obtener el certificado de «paz y salvo» del fisco y, por último, decidir si viajábamos en avión o combinando esa vía aérea con otras terrestre y marítima. Fueron días, semanas de agobios y atascos de mucha consideración, aparte de las consecutivas despedidas a que nos iban emplazando diversos sectores de amigos y que, consecuentemente, iban acrecentando nuestras reservas de reconocimientos. No sin alguna suerte de aflicción y con una considerable dosis de vacilaciones, me despedí de aquella ciudad donde había sido tan generosamente resarcido de no pocas ingratas experiencias precedentes y donde tantos memorables fragmentos de vida había ido recopilando. Era consciente de que, para bien o para mal, se cerraba un ciclo de mis privados trayectos vitales y se abría otro todavía impreciso, aunque en ningún caso descorazonador. Podía tasar muy bien, de todos modos, el valor de ese pasado reciente y las incertidumbres que se iban incorporando a un presente de sucesivos interrogantes.

De modo que así andaban las cosas cuando un día emprendimos el viaje de regreso, cuyas distintas fases y conexiones habían sido minuciosamente planeadas: de Bogotá a Cali, en avión; de Cali a Buenaventura, en taxi, y de Buenaventura a Barcelona —con escalas en Panamá, Curaçao, la Guaira y Tenerife—, en barco. La idea en principio era buena, y lo fue a la larga, incluso contando con las presumibles incomodidades motivadas por Rafael, aún lactante. Pero el arranque del viaje tampoco dejó de incluir algún serio

traspiés. El caso fue que llegamos a media tarde a Cali, en cuyo aeropuerto ya nos esperaba el taxi que habría de trasladarnos a Buenaventura, en la costa del Pacífico, de donde zarparía el barco al día siguiente. Todo iba sucediendo según lo programado. El coche era cómodo y atravesaba a regular velocidad las gargantas de los Andes occidentales. Rafael parecía tranquilo, tal vez acunado por la mano balsámica de aquellos aires benévolos, de una limpidez que remitía al brillo y la frialdad del aluminio. La carretera, sólo a trechos aceptable, se internaba por un paisaje desigual, de impresionantes declives boscosos y extensos hondones desérticos, bruscamente ennegrecidos por la apresurada extinción de la luz, esa carencia de crepúsculo que viene a ser como la contrametáfora de un mundo habituado a las medias tintas.

De repente, cuando cruzábamos por un paraje selvático al pie de la cordillera, el taxi soltó un bufido anómalo, amagó unos acelerones desusados y se quedó angustiosamente inmóvil. Ya era noche cerrada y una negrura tupida, como envuelta en la densidad agreste de la vegetación, se interponía entre el coche y el mundo. El chófer permaneció unos segundos callado, mirando a ninguna parte, hasta que prorrumpió en una retahíla de maldiciones y se bajó a averiguar qué podía haber ocurrido. Enarbolaba una linterna que expandía un resplandor como de cirio y desapareció tras el capó. No se veía ni un alma en toda la redonda y la carretera tenía el aspecto de llevar años abandonada. Llegaba hasta allí la algarabía recóndita de la selva, que se cerraba sobre el camino como las paredes verdinosas de un túnel. Rafael se inquietó ante semejante alteración del orden viajero y Pepa se afanaba por tranquilizarlo con todos los trucos posibles. Yo me bajé a ver qué pasaba. La oscuridad permitía ahora distinguir los contornos, fantasmagóricamente esbozados bajo un resplandor estelar que unas nubes veloces interceptaban a trechos. El conductor estaba de veras abatido y me explicó que debido a no sé qué fatalidad mecánica, no es que se considerara incapaz de arreglar la avería, es que necesitaba una pieza de repuesto que sólo en Cali o en Buenaventura se podía encontrar. O sea, que lo único que se podía hacer era esperar la intercesión de alguna divinidad influyente. El chófer volvió a acomodarse en su asiento, encogiéndose sobre sí mismo con una resignación más que alarmante y con todo el aspecto de disponerse a aguardar así la mediación divina o la ruina humana. El sinvivir de Pepa, el desasosiego de Rafael y la convicción martirizante de mi impotencia ocupaban todo el espacio de la historia.

He perdido la cuenta del tiempo que estuvimos en esa situación: inmovilizados y desvalidos. Y menos mal que el barco no zarpaba hasta el día

siguiente a media tarde, cosa que al menos suponía un indirecto atenuante de la adversidad, si es que eso podía proporcionar entonces algún alivio. Según el conductor, estábamos a unos 40 kilómetros de Buenaventura, pero daba igual: ni parecía verosímil que pasara otro coche por allí, ni mucho menos resultaba viable cubrir a pie el resto del camino. Sólo cabía confiar en que, con el nuevo día, alguien transitara en uno u otro sentido por la carretera. Había empezado además a llover, una lluvia mansa, como de vahos superpuestos, que mojaba las manchas forestales y parecía removerlas con los destellos humeantes que dejaba el agua en las hojas. Creo que todos estábamos medio adormilados, tal vez también rendidos por la intimidación, escuchando los calientes surtidores de la lluvia, la actividad febril de los depredadores nocturnos, el choque de los insectos contra los cristales, cuando de pronto el chófer pegó un respingo, encendió los faros y se bajó a toda prisa del coche. También yo me bajé y no tardé en oír la todavía remota trepidación de un motor. El chófer se situó en mitad de la carretera y fue entonces, mientras hacía señas con aquella especie de candil que apenas traspasaba la oscuridad, cuando deduje con absoluta certeza que no iban a hacerle caso. Efectivamente, en aquel país asolado por la violencia, donde en cada camino había apostado un ladrón potencial, nadie en su sano juicio se detendría de noche, y menos en un lugar tan solitario y sospechoso como aquél. Pero no tuve tiempo de hacer más cábalas. El coche, que venía en la misma dirección que la que nosotros habíamos traído, fue frenando juiciosamente —o temerariamente, según se mire— y al fin se detuvo frente a donde estábamos, en mitad de ese inusitado atolladero de la noche.

Tras los premiosos saludos y las prolijidades explicativas de rigor, hubo un espeso intercambio de opiniones entre el conductor del coche recién llegado, que iba con su familia a Buenaventura, y nuestro chófer. La conversación llevaba camino de atascarse indefinidamente, a juzgar por la acumulación de hipótesis de escasa sensatez y circunloquios que no venían al caso, así que medio monté en cólera para reiterar una vez más lo que ya había sugerido: que la única solución factible era avisar a otro taxi en Buenaventura para que viniese a recogernos. Y en eso quedamos y así ocurrió afortunadamente, si bien aún tuvimos que esperar más tiempo del ya soportable, sintiendo de algún modo el paso de ese tiempo avanzando a duras penas por los tremedales de la jungla circunvecina. Ya casi desesperábamos de que llegara nadie a auxiliarnos, cuando se distinguió el resplandor de unos faros desplazándose por el fondo del paisaje y, enseguida, el gustoso ruido del motor del taxi que habría de conducirnos finalmente hasta el hotel de Buenaventura.

Sólo puedo evocar de manera defectuosa la vista de la ciudad desde la ventana de la habitación del hotel: una especie de enclave suburbial con algo de lacustre, surgiendo como desde dentro de las aguas negras del Pacífico. El cielo era una concavidad amorfa, una bóveda vacía donde la única referencia perceptible era la rotación general de la tiniebla. Entreveo un muelle brumoso, una dársena traspasada por las ráfagas oblicuas de la lluvia, los tinglados portuarios embutidos en la sombra, unas embarcaciones de poco tonelaje atracadas al malecón, pausadamente columpiadas por el oleaje: el lugar adecuado para que el asesino esperara a su víctima entre los bultos apelmazados de la penumbra. Una humedad tórrida subía desde el fondo de la noche, pero esa noche no aparece verdaderamente en ninguna parcela de mi memoria, sólo conservo la sensación escueta y emocionante de estar asomándome al Pacífico por primera vez, el aliento oceánico de un mundo desconocido que remitía no obstante a otros reconocibles mundos legendarios. Tampoco hay calles en ese recuerdo, a lo sumo una rambla que baja hasta la verja del puerto y, sobre todo, un olor triste saliendo de todos los rincones de Buenaventura, una pestilencia antigua hecha de frutas fermentadas, aguas marchitas y aceites descompuestos.

Ni Pepa ni Rafael ni yo dormimos aquella noche, o el ya exiguo tramo que quedaba de la noche. Pero tampoco importaba mucho. A lo mejor aproveché aquel último profuso insomnio colombiano para intentar reconocer sin apenas darme cuenta la naturaleza de aquel otro recóndito hemisferio en que se dividía mi imaginación, ese trecho de litoral perdido en las angosturas de un mapa que aún permanecía extendido frente a mi niñez y por cuyas rutas ilusorias tantas veces me había internado para llegar hasta donde ahora estaba. Sonó una sirena, dos melancólicos pitidos enroscándose en los confines del océano, impregnándolo todo de una resonancia lúgubre y turbadora, intercalando sus avisos en la ansiedad acumulativa del viaje.

Nuestro barco no arribó hasta media mañana.

## 13. LA DURACIÓN DEL PRETÉRITO

Embarcamos una tarde de sofocante y pausada lluvia en el *Marco Polo*, un mediano transatlántico de bandera italiana que hacía una de sus últimas travesías entre Valparaíso y Génova, con escalas en Buenaventura, Panamá, La Guaira, Curaçao, Santa Cruz de Tenerife y Barcelona. La vida a bordo fue de una placidez poco a poco interceptada por la opacidad de la rutina, aparte de que las demandas de la vida social acabaron resultándome insostenibles. No obstante, y por muy dispuesto que estuviese a rehuir las fiestas y entretenimientos varios que se organizaban cada día para solaz del pasaje, a veces me veía imposibilitado de comportarme como un hosco introvertido o simplemente como un pasajero descortés. No es que me importara ni poco ni mucho que eso ocurriera, es que en ocasiones era más enojoso escapar de los pasatiempos que aceptarlos. De todas formas, la mayoría de los pasajeros que ya venían a bordo o fueron embarcándose en escalas sucesivas tampoco parecían reclamar mayores formalidades en este sentido. No pasaban en total de treinta o treinta y cinco, y más que turistas de ocasión o veteranos partidarios de los cruceros recreativos, parecían ser personas que o bien preferían viajar por mar o no tenían demasiada prisa en llegar a su destino. Y eso se notaba de algún modo. Incluso se notaba en esas fastidiosas cenas rotatorias en la mesa del capitán, un italiano compacto y parlanchín que se las daba de protagonista de novela galante y que tenía una opinión altísima de su autoridad y de las causas nobles en que había participado. Los comensales en ningún caso eran divertidos o sólo lo eran excepcionalmente y todos tenían aire de invitados a la onomástica del propietario de una empresa en la que ocupaban puestos relevantes. Hay una foto muy propia en la que aparecemos Pepa y yo con otros cuatro pasajeros durante una de esas cenas protocolarias. Dos violinistas con excesivo aspecto de violinistas interpretan para nosotros alguna melodía más bien napolitana, convenientemente provistos de un gesto obsequioso y profesional. Ignoro quién pudo hacer esa foto, no desde luego yo, que detesto andar por ahí con ninguna clase de cámara, pero resulta muy expresiva para evocar el ambiente de las noches a bordo.

Más de una vez pensé que, a no ser por la comodidad y el trato —que eran muy aceptables—, mejor hubiera sido hacer la travesía en uno de esos cargueros de altura que admiten algún que otro viajero ocasional. Pero las inconveniencias también tenían sus compensaciones. El camarote que nos habían asignado era realmente muy cómodo, con dos amplias camas y un cuarto de baño de mucho perifollo, amén de comunicar directamente con un

extremo de la cubierta media, que casi llegó a ser una solana de uso particular. Me agradaban las maderas nobles de los mamparos y el diseño náutico de los muebles atornillados a las paredes y el suelo. Todo resultaba lo suficientemente holgado y confortable como para que me pasase allí mis buenas horas leyendo, anotando alguna ocurrencia o simplemente holgando. Por supuesto que habíamos pensado que aquel viaje —que duró exactamente dieciséis días— tuviese la merecida consideración de unas vacaciones posbogotanas o premadrileñas. Me veo sobre todo tumbado en una hamaca en la toldilla observando el cuadro armonioso y sosegado del mar, o bajo el voladizo que circunvalaba la piscina, entregado a algún esporádico ojeo de bañistas o de palique con una linda costeña que había sido alumna mía y estaba más que contaminada de los peores tics gringos, aparte de parecerse mucho a la culta latiniparla. Pero a lo que más me dediqué, incluso con un tesón algo enviciado, fue a la lectura de textos expresamente elegidos para la ocasión y algunos de los cuales conocí por tanto de manera un poco tardía. Me refiero concretamente a *Por el camino de Swann* y *A la sombra de las muchachas en flor*, no en francés sino en la traducción de Pedro Salinas y José María Quiroga Pla; a algunas novelas cortas del tomo primero de las *Obras completas* de Dostoievski, vertidas de no sé qué idioma por Cansinos Assens, y a unas traducciones inéditas de Auden —la *Selected Poetry* de 1958— realizadas por Antonio Luis Agudelo, un filólogo colombiano que parecía conocer muy bien la poesía inglesa contemporánea.

Tomé algunas notas dispersas y farragosas de esas experiencias de lector, pero sólo consigo sacar en claro frases o comentarios pueriles, salvo la referencia a que los disfrutes no fueron de superior calidad o no se mantuvieron a un mismo nivel satisfactorio. Tal vez hubiese sido mejor emular a Thomas Mann, repitiendo a mi modo su *Travesía marítima con Don Quijote*, un texto sólo en parte sagaz que publiqué años después en Júcar, traducido por Antonio de Zubiaurre. Pero no lo hice, y me enfrasqué en el discurso introspectivo de Proust, que se me quedaba de pronto bloqueado en unos repentinos drenajes del gusto. Yo creo que me exasperaba precisamente aquello que más ha perdurado de su eminencia estilística y su ritmo narrativo: esa morosidad, esa meticulosidad —los homosexuales suelen ser meticulosos —, esa obstinación analítica que remitía en ocasiones a un personaje dotado de una morbosa inclinación a idear finezas y contar bobadas. No sé, pero el hecho de que me costase un esfuerzo mayúsculo llegar al otro lado de no pocas de esas ramificaciones temáticas, me proporcionaba más de un extravío incómodo, un tedio que entorpecía la grata penetración en esa selva evocadora. Era como si tuviese la intermitente certeza de que lo único que

deseaba Proust era subordinar hasta límites patológicos su modo de ser, su «memoria involuntaria», a su forma de enaltecer o reinventar por escrito el pasado. Y eso no siempre generaba resultados excelentes, al menos yo notaba demasiado la abolición sistemática del ingenio y ese fondo de añoranza que ocupaba a veces todo el espacio narrativo. Como decía André Gide acerca de los primeros libros de *En busca del tiempo perdido*, «en ciertos momentos parece que andamos sin avanzar y, en otros, que avanzamos sin andar». También es muy posible que mis precedentes placeres como lector de novelas se hubiesen visto muy mermados a partir de mis andanzas como incipiente autor de novelas. Quiero decir que la lectura tenía ya un signo distinto, puesto que era una actividad lastrada por una recalcitrante tendencia a corregir lo leído, y ya se sabe que eso puede llegar a ser muy fastidioso.

Mauricio Serrahima habla en el prólogo a esta edición del brusco viraje moral que experimenta Proust a propósito del *affaire* Dreyfus, cuando se alinea con Zola o se une a la Liga de los Derechos del Hombre, manifestándose resueltamente en favor del acusado. Y eso modificó sin más muchos prejuicios míos probablemente gratuitos o emanados de mi propia deficiencia interpretativa. ¿Qué conmoción se urdió en la mentalidad del refinado, puntilloso cronista de ficciones aristocráticas para renunciar de pronto a sus anteriores ringorrangos mundanos y afrontar la defensa de un oficial judío maltratado por la justicia? Esa pregunta me dejó bastante intrigado. Por cierto: yo había encontrado en Bogotá, en un baratillo de la Candelaria, un estragado ejemplar de *La vie de Marcel Proust est un enseignement* de Léon Pierre-Quint (Sagittaire, 1946), y lo llevé conmigo para poder ir cotejando ciertas enigmáticas constantes de la personalidad del narrador. Pero, a la larga, no saqué ninguna lección terminante, apenas logré encontrar las pistas que fui necesitando para solventar algunas de mis averiadas nociones sobre Proust como personaje y sobre Proust como novelista. Lo que pasa es que, aparte de mis literarias devociones, siempre tiendo a defenderlo contra las invectivas de cualquier hipotético detractor.

En cuanto a Dostoievski, no leí más que algunas de las novelas cortas que figuran en ese inevitable volumen de Aguilar, con su ajustada caja a dos columnas y su feble papel biblia. Andar con ese tomo, encuadernado en falsa piel bermeja y con aspecto de devocionario, era como ir haciendo alarde de que también rezaba yo mis horas canónicas. A veces me conmovía Dostoievski, a veces me aturdía y a veces me sobraba Dostoievski por todas partes. Pero había algo en esas argumentaciones abigarradas tan suyas, en esos aparejos estilísticos aderezados probablemente por Cansinos, que me

abrumaban de continuo y me hacían pensar en un escritor torturado hasta el frenesí por los vendavales de su propia experiencia y ansioso por transcribirlos antes de que llegara la calma. Tal vez era eso lo más anómalo, aunque también en este caso lo que más me seducía, siempre he sido muy novelero. Y poco más puedo deducir de mis mal trabadas notas de lectura. Sólo añadiré, respecto a la poesía de Auden, que mis juicios de entonces coinciden con los de ahora, y eso sugiere una consistencia del gusto de la que no creo disponer. De todos modos, mis reticencias a propósito de esa poesía nutrida de tan superficiales sondeos en la realidad, tan coloquialmente despojada de ornamentos, tan exenta de aventuras léxicas, se han mantenido inamovibles, y eso es mucho. Un conocimiento de veras decepcionante, el de Auden, que me hizo recordar de paso lo que más me distanciaba poéticamente de su adicto Gil de Biedma y, andando el tiempo, de sus epígonos más beatos.

La travesía del canal de Panamá fue altamente instructiva, pero un poco extraña también. Ese hercúleo tajo geológico que puso en comunicación el Pacífico y el Atlántico y ese sistema de esclusas para solventar la diferencia de nivel, me causó un asombro no muy distante del papanatismo. Asistí sin creérmelo del todo a la operación del arrastre del barco entre las compuertas, y había algo en todo aquello tan contrario a las leyes náuticas, tan artificioso, que hasta di por sentado que mi perplejidad no era sino una variante de la simpleza. Allí estaba, en cualquier caso, esa titánica hazaña de la ingeniería: la naturaleza vencida por el hombre. Y luego quedaba aquella otra desavenencia no ya ante la geografía, sino ante la historia: la franja del *Canal Zone* bajo jurisdicción norteamericana, el arriendo marrullero perpetrado a la vez desde la colonización económica y los controles militares del ominoso vecino. Nos dimos una vuelta por allí, mientras el barco repostaba en Colón, ya en la embocadura atlántica del canal, pero sólo vi o quise ver campos de golf, asépticos edificios de oficinas y el vértigo de un ajetreo comercial con trazas de terrorífico.

De las escalas previstas, la más curiosa fue sin duda la de Curaçao, en las Antillas neerlandesas, casi a la vista de la costa venezolana de Paraguaná. El barco permaneció atracado en la isla un día con su noche y tuvimos tiempo de andar de aquí para allá en Willemstad, la capital. Todo era mestizo en ese abigarrado y seductor paraje del Caribe: la raza respondía a un cruce de negros, latinos, criollos y anglosajones; el papiamento era una especie de lengua franca compuesta de elementos portugueses, holandeses y españoles; la arquitectura suponía una amalgama de usos y normas de los vecinos países continentales, de Holanda y Portugal, y la comida, un híbrido de la cocina

europea y la antillana. Me agradó sobremanera esa mezcla de gentes, paisajes, escenografías: la dinámica siempre enriquecedora del mestizaje. Nunca he vuelto por allí, pero cada vez que he pasado cerca he sentido la imantación de esa tierra singular, en la que pienso que no estaría nada mal vivir alguna infértil temporada. Siempre, claro, que el influjo doctrinario de los calvinistas —es decir, de los más conspicuos puritanos de la historia occidental— no se haya transmitido a los descendientes de los antiguos colonos.

A poco de zarpar de Curaçao, empezó a soplar un viento frescachón que no anunciaba nada bueno. Se cerraron a bordo las portillas y los ojos de buey y se tendieron pasamanos y maromas por los pasillos, cámaras y cubiertas para que pudieran asirse los pasajeros en el caso de que empeorase el tiempo. Y así fue. Al caer la tarde una mar de leva acabó en gruesa y el barco empezó a cabecear de manera considerable. La marejada duró casi dos días y Pepa no las tuvo todas consigo, pero se le iba buena parte del tiempo en cuidar a Rafael, a quien aquel súbito bamboleo lo traía bastante soliviantado y que fue un pasajero muy bien atendido por la tripulación. Yo me quedaba en el camarote más tiempo del habitual, pero también solía deslizarme hasta la toldilla desierta a contemplar el espectáculo estremecedor de la borrasca, no sin que un pelma que oficiaba de sobrecargo me vigilara de lejos y aun me informara con aspavientos de predicador de los peligros que corría si me empecinaba en andar por allí. Supongo que no le haría caso, dedicado como estaba a rememorar las historias infantiles vividas a partir de la refundición de novelas ambientadas en la mar, aquellas inolvidables aventuras compartidas con London, Conrad, Stevenson, Melville, Salgari o Patrick O'Brian, que tan poderosas marcas humanas y literarias me habrían de dejar. Y así reviviría con nitidez intacta la gestación de mis primeras acuciantes aficiones náuticas, vinculadas sobre todo a la navegación a vela. El placer o, mejor, el compendio de placeres que siempre imaginé asociados a esa forma distinta de vivir que sólo otorga la experiencia del mar y que también entonces, a manera de prolepsis, estaría anticipándose en el más gustoso sedimento de la memoria.

Al amanecer del segundo o tercer día amainó el viento, se encalmó la mar y sobrevino, como suele ocurrir, un tiempo fulgurante, el mismo que ya nos acompañó hasta Tenerife. A partir de ahí la única mudanza meteorológica fue la térmica: un natural descenso de la temperatura a medida que aumentaba la latitud. Cerca ya del Estrecho, mientras me conmovía preceptivamente reconociendo la costa africana y el difuso litoral de Cádiz, vino a posarse en la cubierta alta una grulla. No parecía herida, tal vez estaba enferma, aunque lo más probable es que se hubiese perdido del escuadrón migratorio o terminase

agotada debido a alguna súbita anomalía de la ruta aérea. Pero yo supuse de inmediato que muy bien podía ser la emisaria de un territorio ya próximo y del que me había sentido más desplazado que de ninguno y que no era otro que Doñana. La desmañada ave vacilaba, huía medrosa por la cubierta, hostigada por algún marinero. Seguro que me acordé del albatros de Baudelaire, víctima también de las afrentas de la tripulación. Incluso pude repetirme aquella analogía entre el ave marina y el poeta, a juzgar por mi a veces exaltada propensión a los recursos librescos: *Exilé sur le sol au milieu des huées, / ses ailes de géant l'empêchent de marcher*.

El único puerto español peninsular en que hacía escala el *Marco Polo* era Barcelona, adonde llegamos con tiempo bonancible y en vísperas de Navidad. Tengo muy presente esa arribada, la aparición en lontananza de los monumentos y edificios urbanos reconocibles, la pausada maniobra de amarre, las odiosas formalidades aduaneras, la colisión entre la despedida y el reencuentro. Sospecho que, en algún repente sentimental, me embargó algo parecido a la emoción del emigrante, del trasterrado que regresa al fin a sus lares después de años de desarraigo y pesadumbre. Me resisto empero a reconocerme tan proclive a esos desarreglos psicológicos que afectan seriamente a la estabilidad de quienes los padecen. En cualquier caso, ahí estábamos ya de vuelta, tres en vez de los dos que partimos, más adiestrados también en las copiosas y mudables enseñanzas de la edad. La travesía desde Buenaventura había sido realmente como un paréntesis vacacional, que era lo que pretendíamos, y llegamos muy beneficiados por los aires marítimos y los reposos de larga duración. Es curioso, pero ahora que lo pienso, cuando desembarcaba en Barcelona ocurría algo que me retrotrae a una meditación inclemente, la misma que asaltó a Darío frente a ese mar nuestro: «¡Oh, qué anciano soy, Dios santo!» Lo digo porque precisamente entonces, justo cuando yo volvía a España, acababan de nacer o eran aún muy niños quienes serían andando el tiempo amigos y escritores de mi predilección: Felipe Benítez, Antonio Muñoz Molina, Manuel Rivas, Luis García Montero, Antonio Soler, Aurora Luque, Almudena Grandes, Benjamín Prado, Luis Muñoz... «Aquí, junto al mar latino, / digo la verdad: / Siento en roca, aceite y vino / yo mi antigüedad.» Pues eso.

No más desembarcar, nos fuimos a pasar unos días a Palma. Todo parecía igual, pero nada era lo mismo. El sopetón inmisericorde de una realidad idéntica pero en proceso de transformación demoledora. Ni las referencias sensitivas nuestras, ni las mudanzas urbanísticas, ni la edad de los otros, habían dejado de adecuarse paladinamente al remiso aunque irreparable paso

del tiempo: el virgiliano *fugit irreparabile tempus.* Era la primera vez que yo dormía en la casa familiar de Pepa, la de los Ramis de la calle Apuntadores, junto al Borne, donde tantas complejidades amatorias y controversias vitales hubimos de compartir y donde empecé yo a prescribirme mi propia legitimidad moral. Allí pudimos dejar alguna que otra vez al niño y recobrar un poco las sensaciones de todas esas rutas insulares tan unidas a nuestra historia común: Port de Pollença, Sant Telm, Felanitx, Cap Enderrocat, Deià, Andraitx... Fueron días intensos y favorables. No puedo precisar si nos fuimos enseguida a Madrid o volví yo primero a Barcelona para convenir con Barral algunos pormenores editoriales de *Dos días de setiembre*, que justamente iba a aparecer por aquellas fechas. De todos modos, las imágenes del regreso a Madrid se han quedado congeladas, bloqueadas de manera incorregible en algún desvío irregular de la memoria. Tampoco he hecho nada por rescatarlas con una mínima fiabilidad, cosa que no habría sido dificil, aunque sí irrelevante. Lo único seguro es que nos instalamos provisionalmente en el piso de la calle Virgen de la Consolación, de cuya custodia se había encargado José Luis Barros con esmero metódico: lo había llenado adecuadamente de ninfas nórdicas, lobos solitarios y viejos judíos errantes.

En Madrid seguía naturalmente elucidándose la inconstante actividad de la vida tal como yo alcanzaba a recordarla: la grisura y la mediocridad agazapadas en las torvas garitas de la dictadura, la miseria solapándose bajo las incipientes alharacas del desarrollismo, la sumisión indigna de los más. Después de una ausencia de casi tres años, nada encontré en la climatología ciudadana que pudiera proporcionarme una somera sensación de higiene ideológica, alguna clave moral estimulante, sólo me asaltó de modo alevoso el siempre vigilante fantasma de la depresión o, al menos, de una crisis de ansiedad que tardé tiempo en resolver con antídotos de urgencia y remedios sin duda inadecuados. Recuperé, eso sí, algunos episodios amables de la vida cotidiana, esos hábitos de menor cuantía, esas minucias rutinarias que a veces colaboran en estabilizar cierto equilibrio sensible, pero nada más. Lo que iba viendo, lo que iba cotejando a duras penas en la memoria, continuaba como estancado en un desánimo, una atonía que me exasperaban gravemente. Casi todo estaba marcado por el consentimiento, la neutra moralidad del funcionario en trance de apuntarse por inercia o por obediencia a la conmemoración de los veinticinco años de paz. Por supuesto que también había otras compensaciones, todas ellas ligadas a ciertos mínimos aspectos sentimentales del regreso, unas emociones en apariencia fútiles, subalternas, pero extremadamente retributivas. Creo que poco a poco volví a valorar las pequeñas complacencias inesperadas y logré reconstruir esos remanentes

afectivos que se habían ido medio desvencijando por la acción de los años. Pero también llegué a otra conclusión intranquilizadora. Una vez reincorporado a las solicitaciones de la vida civil y una vez revisado el alcance general de mis finanzas, deduje discretamente que tenía que empezar por resolver con relativa premura la economía doméstica. El trabajo universitario en Bogotá me había permitido reservar sin mayores esfuerzos el pecunio suficiente como para despreocuparme por unos meses de apremios o alarmas. Pero hasta ahí llegaban mis poderes.

Lo primero que hicimos fue cambiarnos de piso. En el de Virgen de la Consolación no era ya fácil el aislamiento con el niño reclamando su espacio, y hasta podía llegar a hacerse bastante incómodo. Ocurrió además que me habían hablado de dos torres gemelas que acababan de levantar en la cota más alta del norte de Madrid, en una zona urbana muy de mi gusto. Era un edificio bastante atractivo desde el punto de vista arquitectónico y situado justo en la linde del pinar de la Dehesa de la Villa, un monte del común y, por consiguiente, inajenable, al que —en teoría— no podía invadir la tosca expansión de la ciudad. Digamos que la casa era entonces, más o menos, la última a la izquierda según se sale de Madrid hacia La Coruña. Allí residían, o no tardarían mucho en hacerlo, Francisco Brines, Fernando Quiñones, José Ramón Ripoll, el pintor-ceramista Arcadio Blasco y la también ceramista y entonces mujer suya Carmen Perujo. Pepa y yo nos apresuramos a ver el piso, sopesamos sus ventajas e inconvenientes y acabamos encontrándolo bastante satisfactorio, de modo que no dudamos en cerrar el trato sobre la marcha. A los quince días o poco más ya estábamos instalados allí, no sin que yo acusara nocivamente esa sensación de despojamiento que provocan siempre las mudanzas. Las reservas monetarias traídas de Colombia se agotaron con ese cambio de vivienda, si bien la dotación del premio Biblioteca Breve y la venta del antiguo piso aminoraron en parte los riesgos de insolvencia.

La presentación de *Dos días de setiembre* en Barcelona estuvo bastante concurrida y a mí medio me alivió en parte de ese desajuste comunicativo que asedia al recién desembarcado, a pesar de que semejantes reuniones siempre me han resultado muy difíciles de sobrellevar. Me reencontré de golpe, en medio de los vaivenes del festejo y dispersiones subsiguientes, con los amigos catalanes de antes, es decir, con Ana María Matute, Marsé, Barral, Castellet, los hermanos Goytisolo, Gabriel Ferrater, Lolita y Antonio Vilanova, Jaime Gil, Néstor Luján, Enrique Badosa... Todos estaban donde solían y durante mis años de ausencia la mayoría de ellos había preservado su jovialidad y su inteligencia. Algunos habían superado las respectivas marcas de su literatura,

como Marsé, que acababa de publicar *Esta cara de la luna*, o Barral sus *Diecinueve figuras de mi historial civil*, o Gabriel Ferrater *Menja't una cama.* Juan Goytisolo seguía empecinado en su testificación crítica de la burguesía —*La isla*, *Fin de fiesta*—, usando para ello de una técnica objetivista y de un español ágil y contaminado *de més a més* de catalanismos. Todavía le quedaban unos años para reflotar con *Señas de identidad*, una novela sin duda sobresaliente, o para emprender una relectura intachable de nuestra más digna estirpe cultural. Su hermano Luis, después del buen augurio de *Las afueras*, aún tardaría más en llegar a la sagaz indagación de *Antagonía* y, desde ahí, a navegar por unas zonas licuantes que ya a mí me caían muy a trasmano. La verdad es que nunca leí con gusto a los Goytisolo: o demasiado autotraducidos, o demasiado obstinados en la ortopedia de la contracorriente, o demasiado unilaterales en la reglamentación de la celebridad.

A quien también reencontré entonces fue a Carmen Balcells, que había puesto en marcha con Yvonne Hortet, la mujer de Barral, la primera agencia literaria española propiamente dicha, a la que también me uní contractualmente por aquellas fechas. Eran dos mujeres de mucha energía y muchas reservas de intrepidez y todo fue bien desde un primer momento, aunque Yvonne abandonó bien pronto la empresa. Carmen me había escrito a Bogotá pidiéndome orientación sobre los últimos novelistas de relieve surgidos en Colombia. Yo le pasé enseguida la información, apuntándole tres nombres: Gabriel García Márquez, Pedro Gómez Valderrama y no sé si Álvaro Mutis o Álvaro Cepeda Samudio. Gabo ha contado alguna vez esa mediación mía, pues a partir de ahí la Balcells, «bañada en lágrimas» y convertida en la mamá grande o la gran papisa de la industria editorial hispánica, pasó a ser no ya la exclusiva agente literaria de García Márquez sino una especie de administradora única para toda clase de asuntos financieros, a más de amiga fidelísima. Andando el tiempo, en la hermosa casona colonial que tenía Gabo en el barrio de El Pedregal, en Ciudad de México, y en la que pasaba largas temporadas, coincidí en una cena muy agradable con la Balcells, y pude calibrar hasta qué punto los vínculos comerciales se habían acrecentado tanto como los afectivos.

La Barcelona que yo redescubrí entonces, en la que probablemente se andarían canalizando los supuestos prolegómenos de la *gauche divine*, me pareció a veces divertida y casi siempre un poco engolada, como a caballo entre un engreimiento algo enfadoso y una especie de afrancesada propensión al énfasis. Sospecho, en todo caso, que ya se filtraba por algún resquicio de la personalidad urbana el adocenamiento, la mediocridad que se harían patentes

años después, no sé si a partir del triunfo electoral de Convergencia. No sé. Tengo entendido que el apelativo de *gauche divine* fue acuñado con bastante buen tino, y no sin algún contagio onomástico sartriano, por Joan de Sagarra. Se pretendía designar o englobar así a ese grupo de jóvenes arquitectos, editores, escritores, cineastas, fotógrafos, poetas, actores, paseantes en corte, que compartían ciertas afinidades: eran indistintamente antifranquistas, transgresores, noctámbulos, algo petulantes, algo frívolos, y gustaban de aprovechar las oportunidades que podía suministrar aquella nada prodigiosa década —de mediados de los sesenta a mediados de los setenta— para ejercer un poco de *enfants terribles.* No era ningún movimiento, era más bien un concepto, una coincidencia de actitudes entre personas preferentemente cultas, demócratas, esnobs y hedonistas, que ocuparon efectivamente una parcela de nuestra vida histórica en la que se urdieron algunos estimulantes reclamos de la libertad. Como tal subversión de jóvenes ilustrados y generalmente con resaca, la *gauche divine* no tuvo desde luego su correlato capitalino. En Madrid las cosas sucedían en este sentido de otro modo: la gente de izquierda podía ser cualquier cosa menos divina. Sólo quizá Juan García Hortelano y Ángel González sincronizaban aproximadamente y en términos mesetarios, suponiendo que ésa sea una equivalencia posible, con ciertos *lletraferits* de la *gauche divine*, al menos en lo que se refiere a las contradicciones más rastreables entonces: los nocturnos hábitos burgueses y las diarias requisitorias marxistas.

Cuando yo traté a los supuestos componentes de esa civilizada tropa barcelonesa, en ningún momento fui consciente de que estuviera compartiendo con ellos ninguna experiencia común a efectos corporativos o sólo en una acepción política y razonablemente disipada. Frecuentaba sus santuarios —Bocaccio, Casa Mariona, el Stork Club—, pero nada más: nunca se me ocurrió asociarlos a lo que posteriormente sería considerado como un voluble gremio de izquierdistas divinos, entre los que podrían alinearse Jaime Gil, Beatriz de Moura, Juan Marsé, Yvonne y Carlos Barral, Rosa Regàs, Terenci Moix, Colita, Castellet, José Agustín Goytisolo, Oriol Regàs, Jaime Salinas, Óscar Tusquets, Salvador Clotas... Tampoco disponían de rasgos comunes ni nada parecido, sobre todo porque era más bien nula la cohesión global de aquella bandada de pájaros de la noche, integrados casi todos ellos en la «infame turba» compilada por el mexicano Federico Campbell en un libro de entrevistas que incomodó lo suyo. La *nova cançó* también debía de andar entonces intentando asentar su personalidad porque medio distingo en aquel decorado social barcelonés a Joan Manuel Serrat, con el que compartí luego no pocas amistosas complicidades; a Lluís Llach, un joven de muy buen

gusto musical, o a Pi de la Serra, aunque lo que más resuena en mi evocación es la disonancia declamatoria de *Al vent*, de Raimon, cuya nombradía, o cuya pertinente estética del no, superó con creces a su mérito. María del Mar Bonet aún no andaba por allí y aún no se había convertido en una de las más seductoras voces del Mediterráneo.

Ignoro por qué rodeos domésticos pasé aquellos días barceloneses en casa de Ana March, viuda de Juan Estelrich, quienes habían estado relacionados con la familia de Pepa por unos vínculos parecidos a los de la consanguinidad. Era un piso muy espacioso situado en un edificio de la época del Eixample, en el cruce de la Diagonal con el paseo de Gracia. Pienso que tal vez Ana María, la mayor de las hijas de Estelrich, me invitó a casa de su madre, que vivía sola, con ánimo de que pudiésemos husmear juntos por la biblioteca paterna que aún se conservaba intacta y que no tardó mucho en disgregarse. La biblioteca contenía realmente un apetecible muestrario de libros curiosos, pero mis pesquisas apenas sobrepasaron algún desordenado ojeo general y unas meras aunque apasionadas calas en la magnífica colección de clásicos grecolatinos que puso en marcha la Fundación Bernat Metge, bajo la dirección de Estelrich. De todos modos, tampoco es que me quedara más tiempo del prudencial en esa biblioteca, sobre todo considerando que las noches de Barcelona eran más transitables que el tentador laberinto de esos libros.

Uno de los más testarudos empeños que me asediaron en Colombia y que se agudizaron en esas primeras andanzas por Barcelona y, sobre todo, por Madrid, consistía en restablecer mis interrumpidas aunque nunca obviadas conexiones con la lucha antifranquista. Y así lo hice, efectivamente. Creo que fue Juan García Hortelano, o tal vez José María Moreno Galván, militantes comunistas a la sazón, quienes primero me ilustraron sobre unas coyunturas que si bien desconocía en algunos matices operativos, también era posible que la larga ausencia, o la misma falta de perspectivas, hubiesen ido desdibujando y hasta sublimando a partir de ciertas inevitables erratas emocionales. Por razones emanadas quizá de una obstinada defensa de mi autonomía, proseguí sin afiliarme al PC, ni siquiera acepté la sugerencia de asistir a unos cursos de marxismo en Praga y posteriormente en Billancourt, cerca de París, pero reiteré sin reservas mi firme voluntad de colaboración. La verdad es que también pensaba que algunas insólitas tesis morales que mantenía entonces el PC no podían ser más inaceptables. A Jaime Gil, por ejemplo, le negaron su solicitud de ingreso en el partido a causa de su condición de homosexual. Y me consta que se dieron otros casos de casi increíble concomitancia con las peores industrias de la moralina dominante. Nunca acabé de entender esos

preceptos, más propios del conservadurismo tradicional que de cualquier opción social progresista. Mantuve, sin embargo, esa deliberada actitud de «compañero de viaje», nada infrecuente entonces, hasta que la propia coerción de la historia acabó anulando incluso ese viaje.

Creo que con quien más me junté entonces fue con Juan García Hortelano. Compartí con él muchas experiencias políticas, etílicas, viajeras. Y muchas horas de diversión, entre las que no eran las menos vistosas las dedicadas a oírlo relatar de modo admirable sus particulares versiones de los hechos. De unos hechos fidedignos o inventados, que eso daba igual. Que yo sepa, sus más reconocibles rivales en este sentido podían ser Juan Marsé o Carlos Casares, otros dos consumados contadores de historias. Pero nunca incurrieron en ninguna competencia desleal. No iban por ahí las reglas del juego. Lo que sí ocurría siempre es que si algún interlocutor empezaba a relatar un episodio que Hortelano conocía, éste lo interceptaba de inmediato con un gesto benévolo y una frase tajante: «Déjame que yo lo cuente.» En esa sola locución se sintetizaba un método de trabajo y una declaración de amor por la palabra. Porque lo que Hortelano contaba era siempre muy distinto a lo que podía relatar cualquier colega, no por el asunto —claro— sino por los aderezos interpretativos y demás aliños del ingenio. La pericia de su literatura oral encontró así su más efectiva correspondencia en sus diálogos escritos. Muy pocos narradores gozaron de tan buen oído como él para hacer hablar a la gente a través de las instancias narrativas. No frecuentó ninguna asociación de beocios, de modo que desdeñaba todas esas majaderías gremiales que circulaban por ahí y que, en cierto modo, le proporcionaron la necesaria veracidad para cultivar sagazmente la ficción. Como detestaba el mal uso del éxito y las faramallas del escritor metido a corredor de fondo, nunca hizo nada por disimular su talento de diablo cojuelo en ejercicio, siempre dispuesto a conversar con los personajes a quienes sorprendía deambulando por la vida. Bondadoso y malicioso a partes desiguales, provisto de un escepticismo que en modo alguno excluía la curiosidad, cultivador impecable de la ironía puntiaguda y la elegancia desaliñada, Hortelano fue sobre todo —y casi a su pesar— un auténtico paradigma de persona. Reiterarlo a estas alturas también es un buen ejercicio de equidad.

A todo esto, la situación general del país seguía siendo bastante desalentadora y los tentáculos de la represión continuaban segregando sus consabidas insidias, incluso se habían intensificado de muchos modos a partir de las huelgas mineras de Asturias de 1962 y 1963. Quizá fuesen aquéllos los más lóbregos tiempos dictatoriales que yo alcanzo a recordar. No tardé en

comprobarlo a poco de asomarme a las trastiendas menos visibles de la vida madrileña. Mi intermediario en este sentido fue primeramente Armando López Salinas, que acababa de obtener el premio Ruedo Ibérico con la novela *Año tras año*, cuyo alcance social, centrado en las luchas obreras durante la inmediata posguerra, la convertía más en un testimonio político que en un texto literario propiamente dicho. López Salinas era un hombre bueno y un comunista crédulo y porfiado, que cumplía las encomiendas del partido con la misma entrega fervorosa que si estuviese dedicándose al ejercicio de la beneficencia. No bebía alcohol, lo que era entonces una especie de rareza, aunque sí era muy dado al café con leche, en el que iba mojando galletas de tal modo que las dejaba ablandarse y nunca conseguía pescarlas sino con cucharilla. Parecía un insurrecto disfrazado de canónico.

Nos reuníamos sin ninguna regularidad en casa de Carmina Labra, de Hortelano, de Celaya o en la mía propia, y tratábamos de convencernos de que ahí mismo se estaba gestando la inminente caída del imperio franquista. También se celebraban sigilosas reuniones en iglesias de barrio, cuyos párrocos prestaban con gusto sus instalaciones y para las que me avisaba siempre Natalia Calamai, la mujer de Nicolás Sartorius, una activista con mucho encanto. Pero la más movida de esas sesiones tenía lugar en el ya desaparecido café Pelayo —que debía su nombre a la calle donde estaba: Menéndez Pelayo, cerca de Alcalá—, con asistencia incluso de un policía que había ido adquiriendo cierta furtiva confianza con la clientela y saludaba familiarmente a algunos de los conspiradores habituales. Pero al café Pelayo yo no acudí sino en su última etapa y muy de vez en cuando, a poco de volver de Colombia. La asistencia a estos conciliábulos era muy variable: había militantes comunistas, que eran los más —aunque las células solapaban a veces su identificación—, emisarios extranjeros de paso y diversas especies de conjurados por libre: Ángel González, García Hortelano, Alfonso Grosso, Antonio Ferres, López Salinas, Javier Alfaya, Alfonso Sastre, Juan Eduardo Zúñiga, Eduardo García Rico, Felicidad Orquín, José Esteban, Isaac Montero, María Amposta —entonces mujer de Pericás y luego de García Hortelano—, Jesús López Pacheco, Martínez Menchén, Ricardo Zamorano... Si no se planteaban estrategias políticas de despegue inmediato, podían ocurrir cosas muy peregrinas. Quiero decir que la simple sospecha de estar representando el papel de hombres de poca fe o de ilusos declarados, propagaba entre los asistentes la tentación de los remedios etílicos. Bueno, no entre todos los asistentes, porque algunos sólo tenían el vicio de las gaseosas, como Andrés Sorel, apodado Mirinda por ser bebedor empedernido de esa marca de refrescos.

Un día tuve que ir a Valencia, creo que con la misión de coordinar no sé qué movilización universitaria, seguramente alguna lectura poética o actuación musical que encubriera la verdadera intención política del acto. La austeridad de esos desplazamientos, incluso las normas de prudencia, hacían recomendable que se aceptara la hospitalidad de algún compañero. Yo me alojé aquella única noche en casa de Luis Berenguer, entonces estudiante de Derecho y hoy presidente de la Comisión Nacional de la Competencia. Era una casa enorme, con salones primorosamente amueblados aunque de un modo algo caótico. En la mesa del comedor podían caber hasta doce o catorce comensales, pero en aquella cena sólo éramos cuatro: Luis Berenguer, la abuela, la hermana y yo. Todo transcurría de un modo sosegado y como sometido a la urbanidad más rigurosa. La abuela, una octogenaria menuda y pulcra, comía en silencio, y la hermana, una jovencita bastante retraída, servía la mesa. En un momento dado, Berenguer empezó a hablarme sin ningún tapujo de los pormenores de los actos de protesta que se tramaban en su facultad. Yo miraba con alguna aprensión a la abuela, suponiendo que no tardaría en emitir alguna severa reprimenda, pero lo que dijo fue lo más impredecible; preguntó textualmente: «¿Habéis quemado algún tranvía?» El nieto le contestó que no, que no lo habían hecho, que todo se andaría, a lo que la anciana replicó apoyando incluso su fogosidad con un beligerante vaivén del puño: «Pues hasta que no empecéis a quemar tranvías, no vais a conseguir nada.» El nieto bajó la vista con una acusada expresión de remordimiento. Guardo desde entonces un respeto inquebrantable por las octogenarias valencianas. Todo lo demás me suena mayormente a *mascletà*.

Durante aquel viaje a Valencia conocí también, supongo que a través de Luis Berenguer, al poeta Vicent Andrés Estellés. Era algo mayor que yo y mostraba una conmovedora afición por la militancia antifranquista. Su poesía, que a él le gustaba situar en la tradición del *dolce stil nuovo* remodelada por su paisano Ausiàs March, equidistaba de las sutilezas verbales de Blas de Otero y las mañas metafóricas de Neruda, todo eso en versión valenciana, y se me hizo luego un poco cuesta arriba, creo que por su áspera tendencia al uso de coloquialismos y asuntos costumbristas. Estellés era una persona afable, de apariencia cohibida, y sin duda uno de los hombres más inocentes que he conocido, de una inocencia derivada probablemente de su propia complejidad temperamental. Andando el tiempo, fuimos juntos a Figueira da Foz, en un Portugal ya liberado de las largas atrofias de la dictadura. Se había organizado en aquel bello estuario del Mondego, no lejos de Coimbra, un coloquio entre poetas portugueses y españoles, al que concurrieron —que yo recuerde— Celso Emilio Ferreiro, Valente, Barral, Gil de Biedma, Joan Fuster, no sé si

Martínez Sarrión o Guillermo Carnero, y un buen número de colegas portugueses. Antes de salir de Madrid, ya manifestó Estellés que se sentía algo indispuesto, pero aun así emprendimos viaje en el coche de Fanny Rubio, que siempre fue una ubicua coordinadora sentimental. También venía con nosotros Fernando Quiñones y no hubo ninguna novedad reseñable durante el trayecto, a no ser que cada vez que se le preguntaba a Estellés por su estado de salud, prorrumpía éste en un llanto entrecortado y en extremo quejumbroso, argumentando que no creía poder llegar con vida a nuestro destino. Es posible que, en un alarde escabroso, incluso se me ocurriera consolar al hipocondríaco poeta asegurándole que lo más dañino para la salud era la muerte. En cualquier caso, lo peor de esa reiterada lamentación es que no inducía a ninguna réplica compasiva sino antes por el contrario a una hilaridad generalizada, con lo que también se le acrecentaba a Estellés la frecuencia de los sollozos. A lo mejor hasta se repetía con Garcilaso «salid sin duelo, lágrimas, corriendo». Si cuento esa historia pueril es porque describe con bastante aproximación la tupida inocencia a que me he referido.

Justo por esas calendas se inicia la animosa, infecunda y consabida actividad de los abajo firmantes. El primer manifiesto del que yo puedo acordarme en este sentido fue más bien una carta al entonces ministro de infelice memoria Manuel Fraga Iribarne, férreo guardián de las Leyes Fundamentales del Movimiento, a quien un centenar de intelectuales le pedía cuentas sobre las torturas infringidas a algunos mineros asturianos presos a raíz de las huelgas. La reacción del iracundo ministro no tardó mucho en producirse. Respondió a cada uno de los firmantes notificándoles lo mismo: que a lo más que había llegado la policía de la cuenca minera era a pelar al cero a algunas agresivas mujeres, de modo que nos habíamos dejado engañar, o sea, que todo había sido una «tomadura de pelo». Eso fue literalmente lo que escribió. Quiero recordar que la cosa se fue enconando y que hubo un nuevo escrito de protesta y que Bergamín, cuyo nombre encabezaba la lista de firmantes, fue llamado a capítulo por el torvo ministro de la policía Camilo Alonso Vega, quien lo acusó de pertenecer a la horda de los antiespañoles, instándolo o poco menos a abandonar el país. Bergamín se refugió entonces en la embajada de Uruguay y, desde ahí, salió otra vez para el que iba a ser su último exilio en París, donde yo lo vi alguna vez y donde fue acogido con providencial deferencia por su amigo André Malraux, quien ya se había integrado en el gaullismo y en la opacidad literaria.

Al hilo de esos acontecimientos, se organizó una manifestación de mujeres en la Puerta del Sol, con ánimo de reiterar públicamente la protesta contra

esas últimas vejaciones calificadas por Fraga de «tomadura de pelo». Parece ser que toda aquella movilización femenina estuvo mal planteada desde un principio, pues a poco de iniciarse o una vez articulado un grupo de cierta apreciable consistencia, pudimos comprobar que había más policías que manifestantes. Tampoco es que se hubiesen congregado muchas mujeres pero, aun dando por supuesta esa posibilidad, la abundancia de peatones que transitaban a aquellas horas por la Puerta del Sol habría impedido realmente que se hicieran notar demasiado. No se produjo ninguna violencia ni las dispersó ninguna carga policial. Simplemente fueron detenidas por grupos y conducidas consecutivamente a las temibles dependencias de la Dirección General de Seguridad. Me cuesta trabajo entender cómo aquellos agentes de la Brigada político-social actuaron con tan metódica pericia, identificando entre los transeúntes, sin otra ayuda que la del olfato del sabueso, a todos los que habían acudido a aquel conato de manifestación. ¿Cómo se enteraron de la furtiva convocatoria y a través de qué astutas estrategias fueron reconociendo y neutralizando a las mujeres? Me inclino a creer que esos agentes pertenecían a una brigada selecta adiestrada en la sutil especialidad de detectar la presencia de antifranquistas. Sin duda que el sistema policíaco de la dictadura podía ser acusado de toda clase de tropelías, pero en ningún caso de inoperancia.

Algunos de los que asistíamos a la manifestación a título de testigos solidarios —Fernando Baeza, Gabriel Celaya, Angelino Fons, yo mismo— fuimos detenidos con la misma diestra celeridad que las mujeres. Visto y no visto. Nos condujeron uno a uno hasta una antesala de los sótanos, nos despojaron reglamentariamente de nuestras pertenencias y cada cual fue introducido en un calabozo independiente. Camino del mío, pasé ante una amplia celda colectiva repleta de mujeres, incluida la mía, entre las que figuraban —según compruebo en la notificación gubernativa— Gloria Ros, Amparo Gastón, Josefina Aldecoa, Concha Fernández Luna, Teresa Bergamín, Isabel Hierro, Gabriela Sánchez Ferlosio, Eva Sastre, Consuelo Claudín... Por lo visto, todas declararon de común acuerdo la risible excusa de que estaban en la Puerta del Sol porque iban camino de Lhardy, en la vecina carrera de San Jerónimo, a comprar pastas. Bueno. El calabozo donde me encerraron era un cuchitril de menos de dos metros cuadrados provisto de un petate mugriento y una bombilla enjaulada. Por la mirilla de la puerta se veía un trozo de muro gris y las paredes del calabozo aparecían rayadas de avisos carcelarios y obscenidades que luego leería hasta la reiteración patológica mientras permanecí allí incomunicado. De una especie de barbacana abierta a un lado del techo bajaba una tenue luminosidad procedente de algún

ventanuco que comunicaría aquel sótano con la calle, a juzgar por un lejano ronroneo, de distorsionada acústica, que alcanzaba a oírse. Después de varias horas de encierro, vino a buscarme un guardia, me condujo a través de pasillos, escaleras y más pasillos hasta un despacho, donde fui minuciosa y groseramente interrogado por dos agentes. Otra vez me asombré de tan expertas funciones policíacas: sabían de mi estancia en Colombia, de mis visitas a la embajada de Cuba, de algunas de mis relaciones habituales con conocidos desafectos. ¿Cómo era posible y a santo de qué todas aquellas inquisiciones por un hecho tan simple como el de haber acudido a una manifestación pacífica, amén de abortada?

Estuve en aquel insalubre y opresivo calabozo dos días con sus noches. Mis crispados desplazamientos quedaban reducidos al trayecto de dos pasos y me angustiaba hasta la claustrofobia aquella estrechez inhumana. Por más que lo intenté, no conseguí probar el rancho, aunque el hambre me hizo comer con lentitud morbosa las raciones de pan que me suministraban. Creo que no me sentía atemorizado ni sujeto a excesivos sobresaltos sensitivos, sólo me acosaba el sinvivir de una sospecha dotada de sus oportunos ribetes librescos: la de que se olvidaran de mí y permaneciera en aquella mazmorra infecta todo el tiempo del mundo, a la manera de esos héroes de novela gótica que envejecen abandonados en un cautiverio injusto. Creo que lo que me intimidaba era más bien una variante psíquica del desamparo, ese pugnaz fragmento de vida desvalijada entre las acometidas de la soledad, el lastimoso aislamiento y un silencio hostil, apenas quebrado por alguna llamada, algún grito, algún sollozo. Cuando me soltaron a media mañana del tercer día, tuve la pertinaz sensación de haber escapado de un encierro rebosante de peligros. La calle equivalía al merecimiento de una jubilosa libertad personal. Es curioso, pero esa detención fue para mí mucho más preocupante que otras posteriores experiencias en este sentido, incluida la carcelaria.

No mucho después de todo eso, me acometió sin ningún previo aviso un ataque de apendicitis aguda. Habíamos ido a cenar, creo que tras asistir a alguna exposición, un grupo de pintores —Caneja, Lucio Muñoz, Mercedes Ruibal, Carmen Laffón, José Vento—, además de José María Moreno Galván, Carola Torres, su mujer, y el dramaturgo José Ruibal, hermano de Mercedes. También estaba aquel día con nosotros Faustino Cordón, amigo de Caneja, un sabio bioquímico arrinconado por las sevicias oficiales y una persona dignísima a la que respeté y admiré con especial fidelidad. Recuerdo que la mujer de Moreno Galván andaba amonestando a su marido del modo más enfadoso por excederse en la comida, que era lo que practicaba él de continuo.

Una vez, se organizó en su casa una reunión en torno al director de cine italiano Francesco Rosi, que preparaba un documental sobre la España franquista, y alguien —creo que Pere Portabella— aportó a aquel medio improvisado agasajo un jamón, manjar que José María tenía más que vedado. El simple hecho de observar el disfrute ajeno pudo más que cualquier freno de la templanza y, en un repente desesperado, José María arrambló con el jamón y huyó con él entre los brazos hacia un desconocido lugar. Costó Dios y ayuda dar con el fugitivo, cuyos ojos centelleaban como los de quien ha alcanzado la visión beatífica.

Decía que fue en aquella cena de pintores donde me sobrevino el ataque de apendicitis. Sentí como si un sable dentado me atravesara el abdomen de parte a parte. No sé si me desmayé o me faltó poco, pero Pepa me llevó de inmediato a casa en un taxi cuyos bandazos acentuaban de manera angustiosa el dolor y las arcadas. No más llegar, avisó al doctor Barros, que se personó en casa con rapidez magistral y quien, después de un examen somero, llamó a su vez a una ambulancia para que me trasladara a una clínica de la calle General Mola —luego Príncipe de Vergara—, donde quedé depositado en la unidad de urgencias quirúrgicas. Barros me operó aquella misma noche y tardaron casi cuatro horas en devolverme a la habitación. La cosa fue bastante grave, ya que la inflamación del apéndice estuvo a punto de producir una infección en la cavidad peritoneal, debido a la inminencia de perforación del intestino. Pero no ocurrió nada de eso.

El tiempo que permanecí anestesiado, o, mejor dicho, el trayecto entre la pérdida de la conciencia y la laboriosa recuperación, supuso desde luego una experiencia muy extraña. Me di cuenta de que caía en un sopor amorfo, sin ningún sensible asidero, y que desde allí me sumergía en un vacío incoloro, en una nada donde ni siquiera cabía el más nimio sueño, la negación absoluta de la realidad dentro de una serie de deformes imágenes circulares superpuestas, y así hasta que el desvarío empezó a discurrir por alguna vaga secuencia identificable. Repetía palabras llegadas desde el fondo de la inconsciencia, palabras que yo no quería que tuviesen su significado habitual, pero que pronunciaba de manera irrazonable, relacionándolas con formas difusas que iban poco a poco haciéndose concretas, un rostro, una ventana que sólo en parte dejaba pasar la claridad, el artilugio colgante del goteo, dos puertas formando un ángulo incomprensible, una mesa con unos periódicos y unos frascos. Deduje por último que ya había salido del quirófano, aunque no podía saber ni dónde estaba ni qué había pasado. Sentía un dolor sordo apenas localizable y entonces pensé sosegadamente, pausadamente, que ése era un buen momento para dar por terminado mi paso por la vida, así de sencillo, que todo estaba en calma y que no me importaba en absoluto sino que incluso me apetecía que todo se fuera emborronando, oscureciendo, hasta desaparecer para siempre. La muerte por primera vez aceptada con gustosa conformidad o por lo menos con indiferencia: un descanso y un merecimiento. Y entonces, no sé por qué, tal vez porque oí que Pepa me hablaba, salí del delirio, dije con voz de rapsoda famélico unos versos aislados, incongruos, cuya inoportunidad vino a acrecentar la ridiculez y que tal vez provenían de un falso repliegue lírico de mi siempre dilecto Juan Ramón Jiménez, y pedí de beber.

Me visitaron muchos amigos y eso me hacía sospechar que la operación había sido más seria de lo que pensaba o de lo que me decían. Dos de esos amigos —José Luis Aranguren y Vicente Aleixandre— me llevaron sendos libros suyos, y eso me agradó mucho. Debía de estar en esa fase de hipersensibilidad afectiva que padecen los enfermos que han escapado de un mal trance. Aranguren me regaló lo último que acababa de publicar, *Ética y política*, y Aleixandre, su también reciente *En un vasto dominio*. Por cierto, que en la dedicatoria que Vicente escribió sentado junto a mi cama, decía: «Al pie de su lecho de resurrecto», con lo que acabé convenciéndome de que alguna gravedad sí que había tenido la apendicetomía que me había practicado, con mano maestra, José Luis Barros. Al cabo de ocho o nueve días volví a casa y comencé un restablecimiento que duró casi un mes. La debilidad me obligaba a pasarme en la cama más horas de las aconsejables, aunque nunca tantas como acostumbraban los acostados de mi familia Bonald, pero eso tampoco impedía que diese lentos paseos por los pinares de la Dehesa de la Villa en funciones de paciente desmemoriado.

Fue ésa una temporada hecha de segmentos de irregularidades que desembocaron en la inesperada coyuntura de un trabajo mío en *Selecciones*, la edición española del *Reader's Digest* que dirigía Vicente Fernández de Bobadilla, amigo querido desde los años juveniles en Jerez. Ya comenté algo de eso en otro lugar de estas memorias. Esa revista se distinguía por ser el más detestable invento editorial que darse pueda, obra de un memo similar a cualquier otro memo norteamericano, una especie de traficante de mojigaterías empeñado en propagar entre sus incalculables lectores las buenas costumbres, la ejemplaridad cívica, la madera de los héroes y la vida sana. Vicente era una persona dadivosa y divertida, de amplias capacidades para la amistad, la nocturnidad y la dirección de empresas. Solíamos vernos alguna que otra vez, sobre todo cuando el tiempo del ocio anunciaba borrasca, en Balmoral, un bar de copas para lechuginos y facistoides de la zona de Serrano, o sobre todo en Alboroque, en Caballero de Gracia, de clientela mucho más diversificada. A partir de ahí, ya nada era predecible, incluso lo más seguro es que cundiera la voz de alarma en las respectivas familias debido a lo que tenía todo el aspecto de un abandono del hogar.

Vicente llevó a trabajar a *Selecciones* a un numeroso grupo de escritores a quienes deseaba proteger o agasajar, o bien por un simple prurito de ejercer magnánimamente de mecenas. Por lo común, y salvo algún raro ejemplo de funcionario probo —como era el caso de José Hierro—, ninguna de esas personas aportó el menor esfuerzo personal a la buena marcha de la empresa.

Allí trabajaron —es un decir—, a la vez o consecutivamente, el citado José Hierro, Luis Rosales, Leopoldo Panero, Luis Feria, Fernando Quiñones —que acarreó a su vez a los otros dos cofundadores de la revista gaditana *Platero*: Felipe Sordo Lamadrid y Serafín Pro Hesles—, Paca Aguirre, José Luis Acquaroni, Carlos Dampierre y yo mismo. También andaban por allí otros ejecutivos que se mostraban bastante benevolentes con los escritores de la casa, aquejados mayormente, como digo, de una varia graduación de incompetencias en asuntos empresariales. Me refiero en especial a Juan Antonio Ceballos y Fernando Bolín, gentes de bien. Hubo un momento sin embargo en que tan nutrido grupo de prescindibles colaboradores se hizo bastante oneroso para las finanzas de la firma, ya que Vicente incluía en el concepto de amistad unos salarios altamente generosos. En cierto momento, cuando ya el negocio inició un natural declive después de haber batallado heroicamente por salvar de la iniquidad al género humano, Vicente se planteó una tímida reestructuración de lo que podría llamarse el sector decorativo de la plantilla. Como primera medida, ofreció a algunos una considerable compensación a cambio de su abandono y a otros decidió subirles el sueldo con una única condición: que no aparecieran por la oficina, ya que su presencia incluso podía resultar desmoralizadora para el resto de los empleados. Tal fue el caso de Luis Rosales, quien alentó, sin embargo, el único proyecto estimable en todo aquel pandemónium editorial: una útil y solvente antología de la literatura hispánica, en cuatro tomos, realizada por Dámaso Alonso y Eulalia Galvarriato.

Yo empecé a trabajar en *Selecciones* justo cuando murió Leopoldo Panero, con quien me unía una discontinua y compleja relación de amistad desde que me ofreció venirme a Madrid, a principios de los cincuenta, para trabajar con él en la Bienal Hispanoamericana de Arte. El entierro de Panero se celebró en Astorga, su pueblo, y allí nos presentamos, conducidos por Vicente Bobadilla, una desigual representación de amigos: Luis Rosales, Fernando Quiñones, Luis Feria y yo. Fue un viaje curioso, del que conservo unas imágenes un poco desvaídas, inconexas, todas envueltas en la calima de un mes de agosto en el que también murió el anciano Ramón Pérez de Ayala, al que nunca leí con especial afición. Me entristeció la adustez urbana de Astorga, capital de la vieja y menospreciada maragatería, con los árboles polvorientos y las paredes de la misma tonalidad amarillenta que el aire. La casa familiar de Panero estaba en la medianía de una calle mal empedrada, cerca de la catedral y del ostentoso palacio de granito que diseñó Gaudí para algún obispo con ínfulas principescas. Por dentro era holgada y acogedora, con muebles de cierta pretensión nobiliaria como barnizados por una mortecina pátina leonesa, y

aparecía totalmente ocupada de autoridades civiles, religiosas y militares, amén del público en general. Tengo la impresión de que todo lo que ocurrió allí tenía un aire de drama rural no demasiado bien ensayado. Aún distingo entre los asistentes al duelo, ya en la explanada aledaña a la catedral, a Ricardo Gullón, Vivanco, Ridruejo, Muñoz Rojas, y a otros conocidos madrileños o astorganos: José María Luelmo, Carlos Rodríguez Spiteri, Bernardo Giner, Alonso Luengo, coautor este último con Gullón y Panero de una *Guía artística y sentimental de Astorga* que yo no vi nunca. También andaba por allí un tal García Piedra, un oscuro profesor con aspecto de confidente de la policía que había pretendido malquistarme hacía poco con Pepe Rumeu de Armas, amigo mío y director de ediciones del Instituto de Cultura Hispánica, acusándome de rojo peligroso y disoluto habitual. No me irritó entonces la denuncia, sino la vileza del denunciante, en realidad un pobre diablo a quien alguna vez maltraté de palabra quizá con sañudos excesos. Este García Piedra ejercía indistintamente de traductor errático y franquista estable, y siempre parecía sumido en esa tristeza lacónica de quienes son más botarates de lo que ellos mismos se imaginan.

Felicidad Blanch, más Blanch que nunca, enlutada y estática, ejercía divinamente de viuda soñolienta, con ese deje entre cursi y altivo que adoptan los que se consideran maltratados por la vida sin causa justificada, como si ya barruntase la estimable si bien obscena película de Jaime Chávarri protagonizada por sus tres hijos, asumiendo éstos el rango de arquetipos decadentes de unas trifulcas familiares que a nadie podían interesar. Alguien, creo que Andrés Trapiello, me aclaraba que todo lo que cuenta Felicidad Blanch en no sé qué libro a propósito de su relación con Luis Cernuda era pura fantasía moruna. Parece ser que en una carta que escribió Cernuda a Panero —qué contrarias personas— le rogaba aquél que transmitiera sus recuerdos a Felicidad, lo cual bastó para que Felicidad incurriera en un serio trastorno de la conducta, divulgando la fábula de que Cernuda se había enamorado de ella. Sin duda que ese rifirrafe estaba sumamente necesitado de una enmienda a la totalidad.

Yo evocaba a Panero aquel día fúnebre con una incómoda disparidad emocional: lo había apreciado tanto como detestado, una especie de cariño con infiltraciones de animadversión. Me ocurría con él lo mismo que con su poesía: pasaba de la estimación al desdén. Nunca entendí del todo a ese hombre dificil cuyas violencias y groserías, del peor linaje castrense, alternaban sin motivo comprensible, o según el grado de alcoholemia, con delicadezas y efusiones de mucha suavidad: unas mudanzas de carácter que

no parecían ser sino el resultado de la confusa mala conciencia que padecía, la extrañísima mezcla de fascista y librepensador que turbaba a quien había pactado con lo más ruin de la sociedad política española y se vengaba de ese pacto con los autoimproperios de la dipsomanía. Eran años muy complejos, de todos modos, muy discordantes. Incluso yo pude leer en su día con agrado ciertos tramos poéticos del airado libro contra el *Canto general* de Neruda que publicó Panero en 1953, aquel *Canto personal* encabezado con una proverbial cita de José Antonio Primo de Rivera —«Nosotros amamos a España porque no nos gusta»— y prologado por un Ridruejo en el que ya empezaban a extinguirse sus últimos acordes de orador nacionalsindicalista, exceptuando lo de la «vivencia creadora de España» a que se refiere en dicho prólogo. La relectura de esa «Carta perdida a Pablo Neruda» —«¿Carta perdida con tanto franqueo? No me lo creo, no me lo creo», decían por ahí— me suministra hoy la penosa sensación de una poesía montada sobre aparejos defectuosos, donde todo se sustenta en una desaforada gimnasia patriótica. No es que esté apriorísticamente en contra de un libro en que se evoca al fundador de la Falange, tampoco es que defienda las injurias manifiestas que vierte Neruda en el *Canto general* contra Dámaso Alonso, Gerardo Diego o José María de Cossío, lo que rechazo es la utillería retórica de Cruzada Nacional, esa «España hasta los huesos» que recorre todo el libro para solaz de militantes de la vieja guardia, ex combatientes de pistola pronta y gregarios verticales. Como su amigo Pedro Laín Entralgo —cabeza visible de los «Laínes» retratados por Umbral en su *Leyenda del César Visionario*—, el poeta Panero casi nunca podía prescindir de ese otro Panero enardecido entre las boberías imperiales y las unciones patrióticas que embargaban también al autor de *España como problema.* Por cierto, me contaba Miguel García-Posada que cuando éste empezó a ejercer de crítico literario de *El País*, Laín envió a ese periódico un autocomentario de diez folios —«ponderado y nada elogioso», según el propio autor— sobre un libro suyo que acababa de salir, para que fuese publicado en el periódico lo antes posible. Los hay que hacen de la vanagloria un género literario, qué decoro.

Yo no duré mucho en *Selecciones,* apenas nueve o diez meses, debido sobre todo al aburrimiento pernicioso que acabé padeciendo y al hecho nada baladí de que los madrugones —tenía que levantarme a las ocho— estaban minando no ya mi salud sino mi apego por la vida. Existía además un motivo más determinante que todos los demás para esa dimisión, y era que durante el tiempo que llevaba trabajando en *Selecciones* no escribí absolutamente nada, si acaso alguna nueva versión corregida y disminuida de algunos de los poemas que concebí en Colombia y que, junto a otros de la misma afectada

urgencia, pasarían a formar parte de *Pliegos de cordel*, sin duda el libro mío del que me considero más distante y en el que no me reconozco más que a medias. Debo matizar empero que algo sigo estimando en ese poemario: su interiorización sensible, la decantación de ciertos precedentes ejercicios expresivos independizados de la lógica histórica, siendo precisamente eso, el acoso de la experiencia civil, la urgencia coercitiva de la realidad, lo que menos ha prevalecido a la erosión del tiempo. La verdad es que no acabo de identificarme con la poesía gestionada a partir de una tesis como copiada de un catálogo de temas de actualidad, impuesta apriorísticamente desde fuera y a título moralizante, es decir, aquella que no genera su propia verdad a medida que se articula el poema. La poesía que no se imbrique en una lección singularizada del mundo, es decir, la que se asienta en los bastidores ordinarios de la comunicación, es una poesía sólo apta para ser consumida, valga la licencia, por funcionarios y similares. Eso es lo que tiendo a pensar ahora respecto a algunas composiciones de *Pliegos de cordel*, título por demás encorsetadamente populista.

Me amigué mucho entonces con Luis Feria, persona refinada y ciudadano algo estrafalario, aquejado de asma y orfandad, de esos que son incapaces de entender el funcionamiento práctico de las más consabidas requisitorias vitales, pero que sin embargo pretenden encontrar la fórmula, pongo por caso, para desfreír los huevos fritos. Nos veíamos a diario en las oficinas de *Selecciones* y, cuando yo me escapé de allí, continuamos encontrándonos con bastante asiduidad en mi casa, en la de Fernando Quiñones y, algo después, en la de Fernando Delgado y el pintor José Luis Toribio, vecinos también por entonces. Me contaba Fernando Delgado que Feria apareció un día de visita bien de mañana, se autoinvitó a comer, durmió la siesta, se quedó a cenar y, ya de madrugada, se enfadó mucho con el anfitrión por haberse prestado a semejante pérdida de tiempo, sin que se le hubiese ocurrido despedirlo a una hora prudente. Era así de desinteresado. A veces solíamos organizar expediciones sabatinas por los alrededores de Madrid, a las que también se unieron andando el tiempo Manolo Padorno y Josefina Betancor, una vez trasplantados transitoriamente a la capital desde Las Palmas. Con Padorno me entendí muy bien y, además, como me ocurrió con Feria, fui desde un principio expreso partidario de esa poesía suya que no hizo sino crecer en seducción estilística a partir de su breve y potente libro *Papé Satán*.

Un día, sin ningún previo tanteo de eventualidades, decidimos Manolo Padorno, Luis Feria, Fernando Quiñones y yo poner en marcha un modesto proyecto editorial, «Poesía para todos», donde fueron apareciendo libros

breves o anticipos de libros futuros de algunos poetas del 50. Todo era adecuadamente módico y yo fui incluso el autor del diseño de la cubierta, que tampoco es que fuese inmejorable. Aparecieron como una decena de títulos a lo largo de tres o cuatro años, el último de los cuales fue, creo, *Presentación y memorial para un monumento*, de Valente, un librito bastante raro, una especie de crítica en clave de sátira sobre algunas esquinas de la vida política nuestra que discrepa en parte de la poesía general de su autor. Hay, por ejemplo, un diálogo entre escritores muy sustancioso, donde uno de ellos «se hace la autocrítica con escaso derrame seminal». La colección se extinguió por agotamiento incurable, aunque tengo idea de que Padorno la continuó, ya solo, algún tiempo más. Me imagino que habrá pasado a ser una rareza bibliográfica o poco menos.

Luis Feria, que era persona generalmente afable y a ratos muy amena, disponía también de sus correspondientes secretos vitales, esos tramos autobiográficos que no franqueaba a nadie y que sólo muy someramente dejaba traslucir en momentos de desinhibición amistosa. Aunque procuraba no dar la menor pista, se le entreveía en ocasiones su condición de homosexual o las mellas que había ido interponiendo en su carácter la represión propia de aquellos años. Su poesía, a veces un poco premiosa, un poco irresoluta en sus tácticas compositivas, ostentaba un manifiesto rango de elegancia léxica y más quizá sintáctica y una tendencia extremadamente inteligente a la ambigüedad. Con los años se fue empecinando en reducir al mínimo sus averiguaciones expresivas, cada vez menos decidido a dar por terminado un poema que siempre consideraba deficiente, y así fue espaciando su producción hasta casi interrumpirla definitivamente. Fue, en todo caso, un poeta que yo aprecié mucho.

Hubo también otras compañías placenteras por aquel entonces, mayormente femeninas. Nos reuníamos en improvisadas comidas serranas y francachelas caseras con Elisa Ruiz, una joven decoradora que contaba con unos ojos equiparables a los agarenos del prototipo romántico, y con una guapa colombiana, Gloria Mejía, que se me presentó en Madrid de parte de su paisano Jaime Laserna. Las dos parecían estar muy interesadas por el futuro inmediato de Luis Feria, quien se esforzaba por no enterarse. Esta Gloria Mejía, rica por su casa y pintora de afición, había tenido que poner tierra por medio después de un grave escándalo familiar, abandonando el país con sus dos hijos. El asunto se las traía, ya que el padre de Gloria había matado al yerno en el transcurso de una balacera, tipo película del Oeste, perpetrada en el domicilio conyugal, con ambos contendientes persiguiéndose pistola en

mano por las habitaciones y parapetándose tras los muebles. Lo que nunca se supo fue el motivo de semejante drama doméstico ni qué pasó con el asesino. Cuando al hijo de Gloria, de unos ocho o diez años, le preguntó su nueva profesora madrileña por el padre, el niño dejó estupefacto al auditorio; dijo: «A mi papá le echó bala el abuelito.» La escueta aclaración, de neta prosapia colombiana, incluso podía tener su parte edificante.

Un día, de pronto, se fue Luis Feria a Tenerife y ya no volvió más por Madrid. Me telefoneaba de vez en cuando y prorrumpía en una interminable retahíla de protestas contra la sociedad insular y los burócratas peninsulares de la literatura, reiterando una y otra vez los graves inconvenientes con que contaba para la convivencia. Una cuña de histerismo también se incorporó entonces a su carácter. Enemistado con todos sus paisanos, exceptuando quizá a Domingo Pérez Minik o Fernando Delgado, vegetaba y casi abdicaba de la vida en su encierro de misántropo. La última vez que me encontré con él en Tenerife había engordado de modo alarmante y había adquirido la poco saludable costumbre de ir cada tarde a merendar en compañía de otro gordo desmesurado de la localidad. Cada uno de ellos ingería un kilo de pasteles surtidos y esa complicidad los hacía mutuamente soportables, pues es bien sabido que cuando dos obesos se juntan suelen divertirse mucho hablando de la desdichada vida del resto de los mortales. No me enteré de la muerte atroz de Luis Feria sino tarde. Por lo visto, pasaron varios días antes de que encontraran su cadáver en la habitación de la casa materna donde ya vivía solo y desentendido de todo lo que pasaba en el exterior.

Cuando abandoné el trabajo o lo que fuese en *Selecciones*, me encontré *fortement dépourvu*, como la cigarra de la fábula de La Fontaine, en una situación no muy alejada de la insolvencia y es probable que atravesara por uno de mis trayectos biográficos de mayores desequilibrios económicos y, sobre todo, con menos perspectivas para solventar esas averías en un plazo necesariamente breve. Llegué a pensar, además, que el futuro era cosa de los otros, lo cual, ya convertido en cabeza de familia, aunque fuese con muy defectuosas capacidades, tampoco suponía ningún buen augurio. Por supuesto que mi decisión de renunciar a ese trabajo en *Selecciones* obedeció a un repente de liberación absolutamente inaplazable, pero también a una demasiado apresurada convicción de que romper amarras equivalía a arribar a otro puerto más lisonjero. El hecho de haber dejado de percibir mi único salario fijo era ya una forma de optar por el más inestable de los equilibrios domésticos. Sin duda que había en todo eso un componente de temeridad del que tampoco fui consciente a la hora de aceptar cualquier presunto riesgo en

este sentido, si bien Pepa me ayudó bastante a aplicarme una especie de apotegma al revés: el de la insatisfacción del deber cumplido. Pero lo cierto es que ya me había inmunizado contra esos trastornos antes de irme a Colombia, de modo que tampoco me apuró ahora excesivamente el acelerado enturbiamiento del porvenir.

Nació entonces mi segundo hijo, que fue niña y se llamó Julia, y publiqué mi quinto libro de poesía, *Pliegos de cordel*, al que ya me referí y cuya publicación no suficientemente deseada se debió más bien a la insistencia de Jaime Salinas para que me apresurara a ocupar el sitio que me habían reservado en la colección Colliure, que él dirigía en Barcelona. La hija salió bastante bien, era muy rubia y parecía avispada; el libro fue como el tributo a una poesía de situación, generalmente mal equipada, que sólo supuso en mi caso un voluntario y transitorio refrendo moral. No planté un árbol ni nada de eso, como ya dije, y lo demás se fue adecuando a una versión algo revisada de los intrincados afanes de la vida.

## 14. NUEVAS SITUACIONES

A medida que se acorta la distancia entre el pasado y el presente, los recuerdos se van volviendo naturalmente menos dudosos, menos afectados por los menoscabos y tachaduras de la memoria. Y eso, que puede parecer un buen arranque reflexivo, es probablemente lo más decepcionante. Se trata de una especie de cercanía temporal muy poco operativa a la hora de hacer más eficientes los mecanismos de la evocación. El rastreo en los espacios oscuros o penumbrosos del recuerdo pierde ya en parte su potencia seductora. Esa sinuosa deflación que parece acompañar a toda tentativa de recuperar el pasado, se desvaloriza en cierto modo cuando ese pasado es ya un territorio inequívocamente transitable. Es como si su excesiva nitidez, la imposibilidad de incurrir en el juego literario de los tanteos, supusiera un estorbo difícil de salvar desde un punto de vista narrativo. Todo se filtra ya por los cedazos inconfundibles de la realidad. Hasta los presuntos desgastes de la capacidad de recapitulación o los freudianos olvidos voluntarios actúan como acicates efectivos para contar las cosas tal como la libre imaginación las ha hecho perdurar. La exploración en un terreno demasiado fácil de recorrer, demasiado reconocible, escamotea de modo irreparable sus presuntas incitaciones meramente literarias, sobre todo en lo que se refiere a la juiciosa competencia de la ficción. Más que recompensas, lo que esas búsquedas aportan son privaciones, pues el pretérito nunca podrá impedir que el presente lo manipule sin posibilidad de reproches o rectificaciones, como si el flujo de lo que se ha vivido estuviese previamente mediatizado por su propia complicidad con lo que se ha inventado.

Tiendo a creer que la irrupción del azar en el proceso formativo de la historia es bastante más decisiva de lo que puede parecer. Una puerta que se abre a destiempo, las pisadas de un viandante en la calle vacía, el dulce lamentar de dos pastores, un inesperado dolor en el pecho, el ruido tan triste que hacen dos cuerpos cuando se aman, la progresión desnaturalizada del oleaje, una sobremesa demasiado alcohólica, y así hasta el infinito, pueden constituir otras tantas incidencias que alteran de modo incorregible el transcurso de la vida. Si la historia también supone la correlación de unos episodios presumiblemente sistematizados por la mentalidad de quien los reconstruye, con más motivos habría que aplicar ese correctivo a la propia biografía. El relato de lo que he vivido, que a nadie debe importar, o de mi vida interpolada con otras muchas en un tiempo histórico, que a lo mejor puede interesar a alguien, sólo tendrá alguna validez si se ocupan los

intersticios de dudas o de olvidos con los materiales de lo verosímil, es decir, con las suposiciones que mejor se acomoden a unos objetivos estrictamente literarios. Y mucho me temo además que mi aptitud introspectiva se aminore a medida que se engrosa el almacén del pasado. Es como si esa especie de saturación evocadora no dejara sitio para una efectiva posibilidad de autoexamen. Porque, en última instancia, ¿recuerdo fidedignamente todo lo que yo digo que recuerdo? No, no creo que lo haga en sus justos límites, es más bien como un proceso selectivo de analogías, conjeturas, posibilidades, como un conjunto de teselas que, encajadas en el mosaico de la memoria, terminan siendo interdependientes y se movilizan con una veracidad cuyo factor de cohesión es su propia tendencia al desorden. Quiero decir que los elementos que se usan para la composición de un texto literario como éste pueden ser ciertos o presuntos según convenga al entramado narrativo. Qué más da que me equivoque, o que no haga demasiados esfuerzos para evitar que eso ocurra, si lo que cuento cumple con su función como tal escritura autosuficiente. Hay un poema de Felipe Benítez que comienza con lo que muy bien puede ser un compendio de lo que aquí vengo planteando: «Todo recuerdo adquiere / un grado de realidad imaginaria, / pues nada sobrevive en la memoria / si no es en forma impura de ficción.» Lo mismo pienso yo.

Dicho esto, queda todo lo demás, o sea, la historia versátil de aquellos particularmente azarosos años sesenta. Una vez asentado en el nuevo piso de María Auxiliadora —me persiguen las calles rotuladas con nombres de vírgenes o advocaciones marianas— pensé, de común acuerdo con Pepa, que no sería ninguna mala idea iniciar una especie de periplo estival por distintos recodos del país preferentemente costeros, aprovechando para ello las últimas reservas pecuniarias. Y así lo hicimos, con una aplicación si no ejemplar, al menos bastante aleccionadora. Año tras año, y hasta que adquirimos la casa de Sanlúcar, pasamos consecutivamente los veranos en Conil, Mahón, Palma Nova, Peñón de Ifach, Sant Telm, Almuñécar, Villajoyosa, Sigüenza y Carboneras. Aunque mi suegro había comprado un chalé a unos 10 kilómetros de Palma, cerca de Bunyola, no me apetecía ni poco ni mucho pasarme allí un par de meses en situación de yerno apático, sometido al régimen intensivo de relatos de la experiencia colombiana, o incorporado a los consabidos cónclaves familiares, incluidas las aportaciones folclóricas de comidas y comidillas, lo que era extremadamente latoso. El chalé, además, estaba situado en una solanera de algarrobos y chaparros promocionada como zona residencial por la Asociación de la Prensa balear, un lugar muy escasamente atractivo y bautizado con el nombre de Palmanyola, ingenioso topónimo formado por la fusión de las dos sílabas de Palma con las dos últimas de

Bunyola. Así que aquel verano, en vez de ese poco tentador albergue mallorquín, elegimos Conil de la Frontera, en la costa atlántica gaditana, cerca del cabo de Trafalgar.

Hicimos un previo viaje de inspección y alquilamos una casa sumamente agradable, de traza morisca y escalonada a tres alturas sobre un repecho junto al mar. Enfrente sólo se veían unos macizos de cañabrava, unas dunas y la vastedad fosforescente del océano. La casa contaba con ocho o nueve habitaciones, un patio provisto de una fuente de cerámica y un traspatio con arriates de cactus y muros tapizados de buganvillas. Disponía además de dos terrazas, un granero, un aljibe y un postigo abierto al declive arenoso. Todo concordaba de lo más bien con mi gusto, incluido el fantasma que empezó a aparecerse a poco de nuestra llegada. Resulta que una noche, al subir yo a una de las terrazas, entreví no un bulto vestido de negro capuz, como en la tortuosa leyenda romántica de Patricio de la Escosura, sino una silueta incolora ahondada en la penumbra, una especie de altorrelieve que se deslizaba por la blancura mate de la pared. Me quedé quieto un momento y la sombra también se detuvo. Di un paso al frente y la sombra se desplazó hacia el barandal. Luego, de pronto, ya no estaba en ningún sitio. No me atemoricé, simplemente me sorprendí. Supuse al principio que había sido una ilusión óptica producida por el incierto resplandor de la luna menguante sobre la chimenea que sobresalía en una de las aguas del tejado. Pero a los dos días volvió el fantasma a manifestarse con mayor precisión, esta vez en el traspatio. No tenía propiamente cara, era algo más alto que un enano alto y se conducía incluso con miramiento. Enseguida comprendí que de ningún modo pretendía asustar a nadie, sino que estaba en la casa por la sencilla razón de que llevaba mucho tiempo allí y no entraba en sus cálculos la posibilidad de marcharse. Tampoco yo me comporté con él sino con naturalidad y de manera condescendiente, como dándole a entender que podíamos llegar a un acuerdo para que nadie molestase a nadie. Y así ocurrió. Pepa no se mostró muy convencida de que ese pacto fuese una buena idea, y los niños ni se enteraron, claro. En cuanto a Helena Iriarte, una profesora colombiana que estaba pasando una temporada con nosotros, no parecía mayormente interesada en el asunto. Lo malo fue la muchacha que se cuidaba de los niños, Andrea, una buena moza que nos habíamos traído de Madrid y que, no más percatarse de que teníamos como huésped consentido a un duende, mostró unos reiterados deseos de dar por terminado su veraneo en Conil. De modo que opté por hablar con el fantasma, o con la fantasma, un arcaísmo femenino que se usa popularmente tal vez para atenuar los más rotundos pavores varoniles.

Tardó varios días en reaparecer y, cuando lo hizo, enseguida me di cuenta de que estaba al tanto de todo, no sé si porque denotaba cierta indecisión en sus desplazamientos o por una especie de gruñido intermitente que me pareció oír. Aun sospechando que no iba a servir de nada, preferí no hablarle directamente sino fingir que estaba comentando con alguien, a través de una ventana, los inconvenientes de aquellos temores nocturnos que habían llegado a alterar de manera bastante incómoda el sosiego de la casa. Me inclino a creer que el fantasma se mostró seriamente desconcertado, amén de receloso, a juzgar por los sonidos guturales que profirió y los bruscos movimientos que se le adivinaban antes de desaparecer, cosa que hizo sin sugerir siquiera una actitud de entendimiento, una prueba, por muy vagorosa que fuese, de su despecho o su resignación. Nada. Nunca más volvimos a verlo o a presentirlo. Lo que yo supuse que no pasaría de *une affaire de famille*, se convirtió en un abandono irremediable. Y eso no me satisfizo en absoluto, fue como si se hubiese producido un desencuentro carente de toda ecuanimidad. Desde entonces he procurado no defraudar con ninguna inconveniencia a mis contertulios invisibles.

Tampoco era ésa la primera vez que yo tenía trato con fantasmas. Tiempo atrás, cuando Joaquín Romero Murube era alcaide del Alcázar de Sevilla, me habló de las apariciones fantasmales del rey Pedro I el Cruel en ciertas dependencias del palacio árabe. Me recomendó a este respecto un libro que leí enseguida y que me dejó literalmente deslumbrado: la *Crónica del rey don Pedro*, del canciller Pero López de Ayala. Escrita a mediados del XIV, se trata de un espléndido modelo de eficacia narrativa, y nunca olvidé el pasaje donde se describe el asesinato de don Fadrique, maestre de Santiago, por orden de su hermanastro el rey don Pedro. La pintura escalofriante del escenario del crimen, en la sala del Alcázar «que dicen de los Azulejos», continúa siendo para mí el más pulido ejemplo de prosa castellana medieval. Pues bien, algo después de esa lectura, al atravesar yo una tarde, ya entre dos luces, el patio de las Doncellas del Alcázar, me pareció ver la errática figura del rey don Pedro tal como aparece en el retrato de Domínguez Bécquer, con una candela feroz en cada ojo. No tardó en desvanecerse bajo unos arcos y yo creo que se dio cuenta de que lo había reconocido. Pero no dijo nada, ya que es muy raro que un fantasma de ese tipo, y más tratándose del rey don Pedro, acceda a comunicarse con cualquiera. Eso fue todo, pero qué privilegio el mío.

Al margen de esos gatuperios, aquel verano en Conil fue muy grato. La playa era hermosa, el pescado excelente y el pueblo aún se mantenía desconectado de las cochambres turísticas, aunque ya empezaban a cundir los

desafueros arquitectónicos, gracias sobre todo a las orgánicas atrocidades de los especuladores surgidos al socaire del llamado «primer plan de desarrollo». Conil era un lugar de amenas historias árabes, primorosamente estampadas en piedras, gestos, hábitos, y desfiguradas con el tiempo por la acción corrosiva de sus nuevos dominadores. De éstos los había reconocibles, como los Mora Figueroa, una conocida familia jerezana de empresarios y falangistas, si bien uno de sus últimos deudos, el marqués de Tamarón, embajador eficiente y conservador a rajatabla, es persona de muy agradable trato y de muy buenas maneras culturales. Otros de estos gerifaltes lo eran de modo subrepticio y vivían en los extrarradios conileños aferrados a una clandestinidad sólo relativa, apenas identificados en los mentideros locales y de cuya vecindad no me enteré sino años después. Me refiero a algunos nazis notorios, tácitamente autorizados a residir en propiedades de dudoso registro tras el derrumbe del Tercer Reich, entre los que sobresalía el siniestro belga Leon Degrelle, jefe de los servicios secretos de Hitler, que acabó obteniendo la nacionalidad española por mediación de Arias Navarro y quien campaba por sus respetos en situación de inmune oficial. Pero nada de eso interceptó entonces, habida cuenta de mi aislamiento o mi ignorancia, las óptimas disposiciones para el ocio con que había llegado a Conil y que aproveché de modo avariento. Leí mucho (no poesía), paseé algo (no por el caserío), bebí lo justo (no licores) y dormí bastante (no en cama ajena).

De esa ávida experiencia de lector estival arranca a no dudarlo, entre otros confusos amores y desamores, mi estima por Álvaro Cunqueiro, cuyo descubrimiento debo a mi primo Rafael Bonald, quien me prestó en alguna fugaz visita mía a Jerez y no sin formales juramentos de devolución dos libros suyos: *Merlín y familia* y *Las crónicas del sochantre.* A partir de ahí, mi afición por este demiurgo en versión lucense no hizo sino acrecentarse. Es cierto que en Galicia, junto a escritores que usan noblemente la lengua materna, los hay que han cultivado un castellano magnífico y hasta de inimitable ejemplaridad. Existe en efecto una tradición literaria que, en cuanto a imaginerías lingüísticas, arranca de Valle-Inclán y la Pardo Bazán y llega consecutivamente a Lino Novás Calvo, Vicente Risco, Eduardo Blanco-Amor, Cunqueiro, Rafael Dieste, Torrente Ballester, Cela, Valente, Carlos Casares, Manuel Rivas... Andando el tiempo, conocí a Cunqueiro en Madrid a través de Dionisio Gamallo Fierros, en un café medio costroso de la calle Hortaleza. Gamallo —estudioso de Bécquer, de Curros Enríquez, de Carolina Coronado — era paisano de Cunqueiro, aunque bien pensado más que paisano parecía correligionario de una cofradía de adoradores de la diosa madre de los celtas. Gamallo era un curioso personaje que hizo todo lo posible por dilapidar sus

sabidurías filológicas en aulas periféricas y tertulias de ropavejeros. En cuanto a Cunqueiro, debía de andar por los sesenta años cuando yo lo conocí y solía caer por Madrid cada vez que lo embargaba la melancolía del sibarita en su antidiócesis de Mondoñedo o perdía la pista de las últimas nereidas por los cruceros fluviales de Vigo. Hablaba con almas de difuntos insignes y era ducho en la invención de leyendas antiguas. Fue falangista a contracorriente, franquista a rebañaperoles y reo de fechorías montaraces. Sorteó la vida entre equivocaciones cívicas, como tantos de su cuerda, pero también alcanzó portentosas calas en los yacimientos de la literatura. Se escapó por todos los resquicios quiméricos de la imaginación y dimitió de la realidad en que vivía. Contaba Manuel Rivas que en una ocasión alguien le afeó a Cunqueiro su empedernida falta de compromiso y él se justificó de esta guisa: «Pero ¿de qué coño me está hablando?, ¿es que además de hacer sonetos, quiere que haga la reforma agraria?» Lo cierto es que aquel heterodoxo visceral, manipulador de la tradición, bonachón retrógrado por fuera y escéptico en el fondo, elaboró una prosa de extraordinaria lucidez, asentada en la emocionante extracción de los más selectos jugos lingüísticos con que podían reescribirse los legajos de la mitología galaica.

Bien. Junto a la casa de Conil veraneaba una familia sevillana, creo que vinculada a la judicatura y a la que pertenecía la que no tardaría en ser la mujer de Julio de la Rosa, al que conocí de modo imprevisto y más bien anómalo. Resulta que una noche, ya tarde, llegaron a Conil el notable y voluntariamente ignoto escritor gaditano Eduardo Tijeras y un pintor también de Cádiz y perteneciente asimismo al gremio de los esquivos, Copano de nombre. Venían de una literaria expedición por las almadrabas y pensaron que la mejor manera de dar conmigo, ya que sabían que estaba allí pero no dónde vivía, era pregonar mi nombre a voz en grito por la zona del pueblo aledaña a la playa. Y, en efecto, así lo hicieron. Yo debía de andar medio fatigado de no pensar en nada cuando, en medio de la apagada molicie de la medianoche, oí que me llamaban. No era una voz procedente de ningún sueño ni un improbable aviso del fantasma dimisionario. Era sencillamente que alguien iba voceando por la calle mis dos apellidos sin el menor comedimiento. Me asomé con cierta inquietud a una ventana y allí estaban Eduardo Tijeras y el tal Copano, no exactamente favorecidos por las cautelas del abstemio, sino en un discreto estado de euforia.

Bajé a toda prisa y salí a la calle casi al mismo tiempo que una figura sigilosa surgía también de la casa de al lado y se me acercaba decididamente. Era Julio de la Rosa, que había oído no sin sorpresa que me llamaban y que se

autopresentó con mucha cortesía. Yo había leído algún relato suyo de muy buena calidad y me agradó aquel insólito encuentro, que fue también el punto de partida de una espaciada, si bien inalterable relación de amistad. Con el tiempo, me he convencido de que Julio es uno de los grandes prosistas andaluces contemporáneos. Me explico: no es que pertenezca a lo que algunos devotos llamaron narrativa andaluza, que es invento vacuo y municipal, una fruslería parecida a la de cualquier otra asociación de literatos andaluces que funcionan por ahí y que abaratan, en términos de casa regional, una actividad ajena por naturaleza a cualquier restrictiva musaraña provinciana. Lo que quiero decir es que Julio de la Rosa ha ido configurando una elocuencia narrativa de muy inteligente vecindad con el mejor clasicismo retórico castellano-andaluz. De ahí, de ese conducto de la tradición, se ha desglosado una pericia léxica y un esmero estilístico que a mí me resultan sumamente satisfactorios. Pero todo eso se fue cristalizando años después. Aquella noche todavía andaba Julio convenciéndose de la efectividad de sus indagaciones juveniles y me satisfizo saberlo o intuirlo desde aquella primera ocasión. Entramos todos en casa, nos instalamos en la terraza del piso de arriba y estuvimos solazándonos hasta las primeras claras con las recompensas del aura marítima, las pláticas divagatorias y el oloroso de Jerez.

Aunque fuera en vano y aunque acabase por renunciar, me esforcé por aquel entonces, en Conil y ya de vuelta a Madrid, en no pocas tentativas de reconducción del trabajo literario: esbozos de poemas, narraciones abocetadas, apuntes de textos presuntos extraviados o nunca sacados a flote, ideas fugitivas y sin asideros. Era más que nada una apremiante aunque infructuosa manera de poner coto o neutralizar mis propias apatías. Pasaba el tiempo y cada vez se distanciaban más mis últimas serias ocupaciones de escritor, y eso acentuaba por una parte cierta crisis de ansiedad y, por otra, me conducía a la opaca excusa de la indiferencia. He llegado a convencerme empero de que lo que pasó en este sentido fue muy simple. Durante esa particular fase de alejamiento de la actividad literaria, el socialrealismo terminó por autoliquidarse, algo que se empezó a anunciar justo cuando apareció *Dos días de setiembre*, en 1962. No es que me atribuya ninguna expresa erosión de un credo que sobrevivió ufanamente durante siete u ocho años y que fue el único que disponía de una clara justificación histórica en aquel tiempo de cerrazón cultural. Pero mi primera novela coincidió con ese primer aviso de defunción, eso fue todo. Aparte de los naturales desánimos, y aparte de que el franquismo parecía entronizado a perpetuidad, ocurrió lo que ocurre siempre en la evolución histórica de la literatura, ya lo habré recordado más de una vez: que un movimiento es periódicamente sustituido por otro de

acuerdo con las más elementales leyes del gusto y que esa crisis general supone a ciencia cierta la suma de una serie de crisis personales.

Por lo que a mí respecta, tan prolongado abandono del expreso oficio de escritor respondió a unas contradicciones bastante elementales. No es que renunciara de hecho a seguir cultivando una literatura en la que ya no me sentía a gusto o que en el mejor de los casos ni me divertía ni me remuneraba de ningún silencio. Tampoco es que no supiera exactamente por dónde tenía que aventurarme, aunque en ningún caso me abandonó esa duda, es que terminé convenciéndome de que existía una manifiesta incompatibilidad entre el trabajo creador y la actividad política. Ignoro si desistí de compaginar esas tareas o no logré simultanearlas. Pero el caso fue que apenas si escribí, a no ser algún que otro volátil texto de encargo y ciertas bagatelas emparentadas con la literatura de viajes. Tal vez me fallara el entusiasmo, o la salud, o el sentido de la orientación; tal vez me coartara de antemano la sospecha de contaminación de los espantosos panfletos al uso, una eventualidad ante la que me sentía tremendamente susceptible. No sé. Y me llevó mi tiempo aceptar una conclusión nada perspicaz: la de que el escritor traspasará siempre a su obra, aun sin proponérselo, su propia ideología, pero en ningún caso debe tramitar su obra bajo la apriorística coacción de esa ideología. Eso y comprobar que no todos los tejidos son impermeables fue todo uno.

Un día de ésos me llamó con muchos secreteos Jesús López Pacheco para invitarme a que fuera a su casa —vivía al final de la calle Doctor Fleming— por si me apetecía conocer a Eugeni Evtuchenko. No es que yo anduviera muy necesitado de conocer a tan afamado vate, pero tampoco dejaba de tener alguna reserva de curiosidad en este sentido. López Pacheco había publicado en la editorial Horizonte —empresa efímera que él dirigía a la sazón— una antología del poeta siberiano con el título de *No he nacido tarde* (1963). Acudí pues a la cita y me encontré con el personaje que esperaba: un muchacho más bien atlético, con esa cara como desteñida de los rubios precarios, muy pagado de sí mismo, que se refería reiteradamente a las incomodidades de la fama y a su misión de redentor de la humanidad por vía lírica o épica, según los casos. Sus recitales multitudinarios, en estadios deportivos o teatros al aire libre, debían de aproximarse mucho, por lo efervescentes, a los sermones y prédicas de los congresos eucarísticos, sólo que en versión apostólica comunista. El poeta nos pidió, en un español torpe y marcadamente italianizado, que si decidíamos salir con él a dar una vuelta, no le dijéramos a nadie que él era quien era, ya que nos exponíamos a ser arrollados por el gentío. Una recomendación ciertamente juiciosa.

Evtuchenko, en aquellos años, era desde luego bastante famoso, pero mucho menos de lo que él suponía, sobre todo ubicado en aquel Madrid de mediados de los sesenta, sometido hasta la extenuación al mantenimiento del orden público, la grisura crónica y las fanfarrias subsecuentes a los veinticinco años de paz. Lo que ocurrió fue que nos presentamos en el lugar menos apropiado para ir de incógnito: el café Gijón. Evtuchenko fue reconocido por alguien o alguien hizo correr la voz de que Evtuchenko en persona estaba allí, con lo que fue abruptamente asediado por una caterva de contertulios ociosos, sometiendo al poeta siberiano a un interrogatorio del que logró escapar de una manera adecuadamente grotesca. Salimos del café, seguidos de unas chicas convertidas de inmediato en admiradoras fanáticas y de unos cuantos literatos doblados de perseguidores babosos. Aunque conseguimos subirnos a un taxi, el acoso no acabó ahí, pues dos taxis más nos siguieron de manera absolutamente inverosímil. Nunca he llegado a entender qué extraños morbos mesetarios pudieron desencadenar aquella persecución, cuyo desenlace se me confunde en la memoria con la escapada del héroe en alguna película que también el tiempo ha emborronado. Supongo que ése fue el motivo de que acabásemos refugiándonos en casa, donde el poeta, debido quizá a las agitaciones habidas en la jornada, devoró ávidamente el refrigerio que nos sirvió Pepa y cayó de inmediato en un sopor a todas luces inoportuno, por lo que decidimos reintegrarlo a su hotel. Ése fue desde luego un final feliz.

En contraposición a aquella risible correría con Evtuchenko, llevé un día a López Pacheco a casa de Jorge Enjuto y Aurora de Albornoz, que habían llegado de Puerto Rico no hacía mucho y que pensaban quedarse en Madrid de modo indefinido. Se instalaron primeramente en un piso de la calle Marqués de Cubas que les había cedido Francisco Ayala, justo enfrente del despacho de Enrique Tierno Galván, que es donde también conocí al viejo profesor y al joven Raúl Morodo, dirigentes del Partido Socialista Popular. Al hilo de las inevitables fluctuaciones del recuerdo, creo que fue allí, aquel día, cuando se habló por primera vez de organizar un homenaje en Baeza a Antonio Machado, una iniciativa que tal vez surgiera de algún comentario relacionado con la recién aparecida edición de las obras del poeta sevillano —*Poesía y prosa*— que preparó Aurora con Guillermo de Torre para Losada. Pero ese proyecto de homenaje aún tardaría algo en cristalizar.

Nunca he dejado de ver a Aurora de Albornoz luchando en alguna barricada vestida de dama elegante. Era como si su cortesía y su prudencia civiles hicieran más notorios su denuedo político y sus efusiones humanas. Solía arropar la clandestinidad con un abrigo de visón y tenía todo el aire de

acudir a las manifestaciones de protesta después de haber asistido a un desfile de modelos. Eso estaba muy bien, sobre todo en aquellos tiempos en que las buenas maneras culturales habían sido succionadas por los sumideros de la sociología política. Conviví con Aurora muchas horas memorables durante esa década tenebrosa del franquismo y luego, claro, en los años que precedieron a su muerte. Ya viuda, se instaló en un apartamento de la calle México, donde solían celebrarse saraos de vario entretenimiento o bien sigilosas asambleas de conspiradores altamente improductivas. Me viene ahora a la memoria que, por mediación de Aurora, el decano de la Facultad de Letras de Mayagüez, un tal doctor Echevarría, me invitó a enseñar durante un semestre en aquella universidad puertorriqueña, donde también trabajaron Ángel Crespo y Pilar Gómez Bedate, pero tengo la vaga impresión de que el motivo que alegué para rehusar fue que aquel año tenía vetado el uso del avión debido a un serio aviso premonitorio. Ninguna excusa más justificada. Luego, andando el tiempo, sí estuve en Puerto Rico, pero a expensas de la Universidad Interamericana, por menos tiempo y de la mano de Gladys Crescione, una profesora gigantea muy divertida.

Si mal no recuerdo, fue por entonces, en el verano de 1965 o poco antes, cuando expulsaron de sus cátedras a Enrique Tierno Galván, José Luis Aranguren y Agustín García Calvo, a quienes acompañó por propia iniciativa José María Valverde. También castigaron de algún modo a los profesores que se solidarizaron con ellos: Montero Díaz, Aguilar Navarro, Eloy Terrón y no sé si alguien más. Yo anduve en los entresijos de aquella manifestación que organizó bajo cuerda el Sindicato Democrático de Estudiantes a propósito de tan execrable atropello a la libertad de cátedra y de expresión. Se trataba de una marcha pacífica en demanda de la autonomía universitaria, un acto reivindicativo casi rutinario que fue disuelto por los «grises» con la consabida brutalidad y que propició nuevas y más ruidosas movilizaciones estudiantiles y nuevas y más enconadas represiones policíacas. A Tierno, Valverde y Aranguren los conocía y respetaba, al primero desde hacía poco y a los otros dos de tiempo atrás, pero a García Calvo no lo conocía de nada. Tengo entendido que era —es— un competente latinista pero, como persona, siempre me pareció un marmolillo obstinado en lucir estereotipos de viejo *hippie* y liderar comunas zamoranas, verbenas contraculturales y otras coñas parecidas.

Así andaban las cosas cuando se produjo el episodio terrorífico del choque de dos aviones norteamericanos y la caída en aguas de Almería, frente a Palomares, de unas bombas atómicas. La prensa se refirió al asunto como a un

accidente más o menos desafortunado y, según costumbre, no informó para nada de la gravedad escalofriante de los hechos. A nadie se le ocultó, no obstante, la incalculable amenaza nuclear que suponía la pérdida de aquellas bombas, cuyo rescate mereció toda clase de desvíos aclaratorios y cuyas consecuencias en la vida de la comarca fueron escamoteadas sin ninguna dignidad y, lo que es peor, con una intolerable desconsideración hacia los más próximos implicados. La política censoria del gobierno, debidamente pilotada por nuevos secuaces del Caudillo, seguía considerando la ignorancia de los gobernados como una especie de adenda a las Leyes Fundamentales. No consigo reconstruir los pormenores de todo ese asunto ni me ha parecido pertinente recogerlos o cotejarlos con suficiente precisión. Pero, entre aquella barahúnda de engañifas, trapacerías y alarmas, me han quedado algunas imágenes imborrables: por ejemplo, la de aquel esperpéntico grupo formado por el ministro Fraga Iribarne, el embajador de Estados Unidos y algunos otros acólitos, metidos hasta la cintura en el mar de Palomares para demostrar que no había ningún peligro de contaminación atómica, cosa que, a juzgar por el aspecto actual de alguno de los bañistas, tampoco resulta ahora muy convincente. En cualquier caso, el bañador tipo calzona que lucía el ministro sí fue modélico: denotaba una notoria obediencia a las recomendaciones de la señora del Caudillo, cuyo proverbial recato en materia de moral playera iba a misa. Algo después, cuando las secuelas de la radioactividad ya no pudieron solaparse, y cuando la situación de los campesinos y pescadores de la zona empezó a ser angustiosa, se organizó en Madrid, ante la embajada de Estados Unidos, una concentración de protesta bastante sonada, a la que también acudieron muchos vecinos de Palomares. A mí me avisó José Antonio Novais o tal vez el diplomático Rafael Lorente, demócrata hiperactivo, que escribiría luego un documentado testimonio de primera mano sobre todas esas calamidades.

La manifestación tuvo su bronco anecdotario y los naturales contraataques policíacos. Su principal promotora fue Luisa Isabel Álvarez de Toledo, duquesa de Medina Sidonia, a quien yo había conocido en noches de abigarrada liviandad y en un heteróclito piso que tenía en la calle Modesto Lafuente. Por lo visto, la duquesa se vio afectada en plena manifestación por un ataque de protagonismo hereditario, ya que se encaró con la policía exigiendo que la atendieran según su rango, por lo que fue correlativamente detenida, procesada y encarcelada. Ahí empezaron a declinar, creo, las proclamas antifranquistas de la mal llamada duquesa roja, a la que volví a ver al cabo de los años en su palacio de Sanlúcar de Barrameda, entregada a unos quehaceres que nada tenían ya que ver con ninguna oposición política. Eso sí,

había adecentado y en parte ordenado con bastante buen sentido el archivo ducal, que era realmente muy valioso y que, después de una imperdonable etapa de incuria, empezaba a tener un aspecto decente. La última vez que yo estuve por allí fue con el pintor Miguel García de Veas, uno de los amigos —incluyendo a Mila, su mujer— a quien yo más he querido durante muchos años, amigo a su vez de la duquesa en su época de más anárquicas nocturnidades. Me contaba este García de Veas que por aquellos turbios años la duquesa se había enfrentado al arzobispo de Sevilla por no sé qué reclamaciones en torno a una iglesia aledaña al palacio y perteneciente al patrimonio ducal. Como el arzobispo no parecía atender a razones, la duquesa ni corta ni perezosa se personó una noche en la iglesia con unos mozos ya previamente aleccionados, a quienes ordenó que forzaran la puerta y sacaran a la calle todas las imágenes, vestiduras y objetos litúrgicos que encontrasen. Una vez vaciada la iglesia, la mandó cerrar con un nuevo candado y se fue a su casa de lo más a gusto. No sé en qué pararían esos provocadores pleitos entre una aristócrata insólitamente heterodoxa y la jerarquía eclesiástica.

Decía que Luisa Isabel, la duquesa, nos invitó a Miguel García de Veas y a mí a comer en su palacio de Sanlúcar, donde se estaban haciendo obras de sumo interés: se habían descubierto galerías, arcadas y aposentos de la antigua fábrica medieval, soterrada bajo otras posteriores edificaciones. El servicio del palacio ducal consistía entonces en un matrimonio gitano; ella estaba preñada y se ocupaba de la cocina y del cuerpo de casa, mientras él atendía a los invitados y remedaba toscamente a un *valet de chambre* o algo así de suprimible. La comida fue muy curiosa. Mientras la muchacha permanecía en la puerta del comedor, el marido trajo una primorosa sopera conteniendo lo que resultó ser un guiso de lentejas, que fue repartido entre los tres invitados de la duquesa: una sanluqueña apellidada Hidalgo muy dicharachera que hacía de secretaria, Miguel García de Veas y yo. Una vez consumido ese primer plato, que mereció el beneplácito de los comensales, el gitano retiró la sopera y, tras un breve paréntesis, volvió a traerla y repartió una nueva tanda de lentejas. Un menú ciertamente sabroso, si bien monocorde. Pero lo malo fue la sobremesa, cuando la duquesa antaño roja se dedicó a hacer una cumplida apología de la ultraderecha, alegando que si la chusma, en un nada imprevisible viraje de los acontecimientos, se disponía a asaltar el palacio, le bastaba con hacer una llamada telefónica para que una hueste de jóvenes de Fuerza Nueva acudieran de inmediato a defenderlo. Eso dijo, utilizando además el mismo tono dogmático y graníticamente intransigente que usaba para sustentar cualesquiera de sus peregrinas tesis históricas. No volví a ver a esta duquesa sino de forma muy esporádica y casual.

Justo por esas calendas, es decir, a poco del descalabro de Palomares, se concretó la comisión organizadora del ya previsto homenaje en Baeza a Antonio Machado. Esa comisión, que en principio iba a ser más amplia, se redujo finalmente a ocho personas, a saber: Aurora de Albornoz, López Pacheco, Valeriano Bozal, el fiscal Jesús Vicente Chamorro, el arquitecto Fernando Ramón, el escultor Pablo Serrano, el ginecólogo José Antonio Hernández y yo. Un grupo no precisamente homogéneo, pero que corroboraba la idea de que ciertas aficiones juntas, aunque no sean concordantes, pueden producir unos resultados altamente provechosos. Pablo Serrano esculpió una hermosa cabeza de Machado y Fernando Ramón proyectó el monumento en que habría de alojarse esa cabeza y que se levantaría en un idóneo paseo baezano, frente a los «grises olivos polvorientos». También se consiguió que Miró pintara el cartel del homenaje y que Fernando Rey, Francisco Rabal y Fernando Fernán Gómez grabaran un disco con poemas de Machado.

Todo parecía ir por buen camino, pero algo empezó a atascarse inopinadamente en los consultorios gubernativos del bello pueblo jiennense. No logro precisar muy bien por qué razones el fiscal Chamorro y yo tuvimos que emprender un urgente viaje nocturno desde Madrid, en un pequeño coche renqueante, para intentar solventar algún último contratiempo ante el alcalde de Baeza, que resultó ser un Viedma emparentado con tía Pepa Bonald Erice. Me enteré de eso porque, tras algún prolegómeno desapacible, el tal Viedma se dirigió a mí sin ninguna amabilidad para puntualizarlo y para aclararme que ya sabía muy bien quién era yo. No me auguró nada bueno el retintín con que lo dijo. El fiscal Chamorro, de natural impertérrito y de sarcástico y severo continente en según qué situaciones, discutió con el alcalde a propósito de lo que parecían ser unas serias insinuaciones de prohibición del homenaje, pues había llegado a sus oídos (a los del alcalde) que le íbamos a llenar el pueblo de rojos. Tengo muy presente que, en medio de una discusión que empezaba a ser enardecida, yo me incorporé levemente del sillón donde estaba sentado, tal vez hice un simple movimiento para buscar mejor acomodo, lo cual bastó para que el alcalde diera un respingo como si se aprestara a repeler alguna presunta agresión mía. No fue un acto grotesco sino un insólito aviso de violencia que me dejó directamente anonadado. Al alcalde se le acentuó la cara de rabioso que tenía y nos indicó con muy malos modos que daba por concluida la reunión y que nos atuviésemos a las consecuencias.

Las consecuencias son de sobra conocidas, de modo que sólo me referiré a lo que más directamente me atañe del zafarrancho que se organizó en Baeza aquel 20 de febrero de 1966. El homenaje había sido efectivamente prohibido

por orden gubernativa, pero nadie se enteró sino poco antes de la hora en que iban a comenzar los actos. Pepa y yo habíamos llegado a Úbeda la tarde anterior, en coche, y nada parecía anunciar lo que iba a ocurrir, aunque tampoco estábamos absolutamente confiados. En el parador, un elegante palacio del XVII, se fue reuniendo un nutrido grupo de madrugadores asistentes al homenaje, aparte de la mayoría de los miembros de la comisión. Nos acostamos tarde, creo, entre discretas copas y pláticas abigarradas. Al día siguiente, seguimos viaje a Baeza y, a poco de llegar, supimos que habían sido cortadas todas las carreteras de acceso a la ciudad, impidiéndose así la entrada de los copiosos coches y autobuses que iban confluyendo por aquellos alrededores. La policía organizó una contraofensiva impecable, una especie de estrategia bélica dirigida por unos supuestos mariscales de campo que controlaban sobre el mapa de la región el despliegue de las tropas. Sólo consiguieron entrar en Baeza, aparte de los que ya estaban allí, los que optaron por romper el cerco, aventurándose a pie por caminos vecinales.

Me veo vagamente incluido en uno de los ya dispersos grupos que se dirigían al lugar prefijado y en el que figuraban Carlos Castilla del Pino, José María Moreno Galván, Gabriel Celaya, el arquitecto Fernando Higueras, el fiscal Chamorro, el editor Manolo Aguilar, los pintores Manolo Rivera, José Duarte, Francisco Cortijo... Aún alcanzo a distinguir, entre la polvareda de la introspección, a Castilla del Pino debatiendo con quien parecía comandar el piquete de «grises» que nos habían interceptado el paso. El psiquiatra hacía gala de una culta elocuencia, intentando persuadir al guardia de que nada más sensato y apacible que nuestros propósitos. Ocurrió además lo que seguramente no había ocurrido ni volvería a ocurrir durante el franquismo, y fue que Castilla del Pino, en un momento de profesoral acritud, tal vez exasperado por la actitud del guardia, le pidió la documentación con ánimo de saber a quién podía hacer responsable de tamaño sinsentido, a lo que el interpelado, después de un segundo de duda o de perplejidad, respondió con la inmediata orden de cargar contra el grupo que se había ido engrosando ostensiblemente. Y ahí empezó el derrubio.

Baeza estaba ocupada por la policía —la armada y la gubernativa— llegada de distintas ciudades limítrofes, amén de por pistoleros voluntarios de la localidad. Cada uno de los congregados se escabulló lo mejor que pudo, no sin que se produjeran las correspondientes detenciones y agresiones. Decía algún malévolo que el poeta Carlos Álvarez, comunista ferviente y más de una vez encarcelado, no tuvo en aquella ocasión ningún tropiezo con la policía, cosa que a él, en tanto que activista de intrépida ejecutoria, tenía que

parecerle una desconsideración, por lo que decidió entregarse. Es posible que el cuento sea apócrifo, pero no deja de contener alguna variante irrisoria de las tribulaciones de la clandestinidad. No hace mucho estuve en Baeza y me acerqué hasta el monumento a Machado, inaugurado finalmente cuando fueron extinguiéndose los bárbaros edictos franquistas. Apenas recordaba aquel escenario, pero era como si se hubiese ido acumulando una tristeza antigua sobre esas periferias urbanas. La barranca que se extendía a un lado del paseo seguía sin ninguna protección y evoqué el peligro cierto que supuso escapar por allí de las arremetidas policiales. El hormigón del monumento estaba sucio y agrietado y la cabeza, inserta en un cubo a manera de casamata, aparecía manchada por la lluvia a churretones, sin ninguna dignificación, de espaldas a un secarral calcinado. A pesar de la luminosidad del día y las bellas lontananzas campesinas, todo tenía allí un aire de abandono y soledad que la propia evocación machadiana hacía más intempestivo.

No parece responder a ninguna congruencia ni resulta fácil entender aquella súbita determinación gubernativa de suspender ese homenaje a Machado. Conservo el archivo de todas o de la mayoría de las adhesiones previas que se recibieron y de las protestas ulteriores que se publicaron. Seguro que los cancerberos de la dictadura previeron la expansión por medio mundo de esas impugnaciones y de las ofensivas antifranquistas que se propagaron simultáneamente. Es verdad que en el fondo de todo aquel justiciero recordatorio machadiano prevalecía una palmaria filtración política, pero no hubo ninguna clase de interferencias en este sentido, ni se hicieron circular otras consignas que las del tácito valor subversivo que tenía el simple hecho de rememorar la conducta civil y el pensamiento moral del autor de *Juan de Mairena.* Sin duda que los jerarcas gubernativos tuvieron que presumir, insisto, ese despliegue internacional de execraciones contra la ferocidad de la policía para impedir la libre manifestación de las ideas. ¿Por qué entonces prefirieron que eso ocurriese antes que autorizar unos actos en sí mismos pacíficos y, por supuesto, carentes de un directo alcance sedicioso? ¿Es que la opción a tan desorbitadas actuaciones y a las consiguientes demasías represivas era para ellos políticamente más rentable que dejar que unos cuantos miles de personas se reunieran para homenajear a un poeta? Pregunta con silencio.

Fue entonces curiosamente cuando se aprobó la Ley de Prensa auspiciada por Fraga Iribarne. Todo aquello tuvo algo de cortina de humo que sobrepasó en ciertos momentos las predicciones del propio Fraga, el franquista de más larga duración en los anales de la historia española de la segunda mitad del

siglo XX. La ley tenía sus bemoles paradójicos. Proclamaba la libertad de expresión, pero a renglón seguido enumeraba las cortapisas a esa libertad: el acatamiento a las Leyes Fundamentales, la observancia de los principios del Movimiento Nacional, el mantenimiento del orden público, el respeto a la verdad y la moral, y cosas de ese tenor. Digamos que desaparecía la censura previa y se instauraba la censura a toro pasado y, correlativamente, cierta forma de autocensura, lo que dio origen a algunos intrépidos escamoteos de esas vigilancias y a algún tropiezo de extrema gravedad. Creo que fue Robles Piquer, que se repartía con su cuñado Fraga el manejo del Ministerio de Información, quien bautizó ese invento con el sibilino nombre de «consulta voluntaria», lo que se llama una sutileza en toda regla. Coincidiendo además con esas triquiñuelas políticas y falsas pistas liberalizadoras, se celebró entonces con fasto especial el aniversario —calculo que el trigésimo— de la exaltación de Franco a la Jefatura del Estado, aprobándose a la vez por aclamación, como estaba mandado, la llamada Ley Orgánica. Mal arreglo tenía todo aquello. Como decía otro ministro de Franco, Gonzalo Fernández de la Mora —uno de los ideólogos ultramontanos más dañinos, ya que también se trataba de uno de los más letrados—, el régimen era imperfectible. Una apreciación verdaderamente cínica. Algo así como equiparar la camarilla franquista a la corte celestial.

No mucho después del abortado homenaje a Machado, se intensificaron las agitaciones estudiantiles y, en consecuencia, las consabidas tácticas represivas. Entre los muchos actos abiertamente politizados o velados de artificios culturales que se organizaron en la universidad, el más sonado fue quizá el que se celebró por aquellos días en la Facultad de Derecho, una asamblea en favor de la amnistía en la que intervinieron Dionisio Ridruejo, Juan Benet, José María Moreno Galván, Alfonso Sastre, Armando López Salinas, Basilio Martín Patino y yo, los mismos a quienes detuvo la policía no más finalizar el acto. Nos interrogaron, nos maltrataron adecuadamente de palabra y nos impusieron una multa o la correspondiente prisión subsidiaria, a elegir. Todos elegimos la prisión subsidiaria, lo que equivalía a un mes de internamiento en Carabanchel, una opción que era también la de más provechoso efecto político. El único que decidió pagar la multa fue Juan Benet, creo que a causa de alguna inaplazable exigencia de su trabajo. La notificación de mi ingreso en prisión me llegó justo cuando me disponía a irme al Peñón de Ifach, que era donde estaban pasando el verano Pepa y los niños. No suspendí el viaje, sin embargo, quiero decir que no me di por enterado de esa orden de comparecencia tan inoportunamente recibida, cosa que también hizo Moreno Galván por análogas razones viajeras. A los pocos

días apareció en la prensa una noticia donde se especificaba que ya habían ingresado en Carabanchel todos los implicados en ese asunto, excepto Moreno Galván y yo, para los que se había dictado o poco menos una orden de busca y captura. Me apresuré entonces a hablar con Moreno Galván, en evitación de males mayores, y ambos decidimos presentarnos de consuno y sin más tardanza a la policía.

Era el último día del verano de 1966 y nos personamos a media tarde, con nuestra discreta bolsa de recluso, en la Dirección General de Seguridad, donde nos recibieron con cajas destempladas y nos condujeron de inmediato, un guardia detrás y otro delante, a presencia del comisario Yagüe, un miembro notorio de la Brigada político-social. En contra de lo que preví, o previmos, el comisario no se mostró ni insolente ni bronco, simplemente nos trató con una severidad muy profesional. Fuimos alojados en un calabozo y, un par de horas después, nos trasladaron al furgón celular —al canguro, en jerga carcelaria— que habría de conducirnos a Carabanchel. Venía con nosotros un muchacho cetrino, de muy humilde condición, un ladrón de menudeo seguramente, que no abrió la boca en todo el camino, pero que me traspasó un inesperado sentimiento de infortunio. Después de un tiempo impreciso, el furgón avanzó lentamente entre reiterados estruendos de puertas que se abrían y cerraban, y al fin se detuvo y nos hicieron bajar.

La imagen que conservo de esos primeros intramuros de la cárcel se reduce a un cuadrilátero amurallado, con garitas en las esquinas, y a una especie de túnel por el que nos condujeron a un vestíbulo enrejado. Allí nos despojaron de todas nuestras pertenencias, incluidos el cinturón y los cordones de los zapatos, y nos ficharon. Me veo luego, ya solo, en un espacio gélido, donde me mandaron desnudar, me examinaron hasta la humillación, y donde me entregaron a renglón seguido mi equipo de preso: petate, manta, toalla, escudilla y cubierto. Cargué con todo eso y un funcionario me guió hasta la llamada rotonda, que viene a ser el núcleo central del que irradian las principales galerías de la cárcel. Después de un último control en esa rotonda, me encerraron en la celda donde iba a pasar los tres días y tres noches de incomunicación prescritos en el reglamento penitenciario, sin salir para nada y sin apenas comer de lo que me llevaba un hosco recluso convertido en sirviente. Eso fue lo peor de todo: el aislamiento absoluto, el paso inclemente y confuso del tiempo, la indigencia moral que me atormentó durante aquella especie de angustiosa cuarentena.

Una vez superada esa prueba, salí a la galería y fue como si la

piadosamente llamada pena de privación de libertad se hubiese visto aminorada de repente. Encontrarme con los compañeros que ya estaban allí me devolvió el ánimo y desde aquel primer día de convivencia supe que la vida en la cárcel podía ser muy llevadera. Comprobé, por lo pronto, no sin sorpresa, que en vez de acudir a su hora al comedor, según lo preceptivo, nos quedábamos en una de las celdas y compartíamos muy apetitosas viandas, procedentes de los envíos casi diarios con que nos obsequiaban familiares y amigos. Los funcionarios usaban con nosotros una cierta condescendencia que a veces podía resultar directamente enfadosa. Claro que nuestra situación era un tanto atípica: no estábamos allí como presos políticos, aunque en puridad lo éramos, sino como infractores a escala gubernativa. Por eso nos habían alojado en la Séptima, que era una de las galerías destinadas a delincuentes comunes, si bien nos dispensaban, como digo, un trato algo distinto al del resto de los presos. Había ladrones, asesinos, estafadores, prevaricadores y otros criminales de varia condición, algunos de ellos muy tratables. Al principio nos observaban con manifiesto recelo, sospechando tal vez que íbamos de confidentes camuflados de la bofia, pero cuando supieron quiénes éramos nos aceptaron de muy buen grado. Entre estos presos comunes los había de mucha relevancia, incluso condenados a muerte en consejo de guerra, como era el caso de Raimundo Medrano, Eleuterio Sánchez —*el Lute* — y un tercero apellidado Agudo, autores de un robo a mano armada en una joyería y del asesinato de un guardia en un posterior tiroteo. De los tres, Medrano era el más reputado y temido por la mayoría de los reclusos y concitaba una especie de estimación reverencial de líder. Era un muchacho un tanto engreído y de maneras apacibles, siempre dispuesto a invitarnos a café en el remedo de bar que había junto al patio. El Lute, por su parte, parecía bastante esquivo y no traslucía en absoluto al personaje que luego llegó a ser. Se le veía siempre solo, dedicado a hacer ejercicios gimnásticos o leyendo abstraído en un rincón.

Moreno Galván y yo compartíamos la misma celda y, después del aviso de silencio y la reducción brusca de la luz, nos enfrascábamos en una cháchara susurrante y medio ininteligible, hasta que subía hasta mi cama un metódico ronquido procedente de la de abajo. Debido a su voluminosa complexión y para ahorrarle acrobacias excesivas, Moreno Galván dormía en el camastro inferior de la litera, la cual adquiría una alarmante inestabilidad cada vez que su ocupante se movía, con lo que solía pasarme las noches en un puro sobresalto. No he olvidado que me llevé a Carabanchel tres libros: la Biblia, el *Quijote* y *El primo Basilio,* de Eça de Queiroz, imaginando tal vez que mi condena no se limitaba a un módico mes de arresto sustitutorio sino que

consistía en una especie de cadena perpetua, a juzgar por la desmesurada extensión de esos volúmenes. Conservo en los dos primeros la etiqueta de «censurado y autorizado» del capellán y del maestro-bibliotecario de la cárcel, sin cuyo requisito no podía circular ningún libro, pero *El primo Basilio* me fue retenido sin ninguna explicación. La verdad es que apenas leí o sólo releí pasajes discontinuos del Viejo Testamento y el *Quijote.* No tuve ni oportunidades ni ganas de más. Pero un día, curioseando en una sala que hacía las veces de escuela y pequeña biblioteca, me encontré con una estragada edición de las *Charlas de café*, de Ramón y Cajal, que no conocía. Me bastó efectuar algunas calas fortuitas en el texto para quedar inmediatamente seducido. La clarividencia, la ponderación de los juicios del eminente científico supusieron para mí algo no muy distinto al hallazgo de un cumplido modelo de humanista. Tanto es así que, andando el tiempo, cuando alcancé a conocer el resto de la obra no científica de Ramón y Cajal, llegué a convencerme de lo que todavía hoy pienso: que fue uno de los españoles de más independiente y magnánima lucidez intelectual surgidos entre los siglos XIX y XX. Aun sin procurarlo, sobre todo en unas áreas tan distantes del laboratorio del histólogo, instauró un magisterio que evoca aquella sentencia de Juan de Valdés perfectamente conforme con su conducta y su inteligencia: «No hay tal joya en el hombre como el buen juicio.»

Conversé entonces muy a menudo, mientras paseábamos por la galería o por el patio, con Dionisio Ridruejo. Me atraía de un modo distinto a otras veces, quizá por contagios ambientales, su ensimismamiento, su propensión al soliloquio meditabundo, sobre todo cuando se internaba por alguno de esos desvíos retrospectivos sólo interceptados por un silencio que delataba la pesadumbre. A veces, sin embargo, rehuía ese vago recuento de equivocaciones antiguas y adoptaba el aire del profesor de teoría política que no desea perder la ocasión de orientar al extraviado. Dionisio parecía usar conmigo, y no en vano, una especie de mayéutica, o al menos una variante ilusa de ese sistema socrático consistente en procurar que el interlocutor acabe encontrando sus propias verídicas respuestas mediante un hábil juego de preguntas. Quiero creer en todo caso que de ahí arranca alguna confrontación ideológica personal, no olvidada aunque sí neutralizada en parte por las lecciones de marxismo que solían impartir a toda costa Alfonso Sastre, Moreno Galván o López Salinas, tutores acérrimos. Como decía Bergamín, con los comunistas hasta la muerte, pero ni un paso más.

Ahora, mientras escribo, no puedo evitar una especie de incómoda recapitulación de aquellas vacilantes, no sé si algo frívolas, pero en todo caso

contradictorias andanzas de unos presos políticos fugaz y voluntariamente incorporados a la barahúnda general de la delincuencia. No logro replantearme lo que todo eso tuvo de justificado o de superfluo. En cualquier caso, la benigna reclusión en Carabanchel supuso para mí una experiencia desigualmente provechosa y tengo por seguro que aquella relativa integración en la sociedad carcelaria, incluida la convivencia con malhechores, me proporcionó como un fermento sensible, de acopio de utilidades humanas, no muy distantes en cierto modo de la poética de Rilke a propósito del cúmulo de vivencias previas necesarias para concebir el primer verso de un poema. Recuerdo a este respecto que, a poco de salir del trullo, vino a verme a casa un joven periodista francés, Jean Michel Fossey, para entrevistarme sobre esas presuntas intersecciones literarias y políticas de la cárcel. Yo le conté lo que pensaba, todo eso de la experiencia enriquecedora y de los incentivos que podían suministrar semejantes asuntos en el manejo de los materiales literarios. Pues bien, José María Pemán debió de leer esas declaraciones mías porque publicó un artículo en una revista de esos años, *Gaceta Ilustrada*, donde venía a comentar irónicamente no ya la circunstancia de que yo hubiese estado preso, sino mi ingenuidad al convertir ese traspiés en un motivo de jactancia. A lo mejor tenía razón. Siempre dije que, después de su detestable arbitraje bélico entre «la bestia y el ángel», Pemán acabó convirtiéndose en una persona bastante tratable. Pero también seguía retenido en los sobreáticos de la vida civil; sólo divisaba las tipificaciones festivas de la realidad andaluza, acomodándose literariamente en una simpleza derivada sin duda de su empecinado tradicionalismo. Algo de esto último se traslucía en aquel innecesario artículo.

Como para resarcirme por mi cuenta y riesgo de esas pasadas inmovilidades, inicié una actividad viajera muy pertinente, amén de fructífera. Ya hacía algún tiempo que había previsto y planificado la elaboración de un archivo discográfico del cante flamenco, recogiendo en pueblos y caseríos de la Baja Andalucía las voces de una serie de intérpretes anónimos o muy poco conocidos, valiéndome para ello de un equipo profesional de grabación. Hablé de esto con Ramón Segura, que ejercía a la sazón de director o asesor artístico de una casa de discos y libros, Vergara, cuyo dueño o accionista mayoritario era un señor muy peculiar, Nicolás Surís, un catalán a la vieja usanza, de altos vuelos comerciales y muy pocas ganas de gastar la pólvora en salvas. Ramón Segura, que alcanzó puestos de relevancia internacional en la empresa discográfica y con el que he seguido manteniendo una imperturbable relación amistosa, acogió con entusiasmo la propuesta, a la que se unió también José Luis Gonzalvo, entonces marido de la Chunga, un señorito aragonés ducho en

la realización de documentales cinematográficos ruinosos y en el divertido juego del escalextric. A este Gonzalvo se le ocurrió que el viaje a Andalucía se hiciera sin recurrir a hospedajes y vehículos convencionales, sino usando tiendas de campaña y furgones multiusos, lo cual bastó para que provocásemos arteramente que él mismo acabara autoexcluyéndose de la operación.

El señor Surís se dejó al fin convencer por los reiterados asedios y los buenos oficios de Ramón Segura, y acabó financiando incluso con largueza el proyecto. Me inclino a creer que nunca se arrepintió. Años después, proseguí colaborando muy a gusto con Ramón Segura, ya cuando la empresa Vergara se convirtió en la catalana Ariola y cuando años después Ariola, tras fusionarse con BMG, pasó a integrarse en la poderosa multinacional Bertelsmann. Incluso fundé un sello —una colección discográfica: Pauta— para el que la generosidad efusiva de Segura me otorgó una relativa autonomía, en el sentido de que pude producir las grabaciones que creí oportunas, con la aquiescencia también de José María de Juana, que estaba entonces al frente de la oficina de Ariola en Madrid. Intervine así en la edición de discos de Luis Eduardo Aute, Serrat interpretando a Benedetti, María del Mar Bonet, Lluís Llach, Rosa León, Vainica Doble, Ovidi Montllor, Massiel cantando a Bertolt Brecht, Paco Ibáñez, Jorge Isaacs..., además de diversas antologías de canciones populares sefardíes, mallorquinas y gallegas y otras grabaciones especiales de flamenco y teatro clásico castellano.

Fueron tres los viajes que hicimos a cuenta de ese archivo discográfico del flamenco; el primero tuvo más bien un carácter de búsqueda, de localización de escenarios y preselección de intérpretes, y los otros dos, ya con el equipo técnico oportuno, se centraron en las grabaciones propiamente dichas. Las localidades elegidas se ciñeron a aquellas en que se gestó y desarrolló originariamente el flamenco, inscritas todas ellas en la esfera territorial gaditano-sevillana: Jerez, Cádiz, los Puertos, Sanlúcar, Arcos, Alcalá de Guadaira, Lebrija, Triana, Utrera, Carmona, Morón, con un desvío a Córdoba y otro a los montes de Málaga, ya en los extrarradios del flamenco primitivo. Volví a reencontrarme así con el mundo abigarrado y suntuoso de los gitanos bajoandaluces, esa oscura prevalencia de penosas marginaciones, lacras congénitas, inmisericordes luchas por la vida.

Más de una vez he comentado que yo me dejé seducir en un principio por el flamenco precisamente por lo que el flamenco tenía de expresión popular maltratada por tantas innobles mixturas folclóricas y hasta menospreciada por

un significativo porcentaje de los propios andaluces, esa herencia musical indescifrable surgida en los suburbios de la memoria y arrinconada en tabernas, patios de vecinos, zonas prostibularias, gañanías. Y todo eso mantenido a duras penas por gentes menesterosas, reducidas a una difícil segregación, larga y tenazmente sojuzgadas. ¿Por qué extraños códigos culturales nació en esa cuna paupérrima una de las más ricas manifestaciones de la música popular de Occidente, siempre en trance de extinción o corrupción? Sin duda que fue esa historia enigmática la que suscitó una atracción apasionada en escritores muy alejados de la órbita nativa del flamenco, como podían ser —por no salir de las fronteras peninsulares— el vasco Blas de Otero o el gallego José Ángel Valente. Ambos se afanaron cada uno a su manera por desentrañar las claves humanas y artísticas del cante jondo, cosa que siempre me proporcionó como una suplementaria vía de intercomunicación con dos poetas a los que quería y respetaba.

Decía que lo que a mí me interesaba entonces era recoger lo que suponía a todas luces una de las últimas oportunidades que quedaban para salvaguardar el auténtico legado del cante gitanoandaluz. Grabar esas voces equivalía en cierto modo a seguirle la pista a las más legítimas supervivencias del flamenco primitivo, fragmentariamente preservado frente a tantas pertinaces degradaciones y falsificaciones. No fue nada fácil prefijar esas rutas y canalizar esos trabajos de campo. Las grabaciones se realizaban siempre en lugares improvisados —tabernas, ventorros, patios de cortijadas—, sin ninguna previa sistematización del empleo del tiempo. Se montaba un festejo bien abastecido de bebidas y comestibles, se reunía a los oficiantes, se ponía en funcionamiento continuo el equipo magnetofónico y, a partir de ahí, podía ocurrir de todo, incluida la hipótesis de que no ocurriera nada. La ceremonia comunicativa del flamenco se rige por unas cláusulas muy sencillas o muy complejas, según: o se produce la plenitud o cunde la futilidad, o se genera la exaltación o la frustración. No existen, no pueden existir medias tintas en un arte expresivo cuya meta tiende a coincidir con una situación límite.

Y todo eso sin contar con que los gitanos, propensos desde sus experiencias de errabundos a toda clase de supercherías, suelen comportarse con el payo de acuerdo con unos baremos muy tornadizos. No eliminan, por supuesto, las buenas disposiciones o las intermitencias afectivas, pero en ningún caso se desentienden de las lisonjas, engañifas y simulaciones, con lo que también pueden contaminar de esas marrullerías a sus propios modales flamencos. Por eso supuso una valiosísima ayuda la de Antonio Mairena, gitano de respeto, sabio en lo suyo y con la suficiente autoridad como para

exigirle a los otros todo lo que podían y a veces no querían expresar. Mairena, maestro de cantaores, nos acompañó en algunas de esas jornadas y se encargó de avivar todos los rescoldos posibles en la esfera ritual del cante. Fue a no dudarlo un privilegio contar con él, como también lo fue en otro sentido la colaboración siempre provechosa de Fernando Quiñones, José María Velázquez-Gaztelu, Francisco Moreno Galván, Ricardo Molina, Amós Rodríguez Rey, Juan de la Plata, así como la del pintor Antonio Povedano y el musicólogo Emilio de Leca, con quienes compartimos viajes, madrugadas, risas, tedios, hechizos, copas.

Velázquez-Gaztelu, a quien conocía muy de pasada y que era ya con toda probabilidad un intachable conocedor del flamenco, se convirtió desde entonces en un amigo muy querido y en un predilecto cómplice por los andurriales placenteros de la común historia nuestra. Era un poeta que dosificaba muy bien los alimentos terrestres y tenía aspecto de moreno de verde luna o de tañedor califal, según le diera la luz de frente o de perfil. Un día, ya casado con la bella Nieves, penetró en las cavernas del sentido del sufismo, eligió como maestros preexcelsos a Ibn Arabi y Jalaluddin Rumi, descubrió una nueva técnica de vida y abandonó la poesía hasta que, al cabo de un cuarto de siglo, publicó *Los límites del desierto*. No es que a mí me resulte rara esa dimisión —real o ficticia— de la actividad poética. Incluso puede parecerme plausible. Hay años, lustros, décadas en que no se puede recurrir a la poesía para usarla como un mecanismo de autodefensa. Abundan terapias más eficaces. En cualquier caso, esas renuncias se producen sin previo aviso y además sin ninguna lógica. O a lo mejor de una manera decididamente razonable, yo qué sé. Lo digo porque algo de eso me ocurría a mí también por aquel tiempo. De pronto, un buen día, se deja de sentir la necesidad de establecer alianzas con la literatura, se pierde un poco el gusto —y la fe— por ese tipo de introspecciones, eso es todo. Ningún despropósito mayor que tratar de disponer de la poesía cuando la poesía de ninguna manera está disponible. José María Velázquez así lo entendió, aunque tampoco creo que le importase mucho entenderlo. Eran muy otros sus afanes conforme pasaban los años por encima de las tentaciones consecutivas del *carpe diem* y los acosos de los enemigos del alma.

Decía que esa recopilación y ordenación de cantes jondos olvidados o prácticamente desconocidos fue tarea intrincada y laboriosa. Anduve casi tres años a vueltas con lo mismo, no sólo ocupado en rastrear a tales efectos esa precisa geografía bajoandaluza o realizando las grabaciones pertinentes, sino revisando y seleccionando todo el material recogido, unas treinta bobinas que

quedaron finalmente reducidas a seis discos de larga duración. Ocurrió algo además que conecta con un relato incluido en la edición que publicó Alfaguara de *Cuentos escogidos* de Paul Bowles. Me refiero a «La ruta de Tassemsit». Narra ahí el autor sus peripecias al sur de Marruecos, acompañado de un técnico de sonido, para grabar músicas populares a cuenta de un organismo cultural norteamericano. Ese remoto Tassemsit, al sur de Marrakech, no lejos de la *hammada* de Tinduf —por donde también anduve yo años después—, aparece en el texto de Bowles como el denso escenario de un mundo literalmente excéntrico, no muy distante del de *El cielo protector*, medio localizado entre las quimeras medrosas de los extravíos vitales y las parábolas del tesoro nunca encontrado. Por cierto, que en la película de Bertolucci basada en *El cielo protector* se incluye una tonada de raíz arábigoandaluza cuyo rescate me corresponde en cierta medida. No es que me la hayan usurpado, ya que mi nombre de coeditor figura en los títulos de crédito de la película, es que incluso ha llegado a intrigarme esa otra irregular coincidencia.

Lo que quería contar es que durante aquella expedición musicológica de Bowles, un jerife le preparó una fiesta para que pudiese grabar ciertas músicas del Antiatlas, si bien el magnetófono no pudo funcionar debido a las deficiencias eléctricas de un generador. El jerife, sin embargo, disponía de una pequeña casete y le regaló a Bowles la cinta que había grabado en unas pésimas condiciones acústicas. Al regreso, cuando el escritor quiso comprobar la segura inutilidad de esa cinta, se encontró con lo que él llama un «misterio gozoso»: la grabación era excelente. Pues bien, algo así me ocurrió cuando andaba por las interioridades de la sierra del Aljibe, cerca de Alcalá de los Gazules, en busca de posibles vestigios del flamenco originario. El técnico de sonido que me acompañaba no pudo registrar una improvisada fiesta campesina porque no había ningún enchufe en toda la redonda, pero un viejo serrano me obsequió con una cinta más bien pringosa que sacó de un casete de pilas y que contenía, como luego comprobé, una grabación extraordinaria. Las incógnitas que perduran en los artefactos elementales pueden deparar mayores sorpresas que las relacionadas con los avances tecnológicos. Ocurre como con las músicas arcaicas.

Estoy bastante satisfecho de ese trabajo. Yo, que he ido proveyéndome con los años de alguna sedicente dosis de vanidad o, lo que viene a ser lo mismo, de ciertas ávidas variantes de la propia estimación, tengo muy claro cuándo me excedo en la cuota de esos engreimientos y cuándo rondo la objetividad. Al *Archivo del cante flamenco* —refundido años después, con

nuevas aportaciones, en *Medio siglo de cante flamenco*— le atañe este último veredicto. Los viejos y legítimos intérpretes cuyos cantes conseguí recoger —Juan Talega, tía Anica la Piriñaca, Manolito de María, el Negro del Puerto, Tomás Torre, tío Manuel Borrico, Joselero de Morón, Fernanda de Utrera, Manuel Sordera, Fernando Terremoto, Manuel Agujetas— constituyen un balance histórico irrepetible, al que todavía hay que acudir para conocer a ciencia cierta la mejor tradición del flamenco, suponiendo que a alguien le siga interesando ese tramo residual de nuestra cultura. No se trata de ninguna petulancia, sino de una ecuánime constatación de merecimientos que tampoco tengo por qué soslayar. Muchas cosas que desconocía me fueron reveladas entonces y no pocas conjeturas se hicieron certezas, sobre todo a partir de la fijación tajante de esa línea divisoria entre el flamenco genuino y las imposturas y añagazas andaluzas de exportación. Lástima que se perdiera por ahí, en la maraña de las cintas grabadas, un caudal de ocurrencias y conversaciones que hubiesen enriquecido en términos antropológicos el valor documental del archivo. Aunque también es verdad que todo eso quedó selectivamente registrado en alguna de esas inconstantes actas de la memoria.

## 15. LA PERIÓDICA NECESIDAD

## DE LA INCERTIDUMBRE

Con Cuba he mantenido desde siempre una relación muy singular, muy benévola y efusiva, a lo mejor hasta arbitraria, tal vez porque siempre me he sentido —o me hizo sentir mi padre— un hispanocubano, hasta el punto de que ésa ha sido desde luego una convicción mucho más intensa que la que pudieron suministrarme mis otros vínculos familiares franceses y cántabros. Del ascendiente sirio no hablo porque tengo mis dudas sobre su veracidad. Lo cierto es que crecí beneficiado por una halagüeña sensación de fronterizo, de receptor de un mestizaje hecho de fragmentos de vidas oriundas de Camagüey y esparcidas por el ámbito de mis primeras nociones emocionantes de Cuba: la manigua durante las luchas independentistas, el ingenio azucarero de la Ceiba Grande, los barcos que arribaban al puerto habanero procedentes de Cádiz o al revés, la casa colonial donde tal vez jugaría mi padre con su medio primo José Raúl Capablanca. Todo eso fue configurando como un retablo descriptivo protagonizado por el abuelo José Caballero Viana, coronel montañés, y la abuela Obdulia Ramentol, criolla hija de criollos. Un denso registro de hechos de armas y peripecias domésticas, transmitidos en ajadas fotografías y papeles estragados, novelas orales y evocaciones conmovedoras con las que conviví desde niño, sabiendo ya entonces que allí perseveraba un remanente biográfico que siempre iba a reportarme un cumplido catálogo de exaltaciones, complacencias y orgullos.

Por eso mi primer viaje a Cuba supuso un acontecimiento familiar que mereció diversos conciliábulos y toda clase de pistas y encomiendas por parte de mi padre. Ese viaje se debió a una inesperada invitación del Instituto Cubano de Amistad con los Pueblos —el ICAP—, tramitada inicialmente por Juan Marinello, uno de los dirigentes históricos del partido comunista cubano. A Marinello, especialista en Martí y en cierta literatura española finisecular, lo había conocido en Madrid, en no sé qué reunión medio improvisada en el estudio de Juan Manuel Caneja o quizá en el de Manolo Millares. Marinello era un anciano ilustrado y cortés, ligeramente ampuloso, con modales de republicano pragmático, un poco a la manera de Tierno Galván o de mi colega en la Universidad Nacional de Colombia y luego senador José Prat. A mí me extrañó un poco aquella invitación tan imprevista, que fue el preludio de otras dos posteriores mucho menos satisfactorias, la última de las cuales —en 1974 — me deparó algunas ya íntimas desavenencias conmigo mismo, quiero decir con quien había empezado siendo, como tantos otros, un efusivo adepto a la

nueva Cuba.

De aquella primera visita, sin embargo, centrada en el tramo inicial de la revolución triunfante, conservo una imperturbable sensación de armonía entre la política y la vida, no sé si sólo a partir de mis anhelos de que eso ocurriera efectivamente así. Pero ya empezaba a acentuarse, me parece, la subordinación del individuo al entramado colectivo revolucionario, esa suerte de razón de Estado que incluía la paulatina anulación de la vida personal, algo que acabaría restringiendo por tanto una independencia o una libertad de movimientos obviamente irrestrictas. Y eso me produjo a la larga una manifiesta incomodidad moral, un rechazo instintivo que sólo se aminoraba ante la evidencia de ciertos justicieros logros educativos, sanitarios, culturales. En cualquier caso, confraternicé con gentes cálidas y seductoras, ingeniosas a la manera de los bajoandaluces, provistas de un tesón revolucionario compatible con la mordacidad crítica y la más genuina versión del disfrute tropical, esa mezcla casi siempre incontestable de rigor ideológico y cachondeo por libre, de contradicciones y ambigüedades. Al lado de la palmaria escasez, de la precariedad inclemente de los bienes de consumo, el cubano hacía todo lo posible por reírse hasta de su sombra. A las dos semanas de andar por la isla me sentía más en mi casa —y no por mis camagüeyanas raíces paternas— que a los dos años de vivir en Colombia, por supuesto que sin contar con mi predilecta Cartagena.

El ICAP me había asignado un guía, Mateo de apellido, para conducirme por La Habana y acompañarme en mis desplazamientos por la isla. Era un tipo muy correcto en todo, en el vestir, en el hablar, en el cumplimiento de sus deberes de funcionario. Yo creo que más que de cicerone me lo habían endosado para vigilarme, pero el hombre procuraba disimularlo lo mejor que podía. En realidad se comportaba como un espía empeñado en comprobar que yo no lo era y, a veces, me costaba Dios y ayuda quitármelo de encima con el sano propósito de caer por mi cuenta en las tentaciones de la noche habanera, que se me antojaba rebosante de deleites. Un día, cuando me disponía a darme un baño en la piscina del hotel, justo antes de saltar al agua, alguien me agarró por detrás con apremiante descompostura. Era Mateo, que me preguntaba demudado si sabía nadar. En otra ocasión, mientras intentaba eludir su vigilancia por el procedimiento de ocultarme tras una columna, al asomarme yo para comprobar que tenía el campo libre, me encontré de sopetón, como en una película cómica del perseguidor perseguido, con la cara de cancerbero de Mateo surgiendo a un palmo de la mía. Su empecinado celo —tremenda lapa, habría dicho un cubano— dejó de ser una pesadilla cuando formalicé de una

vez por todas mis juiciosos planes de fuga.

Como no podía ser menos, ya me había planteado antes de viajar a Cuba efectuar una preceptiva visita a Camagüey, justamente orientada a la búsqueda del ramal paterno de mi biografía, cuya relación epistolar había quedado interrumpida hacía ya tiempo. Como yo comentara un día en la Unión de Escritores que Mateo, el guía, era una nulidad en estos y otros rastreos concordantes con mis privadas aficiones, se me asignó deferentemente y en evitación de que pudiera caer en un estado de melancolía crónica, un segundo acompañante para un ya programado recorrido por la isla, desde La Habana a Santiago pasando por Santa Clara, Trinidad, Cienfuegos y Camagüey. El elegido fue el poeta Armando Álvarez Bravo, un mulato aceitunado algo fondón, más fácilmente identificable por su amistad, tal vez por vía católica, con José Lezama Lima, de quien preparó una antología con un prólogo y un diálogo bastante esclarecedores.

Pero no fue entonces ni con este Álvarez Bravo —luego residente en Miami— con quien fui una tarde a ver a Lezama, sino con Pepe Valente y en otra posterior visita a Cuba. A Lezama lo había saludado fugazmente alguna vez y había gustado de los poemas de *La fijeza* y de los extraordinarios textos de indagación cultural recogidos en *Analecta del reloj*. Valente no conocía entonces la obra de Lezama y, después de aquella visita a la que me acompañó no sin algún recelo, quedó poderosamente seducido por la personalidad singularísima del poeta. No he olvidado la casa de la calle Trocadero 162, toda llena de libros, porcelanas, cajas de puros, cuadros, cachivaches. Llega hasta mi memoria el mismo olor a sótano y a flores marchitas que subía de las baldosas de aquel piso modestamente habanero. Lezama escribía sobre una tabla apoyada entre los dos brazos de un sillón y, cuando ahora lo recuerdo, lo veo surgir como un duende inmoderado entre un tropel de legajos y fumarolas. Gordo y plácido, asmático y cortés, hablaba casi siempre como si estuviera leyendo algo ya escrito y, en cierto modo, sus expresiones pertenecían todas a ese sistema poético cuyos enigmas y vislumbres han supuesto para mí un acabado modelo de conducta literaria. Más tal vez su prosa que su poesía —suponiendo que no sean el mismo artefacto—, pues esta última se ve afectada por lo común de una atonalidad compositiva que incluso parece intensificar el barroco hermetismo de la escritura. Incluso en las dedicatorias, extensas por lo general, esgrimía Lezama una prosa de altos primores metafóricos. Copio, por ejemplo, un párrafo de la que me escribió en *La cantidad hechizada*: «... estas imágenes que concuerdan en una totalidad que quisiera situarse en lo que los místicos llamaban la vía unitiva.»

Un día Pepe Rodríguez Feo —una persona decentísima y un inteligente crítico— nos llevó a cenar a Lezama, a Pepe Valente y a mí a un restaurante casi lujoso de La Habana Vieja, ese corazón medio averiado de la bella Ciudad de las Columnas. Con la servilleta sobre el voluminoso abdomen y moviendo lánguidamente la mano del puro, el poeta abominaba del poco respeto que la revolución concedía a la excelente comida criolla. Si no cuidaban de la tradición culinaria, ¿qué se podía esperar de aquellos jóvenes barbudos? La crítica inocultable de Lezama al proceso revolucionario disponía de un componente irónico de muy selectas extracciones culturales. No solía disimular sus ideas y las iba intercalando, con puntiaguda parsimonia, en un discurso aristocratizante, de epicúreo obligado *velis nolis* a aceptar ese racionamiento de placeres sensuales impuesto por el gobierno. Tengo la impresión, no obstante, de que Lezama respetaba a ciertos dirigentes revolucionarios casi tanto como éstos lo respetaban a él. Aparte de todo eso, *Paradiso* —que apareció precisamente durante uno de mis viajes, en 1966— es la obra de un impar maestro, de un investigador órfico en los atajos menos frecuentados y las comarcas más abisales de la palabra poética. Ahí se estabiliza sin duda una de las grandes aventuras llevadas a cabo en la lengua española desde Góngora a Juan Ramón Jiménez. No es un dato superfluo añadir que tan universal poética se gestó y alumbró en el más absoluto aislamiento, apenas asomándose su autor a «lo absorto del lenguaje carnal del tiempo de La Habana». Pepe Rodríguez Feo publicó la correspondencia que mantuvo con Lezama, y hay otra edición, preparada por Eloísa, hermana del poeta, donde se recogen cartas de éste a Juan Ramón Jiménez, María Zambrano y distintos familiares. Lo anoto porque a través de esos textos pude completar con minuciosa certeza la compleja y fascinante asignatura del mundo poético de Lezama.

En Camagüey nos quedamos dos días con sus noches. Primeramente obedecí a Mateo y visité una explotación ganadera («modelo de socialización de los medios de producción en la nueva era revolucionaria», etcétera) y luego me dediqué ya a mis labores, es decir, a localizar el paradero de mis difusos parientes cubanos. Fue una ingrata experiencia, una pesquisa triste. Todavía alcanzo a ver por las rendijas de la memoria una tienda de abarrotes vacía, un escaparate ocupado por unas blusas descoloridas y un maniquí anémico, una plaza devastada por la penuria. Entre prevenciones y evasivas por parte de mis informadores, llegué a la conclusión de que los deudos de la abuela Obdulia Ramentol o se habían esfumado o sólo habían dejado rastros inciertos en la ruta tormentosa de Miami. Esa simple evidencia, inscrita en «las municipales actas de la infidelidad», me suministró una quizá excesiva sensación de

fracaso, la misma que trasplanté andando el tiempo, aunque con otras más ufanas requisitorias acerca del mestizaje, a un poema de *Diario de Argónida.* Pensaba, de todos modos, que no había sido una buena idea seguirle la pista a esa parcela ultramarina de mi genealogía, cuyo desenlace sólo iba a procurarme, o eso me temí, alguna réplica gratuita de la frustración.

Íbamos una noche Álvarez Bravo y yo callejeando por Trinidad, cuando tuve una corazonada: de un momento a otro iba a descubrir algún segmento oculto de los patrones culturales de la isla. Esas cosas suelen pasarme, y más de una vez me he anticipado a la inminencia de un encuentro o una noticia de apreciable relieve. Es lo que también me ocurre cuando las personas con las que me cruzo se van pareciendo cada vez más a aquella con la que por fin me encuentro, lo que resulta sumamente útil. Pero ahora era otra cosa. Trinidad es un pueblo de sencillo trazo urbanístico, una rara euritmia de rosas y celestes haciendo resaltar las casas coloniales sobre un cielo incoloro. Las calles parecen adecuadamente concebidas para el paseo sosegado, con los guijarros pulidos por cascos de caballos de otro siglo. Llegó de pronto hasta donde estábamos un bullicio de cánticos y percusiones y empecé entonces a notar como una sensación placentera, una energía repentina, y luego como el barrunto de algo que a lo mejor conectaba con ciertas variantes psicológicas del concepto de *baraka*. Aún no sabía de qué se trataba, pero supe que por allí cerca me aguardaba algún sensible motivo de instrucción o diversión. Conforme nos acercábamos, el alboroto se iba apelmazando en una espesura furiosa. Nos asomamos finalmente al zaguán de donde salía aquella algazara y vimos al fondo un nutrido grupo de negros congregados alrededor de algo todavía indefinible. Según me informó Álvarez Bravo, habíamos sido venturosamente conducidos por algún *orisha* bienhechor a una fiesta de santería. Me parece que él era católico de acuerdo con su propio mestizaje, es decir, que no desdeñaba ese sincretismo referido a ciertas deidades de las teogonías africanas y a los santos cristianos que las encubrían, así que tuve suerte. Entró a hablar con alguien y fui deferentemente invitado a asistir a la ceremonia.

Mi primera impresión fue la de que un viento tórrido me lamía la cara y enseguida me salió al paso un olor densísimo a sangre, a tabaco, a humores descompuestos. En una esquina había una especie de altar barrocamente adornado con cromos y figurillas de toda laya, guirnaldas de colores y flores mustias, ante el que aparecían unos cuencos irregularmente repartidos, la mayoría de ellos repletos de viandas. Un hombre ya mayor de pelo y vestido blancos degollaba con metódica aplicación unas palomas, les arrancaba la

cabeza como quien descorcha una botella y dejaba que la sangre se vertiera sobre las escudillas. Los asistentes seguían con el cuerpo el compás de los tambores, mientras entonaban un monocorde estribillo coral en lengua yoruba y bebían a morro lo que parecía ser ron. Una muchacha también vestida de blanco se destacó de los demás y se entregó a un ejercicio bailable de mucha tembladera. El blanco de los ojos y de los dientes le ponía a la sudada piel negra una extraña fulguración, en tanto que las carnes retemblaban con una espasmódica cadencia sensual. Finalmente la negra se desplomó de espaldas y empezó a contorsionarse y a practicar en el suelo una especie de convulsiones con trazas de epilépticas. Como luego supe, es lo que llaman «montarse el santo», algo que viene a ocurrir cuando la posesa pierde su personalidad y adopta la de un determinado *orisha.* Una mezcla imposible de histeria, magia, lujuria y fanatismo ocupaba todo el escenario del ritual. A mi lado, una negra grande que se cimbreaba por partes independientes —las caderas, los pechos, el pubis— me ofreció su botella, de la que bebí un licor más bien repulsivo, mezcla presunta de ron, cilantro y zurrapa de café. No me miraba, sólo se arrimaba a mí como atacada por un síncope discontinuo, traspasándome la calentura de su piel, el unto de su transpiración. El ritmo de los tambores *batá* percutidos por ambos lados —«el ruido sin fin del fundamento», diría Valente en su poema «Visita a Guanabacoa»— gravitaba sobre los cuerpos con un obsesivo y creciente poder de ofuscación. Hubo un momento en que me sentí no un espectador sino un copartícipe de aquella confusa liturgia, intuyendo o poco menos que había llegado a ese límite de la razón que se parece mucho al trance. En todo caso, sólo oía ya la resonancia turbadora de la percusión y eso fue lo que continué oyendo mientras volvíamos finalmente al hotel y mientras tardaba en dormirme, visitado por los *orishas* del sueño, la desmemoria y la confabulación de las culturas diagonales. Hasta es posible que apelara a Olofi, el dios supremo de la santería, cuyo rango es tan elevado que se desentiende de los asuntos de los hombres, como si no existieran, con lo que también mis esfuerzos acabarían siendo vanos.

Me interesó sobremanera toda esa complejidad comunicativa entre los negros y las formas sincréticas de su religiosidad, así que procuré enterarme un poco de todo eso. Mi primer asedio de curioso se verificó a través del *Contrapunteo cubano del tabaco y el azúcar* —publicado no mucho antes de mi primer viaje a Cuba—, del antropólogo Fernando Ortiz, un ejemplar tratado científico y un documento literario admirable. Me hubiese gustado conocer a ese ya anciano sabio cuya obra es sin duda la más eminente en el campo de los estudios de antropología cultural e historia social de la comunidad afrocubana. Oí decir que Lydia Cabrera, que ya no vivía en La Habana, también estaba muy al tanto de esas cuestiones, pero no alcancé a leer nada suyo en este sentido. Lo busqué, pero no lo encontré. A quien sí traté de pasada tiempo después fue a Natalia Bolívar, una blanca que sabía todo lo que puede saber una negra especializada en los ritos mistéricos de la santería o Regla de Osha.

Tengo entendido que en el citado libro de Fernando Ortiz se introduce por primera vez en los estudios etnográficos un nuevo vocablo técnico, la transculturación, es decir, el trasvase, la fusión de culturas y razas, el mestizaje como factor de enriquecimiento indisputable del ser humano. Siempre me atrajo la eficiencia de ese concepto aplicado por igual al mestizaje de las ideas y al de la vida cotidiana. En Cuba, que es a lo que iba, tras el exterminio de la población aborigen y la importación de negros africanos —yorubas, mandingas, congos, carabalíes— para suplir la falta de esclavos, se va creando una refundición de cultos fragmentados oriundos de África y España, de antiguos ritos nigerianos y elementos católicos hispánicos. Los dioses africanos se disfrazan para poder sobrevivir de santos y vírgenes del cristianismo. Oshún, Shangó, Orumila o Yemayá, por ejemplo, se sincretizan en la Virgen de la Caridad del Cobre, santa Bárbara, san Francisco de Asís o la Virgen de Regla. Un trasiego de lo más movido. Los negros disimulaban así sus prácticas religiosas y los blancos hacían como que no se enteraban.

Alguien quiso llevarme un día a Regla, a que me «registraran los caracoles», una especie de adivinación del porvenir por medio de las distintas posiciones que adoptan unos caracoles marinos arrojados sobre una tabla como si fuesen dados. Rehusé desde luego ese ofrecimiento, nunca he querido que me pronostiquen lo que me va a ocurrir. No soporto esa pretensión anticipatoria de la vida, como si el tiempo se replegara de pronto y activara en el presente las vicisitudes presuntas o verídicas del futuro. Prefiero

equivocarme sin ayuda de nadie. Verme situado en el porvenir siempre ha sido una de las versiones de mí mismo que menos me han gustado. Acepté no obstante ir a casa del personaje ducho en esas artes adivinatorias. Era un negro enorme y decían que una vez se proyectó su sombra sobre un perro y lo aplastó. Tenía los grandes labios protuberantes y agrietados y el pelo crespo del color de la ceniza. Me las vi y me las deseé para evitar su insistencia en predecirme el futuro, pero oí con auténtico embeleso los maravillosos discursos con que obsequió, tras la operación de los caracoles, a una dulce mulata que me acompañaba, cuñada por más señas del novelista José Lorenzo Fuentes. Qué idioma delicioso y qué música floreada la de ese idioma.

Ya he contado en alguna parte, pero no me importa reiterarlo, que uno de mis más obstinados propósitos cuando llegué por primera vez a Cuba consistía en yacer con mujer negra. Tampoco era nueva semejante obstinación etnosexual, pero las consecuencias no habían sido en ningún caso sobresalientes. Ignoro si se trataba de una fantasía cutánea, de una malsana fijación educativa o de algún confuso deseo largamente incumplido, aunque lo más probable es que todo dependiera de una tentación en la que había caído de modo defectuoso durante mis anteriores estancias en el Caribe, y más concretamente en la costa atlántica colombiana y en Puerto Rico. Así que lo que justamente andaría buscando era una buena ocasión para resarcirme de todo eso. Mi única obligación habanera consistía entonces en dictar un curso breve, como de cuatro o cinco clases, sobre literatura española de posguerra. De modo que tenía tiempo sobrado para devaneos de diversa condición. Pero no me pareció aconsejable intentar el asedio a alguna de mis alumnas, antes por incomodidades operativas que por motivos de prudencia, y eso que el catálogo de universitarias dotadas de muy estimulantes prerrogativas étnicas —mulatas, cuarteronas, zambas, chinas— era de lo más llamativo. Yo me mantenía, sin embargo, en una acérrima actitud de forastero imperturbable, cosa que incluso podía resultar sumamente antipedagógica. Y así hasta que me crucé de improviso con mi oportunidad.

Ya había visto un par de veces, en una heladería no lejos de mi hotel, a una muchacha cuya piel prieta, como guarnecida por unos tornasoles de cacao, me suscitó desde un primer momento una gran estima. Tenía las facciones algo europeizadas y, aunque eso no acabó de agradarme del todo, sí encontré de lo más atractivos sus potentes pigmentos sensuales y aquella especie de candela verde que le salía de los ojos. Se llamaba adecuadamente Hortensia, ejercía a intervalos irregulares de actriz en una incierta compañía de teatro costumbrista y era sobrina de un afamado poeta negro santiaguero, lo cual no

le impedía ser bastante lacónica. Un día se me quedó mirando muy fijamente desde la barra de la heladería, interrumpiendo el concienzudo chupeteo de algo de color turquesa y agitando los dedos en el aire caliente del mediodía a guisa de señal. Cuando pasé por su lado me preguntó sin más si yo era soviético. Lo dijo como si accediera de antemano a absolverme y estuve a punto de contestarle que, efectivamente, lo era y que, tras la crisis de los misiles, me había quedado en La Habana porque andaba buscando mujer. Pero lo único que le respondí fue que era gallego involuntario y había llegado hacía poco a la isla en funciones de husmeador del aire de Camagüey, la tierra natal de mi padre y de su copiosa familia materna. Ella puso un meloso gesto de beneplácito y nos sentamos amigablemente en la terraza de la heladería, a la sombra rojiza de un flamboyán. Y ahí empezó casi todo.

Hortensia tenía una hermana que cantaba boleros en un antro semiclandestino, o simplemente tolerado por conveniencias turísticas. Y allí me condujo una de aquellas noches. Se trataba de una especie de sótano y no disponía de ningún reclamo publicitario en la puerta. Apenas recuerdo el interior del local, más que nada porque permanecía en una oscuridad casi absoluta, sólo aminorada por los rayos efímeros de la linterna que usaba el camarero para abrirse paso entre las mesas o para guiar a los clientes desde la entrada, y por el foco cenital que encendieron en el momento de la actuación de la hermana de Hortensia. Se oían por todas partes fricciones y rumores altamente lúbricos. Una vez habituados más o menos a la tiniebla, pudimos encontrar sin mayores tropiezos los vasos de ron «en la roca» que nos había traído el camarero. Por lo poco que logré distinguir, la hermana de Hortensia muy bien podía ser la hermana gemela de Hortensia. Su voz tenía una calidad que iba de la seda a la lija, según, y cantaba siguiendo la música de unos discos minuciosamente maltratados y usando de una hábil vibración de pechos y nalgas. La luz del foco incidía desde lo alto y dotaba a su cuerpo de una movilidad borrosa que remitía a una pintura a medio hacer. Cuando terminó su actuación, que mereció toda clase de vítores, la hermana de Hortensia vino a sentarse con nosotros. Yo aún no había iniciado ninguna operación de acercamiento libidinoso, un poco intimidado tal vez por la precipitada acumulación de facilidades, y pensé que la llegada de la cantante iba a mermar notablemente tan buenos e imprevistos augurios. Pero tampoco ocurrió eso de manera inmediata.

La hermana de Hortensia me tanteó la cara y el pelo con despacio, y ese reconocimiento de ciega debió de parecerle aceptable, pues se sentó muy resuelta y entre cuchicheos al otro lado del sofá, enlazando su brazo con el

mío. Yo me encontraba literalmente embutido en un acomodo carnal de lo más confortable, y algún tenue destello que circuló por allí me reveló que estaba a punto de oficiar en el muy acreditado rito de la simetría amatoria, esa especie de excitación hipersensible por las fotocopias corporales. Si miraba a la izquierda entreveía a una mulata oscura que era la imagen clónica de otra mulata oscura que tenía a mi derecha. Supongo que la adecuada alternancia de mis manipulaciones debió de perturbarme en cierto modo el sentido de la orientación, pues lo único que en realidad distinguía, no sin alguna inquietud, era el blanco de los ojos surcando la negrura circular como un fulgor de cuchillo. Y eso me produjo la pecaminosa sensación del extraviado en una manigua sexual que muy bien podía ser la de algún sueño reciente. Yo seguía mientras tanto distribuyendo entre las dos hermanas mis metódicas exploraciones, si bien la simultaneidad de los escarceos no favorecía del todo lo que podría ser un reparto equitativo. Todo discurría por esas nebulosas hasta que, en un imprevisto forcejeo, la cantante me apartó sin brusquedad pero con decisión, no porque hubiese ocurrido nada anómalo sino porque al parecer había decidido sustraerse de aquella improvisada alianza erótica, cosa que hizo con extraño desconcierto y dedicándome algunos blandos y zalameros empellones en dirección a la hermana o a la silueta de su doble. Luego se levantaron las dos, susurraron algo que no alcancé a oír y enseguida vi con disgusto el poderoso cuerpo de una de ellas definitivamente engullido por las sombras. La otra se había vuelto a sentar y lo que nunca llegué a saber fue cuál de las dos se quedó conmigo.

A partir de entonces, y ya sin el morboso facsímil de la hermana, estuve viendo a Hortensia —suponiendo que fuese ella— hasta que ocurrió lo más inoportuno. La verdad es que la noche habanera nos había deparado muy edificantes disipaciones y algún que otro regocijo adicional, pero la cosa se torció de modo calamitoso el día en que se me ocurrió llevar a Hortensia a mi habitación del hotel Riviera, sorteando con meritoria astucia las vigilancias propias del caso. O eso creí, pues a poco de entrar, cuando estábamos decentemente asomados al golfo de México desde mi ventana del piso dieciséis, se oyeron unos enérgicos golpes en la puerta. Abrí y allí aparecieron dos sujetos no malencarados pero sí algo insolentes que, luego de identificarse como agentes de seguridad, le pidieron a Hortensia que los acompañara. De nada sirvieron mis reiteradas apelaciones a la mesura o al sentido común. Por lo poco que conseguí sacar en claro, a ella la acusaban de connivencia con extranjero y a mí de infractor de las ordenanzas hoteleras en cuanto al orden público y las buenas costumbres. Tan humillante desatino malogró finalmente y sin remedio aquel ameno devaneo tropical. Y sospecho que el último tramo

de mi primera —¿o segunda?— estancia en Cuba se vio afectado de manera incorregible por todo eso. Ni siquiera mis fervores ante aquel triunfante ciclo revolucionario atenuaron las airadas respuestas a lo que juzgué un indignante despropósito. Detesto este tipo de simplificaciones, pero tampoco tengo por qué encubrir ahora, después de tanto tiempo, la intensa decepción que experimenté entonces por vía emotiva: ese radical antagonismo entre la libre elección de la felicidad y las añagazas morales de la política con fines groseramente fiscalizadores. Lo único que me consoló fue que acaso no era Hortensia sino la hermana la protagonista de aquel inadmisible percance.

No sé si en ese o en otro de mis viajes me encontré con Allen Ginsberg, que andaba por allí, sobrado de bríos y alharacas, en funciones de insurrecto desaliñado, de falso gurú de poetas adictos a la teatralidad, provocando con sus *boutades* de gringo antigringo a los jóvenes seguidores de la nueva moral revolucionaria. Yo apenas lo vi un par de veces y en medio de una cohorte pegajosa de devotos. Le oí decir que una de las más notables deudas retóricas contraídas por el movimiento *beatnik* estaba directamente relacionada con *Poeta en Nueva York*. Tengo mis dudas, acaso no sea más que un falso contagio proveniente de la versión inglesa de ese libro. También es posible que semejante afirmación sólo obedezca a un prurito de lisonjear a García Lorca, pero ahora recuerdo que Emilio Sanz de Soto —nuestro hombre en la cultura tangerina y a quien me presentó el pintor José Hernández— aseguraba que Ginsberg le había hablado más de una vez de ese ascendiente. En cualquier caso, el indómito autor de *Aullido* se comportó en La Habana como le correspondía, y oí decir que le faltó poco para que lo declarasen persona non grata, ya que se le ocurrió proclamar en no sé qué acto público que no había nada más deseable para él en toda Cuba que pasar una noche con Ernesto Che Guevara. Tampoco me parece que ese tonto descaro mereciera tan zafia respuesta.

Al Che lo vi en una ocasión en la Ciénaga de Zapata, cerca precisamente de la muy heroica bahía de Cochinos. Yo había ido a pasar unos días a esa península al sur de La Habana, donde funcionaba desde hacía poco un complejo turístico de mucho mérito. Consistía en una curiosa agrupación de *bungalows* o cabañas montadas sobre zancos en mitad de la laguna a manera de palafitos, con pasadizos que las comunicaban entre sí y se prolongaban en diversas plataformas destinadas al descanso o la simple observación de la fauna circunvecina: reptiles y pájaros poco visibles pero muy antiguos. No era raro perderse por aquel laberinto y eso también tenía su encanto, sobre todo si ya había empezado a oscurecer sobre la insondable ciénaga. De noche

también podía ocurrir que se escuchara un amenazador chapoteo bajo el suelo de madera de la cabaña. Luego me enteré, con el debido escalofrío, que eran los caimanes que circulaban libremente por sus aguas naturales. En cualquier caso, el hecho de saber que había caimanes discurriendo por debajo de la cama no ayudaba precisamente a conciliar el sueño. Me pasé toda una noche en vela, pero no sólo por la cercanía espeluznante de esos reptiles sino porque se oía un intermitente mugido como de becerro triste justo al otro lado del tabique de la cabaña. No hubo forma de averiguar qué podía ser aquello. Me asomé varias veces por la ventana y la puerta y allí no había más que una negrura mate taponando el campo visual. Hasta que al fin, cuando ya amanecía, descubrí el sorprendente origen del bramido: se trataba de un sapo de considerable tamaño, lustroso y búdico, al que nombran por aquí rana-toro, que ya es rara combinación zoológica. Claro que una vez admitido que existe un animal de tan desastrosa pinta como el llamado tamanduá, un literal híbrido de oso hormiguero y bolsa de viaje, todo lo demás es posible, hasta la vetusta araña-cabrito que dicen que aún pervive por los pinsapares de Grazalema.

Bien. Esa rara especie de rana-toro hizo un poco las veces de pretexto ocasional para un fugaz encuentro con el Che, que creo que era entonces ministro de Industria y pasaba por allí camino de Cienfuegos. Estábamos asomados a uno de los observatorios de la ciénaga y alguien que acompañaba al Che, un joven conmilitón uniformado de riguroso verde oliva, acertó a enterarse de mis comentarios a propósito de tan extraño batracio y creyó oportuno ilustrarme sobre las zonas pantanosas en que vivía. Cuando el Che me oyó hablar, identificó de inmediato mi acento andaluz y quiso saber qué vientos me habían llevado a la isla. Fueron sólo unos minutos, tensos y veloces. Me amilanó un poco su repentina comparecencia, la inmediatez de una mirada suavemente impávida, cierta negligencia en la apostura, esa naturalidad inteligente y generosa de sus modales. Yo acababa de leer un texto suyo recién publicado en Ediciones R, *El socialismo y el hombre en Cuba*, reproducción de una larga carta que le escribió a Carlos Quijano, director del semanario uruguayo *Marcha*, cuya lectura me conmovió por la entereza moral de sus convicciones y el ponderado buen gusto de sus ideas artísticas, incluidas aquellas en que impugna las «formas congeladas» del realismo socialista. Días después de aquel fugaz encuentro, Mateo, mi guía, me preguntó si quería visitar al Che en su despacho ministerial, pero yo rehusé, más que nada porque no me pareció oportuna una entrevista cuya única justificación consistía en no tener ninguna. O a lo mejor la tuvo a la larga, cuando el Che pasó a convertirse en el emblema arquetípico *in extenso* de

todas las rebeldías sociales y transgresiones privadas de nuestro tiempo histórico.

Un día me citó Nicolás Guillén en su casa, un piso espléndido situado en un alto y moderno edificio del Malecón, desde el que se divisaba un amplio confín del litoral desdibujado por la calima, a un lado la fortaleza del Morro y, al otro, la costa baja hacia la desembocadura del Almendares y el barrio de Miramar. Estuvimos viendo viejos papeles y desempolvando memorias familiares —Guillén era de Camagüey, como mi padre—, hasta que decidimos irnos a comer por ahí, no sin detenernos primero a tomar un mojito en la Bodeguita del Medio y un daiquiri en el Floridita, donde dicen que solía emborracharse Hemingway, tal vez para que vieran los demás lo mucho que aguantaba y lo muy varonilmente que afrontaba el riesgo de vivir. «Un hombre puede ser destruido, pero no derrotado», dijo en alguna ocasión. Una vez me llevaron a Quinta Vigía, la casa que fue del novelista en San Francisco de Paula, a unos 10 kilómetros de La Habana. Era una hermosa villa de traza colonial, naturalmente repleta de trofeos de caza, libros, cuadros, artes de pesca, cerámicas. El que había sido mayordomo o algo así de Hemingway enseñaba la vivienda e ilustraba al visitante sobre los hábitos y prendas del escritor. No vi ni rastro de su colección de pintura —Miró, Braque, Juan Gris, Paul Klee—, pero aparecían muy visibles una gallera y un ring de boxeo —ya que no una plaza de toros—, cuya sola correlación con la violencia remitía a las andanzas de aquel combatiente irreductible que terminó vencido por sus propios fantasmas. Lástima que no pude encontrarme en el barrio de Cojímar, en Guanabacoa, con el viejo pescador a quien convirtió Hemingway en protagonista de su mejor historia, esa lucha a muerte con el gigantesco pez espada que viene a encarnar el valor del contendiente solitario y el reconocimiento del valor del enemigo, algo que el autor de *El viejo y el mar* consideraba la sal de la vida.

Fuimos andando Nicolás Guillén y yo desde su casa hasta La Habana Vieja, y no he presenciado nunca una más unánime acumulación de saludos, abrazos y parabienes dedicados a un poeta por parte de los viandantes. Una popularidad ciertamente desmesurada: la gente le daba la mano, le preguntaba cosas, le pedía favores, se detenía a mirarlo, y él respondía a todos con detenimiento y amabilidad, de modo que no llegamos a nuestro destino sino después de una lentísima travesía. Guillén no era desde luego un poeta de mi predilección. No dudo que su obra dispone de una de las marcas mayores del mestizaje poético afrocubano, algo que me interesaba mucho en términos de antropología cultural, pero que se me quedaba literariamente muy a trasmano.

Más que leerlo, lo mejor era oírlo hablar de la vida, de las reformas humanísticas de la revolución, de las últimas triquiñuelas que según él iban propagándose por el mundo. Me reía mucho con su risa, una risa de negro, como de fruta rezumante, desplegada en ondas concéntricas por todos los trayectos de su cara. Guillén era entonces presidente de la Unión de Escritores y Artistas, pero yo creo que su figura no pasaba de formar parte del decorado de la institución.

El otro organismo cultural habanero, la Casa de las Américas, estaba muy bien provisto de chicas, todas ellas capitaneadas por Haydée Santamaría, luchadora en Sierra Maestra, y formaban sin duda una tribu afectuosa y altamente atractiva. «En esta casa llena de muchachas / yo quisiera ser gato diplomado», declaró en un ocasional poema José Agustín Goytisolo. Me acuerdo con mucho agrado de la bella Marcia Leiseca, entonces mujer de Lisandro Otero; de María Rosa Almendros, hermana de Néstor —que ganó un Oscar como director de fotografía—; de Maruja, mujer de Pablo Armando Fernández; de Chiqui, de Olga y de no sé cuántas vistosas jovencitas más. Allí o en la Unión de Escritores conocí también a los poetas Eliseo Diego, Roberto Fernández Retamar, Cintio Vitier, César López, Pablo Armando, Heberto Padilla, Nancy Morejón, Fayad Jamis y a una innumerable serie de narradores, amén de a otros vates residentes en la isla: el chileno Enrique Lihn, el uruguayo Mario Benedetti, el rumano Darie Novaceanu, el salvadoreño Roque Dalton, el martiniqués Aimé Césaire... Con algunos de ellos anduve por donde era buenamente posible andar en La Habana sin toparse con los cada vez más nutridos celadores del buen orden revolucionario. Aún no había sobrevenido el espectáculo ominoso de las jineteras, esa prostitución de doble filo tan contraria a la moral castrista y tan consentida por los negociados turísticos. En todo caso, siempre se podía acceder a alguna de esas tentadoras y con frecuencia remunerativas rutas nocturnas por una ciudad hermosa a pesar de las incipientes marcas de la decrepitud, jocunda pero desabastecida, cuya desbordante inclinación a la farra tropezaba de continuo con el desdichado muro de la austeridad, la cautela y la escasez.

A Carpentier fui a verlo una tarde a su despacho del Consejo Nacional de Cultura. Ya se había difundido entre nosotros el magisterio narrativo de *El siglo de las luces* y el novelista estaba empeñado en la tarea de reactivar en su país una «Biblioteca básica de literatura española», cuyos volúmenes se imprimieron por lo común en un modesto papel de bagazo de caña, lo que también ratificaba el esfuerzo notable que supuso la empresa. Recuerdo

algunos de los títulos que circularon entonces profusamente, gracias a la gestión magnífica de Carpentier: *Amadís de Gaula, La Celestina,* las *Coplas* de Jorge Manrique, *Los sueños* de Quevedo, las *Soledades* de Góngora, *Tirano Banderas, El obispo leproso, La realidad y el deseo...* Sin duda que Carpentier no sólo estaba alentando así un admirable programa de reinstalación de la cultura literaria española en la sociedad lectora cubana, sino que también establecía el tácito inventario de sus predilecciones. Los consabidos trámites barrocos de su escritura, su voluntad indagatoria en los más frondosos yacimientos de la realidad, enlazan efectivamente con una tradición donde se entrecruzan, a través de una serie de exquisitos reajustes, las complejas fabulaciones de los libros de caballerías, las taraceas estilísticas de un Góngora y los ornamentos retóricos de un Valle-Inclán o un Gabriel Miró. Todo un compendio, en suma, de nuestra mejor literatura metódicamente asimilado —readaptado— dentro de esa singular poética de lo que él llamó lo «real maravilloso». Sólo falta, quizá, en este apresurado recuento genealógico de autoridades, el siempre fecundo paradigma imaginativo de los cronistas de Indias. Con Carpentier y con su mujer, Lydia, volví a coincidir tiempo después en París, en la embajada de Cuba, y en Madrid, en una cena gratísima en casa de Federico Álvarez, entonces director del Fondo de Cultura Económica y casado con Elena Aub. Difícil creer, por cierto, que Max Aub, que era un feo modélico, fuese padre de tan guapa muchacha. Nunca se sabe. Fui gustando de la amistad de Carpentier al mismo tiempo que me convertía en fervoroso lector suyo, hasta el punto de que hoy tiendo a defender, si bien no siempre con la misma firmeza, que, después de Valle-Inclán y Juan Ramón Jiménez, el autor de *Los pasos perdidos* es uno de los dos o tres escritores que con mayor refinamiento ha cultivado la prosa en las distintas áreas del español.

Nunca llegué a soportar sin severos esfuerzos el clima habanero. Hubo días de abril, creo que durante mi segunda visita, cuando aún no había acabado la estación seca, en que el calor adquiría una consistencia táctil de veras opresiva. No era una sensación sino un encontronazo, y había que ir atravesando a toda prisa ese obstáculo físico para evitar la asfixia. Tal vez la temperatura no era muy elevada, apenas 30 grados centígrados o poco más, pero una endiablada alianza de la humedad con la sequía y del bochorno con el vaho que salía directamente del Trópico de Cáncer reducían de muchos modos el nivel de mi resistencia ante las embestidas del calor. Sudaba constantemente y la frecuencia de las duchas no hacía sino acentuar una astenia insuperable que me mantenía a veces enclaustrado en mi habitación. Una de esas tardes, cuando dudaba entre encarar o rehuir el azote tórrido de la

calle, decidí bajar al bar del hotel —esta vez me hospedaba en el Habana Libre— y allí me encontré, no sin alguna sorpresa, con Blas de Otero. Sabía que andaba por La Habana un poco desvalido, bastante malcasado y presumiblemente sumido en alguna de sus intrincadas controversias vitales. Aunque me había propuesto localizarlo, no supuse que iba a dar con él de ese modo: en un bar atestado de gentes inciertas y absorto en la contemplación de una copa vacía. No me acerqué de inmediato, sino que me dediqué a vigilar su inmovilidad, una inmovilidad que realmente no daba para muchas vigilancias. Cuando finalmente nos encontramos, me pareció que Blas disponía de una capacidad comunicativa bastante más notoria de lo que en un principio imaginé, quiero decir que debía de estar atravesando por la fase de exaltación del ciclotímico, pues a veces casi se mostraba como un extrovertido habitual. Estaba pensando entonces seriamente en su regreso a España y a mí me pareció que, habida cuenta de sus apuros más elementales, eso era lo mejor que podía hacer, aunque sin imaginarme para nada que, una vez en Madrid, no iba a tardar en armonizar su vida gracias a los buenos oficios de Sabina de la Cruz.

La mujer de entonces de Blas, una tal Yolanda, me llamó días después por teléfono al hotel y estuvo intentando malquistarme con el poeta, cosa por demás peregrina. No me gustaron nada ni su actitud ni su voz ni sus argumentos de enredadora. Fui posponiendo la cita que me pedía y nunca me encontré con ella. Como solía ocurrir, tampoco sé de qué vivía Blas entonces, me imagino que de alguna esporádica colaboración literaria y de la ayuda discreta de la filial del PCE en Cuba, que ocupaba el magnífico edificio que había sido Centro Asturiano y cuyos dirigentes eran dos viejos camaradas doblados de conspicuos administradores de algo así como el socorro rojo en versión tropical. Se apellidaban Rodríguez Jerez y Carnero —tío este último del poeta Guillermo Carnero— y eran personas efusivas pero algo resbalosas. Blas había publicado en La Habana una compilación vehemente de sus poemas y canciones de temática civil o política, que eran muchos y de muy vario calibre. Lo bautizó con un nombre prósico, *Que trata de España*, y en él se percibía con especial derroche esa habilidad extraordinaria del poeta para dotar de una nueva significación ciertos giros del habla coloquial. De la interiorización de esos modales expresivos y de la emocionante sensibilidad de Blas, se desglosaba con palmaria nitidez la pertenencia del poeta a una tradición que, aun estando nutrida de clasicismo, o derivando de una genealogía de cuño neopopular, se regeneraba a cada paso hasta adquirir una noble y culturizada autosuficiencia y, más que nada, una especie de conjunción de la épica y la lírica poderosamente eficaz.

Blas se comportaba con mucho aplomo, por no decir que con algunas cautelas, respecto a las incidencias de la dinámica revolucionaria en la realidad cubana de cada día. Ninguna persona de equilibradas convicciones marxistas podía dejar de hacer suyas las contradicciones adosadas a la vida social de la isla: la creencia franca en una doctrina justiciera y la sospecha ineludible de que esa doctrina no se estaba en puridad aplicando o en ningún caso era viable hacerlo en aquella precisa coyuntura histórica. Esa imagen eminente de una Cuba ejemplarizadora, heraldo presunto de otras muchas insurrecciones surgidas en ciertos sectores de una burguesía enfrentada a los anquilosados poderes de esa misma burguesía, se propagó a lo largo de casi toda la década de los sesenta como un paradigma vindicatorio, el aldabón moral que favoreció la asunción de un modelo revolucionario cuyas prácticas iniciales no dejaban de contener muy convincentes formulaciones humanas. Lo que al principio fue un referente sin duda aleccionador, se fue poco a poco distorsionando por la acción corrosiva del dogmatismo, la burocracia y la hipertrofia estética de la revolución. También es verdad que la mayoría de los escritores cubanos que yo conocí disponían de unos rudimentos políticos bastante defectuosos, casi me atrevería a decir que voluntariamente desplazados de sus argumentos morales, cosa que sin duda acrecentaba la impresión de un desencuentro compulsivo entre la vida privada y la pública.

Todo eso se planteó, se sugirió, se eludió, durante aquel congreso cultural que se celebró en La Habana en 1967 y que reunió a centenares de escritores y artistas americanos y europeos. Yo también fui consciente de lo que se podría llamar el crecimiento cero de la aspiración cubana a la construcción del socialismo. Las codicias doctrinarias del sistema, siempre en una versión comunista fogosamente antillana, acabaron malogrando muchas deseables recapitulaciones críticas dentro de ese arduo trayecto histórico. Como es bien sabido, el triunfo de la revolución cubana difundió también por el mundo adelante, junto a otros alentadores reclamos, una creciente atención por la cultura literaria que estaba produciéndose en Latinoamérica. Una cultura adecuadamente propiciada por una nueva nómina de escritores que, en principio, se adhieren de una u otra forma a los supuestos revolucionarios que entonces se instauraban en Cuba. Se trata de un fenómeno bastante explicable. Y bastante ilustrativo, no sólo en razón de la moda. Los más o menos prolongados marasmos que contaminaban la vida política y cultural en un buen número de países sudamericanos y por supuesto en España, acusan de pronto un estímulo que conecta, a partir del campo ideológico, con el literario. Siempre ocurre un poco así, pero en esta ocasión los síntomas disponían de una peculiar concordancia con la historia. Desde principios de los años

sesenta, Cuba se encarga de reactivar, incluso de catapultar con no improvisada astucia, la imagen global de unos hechos culturales hasta hacía poco diseminados, desdibujados por su propio aislamiento o sus escasas posibilidades de expansión. Es como si de repente las literaturas que se practicaban en la propia Cuba, y en México o Perú, en Argentina o Nicaragua, en Chile o Colombia, se hubiesen visto afectadas por una fortuita inyección de vitalidad. Al menos, esas literaturas empiezan a salir de sus angostas fronteras naturales y se propagan con sistemática rapidez, como si se tratase de un espontáneo renacimiento.

Antes que en ningún otro lugar, esa eclosión se divulga obviamente —a través del inicial trampolín cubano— en España, donde iba a encontrar algunas generosas y propicias actitudes receptivas. En primer término, se verifica como un contraste, un subrepticio desajuste entre la pujanza de ciertos narradores hispanoamericanos y la postración de no pocos de sus contemporáneos españoles. Tampoco es que se produjera, como se ha querido argüir, una especie de sentimiento de inferioridad entre una literatura como la nuestra, recién desembarazada de los lastres de un realismo de muy cortos vuelos, y otro nuevo realismo «sin fronteras», según rezaba el título de un texto bastante divulgado —y reeditado en Cuba— del entonces marxista Roger Garaudy. Pero, a efectos comparativos, lo que mostró desde un principio esa recién exportada narrativa fue algo más que una insinuante brillantez y un potente fermento creador. Parece evidente que el ejemplo se concretó sobre todo, y en los casos más notables, por vía lingüística. Quiero decir que lo que de veras supuso un alentador punto de referencia teórico fue la lozanía, el vigoroso rango expresivo de unas pocas novelas que, aparte del natural «exotismo» temático, respondían en muy estimable medida a lo que se llamó, no sin alguna hipérbole, «una nueva fundación del lenguaje». Frente a la fosilizada obediencia a una norma de evidente precariedad, ese lenguaje proponía el desacato, la infracción. Tampoco es que esa suerte de tradición a contrapelo cogiera a nadie desprevenido, pues mal que bien ya se habían suscitado algunas valiosas actitudes renovadoras en nuestra narrativa, sin necesidad de poner tanto énfasis en el experimento. Pero todo era por aquí como menos programático, quizá también más individualista y —ni que decir tiene— con una muy restringida libertad de movimientos.

Otra eficiente coyuntura divulgadora fue la del vehículo editorial. Como ya había hecho poco antes con la novela socialrealista, Seix Barral se encargó entonces de ir canalizando, inicialmente al menos, la nueva novela latinoamericana. Barcelona se convierte un poco en el nudo de enlace de esa

narrativa, y no sólo por lo que concierne a sus exclusivos trámites editoriales. Es cierto que los cinco o seis nombres que engrosan en principio lo que se denominó —con tan tosca etiqueta— el *boom*, constituyen como una especie de *numerus clausus* que impedía tácitamente el ingreso de otros presuntos colegas de méritos muy equiparables. Casi siempre ocurre así y conozco casos muy significativos en este sentido, al menos por lo que respecta a mis gustos. También en eso intervino algún condimento político de subrepticia impostura. En cualquier caso, lo que empezó siendo un frente inamovible de media docena de novelistas, oscureció —incluso desplazó— a otros no menos estimables. Sobre todo si se tiene en cuenta que, con los años, el efectivo auge de esa novela iba a ir decreciendo hasta alcanzar niveles muy inferiores a los inaugurales. El tiempo, ya se sabe, es un óptimo administrador de justicia.

Creo entender que uno de los rasgos más positivos de la peculiar hegemonía de esa novela escrita en el prolífico español de América fue su indirecta función propiciadora de rescates. O de equilibrios cronológicos. De pronto, sin salir aún de la década de los sesenta, se regula el conocimiento de quienes de hecho constituían un claro antecedente renovador en el desarrollo lineal de las narrativas hispánicas. A poco que se recapacite se comprobará que los auténticos fundadores de esa nueva prosa narrativa no son exactamente los García Márquez, Cortázar, Vargas Llosa, Carlos Fuentes, Gómez Valderrama, Julio Ramón Ribeyro, Álvaro Mutis, Jorge Edwards, José Donoso, Manuel Puig..., sino sus más inmediatos predecesores: Carpentier, Borges, Onetti, Rulfo, Lezama, Roberto Arlt, Arguedas, Roa Bastos, Mújica Lainez... Un juicio que parece llevar implícito otro: el de que, antes que un movimiento global de oportuna coherencia, lo que de veras caracteriza a ese bloque novelístico hispánico es un hecho muy simple: el de haber coincidido —en un tiempo y unas condiciones políticas muy favorables— varios autores de manifiesto interés dentro de la órbita de la lengua española. El efecto multiplicador no se hizo esperar y sus productos hicieron más perceptible el valor de los factores. Unos productos, además, que parecían haber pasado primero por el control de calidad de Cuba, o del prestigioso arbitraje de su revolución, para ser convenientemente trasvasados a las zonas de mayor influencia de la cultura literaria occidental. Luego, con los años, todo eso se fue desmontando incluso con apremiante evidencia, se postergó el entusiasmo primerizo y, si no unánimemente, sí se produjo una generalizada propensión a la crítica más o menos ecuánime, cuando no a la animadversión sin paliativos, ante los virajes acaecidos en la órbita social y cultural cubana. La decepción también afectó a ciertas presumibles controversias entre la vida y la literatura.

Una de aquellas tardes presencié un curioso incidente donde el arte y la política tropezaron de mala manera. Fue en una exposición de la llamada última vanguardia cubana. El hecho de que esa muestra se celebrara en una *funeral house* de la época de Batista convertida en sala de exposiciones, ya parecía augurar toda clase de adversidades. Y así ocurrió. Yo había ido hasta allí desde el vecino hotel Habana Libre, junto con otros congresistas: Roberto Matta, Gil de Biedma, Jorge Semprún, la frágil viuda de Gérard Philipe, que acababa de publicar un libro —*El tiempo de un suspiro*— sobre los últimos días del actor, enfermo de muerte. Seguro que también iba con nosotros alguno de esos poetas cubanos tipo Heberto Padilla, que siempre andaban de fisgoneo por el hotel Habana Libre, pero no me acuerdo. Muy bien podía yo ir cavilando en que la pintura expuesta parecía derivar, en conjunto, hacia unos objetivos donde los rígidos artificios del diseño se imponían a la aventura compositiva, cuando vi acercarse a Siqueiros. Apareció rodeado de un grupo de secuaces que más parecían movidos no por su relación amistosa con el pintor sino por su empeño en evitar que lo asediaran otros amigos posibles. Siqueiros iba ostensiblemente vestido de Siqueiros y se movía con el empaque del que acaba de dar por concluida una lección magistral de arte proletario, uno de esos espantosos ejemplos de realismo épico que abarrotan el muralismo mexicano. De pronto, Roberto Matta, que ya debía de haber consumido su cupo vespertino de ron, vio pasar a Siqueiros cerca de donde estaba y ni corto ni perezoso se precipitó hacia él al tiempo que profería una sarta de insultos, todos ellos en francés, que suenan peor. Los atónitos acompañantes de Siqueiros, a quien se le puso una notable cara de pánico, frenaron a Matta, que no cejaba en su ímpetu ofensivo, hasta que finalmente consiguieron sacar a los adversarios por distintas puertas del local. Se trataba, por lo visto, de un viejo contencioso sobre la presunta implicación de Siqueiros en el asesinato de Trotski, o de sus connivencias previas con el asesino, a quien precisamente Jorge Semprún evocaría en clave novelística, como al fondo de una historia personal del comunismo, en *La segunda muerte de Ramón Mercader*. No sé qué había, qué hay de cierto en toda esa enmarañada historia de agentes y contraagentes estalinistas, pero puestos a elegir un bando, por supuesto que me quedé —me quedo— con el de Roberto Matta, de cuya adscripción a un surrealismo con injertos abstractos, si es que existe algo así, sólo escojo lo estrictamente surrealista, con ese toque un sí es no es anárquico de su personalidad.

Entre esos y otros bandazos, empecé a preparar una antología de la *Narrativa cubana de la Revolución*, que ya había concertado con Jaime Salinas y que se publicó en Alianza en 1968. Fue una idea más bien

impulsiva, como de deudor solícito, y seguro que no habría podido llevarla a cabo sin la ayuda inmejorable de Pepe Rodríguez Feo y Virgilio Piñera, escritores muy de mi agrado y amigos fraternales. Ellos me proporcionaron los textos que necesitaba y me fueron asesorando en ciertos trámites selectivos. Ya en Madrid, redacté un prólogo para esa antología que, salvo alguna ligereza de poca monta, puedo suscribir hoy sin mayores vacilaciones. Lo que pasa es que, como todo florilegio condicionado por una situación y una frontera temporal muy específicas, su valor se limitaba al didáctico dentro de aquel tramo de la Cuba revolucionaria. Ni podía actualizarse su enfoque ni parecía idóneo poner al día su contenido. Por cierto, que uno de los narradores que figuran en la antología y que más empeño tenía en conocer, Calvert Casey, vivía entonces en Roma, por lo que no pude encontrarme con él sino tiempo después, ya en Madrid, cuando vino a casa una tarde. Casey padeció muy de cerca aquel execrable hostigamiento contra los homosexuales perpetrado por no sé qué consultorio del despotismo cubano. Pocas semanas después de esa visita, me enteré por Jaime Salinas que se había suicidado en Roma. Cuántas crueldades y aberraciones insertas en los supuestos códigos morales de todas las iglesias habidas y por haber.

Coincidí con Fidel en una recepción motivada por el Congreso Cultural, pero apenas nos cruzamos unas palabras protocolarias. Sólo recuerdo una fogosidad amable, un énfasis favorecido por la corpulencia, una ampulosa seguridad en lo que hacía y que, en cierto modo, vaticinaba ciertos obcecados dogmatismos subsiguientes. Pocos días antes nos habían invitado a escuchar uno de aquellos discursos de larga duración con que obsequiaba Fidel al pueblo cubano y al mundo en general. Nos instalaron en una tribuna contigua al arengatorio del comandante y yo me dediqué a observar a la multitud que atestaba la plaza de la Revolución, que es inmensa y aparecía superpoblada de consignas con un sospechoso exceso de interjecciones y de imágenes gastadas por la machaconería oficial. ¿Cómo soportar esa iconografía agobiadora, esos símbolos esgrimidos por el régimen a manera de terapias estimulantes? La patria, la bandera, los himnos, los héroes, ¿qué son sino verduras de las eras? Daba la impresión de que un buen sector del auditorio no atendía a Fidel, o que sólo lo atendían los muy próximos y los muy devotos. Yo, a pesar de la cercanía, tampoco lo oí demasiado: me adormilaba el sonsonete del orador, pero me atraía su verbosidad y unas pausas que también disponían de su oportuno toque retórico. El público se dedicaba mayormente a sus labores: bailaba al son de percusiones suaves, hacía corros, comía frutas, deambulaba sin tino. Se me podrían ocurrir algunas metáforas aplicables a todo ese ceremonial, pero todas ellas serían banales.

Fue Pablo Armando Fernández o quizá César López, uno de los dos, quien me llevó al bar del cantante negro Bola de Nieve, cuya voz compareció durante muchos años en la mitología de mis recuerdos hereditarios de Cuba. Era un local dudosamente elegante o, por lo menos, con una vistosa estatuaria muy bien distribuida para sorprender a la clientela. Bautizado con el respetable nombre de Monseñor, su aire ornamental muy bien podía coincidir con el de los cabarés al gusto gringo de la época prerrevolucionaria. El gobierno le había instalado a Bola de Nieve —Ignacio Valle de nombre— aquel bar para que lo usara a su antojo, más bien como escenario de sus actuaciones, reducida aquella vez a un muy limitado grupo de invitados. Solía tocar el piano mientras cantaba, pero lo suyo era la extraordinaria versatilidad de la voz. Como instrumentista tenía algo de versión teatralizada de otro pianista negro amigo suyo, Bebo Valdés, que ya no vivía entonces en Cuba. A su hijo Chucho —también extraordiario pianista— lo oí en casa de una anglonicaragüense de muy buen ver, Liliana Freeman, que vivía en un palacete por Marianao y practicaba un extraño pluriempleo: era a la vez periodista, animadora cultural, musicógrafa y —sospecho— agente del contraespionaje. Chucho Valdés quizá fuese entonces el mejor intérprete cubano de jazz y aún recuerdo la maravillosa delicadeza de su *swing*.

La cara de Bola de Nieve, su expresión más consabida cuando cantaba o comentaba sus canciones, remitía, no sé por qué, tal vez por una deformación iconográfica de mi memoria musical, a la de Louis Armstrong, que ha seguido siendo para mí el mejor solista, el más fogoso creador de jazz —y del «blues vocal»— surgido en cualesquiera de sus distintas etapas de desarrollo, sobre todo porque creaba en cada caso la armonía precisa para sacar a flote su intimidad. Esos carrillos inflados mientras tocaba, esos ojos cruzados de esmaltes burlones, eran los carrillos y los ojos de Bola de Nieve mientras cantaba y se reía. No se trataba sólo de una afinidad racial, sino de un modo de ser, un estado de ánimo traspasado a los rasgos faciales. Me contaron una anécdota sobre la mentalidad de Bola de Nieve que yo ya conocía, pero aplicada a Satchmo. Un día una señora de la burguesía azucarera en tiempos de Batista quiso contratarlo para que actuara en una fiesta de alto copete. Bola de Nieve le hizo saber sus honorarios a la señora, quien los consideró muy elevados, pero a los que accedió con la condición de que el cantante no se mezclara ni hablara con los invitados. «En ese caso —replicó Bola de Nieve — hay una bonificación en el precio del veinte por ciento.» No sé si eso es verdad, pero tampoco parece apócrifo. El gracejo, la sorna espontánea, el ostensible amaneramiento de Bola de Nieve tenían a no dudarlo un componente de lo que hoy se llama, con manifiesta subordinación a la moda,

«orgullo gay». En cualquier caso se trataba de un auténtico *showman* y de un profesional del ingenio muy vivaz. Me agradó mucho aquella velada en su compañía, una especie de interrupción risueña de las rutinas ambientales.

He olvidado por qué o a instancias de quién fuimos un día los Celaya, Pepe Valente y Alfonso Sastre —que también estaban aquella vez en La Habana— a comer a casa de Ángel Ciutat, un militar republicano que había protagonizado notables hechos de guerra junto a otro estratega de muy seductora personalidad, Gustavo Durán, a cuya memoria dedicó Gil de Biedma sus *Poemas póstumos.* Este Ciutat, exiliado en Cuba, fue instructor del ejército rebelde y ocupaba entonces el puesto de asesor militar o algo así de Fidel. Tenía pinta de monje exclaustrado y, cuando no andaba enredado en sus asuntos, jugaba inacabablemente al ajedrez. A lo mejor se había contaminado de la fiebre ajedrecística de la isla, que también tenía su tradición eminente, claro, pero que el gobierno impulsaba hasta el paroxismo. Por todas partes se veían unas interminables hileras de veladores con los tableros dispuestos para que los pioneros de la revolución fueran ejercitando la mente en aquellas más sutiles disciplinas.

Ciutat vivía a un paso de la playa de Varadero, en un chalé desde el que se dominaba una amplia franja de la mar verde de las Antillas. Tal vez sintió curiosidad por conocer a algunos de los escritores españoles reunidos en La Habana y optó reglamentariamente por obsequiarlos con una paella rebosante de mariscos del Gulf Stream. No sé si a cuenta de una necia disputa sobre los condimentos con que había sido sazonada o porque realmente los aires marinos alteraban el ánimo de los Celaya, se enzarzaron éstos en uno de esos rifirrafes de alta graduación que podían llegar a extremos incluso peligrosos, habida cuenta de que la inoportunidad de las situaciones no los apaciguaban sino que antes bien los favorecían. Aparte de otras razones más intrincadas, se me ocurre ejemplificar la morbosa frecuencia de tales trifulcas con una anécdota no tan baladí como parece. La cuento: un fin de mes los Celaya fueron a cobrar unos derechos de autor a la sede madrileña de la SGAE. Una vez en su poder el importe de esos derechos, discutieron brevemente sobre quién de los dos guardaría el sobre en cuestión, hasta que Gabriel convenció a Amparo de que fuera ella quien lo hiciese. Y sin más contratiempos regresaron en autobús al hogar conyugal, donde al punto descubrió Amparo que había perdido o le habían robado el sobre en el trayecto. Lo lógico hubiera sido que Gabriel la tildara de distraída o negligente, pero no, sucedió todo lo contrario: Amparo insultó a Gabriel de muchos modos por haber tenido éste la ocurrencia infeliz de hacerla depositaria del dinero. Punto final.

Episodios así menudeaban en las atrabiliarias relaciones de esa pareja: ni podían prescindir el uno del otro ni podían soportarse. Yo creo que aquella gresca en casa de Ciutat hizo un poco de disparadero para que Valente escribiera su cruel y divulgado poema sobre los Celaya. En fin.

Tal vez para neutralizar el malhumor suscitado por aquella absurda agarrada a propósito de los condimentos de la paella, decidí darme un baño en la playa aledaña, al pie del chalé de Ciutat. Lo recuerdo muy bien. Apenas me alejé de la orilla, y desde donde estaba veía nítidamente, junto a una cancela lateral del chalé abierta sobre el talud arenoso, a dos soldados de la escolta de Ciutat y a Amparo paseando su disgusto por la playa desierta. Intentaba yo tonificarme nadando con despacio cuando advertí de pronto que tanto los dos soldados como Amparo me hacían gestos como de salutación, a los que respondí muy ufano, si bien enseguida me di cuenta de que semejante coincidencia efusiva no parecía obedecer a ningún razonable motivo. Y fue justo entonces cuando descubrí la gran mancha oscura contrastando con la transparencia entre azulina y verdosa de la mar. Me asusté, quise hacer pie sin conseguirlo y cometí el peor de los desaciertos: nadar atropelladamente hacia la orilla. No sé si veía o adivinaba la movilidad insólita del bulto subacuático, demasiado grande para tratarse de la sombra de un pez. Noté dos opuestas y consecutivas sensaciones, primero una especie de lametón mucilaginoso y seguidamente algo parecido al roce de una tablazón astillada. Braceaba sin ningún comedimiento hasta que comprobé que ya podía tocar fondo y corrí mal que bien hacia la orilla. A Amparo se le había acentuado la mala cara que ya tenía, y uno de los soldados, que había bajado hasta la playa, me recibió con una aclaración contundente: que me había salvado por los pelos, ya que el bulto que se me arrimó era el de una manta, nombre de una raya gigantesca que puede alcanzar hasta siete u ocho metros de envergadura y dispone de una cola rematada por una especie de garfio electrizado. Por lo visto, esta manta ni es agresiva ni ataca directamente, sólo se desplaza de manera ondulante y apacible cuando un cuerpo se agita cerca y la atrae por algo. Entonces, la manta se dedica a jugar con ese objeto movedizo, envolviéndolo y zarandeándolo entre sus inmensos alerones y si, por un casual, roza con su cola al cuerpo en cuestión, ése ya no lo cuenta, queda inutilizado por una descarga paralizante. O sea, que la historieta tenía su lado terrorífico. Si aquel primer miedo fue desde luego instantáneo, la felicidad de haber salido ileso tuvo una duración de varios días. Y hasta es posible que todavía me dure, al menos mientras lo cuento.

Las tres veces que volví a Madrid desde Cuba, o fui interrogado en el

propio aeropuerto o fui convocado en la Dirección General de Seguridad, el kilómetro cero de todas las colisiones dramáticas y a veces hasta tragicómicas de nuestro anecdotario civil durante la dictadura. Siempre querían saber las mismas enconadas cuestiones: que a qué había ido a Cuba, que con quién había estado, que cuántos comunistas españoles del exilio andaban conspirando por allí. No obstante, esos interrogatorios —digamos— de «garra suave» parecían más bien inducidos por una saña inevitablemente rutinaria, aunque no me costó mucho trabajo sortear los baches y las trapacerías. Al final siempre tenía la impresión de que la policía —la Brigada político-social — conocía absolutamente todos mis pasos y sólo deseaba tener la satisfacción profesional de corroborarlos por medio de mis propias declaraciones. Nunca volví a Cuba después de 1974. Ni me tentaba ningún otro viaje ni me pareció que tuviese demasiada justificación. Lo que pasa es que he seguido manteniendo con la isla una relación amorosa indeclinable, esa difícil querencia que incluye ciertos particulares rechazos, pero también el firme propósito de refutar los rechazos ajenos.

## 16. TODO EL TIEMPO DEL MUNDO

Regresar a lugares que han permanecido asociados a alguna constancia de la felicidad, incluso el simple hecho de volver, tras alguna ausencia episódica, al sitio donde normalmente se vive, me ha deparado por lo común un raro excedente de aflicción, una especie de tendencia gratuita al abatimiento. Es como si de pronto se colapsara mi capacidad de readaptación y algo impredecible, acaso una obstinada cuña de melancolía, acaso la impresión abstracta de un fracaso, compareciera en mis más rutinarios hábitos de incorporación a la vida cotidiana. Sin duda que hay que pensarlo mucho antes de volver a un lugar donde persevera algún rastro venturoso del pasado, o donde se tiene al menos la sospecha de haber vivido con alguna seductora intensidad. Nada es lo mismo, nada puede ser lo mismo a la hora del regreso, y tanto más cuanto mayor haya sido el plazo de la ausencia. El tiempo ha modificado sin apelación el aspecto de la realidad y seguro que ha alterado también la propia manera de intervenir en esa realidad. Eso es lo que me ha pasado siempre después de algún viaje y lo que me ocurrió, sobre todo, cuando volví de Colombia a España o, mejor dicho, de Bogotá a Barcelona, y luego de La Habana a Madrid y, andando el tiempo, cada vez que regresaba con gusto o a regañadientes de cualquier rincón del mundo. Tenía que imponerme en tales casos severos ejercicios de aclimatación, cuando no esforzados métodos antidepresivos. Tal vez el más eficaz de esos remedios consistiera en una ortopedia mental muy acreditada: la de la autoestima. De ahí que en aquella ocasión a la que ahora quiero referirme, cuando después de alguna visita fugaz o algún inadvertido distanciamiento, volví a Jerez, quiero decir a casa de mis padres, no pude por menos de soportar una fase de adaptación casi enteramente ocupada por el desánimo. Y lo primero que hice fue intentar reducir la pertinacia de ese diagnóstico con métodos harto pueriles, como —por ejemplo— convenciéndome de que mis copiosos méritos literarios me autorizaban sin más a sobreponerme a las enojosas marrullerías de aquellos intramuros sociales. Nadie puede calcular la cantidad de inocencia que cabe dentro de la arrogancia.

Aquélla era la primera vez que iba a Jerez con Pepa y los niños. No deja de ser extraño, pero en esos días que subsiguieron a los episodios de mayo del 68, lo primero que me suministró la climatología social jerezana fue la fatídica alegoría, cuando no la explícita vigencia moral de la posguerra. ¿Por qué me asaltó esa sensación furtiva y más bien anacrónica, cuando ya habían pasado más de treinta años desde la victoria fascista? Cierto que los edictos

eclesiástico-castrenses de esa larga posguerra también se habían ido perpetuando de muchos modos en las encrucijadas de la vida pública, aunque tampoco estoy muy seguro de que subsistiera realmente la misma tensión ambiental que antaño, la misma hostilidad soterrada, los mismos repulsivos aparejos vitales. Quizá se tratara de una distorsión de la sensibilidad o, mejor, de una repentina hipersensibilidad, pero yo creía ver proyectadas en el telón de fondo del presente aquellas sórdidas imágenes oriundas de los años cuarenta, tal vez más mortecinas, más supeditadas a otros designios doctrinarios, aunque no por ello menos perceptibles. Porque allí también podía rastrearse de pronto como el trasunto a escala algo reducida de las faramallas políticas divulgadas en todos los arengatorios del país, mantenidas a sangre y fuego por esa cohorte de badulaques y fantasmones que regían el buen orden de la sociedad y promulgaban sus leyes contra los desobedientes y los ingobernables.

Otra impresión muy viva fue la del contraste entre los escenarios urbanos que iba descubriendo y el recuerdo que conservaba de esos mismos escenarios. Esa común discrepancia entre la realidad vivida y la evocada promovía también otra clase de desajuste psicológico. Creo que ya he glosado en otra ocasión algo de todo esto. La destrucción de ciertos enclaves en un concreto ámbito ciudadano, sobre todo si pertenecen a la mitología privada de quien lo atestigua, provoca consecutivamente la destrucción de algunos de esos extraños impulsos que activan la memoria. Unas casas derribadas, unas calles desaparecidas, equivalen a la desaparición, al derribo de ciertas construcciones del recuerdo. O, dicho de otro modo, una realidad deshecha puede deshacer en parte el mapa de la memoria. Y eso era lo que me ocurría y lo que iba inculcándome toda clase de desencantos. No pocos paisajes domésticos y rutas urbanas de Jerez habían acabado siendo irreconocibles, no conseguía amoldarlos a ninguna escala retrospectiva. El hecho de no poder situar en aquellos andurriales, a no ser de manera muy defectuosa, al adolescente que fui, me producía un desasosiego que tenía mucho que ver sin duda con la poética de la decepción. Aunque, ahora que lo pienso, tampoco era para ponerse así. Jerez también me proporcionaba siempre una buena dosis de satisfacciones, no diré que generales, pero sí propiciadas por algún tangencial arraigo de la emoción. Como aseguraba Juan de Mairena, todo es empeorable.

No mucho antes de reaparecer por allí, le había pedido al primo Rafael Bonald que atendiera a un escritor checo, Milos Vesely, que estaba traduciendo *Dos días de setiembre* y quería conocer Jerez, eje de rotación de

la novela. Resulta aleccionadora esa forma de abordar un trabajo en apariencia mecánico, valiéndose de la asimilación *in situ* de todo aquello que naturalmente desconoce el traductor. Este Vesely me había ido a ver a Madrid y me había comentado su interés por conectar con el clima jerezano de las viñas y las bodegas, afinando así mejor los traspasos de esa industria y esa vida a las extrañezas expresivas del checo. Nunca volvió nadie a plantearme algo parecido, aunque la verdad es que en este caso tampoco pude apreciar, por desconocimiento de la lengua, los aciertos de una traducción tan meticulosamente preparada. La novela la publicó en Praga la editorial Odeon, en 1968, casi al mismo tiempo que se producía la execrable invasión por parte de las tropas del pacto de Varsovia. Vesely me habló con despacio de su compatriota y amigo el escritor Arthur London, que luchó en España en las Brigadas Internacionales y que, tras ser nombrado ministro en su país, fue acusado de traidor a la causa comunista y encarcelado bajo la férula atroz del estalinismo. Una vez rehabilitado, London y su mujer escribieron *La confesión*, en la que basó Costa Gavras una película del mismo título. Tampoco he olvidado que Vesely disentía muy razonablemente de las muestras novelísticas de inferior calidad incentivadas, como era norma, por los negociados culturales del comunismo checo, y eso que aún no habían eclosionado las estrategias de signo contrario, toda esa quincalla ideológico-sentimental tipo Milan Kundera, quien —como él mismo dijo— escribió finalmente lo que deseaba: «Una gran tontería por puro gusto.» No seré yo quien lo desmienta.

A su regreso de Jerez, Milos Vesely me aseguró que había aclarado con bastante aproximación muchos resortes de la maquinaria social jerezana, tal como yo la ponía a funcionar en *Dos días de setiembre*, pero que volvía con la salud muy quebrantada a causa de los circuitos vínicos y peregrinajes nocturnos a que lo sometió Rafael Bonald. Por lo visto, y a cuenta de aquella iniciación acelerada, el primo quiso seguir a rajatabla el manual del perfecto anfitrión y le ofreció a Vesely más de lo que un checo podía buenamente aguantar en materia de bebidas y comidas locales. Lo invitó primero a la bodega familiar, donde lo instruyó en las sutiles artes de la cata de vinos de Jerez —finos, amontillados, olorosos, palos cortados, pedrojiménez—, lo llevó luego a tapear sin dejar de copear y, por último, lo condujo en bastante mal estado a una venta de las afueras. El primo Rafael me contó que Vesely recibió allí la flecha que le asignó Cupido, pues se quedó prendado de una de las putas que frecuentaban esos establecimientos híbridos de burdel, restaurante y tablao flamenco. Todo se habría quedado en eso, en un escarceo erótico entre una prostituta jerezana y un escritor checo, a no ser porque éste,

en medio de las nebulosas etílicas, prorrumpió en un recordatorio exaltado de su patria, a lo que alguien que andaba cerca contestó con airados insultos y desafíos, exhortando a los presentes a una nueva cruzada contra los checoslovacos, todos incluidos, en su calidad de comunistas recalcitrantes. Algo así dijo, mientras el primo Rafael, que disponía de un discurso intelectual muy apto para rendir al contrincante por agotamiento, logró finalmente apaciguar los ánimos y llevarse a Vesely lejos de aquel hervidero de pasiones.

Una de esas tediosas tardes jerezanas, después de un estimable consumo de oloroso, un buen amigo, Benito Pérez Barbadillo, me llevó a conocer a un anciano de prendas muy singulares que decía tener noventa y nueve años y llamarse Wifredo el Velloso —o sea, Guifred el Pilós—, debido tal vez a la inmoderada pelambre que aún exhibía. Quiero recordar que Benito Pérez —no Galdós—, poeta local especializado en ditirambos y panegíricos y persona divertida y generosa, se había propuesto escribir algo sobre el tal Wifredo, que era desde luego todo un personaje. Se jactaba de haber intervenido en cinco guerras sin pegar un solo tiro: en la de Cuba, en dos de Marruecos y en la civil, aparte de en la revolución de Asturias. El hecho de que no hubiese disparado ni una sola vez, tras una actividad bélica tan intensa, suponía realmente una proeza de mucho mérito. Él, sin embargo, le quitaba hierro al asunto explicando que cada vez que le entregaban un fusil, lo primero que hacía era inutilizarlo y que de todos modos se abstenía de apretar el gatillo aunque le fuera en ello la vida. No era exactamente un pacifista, era un señor al que nunca le apeteció gran cosa matar a alguien que había sido calificado de enemigo por no se sabía qué intermediario. Aunque las ideas conservadoras de Benito no le ayudaran a entender al anciano, todo lo que éste defendía se aproximaba mucho a la ejemplaridad moral de quien abomina de los salvadores de la patria.

Wifredo el Velloso vivía en Guadalcacín, una pedanía del término de Jerez, en compañía de una anciana de no muchos menos años que él, a la que llamaba siempre por su nombre completo, Jacinta Botín, y con la que al parecer se había encontrado en alguna de sus inofensivas andanzas de combatiente, convenciéndola para que se viniese con él a aquella perdida aldea del campo de Jerez. Vivían en una casita que olía a lóbrega y a forraje fermentado y que tenía pintadas junto a la puerta dos manos de Fátima. A mí me dejó fascinado aquel anciano que hablaba en claves jocosas, con aliños surrealistas, y que intercalaba en la conversación palabras en catalán, nunca se supo por qué, a lo mejor era por lo de «pilós». Había sido amigo de Sebastián

Oliva, un viñador jerezano revolucionario que editaba *La Voz del Campesino* y al que dedica Ilya Ehrenburg una cumplida semblanza en *España, república de trabajadores.* Aquella tarde Wifredo se bebió con nosotros las dos botellas que le habíamos llevado, mientras Jacinta Botín aportaba una ensalada con arenques. Nos habíamos sentado a la puerta de la casita y, al cabo de un buen rato, cuando con mayor atención oíamos el disparatado soliloquio de Wifredo, emitió éste un quejido que más parecía el de un gozne herrumbroso, escupió la dentadura como si se tratara de un hueso y finalmente rodó por el terrizo. Me pareció verle en la cara una veladura terrosa que no anunciaba nada bueno. Lo levantamos como pudimos y Jacinta Botín insistió en que volviésemos a sentarlo en la silla de la que se había caído, cosa que conseguimos a medias, en tanto que ella entraba en la casa y volvía a salir al punto con un vaso de agua y un papelón rebosante de unos polvos rosáceos. Quieras que no, le metió en la boca a Wifredo parte del contenido del papelón, empujando los polvos con el pulgar y pretendiendo que se los tragara con ayuda del agua. La escena no era lo que se dice aleccionadora. Wifredo parecía ir a peor y empezó a vomitar un espumarajo de lo más alarmante. Y eso fue lo que nos decidió a Benito y a mí a correr en busca de un teléfono con ánimo de avisar a algún servicio médico de urgencia, a pesar de la anhelante resistencia de Jacinta Botín a que incurriéramos en semejante desatino, alegando que ella sabía mejor que nadie lo que había que hacer.

Wifredo el Velloso murió en el hospital a los pocos días de aquella accidentada visita a Guadalcacín. Cuando Benito y yo nos enteramos no pudimos evitar una insidiosa acometida de remordimientos, pues lo primero que se nos ocurrió fue que el consumo de casi una botella de fino por parte del más que achacoso Wifredo, muy bien podía haber sido el desencadenante de su muerte. La verdad es que no habíamos estado muy acertados con aquel obsequio que el anciano agradeció y trasegó con la misma vehemencia. Pero no fue el vino sino un natural proceso de consunción generalizada lo que acabó con él, o sea, que murió consecuentemente de viejo. Según supimos, en un último momento de lucidez preagónica, confesó que no tenía noventa y nueve años sino ciento uno, y que el gran secreto de su longevidad se debía a que durante toda la vida había sido un incontrito masticador de pólvora. No está nada mal. Lo que ignoro es si Benito Pérez Barbadillo llegó a escribir algo sobre Wifredo, aunque me temo que no, porque tampoco era ése un tema de su especialidad. Incluso es posible que su mujer —una de las numerosas López de Carrizosa jerezanas— se lo habría vetado, ya que era persona de ideas sólidamente retrógradas. A mí me retiró el saludo tiempo después por la sencilla razón de que invité a Benito a participar, en calidad de interlocutor

amistoso, en un programa de la serie televisiva «Ésta es mi tierra», donde yo me refería a ciertas hipertrofias de la sociedad local.

Mis experiencias domésticas jerezanas prolongaron más o menos las de hacía cuatro, cinco años. De la profusa familia que habíamos vivido en la casa de la calle Caballeros, sólo seguían juntos mis padres y tía Victoria, una vez trasladados a aquel chalé del ensanche que mi madre consideró siempre como un confinamiento en los extrarradios de la vida urbana. Los abuelos maternos habían muerto tiempo atrás y el resto de la parentela se había ido desgajando con metódicas pausas del viejo epicentro familiar: mi hermano Rafael, ya adscrito a la magistratura, se había casado con María del Carmen Campuzano; mi hermana María Julia con un aviador, Paco Jurado Ivison, y tía Isabela con el enólogo sanluqueño Luis Girón. Fui consciente entonces de que el tiempo había ido ciñendo sus nudos alrededor de todos nosotros, pero especialmente de mis padres. La crueldad subrepticia de las horas —*vulnerat omnes, ultima necat*—, ese reloj de impredecible celeridad, se había hecho patente en la casa, perpetrando sus leves pero incesantes menoscabos físicos. Mi padre, ya jubilado, se dedicaba a ejercer de observador escéptico, a leer hasta tarde, a asomarse a las viñas de antaño, mientras mi madre mantenía su condición de adicta a la felicidad y preservaba a toda costa su tolerancia, su dulzura, sus divertidas maneras dialogantes, su apacible apego a la tradición. Pero también compartían ambos la misma furtiva marca del envejecimiento. Pienso que, aun sin decírmelo, mi padre —viejo militante del partido republicano reformista— se ufanaba de esos avatares políticos míos que tanto desazonaban a mi madre, quien sufrió una auténtica crisis de congoja cuando supo que me habían encarcelado. Tengo la impresión de que yo nunca supe explicarle, o ella no supo entender nunca, que el antifranquismo en ningún caso podía confundirse, como pensaba ella, con la mala educación o con alguna actividad moralmente reprobable.

Pepa y yo aprovechamos aquel viaje a Jerez para buscar una casa en la vecina costa atlántica. Ésa fue la primera vez que elegimos Sanlúcar para pasar el verano, antes de que decidiéramos adquirir primero un apartamento en la insípida zona por donde crecía a trompicones la ciudad y luego la casa de Montijo en la que hoy vivimos buena parte del año. Tía Isabela hizo alguna averiguación previa y nos presentó a una amiga suya, Isabel Barón, una encantadora sanluqueña que estaba dispuesta a alquilarnos un chalé en la zona de Las Piletas, frente a los pinares y dunas de Doñana, justo donde se juntan las aguas del Guadalquivir y del Atlántico. Por supuesto que no lo pensamos dos veces. Era una casa grande y algo destartalada y disponía de unas

dependencias anexas y un amplio jardín con araucarias, palmeras y falsos pimenteros, provisto además de ese encanto supletorio de los huertos aparentemente descuidados. La arena se amontonaba en los tapiales y en los escalones de la cancela y sólo se podía llegar hasta allí en coche por un camino vecinal que lindaba con un portillo trasero. Esta casa la compró luego Gerarda de Orleans, la reformó con muy buen tino y la convirtió en una muy confortable residencia. Lo malo fue que, con los años, se instalaron por allí cerca algunos de esos bares nocturnos asediados por la maldición acústica de las motos y los desmanes de la música, con lo que se hizo prácticamente inhabitable un sitio que había sido hasta entonces un placentero refugio litoral.

La casa contaba con una especie de torreón que me reservé enseguida como cuarto de trabajo. Yo andaba entonces redactando de no muy buena gana un manual de historia de la literatura, un encargo de Manuel Lombardero para no sé qué proyecto —nunca llevado a buen fin— de Planeta. Desde la balconada del torreón se veían las pinedas y arenales de Doñana y esa vista acentuaba mi despego por aquel trabajo forzoso del que no podía económicamente desentenderme. La verdad es que tampoco resulta muy aconsejable tratar de escribir lo que sea, incluso una carta, frente a un paisaje de algún modo seductor, y más si ese paisaje pertenece al particular repertorio de quimeras de la infancia. Muy a duras penas conseguía sustraerme a esa imantación sensible de Doñana, a la aventura fugitiva de los barcos que bajaban de Sevilla o se disponían a remontar el río. Demasiadas tentaciones de la vista traspasadas a la imaginación. Y un día, de pronto, como suele pasar, concebí el arranque posible de una novela que se llamó, incluso antes de que comenzara a redactarla, *Ágata ojo de gato.* Fui almacenando a rachas diseños de ideas, datos prácticos, indicios argumentales a propósito de un texto literario que fue decantándose por razones no exactamente literarias. Más que nunca, la literatura empezó a tener para mí el sentido de una carta que el escritor se manda a sí mismo. Me explico.

No hacía mucho habían empezado a circular noticias alarmantes sobre los peligros ciertos que acosaban a Doñana. Una vez más esas agresiones contra su vetusta integridad ecológica se reproducían con manifiesta aceleración: el proyecto de una carretera por la costa, con la consiguiente desaparición de las vivificantes dunas móviles; las trampas del tendido eléctrico; los primeros desafueros urbanísticos; la expansión de los arrozales; el incremento de pesticidas arrastrados por los caños; el aprovechamiento indiscriminado de los acuíferos... Aún no se había producido la calamidad que serviría de corolario terrible de todos los anteriores anuncios de desastres: la riada tóxica

proveniente de la mina de Aznalcóllar, esa ponzoña del infierno que se abatió por toda aquella comarca a saber con qué secuelas ya irreparables. Hasta donde yo puedo acordarme, Doñana —la «otra banda», como dicen en Sanlúcar— me proporcionó la primera noción sensitiva de una tierra virgen a la que nadie podría nunca violar. Y ya se sabe que esas conjeturas infantiles son también las que perduran en la memoria de un modo más tenaz y sensible. Sin duda que todo eso es bastante literario, pero la experiencia del niño que descubría esa naturaleza venerable se fue traspasando sin mella ninguna a quien sucesivamente he sido.

El diseño inicial de *Ágata* se orientaba, en líneas generales, a la sustitución de una historia por sus presuntas equivalencias mitológicas. Arrancaba de unas experiencias muy concretas vividas por mí y reconducidas luego hacia un foco de referencias preferentemente alegóricas. Lo que pretendía con ese juego de espejos entre lo real y lo irreal, era valerme de un viejo mito: el de la *mater terrae* que acaba vengándose de todo aquel que pretende agraviarla. Algo así de solemne. Recuerdo que algunos comentaristas, al hablar de esta novela, la remitieron sin más al realismo mágico o fantástico, esa especie de híbrido entre la novela picaresca y el cuento de hadas. Detesto esas musarañas teóricas. Yo creo que *Ágata* no es más que el trasunto literario de una historia real trasplantada a un plano simbólico. Es simplemente una novela dotada de su propio realismo, de un realismo que, como cualquier otro, dispone de sus correspondientes anomalías. Entre la figura de Alicia y la de Sandokán —pongo por caso— no hay más distancia imaginativa que la que cada cual quiera atribuirle. Digamos que en esa novela comparece como un simulacro de la realidad generado en la memoria, pero en ningún caso ese simulacro deja de ser un excipiente verídico del espacio narrativo. En absoluto encubrí una historia real con la hojarasca fortuita de la fantasía.

Cuando Kafka, por ejemplo, crea un personaje como Gregory Samsa, que se metamorfosea en insecto, ¿actúa como el cultivador de un realismo mal llamado fantástico o convierte una fantasía en el trasunto de su propia realidad? La cucaracha kafkiana tal vez sea —lo es de hecho— una metáfora del absurdo, de la alienación, pero no es un embeleco desconectado de la realidad o de la vinculación del autor con esa realidad. Todos los realismos pueden llegar a ser fantásticos, porque todas las realidades pueden llegar a ser muy extrañas. No voy a meterme en ningún berenjenal ontológico acerca de esos conceptos, pero la irrealidad elegida por Kafka es, literariamente, su realidad, es decir, su experiencia del mundo, con todas las hipótesis culturales y sociológicas propias del caso. El prototipo de una realidad esencial no

existe, no es más que una idea, porque en términos estrictos todo es real, incluidas sus variantes más quiméricas. También aquí, como en filosofía, no hay evidencias absolutas. Cada cual dispone —para bien o para mal— de sus propias convicciones a la hora de intervenir en la realidad, es decir, de reproducir su particular noción del mundo. Mi realidad es, simplificando, la proyección de mi experiencia, y mi experiencia a veces puede llegar a ser muy irreal. A medida que pasan los años, las cosas se me vuelven más irreales; las ideas tienden a irse desfigurando, disgregándose por algún inestable confín de la memoria. Hasta las mentiras, las infracciones de la lógica, los irracionalismos de fondo, son variantes operativas de esa voluble y múltiple idea sobre la realidad.

Si yo pretendía traspasar a una experiencia de lenguaje —que es a lo que iba— otras experiencias privadas acerca del intrincado mundo de Doñana, ¿cómo iba a poder hacerlo sin usar un léxico de cuño por lo menos ambiguo, orientado más bien a describir con ciertas fórmulas barrocas el barroquismo sustancial de la naturaleza? Nada se opone, además, a admitir que la linde entre lo ilusorio y lo verídico puede llegar a ser imperceptible. Así que me preocupé mucho de que el lenguaje utilizado en *Ágata* equivaliera poéticamente a la geografía física y humana en que se enmarca la historia. Supongo, sin embargo, que durante aquellas primeras recapitulaciones en torno al desarrollo de la novela o de sus estrictas márgenes operativas, tampoco tendría muy claras todas esas conjeturas. Aparte de que tardé cuatro años largos —después de cinco versiones con notables variantes— en dar por terminada una novela en la que creo que articulé con suficiente holgura lo que pretendía y cuyos ecos estilísticos he oído resonar en algunos posteriores textos narrativos.

Al margen de esas cuestiones, aquel verano en Sanlúcar me satisfizo y compensó de muchos modos. Ya con cuatro hijos —los dos últimos, José Manuel y Miguel, tenían a la sazón cuatro y dos años—, la vida en aquella casa con jardín asilvestrado y playa casi privada se hizo bastante cómoda y complaciente y de ahí arranca, creo yo, mi predilección por una excelente manzanilla elaborada en las bodegas de un viejo amigo, Manolo Barbadillo, cuya sabiduría enológica heredó su hijo Antonio Pedro. Me agradaba sobremanera pasear por aquellas demarcaciones medio despobladas, entre los botes recostados en la arena de la bajamar, al pie del promontorio donde se irguió otrora el castillo del Espíritu Santo. A veces ampliaba el radio de mis descubiertas y llegaba hasta La Jara o Bajo de Guía, incluso hasta el Barrio Alto y La Algaida, por cuyos distritos apuntaba ya la cimentación de una

sociedad urbana favorecida por algún signo inicial de expansión económica. Aún pasarían años, empero, antes de que fraguaran del todo esas mudanzas sociales que fueron poco a poco trastocando con predecible continuidad el cuerpo —y el alma— de Sanlúcar.

Una mañana, coincidiendo con la bajamar, apareció cerca de casa, entre unas rocas que se internaban aguas adentro formando la prolongación natural del promontorio, la espeluznante figura de un cuerpo partido por la mitad, quiero decir la parte inferior de lo que tuvo que ser el cuerpo de un náufrago. Permanecía además en una posición verdaderamente truculenta: de pie, extrañamente apoyado en un saliente del arrecife y como si se dispusiera a salir andando del agua. Una escena de película de terror perfectamente compuesta. No me acerqué mucho, ya había por allí gentes aterrorizadas y atenazadas por el morbo y habían avisado a la comandancia de Marina. Lo primero que pensé es que todo aquello tenía algo de broma monstruosa, como si hubiesen descuartizado un maniquí y dejado allí la mitad: unas piernas medio envueltas en unos andrajos y un abdomen purulento del que colgaban algas y tripas. Creo que casi me puse a buscar con repentina insensatez la parte superior del cuerpo. Nunca se supo qué había pasado o de dónde procedían aquellos restos, aunque lo más seguro es que pertenecieran a alguien de la tripulación de un carguero de buen tonelaje (un hombre, desde luego) que había caído al agua y había sido despedazado por la hélice. Tampoco era descartable la suposición de que en vez de por la hélice, el presunto náufrago hubiese sido fraccionado por alguno de los grandes peces de aquella zona y devuelto en parte a la playa con la marea.

Como para curarme en salud, fue entonces también cuando volví a recuperar mis viejas aficiones náuticas, si bien de manera mucho más vehemente y en razón de un deseo muy concreto: poder navegar a mi antojo por aquellas aguas litorales. Pero lo que más volvía a tentarme era el anhelo recurrente de poseer un velero de módico porte, no más de siete u ocho metros de eslora, con el que aventurarme a la vieja usanza —las velas y el sextante— por otras más lejanas rutas y al que poder convertir un día en vivienda permanente. Luego, con los años, a lo más que llegué fue a tener una modesta embarcación a vela, pero con la que al menos podía remontar el Guadalquivir hacia Sevilla o emprender cabotajes menores por la mar gaditano-onubense. Si navegar es necesario, según el lúcido axioma latino, yo comencé a estar entonces sumamente requerido por esa necesidad o, en todo caso, por la de no sentirme mediatizado por las rutinarias contingencias terrestres, al menos mientras anduviera absorbido por la tentativa de escribir una novela.

Imposible incorporar más literatura a las simples solicitudes de la vida cotidiana.

Hablé mucho de eso con José Luis Barros, que pasó unos días en casa con su mujer de entonces, Gloria Noriega. Una mañana nos fuimos él y yo a navegar con el marido de Isabel Barón, Antonio Brechi, más conocido por el Canario, que tenía una variante de «juanelo» —así llaman en Sanlúcar a las barcas de bajura— con la que solía ir a pescar marrajos por aguas de Trafalgar. El Canario era un curioso personaje, mareante experto y defectuoso ciudadano, atlético y epicúreo, que nos llevó río arriba hasta el brazo de la Torre y la marisma de Isla Mayor, justo por donde yo pagué andando el tiempo mi primer tributo de incompetencia marinera. Tanto es así que supuse que los dioses oceánicos me habían previamente elegido para cobrarse su metódica tasa de víctimas. Incluso he llegado a temerme que si alguien que está a punto de ahogarse se salva, ya nunca vivirá en paz, pues nadie puede disputarle al mar sus presas. No es un símil poético, sino la constatación de unos hechos memorizados por todos los marinos del mundo. En cualquier caso, purgué mi inexperiencia como navegante fluvial. Ya lo he contado alguna vez.

El caso fue que un día embarqué con dos de mis hijos y mi amigo el pintor Miguel García de Veas, con ánimo de remontar el Guadalquivir. Por la broa de Sanlúcar, el Guadalquivir tiene apariencia lacustre y, mientras se avista a babor la franja de pinares de Doñana, la anchura del cauce permite una navegación bastante apacible, si no lo impide la fuerza del poniente. Todo iba bien, o relativamente bien, cuando asomó de improviso por el llamado Codo de la Esparraguera un carguero de buen tonelaje, una mole cuyo calado parecía superar con creces la profundidad del canal. De los cuatro que íbamos en el velero ninguno sabía entonces a ciencia cierta qué era lo mejor que podía hacerse en esos casos. Así que optamos por alejarnos a toda prisa del carguero, usando el motor y arriando el trapo. Y ésa fue la equivocación. Cuando un mercante sube a Sevilla o baja hasta Sanlúcar, el casco provoca dos fenómenos consecutivos y elementales: desplaza primero una cantidad de agua similar al volumen de la obra viva y, a continuación, la proyecta sobre el vacío que ha dejado a su paso. Yo ignoraba aún que lo preceptivo era ponerle proa al carguero, manteniendo lo más posible ese rumbo y aguantando así las acometidas del agua sucesivamente expulsada y succionada. La onda nos alcanzó no lejos de la orilla, por un lugar que llaman los Albardones, y el velero derivó sin control hacia el centro del río. La hélice del motor rugía inútilmente y, de pronto, se produjo un nuevo tirón en sentido contrario. La

masa de agua retrocedió de modo acelerado y la embarcación fue arrastrada por la corriente hasta que al fin se quedó varada en un playón acribillado de boquetes de cangrejos. Con el velero abatido en la arena y los que iban a bordo anonadados y magullados, yo ratificaba que ni la osadía ni la temeridad son prendas marineras. Luego, ya en el trance de volver a evocarlo, sigo creyendo que nunca se ha vivido lo suficiente si no se ha naufragado un poco.

Bien. Ya daban por terminada su estancia con nosotros José Luis Barros y Gloria Noriega, cuando me llegó una invitación de Francisco Moreno Galván y su protegido, el cantaor José Menese, para que asistiéramos al bautizo de un hijo de éste en La Puebla de Cazalla, una villa de la cuenca agraria del bajo Guadalquivir cuyos habitantes responden al inmejorable gentilicio de moriscos. Una vez que Moreno Galván, a instancias mías, amplió la invitación a Barros, éste decidió naturalmente posponer su regreso a Madrid. Nos fuimos a La Puebla, vía Utrera y El Arahal, una tarde sofocante y volvimos a Sanlúcar al día siguiente por la mañana, con los sofocos cambiados de sentido. El bautizo consistió en un prolongado alarde festero, tramitado por los eminentes saberes flamencos de Antonio Mairena, Tomás Torre —hijo de Manuel Torre, uno de los mitos lorquianos del cante jondo— y el propio Menese, que ya era un joven maestro y que aún no se había dejado contaminar por ese engreimiento inmotivado, propio de gente insegura, que lo fue conduciendo a las zapatiestas de la fatuidad. En cualquier caso, todo ocurrió aquel día con fortuna notabilísima y supuso una de esas raras oportunidades en que el ritual flamenco alcanza su más compleja y plenaria exaltación. Qué extraña ceremonia de antítesis emocionales, cuando el drama y el gozo comparecen en la misma unidad comunicativa.

Volví sin ninguna gana a Madrid, que es —como ya he dicho— lo que solía ocurrirme siempre. Alguien me llevó entonces y volví muy de tarde en tarde a las reuniones semanales de la librería Ínsula, sede de la revista del mismo nombre —Insulsa, la llamaba Jaime Gil—, donde el bueno de José Luis Cano, uno de los hombres que más hizo en aquellos duros años por la libertad de la cultura literaria y que menos reconocimientos ha obtenido, ejercía de anfitrión tedioso. Hay olvidos, no diré aplazados, sino miserablemente prescritos en las recámaras de la infidencia. Enrique Canito, el dueño de la librería y de la revista, tenía algo de asustado de su propia sombra y gastaba una sonrisa de canónigo a punto de incurrir en pecado. Siempre andaba vigilando para que los escasos contertulios, sobre todo los poetas líricos de provincias, no se robaran ningún libro. Por allí acudían con frecuencia hispanistas de distinto calado o simplemente escritores y

profesores extranjeros interesados por la literatura española. De estos últimos los había muy activos en sus gestiones de propagadores de obras silenciadas o prohibidas por la censura, como Claude Couffon, traductor infatigable; Robert Marrast y François Lopez, coautores de *La poésie ibérique de combat*; Dario Puccini, recopilador de un *Romancero della Resistenza spagnola*; Françoise Martorell, editora de *Chant pour l'Espagne*; Jean Lechner, autor de *El compromiso en la poesía española del siglo XX*; Egito Gonçalves, seleccionador de *Poesia espanhola do apósguerra*, y algunos otros que recuerdo a medias: Marie Claire Zimmerman, Lasse Söderberg, Marie Chevalier, Kjell Johansson..., amén de los escritores y antólogos llegados furtivamente de los países del Este. Todavía perduraban ciertos retazos de la fase triunfalista del socialrealismo y, para bien o para mal, seguía publicándose en media Europa casi todo lo que vetaba la idiocia franquista. Aunque parezca lo contrario, tampoco fue ésa una buena receta.

Había también una tertulia de media tarde en Gambrinus, un restaurante alemán de la calle Zorrilla, donde se reunían más o menos los narradores que el erudito y elegante Antonio Rodríguez Moñino agrupó en su *Revista Española* —Sánchez Ferlosio, Jesús Fernández Santos, Juan Benet, Luis Martín Santos, Carmen Martín Gaite, Alfonso Sastre...— y en la que estuve un par de veces conducido, creo, por Fernández Santos, pero a la que no me aficioné. Había otra tertulia en el café Viena, en la calle Luisa Fernanda, adonde me llevó una tarde José Luis Barros y en la que encontré a gente de varia condición que ya conocía de otros escenarios: Bergamín, Gustavo Pitaluga, Juan Antonio Bardem, Arturo Soria, Ramón Gaya, Muñoz Suay, Domingo Dominguín... Sabía que también acudía a esa tertulia quien había sido su promotor, Luis Buñuel, cuando anduvo por Madrid a principios de los setenta —creo que estaba rodando *Tristana* en Toledo—, pero yo no coincidí con él. Según me había de contar Barros, Buñuel ideó una especie de código de señales que usaban los contertulios a medida que acudían al café. Eran mayormente signos digitales o visajes de ojos y boca destinados a intrigar o soliviantar a los parroquianos que pudieran sorprender esos gestos, atribuibles sin duda a masones o algo parecido. Por lo visto, Buñuel no renunció en ningún momento a seguir cultivando con sistemático ahínco los pasatiempos y trapisondas estudiantiles de la Residencia.

Ninguna de esas tertulias tenían literariamente nada que ver con la de Ínsula ni presentaba ningún parecido político con la del Pelayo ni ninguna afinidad sociológica con la del Gijón. Por este último café solía aparecer yo de tarde en tarde, generalmente cuando ya estaban a punto de cerrar, casi siempre

con Ángel González, con Carmina Labra, con Juan García Hortelano, con algún visitante clandestino. Allí todo seguía teniendo el tono, el carácter de unas imágenes congeladas. Era como si se hubiese promulgado por decreto la inmovilidad —también física— de unos clientes que no habían dejado de intercambiar unas frustraciones todavía deducibles de los infortunios de la posguerra. Los únicos indisciplinados eran los que se alineaban, por situarlos con evidente imprecisión, en una bohemia como desentumecida a destiempo. Algunos de ellos —Manolo Vidal, Lolo Adrada, Pedro Beltrán— podían tener su gracia por vía anacrónica, pero en conjunto no pasaban de ser unos jóvenes erráticos. Más que bohemios en estricto sentido literario, venían a ser socios de una golfería de andar por casa, gente ociosa cuyo radio de acción quedaba reducido a unas modestas escenificaciones de sainete.

Manolo Vidal era teóricamente crítico taurino —luego lo fue muy en serio — y siempre andaba medio enredado en inverosímiles planes de saneamiento del país por el procedimiento de la eliminación de curas, a excepción de los antipapas de última hora. No tenía naturalmente un céntimo y padecía de una tartamudez muy peculiar: de pronto se atascaba en una palabra y le costaba Dios y ayuda superar los estorbos de la articulación, si bien en cuanto conseguía hablar de toros por la radio o en alguna mesa redonda, su pronunciación fluía de modo impecable. Él explicaba el fenómeno del siguiente modo: cuando hablaba sin ton ni son, el balbuceo no era sino una consecuencia más del tedioso barullo ambiental, pero en el muy específico caso de que le pagaran por hablar en público, entonces se operaba una milagrosa conmoción en sus más ocultas virtudes oratorias, un fenómeno directamente proporcional al regocijo del menesteroso satisfecho.

Por analogías vitales, este Vidal era muy amigo de Lolo Adrada, gaditano de la diáspora y cojo de los de péndulo incorporado —en eso se parecía al pintor Pancho Cossío—, cuya palmaria indigencia no le impedía vivir decentemente con alguna que otra mujer y no permitirse jamás la condena a fuego lento del sablazo. Ya hablé de él en otro momento. Creo que era el único bohemio autentificado que aún resistía en el espeso Madrid de aquellos finales años sesenta. Como todo buen cristiano, abominaba del trabajo fijo y, además, no disponía de ningún documento personal. Cuando la policía le pedía que se identificase, exhibía la foto de un grupo donde también aparecía él junto a José María Pemán, único aval demostrativo de que no era un don nadie. Decían que se había separado de su última benefactora, una dama con posibles que lo tenía muy bien atendido, porque mientras ella se iba a trabajar, él tenía que sacar a pasear al perro, una obligación ciertamente abusiva. Un

día desapareció sin previo aviso y nadie supo nunca qué había sido de él.

Tal vez fuese Pedro Beltrán, que vivía indistintamente del aire y de sus habilidades como actor y versificador, el único que siguió protagonizando toda clase de historias tristes, incluidas las frenéticas euforias a ras de infarto que experimentaba cuando alguien lo invitaba a comer. La última vez que lo vi andaba queriendo vender un tomo de una enciclopedia aragonesa, que viene a ser como querer vender unas páginas sueltas de un libro. En fin, también él formaba parte de esa escueta plantilla de gentes sin oficio ni beneficio, supervivientes de un mundo trasnochado y huero que ni pertenecían al reflujo social de los derrotados ni paseaban por los antros de la subliteratura su condición de genios incomprendidos. Constituían simplemente una banda de descarriados cuya pericia para vivir a salto de mata parecía garantizarles algún que otro recordatorio.

Justo cuando volvía aquella vez de Sanlúcar, llegó Borges a Madrid, invitado por el Instituto de Cultura Hispánica para dar algunas conferencias, cosa que cumplimentó con holgado éxito de público. Yo asistí a una de ellas con Tony Kerrigan —que había sido su traductor al inglés y precisaba de no sé qué trámite editorial— y me pareció una plática deslavazada y funambulesca, con sobradas muestras de donaire y abundantes injertos de lucidez, y donde reincidió en la majadería de querer demostrar la inferioridad manifiesta de la novela respecto a los restantes géneros literarios, en especial del cuento. Nunca entendí muy bien esa obstinada descalificación, aunque puede tener una causa tan simple que me ahorro apuntarla. Borges paseó brillantemente su fama por Madrid y creo que también estuvo unos días en Sevilla, acompañado en todo momento del bueno de Fernando Quiñones, que hacía un poco las veces de chico para todo y por quien sentía el escritor argentino un muy aireado aprecio. Me parece que Borges venía escoltado por una de esas secretarias adoradoras-lazarillos que parecían formar parte integrante de sus incorporaciones a los niveles acomodaticios de la realidad. Creo que se trataba de María Esther Vázquez, una señora que acabó escribiendo una biografía minuciosa y algo almibarada de su amigo y maestro, cuyo título —*Esplendor y derrota*— parece más aplicable a la vida de un boxeador que a la de un escritor.

Un día fuimos a comer con Borges a Alcalá. No sé quién organizó aquella comida, pero debió de ser la empresa patrocinadora —Cultura Hispánica—, y, aparte de Quiñones y Kerrigan, también asistieron —si no recuerdo mal— Luis Rosales, Ricardo Gullón, Félix Grande, a lo mejor Marcos Ricardo

Barnatán y no sé si Lázaro Carreter, pues éste comentó hace poco que creía haberme conocido en Alcalá, pero no quizá en la comida a que ahora me refiero sino en alguna otra subsecuente tenida cultural. A Lázaro Carreter siempre lo recuerdo sumido en esas indecisiones evocadoras sobre sus estancias en los antedespachos de la vida. Era sin duda un hombre docto y eficiente, autor fecundísimo de textos de lengua y literatura y de una afamada pieza teatral, *La ciudad no es para mí*, firmada con el seudónimo de Fernando Ángel Lozano —Rafael Conte *dixit*— y llevada al cine por un espantoso cómico llamado Martínez Soria. Nunca se me ocurriría escamotearle su mérito a esa lucrativa actividad literaria, siquiera sea a través del solapado artilugio del astracán.

De aquella comida con Borges apenas recuerdo la larga y susurrante perorata del maestro por antonomasia, entre agudas ocurrencias, gracejos varios y bruscos visajes de ciego cada vez que terminaba un relato y esperaba la reacción del auditorio emitiendo entrecortados ruidos guturales. Imposible mirar a los ojos a aquel hombre que no se sabía adónde miraba. Gastaba un difuso acento porteño, vagamente contagiado de dejes foráneos, y refería maldades de eminentes colegas latinoamericanos —Alejo Carpentier, Pablo Neruda, Miguel Ángel Asturias—, usando entre otras especies de burlas el socorrido ardid de equivocar el apellido. A Asturias, por ejemplo, lo llamó Galicia, que tampoco es así ningún alarde de ingenio. Pienso que todo ese burbujeante y en ocasiones profuso humorismo conversacional se encumbra, por así decirlo, se enaltece una vez traspasado a la prosa magnífica del autor de *El Aleph*. El humor pasa a constituir entonces una estrategia muy bien dosificada y bastante más nutricia de lo que a primera vista se deduce, acentuando incluso la elegante y demasiado ostensible originalidad de una escritura espléndidamente sostenida por el léxico y la sintaxis, aparte de por un hábil manejo de culturas inventadas. Muy pocos, contadísimos escritores en lengua española han adjetivado con la sutileza con que lo hizo aquel «taciturno especialista en laberintos».

Yo acababa de leer el que seguramente era el único libro de Borges que no conocía, *Otras inquisiciones,* una colección de ensayos publicada por Emecé en 1960. En un momento de la sobremesa traje a colación uno de esos ensayos, «Las alarmas del doctor Américo Castro», no sé si porque venía a cuento o porque traté de orientar la conversación en ese sentido con el sano propósito de lucirme. Claro que era difícil hacerlo, estando allí Luis Rosales, que podía competir con quienquiera que fuese en rizar el rizo de las teorías sobrevenidas, o Ricardo Gullón, con sus erudiciones injertadas de unos

aderezos satíricos de la mejor calidad. Creo que de lo que se trataba era de una cuestión muy debatida y hasta demasiado manoseada: la del persistente alarmismo sobre las corrupciones y fragmentaciones del idioma, dos riesgos de los que ya habían reiteradamente avisado ciertos castizos con exaltación por lo menos electoralista. En ese texto a que me refiero, respondía su autor con irónica brillantez a la preocupación de Américo Castro sobre las graves alteraciones que éste advertía en el español rioplatense. Esos presuntos trastornos lingüísticos no suponían para Borges más que «ejercicios caricaturales», hablas arrabaleras tan deliberadamente contagiadas de impurezas como podían estarlo, añado yo, el caló peninsular o, sin ir tan lejos, las jergas de nuestra penúltima contracultura. Qué espléndido español impuro el que escriben los grandes creadores contemporáneos de nuestra lengua literaria, desde Valle-Inclán y Juan Ramón Jiménez a Vallejo y Neruda. Me parece que fue por ahí por donde yo canalicé mi defensa del mestizaje —en todas sus vertientes, incluida la lingüística— como uno de los más fecundos factores de enriquecimiento cultural.

Como en algunos otros casos similares, yo hubiese preferido ser lector gustoso de Borges sin haberlo tratado. La potencia de su poesía, esa síntesis verbal que también invade la singularidad de su prosa narrativa, continúa siendo para mí, salvo baches de poca monta, un acabado paradigma, pero veo de pronto asomando entre esas hermosas y fulgurantes elocuciones la faz crispada, los visajes de un señor ocurrente y esquinado, aupado *ad nauseam* por un tropel de aduladores absolutamente enemistados con todos aquellos que se permiten aventurar la menor objeción a la obra del maestro. Una actitud, por cierto, que he visto reproducida a propósito de otros escritores elevados ya al rango de intocables. Ya se sabe: existen círculos cerrados de adeptos que interceptan de muchas insolentes maneras el atrevimiento alevoso de la disensión. Recuerdo algunos casos significativos: el de García Lorca, por ejemplo, sobre cuyo edificio teatral, no sobre su admirable poética, me permití emitir un día, ante un grupito de adoradores granadinos, alguna opinión adversa y supongo que no muy meditada. La respuesta no se hizo esperar: fui castigado con el menosprecio unánime del silencio y, a renglón seguido, con la rúbrica de considerar gravosa mi compañía. Es lo que suele ocurrir también ahora en el seno de otras juntas de beatos surgidas al calor de cualquier aniversario mínimamente sostenible.

No sé, pero aparte de todo eso he conservado desde entonces la sensación de que también se daba en Borges ese subrepticio prurito, bastante prodigado en ciertos sectores de la sociedad rioplatense, de jactarse de una expresa

identificación con la cultura europea —anglosajona en este caso—, como si la natural instrucción nativa necesitara para cristalizar del todo de ese aporte extranjero, lo cual no dista mucho de lo que podría llamarse la cursilería ilustrada y se contradice taxativamente con los provechos del mestizaje a que me he referido. Una cosa son las fusiones generadoras de ventajas mutuas y otra muy distinta las soldaduras exclusivamente destinadas a redundar en beneficio privado. En más de una ocasión he reflexionado con algún detenimiento sobre estas cuestiones, por las que me he sentido tanto más atraído cuanto más me adentraba en el conocimiento de las literaturas ultramarinas en lengua española. No oculto y es más que probable que mi parentesco con esas recientes literaturas sea bastante más palmario que el que me une con las letras peninsulares (o insulares) del último medio siglo. Algunos críticos literarios, al referirse a mi obra narrativa, la han situado más cerca de las normas de conducta de la novela latinoamericana que de la expresa coyuntura española. ¿Se trataba de un contagio estilístico, de una temática singularizada, de una manera de transcribir poéticamente ciertas realidades? Pues la verdad es que siempre preferí la pereza imaginativa de no entrar en detalles, sobre todo porque me parecía una identificación tan perfectamente normal, tan históricamente justificada, como lo eran mis afinidades y gustos no exactamente literarios. Pero hay también algunos síntomas, algunas correspondencias entre mi biografía personal y mi oficio de escritor, que bien pueden corroborar algo que he venido reiterando: esa postura común, solidaria en la medida en que es intercambiable; ese policentrismo lingüístico que continúa siendo a la vez, en todas sus distintas facetas, el factor de cohesión de los mejores artífices del español literario del siglo XX. Yo viví tres años en Colombia, me pasé largas temporadas en Cuba y anduve por casi todos los países de Centro y Sudamérica. Y otra cosa no tan pueril como parece y que ya he traído a colación más de una vez: mi padre era cubano, hijo de criolla y de cántabro, y quiero creer que ese cruce genealógico también contribuyó indirectamente a orientar mis buenas o malas inclinaciones literarias. Cuando yo andaba por tierras hispanoamericanas y oía hablar en tan suntuosas variantes del español, no es que me sintiera atraído por los matices de esas hablas, es que me reafirmaba en la idea de que yo pertenecía más a aquellas esferas idiomáticas que a las propias de algunas regiones peninsulares.

Mis primeros viajes a Europa en funciones de congresista se verificaron por estas fechas y fueron dos: un simposio de literatura iberoamericana, en Génova, y un festival internacional de poesía en Rotterdam. En aquella época todavía formaba parte de mi catálogo de recetas profesionales la asistencia a

ese tipo de actos, cuyos porcentajes de diversión y aburrimiento se han ido inclinando paulatinamente hacia esta segunda posibilidad a medida que han pasado los años, hasta el punto de que me he desaparecido de esas festividades hace ya tiempo. Claro que también depende un poco de quiénes sean los que se reúnen y en qué cantidad y, por supuesto, del estado de ánimo en ese momento. Por lo que respecta a mi estreno en estos quehaceres hubo de todo: lo de Génova tuvo su interés y lo de Rotterdam fue un gatuperio del que incluso se había esfumado el rastro de Erasmo, si bien me proporcionó la contrapartida de demorar muy a gusto mi regreso, perdiéndome un poco por la belleza laberíntica de Amsterdam. Conservo algunos apuntes de esos viajes, pero no consigo reconstruir lo que hice o dejé de hacer más que a retazos deshilvanados.

A Génova fuimos, en tanto que disidentes de la España franquista, Carlos Barral, Alfonso Sastre y yo. Recalamos primero en Milán y, no sé por qué, nos personamos directamente, antes de seguir viaje a Génova, en un cóctel que se celebraba en alguna dependencia municipal, donde había mucha y desconocida gente. Encontré, sin embargo, a algún italiano con quien había coincidido en Madrid, como Dario Puccini o Giancarlo Vigorelli, y a otros a los que encontré entonces por primera vez: el novelista Giorgio Bassani, el editor Giulio Einaudi. Vigorelli había sido secretario de la Comunitá Europea degli Scrittori, una asociación que propugnaba la unidad de acción de las corrientes intelectuales de izquierda y a la que pertenecí por sugerencia de Castellet, que oficiaba de cónsul de esa Comunitá en España. Bassani, viejo luchador antifascista, era autor de la que tengo por una de las mejores novelas —junto a las de Carlo Emilio Gadda— surgidas en Italia en esos años: *El jardín de los Finzi-Contini*, que tradujo al español Joan Petit. Luego, al cabo del tiempo, volví a ver a Bassani en Valencia, en un congreso de escritores del Mediterráneo que patrocinó el entonces alcalde Ricard Pérez Casado. Recuerdo un delicioso paseo en barcaza por la Albufera, seguido de una comida bajo la sombra anaranjada de unos toldos, entre cuyas leves franjas lumínicas distingo, al lado de Bassani y Pérez Casado, a Julia Blasco, Joan Fuster, Fernando Savater, Eugène Guillevic, Juan Marsé, José Agustín Goytisolo...

El festejo genovés fue uno de esos extraños y caóticos connubios entre la literatura por libre y la cultura institucionalizada, en este caso a cuenta de no sé qué sector académico de la renovada Compañía de Jesús. El instigador de todo aquello era, efectivamente, un cura mundano y culto, Lira creo que se llamaba, quien acabó exclaustrándose, según supe tiempo después. Como

ponía Jorge Edwards en boca de un jesuita, *post festum, pestum.* Por lo demás, aquel congreso reunió inopinadamente a muchos de los más encumbrados escritores latinoamericanos. Yo creo que todavía era la época de los entusiasmos viajeros en términos corporativos, cuando aún persistían las oleadas de adhesión a la revolución cubana y comenzaban a expandirse los primeros ímpetus literarios de lo que se llamó incorregiblemente el *boom.* Que yo recuerde, conocí en Génova a no pocos poetas y novelistas relevantes: Guimarães Rosa, Ciro Alegría, Arguedas, Roa Bastos, Asturias, Vinicius de Moraes, Adolfo Westphalen, Arreola... A alguno de ellos, a Arguedas sobre todo, lo traté bastante, y con el tiempo se me fue acentuando el interés por su obra narrativa y sus trabajos acerca de la cultura quechua. Casi a la vez que descubría su apasionante novela *Los ríos profundos* me llegaba la noticia atroz de su suicidio. También mantuve alguna relación epistolar, antes de que se hiciera famoso como uno de los más señalados conductores de la *bossa nova*, con el poeta y músico brasileño Vinicius de Moraes, una persona extremadamente ingeniosa y efusiva.

Me quedé un par de días en Génova por mi cuenta, no sé si porque quería verificar a solas las marcas urbanísticas y portuarias que habían sido trasplantadas a Cádiz por los comerciantes genoveses del XVIII, o porque realmente me apetecía revivir esa sensación entre incauta y morbosa de perderme por una ciudad desconocida. Anduve un día entero por las calles del centro urbano, cotejando aquellos solemnes modelos arquitectónicos con los de las casonas gaditanas, y algo había allí efectivamente, el aire quizá, el tono de las piedras y las maderas —el mármol y la caoba—, que remitía al tono y al aire del barrio burgués de San Carlos, uno de esos enclaves neoclásicos surgidos en la época del encumbramiento económico y cultural de Cádiz, cuando sustituye a Sevilla como sede de la Casa de Contratación y monopoliza por tanto el comercio con las Indias. Una noche me interné, como estaba mandado, por la zona portuaria, me bebí mis buenas copas de un mediano *rosso* piamontés y visité unas cuantas abigarradas tabernas marineras. Me agradó mucho aquel itinerario con alguna literaria o no tan literaria desviación hacia lo prohibitivo. Otra cosa me habría enemistado seriamente con mi propia reputación.

La reunión de Rotterdam —un festival de *Poetry International*— respondió en todo al patrón que suele regular las convenciones de ese tipo: mitad insulsas mitad embrolladas. Me presenté allí con José Batlló, que acababa de publicar su *Antología de la nueva poesía española* y que algo tendría que ver, me imagino, con los organizadores de aquella asamblea. En

un librito que conservo, donde se selecciona una composición —traducida al neerlandés— de cada participante, figuran poetas que no recuerdo haber visto por allí, como Tennessee Williams o Vassilis Vassilikos. Es muy posible que sus apariciones coincidieran con ausencias mías, o que, aun estando presente, no supiera identificar a esos personajes. ¿O es que ya me había escapado a Amsterdam? A los únicos poetas que traté en algún momento fue al serbio Vasko Popa, a un plomizo inglés absolutamente convencido de la preeminencia de su calidad de inglés y al nigeriano Wole Soyinka, con quien volví a encontrarme andando el tiempo en Barcelona, no mucho después de que le concedieran el Nobel, en una de esas gratas funciones poéticas anuales organizadas por Alex Susana.

También conocí en Rotterdam a una escritora rumana de cuyo nombre no quiero acordarme (y no uso el verbo «querer» como auxiliar), hispanista a ratos perdidos y de profesión sus prendas corporales, a la que asedié con tesón manifiesto y a quien conduje una noche, entre aspavientos de púdica por su parte, hasta mi habitación del hotel. Una vez allí, antes de ningún prolegómeno, me solicitó sin mayores rodeos el pago de sus servicios, en florines o en dólares, a elegir. Mis reservas de credulidad siempre han sido bastante copiosas, pero no tanto como para dejarme arrastrar por las ofuscaciones libidinosas a precio fijo. Esta rumana pasó al cabo del tiempo por Madrid, dedicada a la vez a promocionar su condición de fugada de los horrores de la tiranía de Ceaucescu y a obtener favores a cambio de los suyos propios. Ya para entonces no me tentó en absoluto la idea de conducirla a ninguna cama. Tampoco niego que se tratara de una manía.

Como para resarcirme o algo así de ese mal sabor rumano me propusieron ir a Rumanía. En efecto, no mucho después de volver de Holanda, el departamento de filología hispánica de la Universidad de Bucarest me invitó a hablarles de mi obra a los alumnos y, de paso, a conocer el país. Creo que caí en semejante tentación sin pensarlo dos veces. También tenía su sentido hacerlo, o tenía su sentido para mi disposición profesional de entonces, ya lo he dicho. El caso es que acababa de aparecer en la Editura Univers la traducción rumana de *Dos días de setiembre*, realizada por la profesora Silvia Vizcan. La invitación se formalizó a través de Darie Novaceanu, a quien había conocido en Cuba y tratado luego en Madrid y que tradujo en su día *Ágata ojo de gato.* En vista de que me habían denegado anteriormente, creo que con la debida interferencia de Robles Piquer, la autorización para asistir a un congreso de escritores en Dubrovnik, en la costa dálmata, no volví a cometer la torpeza de solicitar permiso para viajar a uno de esos destinos para los que el pasaporte no era válido —«Rusia y países satélites»—, sino que lo hice, con visado clandestino, vía Roma, y no sin alguna que otra incomodidad fuera de programa.

La estancia en Rumanía fue ajetreada y voluble y atravesó por sus correspondientes tramos de decaimiento, acrecentados tal vez por las inclemencias invernales. Había una no menguada nómina de profesores y estudiantes de español, más que nada hembras, de modo que en ese sentido me sentí convenientemente arropado. Novaceanu me preparó algunos encuentros con escritores del país —Zaharia Stancu, Virgil Teodorescu, Ion Gheorghe...—, y no encontré motivos para soslayarlos, ya que el solo impedimento de la abulia hubiese resultado poco razonable. Cada vez que pude vagué a solas por las calles monocordes de Bucarest, todas ellas cubiertas de una nieve ya convertida en un hielo sucio y apenas transitadas por gentes presurosas y adustas. El paisaje urbano no disponía de mayores atractivos. Desabrido y agrisado, se copiaba una y otra vez a sí mismo, sólo recuerdo algún templo de hermosa planta bizantina, más de un edificio de grandilocuencia soviética y la afrancesada elegancia de la biblioteca de la universidad. Lo demás se había ido rehaciendo de modo adocenado tras las metódicas destrucciones de la guerra.

Una tarde, mientras atravesaba una plaza próxima al hotel, cuyas dimensiones olímpicas acentuaban su frialdad, noté que la piel de la cara se me estiraba de manera más que alarmante, al tiempo que una tensión dolorosa me impedía cualquier movilidad facial. Regresé a toda prisa al hotel,

temiéndome lo peor, y una vez allí supe que la temperatura en la calle rondaba los 20 grados bajo cero. Cuando a duras penas subí a recuperarme a mi habitación, vi en el espejo que un rostro macilento y estampado de manchas bermejas se enfrentaba al mío componiendo la risa sardónica del congelado. Por fortuna entré pronto en calor, quizá demasiado pronto, ya que de los casi 20 grados bajo cero del exterior se pasaba a los 25 positivos de la habitación, o sea, que un desnivel de 45 grados mediaba entre los peligros de morir congelado o socarrado. La experiencia me sirvió al menos para tomar mis medidas, preferentemente basadas en un buen orujo de Moldavia, antes de exponerme a arrostrar aquel imposible clima de esquimales.

Algún negociado del Ministerio de Educación comisionó a Darie Novaceanu para que me acompañara a visitar diversas regiones del país: el mar Negro, el delta del Danubio y Transilvania. Fuimos primero a Constantza, en el mar Negro, el antiguo Ponto Euxino donde sufrió Ovidio un destierro que ya duraría hasta su muerte y donde escribió las *Pónticas*, una evocación persecutoria de mis perseverantes devociones por la poesía latina del siglo de Augusto. Hicimos el viaje en un tren deficiente y, conforme nos acercábamos al mar, fue cambiando pausadamente la calidad del paisaje a la vez que se atenuaba la esquiva impresión de ir atravesando una tierra despoblada, sumida en una quietud demasiado notoria para ser natural. Aparte del tormento del frío, los aires marítimos tonificaron en gran medida mi ánimo. El aspecto, el diseño urbano de Constantza contrastaba con el de Bucarest y con todo lo que había ido viendo del país. Aun siendo una ciudad anodina, más bien impersonal, mayormente reglamentada de acuerdo con unos estereotipos similares a los de cualquier otro enclave turístico —hoteles, edificios de apartamentos, paseo marítimo, algún que otro restaurante—, tenía al menos el encanto adicional de los lugares fronterizos y esa especie de incitación a la aventura de los puertos. Pero las elegías, las remembranzas atribuladas de Ovidio, ¿qué se hicieron? Sólo me quedó de Constantza un regusto fatigoso y ese aire de acelerada devastación que tienen en invierno las ciudades veraniegas.

Cuando ya nos disponíamos a reemprender el viaje, sucedió algo un poco raro. Ni adiviné ni quise saber el motivo, pero Novaceanu, que empezó a hablar mucho por teléfono, se mostró repentinamente bastante caviloso. El caso es que la excursión al delta del Danubio, ya en la linde ucraniana, había sido suspendida de momento y regresábamos a Bucarest para viajar desde allí a Transilvania. Nada que objetar, claro, pero al reintegrarme a mi hotel capitalino relacioné de inmediato aquel cambio de planes con el hecho

evidente de que mi equipaje había sido registrado. Y lo habían hecho además sin el menor disimulo, como dando a entender que, una vez comprobado que no portaba armas o explosivos ni disponía de planos para un sabotaje, les traía sin cuidado lo que yo pensara. No sé por qué asocié esas dos contingencias, pero ahí me empezó a intrigar la conducta de Novaceanu. Cuando lo conocí en La Habana, ya llevaba viviendo allí tres o cuatro meses y luego, en Madrid, después de pasar unos días en casa, viajó con alguna frecuencia, supongo que a Bucarest, hasta que finalmente regresó con su mujer para establecerse *sine die* en la capital. Trabajaba mucho, es cierto; entre otras cosas, realizó una traducción al rumano de las *Soledades* de Góngora, considerada como una de las más valiosas, por no decir la mejor, llevadas a cabo en cualquier lengua romance. Pero había una pregunta sin contestar: ¿de qué vivía realmente Novaceanu, cuya economía particular parecía bastante holgada mientras su país atravesaba por una gravísima crisis? Sus relaciones con el partido comunista rumano eran un tanto ambiguas. El dictador Ceaucescu, que había logrado mantener una relativa independencia respecto al Pacto de Varsovia, ingresó por entonces en unos delirios megalómanos de altísima peligrosidad. Novaceanu sólo criticaba ese deplorable estado de cosas en situaciones muy precisas y tal vez con un deje irónico ciertamente equívoco. Me consta que tenía su influencia en los círculos superiores de la cultura oficial rumana y un manifiesto prestigio intelectual, pero al mismo tiempo gozaba de notables adversarios políticos y académicos. No sé a qué carta jugaba exactamente, pero cuando el Frente de Salvación Nacional, tras la atroz caída de Ceaucescu, se articuló como partido político, Novaceanu fue nombrado embajador en España por mediación de Petrus Roman, nuevo jefe del gobierno. O sea, que lo más seguro es que quién sabe, como dicen por el Caribe en un raro alarde de precaución.

A Transilvania vino también con nosotros la mujer de Darie, Miruna, una rubita de perfil eslavo, tez de aria y ojos locuaces que vivía medio obsesionada por las maravillas consumistas de las democracias occidentales y las carencias insufribles de la Europa del Este. Un supermercado era para ella lo más parecido que había a la morada de los dioses. Trabajaba en un periódico de Bucarest y estaba especializada en asuntos teatrales. Iba siempre muy acicalada y hablaba español casi con la misma soltura que Darie. De modo que su compañía fue, en cierto modo, bastante amena. Volvimos a hacer el viaje en un tren razonablemente cómodo, si se excluye el vagón restaurante, que remitía a los que padecíamos por aquí en la inmediata posguerra y en el que sólo se podían comer huevos escalfados y una especie de pringosa variante de *gulasch.* Pero ya estaban allí las estribaciones de los Cárpatos

ornamentando majestuosamente el horizonte, un paisaje agreste y con visos irreales que anticipaba la frontera de Transilvania, ya a la vista de Sibiu.

Me agradó esa ciudad, que yo esperaba más recoleta y que disponía de un claro expresionismo decorativo y una arquitectura con solemnes marcas imperiales austrohúngaras, entre ellas la eminente del palacio de Brukenthal. Más allá del recinto urbano, hacia las montañas brumosas, se extendían pausadamente las geografías reales y las memorias dudosas de relatos y películas ya medio extraviadas, pero que reencontré con el tiempo en el *imaginarium* de dos poemas colateralmente deducidos de esas sensaciones. Como la nieve apenas nos permitía salir del hotel, a no ser en trineos imposibles, nos dedicábamos a dilapidar el tiempo en unos salones donde yo descubría por todas partes furtivos mensajeros del castillo de Vlad Tzepesh, el Empalador, aquel sanguinario príncipe de Valaquia que le prestó su leyenda al personaje del conde Drácula. Pero no, allí sólo había huéspedes en gira prenavideña con aspecto de burócratas de nivel medio, severos y sigilosos, dedicados a contemplar el fuego nada fatuo de las chimeneas. Todo parecía muy bien dispuesto para un parsimonioso consumo de *tuica*, un aguardiente de neto sabor medieval.

Novaceanu andaba entonces preparando la edición española de una antología de la *Poesía rumana contemporánea* (que publicó Barral en 1972) y, durante aquellas noches blancas de Sibiu, lo ayudé mal que bien en la búsqueda de equivalencias léxicas entre su lengua y la mía. De pronto, en plena madrugada, me despertaba no una tropa de vampiros, o uno solo con facultades antropomorfas, sino una bandada de cornejas rebullendo en los tilos que crecían frente a la ventana de mi habitación y cuyo alboroto me deparaba la irremediable tesitura de pasarme la noche en vela. No hubo forma, además, de cambiarme a algún otro flanco del hotel al resguardo de esa «infame turba de nocturnas aves», ya que la planificación también llegaba a los reglamentos de la hostelería y mi simple sugerencia de mudanza fue tomada como una actitud extremadamente frívola. Novaceanu ha contado en alguna parte esos insomnios míos, no sé si demasiado librescos, que yo ocupaba en lecturas anhelantes, intentando con escasa fortuna asomarme a la lengua rumana y revisando aquellas primeras versiones todavía contrahechas de los poemas escogidos para la citada antología.

Una noche, ya tarde para los usos locales, decidí salir solo del hotel y deambular un poco por aquellos alrededores, eligiendo entre unas calles de diseño irregular aquellas cuya acera disponía de una especie de carril

transitable abierto entre la nieve. Me apetecía y mucho aventurarme por ese reducto urbano cuya escasez de iluminación acentuaba la impresión de soledad, vagamente sometido a la atracción hipnótica del *Drácula* de Bram Stoker o, mejor quizá, de las películas protagonizadas por vampiros preferentemente llamados Nosferatu. Atravesé una plaza porticada y una calle que contorneaba esa plaza, sin alejarme mucho en ningún caso del hotel y teniendo buen cuidado en ir memorizando señales indicadoras para el camino de vuelta. No me crucé con nadie en todo el tiempo, lo que tampoco era tranquilizador, hasta que de pronto aparecieron por una esquina dos muchachos ostensiblemente ebrios que me abordaron con enojosos ademanes, hablándome de algo al parecer muy divertido. Mis reservas de temor experimentaron un notable incremento cuando uno de los borrachos me tomó del brazo e intentó arrastrarme con él. Yo me opuse de palabra y obra, y al comprobar el muchacho mi condición de extranjero, me soltó de inmediato y urgió al otro a seguir su camino, cosa que hicieron entre bandazos y risotadas, si bien alcancé a ver que otra vez se detenían junto a una escalinata, al fondo de la calle.

Empezaba a oler a una mezcla de pasto quemado y cardenillo y, una vez ratificada la taciturna magnitud de la noche y los riesgos que comportaba aquel paseo más bien desolado, opté por volver al hotel. Y fue entonces, de pronto, cuando perdí el equilibrio y me hundí pavorosamente en no sabía qué socavón. La nieve me llegaba a la cintura y tenía los pies como atrapados en un cepo. No entendía muy bien qué podía haber ocurrido. Probablemente la nevada había cubierto un sumidero del alcantarillado o un husillo sin protección y yo había caído en esa alevosa trampa. Parte de las piernas la tenía encajada en una especie de angostura que me impedía valerme de ellas para intentar salir del atasco. Empecé a sentir un auténtico terror y hasta llegué a imaginarme que me esperaba un final innoble, amén de sometido a todas las incoherencias posibles. No quería gritar, atenazado por un nada oportuno temor al ridículo, pero al fin lo hice. Se me comenzaba a helar buena parte del cuerpo y me esforzaba en vano por librarme de aquellas desesperantes amarras, consciente de que mi indefensión lindaba ya con el pánico. Pedí socorro una y otra vez, confiando en que algún vecino se despertara, ya que las calles seguían estando desiertas, pero los que aparecieron sin dar demasiados traspiés fueron los dos borrachos. Nunca recibí con mayor euforia a quienes de ninguna manera deseaba poco antes volver a ver. Me ayudaron como pudieron, incluso como no pudieron, y al fin conseguí salir del boquete de muy mala manera. Les di efusivamente las gracias a mis salvadores y me dirigí a toda prisa al hotel en un lastimoso

estado de humillación, aturdimiento y pesadumbre, aparte de sentirme empapado y aterido y de caminar con serias dificultades. Cuando pedí la llave en la conserjería, dos celadores nocturnos me miraron con grandísima suspicacia, como al perseguido que incurre en el error de pasar por delante de sus perseguidores. Ni siquiera el baño caliente aminoró esos últimos desasosiegos de mi estancia en Rumanía.

Aquella vez volví de Bucarest a Madrid con alguna seria avería psicológica, algo parecido a un estado de ánimo que muy bien podría calificarse, si no me arredrara el calificativo, de angustia existencial. Me di cuenta de improviso que el futuro tenía las horas contadas o, lo que es lo mismo, que no me salían las cuentas del porvenir. «Te llaman porvenir / porque no vienes nunca», decía Ángel González, un poco en la línea de lo que afirmaba Unamuno: «Ya sé lo que es el porvenir: la espera.» En cierta enfermiza medida, me fue imposible esquivar aquel desazonante diagnóstico sobre un futuro tan cercano que prácticamente era el presente. No conseguí esquivar las arenas movedizas de esa incertidumbre, y eso que siempre he sido bastante hábil sorteando los más variados atolladeros incluidos en el día de mañana. *Il y a toujours la manière*.

## 17. DE LOS ORÍGENES DEL FUTURO

Somos gente cuya legalidad histórica termina en 1968, argumentaba Carlos Barral. Tampoco es para tanto, digo yo. Siempre me han exasperado esas aseveraciones tan contundentes, incluidas las que a mí mismo se me hayan podido ocurrir, sobre todo a cuenta de algunas de esas falsas iluminaciones que propalan los ilusos depositarios de la verdad. No parece dudoso que, para establecer esas taxativas fronteras legales, aún habría que esperar a que se liquidaran los últimos flecos de una posguerra que se prolongó mientras vivió el dictador. ¿O es que ya entonces nos habían escamoteado sin apelación las más crédulas posibilidades de cambiar la vida, modificar la realidad? No lo creo en absoluto: todavía era demasiado pronto para aceptar semejante capitulación. Sin duda que en 1968, o a partir de la referencia irremediable del mayo francés, algunos fogosos productos de la experiencia empiezan a tener aspecto de caducados, se alteran entre la barahúnda espectacular de los acontecimientos, al tiempo que se postulan otros expectantes preámbulos de nuestra vida histórica. Es cierto que la utopía, ese incesante aplazamiento de la esperanza —esa verdad prematura, como le gusta recordar a Alfonso Guerra— acaba traspapelándose en los consejos de administración, mientras algunos febles reductos de la izquierda se relajan entre los nuevos contratos sociales de quienes permutaron las nóminas del conspirador por las prebendas del ejecutivo. Se va trazando así el mapa de esa particular dicotomía entre apocalípticos e integrados de que hablaba Umberto Eco. Y desde luego hubo algunos adictos al análisis marxista que se iniciaron en el estudio de las trampas políticas de la oferta y la demanda y terminaron en valedores de todos los órdenes establecidos posibles. Un espectáculo de veras vergonzante, cuando no afrentoso. Pero nada de eso había ocurrido todavía y aún tardaría años en ocurrir, incluso habría que esperar a que se constatara que la dictadura había muerto de vieja.

En 1968, la gente de mi edad tenía cuarenta años. ¿Cómo pensar que después de esa insurrección vitalista, aleccionadora, descontrolada —*introuvable*, decía Raymond Aron—, de los estudiantes de Nanterre y de la Sorbona y, por propagación natural, de los de medio mundo, no se acelerara entre nosotros el proceso de reactivación de algunas articulaciones vitales de la libertad? Ni el mundo ni la vida volverán a ser como eran, declaraba más o menos, y con excesiva confianza en una imaginación que nunca alcanzaría el poder, el dirigente estudiantil Daniel Cohn-Bendit, Dany el Rojo. Una opinión no exportable desde luego a este lado de los Pirineos. Los estorbos

consuetudinarios de la historia, al menos para quienes estábamos viviendo la solapada calamidad del franquismo, seguían mostrando una asfixiante apariencia de sótano en el que difícilmente se conseguían abrir algunos huecos al exterior, casi siempre los que a la larga resultaban menos favorables. Nadie podía estar seriamente de acuerdo con las profecías de los obstinados triunfalistas de turno. Pero el eco del mayo francés o —como diría un locutor de emisora clandestina— el fragor de las barricadas del barrio Latino se introduce por las rendijas de muchas aulas y fábricas españolas, produciendo nuevas y más encrespadas agitaciones estudiantiles y obreras, las mismas que más de un posibilista quería hacer coincidentes. Como en otras ocasiones, también yo anduve entonces por las trastiendas de la movilización universitaria, no sin la preceptiva comparecencia en el tribunal de orden público. Fueron meses muy agitados y desazonantes, que condujeron de inmediato al estado de excepción de enero de 1969. Las generalmente improvisadas acciones subversivas tropezaban, cómo no, con nuevos incrementos de las contraofensivas policíacas. Incluso la censura, a remolque de esa suspensión de derechos civiles, intensificó de modo virulento sus arbitrariedades y admoniciones.

Fue entonces cuando se celebró el llamado por antonomasia proceso de Burgos, aquel terrible consejo de guerra en el que se dictaron nueve penas de muerte contra militantes de la primitiva ETA. Ahí se perpetró uno de los más desalmados escarmientos de ese feroz tramo del franquismo. A la protesta internacional contra semejantes atrocidades, el gobierno contestó organizando una de aquellas espectaculares concentraciones de adhesión al Caudillo. Aún puedo sentir los clamores de esa exaltación del gregarismo incubado en los rediles del Movimiento Nacional. Creo que, a partir de entonces, mi más perseverante reacción contra el régimen se fue orientando hacia una más aquilatada mezcla de humillación y bochorno. La pugnaz oposición ideológica se veía a menudo afectada por las mellas de la impotencia. No en vano cundían por ahí tantas mezquindades, tantas hipocresías, tantos despotismos. Quizá en algún momento la costumbre de convivir con la dictadura, los lastres sucesivos de la infructuosidad, erosionaron los entusiasmos operativos, funcionaron como un resorte de efecto retardado, cuando no como una malsana tendencia a la resignación. Pero todo eso quedó invalidado cuando supe, por ejemplo, que personas como Mario Onaindía o José María Dorronsoro estaban condenadas a muerte.

Si mal no recuerdo, el ministro de Información y Turismo era entonces un digno sucesor de Fraga Iribarne, Alfredo Sánchez Bella, con quien ya había

tenido mis particulares tropiezos cuando él era embajador en Colombia y yo vivía allí. El paso de este Sánchez Bella por su nueva misión gubernativa dejó en todas partes amarga memoria: entre otras iniciativas de similar mendacidad suspendió la revista *Triunfo*, una de las escasísimas publicaciones de orientación progresista, y cerró el diario *Madrid,* uno de los contadísimos periódicos desobedientes. No es que se tratase de represalias aisladas, sino de una clara política involucionista tendente a restablecer los peores mecanismos inquisitoriales, al tiempo que los guardianes de la moral católica, reeducados en los ambiguos consorcios del Opus, expandían por el país una nueva variante, digamos que más casta, del tenebrismo y la sumisión, siempre de acuerdo con las majaderías didácticas de monseñor Escrivá de Balaguer, el padre por antonomasia. Era el reflujo malsano de la historia, todo el espacio del recuerdo ocupado por los defensores de la única fe verdadera, indistintamente enfervorizados en las conmemoraciones patrióticas, los congresos eucarísticos y los desfiles militares. No había opción a las medias tintas: quizá por eso hasta la literatura de índole erótica empezaba a tener un palmario componente subversivo. O a lo mejor es que ya empezaba yo a no creer en lo que veía. ¿A qué sombra, a qué socaire de la abrupta correlación de fuerzas de la historia, estábamos intentando arrimarnos? ¿Es que ya estaba próximo el día en que empezáramos a quedarnos sin nosotros?

La actividad antifranquista acusó entonces de manera notable esas últimas embestidas de la represión. No hubo acto cultural de presunta disensión frente al férreo catecismo político que no fuera de inmediato abortado por la policía. Un ejemplo curioso —y hasta jocoso— en este sentido fue el de un improvisado homenaje a Picasso que se organizó en Zambra, una especie de santuario del cante jondo que había montado un señor Casares en la calle Ruiz de Alarcón, más o menos frente a la casa donde vivió Baroja. No era un «tablao» al uso, sino un establecimiento con pretensiones de conservatorio donde actuaban los grandes intérpretes flamencos de aquellos años y donde los asistentes eran llamados al orden si se permitían la menor falta de respeto. Tamaña disciplina no debió de resultar a la larga muy rentable, pues tampoco tardó mucho en declinar el negocio. No sé a quién se le ocurrió conmemorar alguna efeméride relacionada con Picasso ni por qué se eligió Zambra para esa celebración, pero el caso fue que nos reunimos allí un respetable número de pintores, actores y escritores: Antonio Saura, Eusebio Sempere, García Hortelano, Lucio Muñoz, Amalia Avia, Moreno Galván, José Caballero, Juan Antonio Bardem, Aurora Bautista, Montserrat Roig, Fernando Rey, Juan Diego... No más comenzar el acto, irrumpió la policía, mandó desalojar el local y se llevó detenidos a Moreno Galván y Sempere. Al tiempo que nos

disolvíamos, propuso Aurora Bautista una gestión de veras peregrina: que nos personásemos en la Dirección General de Seguridad, donde ella se entrevistaría con el ministro, amigo suyo, para pedir la inmediata libertad de los dos detenidos. Ya era un poco tarde y, aunque pensé que esa iniciativa venía a ser literalmente un despropósito, me uní a los acompañantes de la actriz, cuya fogosidad remitía a la de su interpretación en el cine de Juana la Loca, y nos encaminamos al Ministerio de la Gobernación, regido entonces por un tal Tomás Garicano Goñi. La puerta principal estaba naturalmente cerrada, pero Aurora Bautista la golpeó con aplomo fílmico una y otra vez y, cuando al fin se abrió una mirilla de modo imperceptible, la actriz le habló a alguien de esta manera: «Buenas noches, venía a ver a don Garicano...» Hasta ahí llegó su parlamento, pues la mirilla volvió a cerrarse de golpe y mucho me temí que apareciera de inmediato un piquete de «grises» con orden de detenernos por desacato a la autoridad. Sin duda que ninguno de nosotros se podía haber declarado inocente.

Aparte de ese risible anecdotario, la vida cotidiana en Madrid, extramuros de la lucha clandestina y casi como una suerte de contrapartida vital, incluía sus regulares y alentadoras compensaciones. La amistad seguía ofertando no pocos interregnos de bienestar, y eso suponía regularmente una retribución afectiva irreemplazable. No sé si se acrecentó, pero en cualquier caso no mermó mi registro de amigos por aquellas calendas. Antonio Gala, por ejemplo, volvió a ser entonces, después de algún fugaz atasco, un divertido y grato compañero en reuniones domésticas y viajes de recreo. Él no era todavía el afectado escritor de consumo y el listísimo profesional que ha llegado a ser, pero empezaba a tener sus ínfulas muy bien dosificadas, sometidas a un hábil sistema de contraprestaciones, a partir sobre todo de que ganara no sé qué premio de teatro con *Los verdes campos del Edén*, cuya noticia le llegó precisamente cuando pasaba en casa una de sus temporadas de desasistido. Por la época a que ahora me refiero, Gala vivía al final de la calle General Mola (ahora Príncipe de Vergara) con Rafael Marín, aprendiz de escultor y persona extremadamente afable y dadivosa. A veces nos íbamos en mi coche a Granada o a Córdoba o por tierras de Castilla, con algún que otro desvío para ver piedras mudéjares o románicas. Pero lo más frecuente eran las batidas gastronómicas —o no tanto— intramuros de Madrid, con amigos diversos y sucesivos: Carmina Labra, Paco Nieva, Aurora de Albornoz, Nadia y Fernando Quiñones, Fernando Delgado, Eduardo Mendicutti, Lola y Mery López Jounguer...

Un día Rafael Marín nos llevó a Pepa y a mí a Carboneras, un pequeño

pueblo de la costa almeriense, donde la familia de Rafael tenía casa. Carboneras, que no ofrecía mayores atractivos, me pareció a primera vista, no sé si por su aire polvoriento o su cinturón de ramblas desérticas, una aldea del zócalo norteafricano. Me agradó empero su sigilo náutico, su modestia portuaria, su vacía playa pedregosa y esa noble arquitectura popular relativamente bien conservada donde Grecia y Marruecos habían alcanzado una simbiosis excelente. Quizá por contraste, me sorprendió mucho la delirante ornamentación del único hotel de la localidad, una mezcla imposible en cartón piedra de palacio babilónico y templo egipcio, despropósito sólo explicable porque en aquellos parajes se rodó una película de mucho abalorio, *Salomón y la reina de Saba*, y el dueño del hotel lo reformó usando como elementos decorativos los sobrantes de los escenarios de la película.

Alquilé una casa en la playa de Carboneras, cerca de otra donde veraneaba la familia de Rafael Marín, una familia profusamente abastecida de hermanas y sobrinos. La casa pertenecía a una publicista francesa cuyo nombre he olvidado, la cual se presentó un día en el pueblo encaramada a un camello, provista de catalejo y salacot, y acampó en aquellos secarrales con la certeza de que había arribado a un mundo perdido. Compró tierras, se construyó una buena casa con un bello patio cortijero, compró otras y, después de pasar por el aro amoroso del pintor Guillermo Delgado, apenas salió de Carboneras. Tal vez acabó pensando que le había llegado la hora de fundar una nueva casta bretona-almeriense de oligarcas.

Pasamos allí un mes, cinco semanas a lo sumo. Fueron días sin historia: leí algo, escribí vaguedades, paseé sin muchas ganas, bebí bastante vino blanco. Me angustiaban un poco los baldíos inhóspitos que formaban el entorno rural de Carboneras, con sus cauces secos, sus campos de esparto calcinados, esos eriales de Saladar y Níjar tan justamente descritos por Juan Goytisolo. Rafael Marín pasó también ese mes en casa de su familia y me instruyó en los secretos del caciquismo y los escalafones de aquella sociedad aldeana compuesta por poco más de tres mil habitantes. Antonio Gala apareció un día por allí, transportado por no sé quién, y creo que fue entonces cuando se produjeron los primeros síntomas del mal que empezaba a consumir a Rafael Marín. Un dolor agudísimo en el costado fue quizá el aviso definitivo del ya irreparable avance de un cáncer que acabaría no mucho después con su vida. Sé que a Antonio Gala esa pérdida le supuso un grave quebranto sentimental.

Al volver a Madrid, ese verano de 1970, nació nuestro quinto hijo,

Alejandro. Pepa y yo acordamos que ése sería el último, aunque también tuvimos la tentación de ampliar la descendencia hasta seis, que es guarismo que ratifica la inclinación geométrica del azar, cosa que tampoco juzgué discreto desoír. No me hubiese importado completar esa significativa media docena de vástagos, pero tampoco andaba yo muy sobrado de recursos, de modo que ahí se estancó mi tribu en lo que se refiere a la primera ramificación genealógica, aunque cuando me preguntan por el número de hijos que tengo, siempre respondo que cinco o seis, dejando así un poco en suspenso los accidentes fortuitos de toda descendencia. Aún pasarían años antes de que me llegara el turno de comprobar, con Bataille, que la filtración del mal en cierta forma de conciencia poética tiene algo que ver con el fantasma filial de los desencuentros. Puede ser. Por cierto que —como manda, o mandaba, la Santa Madre Iglesia— decidimos bautizar a Alejandro, en cuya ceremonia hicieron de ecuánimes padrinos Lola López Jounguer y Antonio Gala. Aquel día bebimos por largo y sin prisas y hasta hubo alguna ritual oferta festiva por parte de Fernando Quiñones, no sin que ello motivara la correspondiente disensión de Nadia, su mujer, que siempre fue un poco pánfila y que se cansaba muy pronto de esos jolgorios para ella incomprensibles y a los que solía contraatacar llorando.

Esas filigranas temperamentales de Nadia me incitan ahora a evocar, no sin algún malicioso desvío, otras peripecias, más bien de teatro bufo, con ocasión de los preliminares de su boda con Fernando. Los padres de Nadia, radicados en Mestre, el pueblo fabril aledaño a Venecia, pensaron que el prometido de la hija, a juzgar por sus aparentes generosidades, era cuando menos un *commendatore* de muchos posibles y no encontraron mejor forma de corroborarlo que presentándose en Madrid con fines fiscalizadores. Fernando no pudo hacer nada, e hizo mucho, para evitar semejante inspección y acudió a Antonio Gala en busca de soluciones. Nada más desaconsejable que mostrar a los viajeros el muy modesto y destartalado piso que tenía Fernando en el barrio periférico de Peñagrande —donde también vivió Gala unos meses—, ya que semejante prueba de insolvencia muy bien podía dañar seriamente sus planes de boda. Antonio, que quería mucho a Fernando, acogió con sumo gusto la encomienda de éste y le aseguró que él se encargaría de solventar el asunto, que no dudase ni por un momento de sus buenos oficios teatrales. Le pidió para ello a unos amigos suyos andaluces que le prestasen por un día una lujosa residencia que tenían en el paseo de Rosales y, una vez que los padres de Nadia quedaron instalados en Madrid, fueron conducidos a esa morada suntuosa, confundiendo entre vaguedades y medias tintas a Fernando con el propietario. Los viajeros quedaron literalmente

deslumbrados, no ya por el fasto con que supusieron que vivía el novio, sino porque de ese fasto se deducía su elevada posición social.

Una doncella sirvió a los visitantes un refrigerio y Antonio, que iba hecho un figurín, fue presentado como un amigo fraterno, pero he aquí que la futura suegra de Fernando, predispuesta como estaba para toda clase de embelesos, no más oír el nombre de Antonio, lo identificó de inmediato con el bailarín y se permitió pedirle, entre emocionados balbuceos, que actuase para ella, sólo unos pasos, un desplante, que eso bastaba para que pudiera llevarse a Mestre un recuerdo imperecedero de aquella visita. Ya metidos en la farsa, Antonio aceptó finalmente bailar para ella y para su no menos estupefacto marido. La actuación, sin embargo, fue de pésima calidad y a punto estuvo de dar al traste con la impostura, pero sirvió como broche de oro de la principesca recepción. Hasta ahí la historia contada y supongo que adornada por Antonio y escuchada siempre por Fernando con estentóreos ataques de risa. No sé en qué acabó la cosa. Tampoco supe nunca si Nadia, la mujer de Fernando, estaba al tanto de todo eso o prefirió hacerse la distraída. Alguien podría pensar que la historia remeda uno de esos enredos propios de la *commedia dell'arte*.

Después de ese verano almeriense, Ángel González y yo emprendimos una expedición a Asturias, uno de aquellos viajes laboriosos, interminables, que hacíamos a Oviedo desde Madrid, preferentemente en coche, lo que venía a suponer, amén de un serio trastorno físico, una temeridad. Siempre nos vanagloriábamos de haber batido un récord al revés: tardábamos en llegar más que cualquier otro viajero. Pero llegábamos en condiciones bastante aceptables. En aquella ocasión nos acompañaba Carlos Bousoño, aunque sólo hasta Oviedo, pues Ángel y yo cumplíamos la doble función de excursionistas por la costa —Lastres, Tazones, Gijón, Salinas— y lectores de poesía en la facultad de la que era entonces decano Emilio Alarcos Llorach. Me acuerdo muy bien de unas larguísimas sobremesas en el restaurante Conrado y de unas más largas descubiertas nocturnas que acababan en matutinas. La verdad es que Alarcos, que era cuatro o cinco años mayor que nosotros, no lo parecía en absoluto. Quizá lo que más me atrajo de él desde un primer momento fue la infrecuente y admirable alianza que siempre supo promover entre la sabiduría y el humor. Aquí un libro, aquí una amistad. Sus conferencias, sus textos críticos, sus tratados lingüísticos, disponen todos de una sugestión adicional: junto a la solvencia científica surge de pronto como el deseo de aligerar la aridez de la materia con la amenidad expositiva, incluso con un gracejo de muy castizos atavíos retóricos.

Mis primeras noticias de la obra de Alarcos como lingüista, como filólogo, como introductor del estructuralismo en España, se reducían entonces a que había inaugurado un curso académico en Oviedo con una lección sobre la poesía de Blas de Otero, publicada luego por Anaya (1966). El simple hecho de que Alarcos eligiera la obra de Otero para ese discurso inaugural me pareció un buen ejemplo de independencia y perspicacia. Corrían tiempos, ya se sabe, inflexiblemente controlados por la hostilidad censoria y las coacciones doctrinales y era muy difícil sortear con cualquier desobediencia las ordenanzas al uso. Y con mayor razón si cabe en el ámbito universitario. El libro sobre Blas de Otero fue para mí una excelente guía de penetración en la poesía del autor de *Pido la paz y la palabra,* pero también un muy preciso modelo de honradez intelectual. Por primera vez me acerqué a un estudio basado en los procedimientos lingüísticos para caracterizar la obra de un poeta, lo cual definía también una manera innovadora de enfrentarse al análisis de un texto. A lo mejor es que ya daba por seguro que, en poesía, el procedimiento lo es todo o la poesía no es nada.

Aquella vez en Oviedo todo se ajustó a un programa de actos más bien vertiginoso que preludiaba lo que ocurrió en otros viajes sucesivos. Los consumos etílicos de larga duración, quiero decir los que no concuerdan con mis hábitos de bebedor vespertino, suelen alterarme bastante y casi nunca con desenlaces predecibles. Recuerdo una comida magnífica con Juan Cueto en una taberna marinera de Tazones, un almuerzo digno de la mesa de Lúculo en una venta caminera próxima a Gijón y sobre todo un itinerario de figones en Lastres. Ya estaba cayendo la noche en este empinado pueblo, y Ángel y yo nos apostamos en una esquina aguardando que pasara una procesión: dos hileras de mujeres enlutadas y entonando cánticos. Se conoce que el espectáculo de unos forasteros barbudos y con cara de pecadores, vagamente identificables con la imagen duplicada de Satanás, se contradecía con el recogimiento de aquella ceremonia religiosa. Lo supimos porque a medida que las mujeres se iban acercando hasta donde estábamos, interrumpían la salmodia y miraban a otro lado en señal de reprobación. No fuimos perseguidos por la Iglesia militante, pero sí nos negaron una última copa, ya tarde, en una taberna donde alentaba el fantasma de aquel energúmeno patriota llamado don Pelayo.

Cada noche tenía su afán. Por ejemplo, aquella vez en que Alarcos, Ángel y yo, después de haber cerrado el último bar, nos encontramos sin saber dónde ir ni qué beber. Se le ocurrió entonces a Alarcos una idea luminosa: en un cajón de la mesa de su despacho en la facultad guardaba una botella de

whisky para imprevistos. Ningún imprevisto más perentorio que aquél, de modo que nos dirigimos a la vieja universidad en busca de tan preciada botella. La ciudad estaba vacía y la poca iluminación ponía en las fachadas una tonalidad imprecisa, unas sombras itinerantes que me sugirieron por vez primera la escénica clandestinidad de Vetusta. Al llegar al portón, Alarcos se buscó nerviosamente por todos los bolsillos y comprobó desolado que no llevaba encima las llaves. Hubo unos momentos de incertidumbre. El portón lucía más bien decrépito y, según pudimos comprobar, parecía bastante vulnerable. Alarcos nos pidió por señas que nos apartáramos y se situó en la acera de enfrente. Tomó desde allí carrerilla y se precipitó sobre el portón con mucha más potencia de la que hacía prever su enteca complexión. El cuerpo de Alarcos chocó leñosamente con la noble madera de la puerta del *alma máter*, pero ésta permaneció negándonos la entrada. Yo me ofrecí a ayudar a Alarcos, uniendo mi impulso al suyo, pero ya él volvía a lanzarse sobre el portón, el cual hizo un extraño mientras se abría una de las hojas con un estridente gemido de goznes. De modo que entramos, subimos a oscuras una escalera, atravesamos una galería y finalmente llegamos a un despacho. No sé si una vez en posesión de la botella, volvimos a salir o nos la bebimos allí mismo. En cualquier caso, hubiese resultado de lo más edificante la intervención de la policía ante un allanamiento de morada perpetrado por el decano de la morada.

Alarcos podía comportarse así, antes —por supuesto— de que Josefina, su mujer, truncara de modo sañudo las naturales inclinaciones del profesor a los esparcimientos joviales. Ya había publicado por entonces algunos libros que marcaron la cumbre de los estudios lingüísticos en España: la *Gramática estructural* o la *Fonología española.* Pero procuraba que no se le notase. Si se refería ocasionalmente a esos libros (y aunque era consciente, creo yo, de su condición precursora), lo hacía como si fuesen obras de un señor al que conocía de pasada, pero con el que no quería tener mucho trato. La magistral *Gramática de la Lengua Española* que publicó en 1994 debe algo al entusiasmo —no me atrevo a decir a la vigilancia— de Josefina. La última vez que estuvimos juntos fue poco antes de su muerte, en Sanlúcar de Barrameda, donde presidió el tribunal ante el que se defendía una tesis doctoral de José Juan Yborra sobre mi obra novelística. Yo le sugerí al director de la tesis —Alberto González Troyano— la composición de ese tribunal y él eligió el lugar en que debía celebrarse el acto: la espléndida bodega sanluqueña de Barbadillo. Nunca un ceremonial académico se había inscrito en un marco más inusitado, aunque en este caso también fuera el más idóneo. Me consta que Alarcos disfrutó lo suyo. Él sabía muy bien, conviene

reiterarlo, que la erudición y el recreo pueden —incluso deben— simultanearse sin mayores estorbos.

En Oviedo he vivido algunas de las más gustosas noches de esos y otros subsiguientes tramos de mi historia personal. Se trata de un referente afectivo que en ningún caso se ha visto alterado por la mella del tiempo o la desmemoria de la edad. Siempre podía elegirse allí un seductor itinerario nocturno por la zona antigua de la ciudad, entre la catedral y el mercado, un poco al hilo de las remembranzas emocionantes de aquella secreta ciudad vislumbrada a través del catalejo que pone Clarín en manos del magistral don Fermín de Pas, contrastadas entonces con otras muy distintas andanzas amatorias y desenvolturas vitales. Tras la muerte de Emilio Alarcos, mis amigos asturianos de aquellos días son mis amigos actuales de cualquier parte: Paloma y Enrique Álvarez-Uría, Mariano Antolín Rato, Juan Cueto, Miguel Munárriz, Lola y Juan Benito Argüelles, Fernando Corujedo, Josefina Alarcos, Alicia Prada, Lola Mateos, amén de otros diversos inquilinos de la noche y espontáneos azotacalles.

Justo cuando volví aquella vez a Madrid recibí un día, pasada la medianoche, la visita intempestiva de Paco Rabal. Venía seriamente consternado y sin ningún visible síntoma de haber bebido. Por lo visto, se habían presentado en su casa —él y María Asunción vivían entonces en un chalé por la Ciudad Lineal— tres desconocidos que se identificaron como miembros del FRAP, la organización de extrema izquierda que empezaba entonces a hacer de las suyas. Según me contó Paco, se habían entrado en la casa de sopetón y le habían exigido el pago de una cantidad cuyo monto he olvidado, pero que a mí me pareció exorbitante. Yo también había recibido no hacía mucho esa especie de visita domiciliaria del FRAP, si bien sus emisarios repararon bien pronto en que yo carecía de liquidez y, en vista de que no iban a conseguir ninguna clase de impuesto revolucionario, se limitaron a implicarme en sus desmanes por el sistema de redactar un panfleto, quieras que no, en mi máquina de escribir, lo que muy bien podía haberme reportado una grave implicación de cómplice. Me pregunto que a santo de qué me escogería Paco en aquella ocasión como consejero, un quehacer que detesto tanto como el de los biempensantes que nunca dudan y practican esas asesorías. Los del FRAP le habían dado un plazo de veinticuatro horas para reunir su óbolo, y lo único que se me ocurrió decirle al extorsionado es que diese la callada por respuesta y se quitara de en medio con el pretexto de algún trabajo profesional. Y eso fue lo que hizo sin mayores trastornos, pues justamente estaba rodando una película basada en una novela —quizá *Entre*

*visillos*— de Carmen Martín Gaite. Vi en su día esa película y, pese a mi exigua solvencia en materia cinematográfica, me pareció descubrirle un raro atributo: era todavía más insulsa que el texto narrativo del que procedía.

No estaba Paco Rabal en su mejor momento por aquel entonces. Nadie, salvo los muy domesticados, estaba en su mejor momento durante aquellas postrimerías de la década de los sesenta que algún estulto cronista social tildó de prodigiosa. A qué recordar que la mediocridad, la zafiedad se habían ido perfeccionando con el uso y todo hacía prever que no pocos distritos del cuerpo social seguían contaminados de una anemia incurable. Paco acusó también esa crisis personal fomentada por las injurias de la historia. Vivíamos un poco entre las militancias emocionantes, los desafueros de cada día y las escapadas a las guaridas de la noche. Paco estaba entonces resistiéndose a dejar de ser un galán y actuaba como si tuviese una prisa irrefrenable por agotar los remanentes de su fama. Las noches eran igual de tercas y nocivas que las mujeres pedigüeñas y las bebidas ínfimas, ese legítimo injerto de la banalidad en las requisitorias del antifranquismo. Yo solía encontrarme con Paco en situaciones azarosas y en sitios imprevisibles, todos ellos próximos a esa frontera que avisaba de los peligros impuros del amanecer y donde se bebía y se vivía con la avidez de los conspiradores que no quieren caer en la tentación del cansancio. Todavía me llega el olor a cosmético y a humedades rancias estacionado en esos locales nocturnos abastecidos de jefecillos de provincias, mozas del partido y paseantes en corte, entre los que se intercalaban pajarracos de vario pelaje y amigos comunes: Ángel González, Juan García Hortelano, Raúl del Pozo, Vitín Cortezo, Juan Estelrich, Cuco Cerecedo —que andaba entonces con una todavía neófita Marisa Paredes—, Jesús Infante y su hermana Carmen —una de las personas más intrínsecamente anticonvencionales que yo he conocido—, amén de otras mujeres de grata autonomía: la periodista Juby Bustamante, la actriz María Asquerino, la pintora María Antonia Dans... Mitad actor de innumerable celebridad, mitad comunista descarriado, Paco era como un triunfador venido a menos, dejaba un rastro de insolencia y ternura entre el mujerío, bebía licores de dinamita, desafiaba con sus trovos al personal. Y así hasta que un día frenó en seco, renunció a su peluquín y empezó a convertirse en un actor de veras memorable.

También andaba a veces por aquellos andurriales Alfonso Grosso, con quien compartí muy desiguales afectos, incluso alguna deplorable rudeza, y que podía ser bastante divertido por lo disparatado y bastante maleable por lo inocente. Trabajaba entonces en Madrid en una agencia de publicidad y

programó una colección de libros de relatos bautizada con un nombre tan descabellado o tan inoportuno como el propio planteamiento editorial: Biblioteca Pepsi, ya que era esa compañía norteamericana de refrescos la que patrocinaba la colección. Grosso andaba muy ufano con semejante invento y encargó a Rafael Conte que preparara una antología de *Relatos españoles de hoy*. Por cierto que ahí publiqué por primera vez el único cuento que considero salvable de los poquísimos que he escrito —no más de tres o cuatro — a lo largo de mi ya dilatada dedicación a la literatura. Al contrario que a otros colegas de notable producción cuentística, a mí ese género me ha caído siempre un poco a trasmano, probablemente por incapacidad más que por desgana. Bien, resulta que la cantidad fijada para pagar los derechos de reproducción de esos originales era bastante precaria y dio lugar a alguna que otra protesta. Contaba García Hortelano que él y José María Guelbenzu decidieron un día, más bien a remolque de alguna maliciosa curiosidad, ir a reclamarle a Grosso un aumento de esa retribución, no sólo pensando en la potencia económica de la empresa patrocinadora —regida a la sazón por la actriz Joan Crawford— sino porque lo consideraban mínimamente justo. Así que se personaron muy serios en el despacho de Grosso y le plantearon sus quejas.

—Intolerable —fue lo primero que dijo Grosso, al tiempo que accionaba el botón de un interfono—. No fue eso lo que ordené, me van a oír.

—Eso mismo pensé yo —dijo Hortelano.

—Tráigame el informe de la promoción cultural de Pepsi —susurró Grosso a través del interfono—. Que sea para hoy.

—Estás muy bien organizado —dijo Guelbenzu.

—Qué menos, compañero. Aquí o pones orden o te espabilan los de la CIA —bajó la voz—. Me tienen muy vigilado, ya sabes.

Se oyeron unos cautos golpecitos en la puerta y apareció una mujer de mediana edad que dejó una carpeta sobre la mesa. Grosso abrió la carpeta, ojeó nerviosamente unos papeles, puso cara de ejecutivo encolerizado y marcó un número en el teléfono.

—¿Joan Crawford, *please*? —preguntó.

Esperó unos momentos.

—Soy Alfonso Grosso —dijo Grosso—. Volveré a llamar, *thank you*.

Hortelano y Guelbenzu se quedaron primero estupefactos y luego los acometió una hilarante incredulidad.

—Despacho directamente con Joan —dijo Grosso—, es la única forma de solventar las cosas sin que me incordien estos inútiles.

Hasta ahí el cuento de Hortelano. No lo he comprobado, pero es muy posible que su versión difiera de la fidedigna en matices y adornos, pero no en lo sustancial. Pobre Alfonso Grosso, qué inclemente, desolador final el de ese hombre excesivo, arbitrario, tierno, vehemente, dotado de una considerable pericia para pasar de la ingenuidad al despropósito. Qué vida la suya más desvalijada por un infortunio que él tampoco parecía muy dispuesto a evitar, quizá porque sabía que tampoco iba a conseguir mucho. Su prosa narrativa —en especial la de *Guarnición de silla* y *Florido mayo*— pertenecía a un linaje barroco que todavía hoy, a pesar de los virajes impuestos por las modas de temporada, resulta en muchos aspectos admirable. Grosso quería llegar cuanto antes a una cumbre de muy rentable profesionalidad, pero lo que no podía hacer era llegar antes de salir. De no haber sido tan despiadadamente atacado por la devastación, su prototipo literario se habría parecido mucho a Stephen King. Una vez me dijo: «Chico, hoy por hoy, aquí sólo hay dos escritores de verdad: yo y tú. Me pongo el primero porque tampoco hay que exagerar, ¿no te parece?»

Precisamente fue con Alfonso Grosso con quien me embarqué poco después —creo que a fines de 1974— en un nuevo viaje al otro lado del telón de acero o de la muralla de hierro o del dique de contención de rojos, esta vez a Polonia. Como hice para ir a Rumanía, tampoco solicité en este caso una autorización que, con toda probabilidad, iban a denegarme, de modo que viajé con un visado especial que no figuró en el pasaporte, vía Ginebra. Ignoro por qué nos eligieron a Grosso y a mí, dentro del cupo de escritores españoles antifranquistas, para intervenir en un simposio sobre literatura y política en América Latina organizado en Varsovia por el exilio chileno, recién acaecido como estaba el golpe militar de Pinochet. Grosso era allí más bien un desconocido, pero no tanto como yo, pues a él le acababan de traducir al polaco no sé qué novela. Quiero recordar que Grosso fue por aquellos años, junto con Juan Goytisolo, uno de los escritores españoles más editados en el extranjero. Cuentan que una vez le mostró a Antonio Ferres un ejemplar de esa novela suya traducida al polaco. Ferres, cuyo don de lenguas se reducía al español de Chamberí, hojeó con despacio el libro, hizo como que leía unas

páginas al azar, y finalmente levantó la vista y dijo estas aladas palabras: «No está mal; tiene algunos fallos en la transposición prosódica, pero no está mal.» Un juicio de veras meritorio, el de Ferres, quien podía inventarse historias muy divertidas, como la de un viaje suyo a París en tren expreso, cuando coincidió en el mismo compartimento con una dama elegante, de pelo blanco, toda enlutada y provista de gargantilla y manguito. Hablaron amigablemente al final del largo trayecto nocturno y, una vez en París, la señora se despidió de Ferres dándole a besar su mano al tiempo que le decía: «Venga a verme un día a la fábrica. Soy Marie Brizard.»

Se me han borrado muchos de los nombres, o de las caras, de los reunidos en Varsovia, pero puedo reconocer en medio de la neblina general de aquella asamblea a Hortensia Bussi, viuda de Salvador Allende, a Julio Cortázar y su mujer, a Ariel Dorfman, a Teitelboim, dirigente del partido comunista chileno, al ecuatoriano Jorge Enrique Adoum, al argentino Francisco Urondo, que sería uno de los desaparecidos en Buenos Aires durante aquellas terribles cacerías de disidentes perpetradas durante la atroz dictadura de Videla. A Cortázar lo traté poco, muy de paso entonces y algo más, nunca demasiado, años después, en La Habana y sobre todo en Aix-en-Provence, en casa de unos amigos comunes, Raquel y Jean Thiercelin. No fui un buen lector de su obra, había algo en ella, tal vez la enfática inclinación a la singularidad, el excesivo empleo de ortopedias retóricas, que me hacían tomar ciertas precauciones, no niego que con alguna ligereza. Me incomodaron bien pronto aquellos tan cacareados trasiegos literarios —por ejemplo, los cronopios y los famas— que me sonaban a juegos malabares del ingenio un poco redichos. Pero siempre respeté a la persona y me sentí muy próximo a las actitudes cívicas del escritor, a la independencia de sus juicios políticos, aparte de que estimé sin ninguna reserva algunas narraciones suyas excepcionales, empezando por *El perseguidor*.

He conservado una idea difusa de Varsovia, la vaga imagen de una ciudad semidesierta, de amplias avenidas y plazas desapacibles, de iglesias abarrotadas y jardines mustios. Medio destruida una y otra vez por guerras, fragmentaciones y desventuras varias, fue reconstruida según ciertas pautas arquitectónicas tradicionales, copiando y mejorando quizá los edificios de la antigua plaza del mercado que habían quedado en pie. Recuerdo que ni a Grosso ni a mí nos hacía mucha gracia andar por la esquiva noche varsoviana buscando emociones, aunque éstas fuesen de intensidad más que discreta, pero un día lo convencí para que me acompañase a dar un paseo. A pesar de las barreras enojosas del idioma y de esa hosca apariencia de despoblada que

tenía la ciudad —apenas eran las diez de la noche—, dimos con una calle no lejos del hotel en la que había dos o tres bares abiertos. Decidimos entrar en el que parecía más acogedor, por decir algo, y resultó ser una especie de túnel muy precariamente iluminado donde no habría más de cinco o seis personas, o ésas eran las que se veían distribuidas en una amplia barra. El resto del bar permanecía casi a oscuras. Pedimos adecuadamente vodka y el camarero nos observó con cierto excesivo detenimiento y dijo algo ininteligible. Bebimos con parsimonia, cosa más bien desacostumbrada en aquellas latitudes, y supongo que eso mereció algún comentario mordaz por parte de dos de los clientes. Uno de éstos, usando un idioma que recordaba al francés, nos indicó que si queríamos cambiar dólares por zlotys, habíamos tenido muy buen ojo, porque aquél era el mejor sitio y él la persona más indicada para hacerlo. Ni Grosso ni yo teníamos intención de incrementar nuestras reservas de zlotys, y menos a expensas del muy activo mercado negro, pensando sobre todo en nuestra condición de invitados oficiales. Así que nos libramos como pudimos del presunto traficante y, justo cuando pedíamos otra vodka, se escuchó en el fondo tenebroso del local como un forcejeo seguido de unos quejidos de mujer que parecían emitidos a través de una mordaza. Nadie dijo nada, sólo el camarero se deslizó rápidamente por una trampilla del mostrador blandiendo una especie de porra de tamaño inadecuado. Grosso puso la cara del que se dispone a emprender la huida y yo también pensé que era el mejor momento para dar por concluida la expedición.

Y entonces ocurrió lo más inusitado: uno de los que andaban por allí corrió hacia la puerta y la cerró con llave. Por más que intentamos dar a entender que queríamos pagar y salir, no conseguimos ninguna de las dos cosas. La situación tenía visos de broma pesada y, a juzgar por todos los síntomas, no auguraba nada bueno. A Grosso se le notaba más que a mí que la perplejidad había sido sustituida por una ostensible aprensión. Seguían oyéndose golpes y exclamaciones, hasta que se vio salir de la penumbra a un hombre de aspecto tenebroso a quien el camarero empujaba de mala manera valiéndose de la porra y, a continuación, a dos mujeres llorosas y como despavoridas. Uno de los que estaban en la barra se adelantó y habló usando de muchos aspavientos con las mujeres. Yo notaba la mano de Grosso encajada a manera de garra en mi brazo, hasta que en un repente frenético se dirigió a la puerta y la aporreó mientras decía con atropellada verborrea sevillana que él era un famoso escritor español expresamente invitado por el gobierno de Edward Gierek (así lo puntualizó mientras se le oía jadear) y que si no lo dejaban salir enseguida las consecuencias podían ser desastrosas para todos los que se lo impidieran. También yo intentaba hacerme entender por el

supuesto traficante de divisas cuando se oyeron voces y golpes no muy fuertes en la puerta de la calle. El camarero lo dudó un punto, preguntó algo sin abrir y por fin le franqueó el paso a dos individuos rubiascos y enclenques por igual, no mal trajeados y con pinta de pertenecer a una asociación de obras pías. Las mujeres aprovecharon la nueva situación para escabullirse y, detrás de ellas, pudimos salir finalmente Grosso y yo luego de dejar un billete en el mostrador. La desolación de la calle resultó incluso hospitalaria. Fue un episodio embarazoso, como envuelto en una sucia extravagancia, que en cierto modo tampoco suponía ninguna rareza si se aplica a los recovecos nocturnos de cualquier ignorada ciudad, ya sea del Este o del Oeste.

Todavía el papa Wojtyla y el ciudadano Walesa no se habían inventado aquella habilísima estrategia, costosa pero efectiva, de desmantelamiento de los cuarteles comunistas, promovido en principio según todos los indicios por la santa alianza de la Iglesia polaca y el sindicato Solidaridad. El ambiente, sin embargo, hacía presagiar proscripciones, involuciones y mudanzas sociales de largo alcance. Eso era al menos lo que comentaban *sotto voce* algunos de aquellos afrancesados personajes que nos acompañaban y obsequiaban de continuo y que parecían añorar los salones de la vieja aristocracia polaca, aunque tampoco dejaban de responder a ciertos tics de marcado acento soviético. Nos llevaron a Torum, la ciudad natal de Copérnico, y a Gdansk, la que fue ciudad libre de Danzig, adonde se negó a ir Grosso aduciendo que ya había estado allí en un anterior viaje y que el avión de la línea regular volaba por encima de los rastrojos, con grandísimo peligro para pasajeros y transeúntes. Visitamos también en un recorrido espeluznante el campo de exterminio de Auschwitz, cerca de Cracovia. Se me quedaron grabados en lo más sombrío de mi arrepentimiento de turista aquellos enormes habitáculos cerrados con vidrios tras los que se exhibían inmensas pilas de gafas, de zapatos, de vestidos, de cabellos pertenecientes a los prisioneros asesinados. Me acordé de Violeta Friedman, superviviente de ese campo, a quien conocí cuando se instaló en Madrid y dedicó buena parte de su esforzada vida a luchar contra las secuelas tenebrosas del nazismo. Creo que fue Adorno quien se preguntaba que cómo iba a escribirse poesía después de Auschwitz. Lo que pasa es que un juicio tan simple impide averiguar de qué clase de poesía hablaba el freudomarxista, supongo que se referiría a la lírica. No comparto, en cualquier caso, la idea de que esa exposición de horrores de Auschwitz tenga, como dicen, un claro provecho didáctico, antes bien me parece una innecesaria bajada a los infiernos. Una vez que hemos sobradamente constatado la magnitud pavorosa del holocausto, ¿por qué perpetuar la directa verificación de tantas marcas inhumanas: crematorios,

barracones, rastros horribles del martirio, en vez de arrasar para siempre los cubiles de esos malditos verdugos de la historia? Ocurre además que, a manera de antítesis frente a tanto morbo institucionalizado, acabo de saber que una de esas terroríficas salas de Auschwitz ha sido convertida en discoteca. Tampoco es eso, claro, tampoco se trata de optar por una insultante demasía en sentido contrario, algo no muy distinto a la vulgarización del ultraje.

Yo acababa de leer, poco antes de viajar a Varsovia, una seductora novela: *Las tiendas de color canela*, del polaco Bruno Schulz, de la que he seguido acordándome con placentera fidelidad, sobre todo por el extraordinario uso del lenguaje para erigir una apasionante poética de lo cotidiano, allí donde la naturaleza y quien la habita participan de un mismo secreto vital, tácitamente vinculado a la todavía a salvo comunidad judía. Pero el gran descubrimiento en este sentido fue sin duda *Insaciabilidad*, de Stanislaw Ignacy Witkiewicz (Barral, 1973). Oí decir que Gabriel Ferrater, quien gustó en grado sumo de la novela a través de su edición inglesa, inició el aprendizaje del polaco para poder traducirla del original, cosa que no llegó a producirse, aunque la tentativa presupone toda una manifiesta ejemplaridad intelectual. Al final quien figura como traductor del polaco es un tal Melitón Bustamente Ortiz, que suena a invento. *Insaciabilidad* es una novela en la que se yuxtaponen muy diversos y polivalentes almacenajes culturales. Por sus vertiginosas páginas se acumulan los rastros utópicos de un caos venidero, la visión desmesurada de un país ocupado por un nuevo comunismo de cuño oriental, donde la poética de los abismos sociales —la droga, el erotismo, la transgresión— se entrelaza con otras sutiles fórmulas visionarias del mundo. En una Polonia donde hasta las fronteras se habían visto alteradas una y otra vez y donde se habían firmado pactos de no agresión lo mismo con los soviéticos que con los alemanes, *Insaciabilidad* (cuya primera edición es de 1930) tenía incluso el valor anticipatorio de una desventura nacional.

Mi vuelta de Varsovia, como había ocurrido en la ida, se verificó vía Ginebra. Hice el viaje con Hortensia Bussi, la viuda de Salvador Allende, y esa circunstancia motivó que nos atendieran en el aeropuerto como a visitantes ilustres. No sé qué pensarían de mí, porque nadie me preguntó nada ni yo expliqué quién era, pero el caso fue que nos instalaron en una sala de autoridades destinada a políticos de alto nivel y nos agasajaron con un almuerzo y unos objetos de artesanía popular. Al contrario de lo que me ocurrió en Rumanía, no sentí en Polonia el oneroso síndrome del vigilado, pero mi situación de acompañante de la viuda de Allende motivó que me

impidieran salir de la sala en que estábamos y curiosear un poco por allí. Ni siquiera pude cambiar los zlotys que me habían sobrado. Pensé que a lo mejor era un impuesto indirecto a la indirecta celebridad.

He podido saber, consultando notas de enrevesada caligrafía y sintaxis detestable y atando cabos sueltos, que a mi regreso de Polonia, acaso por cuestiones de reajustes sensibles, se produjo un notable incremento de mi actividad lectora. A lo mejor no tiene mucha explicación, ni vale la pena pretender que la tenga, pero mis lecturas de entonces, desordenadas y volubles, tropezaron las más de las veces con mi predisposición a decepcionarme. Una decepción que incluso podía ser previa a la lectura y que nunca tuve que rectificar pese a tan arbitrario dictamen. Mis experiencias fueron bastante profusas en este sentido y me atrevería a decir que sometidas a un ambiguo proceso de medidas cautelares. Leí, por ejemplo, a María Zambrano, cuyas indagaciones en *La España de Galdós* me parecieron bastante instructivas, pero me atasqué sin remedio y de modo ya incorregible en el indisimulado énfasis de sus pesquisas para ensamblar vida y religión —*El hombre y lo divino*—, ese pensamiento filosófico entreverado de afectaciones líricas que tanto alabó en su día —que a la larga no— el poeta Valente y que tanto continúa ensalzando el poeta Colinas, quizá porque no en vano este último procede de la afamada academia mística de La Bañeza (León), una comarca que ha dado al mundo, por contraste, algunos costumbristas muy bien dotados para la extroversión. No me resisto a contar, a propósito de Colinas, que un día, sabiendo yo que él llevaba algún tiempo instalado en Ibiza debido al trabajo de su mujer, le recordé las copiosas posibilidades que concurrían en la isla para atisbar jolgorios de mucho entretenimiento y conocer a gentes extralimitadas, a lo que me respondió que, efectivamente, ya había contactado con el director del Museo Arqueológico. Lo dicho.

Encontré por ahí otros apuntes de lecturas datados a fines de un verano que pasamos —Pepa, los niños y yo— en Mallorca, primero en Palma Nova, en una casa que había alquilado mi suegro, y después, ya sin suegro, en un hotel de Sant Telm. Fue una vacación bastante sosegada y provechosa. El padre de Pepa, ya con la enfermedad de Parkinson muy avanzada, se pasaba el día leyendo o viendo la televisión, lo que a un hombre como él, que siempre había sido muy activo y viajero, tenía que causarle una grave pesadumbre. Había contratado a una especie de sirviente-enfermero que cumplía mal que bien la extenuante tarea de estar a su lado día y noche. Este sirviente, Toni Picornell se llamaba, sólo hablaba mallorquín y nunca llegó a entender a las

personas que preferían vivir fuera de la isla. Le ocurría un poco como a una hermana de Pepa, Carmen, casada con un sueco y madre de dos hijas lindísimas, que se fue a vivir a Malmö y, cada vez que visitaba Palma, volvía a su duro exilio con una gran variedad de lenitivos en forma de productos mallorquines: víveres, bufandas, escobas, braseros... Picornell habría hecho algo parecido, llegado el caso. Por lo pronto, se limitaba a mantener consigo mismo, en voz alta y en los momentos menos apropiados, unos parlamentos hoscos e ininteligibles, ya que usaba una voz altamente gangosa y una obtusa habla de payés incorrupto. Aparte de ello, era persona bastante servicial y a mí me ilustró sobre algunos rasgos dialectales de ese sector rústico isleño que desconocía y que nunca llegué a conocer del todo.

La casa estaba situada en una colina al oeste de la bahía de Palma, sobre una franja de playa entre dos farallones, y su amplitud también permitió que Pepa se llevara para cuidar de los niños a una hermana del cantaor José Menese, Virginia de nombre, que tampoco es que mostrase ninguna aptitud especial en el desempeño de esos quehaceres, aunque —eso sí— era una muchachita agraciada y juguetona. En todo caso, el trabajo de la casa estaba muy repartido y eso nos permitía a Pepa y a mí andar por nuestras predilectas rutas insulares con cierta soltura y holgar a discreción. Desoyendo mis propias sugerencias, no escribí absolutamente nada en todo ese tiempo, no tenía ninguna necesidad de hacerlo, tampoco me importaba para nada privarme de esa tarea, pero —como digo— leí mucho y hasta con ahínco analítico, que es una manera muy incómoda de leer. Me pasaba casi todas las mañanas recostado en una mecedora a la sombra de un tupido toldo de parra virgen, frente a la mar inmóvil y descolorida por la crudeza lumínica de la bahía, con esa sensación de ingravidez que sugiere la posesión inadvertida de la felicidad. Ya se sabe que la felicidad, como la inspiración, se confunde casi siempre con la buena salud.

Entre ese cúmulo de lecturas, las más recordables quizá fueran —de modo fragmentario, casi en términos de *morceaux choisis*— las de Nietzsche y Ezra Pound, amén de otras distintas relecturas centradas en los poetas barrocos castellanos, sobre todo en los considerados segundones por la crítica académica, y los surrealistas en general. Lo que se dice una buena amalgama de lecciones. Me acuerdo también que hubo un libro que descarté o, mejor dicho, que elegí para esa etapa lectora y abandoné no más comenzarlo: una selección de textos, *En favor de Marx*, que publicó Althusser en 1965. Se trataba de una de esas prosas imposibles aplicadas a un texto imposible, o que a mí me lo parecía, más que nada por esos embrollos conceptuales que

encontraban una justa réplica en el estropicio formal. Es probable que también pensara que todo eso no era sino la malhumorada reacción ante unas calas filosóficas enemistadas con mis aptitudes receptivas. Pero no, lo único que pasaba era que Althusser resultaba sencillamente intransitable, como si él mismo se empeñara en extraviar al lector por ese atolladero general de su crítica marxista. Tampoco valía la pena hacer ningún esfuerzo para superar esas barreras. Ni era la primera vez que me ocurría algo así ni por supuesto sería la última.

De Nietzsche me había llevado a Mallorca dos tomos de sus obras completas publicadas por Aguilar en Buenos Aires: *Más allá del bien y del mal* y *El ocaso de los ídolos.* Fue a no dudarlo una lectura algo atolondrada, cogida con los alfileres de una simplificación crítica muy evidente, pero prefiero no disimular esas ligerezas. Todo me resultó excesivo, no en el sentido literario sino en el ideológico: demasiado nihilismo, demasiados ajustes de cuentas con la moral cristiana, demasiados despojos quiméricos entre la muerte de Dios y la exaltación humana del poder. Había además en esos libros un aspecto misceláneo, como de engranajes temáticos acumulativos, atribuible tal vez a la poco fiable edición preparada por Elizabeth Forster —hermana de Nietzsche—, que me indisponía con el estilo del autor (o del traductor, en este caso Eduardo Ovejero) y que, de rechazo, acentuaba mi agobio ante sus reiteradas monsergas en torno a la jerarquía social y la voluntad de dominio: «Es necesaria una declaración de guerra a la masa por parte de los hombres superiores», afirma en *El ocaso de los ídolos*, que viene a ser como si dijéramos un anti-Juan de Mairena. No parece incoherente que los nazis mandaran editar una y otra vez una antología de textos de un filósofo que se refería literalmente al «aniquilamiento de las razas decadentes». Insisto, sin embargo, en que aquellas primeras calas en la obra de Nietzsche fueron con toda probabilidad muy defectuosas y estuvieron cándidamente entorpecidas por la luz mediterránea en que se efectuaron. Tampoco aprecié entonces sino años después y sólo en parte lo que afirmaba Heidegger: que allí pervivía «el más elevado grado de comprensión que de la metafísica puede alcanzarse». O no ando yo muy allá de entendederas en estas disciplinas o esa temperatura metafísica me dejaba literalmente helado. (Cito a Heidegger porque también leí por entonces *Ser y tiempo* —en la aclaratoria traducción de José Gaos—, cuyas cavilaciones y acrobacias gramaticales en torno a la analítica existencial, al sentido del «ser-en-el-mundo», me instaron a quedarme un poco al margen de tan ambiguo ideólogo, más quizá por abulia que por desapego.) En cualquier caso, aquellas notas de lectura remitían a uno de los rasgos accesorios de la obra de Nietzsche y no a los contenidos

cardinales de su pensamiento. Cuando me fui internando algo más, nunca demasiado, en esa tumultuosa filosofía, descubrí antes que nada a un visionario contradictorio, a un escritor dionisíaco, arrebatado por toda clase de sublimaciones proféticas. Lo cual es más que suficiente, supongo.

En cuanto a Pound, se ha hablado mucho del caos aparente de los *Cantos* y yo creo que lo que pasa es que son inequívocamente caóticos. Nunca me ha afectado la peripecia humana del poeta, al menos no hasta el punto de producirme algún indebido rechazo de lector. Me refiero a sus turbias actividades como propagandista del fascismo, creo que posteriores a sus mecenazgos y generosos apoyos críticos a Eliot, Joyce, Yeats, Robert Frost. En este sentido me recordaba a otro poeta en lengua inglesa, Roy Campbell, a quien había tratado —como ya dije— en Segovia y en Madrid años atrás y que resultó ser una especie de gañán ultraconservador, enemigo desalmado de «comunistas, maricones y judíos», todos en el mismo saco, aunque —para sorpresa de los más, incluidos sus contrarios naturales Eliot o Stephen Spender— un traductor exquisito del *Cántico espiritual* de San Juan de la Cruz. Las paradojas del oficio de la literatura, del arte en general, son ineluctables, y en toda esa confrontación de las relaciones decisorias o bien insignificantes entre el autor y su obra, siempre me he inclinado por aceptar la vaga teoría de los desniveles invertidos.

Los *Cantos* de Pound —los *pisanos*, que son los que leí— suponen desde luego una monumental aventura poética, una expedición alucinatoria por los laberintos de la lengua escrita. Pound inició un camino en el que acechaba la locura y lo fue cerrando tras él a medida que avanzaba hacia el vacío. O ésa fue la impresión que me quedó después del esfuerzo mayúsculo de acompañar al poeta por sus infiernos particulares. Pound elaboró sus *Cantos* como una superposición abrumadora de collages compuestos con la técnica de la genialidad, una serie de poligrafías fragmentarias, un tropel de hallazgos y extravíos, memorias anárquicamente yuxtapuestas, ensambladas a una estructura expresiva múltiple y sin orden aparente, sólo reguladas por la energía estética de la imaginación. Como ocurre con la obra de otros grandes artífices de entidades poéticas, penetrar en los *Cantos* es como hacerlo en una selva verbal plagada de oscuridades y deslumbramientos. Yo, al menos, me perdía en la agobiante fragosidad de tantas culturas tangenciales como van generándose en ese mundo de ímprobas polivalencias humanísticas. Y creo que claudiqué ante el hermetismo general de un poeta que abomina de todas las tradiciones y aspira a construir la armazón de una vanguardia ajena a todas las vanguardias. No sé realmente si Pound, como él mismo reconoció ya

anciano, fracasó en sus pretensiones de totalidad creadora. También yo fracasé probablemente como gustador errático de los *Cantos.* Opinaba Gil de Biedma que «la insensatez, la petulancia y la falta de sentido del humor fueron los peores defectos de Pound», aunque enseguida matizara benévolamente tan severo juicio. Estoy de acuerdo con lo de la falta de sentido del humor.

Por lo que se refiere a los poetas barrocos nuestros, lo que hice fue releer una vez más a los canonizados y reencontrar a los medio excluidos del Parnaso, entre los que siempre podían surgir sorpresas muy gratas. Creo que ya enumeré a algunos de estos inmerecidamente tildados de secundarios: Francisco López de Zárate, Antonio Enríquez Gómez, Luis Martín de la Plaza, el conde de Rebolledo, Anastasio Pantaleón de Ribera..., casi todos editados por suelto en una excelente y poco divulgada Biblioteca de Antiguos Libros Hispánicos, que publicó el Consejo Superior de Investigaciones Científicas entre los años cuarenta y cincuenta. Por lo que respecta a los surrealistas, me ocurrió algo por el estilo, aunque en términos menos concretos: releí a rachas y con gusto diverso a los corifeos —Breton, Desnos, Éluard, Aragon, Péret, Ernst— y hasta descubrí a algún desconocido militante, como fue el caso de Jacques-André Boiffard, al que sólo evalué con la palabra acólito, y sobre todo del joven suicida René Crevel, especie de comunista por libre y espeso cultivador del automatismo. En cualquier caso, qué saludable terapia la de renovar otra vez el rechazo a las normativas éticas y estéticas al uso y navegar por los entresijos irracionalistas de la literatura, aunque no sin olvidarme de lo que pensaba Antonin Artaud, el más insurrecto de todos sus coetáneos: que el surrealismo murió del sectarismo de sus adeptos. Pero todavía secundaba yo —aún lo hago— la idea de que ese movimiento, aparte de «una operación de gran envergadura sobre el lenguaje», según Breton, es una actitud, un *état d'esprit.* ¿De dónde si no me llegaban mis algo pueriles identificaciones con un credo que me permitía proyectar —no escribir— alguna que otra incursión por el espejo tras el que lo más real se fusiona con lo más fantástico? No en vano el surrealismo buscó ciertas subrepticias alianzas con el romanticismo alemán —con Novalis, sin ir más lejos— en el sentido de ahondar en lo que podrían llamarse las posibilidades de visibilidad expresiva del mundo invisible. Estoy convencido de que mi más cumplida afición a la literatura, mis modales poéticos más perseverantes dependen de alguna suerte de engarce entre el surrealismo y el barroquismo —esa síntesis de lo *merveilleuse*— y no sé si contando también con los avales de la imaginación romántica. Nada menos que eso, cualquiera sabe.

Empecé a trabajar por aquel entonces, no más de tres o cuatro horas matinales, en la editorial Júcar, una empresa de incipiente despegue familiar con sede en Gijón, planteada un poco a ojo y con intermitentes baches financieros, a la que me enrolé como director literario a propuesta de Ángel Pariente —también llamado Manuel Aragón—, autor de un excelente *Diccionario temático del surrealismo* (Alianza, 1996) y que representaba a la editorial en Madrid. Su dueño era un tal Silverio Cañada, librero y animador de proyectos varios, que había editado sendas enciclopedias por fascículos de Asturias y Galicia. Eso le otorgó cierto aparente desahogo económico, por lo que decidió ampliar el negocio y montar en Madrid una sucursal con pretensiones de entrar temerariamente en liza dentro de la industria editorial. Alquilaron una oficina menos que modesta, contrataron a un par de mecanógrafas recién salidas de alguna academia de la vecindad y convencieron a Mariano Antolín y luego a su mujer, María Calonge, para que hicieran las veces de subdirectores de algo o más bien de regidores de todo. Eso me agradó mucho y fue realmente lo que me hizo permanecer en un puesto que ni me ofrecía demasiadas compensaciones ni me resultaba particularmente halagüeño, sobre todo porque nunca llegué a entenderme con Cañada. Pero me tomé el trabajo en serio y, aparte de alentar las colecciones ya existentes —Los Poetas, Los Juglares, Biblioteca Júcar— o la de narrativa que dirigían Juan Cueto y Fernando Corujedo —Azanca—, puse en marcha otras dos: Crónica General de España y La Vela Latina. La primera estaba orientada a los estudios históricos y la segunda acogía preferentemente ensayos literarios, y creo que funcionaron bastante bien, dentro siempre de las no escasas irregularidades emanadas de la central gijonesa. Se canalizó así un catálogo de autores de lo más plural: Américo Castro, Caro Baroja, Lezama Lima, Bergamín, Ilya Ehrenburg, Juan Larrea, Llorenç Villalonga, Sánchez Albornoz, Antonio Espina, Stanley Payne, Umbral, Nicos Kazantzakis...

Por Júcar pasaban a menudo personajes de muy distinta condición, aunque los más frecuentes eran los inclasificables: especímenes de vagas afinidades con traductores espontáneos, noveles pretenciosos, diseñadores incomprendidos, proveedores de hachís y desocupados crónicos. María y Mariano Antolín solían encargarse de bandear a esas visitas con invariable efectividad. Era una pareja con mucho encanto y muy buenos modales, a la que he seguido queriendo desde entonces sin mella ninguna. Mariano, novelista, traductor del inglés y crítico de literaturas anglosajonas, cultivaba entonces una narrativa de indagación conceptual, alineada en cierta facción del *underground* apenas reconocida por las vanguardias últimas, rehecha con materiales de la contracultura y elementos alegóricos de un mundo agobiado

de visiones futuristas y caóticas. De ahí pasó a una novela más explícita, más deliberadamente inserta en una trama de hechos cotidianos, nunca convencional, no exactamente vinculada a la tradición del realismo nuestro, sino adelantando nuevas e inteligentes conexiones con una mecánica expresiva que algo debía al movimiento *beatnik*, sobre todo a William Burroughs, y no sé si en otro sentido a Tom Wolfe.

Entre los asiduos a Júcar había una correctora de pruebas bastante singular, una hermosa lesbiana de grandes ojos violetas y pechos poderosos, Dora de nombre —aunque sin las uñas verdes de la Dora de Picasso—, cuya compañera tenía aire de muchachito recién emancipado de la tutela doméstica. La historia de sus amores no parecía muy creíble. Oí contar que Dora, que tenía a la sazón una papelería en Segovia y suministraba artículos de escritorio a un convento, contrajo un amor furibundo por una de las novicias que allí aguardaban para profesar. La enamorada exteriorizó de muchas maneras su pasión y, si bien la novicia parecía discretamente halagada, tampoco dejaba de mostrarse un tanto esquiva. Así que las cosas empezaron a derivar hacia la desesperación por parte de Dora, quien una tarde, sin encomendarse a Dios ni al diablo, puso por obra lo que ya había escrupulosamente planeado: irrumpió en el convento aprovechando la hora vespertina del refectorio y, provista como iba de todas las cegueras del amor, exigió de la comunidad que le fuese entregada de inmediato la novicia, pues a nadie más que a ella podía pertenecerle de por vida. Dicen que la novicia se levantó incluso con mansedumbre, la cabeza bajeando y el andar decidido, y se echó en los brazos de quien así la requería. No es una mala historia y merecía ser fidedigna.

Otra persona muy atractiva que conocí a través de María y Mariano Antolín, o quizá de Luis Antonio de Villena o de Gustavo Domínguez, fue Eduardo Haro Ibars. Vivía con Blanca Uría, pero a ella la traté muy poco. Me agradó ese muchacho venenoso y elegante, que había elegido andar por la cuerda floja de todas las iconoclastias y heterodoxias posibles, temerariamente adscrito a una insurrección general de la vida. Tengo la impresión de que lo había probado todo —droga, sexo, violencia—, no fuese a ocurrir que se quedase sin conocer precisamente aquello que llevara implícito el germen de la felicidad. Nunca aceptó las medias tintas ni los términos medios; una de dos: o la línea dura de la extrema izquierda o el sector angélico de las Hermanas de la Caridad. Sus excesos personales eran la demostración más explícita de su inveterada desobediencia. Fue un poeta guadiánico, irregular, perdido a sabiendas por los extrarradios de las bibliotecas al uso, atenazado por una anhelante necesidad de sumergirse en los fosos prohibidos de la

poética de la destrucción. Su breve obra —*Pérdidas blancas, El empalador*— tiene algo de alucinación especular de un personaje maldito o, en todo caso, nocturno, subversivo, marginal, decadente por momentos. Le gustaba internarse por las zonas de sombra de la experiencia y usaba por lo común una escritura que lindaba con cierto hermetismo surrealista o, mejor, con la indisciplina funcional del automatismo. Su muerte fue la que le correspondía: el último iracundo trayecto de su afán autodestructivo.

Me empezó a incomodar la editorial, las frecuentes discrepancias con el propietario, las informalidades burocráticas, de modo que un día, casi de buenas a primeras, opté por renunciar. Creo que me aburrí sin remedio de todas esas martingalas y un día, sin pensarlo dos veces, me despedí. A lo mejor no lo hice en el momento más propicio, pero ya me había preparado un apetecible cambio laboral a través de Alonso Zamora Vicente, hombre leal y afectuoso, al que nunca he dejado de apreciar y respetar. Él me llevó al seminario de lexicografía de la Academia y allí me quedé, con algún paréntesis, unos tres años. Elegí la jornada de tarde y en principio me dedicaba a rastrear americanismos no recogidos en el diccionario general. Releí con esos fines un respetable número de textos de escritores latinoamericanos de los siglos XIX y XX y confeccioné mis buenos ficheros con papeletas de voces no tenidas en cuenta por la Academia. Eso me ratificó algo que ya sabía: la riqueza extraordinaria del español hablado en las diferentes áreas geográficas del idioma. Más adelante, también pude instruirme en el difícil arte de la lexicografía, en este caso de la confección del *Diccionario histórico de la lengua*, que venía a ser una actualización y ampliación del llamado de autoridades. Aún no se había implantado ninguna clase de soporte informático y los ocho millones largos de fichas acopiadas desde el siglo XVIII llevaban camino de convertirse en una tarea inalcanzable. Se calculaba que ese diccionario histórico abarcaría unos veinticinco volúmenes con una media de 1.400 páginas cada uno. Cuando yo dejé el Seminario —que ya llevaba en activo casi un cuarto de siglo—, sólo se había publicado el primer tomo. Tengo entendido que ahora todo está ya informatizado y nada funciona como antes. Y eso ya es mucho.

En esa oficina lexicográfica trabajaban como una veintena de redactores y colaboradores, aparte de Rafael Lapesa, entonces director, y de Alonso Zamora, Samuel Gili Gaya, Carlos Clavería y Manuel Seco. Como yo sólo iba por las tardes —Aurora de Albornoz, Ana Cela y Sabina de la Cruz lo hacían por las mañanas—, tampoco conocí a todos mis compañeros, pero entreveo por allí a Ignacio Soldevila, Olimpia Andrés, Pedro Carrero Eras, Margarita

Estarellas, Joaquín del Val, María Teresa Unamuno... De pronto, en medio de aquel trasiego acuciante de exploradores del léxico, oía la voz sigilosa o bien sorprendía las señas de Alonso Zamora o Carlos Clavería para que nos fuésemos a tomar un café o una copa, según. Ningún otro empleado de la casa se permitía semejante licencia dentro de la severidad del clima académico y la poco flexible climatología del salón del Seminario. La ruta por los bares circunvecinos se convirtió en un hábito de obligado cumplimiento. Me gustaba platicar con Zamora y con Clavería, que eran unos conversadores sabios y maliciosos, divertidos y eruditos, una combinación muy preconizable y muy poco prodigada.

Lapesa, maestro de filólogos y hombre bueno, era también una persona algo pusilánime y excitable. Sus funciones como director del Seminario se veían a veces afectadas por esos estorbos de su carácter. Recuerdo que el inolvidable día en que mataron a Carrero Blanco, Lapesa interrumpió el trabajo recién iniciado y, en una breve y nerviosa alocución, nos pidió que regresáramos a nuestras casas, a ser posible por el camino más corto, ya que se preveían serias conmociones ciudadanas. Alguien, no sé si Joaquín del Val, recordó unos versos de fray Luis de León que se podían aplicar con irónica reconducción temática al atentado y que se divulgaron luego bastante; es la primera estrofa de una de las odas que dedicó fray Luis a don Pedro Portocarrero y dice así:

*No siempre es poderosa*,

*Carrero, la maldad, ni siempre atina*

*la envidia ponzoñosa*,

*y la fuerza sin ley que más se empina*

*al fin la frente inclina*,

*que quien se opone al cielo*,

*cuando más alto sube, viene al suelo*.

El ingenio podía llegar entonces a esos trances comparativos en la búsqueda de chanzas políticas. No me fui aquella tarde directamente a casa, sino que me pasé primero por aquel vistoso chalé de la plaza de Salamanca donde tenía su sede la editorial Taurus, muy cerca del lugar donde voló

Carrero. Taurus estaba dirigida a la sazón por Jesús Aguirre, una persona ilustrada y con ínfulas de exquisito, predestinado a ser gentilhombre de cámara o duque consorte o algo así, a quien aprecié mucho desde su etapa de cura a contracorriente y a cuya traducción de las *Iluminaciones* de Walter Benjamin debo una óptima experiencia moral. Estaba citado con él precisamente ese día para decidir una edición de Góngora, que no fraguó hasta bastante después. Supuse que tampoco tenía por qué cancelar esa cita y que incluso me serviría para recabar más precisiones sobre el atentado. Creo que también andaba por allí Jorge Campos, un narrador un poco desvaído que trabajaba en la editorial, y desde luego Fernando Savater. Hubo una repentina unanimidad en reconocer la ejecución impecable del atentado y las expectativas de resquebrajamiento del búnker franquista, una posibilidad que aún tardaría años en verificarse. Pero entre gentes decididamente enemistadas con la violencia, no se dudaba que la violencia que acabó con Carrero, heredero natural de Franco, frustraba esa descendencia temible. Más que nunca, se atisbaba en aquel 20 de diciembre de 1973 una esperanzadora fase terminal de la dictadura. Al menos, se había atajado en teoría el continuismo franquista y ya nada podía seguir exactamente sometido a las mismas amarras. Es posible que se generaran otras, pero no las mismas. Del chalé de Taurus me fui discretamente a casa. La noche se fue llenando de un sigiloso y apresurado rumor de maletas, de cambios repentinos de domicilio, de comunicaciones precavidas, y todo quedó en suspenso, incluido el juicio —el 1.001— contra Marcelino Camacho, Nicolás Sartorius, García Salve, Eduardo Saborido y otros dirigentes de Comisiones Obreras. La emocionante dramaturgia de los conspiradores estrenaba un nuevo ciclo de anticipaciones de la libertad.

Todo eso coincidió en parte con un incremento de mis periódicas obstinaciones por eludir los gravámenes de la rutina. No es que me sintiera ni mucho menos incómodo en el Seminario de Lexicografía, pero la obligación de trabajar cinco días a la semana de cuatro a ocho de la tarde acabó por convencerme de que lo mejor que podía hacer era despedirme. Además, cuando uno empieza a sentirse confortablemente instalado, es que ha llegado la hora de cambiar de sitio. Incluso no me parece aventurado suponer que elegí esa solución porque era la menos aconsejable.

## 18. SOSPECHAS DE VERDADES

Nunca he practicado la escritura ambulante, quiero decir que nunca he andado por ahí tomando notas o apuntando ocurrencias destinadas a algún presumible aprovechamiento literario. A lo más que he llegado es a pergeñar unas exiguas y fragmentarias páginas de diario y alguna que otra referencia a viajes y lecturas, pero eso no obedecía en absoluto a un plan preconcebido, aparte de que el paso de los años ha vuelto ilegibles o ha extraviado esas anotaciones. Conozco a no pocos escritores que sí, que suelen ir provistos de pluma y papel para ir registrando todo aquello que pueda ser utilizado en sus presentes o futuros trabajos, lo que me parece francamente meritorio. En términos generales, esos escritores son también los que ofician en la literatura de forma ininterrumpida, los que son profesionalmente literatos a tiempo completo y supeditan a esa actividad todas las demás posibles, incluidas las que tampoco pueden ser consideradas exactamente como una actividad. Cuentan que Hemingway, que basaba su obra en las disputas entre la valentía personal y los peligros de la vida, suspendía de pronto ese contencioso, estuviese donde estuviese, y se ponía a escribir. Claro que para un hombre tan teatralmente realista, ese previo trabajo de campo podía serle de gran provecho. Tengo leído que Roland Barthes vio en una ocasión a André Gide parado en una esquina de París anotando algo en una libreta. Barthes pensó que esa actitud era un ejemplo a seguir y empezó a hacer lo mismo, hasta que un día atravesó una calle sin dejar de escribir y perdió la vida atropellado por un coche. No en vano su mejor libro se titulaba *El grado cero de la escritura.* De modo que tampoco parece muy recomendable esa obstinada dedicación si se es partidario de una normal conservación de la vida.

Viene todo esto a cuento porque a la hora de restablecer los suministros biográficos que se han ido quedando atrás, el único procedimiento obviamente asequible, si no se dispone de algún archivo idóneo, es el que quiera facilitar la memoria. Y hasta es muy posible que, llegado el caso, yo prefiera no recurrir a ninguna consulta o cotejo previo acerca de toda esa amalgama de conjeturas sobre lo que ocurrió o pudo haber ocurrido o ni lo uno ni lo otro. «Lleno estoy de sospechas de verdades / que no me sirven ya para la vida», dijo Manuel Machado, contrarrestando con sentenciosa lucidez una poesía que no me gusta. Es cierto además que a medida que aumenta el tamaño del pasado, decrece la capacidad de retenerlo o, mejor, de cribar sus excedentes y acometer un inventario que sirva al menos para valorar en conjunto unas experiencias vividas. Nunca se puede ser objetivo o mínimamente ecuánime a

este respecto. Ni falta que hace, claro. Lo que importa es el método que se utilice en esa labor de expurgo, aun sabiendo —lo he reiterado más de una vez — que todo el que pretende reconstruir su pasado se engaña sin proponérselo, fracasa de una u otra forma. La evocación, por muy apetecible que sea, siempre se ve interceptada por los trabajos presurosos de la arbitrariedad, de los desgastes vitales, de la negligencia selectiva. Más que de una relación de causa a efecto, se trata de un vínculo —no sé si psicopatológico— entre la desmemoria y lo que acaso no se desea memorizar, entre la pérdida involuntaria de los recuerdos y la consciente elección del olvido.

Pero hay cosas que permanecen inmutables frente a la herrumbre general del tiempo y se van conservando de día en día, sucesivamente instaladas en la fugacidad del presente. Es lo que me ocurre, por ejemplo, con lo que podría llamarse, en términos de burocracia comercial, la plaza mexicana, una experiencia que vino a convertirse con los años en un referente del que irradiaron no pocos rasgos determinantes de una conducta, de una época. Durante mi primer viaje a México no se manifestó aún, sin embargo, el estricto carácter de ritual que fue adquiriendo todo eso en viajes sucesivos. Aquella vez se trataba de una invitación que promovió el gobierno mexicano entre una profusa nómina de compatriotas —a más de algunos franceses e italianos— dedicados a la literatura, el periodismo y similares. Viajamos en un avión expresamente fletado con estos fines y entre los pasajeros sólo faltaban los catalogados en las trastiendas mediáticas de inexistentes. El caso fue que un gallego, Alejandro Finisterre de nombre o apodo, y de profesión administrador único de la memoria de León Felipe, impulsó una magna concentración en homenaje al poeta, muerto en 1968. Este Finisterre era un hombre chocante y maniobrero, inventor del futbolín, que ya es inventar, y ducho en la comercialización —libros y discos— de la obra del «español del éxodo y del llanto», que siempre fue un poeta que leí como a regañadientes y una persona que desde luego me conmovía. El gobierno mexicano, y de modo directo el vidrioso presidente Luis Echeverría, financió el proyecto y dispensó una acogida ciertamente magnánima a los invitados. Nos alojó en un hotel excelente pero inmenso, el Camino Real —donde una ya anciana Ernestina de Champurcín protestaba reiteradamente porque se perdía—, y nos sometió a un programa de agasajos más bien abrumador: banquetes, mariachis, espectáculos en Xochimilco y Teotihuacán, recepciones polifacéticas y, como epílogo, la inauguración de una estatua sedente de León Felipe en una colina del bosque de Chapultepec.

La municipalidad de Veracruz invitó a su vez a un grupo de asistentes a

ese homenaje a visitar la ciudad. Mi relativa situación de disponible o quizá la misma imprecisa novelería del asunto, me instó a apuntarme a la excursión. Formamos una banda de veras heterogénea: Luis Felipe Vivanco, Marcelle Auclair, Aurora de Albornoz, José Miguel Ullán, Ramón Chao y no sé si alguien más, quizá Juan Cruz o César Alonso de los Ríos, que aún no militaba en las filas de los ultramontanos. Seguimos aproximadamente el rumbo inaudito de Cortés, sólo que en sentido contrario y, a medida que nos alejábamos de la capital, se me iban confundiendo las decisiones: ese titubeo incómodo de no saber muy bien si finalmente quería o no quería irme de donde me empezaba a sentir bastante bien aclimatado. Ni siquiera lograba entenderme con los demás a través de la mampara borrosa de la duda. Estaba amaneciendo, y las trampas epicúreas de la noche anterior intensificaban con toda probabilidad el desequilibrio de viajar entre dos luces, mientras notaba en el paladar los pinchos del agave del que procede el tequila. Con las primeras abrumadoras geologías, es decir, con el primer legendario sobresalto del Popocatepetl —el Popo, para los mexicanos—, todo empezó a parecerse a una escapatoria. Y eso me proporcionaba como un nuevo motivo de malestar, aparte de que el atisbo de la toponimia vecina —Cholula, Tlaxcala— vino a añadir a la incertidumbre una especie de variante atávica de la culpabilidad, lo que tampoco parecía ni mucho menos razonable.

Hicimos una parada fugaz en Puebla, que tiene algo de noble y enorme poblachón extremeño transferido a las exuberancias del barroco colonial. Y enriquecido de muchos modos con los primores ornamentales de las artes prehispánicas. Se notaba enseguida que la antigua zona fortificada —la arquitectura militar— había quedado adecuadamente absorbida por una arquitectura civil y un trazado urbanístico que recordaban a los de cualquier eminente ciudad peninsular enclavada en el siglo XVIII. Entrever todo ese empaque provinciano tenía algo de reencuentro en alguna sala familiar con un viejo álbum de litografías. En cualquier caso, una ciudad donde se recuerda en primorosa lápida la muerte del soldado madrigalista Gutierre de Cetina, y donde subsiste la conmoción onomástica de la «Casa del que Mató al Animal», debe esconder por algún sitio un componente quimérico de la vida. No encontré por ninguna parte esa quimera, pero seguro que si me hubiese quedado por allí un día más, habría alcanzado a descubrirla.

Rebasada la meseta, el camino coincidía con cierta noción literaria de la tierra inconmensurable. Entre la bruma lejana se yergue el volcán del Cofre de Perote —que suena a rapiña de truhán español—, mientras cruzábamos con emoción consecutiva eriales sin fin, vegetaciones sin límites, haciendas sin

fronteras, desniveles vertiginosos. Dicen que por ahí trepó la gente de Cortés para enfrentarse al imperio descomunal de los aztecas. Eso dicen, pero no se entiende. El microbús jadeaba subiendo hasta Jalapa, que huele a enchilada y a mazorca y donde apenas nos detuvimos, alguien debió de imponer la odiosa norma turística de la premura. Yo había tenido alguna relación profesional con la universidad jalapeña —veracruzana, quiero decir— y no sé por qué me sorprendió que aquellas calles conservaran un tono popular tan delicadamente integrado en el prestigio universitario. Pensé también que todos los indios con los que me cruzaba habían heredado el orgullo heroico de Cuauhtémoc. Una idea bastante gratuita, supongo, pero después de visitar el magnífico museo arqueológico, no valía la pena distraerse con ninguna otra reflexión. Había allí unas esculturas de divinidades totonecas absolutamente fascinantes.

Empezó a llover cuando bajábamos desde Jalapa al golfo de México. La tibia humedad se iba cambiando en humedad tórrida. Un agua mansa, insonora, barnizaba los frondosos declives del paisaje con toda la gama de los verdes. El chófer era un personaje más bien disparatado, que ya se había distinguido por sus frecuentes alardes de autocontrol: soltó por dos veces el volante para mostrarnos el revólver que llevaba en la guantera. En una ocasión dijo que nunca se sabe y, en otra, aclaró que por si acaso. Pero se conoce que en aquel momento no había motivos de alarma, porque nos condujo con mucha soltura y sin ninguna consulta previa hasta lo que resultó ser una pulquería con trazas de clandestina. El pulque no merecía desde luego ninguna parada a trasmano, aparte de que en su fermentación parecían haber intervenido variadas especies de insectos, de modo que yo preferí un ron de caña bastante aceptable. Creo que fue a esas alturas del viaje cuando descubrí que el chófer tenía un ojo de cristal. Quizá no fuera eso, sino que tenía paralizado su propio ojo, debido sin duda a una excesiva dedicación a la vigilancia de presuntos enemigos, cosa que de ningún modo era una buena noticia si se tenía en cuenta la velocidad con que solíamos entrar en las curvas. Pero la jarra de pulque con mosquitos que acababa de beberse, antes que soliviantarlo, le proporcionó una prudente lucidez. Y se desvió de la ruta prevista para que pudiésemos pasar por Cempoala. Nunca se lo agradeceré bastante.

La visión de Cempoala, o de esos lujosos vestigios del imperio de los totonecas, fue ciertamente un regalo impensable. Ya apenas llovía, y una gasa mojada y caliente flotaba sobre el espacio sagrado, por el que me interné con un fervor ambiguo. A lo mejor hasta me rondó por la cabeza que el cacique gordo de Cempoala fue quien primero se alió con Cortés en la conjura

demente contra Moctezuma. Aunque lo más seguro es que sólo pensara que ése era mi primer encuentro verídico con la arquitectura religiosa precolombina. Había visitado días atrás Teotihuacán, pero el espectáculo incorregible de luz y sonido me escamoteó la luz y el sonido —el Sol y la Serpiente— integrados en esa deslumbrante cultura que empezó a brillar antes que la cristiana. Lo que queda de Cempoala no es esplendoroso, pero puede llegar a serlo. Claro que entre Cortés y Narváez —cada cual por su lado o uno frente a otro— fueron arrasando la ciudad con católica y avarienta pericia. Algo se salvó, no obstante: dentro del recinto amurallado, aún luchan contra la piqueta del tiempo algunas soberbias edificaciones.

Me acuerdo muy bien de la experiencia de subir hasta la cima de la pirámide truncada de un templo. Era relativamente fácil trepar por las gradas del plano inclinado, donde una costra de líquenes parecía retener el efluvio de la sangre seca de los sacrificios. Cuando llegué a la cima y me senté a descansar, tuve la impresión de que el cielo era un toldo oscilante que se me venía encima. Noté un vértigo inverso o algo por el estilo y, aunque no perdí del todo el sentido de la orientación, era como si lo usara al revés. Permanecía aislado en un espacio que tenía alteradas las dimensiones, y ese espacio me otorgaba su complicidad. En cierto modo, sabía que estaba distorsionando un episodio común y, al mismo tiempo, me sentía próximo a una especie de visión irregular de la cosmogonía totoneca. Cuando me sacudí los vértigos —o las marañas psicológicas— y me dispuse a bajar, lo hice del peor modo posible: resbalando por las gradas en posición de decúbito prono y esperando de un momento a otro la caída al abismo o el regreso ilusorio a la cumbre. Todo muy teatral, lo reconozco, pero tampoco tengo por qué disimular ahora mis credulidades. Luego me dijeron que eso era más o menos lo que ocurría cuando se escalaba una pirámide, incluso en casos de abstemia prolongada. No sé si me lo creí del todo, aunque lo que sí saqué en claro es que la imaginación también puede actuar de acuerdo con lo que se ignora. En cualquier caso, pagué gustosamente mi cuota de neófito.

Llegamos a Veracruz a media tarde, aunque —ahora que lo pienso— a lo mejor era la media tarde del día siguiente. Nos habían preparado allí, a cuenta del municipio, un acto de bienvenida. Incluso nos entregaron unos pergaminos donde se decía que habíamos sido ascendidos a visitantes ilustres de la ciudad, cuando realmente no pasábamos de ser curiosos en tránsito. Marcelle Auclair, que publicó precisamente en México su excelente biografía de García Lorca, confirmó su calidad de dama discreta regalándole el pergamino a un indito que la miraba ceremoniosamente. Por lo que a mí respecta, nada me impidió

escapar con la debida premeditación de tan generoso recibimiento, pues uno de los visitantes ilustres, creo que Ullán —quien andaba todo el tiempo manejando la hipótesis de que íbamos a ser secuestrados—, se disponía a perpetrar una pieza oratoria. No llegué a enterarme si su denuedo fue adecuadamente recompensado.

Ya anochecía sobre el mar por donde llegaron las torres flotantes del falso Quetzalcóatl. Las primeras impresiones de Veracruz respondían, incluso con desmesura, a la ilustración de tema marinero-industrial que esperaba ver. Anduve perdiéndome a sabiendas por la zona portuaria y el viejo enclave urbano. Una delicia de paseo que me fue desentumeciendo no pocas evocaciones librescas. De modo que por aquí fundó Cortés la Villa Rica de la Vera Cruz, que fue —como su nombre indica— la primera factoría del oro y de la única fe verdadera. La historia y la noche se juntaban por las calles en secuencias difusas: trapicheos sanguinarios de la invasión, rutas comerciales del virreinato, incursiones de piratas, luchas independentistas y, además, todo ese ovillo temático del cine y la novela de aventuras enredándose en cualquier esquina. Tal vez lo que más me sedujo entonces fue el tono, el aliento de Veracruz, que remitía de muchas maneras al aliento y al tono de Cádiz. Esa fragancia a bajamar, a especias, a despacho de consignatario, a caoba untada de salitre, y esa coloración entre amarillenta y atabacada, entre el albero y la calamocha, de las fachadas y zaguanes, suponían algo más que una coincidencia ultramarina, incluyendo la silueta adusta del fuerte de San Juan de Ulúa superpuesta a la del castillo gaditano de Santa Catalina. Pero el hecho de que decidiera quedarme en Veracruz el mayor tiempo posible, no dependió de eso, claro. O no dependió sólo de eso. Tampoco recuerdo que obedeciera a otra cosa que al reclamo de la terraza de un café, donde estuve viendo pasar decentemente la vida, interesándome por las destilerías locales y observando el flujo y reflujo ciudadano. Oía un son remoto de huapango o tal vez era el viento en los tamarindos. No había pasado nada en todo ese tiempo. O sí, algo había pasado: el poderoso hechizo del Caribe, la no siempre reconocible fascinación de lo real maravilloso.

Volví a Ciudad de México con un raro agotamiento de peregrino, como si hubiese estado andando a saber por qué imaginario territorio de volcanes y hubiese acabado exhausto. O acaso lo que me rindió fue subir otra vez hasta los 2.240 metros de la capital, levantada además sobre el desecado lago de Texcoco, lo que también fatiga mucho. Creo que dormí un día entero con su noche y que me desperté más cansado de lo que ya estaba. Pero aún tuve fuerzas para perderme por esa ciudad desmesurada, intrincada, inacabable, esa

formación acumulativa de ciudades con sus casi veinticinco millones de habitantes en el distrito federal, la mayor aglomeración humana del mundo. Por supuesto que no conocí toda esa inmensa extensión urbanizada o a punto de estarlo, sino los distritos más transitables: el Zócalo y alrededores, las grandes avenidas radiales, el bosque de Chapultepec, la Zona Rosa, que es más bien gris, algún barrio colonial como San Ángel —en el que vivían el filósofo catalán Ramón Xirau y la bellísima Marta Hoyos— o El Pedregal, donde tenía García Márquez una casa espléndida. Lo demás se adentra por un hormiguero de sensaciones mitad excepcionales mitad subalternas.

Decía que aquélla fue la primera de otras subsecuentes visitas a México que conformaron sin duda ese llamativo ritual viajero a que me he referido. A cuenta de la Universidad Autónoma y de algún que otro organismo cultural, coincidimos en México al menos en tres ocasiones un concreto —aunque no invariable— grupo de amigos: Ángel González, Luis Rius, Bryce Echenique, Carlos Barral, Armas Marcelo, Sánchez Dragó, José Agustín Goytisolo, José Esteban, Vaz de Soto y mujeres varias, propias y ajenas. No diré que ingresáramos en un estado de relajo permanente, pero tampoco faltó mucho para que eso ocurriera. Fueron noches inacabables, mañanitas desvalijadas tras haber conseguido sortear los arrecifes de la disipación, resacas de doble filo, internamientos no en clínicas sino en aulas donde perorábamos sobre las dudosas controversias entre la literatura y la política, no sin que algún conmovedor exiliado aportara sus correspondientes fervores críticos.

El centro gravitatorio de nuestras andanzas mexicanas era sin duda la casa del ovetense Paco Ignacio Taibo, a la que ya me he referido en otro momento. Amigo de la infancia de Ángel González y Manolo Lombardero, Taibo ocupaba algún cargo relevante en la industria televisiva y llevaba allí el suficiente número de años como para tener pinta de mestizo de azteca y astur. Un hijo suyo del mismo nombre y también escritor, pero de novelas negras, aún no se había dado a conocer, pero ya empezaba a tener ideas brillantes. La casa de Taibo era lo más parecido que había al protoconsulado de la cultura hispánica. Cada vez que estuve allí había gente reunida y una mesa dispuesta para ocho o nueve comensales, algo que se extendía a veces, ya con cama incluida, a otra hermosa casa colonial que tenían los Taibo en Cuernavaca, a unos pocos kilómetros al sur de la capital. Nunca entendí el organigrama doméstico de aquella asamblea permanente de amigos, amigos de amigos y viajeros más o menos relacionados con esos amigos. Allí me encontré —ya lo dije— con viejos colegas y conocí a otros. Conocí, por ejemplo, a Carlos Fuentes, Joaquín Mortiz, José Emilio Pacheco, Salvador Elizondo, Jaime Sabines, Luis Alcoriza, Alberto Gironella..., y reencontré a Octavio Paz, García Márquez, Buñuel, Tomás Segovia, Marta Hoyos, Santiago Genovés... ¿Por qué creo distinguir siempre, entre la abigarrada profusión de huéspedes de Taibo, al actor norteamericano Steve McQueen? Seguramente incurro en algún desliz diacrónico, pero sé que coincidí con él una noche borrascosa y que alguien me dijo que andaba buscando imposibles remedios de brujería contra el extraño mal que había empezado a matarlo, un cáncer de pleura llamado mesotelioma y causado al parecer por la inhalación de amianto, algo que el actor no había hecho en su vida. Pero ¿cuándo, dónde, por qué me enteré de todo eso?

Un ejecutivo de la Universidad Autónoma, Romualdo Medina, que trabajaba con Arturo Azuela, entonces secretario académico, se ofreció o fue comisionado para servirnos de guía por la espesura nocturna de la ciudad, muy deficientemente explorada por cuenta propia. Algunos, entre ellos Juancho Armas, José Agustín Goytisolo, Pepe Esteban y yo, nos apuntamos a ese programa. Anduvimos así recorriendo lugares de muy varia condición, sin que en ningún momento el comisionado Romualdo se olvidara de animarnos al consumo de pulque, una bebida que, según él, «levantaba la moraleja en el aspecto muchachero» y cuyas ventajas sustituí yo bien pronto por otros tragos más consabidos. Visitamos bares turísticos por la plaza de Garibaldi, cada uno con su mariachi incorporado, locales de medio pelo por la Zona Rosa y enclaves prostibularios más bien repelentes, todo ello sin que el tal Romualdo

dejara de comportarse como un infalible husmeador de los más tipificados factores de riesgo de la ciudad.

Pero la palma se la llevó en este sentido un burdel de veras espantoso, una siniestra guarida enclavada en un laberinto de callejas no lejos del Zócalo. Nunca pude entender por qué extrañas disfunciones de la razón nos condujo el comisionado Romualdo a un antro como aquél. ¿Lo hizo para probar nuestra resistencia a los peligros del inframundo mexicano o porque realmente le parecía una curiosa atracción turística? No lo sé, pero en cualquier caso fue un auténtico remedo de alguno de los círculos dantescos escalonados tras las murallas de Dite. Recuerdo un zaguán oblongo, con la solería desencajada, unos muros salpicados de desconchones grasientos y unas sillas viejas arrimadas a la pared. Al fondo se abría un pasillo en penumbra a cuyos lados aparecían sendas hileras de habitáculos cubiertos con tiras de costal. Una espesa fetidez a aguas corruptas y a frutas agrias interceptaba prácticamente la respiración. Tres o cuatro mujeres inmundas observaban con ostensible recelo a unos visitantes que no parecían responder al modelo de la clientela habitual. Una de ellas se acercó a José Agustín y lo invitó a beber de una botella que sacó de las interioridades de la saya. Y en eso descubrí a través de una de las harapientas cortinas de arpillera a un hombre tendido sobre un petate, una cara lívida y un cuerpo como hinchado, con una vela encendida y pegada al suelo a un lado del camastro. Otro hombre, sentado en una banqueta, parecía velar lo que probablemente era un cadáver, alguien a quien a lo mejor lo cubrió la negra cobija de la muerte en mitad de la fornicación. Si a alguno de nosotros lo turbaban entonces las demasías etílicas, recuperó al punto el instinto de conservación tras agotar la capacidad de resistencia. Cuando finalmente escapamos, hasta la fealdad de las calles aledañas al burdel supusieron un alivio impagable.

Por allí pasaría entonces como tantas otras veces la sombra dramática de Malcolm Lowry, los trayectos errabundos del cónsul británico o del pobre Wilderness acosados por el infortunio, rastreando por las cantinas los venenos penúltimos de la noche, internándose por los pasadizos infernales del alcohol, la soledad y lo desconocido. «Nada teme más el hombre que ser tocado por lo desconocido», escribió Elias Canetti. Pero ese temor también tenía para el cónsul o para Wilderness, o para cualquier ocasional compinche del infierno, el valor de una apetecible vecindad con la autodestrucción. ¿En qué estadio de decrepitud anímica se encontraría Malcolm Lowry cuando fue expulsado de México y continuó peregrinando en compañía de sus propios demonios, hasta que el alcoholismo terminó devorándolo? Evocar su figura equivalía a

vislumbrar la irremisible metáfora mexicana de la muerte, o del ángel de la muerte, ese enigma antiguo que tampoco alcanzó a descifrar D. H. Lawrence, aquel otro explorador británico por las catacumbas vitales del país, enfrascado en la muy literaria y desde luego artificiosa búsqueda de un paraíso en estado salvaje. Leí entonces los textos suyos que seleccionó y prologó Enmanuel Carballo con mucho tino (Diógenes, 1970) y me pareció que Lawrence ponía el dedo en la llaga a la vez que se aventuraba por una noción de la realidad casi siempre equívoca.

A propósito de todas esas aproximaciones a los preámbulos de la mitología mexicana, viví una experiencia memorable uno de aquellos días. Estábamos en un bar de la Zona Rosa tratando de conversar más o menos plácidamente mientras dos músicos uniformados de charros evolucionaban entre las mesas tocando la guitarra y cantando rancheras. Creo que Ángel González y Luis Rius pretendieron unirse a los músicos, cosa muy de su agrado, o acaso alguno de los reunidos empezó a cantar por su cuenta con palmaria desconsideración. El caso fue que yo me levanté sin ningún motivo preciso, quizá para desentenderme de lo que ocurría o para tomar un poco el aire. Y fue entonces cuando pienso que oí un insólito fragmento de conversación:

—¿Y usted a qué se dedica? —le preguntaba un parroquiano a otro.

—Yo, señor, me dedico a secuestros —respondía el otro.

¿Oí eso o me lo imaginé o me acordaba de haberlo leído o haberlo escuchado relatar? Da igual, el caso fue que al ir hacia donde me dijeron que estaba el retrete, al final de un pasillo penumbroso y forrado de una raída moqueta verdosa, alguien se me acercó por detrás y me colocó el cañón de un revólver en el cuello, o eso me pareció. El secuestro, me dije horrorizado. Nadie que no haya vivido ese lance puede entender lo que digo. He visto en el cine multitud de escenas parecidas, pero todas contienen una falsedad manifiesta: no suelen ser veraces las reacciones de las personas a quienes encañona el malo de la película. Nunca olvidaré la temperatura incomprensible del arma, la presión metálica en la carne y ese espasmo doloroso trepándome por el vientre arriba. Ni veía la cara del portador del revólver ni sabía si aquello era realmente un secuestro, un atraco, una agresión fortuita o una venganza demencial. Supongo que mi único pensamiento posible estaba en blanco. El del revólver me hizo señas para que siguiera hasta el fondo del pasillo, donde se abría la puerta de doble giro del retrete. Y así lo hice, claro, mientras me cegaba el angustioso émbolo del vientre y medio

barruntaba que iba acercándome a un sitio terrorífico. Empujé la puerta y una franja de luz traspasó oblicuamente la penumbra. El del revólver se colocó entonces ante mí sin dejar de apuntarme, se me quedó mirando con el ceño arrugado, compuso un áspero gesto de sorpresa y dijo algo que no entendí, pero que me sonó a que se había equivocado de hombre. Luego se fue sin más y me dejó allí sumido en una de esas crisis de espanto, desvalimiento y humillación que se sufren a lo sumo una o dos veces en la vida. Nunca supe qué incongruentes líneas de la fatalidad se habían cruzado en aquel preciso momento. Medio comprendí de todos modos que, efectivamente, la vida no vale nada.

No puedo acordarme dónde y en qué ocasión conocí a Juan Rulfo, porque no lo asocio a los cónclaves en casa de Taibo. Tal vez fui a visitarlo con Ángel González o con Juancho Armas al Instituto Indigenista —¿o Antropológico?—, que es donde creo que trabajaba entonces. Me atraía mucho ese hombre introvertido y de aire modesto, bebedor sin tapujos, algo tristón y algo mordaz a partes desiguales, cuyos abundantes prestigios dependían de tan escasa obra. Siempre pensé que su ejemplo sintetizaba todo un tratado didáctico a propósito de la aceptación mayoritaria de la literatura. Rulfo tenía la sucinta amabilidad de los tímidos y repetía que había dejado de escribir porque no tenía tiempo, ya que se dedicaba enteramente a la antropología cultural o a la fotografía, según. En otra ocasión lo oí decir que, una vez muerta la persona que le contaba las historias, se había quedado medio a la deriva. Tampoco se podía descartar que padeciera de incurable holganza o que no le interesase en absoluto seguir escribiendo, que era en cualquier caso lo más comprensible. *Pedro Páramo* es un libro fascinante, afianzado paradójicamente por su misma brumosidad y su entrevero compositivo. Y eso es lo sorprendente: la impresión de solidez que proporciona la fragilidad interna de la novela. El único discurso cierto es el de la paulatina pérdida de la razón de la mujer del hacendado Pedro Páramo, esa Susana San Juan a quien persigue hasta el delirio el recuerdo martirizante de su anterior marido muerto. Por ahí se filtra la trascendencia poética de lo cotidiano, las erratas sensoriales de una realidad acosada por los fantasmas de la muerte, la locura y el desamparo. Y ahí está la prosa, incluidos sus copiosos trámites coloquiales, pertrechada de una sutil pericia imaginativa; ahí empieza y termina el magisterio narrativo de Rulfo. Tampoco hacía falta más, pero últimamente han querido prolongar esa obra escueta, rigurosa —casual, iba a decir—, con unas páginas a todas luces prescindibles. ¿A santo de qué airear esas cartas de Rulfo a Clara Aparicio, su novia de entonces, recogidas con el título de *Aire en las colinas*? La elemental intimidad de esos pueriles recursos afectivos, esa feble prosa de enamorado

que le dedica ternezas a su enamorada, no favorecen sino que antes perturban la eminente poética mexicana de la vida —y la muerte— que comparece en *Pedro Páramo* y en algún relato de *El llano en llamas*.

Se me viene ahora a la memoria que otra de aquellas noches, mientras estábamos reunidos en el bar del hotel, ocurrió algo hasta cierto punto divertido o, al menos, algo que aquellos contertulios consideraron adecuadamente jocoso. Yo había bebido un respetable número de margaritas —esa mezcla algo alevosa de tequila, cointreau, zumo de limón verde y sal— y empezaba a escuchar en derredor un confuso guirigay de voces y risotadas, incrementado por los alborotos producidos en otras mesas. Como dispongo de una muy útil capacidad mental para ausentarme de los sitios en que me siento incómodo o aburrido, supongo que andaría entonces vagando por algún limbo oportuno cuando se oyó por la megafonía del hotel el siguiente escueto aviso: «Margarita Caballero, acuda al teléfono.» A juzgar por mi reacción, debió de activarse en algún recodo del entendimiento un súbito cruce onomástico entre la bebida y mi apellido, pues me levanté con un riguroso automatismo y me dirigí hacia el teléfono sin ningún titubeo, si bien me detuve a mitad de camino preguntándome que adónde carajo se suponía que iba. No es que el incidente tenga mucha gracia, pero más de uno de los que conmigo estaban —Juan Cruz, sobre todo— gustan de contarlo con el decidido propósito de arruinar mi reputación. Es lo que también trató de hacer Barral en *Cuando las horas veloces*, donde afirma que, al hilo de una vertiginosa resaca, yo le mandé a mi mujer un telegrama con el siguiente texto: «Pepa, Pepe pupa.» Falso. Mis ocurrencias tampoco son ni tan lerdas ni tan abundantes como para dilapidarlas con esas bromitas de párvulo, eso se lo dejo a los que usan las aliteraciones y paranomasias como base estilística.

Durante el último de esos viajes mexicanos, en una sobremesa en que se preparaba una excursión a la Baja California —primero en avión a Tijuana y luego por carretera hasta las playas de Camalú—, tuve de pronto la certeza de que algún remanente de mis viejos hábitos de hipocondríaco se me empezaba a manifestar de modo agobiante. Exploré el ritmo de mi respiración, una punzada repentina en el pecho, un amago de distonías neurovegetativas, la cefalea centrípeta del hipertenso, y llegué a la conclusión de que tenía que regresar de inmediato a Madrid, ya que estaba a punto de enfermar gravemente sin que nadie de los míos pudiera reconfortarme. No dormí aquella noche ni pude soportar la inhóspita habitación del hotel sin algún esfuerzo mayúsculo. Salí a la calle no más comenzó a clarear, sumido en un estado de abatimiento severo y, aun sin que se me llegaran a alterar los

circuitos neuronales, o eso pensé de modo gratuito, sabía que la depresión iba a impedirme sopesar ecuánimemente mis decisiones. Fui a toda prisa a las oficinas de la compañía aérea y cambié mi pasaje por otro para el primer vuelo con destino a Madrid, cosa que pude efectuar aquella misma tarde.

Contra toda presunción, el viaje me sirvió un poco de terapia antidepresiva. Tanto es así, que no más llegar a Barajas, lo primero que hice fue preguntarme que debido a qué atrabiliarias razones había optado por aquel despropósito de escaparme de México cuando más ofertas de diversiones había, incluida una excursión adicional, suscitada a última hora, a San Francisco o, más concretamente, a Berkeley. Aún no sé qué me pasó. Tal vez sentí entonces por primera vez una especie de repudio viajero que no me ha abandonado desde entonces y que ha acabado obligándome a renunciar a casi todos los desplazamientos en avión fuera de España. El hecho de alojarme en un hotel, la extrañeza de la habitación, la dificultad de un empleo razonable del tiempo, me obstaculizan seriamente la aceptación de esas usuales giras propias del que se dedica a escribir. Supongo que semejante fobia debe de tener algún nombre preciso en psiquiatría, aunque lo más seguro es que se trate de un simple capricho innominado. Además, con los años, he llegado a la conclusión de que el que viaja mucho acaba pareciéndose a un fugitivo de la justicia. Yo, al menos, siempre me he sentido vigilado, sobre todo porque lo más común entonces era confundir a un policía con un enemigo. De modo que para no exponerme al sinvivir del presunto culpable, tiendo a desdeñar la idea clásica de que el hombre es por naturaleza un nómada, cuando lo más sensato es admitir que el sedentarismo viene a ser como la predicción de la beatitud. Conozco a alguien que incluso se instala a veces en la sala de espera de una estación abandonada, sólo para comprobar que no va a emprender nunca el viaje que ese escenario sugiere, o sea, que pierde los trenes que ya no pasan por allí. No es mala idea.

Poco antes de volver a Madrid, justo en abril de 1974, triunfó en Portugal la llamada «revolución de los claveles» —coordinada luego por la izquierda— que acabó con la aparentemente inacabable dictadura. Una súbita y aleccionadora señal de vitalidad, una cierta vergüenza comparativa ante los arraigos sociales y militares del franquismo, se instaló en las antesalas de todos los negociados españoles de la clandestinidad. De improviso, Portugal estaba ahí mismo, próximo y modélico, libre de la larga y falaz autocracia de Oliveira Salazar, adlátere de Franco, tirano vitalicio, o de su heredero Marcelo Caetano. Las armas abyectas de la PIDE —la policía política— quedaron inutilizadas con los claveles asomando por los cañones de los fusiles. Llegaba

desde la frontera el clamor de aquella canción de José Afonso —*Grándola, vila morena*— que sirvió de contraseña a los insurgentes. La dignidad contagiosa de la lucha triunfante contra el fascismo produjo entre nosotros una reacción en cadena. ¿Cómo no establecer alguna correlación desazonante entre esa avanzada irreductible del pueblo portugués y los estancamientos que aún padecíamos por aquí, entre la extinción del salazarismo y la perpetuación de un franquismo que resurgía sin tregua de sus propios despojos?

En lo primero que pensé fue en ir a Portugal a comprobar todo eso, cosa que hice en dos ocasiones consecutivas: la primera, vía Badajoz, hasta Elvas y Estremoz y la otra, vía Ciudad-Rodrigo hasta Coimbra. Eso me bastó. El tono, el ritmo de la vida habían cambiado sustancialmente. De pronto, el país estrenaba una felicidad ignota y se abría con todos los pronunciamientos a su favor al horizonte múltiple de las libertades. Ver desplegadas en cualquier rincón provinciano las enseñas del comunismo y el socialismo, descubrir en los escaparates de las librerías títulos poco antes impensables y nunca expuestos al público en España, venía a ser como la representación a escala municipal de una nueva fase de la realidad histórica de nuestros tantas veces ninguneados vecinos. Algo que interpretaron muy bien Luis Carandell y Eduardo Barrenechea en *Portugal, sí*, un libro que publicó ese mismo año la editorial Cuadernos para el Diálogo —dirigida sagazmente, a la vez que la revista, por Pedro Altares— y que hizo las veces de guía infalible para internarse por la nueva vida portuguesa.

Todo eso coincidió, como para contrarrestar los entusiasmos habidos en este lado de la Península, con un intenso período de vetos colectivos y privados. Tras la prolongada vileza de aquellas listas ministeriales de escritores merecedores del ostracismo, se hicieron incluso más patentes en algún momento las prohibiciones de actos culturales por orden gubernativa. Como en tantos otros casos, la censura llegó a tachar mi nombre —conservo algunas pruebas— hasta en textos que nada tenían que ver ni con la política ni con la moral ni con la religión. Intentaban decretar el olvido o anestesiar los focos pensantes de nuestra cultura y ni los más discutibles posibilismos —que los había— sirvieron para burlar o socavar esas indignidades. Pero lo más peregrino fue la racha de actuaciones ya concertadas y luego vetadas a última hora por la policía. Que yo recuerde, eso me ocurrió sucesivamente en Madrid, en Granada y en Sevilla, pero sobre todo en Canarias. No deja de ser curiosa esa localización insular de la virulencia censoria. A lo mejor algún inspector de la Brigada político-social de Las Palmas, más que de Santa Cruz de Tenerife, me tenía ojeriza por alguna razón ignorada, o acaso me confundía

con un saboteador en potencia. Se daba pues la anómala circunstancia de que, en tres ocasiones al menos, cuando me disponía a intervenir en alguna sucursal de la cultura grancanaria, llegaba la orden de prohibición. De modo que esas visitas cambiaban sistemáticamente de sentido y se reducían a un genuino viaje de placer. Dos o tres días de asueto en una isla canaria tampoco era mal programa.

Lo del placer tiene aquí una expresa significación. Las invitaciones a título de conferenciante para ir a Las Palmas o Santa Cruz de Tenerife me llegaron por su orden sucesivo a través de Domingo Pérez Minik, Juancho Armas Marcelo, Juan Cruz o Guillermo García Alcalde. Pero es a las relacionadas con Armas Marcelo a las que ahora quiero referirme porque, aparte de ser las más sonadas, fueron también las que en ningún caso pudieron cumplir el cometido a que me obligaban tales invitaciones. Tengo muy presente sobre todo que, en una de esas vacaciones forzosas, Armas Marcelo, que ya gozaba de unos ímpetus socioculturales tipo furia española, me presentó un día a un amigo suyo, Porfirio Artiles, que resultó ser un acabado personaje de novela, incluso demasiado novelesco para ser un buen personaje de novela. Era desde luego un ciudadano muy influyente en la órbita de las finanzas insulares, amén de químico farmacéutico y negociante por libre. No he conocido nunca a nadie de más pródigo natural, más amigo de parrandas y más dispuesto a agotar las posibilidades licenciosas de la noche. Intentar emularlo en esos trances era absolutamente infructuoso, de modo que lo más prudente era poner cara de godo y dejarse llevar, a ver qué pasaba. Porfirio disponía de coche de lujo, barco, picadero en Arinaga, ayudante de campo para actividades diversas y estaba dotado de una especie de necesidad enfebrecida de gastar más que el que más gastaba en la película del sultán derrochador.

Una noche, ya tarde, recalamos en una afamada casa de putas del puerto. Aparte de Juancho y Porfirio, componían la expedición el presunto secretario de este último, Joserromán, un pintor gomero de mucho encanto y risa pronta, y —por algún imprevisto rebote— el crítico Dámaso Santos, que también andaba por allí de conferenciante con vía libre y a quien le descubrí entonces un talante de magnífica calidad humana. No más entrar, Porfirio se quitó la chaqueta y los zapatos y un criado amujerado lo proveyó al punto de batín y babuchas. A renglón seguido, Porfirio mandó desalojar el burdel de visitantes ocasionales y cerrarlo para nuestro uso exclusivo. La madama, una mujerona de mediana edad y ojos de lobezna, se apresuró a cumplir sin rechistar esas órdenes tan desacostumbradas. No sé qué diría o haría, pero a poco se oyó como un bullicio de ropas y muelles y se vio por el pasillo un trasiego de

clientes a medio vestir dirigiéndose apresuradamente hacia la salida. Luego se procedió a trasladar desde un coche las viandas y botellas ya acopiadas a tales efectos. El secretario de Porfirio aportó las yerbas de rigor, extraídas probablemente de un saco rebosante que vi un día en el picadero de Arinaga. Las putas, en número de cinco o seis, se congregaron en una sala alrededor de dos grandes mesas, y ahí comenzó un festejo que duró hasta media mañana del día siguiente. Tengo ahora la impresión de que estoy refiriéndome a las peripecias de una juventud que ya entonces había dejado de serlo. Como recordaba don Quijote, en los nidos de antaño no hay pájaros hogaño.

Cada vez que regresaba a Madrid después de esos o parecidos devaneos, solía imponerme una severa convalecencia, no ya porque mi salud necesitara de una cierta recuperación sino porque también parecían exigírmelo mis averías morales. Evitaba las salidas de imprevisible duración y en según qué compañías y me dedicaba por largo a la sosegada musicalidad doméstica y a alguna que otra cena apacible fuera de casa. No es que ese tratamiento se repitiera a menudo, claro, y si lo traigo a colación es porque dependía directamente de las peculiaridades de los viajes de largo recorrido y prolongada nocturnidad, como eran los canarios. En muchos otros casos, ni ocurría ni tenía por qué ocurrir nada de eso. Leía bastante durante esas automedicaciones, estimulado quizá por una vaga inclinación a secundar la quizá demasiado enfática afirmación de Borges, quien venía a decir que mientras otros se jactaban de las páginas que habían escrito, él se enorgullecía de las que había leído. Sin llegar desde luego a un juicio en el que tampoco debía de creer Borges, sí me ejercitaba muy en serio en elegir lecturas de más que probable remuneración y en volver a releer lo que me había deparado alguna experiencia placentera. Retorné con creciente gusto a Faulkner y a Kafka, pero no a Proust ni a Joyce, por citar a las cuatro cumbres novelísticas del siglo XX.

A quien de veras redescubrí entonces fue a Camus. Siempre lo había leído con agrado, pero no todas las veces con la misma adhesión. Es lo que suele ocurrir con escritores que se han pasado la vida combatiendo en las barricadas de su acuciante noción de la solidaridad. Enfrentado a los más turbulentos andamiajes de un mundo medio destrozado, Camus prefirió la estrategia del jugador solitario al silencio de los tramposos. De militante de la resistencia contra toda clase de esclavitudes, pasó a combatir desde su propio reducto de francotirador. Sobrellevó de manera encomiable la condena de ocupar unos espacios ideológicos de los que iba a ser consecutivamente desalojado. El desenlace no fue la liberación, sino la redundancia simbólica del castigo de

Sísifo. De ahí surgió ese testarudo moralismo que, después de curtirse en los infortunios de la vida, terminó por buscar parangones con la dignidad de la muerte. Una utópica frontera, una situación límite donde hasta el suicidio podía tener la validez de un antídoto contra el absurdo. Denostado por la derecha, zaherido por la izquierda, Camus pactó con Camus y se impuso sus privadas ordenanzas para poder seguir siendo ese inflexible fustigador de todo cuanto llevara implícito el germen del oprobio. En el volcán latente de la guerra fría, sus intrépidas denuncias de las sevicias del nazismo o el franquismo, pero también de las asechanzas del comunismo, eran lo más parecido que había a una provocación de doble filo. Asoció su condición de *témoin de la liberté* a una ética personal que propugnaba el desmantelamiento de la sinrazón para poder reconstruir una razón de obstinadas hipótesis salvadoras. Y se dispuso a desenmascarar a quienes se negaban a defender la inteligencia como única causa impulsora del soberano decoro de ser libre. Una honestidad tan sin fisuras cumplía así en cierto modo el enojoso papel de acentuar las culpas de los otros. Y eso tampoco se lo iban a perdonar.

Ni que decir tiene que en las confrontaciones entre Camus y Sartre, yo acabé inclinándome sin la menor indecisión por el autor de *El hombre rebelde.* Recuerdo que ya por entonces comenzaba a aflorar, aunque todavía de modo cohibido y disperso, una cierta inclinación a poner en tela de juicio ciertas posturas de Sartre, referidas más que nada a lo que Bernard-Henri Lévy trataría de dilucidar años después: la aseveración de que el autor de *El ser y la nada* podía ser a la vez «un hombre de libertad y un totalitario». Al margen de la vigencia de algunos aspectos filosóficos postexistencialistas, todo lo que Sartre defendió en la órbita del materialismo dialéctico se quedó incorregiblemente trasnochado. También empezaba yo a convencerme de que esa nueva versión circunstancial del racionalismo aplicada al *engagement*, se había ido desgastando de mala manera con el uso. La tesis de que poner el dedo en la llaga era una dignificación moral y guardar silencio una perfidia estaba siendo parcialmente debatida por los propios virajes críticos de la historia. El concepto del compromiso podía no figurar ya entre las asignaturas de los cursos de formación acelerada de la literatura. Se me ocurre un ejemplo entre muchos: Sartre consideraba a Flaubert y a Goncourt responsables subsidiarios de la represión que siguió a la Comuna de París porque no escribieron una sola palabra para impedirla. ¿Quién podía condescender con tan grave y descabellada acusación? La dicotomía entre la actividad pública de un escritor y su privada labor literaria, entre sus hechos y sus obras, ya estaba haciéndose sitio en los espacios más saludables de la historia social de nuestra literatura. Pero habría que pensar que Sartre, que acabó renegando

hasta de su filosófica razón de ser, aún no quería dimitir del dogmatismo intelectual adosado a su papel de líder. El *paradigme perdu* de que hablaba Edgar Morin.

Me parece que también fue por esos días cuando acabé de escribir un libro que tenía atascado hacía años y que tampoco me urgía mucho dar por concluido. Me refiero a *Luces y sombras del flamenco*, que es en realidad un texto sin demasiadas pretensiones, más bien un compendio, un manual sobre las encrucijadas artísticas y la historia social del cante jondo. La verdad es que no creo que aporte nada nuevo, ni era ése mi propósito, aunque tal vez puedan rastrearse por ahí algunas pistas culturales aprovechables. Es simplemente una guía útil y, eso sí, bien trabada documentalmente y supongo que inmunizada contra la ínfima literatura producida en esos arrabales temáticos. El libro iba acompañado de unas magníficas fotos de Colita, a quien había conocido años atrás en Barcelona a través de Paco Rebés y que fue propiamente quien me animó a terminar el texto. También me influyeron un poco los buenos oficios de Esther Tusquets, que tenía ya prevista una edición en Lumen que resultó, efectivamente, muy vistosa. Pienso que el libro aún sirve, al menos, para contrarrestar la tantas veces saqueada dignidad del flamenco a cargo de falsos ídolos, modas ramplonas y supercherías de ocasión. Por supuesto que no estoy apelando a ningún purismo de ropavejero o a un inane apego a la tradición, sino a una simple cuestión de gusto o de justa tasación de herencias culturales.

Mientras ocurría todo eso, amplié de modo improvisado el radio de acción de mis formaciones y reformaciones dentro de ese horizonte político que con tan contrarias aristas circunvalaban el paisaje español. Yo ya me había planteado vagamente hacía tiempo, y por algún motivo se me reactivó entonces, una reflexión crítica que empezaba a generalizarse: la de los lastres del dogmatismo o el rígido acatamiento, por no decir el voto de obediencia, que parecía demandar a sus cofrades el único partido que seguía actuando con un mínimo provecho contra la dictadura. La expulsión años atrás de Jorge Semprún y Fernando Claudín, dos de los dirigentes más reconocidos del PCE, debido a sus propuestas de actualización o revisión de la estrategia antifranquista, suscitó sin duda un primer atisbo de incomodidad cuando no de disensión por parte de muchos viejos y nuevos militantes. Como decían Nicolás Sartorius y Javier Alfaya en *La memoria insumisa*, ninguna cabeza visible del PCE fue capaz de librarse de «la absurda tesis de que un partido se fortalece purgándose y eliminando a los elementos díscolos» y —añado yo— a los tildados de desviacionistas. Algunos inteligentes amigos míos, adscritos al comunismo por fundamento ideológico y acaso por eliminación de ofertas

morales, fueron alejándose o desentendiéndose cada vez más del partido, admitiendo a la larga el fracaso de su mecánica interna y del «socialismo real». Ya he reiterado que yo nunca fui miembro del PCE, pero tampoco había dejado de creer en su eficacia operativa y de cooperar por tanto en ciertas movilizaciones en la universidad, pero alguna cuña de incertidumbre empezó a alojarse casi imperceptiblemente en mis convicciones últimas.

Ocurrió algo en este sentido que me sacudió de modo notable y con unos efectos ya irreversibles. Fue el atentado de la calle Correo, en una cafetería situada frente a un lateral de la Dirección General de Seguridad, un episodio brutal y de muy confusas raigambres terroristas en el que murieron varias personas y que dio lugar a una larga serie de perplejidades y repudios. Tres mujeres —Eva Forest, casada con Alfonso Sastre, la escritora Lidia Falcón y la actriz María Paz Ballesteros— fueron detenidas por su presunta complicidad en aquel desaguisado. ¿Qué estaba pasando? La versión de los hechos, según distintas fuentes, nunca llegó a resultarme ni comprensible ni perdonable. Y ahí se inició una nueva y grave confrontación moral que acabó proporcionándome muy contradictorias reacciones. Si el atentado que acabó con Carrero Blanco —preparado y ejecutado con precisión impecable— tuvo un neto sentido político, la atroz explosión de la calle Correo no obedecía más que a una gratuita y asesina maniobra, debida —según se dijo— a la facción militar de ETA. Todo comenzó a parecerme particularmente inconexo y todo fue reconducido por la prensa oficial de tal forma que venía a desacreditar en conjunto la actividad antifranquista. No había matizaciones ni distingos: la oposición en bloque recurría a métodos sanguinarios.

Hablé mucho de todo eso con amigos y conocidos que me merecían alguna confianza política. Pero continué sin sacar nada en claro y sin entender cómo era posible que unas personas teóricamente civilizadas hubiesen podido intervenir en semejante atrocidad. No sé si a raíz de ese encontronazo con la realidad inmediata o por pura inercia organizativa, se pusieron entonces en marcha o se intentaron refundar nuevos frentes clandestinos contra la dictadura, como aquellas Comisiones Cívicas con las que no tuve mayor conexión, pero en las que se juntaron ciertos relevantes luchadores izquierdistas y algún que otro miembro del PC, como Pedro Caba, Julián Ariza, Daniel Lacalle, Juan Trías, Andrés Sorel, los curas Ángel Sopeña y Mariano Gamo... Me parece que fue en alguna de esas juntas provisionales de tan precaria efectividad donde me reencontré con Julio Vélez, un chico sevillano de actividades furtivas que terminó en filólogo y en militante del Partido del Trabajo.

Este Julio Vélez me presentó un día a otro militante del PT, un tal Adolfo Vicedo, gallego a rajatabla y estudiante perpetuo de derecho, que decía ser sobrino de Elena Quiroga —una mediocre novelista de la primera hornada posbélica—, a la que solía zaherir con maldades de mucho descaro. Al parecer, Adolfo Vicedo estaba perseguido por la policía en razón de sus muchas implicaciones en la organización de huelgas y en no sé qué agresiones por parte de un piquete coactivo. Lo primero era de lo más previsible, pero lo de las agresiones tenía que ser falso, y así lo aseguraba Vicedo, quien amén de loco inofensivo, era persona de congénita inclinación pacifista. En vista de que apenas podía andar tranquilo por la calle, se había agenciado unos cuantos disfraces, entre ellos uno de cura y otro de paracaidista, de los que se valía a discreción y con temeridad más bien suicida. El de cura le sentaba divinamente y era el que más usaba, pero lo malo fue que un día salió de su casa de esa guisa y se encontró en un autobús con otro cura, lo cual creó una situación sumamente embarazosa, ya que el cura verdadero quiso confraternizar con el apócrifo, preguntándole afablemente por algo relacionado con su ministerio, a lo que respondió éste con algunas incoherencias hasta que optó por salir huyendo en la primera parada del autobús. Vicedo contaba esa peripecia sin ningún sentido del humor, sólo quizá valiéndose de cierta sorna cuando se refería a lo sospechoso que podía resultar ver a un cura con la sotana remangada y corriendo a todo correr por mitad de la calle. O sea, que lo raro fue que el disfraz no hubiese producido en aquella ocasión el efecto contrario para el que fue ideado.

Además de disfraces, Vicedo también era dado a coleccionar gente estrafalaria, seguramente por puro instinto de insubordinación. Uno de esos personajillos de su especialidad —apodado por alguien el Innombrable, pero más conocido como el Ganso Mamón— me suscitó siempre un rechazo incontrito. Tenía pinta de eunuco, voz de espía incompetente y maneras de bufón real. Tal vez por eso fue medrando con los años, se pasó al bando de los contemporizadores y acabó siendo recompensado con prebendas por los negociados seudo-culturales del país. Su actual condición de integrado en la órbita del oscurantismo nacional lo convierte en un sujeto muy significativo, por eso lo meto en esta novela. Una noche me encontré con él y con Vicedo —que no iba disfrazado de nada— en un local de jazz un poco abigarrado que había por Diego de León. Supongo que a ninguno de los dos les interesaba gran cosa el jazz, pero allí estaban de husmeadores frívolos o con la subalterna misión de incomodar a quienes gustan, como es mi caso, de esa música de tan plenarias transmisiones sensitivas. No más los vi, me temí lo peor. Y en efecto, así fue. El Ganso Mamón comenzó a hacer gala de sus

dotes de lenguaraz y, correlativamente, fue mermando mi capacidad de aguante. Se conoce que su verborrea avisaba ya de esas necedades politemáticas que lo hicieron años después famoso como interviniente en mesas redondas radiofónicas y televisivas. El caso fue que como aquel tentetieso no cejaba en su actitud de provocador, lo invité a callarse o a irse, que él eligiera. No eligió ninguna de las dos cosas, claro, así que se me atoró el circuito de la razón y me acometió una de esas cóleras que se incrustan a veces en mi natural apacible. Me levanté dispuesto a zanjar la cuestión de una vez por todas cuando un muchacho que por allí había se interpuso inopinadamente entre nosotros. El muchacho disponía de una pierna ortopédica y de esa palidez triste que afecta a los noctámbulos sin causa. No sé qué me dijo o qué habló con mi oponente, pero el caso fue que Vicedo se llevó sin mayores discusiones a su indeseable amigo y ahí terminó el incidente, quiero decir que terminó antes de empezar. Pero de algo me sirvió el enojo: ninguno de los dos volvió a dirigirme la palabra.

Tiendo a asociar a Pina López Gay, aunque no sé por qué motivos, a este Adolfo Vicedo. Tal vez coincidimos en alguna de esas coordinadoras que se intentaban poner en funcionamiento a cada rato, o a lo mejor se trataba de un simple engranaje amistoso. Ella venía de algún sector universitario de la Joven Guardia Roja y también se incorporaría más tarde al Partido del Trabajo. Me gustó mucho esa muchacha de mirada enérgica y aspecto frágil, dotada de un brío que casi rozaba la hiperactividad y que parecía estar absolutamente segura de lo que hacía, que fue lo que menos me atrajo de ella. Tenía una extraña vocación de dirigente y la suavidad femenina de sus convicciones encubría una inflexible fortaleza doctrinaria, o eso daba a entender. Un día dejé de verla y cuando me la volví a encontrar, al cabo de los años, trabajaba en algún negociado de promoción cultural del PSOE. No había perdido ni su gracejo ni su vigor, pero sí buena parte del encanto que tenían sus juveniles modales de insumisa. A no pocos de aquellos luchadores antifranquistas les fue ocurriendo algo parecido, no porque rompieran abiertamente con sus más o menos claras posiciones políticas, sino porque fueron acomodándose a lo que hoy se conoce con un vocablo hirsuto: derechización.

A quien también traté por esos días de modo esporádico, pero con estable cordialidad, fue a Jaime García Añoveros. Yo ya lo había conocido a principios de los sesenta, cuando militaba en la Unión Social Demócrata —uno de los partidos fundados por Dionisio Ridruejo—, pero cuando más nos vimos fue en unos encuentros que promovió Juan García Hortelano, fiel

amigo suyo. Andando el tiempo, después de que fuera ministro de Hacienda en el gobierno de Suárez, solía coincidir con él en Sevilla y siempre me hablaba de Hortelano. Cada uno de ellos procedía de un sitio distinto, pero se habían cruzado en el mismo lugar del decoro. También disponían los dos de un idéntico sentido del humor para desautorizar cortésmente a los majaderos, y de una muy parecida inteligencia para sacarle punta a la historia que ellos mismos estaban protagonizando. Los dos sabían distinguir muy bien, con sus respectivos baremos críticos, entre lo indispensable y lo prescindible. Añoveros se convirtió realmente en uno de esos indesmayables partidarios de la libertad que, tras enseñar unos años en la Facultad de Derecho de Sevilla, acaban convirtiéndose en una especie rara de sevillanos adoptivos. Y no porque estuviera políticamente alineado con otros andaluces eminentes o porque un día fuese diputado por Sevilla, sino por su hombría de bien, por su integración vehemente en una sociedad que acabó respetándolo tanto como él la respetaba. Incluso aunque esa sociedad no se adecuara para nada, sino que incluso se contradijera en más de un sentido localista, con algunas sensibles normas suyas de conducta.

Si evoco ahora la figura de Añoveros, aparte de que lo haga por razones tercamente sentimentales, es porque tengo la impresión de que él, aun sin proponérselo, me estimuló a considerar desde un ángulo más concienzudo el contenido textual de la Declaración Universal de los Derechos Humanos. Volví a leer con sumo detenimiento el texto, y eso me condujo a un brusco espacio de reflexiones en el que sólo había ingresado anteriormente por caminos indirectos y con escasas disposiciones receptivas. Fue como si hubiese descubierto en ese articulado el fundamento único y la justificación esencial de cualquier gestión política verdaderamente digna. La costumbre convierte en rutinario lo excepcional. Empecé a estar seguro de tener toda la razón o, mejor dicho, de no equivocarme en la preferencia selectiva de mis preocupaciones políticas. Las flagrantes violaciones de los derechos y libertades fundamentales de la persona formaban parte de los métodos de mantenimiento en el poder de todas las dictaduras y regímenes fascistas, mientras que la aplicación real de los derechos humanos era algo inherente a toda democracia que aspirase a serlo por algo más que por el membrete. Bastaba pues con la salvaguardia explícita de los derechos humanos para cumplir con el más exigente de los programas políticos, algo —por cierto— que le oí ratificar bastantes años después a José Saramago. Procurar que los poderes públicos no conculquen o desdeñen esos derechos, llegó a resultarme una función de indeclinable validez como objetivo primordial de acción política. De ahí a compartir la verdad con Perogrullo había muy poco trecho.

No tengo muy claro por dónde navegué exactamente en ese concreto y abrupto tramo de historia que media entre la muerte de Carrero y la de Franco. He perdido algunas pistas ya difícilmente recuperables y sólo he logrado atar unos pocos cabos sueltos, algunos escasamente aclaratorios y otros de dudosa verosimilitud. ¿Dónde estaba, por dónde iba, a quién estaba intentando convencer de que el futuro ya estaba ahí? No puedo evitar algún desvío tautológico a propósito de las mudanzas que pudieron operarse en mi conducta por esas fechas. O sea, que para evitar repeticiones inútiles en torno al pasado, prefiero imaginarme que el futuro suele llegar sin previo aviso, preferentemente de noche, con una solapada tendencia a la improvisación. Se inmiscuye de pronto en tu vida, desbanca al presente, reclama su espacio por fuero de ocupante. Lo que se llama futuro contingente se aleja así cada vez más de su consabida incertidumbre. Todo empezaba a ser como «un día del que tengo ya el recuerdo».

## 19. LAS FRONTERAS DIFÍCILES

Detrás de la memoria hay una gran habitación vacía, un enorme cuarto oscuro en el que se alojan cada noche los aparecidos, las almas en pena, los espíritus de los perdedores, los fantasmas circulares de quienes han navegado, ya muertos, en un barco a la deriva. Allí están todos ésos, juntos y desentendidos unos de otros, conspirando para que la capacitación de la memoria se mantenga siempre en una indeterminación desesperante. Las cosas olvidadas permanecen así en la zona más nebulosa de la conciencia, acaso esperando que alguna vez, de pronto, vuelvan a recuperar su condición de ingredientes sensibles de la realidad. Escribía Alfonso Cervera que más allá de los recuerdos no hay nada, lo que viene a ser lo mismo que estoy tratando de argumentar. En esa nada se amontonan los desperfectos de los años, los residuos aparentemente irrecuperables que toda vida va dejando atrás como estorbos dudosos de la evocación. Los estatutos del pasado se vuelven aún más herméticos cuando tratamos de mirar por alguna de esas hendeduras que el tiempo ha ido abriendo en la memoria. Es difícil reconocerse, situarse en esa barahúnda retrospectiva, que es también donde mejor se constata que aquello que se olvida no ha existido nunca. Pero a veces se mudan de sitio los recuerdos, se intercambian unos con otros, como también puede ocurrir que todo empiece a restablecerse de repente y que aparezcan escenas e imágenes que no han sufrido ninguna mella con el paso de los años. O que han llegado a ser casi como nosotros hubiésemos querido que fuesen.

Me consta, por ejemplo, que entre la primavera y el verano de 1974 me quedé casi siete meses sin salir de casa, enfrascado en la redacción definitiva de *Ágata ojo de gato*, atascándome de pronto en martirizantes incertidumbres y gozando de repentinas fases de exaltación, que es lo que suele ocurrir, pero esta vez con más persistente intensidad que nunca o con la misma intensidad que la que me proporcionaba a veces el placer lingüístico de un poema. Fueron meses de aislamiento casi absoluto, sometido a un régimen de trabajo que —por fortuna— no he vuelto a padecer en mi ya largo trayecto de escritor. Todo el tiempo, día y noche, convivía con los personajes de la novela, confundiendo los datos fidedignos con los ilusorios y emprendiendo con esos personajes aventuras reales o tramitadas a partir de las desazonantes peripecias del sueño. Es cierto que los sueños son las contestaciones a unas preguntas que nos hicimos en algún indeciso pasado, incluso durante la fase prenatal, y quedaron sin responder. Y en eso me estaba ejercitando. No tengo

por qué poner en duda que penetraba así en un territorio que se parecía mucho a la alucinación y que yo pretendía confundir con algún paraje de la vida cotidiana. Supe entonces que estaba escribiendo como si me fuera en ello la vida, desde dentro de la propia escritura, y que el puro acto de escribir me reportaba como una plenitud de la sensibilidad, una ignorada exacerbación de mi propia capacidad comunicativa, algo quizá emparentado con lo que llaman los psiquiatras estados alterados de conciencia. La alteración incluía en este caso el convencimiento de que no había nada más concluyente en mi historia personal que escribir. Nunca he vuelto a experimentar algo parecido, esa especie de situación límite que lindaba con la enajenación. Hay una historia muy ilustrativa a propósito de ese desvarío a que conduce tomarse demasiado en serio la dedicación a la literatura. Cuando Rimbaud, ya enfermo de cáncer en un hospital de Marsella, era cuidado por su hermana, le dijo ésta un día que la felicidad había llamado al fin a la puerta, pues acababa de enterarse del éxito extraordinario que estaba alcanzando su obra. La contestación de Rimbaud fue elocuente: «*Merde.»*

Al mismo tiempo que redactaba sin levantar cabeza *Ágata*, fui esbozando no pocos poemas que integrarían el libro *Descrédito del héroe,* al menos diez o doce borradores datan de esos días. Y yo creo que eso se nota. Nunca, ni entonces ni después, había alternado la normal confección de un texto poético y otro novelístico. Supongo que es una cuestión de oído o de tonalidad verbal o, si se quiere, de especialización imaginativa, incluso de estado de ánimo. Pero en ese sistema de vasos comunicantes que se instaló entonces entre mi prosa narrativa y mi poesía, o en la elaboración de una literatura cuyas vertientes novelística, lírica o épica se aproximaban bastante, todo acabó teniendo el mismo valor en tanto que fórmula unívoca de expresión poética, todo revertía a un similar sentido de la ficción como sucedáneo artístico de la realidad. Si abordas de frente, si trabajas en un texto literario, cualquiera que sea, subordinado a sus límites regulares, es el texto el que te ordena lo que tienes que hacer, pero si te desentiendes, si no aceptas ninguna de las normas habituales para encauzarlo, entonces eres tú el que manda. Algo así era lo que me estaba ocurriendo, aunque tampoco lo tuviera muy claro. Fue entonces cuando viví también el raro asunto de tener experiencias inversas, es decir, de conocer en la vida real a personajes que yo me había inventado previamente en la novela y hasta en algún poema, lo que resulta de veras fascinante. Era como si hubiese acertado a retratar unos hechos que aún no habían ocurrido. A la protagonista de *Ágata*, por ejemplo, a esa Manuela Cipriani surgida del fondo atribulado de la marginación bajoandaluza, me la encontré andando el tiempo en los chozos de un lugar que dicen La Plancha, en el borde fluvial de

la marisma, por donde aún sobreviven los últimos pobladores legítimos de Doñana. Nunca me olvidaré de eso.

Sólo me quedaba por remodelar el último capítulo de la novela cuando Carlos Barral me la pidió urgentemente para presentarla al premio de su nombre de aquel año —1974—, cuyo plazo de admisión de originales ya se había rebasado con creces. A pesar de que yo le reiteré que el libro no estaba concluido y que aún tardaría un par de meses en estarlo, él insistió en que le enviara el manuscrito inconcluso. Supuse que no habrían encontrado nada especialmente estimable y recurrieron a mí. En cualquier caso, y no sin que algún atisbo de halago consiguiera a medias superar mis escrúpulos, acabé mandándole la novela a Barral. Llegada la hora, hubo sus naturales disidencias en el jurado, algunos de cuyos miembros se resistían a premiar un texto incompleto. Tenían toda la razón, claro, y corroboré entonces lo que ya pensaba: que Barral se había pasado de listo o de maniobrero y que yo me había prestado con bastante ligereza a ese tejemaneje. La nota de prensa en que se dio a conocer el fallo era bastante ambigua y daba a entender que, a la vista de ciertos desacuerdos por parte del jurado, se había decidido premiar mi novela y renunciar a seguir manteniendo el premio Barral, como así ocurrió. La verdad es que yo me sentí bastante incómodo y, después de discutirlo con Carlos, decidí rechazar el premio, que si no fue impugnado por algún presunto perdedor fue porque tampoco trascendieron demasiado todos esos embrollos. Mi renuncia sólo tenía un carácter —digamos— simbólico y la novela se publicó meses después acompañada del consiguiente aparato propagandístico en torno a esas peripecias, sin olvidar el contrapeso del subsiguiente Premio de la Crítica.

Antes de que eso ocurriera —a fines del verano de 1974— decidí pasarme un par de meses en Sigüenza, en parte para terminar el capítulo pendiente de *Ágata* y quizá también para aislarme un poco de esas últimas espesuras literarias. Me agradó aquella ciudad adusta, poblada de hidalgos pobres, curas huraños y castellanos viejos, con una parda fortaleza cisterciense por catedral y un molino árabe como discoteca. Alquilamos una casa al pie de los pinares que llegan casi hasta Medinaceli, un lugar discretamente bucólico donde las últimas noches del verano tenían el sabor y el color de las de principios de invierno. En Sigüenza tenía algunos amigos —Pepe Esteban, Antonio Pérez, Máximo Robisco—, pero sólo coincidí alguna vez, muy de pasada, con este último, que era pintor, carnicero y cronista local, todo a la vez. Mi casa era paredaña con la de la familia del juez Gómez Chaparro, titular entonces del Tribunal de Orden Público, de modo que, aparte de estar muy protegidos,

podíamos teóricamente improvisar en cualquier momento un juicio por la contumacia de mi mala conducta. Un día, este Gómez Chaparro, ante el que comparecí más de una vez, me habló de mi hermano Rafael, presidente a la sazón de la Audiencia de Cuenca, como si ese dato bastara para que yo asumiese serios propósitos de enmienda por mis reiterados errores políticos. Así eran las cosas.

Me gustaba callejear por el reducto antiguo de Sigüenza, esas costanillas que suben hasta el castillo y en las que se aprecia más que en otras zonas urbanas el prestigio de las piedras devastadas por siglos de intemperie. Enseguida se podía comprobar que allí los que no eran cazadores o canónigos eran contadores de historias del conde de Romanones, seguntino honorario, o guías espontáneos por los santuarios de la gastronomía local. Por esos andurriales me encontré un día a Rafael Sánchez Ferlosio, quien me explicó que llevaba algún tiempo dedicado al estudio de la captura por parte del Henares de los afluentes de esa comarca y de la vecina raya de Soria. En principio, no me pareció que hubiese ninguna relación ecuánime entre un oficio tan especializado y el literario —o gramatical— que ejercía a rachas Ferlosio. Además, me habló de esa ocupación con un sigilo por lo menos incongruente, rogándome con las cautelas del correo del zar que no le dijese a nadie dónde se alojaba, ya que quería hacer su trabajo sin ninguna clase de interferencias. De acuerdo. El hospedaje era una pensión medianamente decorosa, cerca de la alameda, donde también pernoctamos Luis Feria y yo algún que otro fin de semana que pasamos por aquellos parajes —Jadraque, Atienza, Palazuelos—, sin que nos moviera formalmente otro quehacer distinto al esparcimiento.

Un ambiente como el de Sigüenza, bien nutrido de hábitos provincianos, a más de los naturales atributos cinegéticos, levíticos, pastoriles, con su seminario diocesano y sus modestas infracciones tabernarias, me resultó especialmente idóneo para mi trabajo, hasta el punto de que allí di por terminada la versión completa de *Ágata*, que fue la que publicó Barral, aunque tampoco sería la definitiva. Con Pepe Esteban —el antidoncel de Sigüenza, ya lo dije— no coincidí en su pueblo durante aquella temporada, pero sí me acerqué a menudo a dialogar con el doncel, imaginándome siempre qué libro estaría leyendo aquel apuesto muchacho muerto cuando peleaba contra los moros en la guerra de Granada. Hay una foto de Vicente Aleixandre —la que figura en la *Antología* de Gerardo Diego de 1932— en que aparece recostado muy pulcramente en un pradillo y cuya postura reproduce con una curiosa precisión la del doncel. A lo mejor incluso leían el mismo libro, nunca se

sabe.

Desde esos años en que trabajaba con Manolo Arroyo en la ya desaparecida librería Turner, Pepe Esteban se especializó en una especie de variante senil del coleccionismo. Andaba a menudo con viejos republicanos o con personajes que parecían sacados de un archivo secreto de entreguerras. Distingo sobre todo, por esas trastiendas de Turner, a Ernesto Giménez Caballero, que de fascista de vanguardia había dado en memo intemporal, y a algún que otro presunto lugarteniente de Indalecio Prieto. Pepe Esteban empezaba a abandonar entonces la militancia comunista, aunque todavía no había emprendido con otros devotos el rescate de Izquierda Republicana, el partido que fundara Azaña en la inmediata preguerra. Vivía simultáneamente en el café Gijón, las hemerotecas y las imprecisas recámaras del oficio fortuito de editor. Cuando rebasaba su cupo etílico habitual, hablaba una lengua más bien muerta que remitía —por decir algo— al arameo y que sólo Maite, su indulgente mujer, sabía aproximadamente traducir. Pepe contaba en esa lengua muchas historias inverosímiles; la última que le oí trataba de su repugnancia por la comida china, cosa que no obedecía a ningún capricho culinario sino a que una vez, cuando andaba revolviendo con el tenedor en un plato de costillas cantonesas que había pedido, creyó descubrir un trozo de carne con aspecto de dedo. Lo apartó y, al darle la vuelta, comprobó que aquel trozo de carne disponía de uña, con lo que aquel simulacro de dedo pasó a convertirse en un dedo propiamente dicho, de modo que su aversión por la cocina china no obedecía a ninguna arbitrariedad.

Alfredo Bryce Echenique, el peruano por antonomasia, había elegido entonces como cómplice preferido a Pepe Esteban y, a partir de un famoso accidente de coche del que salieron algo maltrechos pero con la sed muy favorecida, menudeaban los comentarios a raíz de las hazañas protagonizadas por ambos. Una noche en que andaban de farra, después de dejar a la seductora Marisa Torrente a buen recaudo, decidieron ir a repostar al piso que tenía Bryce en la calle Francisco Rojas, una transversal de Sagasta, donde solía fabricar una dudosa suerte de pisco sauer. Subieron en el ascensor no sin ostensibles titubeos y al llegar frente a la puerta del piso comprobó Bryce que no tenía las llaves. Pero no se amilanó por ello. Le dijo a Pepe Esteban que la puerta era de las fácilmente abatibles y que, en casos como ése, él solía abrirla por el acreditado procedimiento del empujón. Y así lo hizo: tomó carrerilla y, hasta donde le permitió su equilibrio o su improbable fogosidad, propinó un par de buenos empellones a la puerta, la cual se abrió por fin con cierto estrépito. Bryce se quedó observando con una momentánea extrañeza el

interior del piso, hasta que apareció un niño gritando de esta desaforada manera: «¡Papá, papá, otra vez el señor de arriba!» No sé en qué acabó la cosa o si la historieta no es más que un apunte que no aprovechó Bryce en su excelente novela —o autobiografía fantástica— *La vida exagerada de Martín Romaña*.

He conocido a pocos escritores que sean tan eficientes contadores de historias como Bryce. Ya hablé de algunos —Hortelano, Marsé, Casares—, pero Bryce desplegaba una narratividad más barroca, más adecuada al viejo adagio chino de que el mejor viajero es el que no sabe dónde va. Muchas de las fortunas y adversidades consignadas en sus libros han tenido o siguen teniendo su correlato en la tradición oral. También en eso se ajustaba a un sistema de elusiones y alusiones bastante divertido, no muy ajeno en el fondo a su forma de zaherir a esos colegas gazmoños que, como ciertos teólogos fanáticos, consideran que la risa es una enemiga del alma. Años después del que ahora me ocupa, codirigimos él y yo un curso sobre narrativa hispánica dentro del programa de verano de la Complutense en Almería. El trabajo era escaso, las noches largas y la vida breve. Solíamos andar por ahí con Conchita y Chus Visor, Susana Rivera, Ángel González, María José Jimeno, quizá Gustavo Domínguez, quizá Pepe Romera... También hacía mucho calor y eso concedía otra clase de justificación a nuestra natural tendencia a trasnochar. Justo el último día del curso, cuando se procedía a entregar a los alumnos las correspondientes certificaciones, ni Bryce ni yo andábamos muy espabilados, sobre todo él, que parecía manifiestamente adormecido en su sillón profesoral, ya que no Voltaire. Se había iniciado un improvisado coloquio sobre los resultados y provechos del curso y fue en ese momento cuando ocurrió lo que creo que ha llegado a constituir el arquetipo de episodios jocosos atribuidos a Bryce. Alguien quiso lucirse a propósito de ciertos rasgos fonéticos del habla andaluza y otro alumno aventajado se refirió al atlas lingüístico de Manuel Alvar. Oír Bryce el nombre de Alvar y despertarse fue todo uno. Parecía haber estado aguardando ese pueril rebote onomástico, porque se levantó al punto diciendo: «Eso, eso, al bar, todos al bar...» Alvar, con uve, no pareció muy complacido cuando se enteró del chiste.

A poco de volver de Sigüenza o coincidiendo ya con la salida de *Ágata*, recibí una invitación para asistir en Copenhague a un encuentro de literatos ibéricos. El motivo de la invitación era lo suficientemente inusitado como para incitarme a aceptarla, ya que reunir a unos pocos escritores portugueses y españoles en Dinamarca resultaba por lo menos extravagante. La cita la había concertado Ebbe Traberg, corresponsal de un periódico danés en Madrid y tan

solidario con la causa antifranquista como lo fue Walter Haubrich en el ámbito de la prensa alemana. Por cierto, Traberg era un extraordinario crítico de jazz y a él le debo —entre otros regalos musicales— el aprecio por la calidad rítmica de las improvisaciones del primitivo *hot.* Los escritores invitados a ese conciliábulo éramos cinco: los españoles Pepe Valente, Carlos Álvarez y yo y los portugueses José Cardoso Pires y Francisco de Asís Pacheco. Nada más. Por supuesto que el más afamado y leído de todos nosotros en los ámbitos culturales daneses —escandinavos en general— era Carlos Álvarez, considerado por esas latitudes como un auténtico héroe, doblado de poeta, de la resistencia española contra el fascismo. La verdad es que el interesado tampoco se tomaba muy en serio semejantes alharacas.

Los promotores de ese encuentro eran personas discretas y afables, pero cometieron la ignominia de alojarnos en una especie de colegio mayor en el extrarradio de Copenhague, en medio de un paisaje hermoso pero inmoderadamente deshabitado. La residencia era de dimensiones más que futuristas y, por alguna razón del calendario académico, estaba entonces vacía, de modo que ocupábamos unas habitaciones a las que sólo se podía llegar después de haber estudiado con la debida paciencia el plano del edificio. Las reuniones se celebraban allí mismo, en un aula gélida, y no pasaban de ser unas conversaciones no necesariamente literarias. Menos mal que Ebbe Traberg, sabedor de nuestros hábitos, nos llevaba por las tardes a desentumecernos a Copenhague. Un día hicimos una excursión memorable hasta Elsinor, en cuyo castillo de Kronborg sitúa Shakespeare la acción de *Hamlet.* Me conmovió pasear por aquel sombrío escenario en que se desarrolla una de las más portentosas tragedias concebidas por el genio humano. Desde allí atravesamos el estrecho de Sund en un ferry con aspecto de sanatorio y callejeamos un rato por Helsingborg, en la inmediata costa sueca. Nos reímos bastante, como me ocurría siempre que me juntaba con Pepe Valente, quien en absoluto se parecía en esos casos al testarudo defenestrador de colegas en que se convertía durante sus ataques de egotismo agudo. Con quien congenié mucho fue con Cardoso Pires, que era un gran tipo, locuaz, inteligente, despojado de toda clase de resabios profesionales. Yo sólo había leído de él *El huésped de Job* pero, después de conocerlo, sabía que otras novelas suyas iban a gustarme más, como fue el caso de *La balada de la playa de los perros.* Cardoso me allanó el camino para comentar abiertamente mi primer acercamiento a Pessoa, de quien él acabaría ahíto con ocasión de las verbenas celebradas durante el primer centenario de su nacimiento, como a muchos de nosotros nos ocurrió con Lorca por parecidas razones. Estamos enlorquecidos, se decía por ahí.

Me parece que empecé a leer a Pessoa en algunas traducciones de Ángel Crespo o José Antonio Llardent previas al *Libro del desasosiego.* Conservo una memoria difusa de esas calas iniciales en la prosa de un poeta que estimé luego bastante. Pero me agobiaba a veces esa retahíla de clamores íntimos, de malsana obstinación en realzar contratiempos banales. Comprendo que la traducción, debido a la intrincada verbalidad de Pessoa, tendría sus dificultades. Pero mi comedido desasosiego ante el texto no venía de ahí, sino de la mentalidad del poeta, de lo que el «desconocido de sí mismo» deja transparentar en ese diario con muy gravosos lastres de intelectual atormentado por las acometidas inclementes de la realidad. No sé, hay en todo eso un lirismo algo pomposo, a la manera de las dolencias espirituales de los posrománticos, aparte de que en el aspecto confidencial viene a ser como un Pavese aportuguesado. Nada de eso, sin embargo, aminora el placer de lector de la muy sugestiva prosa del poeta. Pienso que uno de sus más tenaces propagandistas, Antonio Tabucchi, también ha contribuido a cerrar en falso las heridas de ese Pessoa sufriente. Su librito *Los últimos tres días de Fernando Pessoa* no es sino un insípido y escolar relato del visiteo de los heterónimos de Pessoa —y algún otro personaje real— al hospital donde se moría el poeta. El único gran favor literario que se le ha hecho a Pessoa —aparte de los brillantes sondeos críticos en español de Crespo, Octavio Paz, Perfecto Cuadrado, Vázquez Medel— es la novela de José Saramago *El año de la muerte de Ricardo Reis*.

Hubo alguna novedad por esas calendas en relación con mis trabajos ocasionales. El Bryn Mawr College, que tenía su sede veraniega en el palacete del Instituto Internacional, en la calle Miguel Ángel, me propuso dar unos cursos en su Centro de Estudios Hispánicos, dirigido primero por Phyllis Turnbull y, a su muerte, por Eleanor Paucker. A mí no me satisfacía ni poco ni mucho esa ocupación, pero la acepté casi como un método precautorio contra ciertos desarreglos laborales. También trabajaron allí, en régimen estacional, otros profesores amigos: José Luis Sampedro, Lafuente Ferrari, Tierno Galván, Aranguren, Ferrater Mora, Martínez Cuadrado, Gaya Nuño... Yo empecé a enseñar literatura española contemporánea y contaba con una veintena de alumnos, mayormente chicas, todas de Pensilvania, todas un poco lerdas y casi todas propensas a la obesidad. Un año tuve en clase —algo excepcional en ese *college*— a un chicano, Tino Villanueva, quien publicaría tiempo después *Tres poetas de posguerra: Celaya, González y Caballero Bonald* (Boston University, 1981), cuya lectura medio me convenció de que al menos había una persona a la que yo había sido útil en aquellos cursos, lo cual me resarcía de unos esfuerzos que consideraba inútiles y que me hacían

también corroborar mi escasísima afición a la docencia.

Llegué a un acuerdo con el Bryn Mawr para que, en vez de recibir mensualmente un salario, me pagaran en especie, esto es, que aplicaran el sueldo al alquiler anual —excepto el trimestre veraniego— de la casa que tenían para recreo y actividades diversas en Chozas de la Sierra —hoy Soto del Real—, a unos 40 kilómetros de Madrid, cerca del embalse de Santillana. Yo ya conocía esa casa con ocasión de algunas asambleas poéticas organizadas por Phyllis Turnbull para solaz de sus alumnas y en las que participé más de una vez en compañía de otros poetas: Celaya, Vázquez Montalbán, José Agustín Goytisolo, Ángel González, Gil de Biedma, Gloria Fuertes, Claudio Rodríguez... Eran reuniones bastante entretenidas, que se prolongaban hasta bien entrada la noche y que, a veces, llevaban consigo un complicado regreso a Madrid. La casa de Chozas era una hermosa edificación de dos plantas, construida en las afueras del pueblo con granito de la vecina sierra de Guadarrama y rodeada de un jardín con arroyo, huerto y pabellón anexo. El topónimo Soto del Real vino a sustituir al de Chozas de la Sierra debido a una decisión municipal propia de papanatas. Por lo visto, un hijo ilustre de Chozas, Casimiro Morcillo, fue nombrado obispo de Madrid, por lo que el ayuntamiento consideró que también había que enaltecer el nombre del pueblo, ya que lo de Chozas se contradecía con la dignidad episcopal de Casimiro Morcillo, cuando en realidad lo que tenían que haber hecho era cambiarle el nombre al prelado, dicho sea con todos los respetos.

Durante los veranos, como digo, la casa de Chozas servía como lugar de esparcimiento y sede suplementaria de los cursos del Bryn Mawr en Madrid. Aparte de esos actos poéticos más o menos improvisados a que me he referido, solía reunirse allí una asamblea de lesbianas, bajo la presidencia de Phyllis Turnbull, de lo más curiosa. Eran seis o siete personas de muy distinta índole, algunas provenían de aquella vecindad serrana y otras del ramo de la docencia y hasta de la música pop, como era el caso de Mari Trini, una cantante entonces muy conocida. Aparte, claro, de Gloria Fuertes, que asumía un poco el papel de maestresala. Risueña, torpona y rolliza, con la pinta del payaso bobalicón, Gloria escribía una poesía aniñada y chistosa, cuyo único interés radicaba en su ingenuismo y sus desordenados ripios sentimentales. Lástima que se olvidara del acorde de sus primeros poemas, cuando asimiló más o menos tangencialmente las piruetas postistas. De las otras lesbianas —lo eran sin mayores tapujos— recuerdo a una maestra que desmentía su condición: era una rubita de ojos celestes y sensual fragilidad. Alguien —no digo quién— que ignoraba de qué iba la cosa, se permitió un día probar

fortuna galante con la delicada maestra y parece ser que no fue rechazado más que a medias. A veces, algunas de las asiduas de la vecindad se presentaban en compañía de unos jóvenes lugareños que parecían haber sido seleccionados por su grosería. Resulta llamativo ese gusto de ciertas lesbianas por los hombres notablemente toscos, como ocurre también con no pocos homosexuales masculinos, quienes muestran una especial predilección por las mujeres ordinarias. Alguna explicación tendrá eso.

Mis estancias en Chozas —entre octubre y junio— fueron bastante irregulares. A veces, siguiendo un poco el calendario escolar, me iba con Pepa y los niños y algún improvisado sobrino y nos quedábamos allí el mayor tiempo posible. A lo que renuncié fue a presentarme sistemáticamente en Chozas los fines de semana, sobre todo porque me resultaba insoportable esa maldita trampa de la carretera los domingos por la noche, cuando regresaba a Madrid una interminable procesión de ciudadanos que habían decidido pasar el día en el campo o vivían cautivos de lo que empezaba a convertirse en el extenuante anhelo social de la segunda vivienda. Así que lo más frecuente es que me escapara yo sólo a Chozas alguna que otra vez, un par de días laborables a lo sumo, si es que buenamente podía permitírmelo. Eran visitas muy apacibles y regaladas, convenientemente favorecidas por una tonificante ociosidad. Me veo transferido a una imagen remota de enfermo juvenil, recostado en una *chaise-longue* en la veranda alta de la casa, una galería cubierta que recordaba visiblemente la de un sanatorio antituberculoso, con la nieve de las cumbres del Guadarrama centelleando contra un cielo opalino. Incluso pensé en armarme de valor y releer *La montaña mágica* y si no lo hice fue por el respeto excesivo que me imponían las pláticas inacabables de Naptha o Castorp por las inmediaciones del sanatorio. Por incurrir en un flagrante anacronismo también podía haber leído entonces una novela publicada años después: *Perorata del apestado*, de Gesualdo Bufalino, ambientada en una clínica para tuberculosos y cuya sola emoción lingüística genera un clima sentimental que me satisfizo de modo muy intenso.

Andaba un día por allí dedicado a la vida contemplativa, cuidando tal vez fugazmente de los cuarteles de flores —gladiolos, rosas, lirios, petunias—, cuando decidí dar un paseo por un prado lindante con el jardín, y nunca lo hiciera. Era un pastizal con fresnos y encinas que llegaba hasta Chozas a través de un sendero de traza forestal, y por allí andaba cuando medio distinguí a un grupo de personas agrupadas junto a un árbol, no lejos ya de las primeras casas del pueblo. Me acerqué y fui reparando en lo que no quería aceptar que fuera cierto: la figura borrosa de un bulto vagamente

antropomorfo colgado de la rama de una encina. Todavía no podía precisar los contornos, pero no tardé en descubrir que lo que pendía de aquella rama era el cuerpo de una mujer. Las personas congregadas por allí, seis o siete, permanecían estáticas, atónitas, como si velaran a la ahorcada, sólo algún susurro infringía el estatuto del silencio. Junto a ellas, dos guardias civiles impertérritos debían de estar aguardando la llegada del juez. Noté el reflujo negro de la muerte reptando por el pasto y apenas miré aquel cuerpo de pavorosa estampación contra el tupido verdor de la encina, la cabeza en una posición imposible, los brazos como ramas tronchadas y las piernas balanceándose con una especie de rigidez ortopédica. Descubrí entonces un detalle turbador: la suicida se había abrochado con unos imperdibles la parte inferior de la falda. Qué delicadeza posmortuoria, qué recatado desatino el de esa mujer que, antes de ahorcarse, se preocupó de que no se le vieran los muslos desde abajo. Intenté escapar de allí, pero me sentía como maniatado por una expectación morbosa, sobre todo después de haber sorprendido a uno de los guardias observándome con cierto recelo, o eso me figuré, como si relacionara mi presencia en el lugar de los hechos con alguna presunta complicidad mía.

Fue entonces cuando me asaltó una de esas ausencias que he padecido sólo unas pocas veces a lo largo de los años, ya hablé de eso, un súbito desalojo de la razón, una especie de devastación instantánea de la memoria que me sitúa ante un vacío absoluto: no recuerdo nada, no sé nada, no acierto a identificarme, ese «perfecto estado de la aniquilación» a que se refería el quietista Miguel de Molinos. Son unos segundos nada más, creo, dirimidos entre un miedo abstracto y algo no muy distinto a la incoherente necesidad de dimitir de mi capacidad cognoscitiva, de renunciar con gusto a reconocerme. Cuando recuperé el norte, ya iba dejando atrás el árbol de la ahorcada. Tenía la sensación de haberme inmiscuido en el revés de la realidad, como si hubiese estado transitando por las escaleras inconcebibles, de perspectivas desquiciadas, que aparecen en las litografías de Cornelius Escher. Algo así de efectista. «Entreme donde no supe / y quedeme no sabiendo.»

Aquella misma tarde me volví a Madrid y tardé días en recuperarme de una experiencia que probablemente yo mismo había extremado hasta el punto de resultarme insufrible su evocación. Pero al fin se impusieron otros reclamos de la vida cotidiana: los quehaceres docentes, la esquemática preparación de una historia que aún tardaría años en encontrar su cauce textual, alguna que otra incursión por los aledaños laborales de la literatura. Uno de aquellos días recibí la visita de unos amigos de amigos, algunos

localizables y otros no tanto, que querían hablarme de una asociación recién creada, entre cuyos planes inmediatos figuraba el de ir canalizando algo así como una operación de cirugía moral aplicada a la difusión de la cultura. Yo acogí en principio con cierta suspicacia el invento, no lo veía claro, pero terminé mostrándome conciliador y hasta complaciente. Esa asociación, bautizada con el nombre de Nuevo Marco, había sido fundada por un grupo de empresarios y ejecutivos afines al partido comunista —José Manuel Manzanedo, Mario Trinidad, Eugenio Triana, Luis Larroque, Arsenio López Huerta, José Barroso...— y acababa de montar su sede en el Eurobuilding, con lo que la aspiración a sustituir un estado burgués por un estado proletario quedaba bastante disimulada con moquetas, maderas nobles y circuito cerrado de televisión. Nuevo Marco pretendía condimentar esas operaciones culturales con una indirecta pedagogía política y, como me pareció advertir en todo eso algo adecuadamente arriesgado y hasta utópico, tampoco me opuse a aceptar la colaboración que me pedían.

Alguno de los componentes de Nuevo Marco, no sé si José Manuel Manzanedo o Luis Larroque, o tal vez Nicolás Sartorius, me sugirió no mucho después que me uniese a las tareas de la llamada Junta Democrática. Y así lo hice, pensando que de ese modo me implicaba más de cerca en la actividad clandestina, participando efectivamente en no pocas gestiones durante aquel tiempo de cruciales tesituras políticas. Esta Junta Democrática, propiciada por el partido comunista, era más bien un frente heterogéneo en el que vino a converger alguna otra organización de izquierda. Quienes se abstuvieron de sumarse a la iniciativa, como bien se sabe, fueron los socialistas, resurgidos después del congreso de Suresnes, donde Felipe González desplazó a los militantes históricos del exilio encabezados por Rodolfo Llopis. La verdad es que el socialismo no había tenido mayor presencia en los avatares de la lucha antifranquista, al menos en mi área de conocimientos. Sólo el PSP —Tierno Galván, Fernando Morán, Raúl Morodo— intervino de modo eficiente en aquellas materias reservadas de nuestra historia civil. Luego me enteré de que estos intelectuales, de intachable ejecutoria progresista, estaban siendo apoyados por el líder del socialismo portugués, Mario Soares, a quien conocí precisamente a través de Morodo, cuando éste era embajador en Lisboa. No quiero decir que el PSOE se hubiese contagiado del entumecimiento o la modorra general del país, es que tal vez tardara en reorganizarse de puertas adentro más de la cuenta y sólo diera señales de vida a través de algunas personalidades aisladas: Nicolás Redondo, Alfonso Guerra, Pablo Castellanos, Luis Gómez Llorente, Fernando Baeza, Luis Martín Santos...

Los socialistas resurrectos crearon por esas mismas fechas lo que se llamó Plataforma de Convergencia Democrática, donde se alinearon otras formaciones cuyos dirigentes tampoco deseaban contaminarse o aparecer mezclados con los comunistas, incluidos algunos políticos tenaces, como el ubicuo José María Armero, el imprevisible Calvo Serer, el ladino García Trevijano y así. Algo después, ya en el gobierno heteróclito de Adolfo Suárez y en vista de las ventajas operativas que suponía esa unión en el difícil advenimiento de la democracia, se aliaron no sin algún forcejeo la Junta y la Plataforma en un consorcio sólo explicable por las circunstancias políticas del momento y que fue bautizado con el espantoso metaplasmo de Platajunta. Se urdió entonces un comité coordinador de ambas gestoras, en el que me integré como miembro de la Junta Democrática madrileña, al lado de Juan Antonio Bardem, Joaquín Ruiz-Giménez Aguilar, Luis Larroque, Eugenio Triana, Tranquilino Sánchez, Paloma Cruz y —qué remedio— Ramón Tamames. En nombre de la Plataforma figuraban Javier Solana, Leopoldo Torres Boursault, José Luis Doreste, Ciriaco de Vicente, Luis González Llano... Convocamos una rueda de prensa para explicar de qué iba todo aquello, y enseguida pudimos constatar que la represión seguía siendo práctica habitual de aquellos acérrimos custodios del franquismo y que el uso de la mordaza continuaba figurando en el catálogo de métodos represivos. A raíz de aquella precavida aparición, la mayoría de los integrantes de esa coordinadora fuimos tildados de infractores de la ley de Orden Público y multados por el Ministerio de la Gobernación, cuyo titular no era otro que el indómito adalid franquista Fraga Iribarne.

Pero todo eso ocurrió algo después de aquellas vísperas históricas a que me estoy refiriendo y en las que se empezaba a extinguir *plus minusve* la posguerra. O eso parecía vislumbrarse por los entresijos de la vida cotidiana, no sin que los ejércitos de la noche del franquismo —las bandas de Fuerza Nueva de Blas Piñar, las escuadras de ex combatientes de José Antonio Girón, los guerrilleros de Cristo Rey de Sánchez Covisa— incrementaran sus batidas para impedir cualquier intentona de violación de los Principios Fundamentales del Movimiento. Debió de ser en medio de ese tira y afloja político cuando Pilar Brabo y Armando López Salinas me plantearon la posibilidad de celebrar en casa unas reuniones de la dirección del partido comunista. Aunque yo no iba a asistir a ninguna de esas juntas por la sencilla razón de que ni era miembro del partido ni entraba en mis cálculos ninguna clase de implicación al respecto, tampoco encontré razones que se opusieran a recibir en casa a esos dirigentes comunistas. A lo más que llegué como anfitrión fue a tomarme con ellos alguna copa previa, que Pepa distribuía ritualmente. Aparte de

López Salinas y Pilar Brabo, los más asiduos fueron Simón Sánchez Montero, Jaime Ballesteros, Francisco Romero Marín, José Sandoval, Federico Melchor, Ignacio Gallego...

Un día en que también estaba en casa José Manuel Manzanedo, compareció en una de esas reuniones un señor de abundante cabellera al que saludé muy de paso y al que me pareció reconocer vagamente. Fue Manzanedo quien identificó a Santiago Carrillo no más verlo. Iba provisto de la peluca con que se aventuró aquellos días por Madrid y eso modificaba notablemente su fisonomía, dándole aspecto de alguien que eludía su parecido con otro. A Carrillo lo había conocido no hacía mucho, en un homenaje que le organizó a Rafael Alberti el concejo de Reggio nell'Emilia, cerca de Bolonia. Anduvimos juntos por aquella hermosa ciudad italiana en coloquios y ágapes varios, todos igualmente insulsos y municipales —salvo un correctísimo recital de Vittorio Gassman—, pero tampoco hablamos más que a ratos perdidos. Con independencia de sus autoritarismos y megalomanías —de los que yo sabía bien poco—, Carrillo era sin duda uno de los protagonistas ineludibles del teatro político español de la posguerra. Y me parecía raro encontrármelo allí, en casa, como emergiendo de una incierta fumarola del exilio, enmascarado con un peluquín de attrezzo y un aire quizá demasiado obvio de músico ambulante. Yo hice como si no lo hubiese reconocido y me limité a comentar luego las peripecias de aquel personaje al que le atribuían una gran copia de intrigas y cabildeos, convertido en temerario retador de las huestes policiales de Martín Villa, viejo líder del sindicato universitario de la Falange y beneficiario consecutivo de cargos y sinecuras de variados colores. Lo demás es bien conocido: Carrillo pudo burlar ese cerco en el que aún primaba la estrategia franquista y logró finalmente instalarse en Madrid como jefe de un partido legalizado, no sin que ello provocara la pertinente ristra de cóleras, dimisiones y desagravios.

Decía que yo ni asistí a aquellas reuniones de altos cargos del PC ni supe nunca en qué clase de asuntos se enzarzaban durante horas, aunque tengo la impresión de que, si hubiese estado presente, tampoco me habría interesado mucho lo que oía. Una de aquellas tardes apareció también por casa un contertulio con aspecto de haberse equivocado de sitio, un tal Basilio Nieto Moreira, que representaba a no sé qué delegación del comité federal del partido y con quien me amigué en razón de algunas afinidades casualmente interpuestas. Resultó que este Basilio había estudiado náutica en La Coruña y era sobrino de Pablo Moreira, un capitán mercante al que yo había conocido en Cádiz años atrás, cuando ya él rondaba la senectud y andaba queriendo

fundar una asociación de infiltrados en el enemigo. El capitán Moreira era un tipo de veras fascinante, experto en arquitectura naval e inventor de una vela de mastelero a la que llamó *ignuda*, y que decía haber mandado uno de los últimos y veloces clípers de cinco palos que atravesaron el Atlántico, la última vez —según él— con un cargamento de muñecas muertas o que fueron muriéndose durante la travesía.

Pablo Moreira muy bien podía haber emulado a los grandes narradores de tema náutico —Conrad, Stevenson, London, Melville— contando por escrito sus venturas y adversidades en los madereros que surcaban las viejas rutas entre Suramérica y la Península. También relataba muy bien todo eso de viva voz, en una especie de *lingua franca*, como de gallegohablante que usara un español contaminado de giros italianos y andaluces. A veces incluso intercalaba vistosos neologismos y fábulas de corte fantástico; por ejemplo, la referida a un segundo de a bordo que subió una noche al puente donde él vigilaba el rumbo y le dijo: «Disculpe, capitán, pero no voy a poder hacer la guardia de las cuatro porque me acabo de morir.» Él fue también quien primero se refirió a una novela entonces inencontrable y que no leí hasta bastantes años después: *El negrero*, de su medio paisano Lino Novás Calvo, una obra maestra de la literatura de género sobre la bucanería y el horror legal de la trata de esclavos. Novás Calvo, amigo y traductor de Faulkner, narra en *El negrero* la historia dieciochesca del malagueño Pedro Blanco, quien un día renuncia al sinvivir de la pesca de bajura y elige el despiadado oficio de vagabundo de la mar. Enrolado en barcos de infames banderas, ejerce de grumete, ladrón, timonel, pirata, hasta que monta en África su propia factoría de esclavos. Un testimonio atroz novelado en una prosa austera que puede llegar a ser deslumbrante.

Quien también me habló un día con entusiasmo de Novás Calvo fue Juan Carlos Onetti, pero esta vez en su vertiente de cuentista y, sobre todo, como traductor de *Santuario* de Faulkner, título éste situado con toda probabilidad al frente de las predilecciones literarias del autor de *El astillero.* A Onetti lo conocí a través de Félix Grande, que le disputaba a Fernando Quiñones el abnegado oficio de primer recepcionista español de escritores argentinos en particular e hispanoamericanos en general. Onetti, tras escapar de las atrocidades militaristas uruguayas, se instaló en Madrid gracias en parte a los buenos oficios de Juan Tena Ibarra, director entonces del Instituto de Cooperación Iberoamericana y nombrado poco después, más que embajador, último virrey del Perú, según alcancé a corroborar en sus propios dominios andando el tiempo.

Recuerdo muy bien la tarde en que fui, creo que con Félix Grande y Francisca Aguirre, a casa de Onetti, en la Avenida de América, donde vivía con su última y complaciente mujer, rodeado de un buen acopio de libros, botellas y cigarrillos. Nos recibió acostado en una cama que, no sé por qué trasiegos de la experiencia repetitiva, tenía un penoso aspecto hospitalario. Onetti fumaba con pausada continuidad, llenando de ceniza las inmediaciones de las sábanas, y miraba de soslayo una botella medio llena que había sobre una mesita. Nos invitó a beber, claro, para no hacerlo él solo. Hablaba poco y con ciertos estorbos en la emisión de la voz y a veces se tenía la impresión de que aquel señor con aire de convaleciente taciturno no podía ser el mismo que escribiera páginas tan definitivamente seductoras. Jamás lo oí aventurar ningún juicio literario de valor, sólo tal vez para denostar los despotismos iletrados que emponzoñaban el mundo. Creo que fue aquella misma tarde cuando se refirió al derrocamiento de Salvador Allende, anticipando lo que hoy se conoce de modo irrefutable: la complicidad de la CIA y, en especial, de Henry Kissinger, a quien recompensaron precisamente con el premio Nobel de la Paz ese mismo año del inicio de la dictadura criminal de Pinochet. Onetti era lo que se dice un escritor de rango cervantino, y su mundo novelesco, de complejas interferencias entre lo diáfano y lo turbio, no me parece muy alejado de ese azar objetivo que defendía Breton en *Les vases communicants*. Algunos de sus personajes de ficción —Brausen, Díaz Grey, Barrientos— nos ayudan a ir más allá de la linde que las convenciones atribuyen a la condición humana.

Por alguna razón psíquica que desconozco, me resisto a ordenar con una mínima coherencia, o sólo me importa hacerlo a retazos, este pasado todavía próximo, a partir sobre todo de aquellas últimas clandestinidades a escala doméstica. Hay un espacio vacío, una zona en penumbra que intercepta en este punto el encadenamiento lógico de los recuerdos, a saber si de un modo instintivo o por propia voluntad. Tampoco me incomoda que eso ocurra. Es como si se entorpeciera en la memoria, sin que yo haga nada por evitarlo, la sucesión cronológica de algunas marcas de ese trayecto de mi historia personal. No consigo —o no deseo— deducir de ese magma temático más que conjeturas o vacilaciones en torno a aquellas agobiantes jornadas que precedieron a la agonía y muerte de Franco. Pero tampoco tiene mucho sentido tratar de resolver ahora esas omisiones por medio de pesquisas y consultas en fuentes aleatorias, ya que en modo alguno se trata de levantar acta fidedigna de unas experiencias que no son sino la versión privada de unos hechos colectivos. Nada, por consiguiente, tiene aquí más valor que el que pueda suministrar la propia transposición literaria de lo verosímil.

Sé que por esas fechas estuve en Venecia con otros compañeros del grupo poético del 50 y críticos adyacentes, en un congreso promovido por aquella universidad, pero no sé por qué carezco de recuerdos en este sentido o sólo conservo la estampa de un prodigio urbano sumido en todas las ilusiones ópticas que la imaginación es capaz de inventarse. Imposible evocar Venecia sin incurrir en las falsas pistas emocionales sobre sus desavenencias con la realidad; imposible que haya existido verdaderamente aquello que la sensibilidad rechaza por demasiado quimérico. Mi memoria veneciana no es más que un modo de engañarme a mí mismo mientras pretendo acordarme de esa experiencia estética, no muy alejada de la peregrina irrealidad de ciertos viajes, ahora más acusada que otras veces. Se me ocurre pensar de pronto que quizá todo eso tenga algo que ver con una supuesta teoría de los conjuntos amorfos o, mejor, con el símbolo del laberinto como explicación poética del mundo. Y yo estoy desalojado de ese mundo, entre otras cosas porque mi noción de Venecia sólo es comprobable a través de fotografías, datos ajenos y rastros defectuosos, insuficientes. Acaso mi memoria de la ciudad remita escuetamente a la pintura urbana del Canaletto, magnificando esa pintura —esa invención de la realidad— en el imaginario de todos los lugares en que encontré algo verdaderamente hermoso. No obstante, me siento integrado en esa órbita difusa, pertenezco a esa imagen y esa imagen me pertenece. «Yo soy quien ama y aquel a quien yo amo», escribió el maestro del sufismo Ibn Arabi. Nada más que eso: todo eso.

Volví de Venecia con algunos borradores poéticos, no directamente deducidos de ese escenario que la desmemoria había acabado por diluir, sino de su interioridad imprecisa, del ilusorio sentido del tiempo teatralmente retenido en un espacio de extrañas euritmias: la melancolía, la decadencia espectral del dédalo urbano, sus penumbrosos barnices vespertinos, el agua fingiendo un atrio lacustre en el interior de un palacio, la humedad verde de los canales dotando de un nuevo esplendor al verdín de las piedras. Me atraía mucho ese aparato escénico aplicado a cierta *imago mundi* de la poesía y anduve revisando una y otra vez los manuscritos, aunque en todos ellos advertí la misma tacha: disponían de un deje conversacional, una suerte de obviedad prosódica, que se desdecían del tono general del libro al que iban destinados, *Descrédito del héroe*, en cuyo núcleo creativo verifiqué lo que ya iba a constituir una irrevocable norma de conducta literaria: la ratificación de que la poesía es, antes que ninguna otra cosa, un hecho lingüístico que genera incluso por azar sus propios códigos iluminadores. Pueden sentirse con absoluta veracidad las palabras que describen una idea poética, pero en puridad se ignora lo que significan. Yo había procurado, sobre todo en las

versiones de los poemas ya considerados definitivos, que la experiencia actuara como un resorte lingüístico exclusivo del personaje del poema, el mismo que iba inventándose su propia verdad a medida que avanzaban los artificios consecutivos del texto, ese resorte aparentemente nimio pero imprescindible que estabiliza el conjunto: *ce rien qui est tout.* Pero nada de eso parecía haber sido elaborado con suficiente destreza.

También recuperé y revisé un proyecto de novela en que había trabajado con interrupciones tiempo atrás y que supuse aprovechable. Pero la treintena de folios que había escrito me parecieron articulados con una sintaxis de eslabones mal fundidos, en un estilo donde no era lo menos ingrato el uso de prótesis chirriantes. Así que renuncié de grado a todo eso, incluso sentí una especie de morbosa complacencia ante el simple hecho de desechar lo que aún podía haberme proporcionado cierto encarecimiento de la egolatría. En un repente ecuánime tiré a la basura los borradores de los poemas y el presunto arranque novelístico. Y me quedé como si hubiese abdicado de una misión atrayente, pero que no me reportaba mayores compensaciones estéticas. Esa desgana, ese escepticismo, ¿tenían algo que ver con la consunción del deseo de seguir justificándome por medio de la escritura, una sedicente sospecha de inutilidad acentuada tal vez por ciertas vagas inducciones físicas de que el tiempo no existe? Renunciar a escribir ¿no equivalía a escoger la más tentadora versión del horaciano *beatus ille qui procul negotiis*...? Es posible también que estuviese atravesando por una de esas crisis de trabajo en que se excluye más de lo que se acepta. Como además ni entonces —ni en ningún otro momento— he tenido apremios en este sentido ni en modo alguno he buscado lo que se llama un *succès d'estime*, tampoco me ocasionó ningún serio quebranto esa resolución de deshacer, y no sólo por razones autocríticas, lo ya hecho.

Justo por aquellos días se me empezaron a manifestar los síntomas de una insuficiencia circulatoria cerebral provocada al parecer por un proceso degenerativo de las cervicales. Más que doloroso era un padecimiento de extremada incomodidad y a veces difícilmente soportable, ante todo por las secuelas patológicas que llevó consigo. Empecé a notar serios trastornos sensoriales: confusiones entre la realidad y el sueño, retumbos craneanos, incongruencias del duermevela, vértigos repentinos, recuerdos falsos... Lo de los recuerdos falsos es sobre todo un asunto de mucho desvarío, viene a ser como si te miraras en un espejo y no lograras reconocerte, lo que se dice una cabronada. Me sometí a toda clase de terapias y análisis, empezando por el estiramiento del cuello por medio de un artilugio de pesas y poleas con pinta

de instrumento de tortura, del que me colgaban hasta el límite previo a la asfixia. También me sometí a un complicadísimo examen llamado «doppler intercraneano», para el que me tumbaron en una camilla, me embadurnaron parte de la cabeza con una especie de gelatina tibia y me aplicaron unas ventosas con cables conectados a toda una serie de pantallas y monitores. Del informe de ese análisis sólo pude sacar en claro que mi dolencia dependía de una reducción de la velocidad de los flujos de las arterias que alimentan la masa encefálica, una cuestión de veras intrincada, amén de desazonante.

Una de las más imprevistas consecuencias de esas averías circulatorias se concretó en una especie de intolerancia crónica por los ruidos, o por aquellos ruidos ligeramente superiores a la escala sonora media, algo así como si tuviese desviada hasta un sitio equivocado la barrera auditiva, lo que tampoco era cómodo. El simple hecho de que la intensidad de los decibelios producidos en la calle o en un local cerrado superase la exigua medida que yo era capaz de soportar, me ocasionaba una perturbación acústica que podía llegar a ser martirizante. Y eso sin contar con la captación brusca de ultrasonidos y con los acúfenos o falsas percepciones sonoras no provocadas por ruidos externos, que me perseguían a veces de manera alevosa. Inicié entonces una serie de tratamientos de fisioterapia y una severa medicación con antiagregantes plaquetarios y vasodilatadores. Y no me fue mal del todo, creo que incluso ingresé a partir de entonces en una alternancia de recaídas y restablecimientos que prácticamente ha durado hasta hoy mismo. Es curioso, pero todas esas experiencias se me fueron almacenando en la memoria con absoluta nitidez y allí permanecieron en estado larvario durante años, hasta que un día, de pronto, volvieron a reactivarse y me sirvieron para equipar básicamente *Campo de Agramante*, una novela que recoge en términos bastante precisos, fantasías aparte, muchas de las dolencias físicas y hasta psíquicas que me aquejaban por aquel entonces. Como decía Montaigne, *je suis moi-même la matière de mon livre*.

Por esas aguas andaba yo navegando cuando se propagó con muy contrarias conmociones la noticia de que Franco estaba gravemente enfermo. Al hilo de ese episodio cardinal, y como para ir neutralizando las expectativas liberadoras de muchos, comenzó entonces a funcionar una más intensiva operación de vigilancias y represiones contra los incansables enemigos de la patria. La ultraderecha anhelaba seguir manteniendo vivo el espíritu de la Cruzada aunque su paladín estuviese con un pie en la tumba, alimentando así el fuego sagrado de unos valores asimilables a la condición de eternos. Aquellos acérrimos inquilinos del búnker franquista, enfrentados a la

inmediata posibilidad de que, por una de esas inadmisibles trastadas del destino, desapareciera su jefe, empezaron a descubrir nuevos adversarios y amenazas por todas partes. Era como si hubiese sobrevenido una más sañuda campaña de eliminación de desafectos. Recuerdo que en la carretera que va de Trebujena a Sanlúcar hay una cancela exenta que no se abre a ningún camino y que tampoco cumple ninguna función específica. Sólo dos pilares ruinosos y una verja desportillada en mitad de un barbecho, un sinsentido que parece responder a la proverbial inutilidad de ponerle puertas al campo. Pues bien, en uno de esos pilares hay una inscripción a grandes rasgos que dice: «¡Socorro! ¡Estamos sitiados!» Pienso que tan imposible advertencia tiene algo de metáfora del clima que respiraban los franquistas en aquellos días que empezaron a ser esperanzadores para tantos.

Como solía decirse, Franco murió matando. Poco antes de que ingresara en su último tramo de agonizante, firmó cinco penas de muerte contra miembros del FRAP y de ETA. La reacción mundial a cuenta de esas terribles ejecuciones sólo mereció por parte del gobierno una nueva concentración de gregarios en la plaza de Oriente. Aún puedo sentir la repulsión anonadante que compartí con personas no necesariamente antifranquistas ante semejante insania vengadora. Como asevera Cernuda en su *Díptico español*, «esa España obscena y deprimente / en la que regentea hoy la canalla» volvía a cobrarse con puntual ignominia su cuota criminal. No por remoto dejé nuevamente de acordarme de aquel espeluznante manifiesto moral de Franco, cuando un periodista extranjero le preguntó si había posibilidad de que pactara el fin de la guerra civil, a lo que contestó el general con saña imperturbable: «Acabaré con mis enemigos aunque tenga que fusilar a media España.» Casi lo consiguen entre él y su piquete de «caínes sempiternos».

La macabra película de la agonía del dictador fue desde luego un espectáculo cuyo montaje sólo una camarilla como la que lo rodeaba pudo concebir. Quienes lo querían inmortal parecían empeñados en lograrlo con una avidez y una truculencia que, de no obedecer a un delirio reverencial, hubiesen podido confundirse con un refinamiento malsano. Mantenido a duras penas en la fase de premuerto, poco a poco hundido en la podredumbre terminal, aquel anciano era sin duda la encarnación de uno de los últimos esperpentos adscritos a la dramaturgia del tirano. Yo estaba aquella noche del 20 de noviembre de 1975 en Chozas de la Sierra —en Soto del Real— escuchando la radio con la debida expectación. Ya de madrugada todo parecía indicar que Franco había muerto, pero la noticia no se divulgó hasta horas después de que eso ocurriera. De pronto, aquel personaje taimado, mezquino,

taciturno, aquel estafermo de invariable equidistancia entre la sordidez y la mediocridad, había entregado su alma, ya en muy mal estado, a su creador. Recuerdo que desperté a Pepa para decírselo y que tampoco ella daba crédito a lo que oía. Aún resultaba inviable calificar la muerte del dictador como una consecuencia lógica de su vida. Aquella misma mañana nos volvimos a Madrid, adonde llegamos a tiempo de ver a Arias Navarro anunciando a los españoles con voz de huérfano y llantina de beato que Franco había muerto. Fue como un aldabonazo en medio de la extensión ambigua de los hechos vividos, una rara mezcla de liberación, complacencia y zozobra, la constancia de que iba a inaugurarse una nueva noción de la historia y una nueva costumbre de vivir. Y luego esa difusa sensación parecida al remordimiento de que el dictador, por muy sometido que hubiese estado a toda clase de suplicios clínicos, había muerto en la cama. A fin de cuentas, la ley biológica fue la única que pudo aplicarse a la extinción de un poder que en modo alguno abdicó de su condición vitalicia.

Las colas inacabables de ciudadanos sollozantes que desfilaban ante el cadáver del Caudillo, confiando tal vez en que el Dios de los ejércitos lo resucitase, parecían barruntar todas las prerrogativas franquistas que seguirían adheridas a nuestra geografía humana, y hasta cuándo. No obstante, ahí concluía de hecho —o más bien en teoría— la posguerra, al menos se clausuraban todos los pretéritos de mi memoria personal alojados en cuatro décadas de dictadura, desde mis nueve a mis cuarenta y nueve años. Se dice pronto. Un tiempo irreparable condicionando mis consecutivas experiencias vitales, desde la educación primaria a la sociología de la madurez, pasando por aquel *Sapere aude!* horaciano cuyo solo estímulo —¡atrévete a saber!— tanto me sirviera en su momento para no dimitir. Pero ¿empezaba ahí realmente el ocaso irreversible de la omnipotencia doctrinaria del dictador? ¿Merecerían sus secuaces un veredicto justiciero o acaso se iba a promulgar la omisión del pasado, el desenlace súbito de una «historia sin culpables», la negativa a promover una vez más el viejo método racionalista de la crítica histórica? No parecía dudoso, en cualquier caso, que estábamos finalmente atravesando la frontera que escindía un tiempo de otro tiempo, un ayer deplorable de un mañana insospechado. Todo lo que vino inmediatamente después, el arduo, irresoluto, pusilánime acceso a la democracia, pertenece ya a otra novela de la memoria. Siempre digo cosas como ésas cuando no se me ocurre nada más que decir.

*Sanlúcar de Barrameda - Madrid - Playa de Montijo,*

*1992-1994 y 1998-2001*.

*Texto revisado en 2009*.